

Philip José Farmer

EL LABERINTO MAGICO

La gran culminación de la serie del Mundo del Río,
donde todos los secretos son desvelados,
todos los misterios resueltos.



624C35

El laberinto mágico es la culminación de una de las series más famosas de la ciencia ficción mundial, la del Mundo del Río, cuyo primer volumen, *A vuestros cuerpos dispersos*, mereció en 1972 el premio Hugo a la mejor novela de ciencia ficción del año. A través de los cuatro volúmenes de esta serie, todos ellos publicados en esta misma colección (*A vuestros cuerpos dispersos*, *El fabuloso barco fluvial*, *El oscuro designio*, y este *El laberinto mágico*), Philip José Farmer ha dado cima a una de las tramas más imaginativas surgidas de la pluma de un escritor: la visualización de un mundo formado por un único y sinuoso Río que cubre toda su superficie, y en cuyas orillas son resucitados todos los hombres y mujeres que han vivido a lo largo de toda la historia de la humanidad. Personajes como Sir Richard Francis Burton, Mark Twain, Cyrano de Bergerac, Gilgamesh, Hermann Goering, el barón von Richthofen, Ulysses S. Grant, y muchos más, brotan de sus páginas para enfrentarse al mayor misterio y al más grande desafío de todos los tiempos: averiguar por qué han sido resucitados, quienes son los misterioso Éticos que habitan la Torre de la Nieblas, la gigantesca construcción anclada en las fuentes del Río.

En este último volumen de la gran saga, todos los secretos de este fabuloso mundo fluvial son desvelados, todos los misterios resueltos. Así concluye, épica y grandiosamente, la más especulativa, ambiciosa y atrevida obra de uno de los más conocidos escritores de ciencia ficción de la actualidad.



Philip José Farmer

El laberinto mágico

El mundo del río - 4

ePub r1.0

Yorik 03.07.13

Título original: *The Magic Labyrinth*

Philip José Farmer, 1980

Traducción: Domingo Santos

Editor digital: Yorik

ePub base r1.0

más libros en espaebook.com

*Para Harían Ellison, Leslie Fielder, y Norman
Spinrad, los más vivos de entre los vivos.*

*La razón es el único árbitro de la vida,
la única pista del Laberinto mágico...
Es misión del hombre ver la totalidad
de lo que la Tierra sólo ve en parte*

LA KÂSIDAH DE HÂHÎ ABDÛ AL-YAZDI

SECCIÓN 1

El Misterioso Extraño

—Todo el mundo debería temer únicamente a una persona, y esa persona debería ser él mismo. Esta era la frase favorita del Operador.

El Operador había hablado mucho también de amor, diciendo que la persona más temida debería ser también la más amada.

El hombre conocido por algunos como X o el Misterioso Extraño no se amaba ni se temía a sí mismo más que a los demás.

Había tres personas a las que había amado más de lo que pudiera haber amado a cualquier otra. Su esposa, ahora muerta, a la que había amado pero no tan profundamente como a las otras dos. Su madre adoptiva y el Operador, a los que había amado con igual intensidad, o al menos así lo había creído en su tiempo.

Su madre adoptiva estaba a años luz de distancia, y no había tenido que tratar con ella hasta ahora y probablemente no tuviera que hacerlo nunca. Ahora, si ella supiera lo que él estaba haciendo, se sentiría profundamente avergonzada. El que él no pudiera explicarle por qué estaba haciendo aquello, justificándose así a sí mismo, todavía lo apenaba más.

Aún amaba al Operador, pero al mismo tiempo lo odiaba.

Ahora X aguardaba, a veces pacientemente, a veces impacientemente o furiosamente, al fabuloso aunque auténtico barco fluvial. El *Rex Grandissimus* se le había escapado. Ahora su única posibilidad era el *Mark Twain*.

Si no conseguía subir a bordo de ese barco... no, el solo pensamiento era insoportable. Tenía que hacerlo.

Sin embargo, cuando consiguiera subir a él, era posible que se encontrara enfrentado al mayor peligro con el que había tenido que enfrentarse nunca, un peligro insuperable. Sabía que el Operador estaba Río abajo. La superficie de su cilindro le había mostrado la localización del Operador. Pero esa había sido la única información que había podido extraer del mapa. El satélite había mantenido el rastro del Operador y de los Éticos, excepto el suyo, y de los agentes en el valle del Río, enviando sus mensajes al cilindro que era más que un cilindro. Luego el mapa se había desvanecido de la superficie gris, y X había sabido que algo se había estropeado en el satélite. A partir de ahora podía ser sorprendido por el Operador, por los agentes, y por los otros Éticos.

Hacía mucho tiempo, X había tomado las medidas necesarias para rastrear a todos los de la Torre y de las cámaras subterráneas. Había instalado secretamente el mecanismo en el satélite. Los otros era probable que hubieran puesto algún artilugio para rastrearle a él también, por supuesto. Pero su distorsionador del aura había engañado al mecanismo. El distorsionador le había permitido también mentir en el consejo de los doce.

Ahora, se sentía tan ignorante e indefenso como los demás.

Sin embargo, si alguien en aquel momento podía ser admitido a bordo del barco de Clemens, aunque la dotación estuviera al completo, ese sería el Operador. Sólo dirigirle una mirada, y Clemens detendría el barco y lo subiría a bordo.

Y cuando el *Mark Twain* siguiera su rumbo, y él, X, consiguiera convertirse en un miembro de la tripulación, tendría que evitar al Operador hasta que pudiera tomarlo por sorpresa.

El disfraz, lo suficientemente bueno como para engañar incluso a los otros Éticos que estaban varados, no engañaría a esa gran inteligencia. Reconocería instantáneamente a X, y entonces él, X, no tendría ninguna posibilidad. Por fuerte y rápido que fuera, el Operador era aún más rápido y fuerte.

Además, el Operador tendría una ventaja psicológica. X, frente a frente con el ser al que amaba y odiaba, se vería inhibido, y tal vez fuera incapaz de atacar al Operador con la furia y el vigor exigidos.

Por cobarde que fuera, por detestable que resultara la acción, debería atacar al Operador por la espalda. Pero ya había hecho una acción tan detestable como ésta al ponerse en contra de los demás, y podía hacerla. Aunque desde su primera infancia se le había enseñado a odiar la violencia, también se le había enseñado que la violencia era justificada si su vida estaba en peligro. La fuerza resurrectora que para todas las finalidades prácticas había hecho a todos en el Mundo del Río indestructibles, no se aplicaba a él. La resurrección ya no funcionaba, pero incluso cuando lo había hecho él se había visto obligado a ser violento. Pese a lo dicho por sus mentores, el fin justificaba los medios. Además, todos aquellos a los que había matado no permanecerían muertos eternamente. Al menos, eso era lo que él creía. Pero no había previsto esta situación.

El Ético estaba viviendo en una cabaña de bambú con techo de hojas en la orilla del Río, la orilla derecha si uno se situaba corriente arriba. No llevaba mucho tiempo allí. Ahora permanecía sentado en la densa hierba corta de la llanura cercana a la orilla. Había aproximadamente otras quinientas personas a su alrededor, todas ellas aguardando la hora de la comida. Hubo un tiempo en que habían sido setecientos allí, pero, desde que habían cesado las resurrecciones, la población había disminuido. Accidentes, la mayor parte de ellos debidos a encuentros con los gigantescos peces dragones del Río, que devoraban a los humanos y destrozaban sus embarcaciones, suicidios, y asesinatos, habían sido los causantes de la mayor parte de las muertes. Antiguamente, la guerra había sido la principal productora de muertos, pero hacía varios años que no había ninguna guerra por aquella zona. Los posibles conquistadores habían sido muertos, y ahora no eran trasladados a otro lugar a lo largo del Río para seguir creando problemas.

Además, la expansión de la Iglesia de la Segunda Oportunidad, los nichirenitas, los sufíes, y las demás religiones y disciplinas pacifistas, habían tenido un efecto considerable en el establecimiento de la paz.

Cerca de la multitud había una estructura en forma de seta de granito estriado en rojo. Era llamada una piedra de cilindros, aunque realmente estaba hecha de un metal altamente conductor de la electricidad. Tenía una amplia base de metro y medio de altura, y la parte superior tenía un diámetro aproximado de quince metros. En su superficie había setecientas depresiones. En cada una de ellas había un cilindro de metal gris, un aparato que convertía la energía descargada por la piedra de cilindros en comida, licor, y otros artículos. Los contenedores impedían que la enorme población del Mundo del Río, estimada en unos treinta y cinco a treinta y seis mil millones de personas, se muriera de hambre. Aunque la comida proporcionada por los cilindros podía ser aumentada con pescado y pan de bellotas y las puntas de los brotes jóvenes de bambú, esto no hubiera sido

suficiente para alimentar a los habitantes del estrecho Valle, un valle que encajonaba al Río y que tenía dieciséis millones de kilómetros de largo.

La gente junto a la piedra charlaba y reía y bromeaba. El Ético no habló con los que tenía cerca de él; estaba ocupado con sus pensamientos. Se le había ocurrido que tal vez al fallo del satélite no fuera algo natural. Su mecanismo rastreador estaba diseñado para funcionar durante más de un millar de años sin ningún fallo. ¿Había dejado de emitir porque Piscator, el japonés llamado antiguamente Ohara, había estropeado algo en la Torre? Teóricamente Piscator tenía que haber resultado destruido por las varias trampas que él, X, había situado en la Torre, o bien tenía que haber quedado atrapado en un campo de estasis instalado por el Operador. Pero Piscator era un sufi, y era probable que tuviera la inteligencia y los poderes perceptivos como para evitarlos. El que pudiera entrar en la Torre demostraba que era éticamente muy avanzado. Ni uno de cada cinco millones de *candidatos*, los terrestres resucitados, podía penetrar por la entrada de arriba. En cuanto a la de la base, había sido preparada por X para sí mismo, y solamente otros dos la conocían hasta que la expedición de antiguos egipcios consiguió llegar hasta ella. Se había sentido sorprendido y trastornado cuando descubrió sus cuerpos en la estancia secreta. Entonces no sabía que un egipcio había escapado y se había ahogado y había sido trasladado de vuelta al Valle, y no lo supo hasta que oyó la historia del superviviente, algo distorsionada tras ser transmitida quién sabía por cuántos narradores. Aparentemente ningún agente la había oído hasta que fue demasiado tarde para que ellos pudieran transmitir las noticias a los Éticos en la Torre.

Lo que le preocupaba ahora era que si Piscator había sido realmente el responsable de que el rastreador fallara accidentalmente, entonces de alguna forma tenía que devolver a los Éticos a la vida. Y si hacía esto... entonces él, X, estaba perdido.

Miró a través de la llanura, a los pies de las colinas cubiertas por la hierba de hoja larga y árboles de varias clases y las espléndidamente coloreadas florescencias de las plantas trepadoras sobre los árboles de hierro, y luego más allá de ellos a las inescalables montañas que amurallaban el Valle. Su miedo y su frustración le hicieron sentirse nuevamente furioso, pero usó rápidamente las técnicas mentales para disipar su cólera. La energía, lo sabía, hacía que la temperatura de su piel ascendiera una centésima de grado Celsius por unos breves segundos. Se sintió algo aliviado, aunque sabía que se pondría furioso de nuevo. El problema con la técnica era que no disipaba la fuente de su cólera. Nunca había sido capaz de librarse de ello, aunque así se lo había parecido a sus mentores.

Hizo sombra con la mano sobre sus ojos y miró al sol. Dentro de pocos minutos, la piedra vomitaría rayos y truenos, simultáneamente con los millones de otras piedras que había en ambas orillas. Se apartó de la piedra y colocó las puntas de sus dedos en sus oídos. El ruido era ensordecedor, y la repentina descarga aún hacía que la gente se sobresaltase pese a que todos sabían que iba a producirse.

El sol alcanzó su cenit.

Hubo un enorme rugir y un llamear hacia arriba de voraz electricidad blancoazulada.

En la orilla izquierda, no en la derecha.

Una vez, en otro tiempo, las piedras de cilindros de la orilla derecha no habían funcionado.

Los de la orilla derecha aguardaron con aprensión y luego con creciente miedo mientras las

piedras fallaban en escupir su energía a la hora de la cena. Y cuando fallaron de nuevo para el desayuno, la consternación y la ansiedad se convirtieron en pánico.

Al día siguiente, la hambrienta gente invadió en masa la orilla izquierda.

SECCIÓN 2

A bordo del «No Se Alquila»

La primera vez que Sir Thomas Malory murió fue en la Tierra, en el año del Señor de 1471.

El caballero inglés cruzó las terribles semanas después del Día de la Resurrección sin demasiadas heridas corporales, aunque sufrió un serio shock espiritual. Consideró que la comida en su «pequeño grial» era algo fascinante. Le recordó lo que había escrito en *El libro del Rey Arturo* relativo a Galahad y a sus caballeros cuando comieron la comida proporcionada por el Santo Grial: «... y seréis alimentados ante esta mesa con dulces manjares que jamás caballero ha probado».

Hubo ocasiones en las cuales Malory pensó que se había vuelto loco. Siempre se había sentido tentado por la locura, un estado en el cual una persona era tocada a la vez con la santidad por Dios y era invulnerable a las preocupaciones y desdichas del mundo, sin mencionar las propias. Pero un hombre que había pasado tantos años en prisión en la Tierra sin volverse loco tenía que ser básicamente firme. Una de las cosas que habían mantenido su mente sin enturbiarse en prisión había sido el escribir la primera prosa épica inglesa. Aunque sabía que sus lectores iban a ser muy pocos, y a la mayoría de ellos ni siquiera iba a gustarles, no le preocupaba en absoluto. Al contrario de su primer trabajo, que había estado basado en los grandes escritores franceses de los ciclos acerca del Rey Arturo de la antigua Britania, este era acerca de los rechazos pero triunfo final de su dulce Jesús. Al contrario de muchos antes devotos cristianos, Malory se aferró a su fe con feroz olvido de los «hechos»... lo cual era en sí mismo una indicación de que se había vuelto loco, si había que creer a sus críticos.

Asesinado por dos veces por infieles salvajes, Malory terminó en una zona habitada por un lado por partos y por el otro por ingleses.

Los partos eran antiguos jinetes que habían adquirido su nombre por su costumbre de disparar hacia atrás desde sus monturas mientras se retiraban. En otras palabras, sus batallas siempre las efectuaban hacia atrás. Al menos, esa era la explicación de su nombre, según un informante. Malory sospechaba que el sonriente tipo le estaba tomando el pelo, pero sonaba plausible, así que ¿por qué no aceptarlo?

Los ingleses pertenecían principalmente al siglo xvii y hablaban un inglés que Malory tenía problemas en comprender. Sin embargo, tras todos estos años, hablaban también esperanto, esa lengua que los misioneros de la Iglesia de la Segunda Oportunidad utilizaban como medio universal de comunicación. La región, conocida ahora como Nueva Esperanza, era pacífica, aunque no siempre lo había sido. En un tiempo había habido un cierto número de pequeños estados que habían sostenido una salvaje batalla con los estados medievales germanos e hispánicos del norte. Esos estaban acaudillados por un hombre llamado Kramer, apodado Martillo. Una vez resultó muerto, una prolongada paz se extendió por toda la región, y finalmente los distintos estados se convirtieron en uno solo. Malory se estableció allí y tomó como compañera de choza a Philippa Hobart, hija de Sir Henry Hobart. Aunque el matrimonio ya no existía allí, Malory insistió en que se casaran, y encontró a un amigo que había sido sacerdote católico para que celebrara la antigua ceremonia. Más tarde, reconvirtió tanto a su esposa como al sacerdote a su fe nativa.

Fe que se enfrió un poco, sin embargo, cuando oyó que el auténtico Jesucristo había aparecido en aquella zona con una mujer hebrea que había conocido a Moisés en Egipto y durante el Éxodo. Jesús estaba acompañado también por un hombre llamado Thomas Mix, un americano descendiente de europeos que habían emigrado al continente descubierto tan sólo veintiún años después de que Malory muriera. Jesús y Mix habían sido quemados vivos juntos en sendas hogueras que el propio Kramer había encendido.

Al principio, Malory había negado que el hombre que se hacía llamar a sí mismo Yeshua pudiera ser el auténtico Cristo. Era posible que fuera un hebreo de los tiempos de Cristo, pero era un impostor.

Luego Malory, tras investigar todas las evidencias que pudo reunir de las afirmaciones de Yeshua y de los acontecimientos de su martirio, decidió que quizá sí fuera el auténtico Cristo. Así que incorporó el relato contado por los locales a la obra épica que estaba escribiendo ahora con tinta y una pluma formada por el hueso de un pez en papel de bambú. Malory decidió canonizar también al americano, y así Mix se convirtió en Santo Tomás el Inmutable del Sombrero Blanco. Tras un tiempo Malory y sus discípulos olvidaron que la santidad era una ficción y empezaron a creer que Santo Tomás estaba efectivamente recorriendo el valle en busca de su maestro, el dulce Jesús, en aquel mundo que era un purgatorio, aunque no exactamente el estado intermedio entre la tierra y el cielo pintado por los sacerdotes de la perdida Tierra.

El ex-sacerdote que había casado a Thomas y Philippa, como obispo en la Tierra y así en línea directa de sacerdocio con San Pedro, era capaz de instruir a otras personas y ordenarlos sacerdotes. El pequeño grupo de católicos romanos, sin embargo, adoptaban una actitud distinta en un aspecto con respecto a sus semejantes en los días terrestres. Eran tolerantes; no intentaban restaurar la Inquisición ni quemaban a las presuntas brujas. Si hubieran insistido en esas viejas costumbres, hubieran sido exiliados rápidamente o quizá incluso muertos.

Una noche, a última hora, Thomas Malory estaba tendido en la cama rumiando en el siguiente capítulo de su obra épica. De pronto, se produjeron grandes gritos fuera y un ruido de mucha gente corriendo. Se sentó en la cama y llamó a Philippa, que se despertó asustada y temblando. Salieron para preguntar a qué se debía la conmoción. La gente interrogada señaló hacia arriba a un cielo sin nubes que una luna llena hacía brillar entre las arracimadas estrellas y las llameantes nubes de gas cósmico.

Allá muy arriba había dos extraños objetos silueteados contra el resplandor celeste. Uno, muy pequeño, estaba compuesto por dos partes, una esfera más grande encima de otra más pequeña. Aunque los que estaban en el suelo no podían ver ninguna unión entre las dos, tuvieron la impresión de que ambas estaban conectadas porque se movían a la misma velocidad. Luego una mujer que sabía de tales cosas dijo que parecía un globo. Malory nunca había visto un globo, pero había oído descripciones de ellos de gente de los siglos XIX y XX, y por supuesto el objeto encajaba con la descripción.

El otro objeto, mucho más grande, parecía un gigantesco cigarro.

La misma mujer dijo que era una aeronave o dirigible o quizá fuera una nave de los desconocidos que habían hecho aquel planeta.

—¿Angeles? —murmuró Malory—. ¿Por qué tendrían que utilizar una aeronave? Tienen alas.

Olvidó inmediatamente aquello y gritó junto con los demás mientras la enorme nave del aire picaba bruscamente. Y luego gritó junto con los demás cuando la nave estalló. Ardiendo, cayó hacia el Río.

El globo siguió avanzando hacia el nordeste, y tras unos momentos había desaparecido. Mucho antes de eso, la aeronave en llamas golpeó el agua. Su esqueleto rígido se hundió casi inmediatamente, pero algunos fragmentos de su piel ardieron durante unos minutos antes de que, ellos también, se extinguieran.

Ni ángeles ni demonios habían viajado en aquella nave de los cielos. El hombre que Malory y su esposa sacaron del agua y llevaron hasta la orilla en su bote no era ni más ni menos humano que ellos. Era un hombre alto y moreno, delgado como un estoque, con una enorme nariz y una mandíbula hundida. Sus grandes ojos negros les miraron a la luz de las antorchas, y no dijo nada durante largo rato. Tras ser llevado a la sala comunal, secado y cubierto con gruesas ropas, y haber bebido un poco de café caliente, dijo algo en francés y luego habló en esperanto.

—¿Cuántos han sobrevivido?

—Todavía no lo sabemos —respondió Malory.

Unos pocos minutos más tarde, el primero de los veintidós cadáveres, algunos prácticamente carbonizados, fueron traídos a la orilla. Uno de ellos era una mujer. Aunque la búsqueda prosiguió durante toda la noche y parte de la mañana, esos fueron todos los hallados. El francés era el único superviviente. Aunque estaba débil y aún bajo los efectos del shock, insistió en levantarse y tomar parte en la búsqueda. Cuando vio los cuerpos junto a la piedra de cilindros, estalló en lágrimas y sollozó durante largo rato. Malory lo tomó como una buena indicación de la salud mental del hombre. Al menos el trauma no había sido tan profundo como para impedirle expresar su dolor.

—¿Dónde han ido a parar los otros? —preguntó el extranjero.

Luego su dolor se transformó en rabia, y agitó su puño hacia los cielos y gritó maldiciones contra alguien llamado Thorn. Más tarde, preguntó si alguien había visto u oído a otro aparato, un helicóptero. Muchos lo habían visto.

—¿Por qué parte desapareció? —quiso saber.

Algunos dijeron que la máquina que hacía aquel extraño ruido como de picadora había desaparecido Río abajo. Otros dijeron que había desaparecido Río arriba. Algunos días más tarde, llegó el informe de que la máquina había sido vista hundiéndose en el Río a trescientos kilómetros corriente arriba durante un temporal de lluvia. Sólo una persona había sido testigo del hecho, y afirmaba que un hombre había salido nadando del aparato que se hundía. Un mensaje vía tambores fue enviado a la zona preguntando si había aparecido de pronto algún extranjero. La respuesta fue que no había sido localizado ninguno.

Fue encontrado un cierto número de cilindros flotando en el Río, y fueron llevados al superviviente. Este identificó uno como el suyo, y comió de él aquella tarde. Algunos de los cilindros eran contenedores «comodín». Es decir, podían ser abiertos por cualquiera, y esos fueron requisados por el estado de Nueva Esperanza.

Luego el francés preguntó si algún barco gigantesco propulsado por paletas había pasado por aquel punto. Le dijeron que uno lo había hecho, el *Rex Grandissimus*, capitaneado por el infame Rey Juan de Inglaterra.

—Bien —dijo el hombre. Quedó unos instantes pensativo, luego añadió—: Simplemente puedo quedarme aquí y aguardar a que llegue el *Mark Twain*. Pero no creo que lo haga. Voy a ir detrás de Thorn.

Por aquel entonces, estaba ya lo suficientemente recuperado como para hablar de sí mismo. ¡Y cómo habló de sí mismo!

—Soy Savinien de Cyrano II de Bergerac —dijo—. Prefiero ser llamado Savinien, pero por alguna razón la mayoría de la gente prefiere Cyrano. Así que les permito esa pequeña libertad. Después de todo, los tiempos posteriores a mi muerte se referían a mí como a Cyrano, y aunque era un error, soy tan famoso por este nombre que la gente no se acostumbra a utilizar el preferido por mí. Creen que ellos saben de eso más que yo.

»Sin duda habrán oído ustedes hablar de mí.

Miró a sus anfitriones como si debieran sentirse honrados de tener a un hombre tan grande como huésped.

—Me duele tener que admitir que yo no —dijo Malory.

—¿Qué? Fui el más grande espadachín de mi tiempo, quizá, no, indudablemente, de todos los tiempos. No tengo ninguna razón por la que ser modesto. No oculto mi luz bajo la falsa modestia o, de hecho, bajo nada. También fui el autor de algunas obras literarias notables. Escribí libros acerca de viajes al sol y a la luna, muy agudos e ingeniosamente satíricos. Mi obra *El pedante burlado* fue, según tengo entendido, utilizada con algunas modificaciones por un tal Monsieur Moliere y presentada como suya. Bueno, quizá exagere un poco. Pero lo cierto es que usó mucho de mi obra. También tengo entendido que un inglés llamado Jonathan Swift utilizó algunas de mis ideas en sus *Viajes de Gulliver*. No le culpo por ello, puesto que yo también usé algunas ideas de otros, aunque lo que hice fue mejorarlas.

—Todo esto está muy bien, señor —dijo Malory, absteniéndose de mencionar sus propias obras—. Pero si no le causa demasiadas molestias, podría contarnos cómo llegó aquí en esa aeronave y qué fue lo que la hizo arder en llamas.

De Bergerac estaba viviendo con los Malory hasta que se pudiera disponer de una cabaña vacía o le pudieran ser prestadas las herramientas necesarias para construirse una. En aquel momento, sin embargo, él y sus anfitriones y quizá un centenar más de personas estaban sentadas o de pie junto a una enorme fogata fuera de la cabaña.

Fue un largo relato, más fabuloso incluso que las propias ficciones del que lo contaba o de Malory. Sir Thomas, sin embargo, tenía la sensación de que el francés no estaba diciendo todo lo que había ocurrido.

Cuando la narración hubo finalizado, Malory rumió en voz alta:

—¿Entonces es cierto que hay una Torre en el centro del mar polar del norte, el mar de donde brota el Río y al que regresa? ¿Y es cierto que quien sea que es responsable de este mundo vive en esa Torre? Me pregunto qué le ocurrió a ese japonés, ese Piscator. ¿Acaso los residentes de la Torre, que seguramente deben ser ángeles, lo invitaron a quedarse con ellos debido a que, en un cierto sentido, había cruzado las puertas del paraíso? ¿O lo enviaron a algún otro lugar, alguna parte distante del Río, quizá?

»Y ese Thorn, ¿qué pudo impulsarle a su comportamiento criminal? Quizá fuera un demonio disfrazado. De Bergerac se rió fuerte y burlonamente.

—No hay ni ángeles ni demonios, amigo mío —dijo cuando pudo contener la risa—. Aquí no

mantengo, como en la Tierra, que no existe Dios. Pero admitir la existencia de un Creador no le obliga a uno a creer en mitos tales como los ángeles y los demonios.

Malory insistió ardientemente en que había sin lugar a dudas de ambos. Esto condujo a una discusión en el transcurso de la cual el francés se apartó de su audiencia. Pasó la noche, por lo que Malory oyó luego, en la cabaña de una mujer que pensaba que si era un tan gran espadachín tenía que ser también un gran amante. Por lo que luego dijo, lo era, aunque quizá demasiado inclinado a esa forma de hacer el amor que muchos piensan es la cúspide de la perfección, o el nadir de la degeneración, en Francia. Malory se sintió disgustado. Pero más tarde, aquel día, Bergerac se presentó a pedirle disculpas por su ingratitud al hombre que le había salvado la vida.

—No debiera haberme burlado de vos, mi anfitrión, mi salvador. Os presento un millar de disculpas, por las cuales espero recibir un único perdón.

—Queda perdonado —dijo Malory, sinceramente—. Quizá, aunque usted se apartó de nuestra Iglesia en la Tierra y blasfemó contra Dios, quiera asistir a la misa que será celebrada esta noche por las almas de sus camaradas desaparecidos.

—Es lo menos que puedo hacer —dijo Bergerac.

Durante la misa, lloró copiosamente, tanto que después de aquello Malory sacó ventaja de su emocionalidad. Le preguntó si estaba dispuesto a volver a Dios.

—No soy consciente de haberlo abandonado nunca, si es que existe —dijo el francés—. Estaba llorando de dolor por todos aquellos a los que quería en el *Parseval* y por todos aquellos a los que no quería pero respetaba. Estaba llorando de rabia contra Thorn o cual sea su auténtico nombre. Y estaba llorando también porque los hombres y las mujeres siguen siendo aún tan ignorantes y supersticiosos como para creer en esas patrañas.

—¿Se refiere usted a la misa? —dijo Malory heladamente.

—¡Sí, y perdonadme de nuevo! —gritó de Bergerac.

—No hasta que se arrepienta sinceramente —dijo Malory—, y hasta que dirija usted su arrepentimiento a ese Dios al que ha ofendido tan gravemente.

—*Quelle merde!* —dijo de Bergerac. Pero un momento más tarde abrazó a Malory y le besó en ambas mejillas—. ¡Cómo desearía que vuestras creencias fueran hechos! Pero si lo fueran, ¿entonces cómo podría yo perdonar a Dios?

Le dijo adiós a Malory, indicando que probablemente nunca volverían a verse de nuevo. Al día siguiente por la mañana iba a partir Río arriba. Malory sospechaba que de Bergerac robaría algún bote para irse, y así lo hizo.

Malory pensó a menudo en el hombre al que había rescatado del dirigible en llamas, al hombre que había estado realmente en la Torre de la que tanta gente hablaba pero que nadie había visto excepto el francés y sus compañeros de tripulación. Y, si la historia podía ser creída, un grupo de antiguos egipcios y un enorme y peludo subhumano.

Menos de tres años más tarde el segundo gran barco de paletas llegó allí. Era aún más enorme que el *Rex*, y era más lujoso y rápido y mejor blindado y armado. Pero no se llamaba el *Mark Twain*. Su capitán, Samuel Clemens, un americano, lo había rebautizado el *No Se Alquila*. Aparentemente, había oído que el Rey Juan llamaba a su propio barco, el original *No Se Alquila*, el *Rex*

Grandissimus. Así que Clemens había vuelto a tomar el antiguo nombre y ceremoniosamente lo había pintado en el casco.

El barco se detuvo para recargar su baterías y para cargar sus cilindros. Malory no tuvo ninguna oportunidad de hablar con el capitán, pero lo vio, a él y a su sorprendente guardaespaldas. Joe Miller era a todas luces un ogro, casi tres metros de altura y un peso de trescientos kilos. Su cuerpo no era tan peludo como esperaba Malory por los relatos que de él había oído. No era más hirsuto que muchos hombres que Malory había visto, aunque sus pelos eran más largos. Y tenía un rostro con masivas mandíbulas prognatas y una nariz como un gigantesco pepino o la probóscide de un mono. Sin embargo, su apariencia era inteligente.

El perseguidor era una gran máquina.

Faltaba una hora para el mediodía. Dentro de otra hora, el fabuloso barco fluvial quedaría anclado, y un grueso cable de aluminio sería conectado a una caperuza de cobre sobre una piedra de cilindros y al atacitor en el navío. Cuando la piedra liberara su tremendo voltaje, el atacitor sería cargado de nuevo, y los cilindros en otra caperuza de cobre en el barco serían llenados con comida, licor y otros artículos.

Su casco era blanco excepto en las cajas de las paletas, o guardarruedas, sobre las cuatro ruedas de paletas. Sobre éstas estaba pintado con grandes letras negras: NO SE ALQUILA. Bajo ellas, en letras más pequeñas: Samuel Clemens, capitán. Y bajo esta línea, en letras aún más pequeñas: propiedad y operado por Los Vengadores, Inc.

Encima de la timonera había un astil con un gallardete cuadrado color azul claro con un fénix escarlata pintado en él. En la parte de atrás del barco, inclinándose en un ángulo de cuarenta y cinco grados a popa de la cubierta inferior, había otro gallardete con el campo azul claro y el fénix escarlata. El barco de Sam tenía ciento sesenta y cinco metros de largo. Su anchura sobre las cajas de las ruedas de paletas, y guardarruedas, era de treinta y cinco metros. Su calado era de cinco metros y medio, completamente cargado.

Había cinco cubiertas principales. La inferior, la A o cubierta de calderas, contenía varias calas de almacenamiento, el enorme atacitor, que ascendía a través de un pozo hasta la siguiente cubierta, los cuatro motores eléctricos que impulsaban las ruedas de paletas, y una enorme caldera.

El atacitor era un enorme utensilio eléctrico de quince metros de ancho y trece metros de alto. Uno de los ingenieros de Sam había afirmado que era un invento de finales del siglo xx. Pero, puesto que el ingeniero había dicho que él había vivido pasado 1983, Sam sospechaba que era un agente. (Hacía tiempo que había muerto.)

El atacitor (una abreviación de su nombre original, *battery-capacitor*, batería de condensadores) podía acumular el enorme voltaje descargado por una piedra de cilindros en un segundo y entregarlo también en un segundo o a cuentagotas, como se le exigiera. Era la fuente de energía de los cuatro enormes motores de las ruedas de paletas y de todas las demás necesidades eléctricas del barco, incluido el aire acondicionado.

La caldera calentada eléctricamente tenía dieciocho metros de ancho por nueve de alto, y era utilizada para calentar el agua para los baños y para la calefacción de las cabinas, para fabricar alcohol, para proporcionar energía a las ametralladoras a vapor y las catapultas a vapor de los aeroplanos de combate, y para proporcionar aire al cañón de aire comprimido y vapor para los silbatos del barco y las dos chimeneas. Las chimeneas eran falsas, y sólo soltaban vapor, que era coloreado para simular humo, cuando Sam quería hacer una exhibición.

Al nivel del agua de la parte trasera de la cubierta de calderas había una gran puerta que podía ser alzada para admitir o dejar salir las dos lanchas y la torpedera.

La cubierta de arriba, la B o cubierta principal, era más grande que las otras para proporcionar

una especie de pasillo exterior que daba la vuelta a todo el barco, denominado cubierta de paseo.

En los barcos fluviales del Mississippi que Sam había pilotado cuando era joven, la cubierta inferior había sido denominada cubierta principal y la de encima la cubierta de calderas. Pero puesto que la caldera en el *No Se Alquila* tenía su base en la cubierta inferior, Sam había rebautizado a esta la cubierta de calderas. Y había llamado a la de encima la cubierta principal. Al principio había resultado confuso para sus pilotos, que estaban acostumbrados al uso terrestre, pero finalmente se habían habituado a ello.

En ocasiones, cuando el barco estaba anclado junto a la orilla de una zona pacífica, Sam permitía a la tripulación bajar a tierra (excepto los guardias, por supuesto). Luego conducía a los patanes locales más importantes a una excursión guiada por el barco. Vestido con una chaqueta blanca de piel de pez, un largo faldellín de tela blanca, y unas botas blancas largas hasta la pantorrilla, y llevando una gorra de capitán de cuero blanco, llevaba a sus huéspedes del punto más alto hasta el punto más bajo del barco. Por supuesto, tenía a algunos marineros ojo avizor vigilándolos constantemente, puesto que el contenido del *No Se Alquila* había demostrado ser muy tentador para los visitantes de tierra aficionados a los recuerdos.

Dando chupadas a su cigarro entre frase y frase, Sam lo explicaba todo, bueno, casi todo, a su curioso grupo de visitantes.

Habiéndolos conducido a través de la cubierta A o de calderas, Sam los llevaba escaleras arriba hasta la cubierta B o principal.

—La gente de mar llamaría a esta serie de peldaños una escalerilla —dijo—. Pero puesto que la mayor parte de mi tripulación es originaria de tierra firme, y puesto que tenemos auténticos peldaños a bordo, decidí llamar a las escaleras escaleras. Después de todo, están subiendo ustedes por auténticos peldaños, no por travesaños. Con el mismo espíritu dicté, pese a las ultrajadas protestas de los marinos veteranos, que las paredes no fueran llamadas mamparas sino paredes. De todos modos, concedí que se efectuara una distinción entre sus puertas normales y las compuertas. Las compuertas son esas puertas que cierran herméticamente sin dejar pasar el agua y pueden ser aseguradas con ayuda de un mecanismo a palanca.

—¿Y qué tipo de arma es esta? —preguntó un turista. Señaló hacia un largo artilugio de duraluminio que parecía un cañón y estaba montado sobre una plataforma. Grandes tubos de plástico recorrían su culata.

—Es una ametralladora a vapor, calibre .80. Contiene un complicado sistema que permite que una sucesión de balas de plástico, alimentadas por una tubería desde abajo, sean disparadas en rápida sucesión por el arma. El vapor de la caldera proporciona la energía impulsora.

En una ocasión, en una de aquellas visitas, una persona que había estado en el *Rex* dijo:

—El barco del Rey Juan tiene una ametralladora a vapor calibre .75, varias de ellas.

—Sí. Las diseñé yo mismo. Pero el hijo de puta me robó el barco, y cuando yo construí este hice mis armas más grandes que las suyas.

Les mostró las hileras de ventanas, «no portillas sino ventanas», a lo largo del pasillo exterior.

—Que algunos miembros de mi tripulación tienen la imperdonable ignorancia o desvergonzada osadía de llamar corredor o incluso antesala. Por supuesto, lo hacen siempre a espaldas mías.

Los llevó a una cabina para impresionarles con sus comodidades y sus lujos.

—Hay ciento veintiocho cabinas, en cada una de las cuales pueden alojarse dos personas. Observen las literas plegables, hechas de cobre. Fijen su atención en la taza del water de porcelana, en la ducha con agua corriente, caliente y fría, el lavabo con cañerías de cobre, los espejos enmarcados en cobre, los tocadores de roble. No son muy grandes, pero tampoco nos cambiamos tan a menudo de ropas a bordo. Observen también los armeros, que pueden contener pistolas, rifles, lanzas, espadas y arcos. Las alfombras están hechas de pelo humano. Y claven su mirada en el cuadro en la pared. Es un original de Motonobu, 1476-1559 d.C., el gran pintor japonés que fundó el estilo de pintura llamado kano. En la siguiente cabina hay algunos cuadros de Zeuxis de Heraclea. Tenemos diez de ellos aquí. De hecho, esa es la cabina del propio Zeuxis. Como puede que sepan, aunque puede que no, Zeuxis fue un gran pintor del siglo v antes de Cristo nacido en Heraclea, una colonia griega al sur de Italia. Se dice de él que pintó un racimo de uvas tan realista que los pájaros intentaban comérselo. Zeuxis nunca ha confirmado ni negado esa historia. En lo que a mí respecta, yo prefiero la fotografía, pero tengo algunos cuadros en mi suite. Uno de Pieter de Hooek, un pintor holandés del siglo xvii. A su lado hay uno del italiano Giovanni Fattori, 1825-1908 d.C. Pobre tipo. Puede que sea su última obra, puesto que se cayó por la borda durante una fiesta y fue reducido a papilla por las ruedas de paletas. Aunque fuera resucitado, lo cual no es probable, no encontraría pigmentos suficientes en ningún lugar para hacer un solo cuadro excepto en este barco y en el *Rex*.

Sam los llevó al exterior o cubierta de paseo y por allí a la proa. En ella había montado un cañón de 88 milímetros. Hasta entonces, dijo Sam, nunca había sido utilizado, y pronto tendría que fabricarse más pólvora para volver a llenar las cargas.

—Pero cuando alcancemos al *Rex*, voy a hacer volar al Podrido Juan fuera del agua con esto.

Señaló a las baterías de cohetes en la cubierta de paseo, misiles rastreadores del calor con un alcance de dos kilómetros y medio y llevando cabezas de combate de dieciséis kilos de explosivo plástico.

—Si el cañón falla, entonces le reventaré las posaderas.

Una de las turistas estaba familiarizada con el trabajo de Clemens y las biografías sobre él. Habló en voz baja a su compañero:

—Nunca hubiera llegado a imaginarme que *Mark Twain* fuera tan sanguinario.

—Señora —dijo Sam, que la había oído—, ¡no soy sanguinario! ¡Soy el más pacífico de los hombres! Odio la violencia, y la sola idea de la guerra hace rugir mis entrañas. Si ha leído usted mis ensayos sobre la guerra y aquellos que la aman, lo sabe muy bien. Pero me he visto forzado a esta situación y a muchas otras como ésta. Para sobrevivir, uno tiene que mentir mejor que los mentirosos, burlar más que los burladores, ¡y asesinar a los asesinos primero! Para mí, es una clara necesidad, completamente justificada. ¿Qué haría usted si el Rey Juan le hubiera robado su barco después de haber pasado años buscando el hierro y los demás metales necesarios para construir su sueño? ¿Y años de luchar contra aquellos que deseaban robárselo después de que usted los hubiera encontrado, y tener que enfrentarse a cada dos pasos a la traición y al asesinato, todos ellos dirigidos contra usted? ¿Le dejaría usted que se lo llevara? Yo creo que no, si tenía usted un gramo de valor.

—*La venganza es mía*, dijo el Señor —murmuró un hombre.

—Sí. Quizá. Pero si hay un Señor, y El teje Su venganza, ¿cómo va a llevarla a cabo sin utilizar a los hombres como Sus manos? ¿Ha oído usted de alguna persona malvada siendo golpeada por el rayo, excepto por accidente? ¡El rayo golpea también a miles de inocentes cada año, usted lo sabe! No, El tiene que utilizar a seres humanos como Sus instrumentos, ¿y quién está mejor cualificado que yo? ¿O más adaptado por las circunstancias como Su entusiasta y decidido instrumento?

Sam estaba tan alterado que tuvo que enviar a un marinero al salón principal a buscarle cuatro dedos de bourbon para calmar sus nervios.

Antes de que llegara la bebida, un turista murmuró:

—¡Exageraciones!

—¡Echad a ese hombre fuera del barco! —gritó Sam. Su orden fue cumplida.

—Es usted un hombre muy colérico —dijo la mujer que conocía su obra.

—Sí, señora, lo soy. Y con buenas razones. Era colérico en la Tierra, y soy colérico aquí.

El marinero le trajo a Sam su whisky. Lo apuró rápidamente y luego prosiguió la visita, con el buen humor restaurado.

Condujo al grupo subiendo la gran escalinata hasta el salón principal. Hicieron una pausa en la entrada, y los turistas murmuraron ohs y ahs. Tenía sesenta metros de largo por quince de ancho, y el techo estaba a una altura de seis metros del suelo. A lo largo del centro del techo había una hilera de cinco enormes candelabros de cristal tallado. Había varias ventanas que hacían que la gran estancia estuviera bien iluminada, y muchas luces en las paredes y el techo y enormes lámparas de pie hechas de cobre.

En el otro extremo había un escenario que Clemens dijo era utilizado para representaciones y obras de teatro y para la orquesta. Había también una gran pantalla que podía ser bajada para proyectar películas.

—No utilizamos película tratada, químicamente para filmarlas —dijo—. Tenemos cámaras electrónicas. Hacemos films originales y también nuevas versiones de clásicos de la Tierra. Esta noche, por ejemplo, pasamos *El halcón maltés*. No tenemos a nadie de los intérpretes originales excepto Mary Astor, cuyo nombre auténtico es Lucille Langehanke, y que actuaba como la secretaria de Sam Spade. El papel, por lo que me han dicho, no le iba. Pero supongo que la mayoría de ustedes no sabrán de qué les estoy hablando.

—Yo sí —dijo la mujer que le había llamado colérico—. ¿Quién interpreta su papel en la versión de usted?

—Una actriz americana, Alice Brady.

—¿Y quién interpreta a Sam Spade? No puedo imaginar a nadie más que a Humphrey Bogart en el papel.

—Howard de Silva, otro actor americano. Su nombre auténtico era Howard Goldblatt, si recuerdo correctamente. Se sintió muy contento interpretando el papel, puesto que afirma que nunca tuvo la oportunidad de demostrar su auténtico talento interpretativo en la Tierra. Pero lamenta que su audiencia aquí sea tan pequeña.

—No me dirá que el director es John Ford.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Sam—. Nuestro director es Alexander Singer.

—Nunca he oído hablar de él.

—Supongo que no. Pero tengo entendido que era muy conocido en los círculos de Hollywood.

Molesto por lo que consideraba una interrupción irrelevante, señaló a la barra del bar de roble pulido de dieciocho metros de largo en el lado de babor y las cuidadas hileras de botellas y garrafrones de licor. El grupo se mostró completamente impresionado ante ellas y los vasos de cristal de sosa. Se sintieron más impresionados aún por los cuatro grandes pianos. Sam les dijo que tenía a bordo al menos a diez grandes pianistas y a cinco compositores. Por ejemplo. Selim Palmgren (1878-1951), un compositor pianista finlandés que había sido uno de los puntales del establecimiento de la escuela nacional de música finlandesa. También estaba Giovanni Pierluigi de Palestrina (1526-1594), un gran compositor de madrigales y motetes.

—Amadeus Mozart estuvo también en este barco —dijo Sam—. Es un compositor realmente grande, algunos dicen que el más grande. Pero resultó un fracaso tan enorme como ser humano, un hombre tan solapado y libertino y cobarde, que lo eché a patadas.

—¿Mozart? —dijo la mujer—. ¡Dios mío, Mozart! Es usted una bestia, ¿cómo pudo tratar así a un compositor tan maravilloso, a un genio, a un dios?

—Señora —dijo Clemens—, créame, eso ha sido más que una provocación. Si no le gusta a usted mi actitud, puede marcharse. Un marinero la escoltará hasta la orilla.

—Usted no es un caballero —dijo la mujer.

—Oh, sí, sí lo soy.

Siguieron por un pasillo hacia la proa, pasando junto a más cabinas. La última a mano derecha era la suite de Clemens, y la mostró. Sus exclamaciones de sorpresa y encanto animaron a Sam. Al otro lado de su cabina, dijo, estaba la de su guardaespaldas, Joe Miller, y su compañera.

Más allá de sus habitaciones había una pequeña habitación que contenía un ascensor. Este conducía a la inferior de las tres estancias que componían la estructura de la timonera. Era la cubierta E o sala de observación, amueblada con mullidos sillones, sofás, y un pequeño bar. Había también soportes en las ventanas para ametralladoras que disparaban balas de plástico o de madera.

La siguiente estancia de la estructura de la timonera era la cubierta F o de cañones, llamada así por el emplazamiento de cuatro cañones de vapor de 20 milímetros. Las municiones eran alimentadas mediante tiras de proyectiles que salían de un pozo que conducía hasta la cubierta de calderas.

La cubierta más alta, la sala de pilotaje o control o cubierta G, era dos veces más grande que la que había debajo.

—Lo suficientemente grande como para poder bailar en ella —dijo Clemens, al que no le importaba en absoluto la exageración, especialmente cuando era él quien exageraba.

Les presentó a los operadores de radio y radar, al oficial ejecutivo jefe, al oficial de comunicaciones, y al piloto jefe. Este último era Henry-Detweiller, un francés que había emigrado al Medio Oeste americano a principios del siglo XIX y se había convertido en un piloto fluvial, luego en capitán y finalmente en propietario de varias compañías de barcos a vapor. Había muerto en Peoria, Illinois, en su mansión palaciega.

El oficial ejecutivo, John Byron, era un inglés (1723-1786) que había sido guardiamarina en la famosa expedición de Anson alrededor del mundo pero que había naufragado en la costas de Chile. Cuando se convirtió en almirante, ganó el sobrenombre de «Mal Tiempo Jack», debido a que cada vez que su flota ponía proa a mar abierto se metía en las más terribles tormentas.

—Es también el abuelo del famoso o infamado poeta, Lord Byron —dijo Sam—. ¿No es así, almirante?

Byron, un hombre bajito y rubio con fríos ojos azules asintió.

—¿Almirante? —dijo la mujer que había estado incordiando a Clemens—. Pero si usted es el capitán...

Sam dio una chupada a su cigarro, luego dijo:

—Sí, yo soy el único capitán a bordo. El siguiente rango más alto por debajo mío es almirante, y así hacia abajo. El jefe de mis fuerzas aéreas, que consisten en cuatro pilotos y seis mecánicos, es un general. Lo mismo que el jefe de mis marines. Este último, incidentalmente, fue en su tiempo general en el ejército de los Estados Unidos durante la Guerra Civil. Es un indio americano pura sangre, un jefe séneca, Ely S. Parker o, para utilizar su nombre iroqués, Donehogawa, que significa «Guardián de la Puerta del Este». Posee una gran educación, y en la Tierra fue ingeniero de construcciones. Sirvió en el estado mayor del general Ulysses S. Grant durante la guerra.

Sam explicó a continuación los controles e instrumentos utilizados por el piloto. Se sentó en una

silla a cada lado de la cual había dos largas palancas metálicas que se proyectaban desde el suelo. Moviendo las palancas de control hacia adelante o hacia atrás, podía controlar la rotación hacia adelante o hacia atrás de las ruedas de paletas, así como su velocidad de rotación. Ante él había un panel con varios diales y manómetros y varios osciloscopios.

—Uno de ellos es un sonaroscopio —dijo Sam—. A través de su lectura, el piloto puede decir exactamente la profundidad del fondo del río y cuán lejos de la orilla se halla el barco y también si hay algún objeto peligrosamente grande en el agua. Girando ese conmutador señalado PILOTO AUTOMATICO a ON, no tiene nada que hacer salvo mantener un ojo en el sonaroscopio y otro en las orillas.

Si el sistema automático se estropea, puede cambiar a control manual mientras el otro es reparado.

—Pilotar este barco debe ser sencillo —dijo el hombre.

—Lo es. Pero sólo un piloto experimentado puede enfrentarse a las emergencias, y por eso la mayoría de ellos son veteranos del Mississippi.

Señaló que la cubierta de la sala de control estaba a treinta metros por encima de la superficie del Río. También llamó su atención sobre el hecho de que la estructura de la timonera estaba, a diferencia de los barcos fluviales de la Tierra, localizada en el lado de estribor, en vez de hallarse en el centro de la cubierta.

—Lo cual hace que el *No Se Alquila* se parezca más bien a un portaaviones.

Observaron a los marineros haciendo sus ejercicios en la cubierta de vuelos y a los hombres y mujeres practicando ajetreadamente las artes marciales, la lucha con espada, lanza, cuchillo y hacha, y el tiro al blanco.

—Cada miembro de esta tripulación, yo incluido, tiene que ser un experto en todas las armas. Además, cada persona ha de estar completamente cualificada para ocupar cualquier puesto. Van a la escuela para aprender electricidad, electrónica, fontanería, mando de tropa y pilotaje. La mitad de ellos han tomado lecciones de piano o de otros instrumentos de música. Este barco contiene más personas con más habilidades individualizadas y profesiones que cualquier otra área de este planeta.

—¿Todo el mundo hace también turnos de capitán? —dijo la mujer que lo había estado molestando.

—No. Esa es la excepción —dijo Sam, sus gruesas cejas fruncidas—. No deseo meter ideas en la cabeza de nadie.

Se dirigió al panel de control y pulsó un botón. Empezaron a sonar sirenas, y el oficial ejecutivo, John Byron, indicó al oficial de comunicaciones que enviara el aviso de «Puentes fuera» por el intercom general. Sam se dirigió a la ventana estribor e indicó a los demás que hicieran lo mismo. Todos contuvieron el aliento cuando vieron largas tiras de metal surgir hacia afuera por encima del agua desde las tres cubiertas inferiores.

—Si no podemos hundir al *Rex* —dijo Clemens—, lo abordaremos con esos puentes.

—Excelente —dijo la mujer—. Pero la tripulación del *Rex* también puede abordarlos a ustedes por esos mismos puentes.

Los verdeazulados ojos de Sam echaron chispas por encima de su nariz de halcón.

Sin embargo, los demás del grupo estaban tan maravillados, tan sorprendidos, que el peludo pecho de Sam se hinchó de satisfacción. Siempre se había sentido fascinado por los artilugios mecánicos, y le gustaba que los demás compartieran su entusiasmo. En la Tierra su interés por los nuevos chismes había sido el responsable de llevarlo a la bancarrota. Había invertido una fortuna en una máquina tipográfica Paige que era imposible que llegara a funcionar nunca.

La mujer dijo:

—Pero todo este hierro y aluminio y otros metales. Este planeta es tan pobre en minerales.

¿Dónde los consiguió?

—En primer lugar —dijo Sam, complacido por la posibilidad de contar sus hazañas—, un gigantesco meteorito de ferroníquel cayó en el Valle. ¿Recuerdan ustedes cuando, hace ya muchos años, las piedras de cilindros de la orilla derecha dejaron de funcionar? Fue debido a que la caída de la estrella partió la línea.

—Pero, como usted sabe, volvieron a funcionar a las veinticuatro horas. Así que...

—¿Quién las reparó? —dijo un hombre—. He oído todo tipo de historias, pero...

—Yo estaba en las inmediaciones, en cierto modo —dijo Sam—. De hecho, la ola que se formó en el Río y el impacto mismo estuvieron a punto de matarme a mí y a mis compañeros.

Retrocedió mentalmente, no debido a la terrible fatalidad de aquel suceso sino al recuerdo de lo que le había hecho después a uno de sus compañeros, al escandinavo Erik Hachasangrienta.

—De modo que puedo testificar el sorprendente pero innegable hecho de que no sólo la línea fue reparada en una noche, sino que la tierra arrasada fue restaurada también. La hierba y los árboles y el suelo desgarrado fueron reparados inmediatamente.

—¿Quién lo hizo?

—Tuvieron que ser los seres que construyeron ese Valle del Río y nos resucitaron. He oído decir que de hecho son seres humanos como nosotros, terrestres que vivieron siglos después que nosotros. Sin embargo...

—No, no seres humanos —dijo el hombre—. Seguro que no. Fue Dios quien hizo todo esto por nosotros.

—Si está usted en tan buenas relaciones con él —dijo Clemens—, deme su dirección, por favor. Me gustaría escribirle. Prosiguió:

—Mi grupo fue el primero en alcanzar el lugar donde había caído el meteorito. El cráter, que tuvo que ser tan grande y tan profundo como el famoso de Arizona, estaba cubierto ya por aquel entonces. Pero reclamamos su posesión, y empezamos a cavar. Algún tiempo después, oímos que había grandes depósitos de bauxita y criolita bajo el suelo de un estado Río abajo. Sus ciudadanos, sin embargo, no tenían medios de extraer los minerales o de utilizarlos luego. Pero mi estado, Parolando, podía fabricar aluminio de las escorias una vez construidas herramientas de hierro. Ese estado, Soul City, nos atacó para apoderarse del hierro. Les vencimos y confiscamos la bauxita y la criolita. Descubrimos también que algunos otros estados relativamente cercanos tenían algunos depósitos de cobre y estaño. También algo de vanadio y tungsteno. Comerciamos nuestros utensilios de hierro por esos metales.

La mujer, frunciendo el ceño, dijo:

—¿No es extraño que hubiera tanto metal en aquella zona, mientras que en los demás lugares no hay prácticamente nada? ¿No es una extraña coincidencia que usted estuviera buscando esos metales y fuera a parar precisamente a las inmediaciones de donde cayó el meteorito?

—Quizá Dios me dirigió hacia aquel lugar —dijo Sam irónicamente.

No, pensó, no fue Dios. Fue ese Misterioso Extraño, el Ético que se llamaba a sí mismo X, quien arregló las cosas, quién sabe cuantos miles de años antes, de modo que los depósitos estuvieron concentrados en aquella zona. Y quien luego dirigió aquel meteorito para que cayera en las inmediaciones.

¿Con qué propósito? Para construir un barco fluvial y para proporcionar armas de modo que Sam pudiera viajar Río arriba, quizá a lo largo de quince millones de kilómetros, y llegara a las fuentes. Y de allí a la Torre que se erigía hacia las alturas entre las brumas del frío mar del Polo Norte.

¿Y luego qué?

No lo sabía. Se suponía que el Ético debía visitarle de nuevo durante una de las tormentas nocturnas, como siempre hacía. Aparentemente, se presentaba en esos momentos porque los rayos interferían con los delicados instrumentos que los Éticos utilizaban para intentar localizar al renegado. Tenía que facilitarle más información. Mientras tanto, otros visitados por X, sus guerreros elegidos, se reunirían con Sam y subirían a su barco e irían con él Río arriba.

Pero las cosas habían ido mal.

No había vuelto a ver ni a oír nada del Misterioso Extraño desde entonces. Había construido su barco, y luego su socio, el rey Juan Sin Tierra, se lo había robado. También, algunos años más tarde, las «pequeñas resurrecciones», las «traslaciones», habían cesado, y la muerte permanente se había cernido de nuevo sobre los habitantes del enorme valle fluvial.

Algo había ocurrido a la gente de la Torre, los Éticos. Algo tenía que haberle ocurrido al Misterioso Extraño.

Pero él, Clemens, se estaba dirigiendo de todos modos a las fuentes del Río, y allí intentaría penetrar en la Torre. Sabía lo difícil que podía llegar a ser trepar por las montañas que rodeaban el mar. Joe Miller, el titántropo, había visto la Torre desde un sendero que recorría la pared de aquel impresionante anillo de montañas cuando había acompañado al faraón Akenatón. Joe había visto también una gigantesca aeronave de alguna especie descender sobre la cima de la Torre. Y luego había tropezado con un cilindro dejado por algún desconocido predecesor y había caído y había muerto. Tras ser resucitado en otro lugar en el valle, había encontrado a Sam y le había contado su extraña historia.

La mujer dijo:

—¿Qué hay de ese dirigible del que hemos oído rumores? ¿Por qué no ha hecho usted el viaje en él en vez de en este barco? Hubiera podido alcanzar las fuentes del Río en unos pocos días en vez de en los treinta o cuarenta años que le va a llevar hacerlo en el barco.

Aquel era un tema del cual a Sam no le gustaba hablar. La verdad era que nadie había pensado siquiera en una aeronave hasta poco antes de que el *No Se Alquila* estuviera listo para la botadura. Entonces un alemán constructor de dirigibles llamado Von Parseval había aparecido por el lugar y había preguntado por qué no había construido una aeronave.

El jefe ingeniero de Sam, Millón Firebrass, un ex astronauta, se había sentido encantado con la idea. Hasta tal punto que cuando el *No Se Alquila* soltó amarras él se quedó atrás, y construyó la nave flotadora. Se había mantenido en contacto por radio con el barco, y cuando el dirigible alcanzó la Torre, informó que tenía algo más de kilómetro y medio de altura y dieciséis kilómetros de anchura. El *Parseval* había aterrizado en su cima, pero sólo uno de los miembros de su tripulación, un japonés que había tripulado en otro tiempo dirigibles pequeños y que era también un sufi, y que se hacía llamar Piscator, había conseguido entrar. Los otros se habían visto impedidos por alguna fuerza invisible pero tangible. Antes de eso, un oficial llamado Barry Thorn había colocado una bomba en el helicóptero que había conducido a Firebrass y a algunos otros a un aterrizaje de exploración. Había hecho estallar la bomba con una señal de radio y luego robado un helicóptero y huido del dirigible. Pero había resultado herido, y el aparato se había posado sobre las aguas en la base de la Torre.

Thorn había sido llevado de vuelta al dirigible e interrogado. Se había negado a facilitar ninguna información, pero se mostró visiblemente impresionado cuando oyó que Piscator había conseguido penetrar en la Torre.

Clemens sospechaba que Thorn o era un Ético o uno de sus subordinados, uno de los reclutas que X llamaba agentes.

También tenía algunas sospechas de que Firebrass había sido o lo uno o lo otro. Y quizá la mujer que murió en la explosión del helicóptero, Anna Obrenova, había sido también un Ético o un agente.

Sam había llegado a la conclusión, a partir de su examen de toda la evidencia disponible, de que hacía mucho tiempo había ocurrido algo que había varado a un cierto número de agentes y quizá algunos Éticos en el Valle. X era probablemente uno de ellos. Lo cual significaba que agente y Éticos tenían que utilizar los mismos medios que los habitantes del Valle para alcanzar la Torre. Lo cual significaba que probablemente había agentes disfrazados, o Éticos, o ambas cosas, en aquel barco. Lo cual significaba que probablemente había también algunos en el *Rex*.

El porqué los Éticos y los agentes habían sido incapaces de utilizar su aeronave para regresar a la Torre era algo que no sabía.

En estos momentos había llegado al razonamiento de que cualquiera que proclamara haber vivido después del año 1983 d.C. era uno de los seres responsables del Mundo del Río. Tenía la seguridad de que la historia posterior a 1983 era falsa y era un código que les permitía reconocerse mutuamente.

También había razonado que algunos de ellos podían haber imaginado que los reclutas de X sospechaban de su historia-código. En consecuencia, era probable que dejaran de utilizarla.

Clemens dijo a la mujer:

—Se suponía que el dirigible era una nave exploradora, para investigar el terreno desde el aire. Su capitán, sin embargo, tenía órdenes de penetrar en la Torre si ello era posible. Luego tenía que regresar al barco y recogerme a mí y a algunos otros. Pero nadie excepto un filósofo sufi llamado Piscator consiguió penetrar, y éste no regresó. En el camino de vuelta, su capitán, una mujer llamada Jill Gulbirra, que tomó el mando cuando Firebrass resultó muerto, envió una expedición incursora en un helicóptero contra el *Rex*. El Rey Juan fue capturado, pero escapó saltando del helicóptero. No sé

si sobrevivió o no. El aparato regresó al *Parseval* y éste prosiguió su rumbo hacia el *No Se Alquila*. Luego Gulbirra informó de haber avistado un globo muy grande y que se estaba dirigiendo hacia él cuando Thorn logró escapar de nuevo. Se alejó del dirigible en un helicóptero. Gulbirra, sospechando que había colocado una bomba, hizo buscarla. No se encontró nada, pero no podía correr el riesgo de que hubiera alguna. De modo que lanzó el dirigible hacia el suelo. Deseaba conseguir que la tripulación se pusiera a salvo fuera del aparato por si acaso había efectivamente una.

»Luego informó que se había producido una explosión. Eso fue lo último que oímos del *Parseval*.

—Hemos oído rumores de que se estrelló a varios miles de kilómetros Río arriba —dijo la mujer—. Sólo hubo un superviviente.

—¡Sólo uno! Dios mío, ¿qué era? ¿Un hombre o una mujer?

—No sé su nombre. Pero oí decir que era un francés.

Sam gruñó. Sólo había un francés en la aeronave, Cyrano de Bergerac, del cual se había enamorado la mujer de Sam. De toda la tripulación, él era el único que Sam hubiera preferido que no sobreviviera.

Era a última hora de la tarde cuando Sam vio al extraño ser que era aún más grotesco que Joe Miller. Joe al menos era humano, pero esta persona obviamente no había nacido en la Tierra.

Sam supo inmediatamente que el ser tenía que ser uno de los miembros de aquel pequeño grupo de un planeta de Tau Ceti. Su informante, el difunto barón John de Greystock, había conocido a uno de ellos. Según su historia, los taucetanos, a principios del siglo XXI, habían puesto en órbita una pequeña nave en torno a la Tierra antes de descender en la gran nave madre a la superficie. Habían sido bien recibidos, pero luego uno de ellos, Monat, había dicho en una entrevista por televisión que los taucetanos poseían los medios de prolongar sus vidas durante siglos. La gente de la Tierra exigió que le fuera entregado ese conocimiento. Cuando los taucetanos se negaron, diciendo que los terrestres abusarían del don de la longevidad, furiosas multitudes habían linchado a la mayoría de los taucetanos y luego se habían apoderado de la nave. Reluctantemente, Monat había activado un rastreador en el satélite, y éste había proyectado un rayo que había matado a la mayor parte de la vida humana en la Tierra. Al menos, eso era lo que Monat creía. No llegó a ver los resultados de su acción. El también fue linchado por la multitud.

Monat había accionado el rayo de la muerte porque temía que los terrestres pudieran utilizar la nave madre como modelo para construir más naves y luego dirigirse a su planeta nativo y atacarlo, quizá incluso destruir a todos sus habitantes. Realmente no sabía si podían llegar a hacerlo finalmente o no, pero no podía correr el riesgo.

El taucetano estaba de pie en precario equilibrio sobre una estrecha piragua y agitando frenéticamente las manos hacia el *No Se Alquila*. Obviamente, deseaba subir a bordo. Lo mismo deseaba mucha gente, pensó Sam, pero ninguno conseguía su propósito. Este, sin embargo, si bien no era un caballo de diferente color, sí era un bípedo que no era ni pájaro ni hombre. De modo que Sam le dijo al piloto que virara y se acercara a la piragua.

Luego, mientras la sorprendida tripulación se agolpaba en las cubiertas exteriores, el taucetano trepó por una corta escalera hasta la cubierta de calderas. Su compañero, un hombre de aspecto ordinario, le siguió. La piragua se alejó derivando hacia quien se apoderara primero de ella.

Escortados por dos marineros y el general Ely S. Parker en persona, los dos hombres se hallaron pronto en la sala de control. Sam, hablando esperanto, estrechó sus manos, se presentó a sí mismo y a los demás, y luego ellos se presentaron también.

—Soy Monat Grrautut —dijo el bípedo, con una profunda e intensa voz.

—¡Jesucristo! —exclamó Sam—. ¡El mismo en persona! Monat sonrió, dejando al descubierto unos dientes de apariencia completamente humana.

—Oh, entonces ha oído hablar de mí.

—Usted es el único taucetano cuyo nombre conozco —dijo Sam—. He estado escudriñando las orillas durante años en busca de algunos de ustedes, y nunca he conseguido ver ni un pelo de ninguno. ¡Y luego nos damos de narices con usted mismo en persona!

—No soy de un planeta de Tau Ceti —dijo Monat—. Esa fue la historia que contamos cuando

vinimos a la Tierra. En realidad, procedo de un planeta de la estrella Arcturus. Engañamos a los terrestres en previsión de que sus instintos fueran guerreros y...

—Una buena idea —dijo Sam—. Aunque fueron ustedes un poco duros con la gente de la Tierra, según tengo entendido. De todos modos, ¿por qué siguió manteniendo esa historia cuando fue resucitado aquí... sin su permiso?

Monat se alzó de hombros. Qué gesto tan humano, pensó Sam.

—La costumbre, supongo. Además, deseaba asegurarme de que los terrestres seguían sin representar ningún peligro para mi gente.

—No puedo culparle por ello.

—Cuando supe positivamente que los terrestres no representaban ningún peligro, entonces conté la auténtica historia de mi origen.

—Por supuesto —dijo Sam, y se echó a reír—. Está bien. Tomen un puro, ustedes dos.

Monat tenía dos metros de altura, era delgado, y su piel era rosada. Llevaba solamente un faldellín, que dejaba al descubierto la mayor parte de sus rasgos, pero que ocultaba los más interesantes para algunos. Greystock había dicho que el pene del individuo podía pasar por humano y que estaba circuncidado, como los de todos los de los hombres de aquel mundo. Su escroto, sin embargo, era una especie de saco lleno de protuberancias que contenía un elevado número de testículos.

Su rostro era semihumano. Bajo un cráneo sin pelo y una frente muy alta había dos cejas espesas, negras y rizadas, que rodeaban casi sus prominentes órbitas y se extendían hasta casi cubrirlas. Sus ojos eran de color marrón oscuro. La mayor parte de su nariz era de lo más elegante que Sam había visto en mucha gente. Pero una especie de delgados flecos membranosos de unos quince milímetros de largo colgaban de los lados de sus aletas. La nariz terminaba en un grueso y profundamente hendido muñón cartilaginoso. Sus labios eran perrunos, delgados, correosos y negros. Sus orejas sin lóbulos presentaban circunvoluciones completamente inhumanas.

Cada mano tenía tres dedos y un largo pulgar, y tenía cuatro dedos en cada pie.

No creo que asustara a nadie en los barrios bajos de ninguna ciudad, pensó Sam. O en el Congreso.

Su compañero era un americano nacido en 1918, muerto en 2008, cuando el rayo taucetano o arcturiano barrió la Tierra. Su nombre era Peter Jairus Frigate, y medía metro ochenta de altura, musculoso, pelo negro y ojos verdes y un rostro no desagradable visto de frente, pero más bien duro y de mandíbula hundida visto de perfil. Como Monat, llevaba un cilindro y un hatillo de posesiones, e iba armado con un cuchillo de piedra, un hacha, un arco, y un carcaj de flechas.

Sam dudaba mucho de que Monat estuviera diciendo la verdad acerca de su lugar de nacimiento o de que Frigate estuviera dando su verdadero nombre. Dudaba de la historia de cualquiera que dijera que había vivido más allá de 1983. Sin embargo, no iba a decir nada al respecto hasta que estuviera bien informado de aquellos dos.

Tras hacer que les sirvieran unas bebidas, los condujo personalmente a los aposentos de los oficiales cerca de su propia suite.

—Ocurre precisamente que me faltan tres miembros de mi oficialidad —dijo—. Hay una cabina

disponible en la cubierta de calderas. No es un lugar muy deseable, así que voy a enviar allá a dos de los oficiales más jóvenes que disponen ahora de una cabina aquí. Ustedes pueden ocupar ésta, y ellos pueden ir abajo.

El hombre y la mujer que tuvieron que dejar su cabina no parecieron muy contentos cuando oyeron la orden de Sam, pero obedecieron rápidamente.

Aquella noche, comieron en la mesa del capitán con platos chinos pintados por un antiguo artista chino, y bebieron en vasos de cristal tallado. Los cubiertos eran de sólida aleación de plata.

Sam y los demás, incluido el gigantesco Joe Miller, escucharon atentamente las historias de los dos recién llegados acerca de sus aventuras en el Mundo del Río. Cuando Sam oyó que habían viajado durante largo tiempo con Richard Francis Burton, el famoso explorador, lingüista, traductor y, autor del siglo XIX, sintió un estremecimiento. El Ético le había dicho que Burton era otro de los reclutados.

—¿Tienen alguna idea de dónde está él ahora? —preguntó calmadamente.

—No —dijo Monat—. Resultamos separados durante una batalla y no pudimos volver a encontrarlo pese a que lo buscamos intensamente.

Sam animó a Joe Miller a que contara su historia de la expedición egipcia. Sam se sentía impaciente con su papel de educado interrogador y anfitrión. Le gustaba dominar la conversación, pero deseaba ver qué efectos tenía el relato de Miller en aquellos dos.

Cuando Joe hubo terminado, Monat dijo:

—¡Vaya! ¡Así que realmente *hay* una Torre en el mar polar!

—Zi, maldita zea, ezo ez lo que he dicho —murmuró Joe.

Sam pretendía dejar pasar al menos una semana oyendo todo lo relevante que ellos tuvieran que decir sobre sí mismos. Luego empezaría a someterlos a un interrogatorio mucho más riguroso.

Dos días más tarde, mientras el barco estaba anclado en la orilla derecha al mediodía para recargar, las piedras de cilindros permanecieron mudas y sin llamas.

—¡Por los sagrados clavos de Cristo! —exclamó Sam—. ¿Otro meteorito?

No creía que esa fuera la causa del fallo. El Ético le había dicho que había instaladas en el espacio protecciones deflectoras de meteoritos, y que la única razón de que aquél hubiera podido atravesarlas era que él había conseguido hacer que las protecciones fallaran en el momento exacto para permitir que el meteorito las cruzara. Las protecciones debían estar actuando todavía ahí afuera, flotando en el espacio, listas para hacer su trabajo.

Pero si el fallo no había sido ocasionado por un meteorito, ¿qué lo había ocasionado?

¿O era otro caso de mal funcionamiento de los sistemas de los Éticos? La gente ya no era resucitada, lo cual significaba que algo se había estropeado y no había sido reparado en el mecanismo que convertía el calor del corazón del planeta en electricidad para las piedras. Afortunadamente, estas se hallaban dispuestas en paralelo, no en serie. De otro modo, todo el mundo iba a morir de hambre, no solamente los de la orilla derecha.

Sam ordenó inmediatamente que le barco siguiera su curso corriente arriba. Al atardecer el barco se detuvo en la orilla izquierda. No inesperadamente, los del lugar no aceptaron permitirles usar una piedra de cilindros. Hubo una lucha infernal, una carnicería que enfermó a Sam. Frigate fue uno de

los que resultaron muertos por un pequeño cohete lanzado desde la orilla.

Luego los hambrientos desesperados de la orilla derecha invadieron la orilla izquierda. Vinieron en enjambres, que no pudieron ser detenidos hasta que murió el número suficiente de ellos y de los defensores como para que hubiera suficientes depresiones en las piedras para los cilindros de los supervivientes.

Hasta que los cuerpos dejaron de llenar la superficie del Río no dio orden Clemens de seguir corriente arriba. Unos pocos días más tarde, hizo otra parada el tiempo suficiente como para reemplazar a los que había perdido en la refriega.

SECCIÓN 3

A bordo del «Rex»: el hilo de la razón

Fueron Loghu y Alice quienes condujeron a Burton y los otros al barco del Rey Juan.

Su grupo había viajado Río arriba hasta la zona en la cual el *Rex* había anclado para un descanso en tierra firme y reparaciones. Hallaron el lugar de atraque temporalmente superpoblado debido a otros curiosos por ver el enorme barco de cerca, algunos de los cuales eran también lo suficientemente ambiciosos como para enrolarse como miembros de la tripulación. Había algunas vacantes a bordo, que los rumores decían habían sido provocadas cuando el capitán castigó con excesiva dureza a seis personas que creía habían sido negligentes en su deber. No parecía tener mucha prisa en reemplazarlos.

Cuando Juan bajó a la orilla, iba rodeado por doce marines, que formaban un apretado círculo a su alrededor. No era ningún secreto, sin embargo, que el Rey Juan tenía buen ojo para las mujeres hermosas. Así que Loghu, una muy hermosa rubia tokhariana antigua, caminó hacia él vestida únicamente con un corto faldellín. Juan hizo detenerse a sus marines y se puso a hablar con ella. No tardó mucho en invitarla a bordo para visitar el barco. Aunque no lo dijo claramente, dio a entender que su gran suite sería la que tomaría más tiempo en inspeccionar, y que solamente él y Loghu efectuarían esa inspección.

Loghu se echó a reír y dijo que quizá subiera a bordo, pero que sus amigos tenían que ir con ella. En cuanto al tête-à-tête, lo tomaría en consideración pero no decidiría nada hasta que hubiera visto todo el resto del barco.

El Rey Juan pareció algo decepcionado, pero luego se echó a reír y dijo que le mostraría algo que casi nadie había visto. Loghu no era estúpida y comprendió bien a qué se refería. Sin embargo, sabía cuan desesperadamente necesario era subir a bordo del *Rex*.

De modo que Alice, Burton, Kazz y Besst fueron invitados también a la visita.

Burton echaba humo porque no deseaba conseguir llegar hasta Juan haciendo que Loghu se comportara como una prostituta. Pero era la única forma. Sus anteriores declaraciones de que encontraría algún modo de llegar hasta el barco, sin que importaran los obstáculos, habían sido muy precipitadas, impresionantes pero inútiles. No había oír forma de conseguir siquiera una estancia temporal a bordo del *Rex*.

De modo que Loghu había empleado el antiguo pero siempre efectivo método. Sin decirlo claramente, había dejado entrever que tal vez estuviera dispuesta a compartir la cama de Juan. A Burton no le había gustado aquello. Se sentía como un chulo, y le irritaba también el hecho de que fuera una mujer la que consiguiera algo que él no podía conseguir. No se sentía tan trastornado, de todos modos, como se hubiera sentido en la Tierra o incluso allí hacía varios años. Este mundo le había proporcionado una buena oportunidad de ver que las mujeres podían hacer lo que las inhibiciones y censuras de la sociedad terrestre les había impedido en su tiempo. Además, era él quien había escrito: *Las mujeres de todo el mundo son lo que los hombres han hecho de ellas*. Eso podía haber sido cierto en los tiempos victorianos, pero ya no tenía ninguna aplicación ahora.

Mientras iban hacia el barco, Loghu presentó a los otros. Todos excepto Burton utilizaban sus

auténticos nombres. Él había decidido no utilizar esta vez su antiguo disfraz medio árabe, medio pathan, no ser Mirza Abdullah Bushiri o Abdul Hassan o cualquiera de los otros muchos disfraces que había utilizado en la Tierra y allí. Esta vez, por una razón que no explicó a sus compañeros, había adoptado la personalidad de Gwalchgwynn, un galés medieval que había vivido cuando los britanos estaban finalizando su estancia allí contra los invasores anglos, sajones y daneses.

—Significa «Halcón Blanco», Vuestra Majestad —dijo.

—¿Sí? —dijo Juan—. Eres muy moreno para un halcón blanco.

—Es un gran espadachín y tirador, Vuestra Majestad —retumbó Kazz, el neanderthal—. Sería un buen luchador a tu lado.

—Quizá le conceda la oportunidad de demostrar sus habilidades en algún momento —dijo Juan.

Juan contempló a Kazz a través de sus párpados entrecerrados. Juan medía metro setenta de altura, pero parecía alto al lado del neanderthal. Kazz era rechoncho y de gruesa osamenta, como todos los representantes de la antigua Edad de Piedra. Su cabeza en forma de gran hogaza de pan, su hundida frente, sus gruesas cejas, su ancha nariz aplastada, y su mandíbula muy prominente no lo hacían precisamente agraciado. Pero su apariencia no era subhumana como la de los neanderthales de las ilustraciones y las primitivas reconstrucciones de los museos. Era peludo, pero no más que los más hirsutos de los Homo sapiens.

Su compañera, Besst, era varios centímetros más baja que él y poseía su mismo atractivo.

Juan se mostró interesado en ambos, sin embargo. Eran pequeños de estatura, pero su fuerza era enorme, y tanto macho como hembra podían ser buenos guerreros. Sus frentes hundidas no significaban necesariamente poca inteligencia, puesto que la escala del genio a la estupidez era la misma entre los neanderthales que en la moderna humanidad.

La mitad de la tripulación de Juan eran paleolíticos primitivos.

Juan, apodado Sin Tierra debido a que durante mucho tiempo no fue *capaz* de poseer los estados que afirmaba le correspondían por derecho, era el hermano menor del rey Ricardo I Corazón de León, el monarca al que permaneció fiel el legendario Robín Hood mientras Juan gobernaba Inglaterra como regente. Poseía anchos hombros y una constitución firmemente atlética, una poderosa mandíbula, pelo leonado, ojos azules, y un carácter terrible, lo cual no era nada fuera de lo común para un rey medieval. Tuvo una muy mala reputación durante y después de su muerte, aunque no era mucho peor que la de muchos otros reyes antes que él y era mejor que la de su hermano. Crónicas contemporáneas y posteriores coincidían en presentar un retrato no demasiado agradable de él. Fue tan detestado que se convirtió en una tradición el que nadie de la familia real británica fuera llamado Juan.

Ricardo había designado a su sobrino, Arturo de Britania, como su heredero. Juan se había negado a aceptar esto y, mientras luchaba contra Arturo, lo había capturado y lo había hecho prisionero en el castillo de Falaise y luego en el de Rouen. Allí el sobrino de Ricardo desapareció bajo circunstancias que hicieron que la mayoría de la gente creyera que Juan lo había asesinado y luego había arrojado su cuerpo lastrado al Sena. Juan nunca había negado ni confirmado esas acusaciones.

Otra mancha en su historia, aunque no mayor ni más negra que las que jalonaban la historia de

muchos otros monarcas, era el innegable suceso de que había hecho que murieran de hambre la esposa y el hijo de un enemigo, el barón de Braose.

Había muchas más historias, algunas de las cuales eran ciertas, acerca de sus tenebrosas hazañas. Pero hasta muchos siglos más tarde no empezaron los historiadores objetivos a relacionar que también había hecho mucho bien a Inglaterra.

Burton no sabía mucho de la vida de Juan en el Mundo del Río excepto que le había robado a Samuel Clemens aquel barco. Sabía también que no sería discreto mencionarle ese detalle a Juan.

El propio monarca era su guía. Les mostró casi todo desde la cubierta inferior hasta la superior, las cubiertas de calderas, superior, de velos, y el texas, una extensión de la planta inferior de las dos plantas de la timonera. Mientras estaban en la timonera, Alice le dijo al rey que ella era una de sus descendientes a través de su hijo, Juan de Gante.

—¿Realmente? —dijo Juan—. ¿Eras entonces una princesa o una reina?

—Ni siquiera de la nobleza —dijo ella—. Aunque era de la clase alta. Mi padre era un familiar del barón Ravensworth. Yo nací en el año de Nuestro Señor de 1852, cuando Victoria, otra de tus descendientes, era reina.

Las leonadas cejas del rey se alzaron.

—Eres la primera de mis descendientes con la que me encuentro. Y muy hermosa, además.

—Gracias, Sire.

Burton echó aún más humo. ¿Estaba Juan considerando el incesto, por rarificada que fuera la consanguinidad entre ellos?

Aparentemente Juan había estado estudiando la posibilidad de tomarlos a todos como miembros de su tripulación, y el distante parentesco de Alice lo decidió. Después de ir al gran salón a beber algo, les dijo que podían, si lo deseaban, seguir recorriendo el Río con él. Antes les explicó con detalle cuáles eran los deberes generales de la tripulación y en qué consistía la disciplina, y luego les pidió que efectuaran un juramento de fidelidad hacia él.

Hasta aquel momento Juan no había proseguido con sus intentos de que Loghu se fuera a la cama con él, pero indudablemente la idea seguía en su mente. Burton le pidió hablar con los otros en privado por un minuto. Juan concedió graciosamente el permiso, y ellos fueron a un rincón a hablar.

—No me importa —dijo Loghu—. Puede que incluso me guste. Nunca he sido montada por un rey. De todos modos, ahora no tengo ningún hombre y no lo he tenido desde que ese bastardo de Frigate se fue a escape. Juan no está nada mal, aunque sea más bajo que yo.

En la Tierra, Alice se hubiera sentido horrorizada. Pero había visto demasiado y había cambiado demasiado; la mayor parte de sus actitudes victorianas habían desaparecido hacía mucho tiempo.

—Mientras sea voluntario —dijo—, entonces no hay nada malo en ello.

—Lo haría aunque fuera algo malo —dijo Loghu—. Hay mucho en juego para nosotros como para mostrarnos pusilánimes.

—No me gusta —dijo Burton. Se sentía aliviado pero no deseaba admitirlo—. Pero si perdemos este barco, puede que no tengamos ninguna posibilidad de abordar el otro. He oído decir que abordar el *Mark Twain* es algo tan difícil como que un político vaya al cielo.

»De todos modos, si intenta maltratarte...

—Oh, sé cuidar de mí misma —dijo Loghu—. Si no puedo arrojar a ese semental al otro lado de la cabina, entonces es que he perdido mis facultades. Como último recurso siempre puedo aplastarle los testículos.

Alice no había cambiado tanto como para no enrojecer.

—Puede que incluso te haga su compañera Número Uno —dijo Kazz—. ¡Huau! ¡Eso te convertiría en la reina! ¡Salve, Reina Loghu!

—Estoy más preocupada por su compañera actual que por él —dijo Loghu—. Juan nunca me apuñalaría por la espalda, aunque intente tomarme por detrás, pero esa mujer podría clavar un cuchillo en mi espina dorsal.

—Sigo sintiéndome como un proxeneta —dijo Burton.

—¿Por qué? No te pertenezco.

Regresaron junto a Juan y le dijeron que estaban dispuestos a prestar juramento.

Juan ordenó más bebida para celebrarlo. Después, hizo que su oficial ejecutivo, un masivo yanki de finales del siglo xx llamado Augustus Strubewell, hiciera los arreglos necesarios para que el juramento se celebrara aquella noche.

Dos días más tarde, el *Rex* levaba anclas y seguía Río arriba. Alice había sido asignada como enfermera al servicio de uno de los médicos del barco, un tal doctor Doyle. Loghu sería adiestrada como piloto, tras lo cual se convertiría oficialmente en un piloto de segunda clase de reserva. Sus tareas consistirían tan sólo en sustituir a cualquier otro de los pilotos de segunda clase si en aquel momento no estaba disponible. De modo que tendría montones de tiempo libre a menos que Juan la mantuviera ocupada en su suite, lo cual hizo durante un cierto tiempo al principio. La mujer a la que Loghu desposeyó pareció ponerse furiosa por el cambio, pero sólo en apariencia. En realidad estaba tan cansada de Juan como éste lo estaba de ella.

Kazz y Burton fueron asignados como soldados rasos entre la marinería. Kazz era un lanzador de hacha; Burton, un pistolero y espadachín. Besst fue puesta entre las mujeres arqueras.

Una de las primeras cosas que hizo Burton fue descubrir quiénes en el barco afirmaban haber vivido pasado el año 1983 d.C. Había cuatro. Uno de ellos era Strubewell. Estaba con Juan cuando éste robó el barco.

Cuando el reverendo Dodgson, más conocido como Lewis Carroll, escribió *Alicia en el País de las Maravillas*, lo prologó con un poema. Empieza con «Todo en el dorado atardecer», y condensa ese famoso viaje en barco Isis arriba durante el cual Dodgson fue importunado hasta tal punto por la auténtica Alice que escribió más tarde que había compuesto el libro para complacer a «las crueles Tres».

En aquel día del 4 de julio de 1852, dorado sólo en el pensamiento porque de hecho era frío y húmedo, Dodgson, que sería el Dodo en *Alicia* y el Caballero Blanco en *A través del espejo*, estaba acompañado por el reverendo Duckworth, que naturalmente se convirtió en el Pato (the Duck). Lorina, de trece años, fue el Loro (the Lory), y Edith, la hermana más pequeña, de ocho años, se convertiría en el Aguilucho (the Eaglet).

Las tres niñas eran las hijas del obispo Liddell, cuyo sobrenombre rimaba en inglés con violín (fiddle), como queda evidenciado por un poema acerca del obispo cantado por los pendencieros estudiantes de Oxford. Los versos de Dodgson se refieren a las niñas según los ordinales latinos y de acuerdo con su edad. Prima, Secunda y Tertia.

Ahora Alice tenía la impresión, mientras permanecía de pie en medio de la cabina de Richard y suya, de que ella había representado realmente la parte de Secunda durante su vida en la Tierra. Y evidentemente, en aquel mundo era Secunda. Richard Burton consideraba a pocos hombres como sus iguales y a ninguna mujer, ni siquiera su esposa, y quizá especialmente su esposa, como su igual.

A ella no le había importado. Era soñadora, gentil e introvertida. Como Dodgson había escrito de ella:

*Aún sigue persiguiéndome, como un fantasma,
Alice avanzando bajo los cielos,
sin poder verla nunca con los ojos abiertos.*

Aquello era cierto en más sentidos de los que Dodgson podía haber soñado nunca. Ahora ella estaba bajo un cielo en el cual incluso al resplandor del mediodía ella podía ver cerca de las cimas de las montañas el débil resplandor fantasmagórico de algunas estrellas gigantes. Y en el cielo nocturno sin luna el cielo era un llamear de grandes lienzos de gases y enormes estrellas que competían con la luz de una luna llena.

Bajo la luz del día y de la noche, se había sentido contenta, incluso orgullosa, de dejar que Richard tomara las decisiones. Esas habían implicado a menudo violencia y, contrariamente a su naturaleza, ella había luchado como una amazona. Aunque nunca había tenido el físico de una Penthesilea, sí había tenido su valor.

La vida en el Mundo del Río había sido a menudo dura, cruel y sangrienta. Después de morir en la Tierra, se había despertado desnuda y con todo el pelo de su cuerpo afeitado, en el cuerpo que había sido el suyo cuando tenía veinticinco años, aunque había muerto a los ochenta y dos. A su

alrededor no estaba la habitación de la casa en que había muerto, la de su hermana Rhoda en Westerham, Kent. En vez de ello enormes montañas cortadas a pico encerraban las llanuras y las orillas y el río en mitad del valle. Hasta tan lejos como podía ver, había gente en las orillas, todos ellos desnudos, sin pelo, jóvenes, e impresionados, gritando, llorando, riendo histéricamente, o en un silencio horrorizado.

No conocía a nadie y, movida por un impulso, se había aferrado a Burton. Sin embargo, uno de los artículos en su cilindro era una barra gomosa parecida al chicle que contenía alguna especie de sustancia psicodélica. Ella la masticó, y entonces ella y Burton habían copulado furiosamente durante toda la noche y hecho incluso cosas que luego ella había considerado perversas y algunas otras cosas que aún seguía haciendo.

Se había odiado a sí misma por la mañana y deseado matarse allí mismo. Había odiado a Burton como nunca antes había odiado a nadie. Pero siguió con él, puesto que cualquier otro a quien se dirigiera podía ser peor. También había tenido que admitir que él se hallaba igualmente bajo los efectos de la goma, y no la urgió luego a reanudar, como ella pensó que lo haría, sus relaciones carnales.

Con el tiempo, ella se había ido enamorando de él —de hecho, se había enamorado de él aquella misma noche—, y empezaron a vivir juntos. Vivir juntos no era exactamente la palabra, puesto que una buena mitad de su tiempo ella se lo pasaba sola en su cabaña. Burton era el hombre más inquieto que jamás hubiera conocido. Tras una semana en un mismo lugar, tenía que trasladarse a algún otro sitio: de tanto en tanto se peleaban, él llevando casi siempre la voz cantante, aunque ahora ella sabía defenderse mejor. Finalmente, desapareció durante varios años, y regresó con una historia que resultó ser en esencia un cuento increíble.

Ella se mostró realmente dolida cuando finalmente descubrió que él había mantenido su secreto más importante oculto a los ojos de ella durante años. Había sido visitado una noche por un ser embozado y enmascarado que había dicho que era un *Ético*, uno de los miembros del Consejo que gobernaba a los responsables de las resurrecciones de treinta y cinco mil millones o así de terrestres.

La historia era que esos *Éticos* habían devuelto a la humanidad a la vida para realizar algunos experimentos. Pretendían dejar que la humanidad muriera, no volviera a ser resucitada de nuevo. Uno de los miembros del Consejo, ese *Ético*, ese «Hombre», se estaba oponiendo en secreto a ello.

Burton era escéptico. Pero cuando los otros *Éticos* intentaron apoderarse de él, Burton echó a correr. Se vio obligado a matarse a sí mismo varias veces, utilizando el principio de la resurrección, para alejarse de sus perseguidores. Tras un tiempo decidió que quizá fuera mejor dejarse atrapar. Tras 777 suicidios, se despertó en la habitación del Consejo de los doce. Esos le dijeron lo que ya sabía por X, es decir, que había un renegado entre ellos. Sin embargo, hasta entonces, habían sido incapaces de descubrir quién era. Pero lo conseguirían.

Ahora que lo habían atrapado, iban a mantenerlo bajo permanente vigilancia. Sus recuerdos de sus visitas de los *Éticos*, de hecho todo desde que había conocido por primera vez a X, sería borrado de su mente.

Burton, sin embargo, al despertar en la orilla del Río, descubrió que su memoria estaba intacta. De alguna forma, X había conseguido evitar el borrado, engañando así a sus colegas.

Burton razonó también que X debía haber arreglado las cosas de modo que los Éticos no pudieran encontrarle por mucho que lo desearan. Burton fue entonces Río arriba, buscando a los otros a los que X había reclutado. X no había dicho exactamente cuándo y cómo le ayudarían, pero había prometido revelarle el momento y los métodos en una ocasión posterior.

Algo había ido mal. X no había aparecido en años, y las resurrecciones se habían interrumpido de pronto.

Luego Burton había descubierto que Peter Jairas Frigate y el taucetano, que habían estado con Burton desde el principio, eran o Éticos o agentes de los Éticos. Antes de que Burton pudiera echarles la mano encima, ambos huyeron.

Burton no podía seguir manteniendo el secreto frente a sus compañeros. Alice se sintió sorprendida por la historia, impresionada. Más tarde, se puso furiosa. ¿Por qué no le había dicho la verdad mucho tiempo antes? Burton había explicado que deseaba protegerla. Si ella sabía la verdad, podía ser secuestrada e interrogada y Dios sabía qué otras cosas por parte de los Éticos.

Desde aquel momento, ella había estado hirviendo lentamente. La reprimida irritación había estallado de tanto en tanto, y las llamas habían despellejado a Burton. Él, siempre dispuesto a devolver ardor con ardor, se había peleado terriblemente con ella. Y aunque siempre habían terminado reconciliándose de nuevo, Alice sabía que el día de la separación llegaría pronto.

Hubiera debido romper antes de alistarse en el *Rex*. Pero ella también deseaba conocer las respuestas a los misterios del Mundo del Río. Si se quedaba atrás, siempre lamentaría no haber proseguido. Así que había embarcado con Richard, y allí estaba, en su cabina, preguntándose qué hacer a continuación.

También tenía que confesarse que sentía más atracción al simple hecho de estar allí que al deseo de revelar misterios. *Por* primera vez en su vida en aquel mundo tenía a su disposición agua corriente caliente y fría, y un baño confortable, y una cama, y aire acondicionado, y un gran salón en el cual podía ver películas y obras de teatro y oír música, clásica y popular, interpretada por orquestas que utilizaban los instrumentos conocidos en la Tierra, no los sustitutos de arcilla y piel y bambú utilizados en las orillas. Había también bridge y whist y otros juegos. Todas estas comodidades para el cuerpo y para el alma eran suyas. Era difícil prescindir de ellas.

Era por supuesto una extraña situación para la hija de un obispo nacida el 4 de mayo de 1852 cerca de la abadía de Westminster. Su padre era no sólo el decano del Christ Church College, sino famoso como el coeditor del *Léxico Griego-Inglés* Liddell y Scott. Su madre era una hermosa y culta mujer que parecía española. Alice Pleasance Liddell llegó a Oxford cuando tenía cuatro años y casi inmediatamente hizo amistad con el tímido y tartamudo clérigo-matemático con su excéntrico sentido del humor. Ambos vivieron en Tom Quad, de modo que sus encuentros fueron frecuentes.

Como las hijas de un obispo de ascendencia noble y real, ella y sus hermanas no tuvieron ocasión de jugar muy a menudo con otros niños. Eran educadas principalmente por su institutriz la señorita Prickett, una mujer que se preocupaba enormemente por enseñar a sus niñas pero que no tenía ella misma demasiada educación. De todos modos, Alice gozó de todas las ventajas de una privilegiada infancia victoriana. John Ruskin era su maestro de dibujo. Ella conseguía a menudo escuchar subrepticamente las conversaciones de los huéspedes que su padre traía a cenar; el Príncipe de

Gales, Gladstone, Matthew Arnold, y muchos otros grandes y notables.

Era una niña encantadora, de piel oscura, su recio pelo cortado a flequillo, su rostro un reflejo de su tranquila alma soñadora cuando estaba pensativo pero brillante y ansioso cuando era estimulado, especialmente por las locas historias de Dodgson. Leía mucho, y se instruía enormemente por sí misma.

Le gustaba jugar con su gato negro, Dinah, y contarle sus propias historias, que nunca eran tan buenas como las del reverendo. Su canción favorita era «Estrella vespertina», que Dodgson iba a satirizar en *Alicia* como la canción de la Tortuga Burlona, «Sopa de tortuga».

Sopa vespertina, ¡maravillosa sopa!

Sopa vespertina, ¡maravillosa sopa!

La auténtica parte favorita del libro para Alice, sin embargo, era aquella acerca del Gato de Cheshire. Le encantaban los gatos, e incluso cuando era ya mayor hablaba ocasionalmente con su gatito como si fuera humano cuando no había nadie a su alrededor.

Creció hasta convertirse en una atractiva mujer con un físico espléndido y un algo especial, un indefinible pelo brumoso que había atraído a Dodgson cuando era niña y que había atraído también a Ruskin y a otros. Para todos ellos era la «niña de puras y limpias cejas y maravillosos ojos soñadores».

Pese a su atractivo de adulta, no se casó hasta los veintiocho años, lo cual hacía de ella una vieja solterona en los Victorianos 1880. Su marido, Reginald Gervis Hargreaves del estado de Cuffnells, cerca de Lyndhurst, Hampshire, había sido educado en Eton y Christ Church, y se convirtió en un juez de paz, viviendo una vida muy tranquila con Alice y sus tres hijos. Le gustaba leer, especialmente literatura francesa, cabalgar y cazar, y poseía un enorme jardín botánico que incluía pinos de Oregón y secoyas.

Pese a algunas inhibiciones y torpezas al principio, ella se había adaptado al acto sexual y había llegado a desearlo. Amaba a su marido, y lo lamentó profundamente cuando éste murió, en 1926.

Pero a Burton lo había amado con una pasión que excedía con mucho a la que había llegado a sentir por Reginald.

Pero ya no, se dijo a sí misma.

Ya no podría seguir el ritmo de su eterna inquietud, aunque parecía como si ahora él estuviera dispuesto a quedarse en un mismo sitio durante varios años. Pero era el lugar lo que lo alteraba ahora. Sus irritaciones, su ansia por iniciar cualquier disputa, sus enormes celos, se estaban volviendo agotadores. Los rasgos de él que la habían atraído al principio porque ella carecía de ellos la estaban apartando ahora de él.

La gran cuña que abría le separación era el que él hubiera mantenido para sí mismo durante tanto tiempo El Secreto.

El problema de abandonar a Richard en este momento era que ella no tenía ningún lugar donde ir. Todas las cabinas estaban ocupadas. Algunas estaban ocupadas por un hombre solo, pero ella no

deseaba irse a vivir con un hombre al que no amara.

Richard se hubiera burlado ante aquello. Afirmaba que todo lo que él deseaba en una mujer era belleza y afecto. También las prefería rubias, pero en su caso había prescindido de ese requisito. Podía haberle dicho que se buscara algún hombre atractivo con unos modales el menos soportables y que se fuera a vivir con él. Pero no lo había hecho. Más bien la amenazaría de muerte si ella lo abandona. ¿Lo haría? Seguramente debía estar tan cansado de ella como ella lo estaba de él.

Se sentó y se fumó un cigarrillo, algo que jamás hubiera ni soñado allá en la Tierra, y consideró qué hacer. Tras un rato, no encontrando ninguna respuesta, abandonó la cabina y fue al gran salón. Siempre había algo agradable o excitante allí.

En el salón, fue de un lado para otro durante algunos minutos, admirando los cuadros y las estatuas y escuchando una pieza de Liszt que estaba siendo interpretada al piano.

Mientras estaba empezando a sentirse realmente solitaria y deseando que viniera alguien y la librara de su mal humor, una mujer se le acercó. Tendría metro y medio de altura, delgada, piernas largas, y unos pechos cónicos de mediano tamaño con enhiestos pezones levemente cubiertos por una sucinta tela. Sus rasgos eran hermosos pese a su nariz un poco demasiado larga.

Exhibiendo unos dientes muy blancos e iguales, la rubia dijo en esperanto:

—Hola, soy Aphra Behn, una de las pistoleras y ex-compañeras de Su Majestad, aunque él me llama todavía de tanto en tanto. Tú eres Alice Liddell, ¿no? La mujer del feo y hermoso galés de fiera mirada, Gwalchwynn.

Alice asintió a todo aquello y preguntó inmediatamente:

—¿Eres tú la autora de *Oroonoko*? Aphra sonrió de nuevo.

—Sí, y de otras varias obras. Es bueno saber que no era una desconocida en el siglo xx. ¿Juegas al bridge? Estamos buscando un cuarto jugador.

—No he jugado desde hace treinta y cuatro años —dijo Alice—. Pero me encantaba. Si no te importan algunas torpezas al principio...

—Oh, te pondremos en forma rápidamente, aunque alguien pueda resultar herido por ello —dijo Aphra. Se echó a reír y condujo a Alice de la mano hacia una mesa cerca de una pared y debajo de un enorme cuadro. Este representaba a Teseo entrando en el corazón del laberinto de Minos donde lo aguardaba el Minotauro. El hilo de Ariadna estaba atado a su enorme erección.

Aphra, viendo la expresión de Alice, sonrió.

—Te sorprende cuando lo ves por primera vez, ¿verdad? No sabes si Teseo va a matar al toro con su espada o a sodomizarlo hasta la muerte, ¿no crees?

—Si hace eso último —dijo Alice—, va a romper el hilo y no será capaz de encontrar su camino de vuelta hasta Ariadna.

—Una mujer afortunada —dijo Aphra—. Puede morir pensando todavía que él la ama, sin saber sus planes de abandonarla a la primera oportunidad.

Así que aquella era Aphra Amis Behn, la novelista, poetisa y dramaturga a la que Londres llamaba la Incomparable Astrea, según la divina estrella virgen de la religión clásica griega. Antes de que muriera en 1689 a la edad de cuarenta y un años, había escrito una novela, *Oroonoko*, que fue una sensación en su época y fue publicada de nuevo en 1930, dando a Alice la oportunidad de leerla

antes de su muerte. El libro había tenido una gran influencia en el desarrollo de la novela, y los contemporáneos de Aphra la comparaban con el Defoe de sus mejores tiempos. Sus obras teatrales eran obscenas y groseras pero ingeniosas y habían hecho las delicias de los espectadores. Fue la primera mujer inglesa en ganarse enteramente la vida con sus escritos, y había sido también una espía para Carlos II durante la guerra contra Holanda. Su vida había sido escandalosa, incluso para el período de la Restauración, pero fue enterrada en la abadía de Westminster, un honor negado al igualmente escandaloso y mucho más famoso Lord Byron.

Dos hombres estaban aguardando impacientemente en la mesa. Aphra hizo las presentaciones, proporcionando una sucinta biografía de cada uno.

El hombre en el extremo oeste de la mesa era Lazzaro Spallanzani, nacido el 1728 d.C., muerto el 1799. Había sido uno de los más conocidos científicos naturalistas de su tiempo, y era famoso principalmente por sus experimentos con murciélagos para determinar cómo podían volar en medio de una total oscuridad. Había descubierto que lo conseguían utilizando una forma de sonar, aunque ese término no era conocido en sus días. Era bajo, delgado, muy moreno, y obviamente italiano aunque hablara esperanto.

El hombre que se sentaba en el lado norte era Ladislav Podebrad, un checo. Era de estatura media (para la mitad y finales del siglo XX), muy desarrollado, musculoso, y con un cuello de toro. Su cabello era amarillo, y sus ojos azules y fríos. Tenía unas gruesas y amarillentas cejas. Su nariz de águila era ancha, y su masiva mandíbula profundamente hendida. Aunque sus manos eran anchas —tan grandes como las de un oso, pensó Alice, que tendía a exagerar—, y los dedos eran relativamente cortos, manejaba las cartas como un tahúr del Mississippi.

Aphra comentó que había subido a bordo hacía tan sólo ocho días y que era un ingeniero electrónico con un doctorado en su haber. También dijo —y aquí Alice se sintió de pronto muy interesada— que Podebrad había atraído la atención de Juan cuando Juan lo vio de pie junto a los restos de una aeronave en la orilla izquierda. Tras oír la historia de Podebrad y sus calificaciones, Juan lo había invitado a subir a bordo como ingeniero ayudante en la sala de motores. La quilla de duraluminio y la góndola del dirigible semirrígido habían sido recogidas de entre los restos y almacenadas en el *Rex*.

Podebrad no hablaba mucho, dando la impresión de ser uno de esos jugadores de bridge que se concentran exclusivamente en el juego. Pero puesto que Behn y Spallanzani no dejaban de hablar, Alice se animó a hacer algunas preguntas. Él respondió concisamente, pero no ofreció señales externas de sentirse irritado por el interrogatorio. Eso no quería decir que no lo estuviera; su rostro permaneció impassible durante todo el juego.

Podebrad explicó que había sido jefe de estado en un lugar muy muy lejos Río abajo llamado Nova Bohemujo, el nombre esperanto de Nueva Bohemia. Estaba cualificado para esta posición puesto que había sido también jefe de una sección gubernamental en Checoslovaquia y un miembro prominente del partido comunista. Ahora ya no era comunista, sin embargo, puesto que esa ideología no tenía sentido y era tan irrelevante como el capitalismo allí. Además, se había sentido muy atraído por la Iglesia de la Segunda Oportunidad, aunque nunca se había unido a ella.

Había tenido un sueño recurrente de que había enormes depósitos de hierro y otros minerales

enterrados muy profundo en la zona de Nova Bohemujo. Tras mucho batallar, había conseguido que su gente cavara para él. Fue una tarea larga y agotadora y destrozó infinidad de herramientas de pedernal, cuarzo y madera, pero su celo había sido recompensado. Además, les había dado una ocupación.

—Tiene que comprender que no soy en absoluto supersticioso —dijo Podebrad con una voz de bajo profundo—. Desprecio la oniromancia, y hubiera ignorado esa serie de sueños, no importa cuan compulsivos pudieran ser. Es decir, lo hubiera sido bajo la mayor parte de las circunstancias. Tenía la impresión de que eran expresión de mi inconsciente, un término que no me gusta utilizar, puesto que rechazo el freudianismo, pero útil aquí para describir los fenómenos que estaba experimentando. Al principio, eran tan sólo la expresión de mis deseos de descubrir metal, o así lo creía. Luego empecé a creer que podía haber otra explicación, aunque la primera no era realmente una explicación. Quizá hubiera una afinidad entre el metal y yo mismo, alguna especie de corriente terrestre que me pusiera en su circuito, es decir, que el metal era un polo y yo el otro, de tal modo que captaba el flujo de energía.

Y dice que no es supersticioso, pensó Alice. ¿O se está burlando de mí?

Richard, sin embargo, hubiera aceptado a pies juntillas ese tipo de tonterías. Creía que había una afinidad entre la plata y él. Cuando sufría de oftalmia en la India, se colocaba monedas de plata sobre los ojos, y cuando ya viejo sufrió de gota, se las colocaba en el pie.

—Aunque no creo en los sueños como manifestaciones del subconsciente, creo que pueden ser un medio para la transmisión de la telepatía u otras formas de percepción extrasensorial —dijo Podebrad—. Se efectuaron muchos experimentos de PES en la Unión Soviética. Fuera cual fuese la razón, tenía la intensa sensación de que había metal muy profundamente hundido bajo la superficie de Nova Bohemujo. Y lo *había*. Hierro, bauxita, criolita, vanadio, platino, tungsteno, y otras menas. Todos mezclados juntos, no en estratos naturales. Evidentemente, quien reformó este planeta había amontonado los metales ahí durante el proceso.

Todo esto se iba diciendo entre las apuestas, por supuesto. Podebrad hablaba como si no fuera interrumpido, siguiendo exactamente el diálogo allá donde lo había dejado.

Podebrad había industrializado su estado. Su gente había sido armada con espadas de acero y arcos de fibra de vidrio y armas de fuego. Había construido dos cañones de vapor, aunque por supuesto no tan grandes como el *Rex*.

—No para conquista sino para defensa. Los otros estados estaban celosos de nuestra riqueza en minerales y les hubiera gustado poseerlos, pero no se atrevían a atacar. Mi objetivo último, sin embargo, era construir un gran barco con propulsores a hélice para viajar hasta las fuentes del Río. Por aquel entonces no sabía que existían ya dos barcos enormes yendo Río arriba. Si lo hubiera sabido, de todos modos, no hubiera abandonado mi idea de construir mi gran barco.

»Finalmente trabé conocimiento con algunos aventureros que me propusieron alcanzar las fuentes mediante una aeronave. Su idea me intrigó, y poco después construí el dirigible y partí en él. Pero una tormenta lo destruyó. Yo y mi tripulación salimos con vida de ello, y entonces llegó el *Rex*.

El juego terminó pocos minutos más tarde, con Podebrad y Alice como ganadores y Spallanzani exigiendo furiosamente por qué Podebrad había abierto con diamantes en vez de con tréboles. El

checo se negó a decírselo pero dijo que podía imaginárselo por sí mismo. Felicitó a Alice por su correcta forma de jugar. Alice le dio las gracias, pero siguió sin saber más que Spallanzani por qué Podebrad lo había hecho así.

Antes de que se fueran, sin embargo, ella dijo:

—*Sinjorino* Behn olvidó decir exactamente cuándo nació y murió usted en la Tierra. Él la miró intensamente.

—Quizá fuera porque no lo sabe. ¿Por qué desea saberlo usted?

—Oh, simplemente estoy interesada en ese tipo de cosas. Él se alzó de hombros y dijo:

—1912-1980 d.C.

Alice se apresuró a encontrar a Burton antes de entrar de guardia para aprender a arreglar huesos y enyesar. Lo encontró en el corredor camino a su cabina. Estaba sudoroso, con su morena piel como bronce aceitado. Acababa de terminar dos horas de esgrima y tenía media hora libre antes de volver a sus ejercicios.

Camino a su cabina, ella le habló de Podebrad. Él le preguntó por qué parecía tan excitada acerca del checo.

—Todo eso del sueño es un contrasentido —dijo ella—. Te diré lo que pienso de ello. Creo que es un agente que se quedó varado y que sabía dónde estaba el depósito de minerales. Utilizó el sueño como una excusa para conseguir que su gente lo pusiera al descubierto. Luego construyó el dirigible e intentó llegar hasta la Torre, no sólo hasta las fuentes. ¡Estoy segura de ello!

—¿Oh, reaaaaalmente? —Burton arrastró las palabras de aquel modo que la ponía furiosa—. ¿Qué otra ligera evidencia tienes, si es que es ligera? Después de todo, el tipo no vivió más allá de 1983.

—¡Eso es lo que *él* dice! ¿Pero cómo saber si algunos agentes... tú mismo lo has dicho... no han cambiado su historia? Además...

Hizo una pausa, todo su cuerpo irradiando ansiedad.

—¿Sí?

—Tú describiste el consejo de los doce. ¡Se parece a aquel que tú llamaste Thanabur o quizá al llamado Loga!

Aquello no le sobresaltó. Pero al cabo de pocos segundos dijo:

—Descríbeme de nuevo a ese hombre. Una vez la hubo oído agitó la cabeza.

—No. Tanto Loga como Thanabur tenían ojos verdes. Loga tenía el pelo rojizo, y Thanabur marrón. Este Podebrad tiene el pelo amarillo y los ojos azules. Puede parecerse a ellos, pero supongo que debe haber millones que se les parecen.

—¡Pero Richard! ¡El color del pelo puede cambiarse! No estaba llevando esas lentillas que pueden cambiar el color de los ojos y de las que nos habló Frigate. Pero ¿no crees que los Éticos pueden tener los medios necesarios para cambiar el color de sus ojos sin necesidad de ayudas obvias?

—Es posible. Le echaré una mirada al individuo.

Tras ducharse, se dirigió al gran salón. Al no descubrir a Podebrad allí, regresó a la sala de motores. Más tarde, cuando se encontró de nuevo con Alice, Burton dijo:

—Ya veremos. Podría ser Thanabur o Loga. Si uno puede ser un camaleón, el otro puede serlo también. Pero hace veintiocho años desde que los vi, y nuestro encuentro fue muy breve. Realmente, no puedo decirlo.

—¿Vas a hacer algo al respecto?

—¡No puedo detenerlo en el barco de Juan! No. Simplemente lo vigilaremos, y si descubrimos algo que justifique nuestras sospechas, entonces veremos qué hacer.

»Recuerda a Spruce el agente. Cuando lo cogimos, se suicidó simplemente pensando una especie de código que derramó un veneno en su sistema desde aquella pequeña bola negra en su cerebro. Será muy delicado el actuar, y no podemos hacerlo hasta que estemos seguros. Personalmente, creo que es sólo una coincidencia. Ahora bien, Strubewell... he aquí a alguien de quien no tenemos ninguna duda. Bueno, no muchas, al menos. Después de todo, es sólo una teoría el que cualquiera que proclame pertenecer a una época después de 1983 es un agente. Es posible que simplemente no hayamos encontrado demasiada gente de esa época.

—Bien, jugaré mucho al bridge con Podebrad, si me es posible. Lo mantendré vigilado.

—Ve con mucho cuidado, Alice. Si es uno de Ellos, estará muy atento. De hecho, no deberías haberle preguntado acerca de las fechas. Eso puede haberlo puesto en guardia. Deberías haber conseguido el dato de alguna otra persona.

—¿Acaso nunca puedes confiar en mí? —dijo ella, y se marchó.

Loghu ya no era la favorita del rey.

El Rey Juan se había prendado de tal modo de una hermosa pelirroja con grandes ojos azules que había visto en la orilla que decidió quedarse en la zona por un tiempo. El barco fue anclado a un gran muelle que los del lugar habían construido hacía tiempo. Tras dos días para asegurarse de que la gente allí era amistosa como pretendía, John permitió bajar a tierra. No dijo nada a nadie al primer momento acerca de su repentino ataque de irresistible lujuria, pero su comportamiento hizo esto obvio.

A Loghu no le importó gran cosa el tener que abandonar la gran suite después de que Juan trajera a la mujer a la cama con él. No estaba enamorada del hombre. Además, se sentía más que algo interesada en uno de los lugareños, un enorme y moreno tokhariano. Aunque no era de su mismo siglo, sí era de su misma nación, y tenían muchas cosas de las que hablar entre hacer el amor y hacer el amor. Sin embargo, se sentía en cierto modo humillada de haber permanecido tan poco tiempo con el monarca, y se la oyó murmurar que alguna noche oscura iba a empujar a Juan por encima de la borda. *Había* habido, *había* ahora, y también *habría* muchos otros que deseaban igualmente retirarlo del mundo de los vivos.

Burton estuvo de guardia la primera noche. A la siguiente, se trasladó con Alice a una cabaña cerca del muelle. La gente de allí, la mayoría de los cuales eran cretenses minoicos primitivos, eran hospitalarios y amantes de la diversión. Bailaban y cantaban en torno a las hogueras al atardecer hasta que su provisión de alcohol de líquenes se agotaba, y luego se iban a la cama a dormir o a emparejarse o a «pluralizar», como lo llamaba Burton. De todos modos, se sentía feliz de quedarse unas cuantas semanas allí porque tenía la posibilidad de añadir un idioma más a su ahora ya larga lista. Dominó rápidamente su gramática básica y su vocabulario, puesto que estaba relacionado muy de cerca con el fenicio y el hebreo. Había, sin embargo, muchas palabras que no eran semíticas, las cuales habían sido tomadas prestadas de los aborígenes de Creta mientras los conquistadores del Oriente Medio los estaban asimilando. Todos ellos hablaban esperanto, por supuesto, aunque desviado de alguna forma de la lengua artificial inventada por el doctor Zamenhof.

Juan no tuvo ningún problema en conseguir que su nueva compañera aceptara ir a la cama con él. Pero tuvo un problema. No había ninguna cabina libre para Loghu, y no podía echarla fuera del barco sin una buena razón. Por autocrático que fuera, era incapaz de prescindir de los derechos de ella. Su tripulación se daría cuenta del asunto. Recordando la Carta Magna, no infringió esos derechos, pero indudablemente estaba intentando pensar alguna forma de librarse de Loghu de modo que pareciera justificable.

En la cuarta noche en la orilla, mientras Juan estaba en su gran suite con Ojos Azules, y Burton estaba con Alice en su pequeña pero confortable cabaña, un helicóptero descendió del cielo nocturno y se posó en la cubierta de aterrizaje del *Rex*. Burton descubriría mucho más tarde que los incursos procedían de la aeronave *Parseval* y tenían órdenes de capturar al Rey Juan si era posible y de matarlo si no era posible. Todo lo que supo entonces fue que los disparos en el *Rex* significaban

problemas, y graves. Se enrolló un trozo de tela a la cintura y lo sujetó con sus cierres magnéticos. Luego, aferrando un estoque y una pistola completamente cargada de la mesilla al lado de la cama, echó a correr al exterior mientras Alice estaba aún gritándole.

Pudo oír los gritos y los aullidos de los hombres en medio de los disparos, y luego una gran explosión, aparentemente en la sala de motores. Corrió tan rápido como le fue posible hacia el barco. Había luces en la timonera; alguien estaba a los controles. Luego las ruedas de paletas empezaron a girar. El barco empezó a moverse hacia atrás, pero Burton saltó del muelle a la cubierta principal justo antes de que las cuerdas que se tensaban rompieran los pilotes y el muelle se hundiera.

Un momento más tarde, un desconocido surgió bajando las escaleras procedente del nivel inferior de la timonera. Burton vació su pistola contra él pero falló. Maldiciendo, arrojó la pistola y echó a correr hacia el tipo. Entonces éste se dejó ver de nuevo, con un estoque en la mano.

¡Nunca se había enfrentado Burton a un demonio como aquél con la espada! No era extraño. ¡El alto y delgado sujeto era Cyrano de Bergerac! Se presentó festivamente a sí mismo durante la lucha, pero Burton no vio ninguna razón para malgastar el aliento respondiéndole. Ambos estaban levemente heridos... una buena indicación de que estaban muy emparejados. Alguien gritó, la atención de Burton se vio ligeramente distraída, y aquello fue suficiente. El francés clavó profundamente su hoja en el muslo de Burton.

Cayó en cubierta, indefenso. La agonía llegó unos pocos segundos más tarde, haciéndole crisar los dientes para ahogar un grito. De Bergerac era un galante luchador. No hizo ningún esfuerzo por matar a Burton y, cuando uno de sus hombres apareció un momento más tarde, de Bergerac le dijo que no disparara contra Burton.

El helicóptero despegó poco tiempo después, mientras los hombres le disparaban desde cubierta. Antes de que alcanzara una altura de una treintena de metros, sin embargo, un cuerpo blanco desnudo apareció al rayo de uno de los focos rastreadores y cayó hacia la oscuridad. Alguien había saltado o había sido arrojado del aparato. Burton imaginó que era el Rey Juan.

Gruñendo, Burton envolvió la sangrante herida con un trapo, ató sus extremos, y se obligó a sí mismo a cojear escaleras arriba hacia la timonera. El *Rex* estaba derivando Río abajo, y no había nada que hacer al respecto. Juan fue izado a bordo unos momentos más tarde, inconsciente, con un brazo y una pierna rotos.

Ocho kilómetros corriente abajo, el *Rex* embarrancó, y diez minutos más tarde el primero de los hombres que habían venido corriendo por la orilla, siguiendo al barco, llegó a bordo. El doctor Doyle arregló los huesos de Juan y le administró café irlandés para el shock.

Cuando Juan tuvo las fuerzas suficientes para jurar y maldecir, lo hizo. Pero se sentía contento de estar aún con vida, y los motores podían ser reparados con el precioso alambre de aluminio de las bodegas de almacenamiento. Aquello tomaría un mes, pensó y mientras tanto el barco de Clemens estaba ganándoles lentamente terreno.

Puesto que doce guardias habían resultado muertos, había ahora una cabina a la que Loghu podía trasladarse. El rey tendría que reemplazar a los muertos, pero no parecía tener mucha prisa en hacerlo. Tras varios días de examinar candidatos y luego hacerles pasar algunos tests mentales y físicos, eligió tan sólo a dos.

—No hay prisa —dijo—. Deseo sólo lo mejor. Esos lugareños no son un lote muy bueno.

Uno de los resultados de la incursión fue que Juan se sintió atraído hacia Burton, al que atribuía el mérito principal de salvar su vida. No podía promocionarlo por encima de los otros marines, pero podía convertirlo en uno de sus guardaespaldas. Y le prometió a Burton darle el mejor puesto tan pronto como fuera posible. Burton y Alice se trasladaron a la cabina contigua a los aposentos de Juan.

Burton se sentía disgustado en un sentido porque le gustaba no depender de nadie. Sin embargo, aquello le daba una oportunidad de estar con Strubewell durante mucho tiempo y estudiarlo. Escuchó atentamente todo lo que decía el hombre, en busca de huellas de un acento extranjero. Si Strubewell era un agente, había dominado a la perfección el americano del Medio Oeste.

Alice mantenía un ojo y un oído atentos a Podebrad mientras jugaba con él al bridge y durante las otras actividades sociales. A Loghu le gustaba uno de los sospechosos de ser agentes, un hombre enorme llamado Arthur Pal, que afirmaba haber sido ingeniero eléctrico húngaro, de modo que se trasladó a vivir con él cuando su compañera lo dejó. Las sospechas de Burton se acrecentaron cuando Loghu observó que Pal pasaba mucho tiempo con Podebrad. Sus esfuerzos en descubrir fallos en su historia fueron infructuosos, pero Burton dijo que si dejaba transcurrir el tiempo suficiente lo conseguiría. Si los agentes poseían una historia común, la habrían memorizado. Sin embargo, eran (presumiblemente) humanos, y así podían cometer errores. Una contradicción podía ser suficiente.

Alice seguía siendo incapaz de reunir las fuerzas suficientes para romper con Burton. Seguía esperando que él cambiara su actitud para con ella, al menos lo suficiente como para justificar el seguir con él. El que sus deberes los mantuvieran separados la mayor parte del día ayudaba bastante. Él parecía alegrarse tanto de verla al final del día que eso la hacía sentirse mejor, y se obligaba a creer que podían regresar a su apasionada época original. Eran en muchos aspectos como una pareja casada hacía mucho. Seguían manteniendo un cierto afecto fluctuante pero cada vez se irritaban más por los rasgos de carácter que en otro tiempo ni siquiera hubieran advertido.

En un cierto sentido, eran ya bastante viejos aunque sus jóvenes cuerpos hubieran sido restaurados. Ella había vivido en la Tierra hasta los ochenta y dos años y él hasta los sesenta y nueve. («Considerando mis preferencias sexuales, una edad significativa a la que morir», había dicho en una ocasión Burton). Una larga vida tendía a osificar algo más que las arterias; osificaba también los hábitos y las actitudes. Cada vez se hacía más difícil ajustarse, cambiar para mejor. El impacto de la resurrección y el Mundo del Río había destrozado las creencias de mucha gente y había ayudado a prepararlos para el cambio. Había descalcificado a muchos, aunque en algunos casos la fragmentación había sido solamente ligera, en otros mucho mayor, y muchos habían sido incapaces de ajustarse en absoluto.

Alice había sufrido una metamorfosis en muchos aspectos, aunque su carácter básico permanecía. Estaba ahí dentro enterrado en lo más profundo del abismo de su alma, las profundidades que hacen que los espacios entre las estrellas parezcan un mero paso sobre un charco. Lo mismo le ocurría a Burton.

Así que Alice permanecía con él, esperando que hubiera aún alguna esperanza.

A veces, soñaba con encontrar de nuevo a Reginald. Pero sabía también que de aquello sí no

tenía la menor esperanza. Nunca podría volver a él, hubiera cambiado o hubiera seguido siendo el mismo. Era dudoso que hubiera cambiado. Era un buen hombre, pero, como todo lo bueno, tenía sus faltas, algunas graves, y era demasiado testarudo como para cambiar.

El asunto era que ninguna oruga podría nunca efectuar una metamorfosis en otra oruga. Esta, si quería convertirse en una mariposa, debía efectuar la transformación por sí misma. La diferencia entre un hombre y una oruga era que el insecto estaba programado, y el ser humano tenía que programarse a sí mismo.

Así iban pasando los días para Alice, aunque había muchas más cosas que hacer que enfrascarse en esos pensamientos.

Y finalmente, un día, cuando el *Rex* conectó su batacitor y los cables de sus cilindros a una piedra de la orilla derecha, la piedra no emitió su descarga.

Shock y pánico.

Cincuenta años antes, las piedras de cilindros de la orilla izquierda habían dejado de funcionar. Veinticuatro horas más tarde, volvían a escupir llamas. Clemens le había dicho al Rey Juan que la línea había resultado cortada por un gran meteorito pero que había sido reconectada y todos los daños reparados en aquel sorprendente corto período. Aquello tenía que haber sido hecho por los Éticos, aunque todo el mundo en la zona que podía haber sido testigo de la reconstrucción había sido vencido por algo —probablemente un gas— y había dormido durante todo el proceso.

Ahora la cuestión era: ¿sería reparada de nuevo la línea? Otra cuestión menos importante: ¿qué había ocasionado el desastre? ¿Otro meteorito? ¿O era un nuevo paso hacia abajo en la degradación de aquel mundo?

El Rey Juan, aunque sorprendido, se rehizo rápidamente. Envío a sus oficiales a calmar a la tripulación, y dio órdenes de servir a todo el mundo la mezcla de alcohol de líquenes y florescencias pulverizadas de árbol de hierro que en el *Rex* llamaban grog.

Cuando todos estuvieron bien empapados de aquella bebida que proporcionaba alegría y valor, ordenó que el casquete «alimentador» de cobre fuera retirado de nuevo al barco. Luego el *Rex* prosiguió Río arriba en los bajíos cercanos a la orilla izquierda. Había suficiente energía en el batacitor como para mantener al barco en funcionamiento hasta la hora de la siguiente comida. Cuando faltaban dos horas para anochecer, Juan ordenó al alto y el casquete de cobre fue sujeto a una piedra.

Como era de esperar, los del lugar se negaron a «prestar» una piedra al *Rex*. Una de las ametralladoras soltó una ráfaga de balas de plástico por encima de las cabezas de la multitud reunida en la orilla, y la gente echó a correr presa del pánico por la llanura. Las dos lanchas anfibia, antiguamente denominadas *Dragón de Fuego I y II*, y ahora *Eleonor y Enrique*, se dirigieron a la orilla y montaron guardia mientras el casquete era instalado sobre la piedra. Al cabo de una hora, sin embargo, gente procedente de piedras distantes más de un kilómetro a cada lado se reunieron, incluyendo aquellos cuyas piedras de cilindros estaban en las laderas de las colinas. Lanzando gritos de guerra, aullando, miles de hombres y mujeres cargaron contra las lanchas anfibia y el barco fluvial. Al mismo tiempo, otros quinientos a bordo de botes atacaron desde el agua.

La explosión de bombas y cohetes lanzados desde el *Rex* barrió a centenares. Las ametralladoras se encargaron de otros tantos. Los marineros y miembros de la tripulación alineados en las cubiertas dispararon rifles, pistolas y arcos, y lanzaron pequeños cohetes por medio de bazucas.

La orilla y el agua en torno al *Rex* se ensangrentó rápidamente y se llenó de cadáveres y trozos de cadáveres. La carga fue rechazada, pero no antes de que algunos cohetes pequeños y grandes lanzados por los del lugar causaran algunos daños y mataran e hirieran a algunos de los hombres de Juan.

Burton aún no podía andar bien a causa de la herida, aunque las heridas allí curaban mucho más rápidamente que en la Tierra. Sin embargo se arrastró hasta la barandilla del texas y disparó contra

los asaltantes con un rifle del calibre .48 que utilizaba balas de madera. Alcanzó al menos a un tercio de sus blancos, que estaban por el lado del Río. Cuando los botes, piraguas, canoas, canoas de guerra, y botes de vela hubieron sido hundidos, se arrastró hasta el otro lado para ayudar allí.

Llegó a tiempo para la tercera y última carga. Esta fue precedida de numerosas arengas de los oficiales enemigos, resonar de tambores, y ulular de cuernos de pez cornudo, y luego, con otra serie de aullidos, los lugareños echaron a correr hacia el barco. Por aquel entonces, las lanchas habían agotado sus municiones y se retiraban de la orilla hacia la parte de atrás del barco madre. Sin embargo, los dos aviones de combate, el monoplaza de reconocimiento y el bombardero-torpedero, y el helicóptero, despegaron para ayudar con su fuego.

Muy pocos lugareños alcanzaron el agua. Luego, rompiendo las filas, echaron a correr y huyeron. Poco después, las piedras retumbaron y llamearon, y los cilindros y el batacitor fueron recargados.

—¡Por Dios! —dijo el Rey Juan, los ojos muy abiertos—. Hoy ha sido bastante malo. Mañana... ¡Dios nos proteja!

Estaba en lo cierto. Antes del amanecer del día siguiente, los habitantes de la orilla derecha, locos de hambre, aparecieron en hordas. Todos los botes disponibles, incluidos varios dos palos, fueron cargados a tope con hombres y mujeres. Tras ellos llegó otra horda de nadadores. Y cuando salió el sol, hasta tan lejos como alcanzaban los ojos, el Río estaba vivo y hormigueante de embarcaciones y nadadores. Las filas delanteras, los botes, fueron recibidos con todos los cohetes y flechas de que disponían los defensores. Sin embargo, la mayor parte de los botes consiguieron llegar a tierra, y de ellos saltaron los habitantes de la orilla derecha.

Atrapado entre dos fuerzas, el *Rex* luchó vigorosamente. Su fuego clareó el espacio en torno a las piedras de cilindros, y las anfibias, arrojando llamas, se abrieron camino hasta una de ellas. Mientras mantenían a raya tanto a defensores como a atacantes, la grúa de la *Enrique* depositó el casquete sobre la piedra.

Las piedras de cilindros rugieron, e inmediatamente la caperuza fue retirada por la grúa, luego telescopada al interior de la *Enrique*.

Una vez las lanchas hubieron regresado al barco, Juan ordenó levar anclas.

—¡Y hacia adelante a toda potencia!

Era más fácil ordenarlo que hacerlo.

La acumulación de embarcaciones en torno al *Rex* era tan grande que sólo podía moverse muy lentamente. Mientras las ruedas de paletas empujaban el agua, y la proa partía los botes más grandes y hacía pedazos a los más pequeños entre ellos, los de la orilla derecha bombardearon la embarcación. Algunos hombres y mujeres lograron trepar a la cubierta principal, pero no consiguieron mantenerse allí mucho tiempo.

Finalmente, el *Rex* logró abrirse camino y se dirigió hacia la otra orilla. Allí se alineó con la débil corriente cercana a la orilla y emprendió la marcha Río arriba. Al otro lado de la corriente, la batalla continuaba.

Al mediodía, Juan tenía aún que decidir si recargaban o no. Tras un minuto de deliberación, ordenó que el barco fuera anclado junto a un gran muelle.

—Dejaremos que se maten entre sí —dijo—. Tenemos suficiente comida ahumada y seca como

para resistir todo el día de mañana. Pasado mañana recargaremos. Por aquel entonces la carnicería tiene que haber terminado.

La orilla derecha presentaba realmente un aspecto extraño. Estaban tan acostumbrados a ver en ella un gentío siempre ruidoso, charlatán, alegre, que la despoblada tierra parecía algo fantasmagórico. En aquel lado, excepto algunas pocas personas juiciosas o tímidas que habían elegido no intentar llenar sus barrigas a expensas de los habitantes de la orilla izquierda, no se veía un alma. Las cabañas y las viviendas comunales y los enormes edificios administrativos estaban abandonados, y lo mismo ocurría con las llanuras y las laderas de las colinas. Puesto que en aquel planeta no existían animales, pájaros, insectos ni reptiles, sólo el viento agitando las hojas de los pocos árboles en las llanuras producían algún ruido.

Por aquel entonces, las guerreantes masas al otro lado de la corriente habían agotado su pólvora, y sólo ocasionalmente podían oír los del *Rex* un murmullo muy bajo, el sonido diluido y comprimido de la gente murmurando su furia, su hambre y su miedo, su dolor y sus muertos.

Las bajas de aquellos dos días en el *Rex* eran treinta muertos y sesenta heridos, veinte de ellos seriamente, aunque podía afirmarse que ninguna herida podía tomarse allí como seria. Los cadáveres fueron metidos en sacos lastrados de piel de pez y arrojados en mitad del Río tras una breve ceremonia. Los sacos eran únicamente un símbolo para no herir los sentimientos de los supervivientes, puesto que iban a ser desgarrados y la carne que contenían devorada por los peces antes de que alcanzaran el fondo.

A lo largo de la orilla izquierda el agua estaba repleta de cadáveres, golpeando entre sí mientras los peces carnívoros recorrían las ensangrentadas aguas. Durante un mes, el cúmulo de cuerpos iba a convertir el Río en algo horrible. Aparentemente, por todas partes se habían producido luchas, y pasaría mucho tiempo antes de que los cadáveres a la deriva desaparecieran por completo. Mientras tanto, los peces se estaban dando un festín, y el colosal pez dragón del Río emergió de las profundidades y empezó a tragarse enteros los hinchados cuerpos hasta que su estómago estuvo repleto. Y cuando hubo hecho la digestión, volvió a salir para alimentarse de nuevo y digerir y luego volver a salir.

—Es el Armagedón, el Apocalipsis —dijo Burton a Alice, y ella lanzó un gruñido.

Alice lloró más de una vez, y tuvo pesadillas. Burton la consoló de tal modo que ella empezó a creer que volvían a estar de nuevo unidos.

Por la tarde del siguiente día, el *Rex* se aventuró a cruzar el Río para recargar. Pero en vez de seguir adelante, regresó a la orilla derecha. Era necesario hacer más pólvora y reparar los daños. Todo eso tomó un mes, durante el cual Burton se recuperó completamente de su herida.

Cuando el barco reanudó su viaje, algunos de los miembros de su tripulación recibieron la tarea de contar los supervivientes en diversas áreas elegidas al azar. El resultado: se estimaba que aproximadamente la mitad de la población había resultado muerta, si las luchas se habían producido en todas partes a la misma escala. Diecisiete mil millones y medio de personas habían muerto en un plazo de veinticuatro horas.

Pasó mucho tiempo antes de que la alegría regresara al barco fluvial, y la gente de las orillas se comportaba como fantasmas. Peor incluso que el efecto de la carnicería era el temible pensamiento:

¿Qué ocurriría si las piedras de cilindros que quedaban dejaban de funcionar también?

Ahora, pensó Burton, era el momento de preguntar a los supuestos agentes. Pero si se veían acorralados, podían suicidarse aunque no les aguardara la resurrección. Y estaba también el hecho de que sus suposiciones eran sólo esto, suposiciones, y que la gente de después de 1983 podía ser inocente.

Había que esperar. No podía hacer nada excepto esperar.

Mientras tanto, Loghu interrogaba sutilmente a su compañero de cabina, y Alice, aunque no tan sutilmente, estaba haciendo lo mejor que podía con Podebrad. Y Burton aguardaba a que Strubewell cometiera un desliz.

Algunos días después de que el viaje empezara de nuevo, Juan decidió que había que reclutar a alguna gente. Detuvo el *Rex* durante la comida del mediodía y bajó a la orilla para hacer saber que tenía puestos por cubrir.

Burton, como el sargento Gwalchgywnn, tenía la tarea junto con otros de pasearse por entre la multitud en busca de posibles asesinos. Cuando pasó junto a un obvio paleolítico primitivo, un tipo rechoncho de masiva osamenta que parecía un mongol pregeneralizado, y empezó a hablar con él, olvidó su trabajo por un tiempo. A Ngangchungding no le importaba darle una rápida lección de los fundamentos de su idioma nativo, uno que Burton jamás había encontrado antes. Luego Burton, hablando esperanto, intentó conseguir que se enrolara en el *Rex*. No sólo sería un buen marine, sino que le daría a Burton la ocasión de aprender su lenguaje. Ngangchungding rechazó su oferta. Era, dijo, un nichirenita, un miembro de esa disciplina budista que predicaba el pacifismo con tanta fuerza como su más importante rival, la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Aunque decepcionado, Burton le dio un cigarrillo para demostrarle que no le guardaba rencor, y regresó a la mesa del Rey Juan.

Juan estaba entrevistando a un caucasiano cuyas espaldas estaban parcialmente bloqueadas de la vista de Burton por un negro alto de piernas delgadas, largos brazos y anchas espaldas. Burton pasó junto a ellos para situarse detrás de Juan.

Oyó al hombre blanco decir:

—Soy Peter Jairus Frigate.

Burton se giró, miró, sus ojos llamearon, y saltó sobre Frigate. Frigate cayó al suelo bajo él, las manos de Burton en torno a su garganta.

—¡Te mataré! —gritó Burton.

Algo le golpeó en la base del cráneo.

Cuando recuperó el sentido, vio al negro y a los cuatro hombres que habían estado tras él forcejeando con los guardaespaldas de Juan. El monarca había saltado encima de la mesa y, con el rostro congestionado, estaba gritando órdenes. Hubo un minuto de confusión antes de que todo el mundo se calmara. Frigate, tosiendo, se había puesto en pie. Burton lo imitó, sintiendo el dolor en su nuca. Evidentemente, había sido golpeado con la maza que el negro llevaba suspendida con una correa de su cinturón. Ahora la maza estaba sobre la hierba.

Aunque con la mente no demasiado clara, Burton se dio cuenta de que, en cierto modo, había cometido un error. Este hombre se parecía mucho al Frigate que conocía, y su voz era similar. Pero ni su voz ni sus rasgos eran exactamente los mismos, y no era tan alto. Aunque... ¿el mismo nombre?

—Le pido disculpas, *Sinjoro* Frigate —dijo—. Creí... se parece usted tanto a un hombre al que tengo buenas razones para odiar... me ocasionó un daño terrible... no importa. Lo siento realmente, y si puedo hacer algo para remediarlo...

Qué diablos, pensó. O quizá debería decir, ¿qué diablo?

Aunque aquel no era *su* Frigate, no costaba nada echar una mirada a su alrededor en busca de Monat.

—Casi ha hecho que me meara —dijo el tipo—. Pero bueno, está bien. Acepto sus disculpas. Además, creo que ya ha pagado usted su error. Umslopogaas puede golpear duro.

—Sólo le pegué para desanimarle un poco —dijo el negro.

—Menos mal —dijo Burton, y se echó a reír, lo cual hizo resonar campanillas en su cabeza.

—¡Tú y tus amigos habéis tenido suerte de no haber sido muertos al momento! —gritó Juan. Se bajó de la mesa y se sentó—. Ahora, ¿cuál es el problema?

Burton se explicó de nuevo, casi alegre puesto que bajo aquellas circunstancias el «casi» Frigate no podía revelar a Juan que Burton estaba utilizando un nombre supuesto. Juan recibió la seguridad por parte de Frigate y sus cuatro compañeros de que no albergaban ningún resentimiento contra Burton, y entonces ordenó a sus hombres que los soltaran. Antes de proseguir las entrevistas, insistió en que Burton le hiciera un relato completo del porqué había atacado a Frigate. Burton inventó una historia que pareció satisfacer al monarca.

—¿Cómo puedes explicar este sorprendente parecido? —preguntó a Frigate.

—No puedo —dijo Frigate, alzándose de hombros—. Ya me ha ocurrido antes. No el ataque, quiero decir. Me refiero a encontrarme con gente que cree haberme visto antes, y yo no tengo precisamente un rostro vulgar. Si mi padre hubiera sido un viajante de comercio, podría explicarlo. Pero no lo era. Era un ingeniero eléctrico y civil y apenas salió de Peoría.

Frigate no parecía tener ninguna cualificación superior para ser aceptado. Medía casi metro ochenta de altura y era musculoso, aunque no demasiado. Afirmaba ser un buen arquero, pero había centenares de miles de arqueros disponibles para Juan. Hubiera sido despedido si Frigate no hubiera mencionado que había llegado a una zona a un centenar y medio de kilómetros Río arriba en un globo. Y había visto un enorme dirigible. Juan sabía que tenía que ser el *Parseval*. También estaba

interesado en la historia del globo.

Frigate dijo que él y sus compañeros habían estado viajando Río arriba con la intención de alcanzar las fuentes del Río. Se habían cansado de la lentitud del viaje en su barco de vela, y cuando llegaron a un lugar donde se disponía de metales, habían hablado con su jefe de estado para que les construyera un dirigible.

—Oh —dijo Juan—. ¿Cuál era el nombre de ese jefe de estado?

Frigate pareció desconcertado.

—Era un checo llamado Ladislav Podebrad. Juan se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas. Cuando consiguió dominarse, dijo:

—Esa sí que es buena. Resulta que ese Podebrad es ahora uno de mis ingenieros.

—¿Oh, sí? —dijo uno de los compañeros de Frigate—. Nosotros tenemos una cuenta pendiente con él.

El que había hablado tendría metro setenta de altura. Su cuerpo era esbelto y musculoso y su pelo y ojos oscuros. Su rostro era fuerte pero agraciado y de aspecto distinguido. Llevaba un sombrero de cowboy de ala ancha y unas botas de tacones altos, aunque su único otro atuendo era un faldellín blanco.

—Tom Mix a tu servicio, Vuestra Majestad —dijo con acento de Texas.

Dio una chupada a su cigarrillo, y añadió:

—Soy un especialista con la cuerda y el bumerang, Sire, y en mi tiempo fui un conocido astro de la pantalla, si sabes lo que es eso.

Juan se volvió hacia Strubewell.

—¿Has oído hablar de él?

—He leído acerca de él —dijo Strubewell—. Vivió mucho antes de mi tiempo, pero fue muy famoso durante los años veinte y treinta. Era una estrella de lo que llamaban películas del oeste.

Burton se preguntó si era probable que un agente supiera eso.

—A veces hacemos películas en el *Rex* —dijo Juan, sonriendo—. Pero no tenemos caballos, como sabes muy bien.

—¡Esa es mi pena!

El monarca le pidió a Frigate que le contara más acerca de su aventura. El americano dijo que al mismo tiempo que vieron el dirigible, descubrieron una fisura en el aparato utilizado para calentar el hidrógeno en la envoltura. Mientras intentaban tapar la fisura en el conducto con un poco de cola rápida, eliminaron gas del globo a fin de bajar rápidamente hasta una zona de aire más cálido y denso para poder abrir las portillas de la góndola.

Pudieron reparar la fisura, pero el viento empezó a soplar haciéndoles retroceder y las baterías que proporcionaban hidrógeno fresco se habían agotado. Decidieron aterrizar. Cuando oyeron que Juan había enviado una lancha un poco más allá de aquella zona para anunciar que estaba dispuesto a reclutar gente, habían navegado hasta allí tan rápido como les era posible.

—¿A qué te dedicabas en la Tierra?

—A un montón de cosas, como la mayor parte de la gente. En la madurez y en la vejez, fui un escritor de novelas de ciencia ficción y de detectives. Era bastante conocido, aunque nunca alcancé

la fama de que gozó él.

Señaló hacia un hombre de estatura media y muy musculoso con el pelo ensortijado y un agraciado rostro irlandés.

—Es Jack London, un gran escritor de principios del siglo xx.

—No me entusiasman demasiado los escritores —dijo Juan—. He tenido algunos en mi barco, y generalmente han ocasionado un montón de problemas. Sin embargo... ¿quién es el negro que golpeó a mi sargento en la cabeza sin mi permiso?

—Umslopogaas, un swazi, un nativo de África del Sur del siglo xix. Es un gran guerrero, experto especialmente con su hacha, a la que llama Pájaro Carpintero. Es conocido también porque proporcionó el modelo al gran héroe de ficción zulú del mismo nombre creado por otro escritor, H. Rider Haggard.

—¿Y él?

Juan señaló a un hombre de piel muy morena y pelo negro con una gran nariz. Medía algo más de metro y medio y llevaba unos amplios ropajes verdes envueltos al estilo de un turbante.

—Ese es Nur ed-Din el-Musafir, un moro íbero muy viajero, Vuestra Majestad. Vivió en tu época, y es un sufi. Conoció a Vuestra Majestad en tu corte de Londres.

—¿Qué? —dijo Juan, y se puso en pie. Miró de cerca al hombrecillo, luego cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, dijo—: ¡Sí, lo recuerdo muy bien!

El monarca se puso en pie y rodeó la mesa, los brazos abiertos, hablando rápidamente el inglés de su tiempo y sonriendo. Los demás se quedaron asombrados al verle abrazar al hombrecillo y besarle en ambas mejillas.

—¡Jesús, otro francés! —dijo Mix, pero estaba sonriendo. Después de charlar ambos durante un cierto tiempo, Juan dijo:

—Todo lo que tengo que saber es que Nur el-Musafir ha viajado durante largo trecho con vosotros y que pese a ello sigue considerándoos como sus amigos. Strubewell, hazles firmar y dales las instrucciones. Sargento Gwalchgywnn, asígnales sus cabinas. Bien, mi buen amigo y mentor, hablaremos más tarde, cuando haya completado mis entrevistas.

En el camino por el corredor hacia sus cabinas, tropezaron con Loghu. Ella se detuvo, se puso pálida, luego roja, luego empezó a gritar:

—¡Peter, sucio bastardo! —y se arrojó contra Frigate. Este retrocedió, con las manos de ella engarfiadas en su garganta. Riendo, el negro y Mix la apartaron de él.

—Parece que tienes un encanto especial para la gente —dijo Mix a Frigate.

—Otro caso de error de identificación —dijo Burton. Le explicó a Loghu lo que había ocurrido.

Tras dejar de toser y frotarse el cuello aún con las marcas de los dedos de ella, Frigate dijo:

—No sé quién pueda ser ese otro Frigate, pero no parece ser un tipo en quien se pueda confiar demasiado.

Reluctantemente, Loghu pidió disculpas. Aún no estaba totalmente convencida de que este Frigate no fuera su anterior compañero.

—Puede agarrarme todas las veces que quiera —murmuró Mix, mirándola—, pero no por el cuello. Loghu oyó sus palabras. Dijo:

—Si a lo que te refieres es tan grande como tu sombrero, no creo que pueda agarrarlo.

Sorprendentemente, Mix enrojeció. Cuando ella se hubo alejado, murmuró:

—Demasiado atrevida y descarada para mí.

Dos días más tarde estaban viviendo juntos.

Burton no se sentía satisfecho admitiendo que el parecido entre los dos Frigate era mera coincidencia. Siempre que tenía una oportunidad hablaba con él, hurgando en su pasado. Una de las cosas que más le sorprendió fue descubrir que Frigate, como el otro, había sido un estudioso de su vida, la de Burton.

El americano, a su vez, había estado observando a Burton, aunque encubiertamente. De lanío en lanío Burton le sorprendía mirándole. Una noche, Frigate lo arrinconó en el gran salón. Tras mirar a su alrededor para asegurarse de que su conversación no iba a ser oída, el americano dijo, sin ningún preámbulo y en inglés:

—Estoy familiarizado con los varios retratos de Richard Francis Burton. Incluso tuve una gran ampliación de él en la pared frente a mi escritorio, cuando tenía cincuenta años. Así que me creo capaz de reconocerlo sin sus bigotes y sin su barba hendida.

—¿Sí?

—Recuerdo muy bien una fotografía suya lomada cuando tenía treinta años. Entonces sólo llevaba bigote, aunque era muy grueso. Si retiro mentalmente ese pelo sobre el labio superior...

—¿Sí?

—Burton se parece sorprendentemente a un cierto gales medieval al que conozco. Afirma que su nombre es Gwalchgywnn, lo cual, traducido al inglés, significa *halcón blanco*. Gwalchgywnn es una forma primitiva del nombre gales que más tarde se hizo mucho más conocido como Gawain. Y Gawain era el caballero que, en los ciclos primitivos del Rey Arturo, fue el primero en buscar el Santo Grial. Las cornucopias metálicas que llamamos cilindros y también griales son notablemente parecidas a la torre que se supone está en medio del mar del Polo Norte por lo que he oído. Podríamos decir que es el Gran Grial.

—Muy interesante —dijo Burton, dando un sorbo a su grog—. Oirá coincidencia.

Frigate le miró fijamente, desconcertándole un poco. Al diablo con él. El tipo se parecía lo suficiente al otro como para ser su hermano. Quizá lo fuera. Quizá ambos eran agentes, y éste estaba jugando con él del mismo modo que lo había hecho el otro.

—Burton tenía que saberlo todo acerca de los ciclos arturianos y los primitivos relatos populares en los que éstos estaban basados. Sería muy propio de él, si decidiera utilizar un disfraz... y él fue famoso en la Tierra por utilizar muchos y muy a menudo, adoptar el nombre de Gwalchgywnn. Sabría que eso significa el que busca el Santo Grial, pero no esperaría que ningún otro lo supiera también.

—No soy tan obtuso como para no ver que usted cree que yo soy ese tipo Burton. Pero nunca he oído hablar de él, y no me importa lo que usted siga pensando si eso le divierte lanío. A mí no me divierte en absoluto.

Se llevó el vaso a la boca y bebió.

—Nur me dijo que cuando fue visitado por el Ético, el Ético le dijo que uno de los hombres a los que había elegido era el capitán Sir Richard Francis Burton, el explorador del siglo XIX.

Burton fue capaz de controlarse lo suficiente como para no soltar a chorro su bebida.

Lentamente, depositó el vaso sobre la barra.

—¿Nur?

—Usted lo conoce. Señor Burton, los demás están aguardando en sus cabinas. Sólo para demostrarle lo seguro que estoy de que es usted Burton, le revelaré algo. Mix y London acostumbraban a viajar bajo nombres supuestos. Pero recientemente decidieron enviarlo todo al infierno. Ahora, señor Burton, ¿le importaría acompañarme hasta allí?

Burton se lo pensó. ¿Era posible que Frigate y sus compañeros fueran agentes? ¿Estaban aguardando para apoderarse de él e interrogarle, dándole así la vuelta a la tortilla?

Miró a su alrededor, al atestado y ruidoso salón. Cuando vio a Kazz, dijo:

—Iré con usted si insiste en esta tontería. Pero llevaré conmigo a mi buen amigo el neanderthal. Y los dos iremos armados.

Cuando Burton entró en la cabina diez minutos más tarde, iba acompañado también de Alice y Loghu.

Cuando Mix vio a Loghu, dejó caer su mandíbula.

—¿Tú también estás en esto?

Habían llegado al acuerdo de no hablar nunca del Ético o de nada relacionado con él en sus cabinas. Podía haber escuchas en ellas. De modo que su siguiente reunión fue en la mesa donde estaban jugando al poker. Estaban presentes Burton, Alice, Frigate, Nur, Mix, y London. Loghu y Umslopogaas estaban de servicio.

Cuando Burton hubo oído la historia de Nur y Mix de sus visitas de X, se convenció de que eran realmente reclutas del Ético. Sin embargo, escuchó en detalle lo que cada uno tenía que decir antes de admitir su auténtica identidad. Luego les contó su propia historia, sin ocultar nada.

Ahora estaba diciendo:

—Te veo y subo diez más. No, no creo que debamos instalar micrófonos en las cabinas de ninguno de los sospechosos. Puede que descubramos algo importante. Pero si encuentran alguno, entonces sabrán que hay agentes de X, podemos llamarnos así, entre ellos. Es demasiado peligroso.

—Estoy de acuerdo —dijo el pequeño moro—. ¿Qué opináis los demás?

Incluso Mix, que había propuesto instalar los micrófonos, asintió. De todos modos, dijo:

—¿Qué hay con Podebrad? Me encuentro con él a menudo, y todo lo que hace es decirme hola y seguir su camino sonriendo como un clérigo que acaba de enterarse de que su amiguita no está embarazada. Eso me exaspera. Me gustaría hundirle su sonrisa junto con los dientes.

—A mí también —dijo London—. Imagina que va a salirse con bien de ésta después de haberse burlado de nosotros.

—Atacándole lo único que conseguiremos será que nos echen del barco —dijo Nur—. Además, es tremendamente fuerte. Creo que te iba a hacer pedazos antes de que tú pudieras acercártele lo suficiente.

—¡Yo puedo encargarme de él! —dijeron Mix y London al mismo tiempo.

—Tenéis muy buenas razones para desear vengaros —dijo Burton—. Pero ya no tiene objeto, por el momento al menos. Seguro que podéis daros cuenta de ello.

—¿Pero por qué dijo que iba a tomarnos con él en el dirigible y luego nos dejó atrás como si apestáramos?

—He pensado acerca de eso —dijo Nur ed-Din—. La única explicación razonable es que de algún modo sospechaba que éramos hombres de X. Eso podría ser una prueba más de que él es un agente de los Éticos.

—¡Creo que simplemente es un maldito sádico! —dijo London.

—No.

—Si sospecha de vosotros cuatro —dijo Burton—, entonces tenéis que estar en guardia. Y los demás también tenemos que estarlo. Aunque no creo en lo que acaba de decir Nur, o de otro modo no hubiera sugerido que nos reuniéramos en el salón.

—Es demasiado tarde para preocuparnos de eso —dijo Alice—. De todos modos, si es un agente, no va a hacer nada hasta que alcancemos las fuentes del Río. Lo mismo que nosotros.

Burton ganó la apuesta con tres sotas y dos dieces. Alice repartió. Burton pensó que Nur estaba

concentrado en otras cosas distintas del poker. El moro ganaba casi la mitad de las veces, y Burton sospechaba que podría ganar muy a menudo si estuviera más por el juego. De algún modo, el hombrecillo parecía ser *capaz* de decir lo que tenían sus oponentes en la mano simplemente contemplando sus rostros.

—Y mientras tanto podemos gozar del viaje —dijo Frigate.

Burton lo miró entre sus semicerrados párpados. El hombre mostraba la misma adulación hacia él que había mostrado o pretendido mostrar el otro Frigate. Siempre que se le presentaba la oportunidad, abrumaba a Burton con preguntas, la mayor parte de ellas acerca de períodos de su vida en los cuales los biógrafos de Burton sólo habían sido capaces de especular. Pero, también como el otro, cuestionaba actitudes y creencias muy queridas para Burton. Su actitud hacia las mujeres y las razas de color, por ejemplo, y sus creencias sobre la telepatía. Burton había tenido que explicar demasiado a menudo que lo que había creído en la Tierra no tenía necesariamente que seguir creyéndolo aquí. Había visto demasiadas cosas y había experimentado demasiadas cosas. Había cambiado en muchos aspectos.

Ahora creyó que era el momento adecuado para sondear el tema del pseudo-Frigate.

—Tiene que haber alguna buena razón para esa pretendida coincidencia.

—Yo también he estado meditando sobre esto —dijo el americano—. Afortunadamente, yo era un ávido lector de ciencia ficción además de escribir en ese campo. De modo que tengo una cierta flexibilidad de imaginación, lo cual vas a necesitar también si pretendes seguir mi línea de pensamiento, ¿porque creo que el Frigate que tú conociste en absoluto por coincidencia es mi hermano James, muerto a la tierna edad de un año!

»Consideremos ahora a los niños que murieron en la Tierra. Una razón, la mejor, de que no hayan aparecido aquí es que, de haberlo hecho, hubieran atestado el planeta. No hubiera habido espacio suficiente para todos. De hecho, la población de niños muertos antes de los cinco años sería con mucho la parte más importante de toda la población.

»De modo que, ¿qué es lo que hicieron con ellos los Éticos? Los resucitaron en otro planeta, quizá uno como éste, quizá no. Quizá necesitaron dos planetas para instalarlos confortablemente.

»De todos modos, supongamos que esto es lo que ocurrió. A menos —alzó un dedo—, a menos que por alguna razón todavía no hayan sido resucitados. Quizá sean resucitados después de que nosotros hayamos desaparecido. ¿Quién sabe?

»Yo no. Pero puedo especular. Digamos que los niños fueron encarnados en otro planeta. No pudo hacerse con toda la población a la vez porque se necesitaban adultos para cuidar de ellos hasta que crecieran. Y eso hubiera llenado un planeta del tamaño de la Tierra. Así que quizá los fueran encarnando a un cierto ritmo, es decir, tantos niños cada tantos años. Los primeros fueron cuidados hasta alcanzar la edad adulta, y luego se convirtieron en los cuidadores, los maestros, los padres adoptivos, de más niños. Y así sucesivamente. O quizá se hizo todo de una vez en más de un planeta. Sin embargo, dudo de eso. La energía que implica reformar un planeta tiene que ser enorme. Por otra parte, siempre pueden utilizar planetas que no necesiten ser reformados.

—Sigamos jugando —dijo London—, si no queréis que la gente empiece a preguntarse de qué demonios debemos estar hablando.

—Yo abro —dijo Mix.

Durante un minuto permanecieron en silencio excepto para anunciar su juego. Luego Frigate dijo:

—Si lo que yo propongo fuera cierto, bien, dejadme entonces plantear las cosas del siguiente modo. Esto... yo fui el chico mayor de mi familia. El mayor de los vivos, quiero decir. El hermano mayor, James, murió al año de edad. Yo nací seis meses más tarde. Ahora... esto... él pudo ser resucitado. Y una vez crecido, se convirtió en un agente de los Éticos.

»Fue plantado aquí el Día de la Resurrección. Se le asignó vigilar a Burton. ¿Por qué esa asignación? Porque los Éticos sabían que, de algún modo, Burton había desaparecido en esa enorme cámara de cuerpos flotantes antes del Día de la Resurrección, antes de que se supusiera que debía despertar. Debieron imaginar que no había sido un accidente, que... esto... alguien lo había despertado a propósito. Bien, no vamos a especular sobre eso. Sabemos qué es lo que el Consejo de Éticos le dijo a Burton cuando lo atraparon. Se suponía que sus recuerdos debían ser borrados, pero X arregló las cosas de tal modo que los conservara.

»De todos modos, los Éticos tenían sospechas. Así que pusieron a su pseudo-Frigate, bien, realmente es un auténtico Frigate, tras las huellas de Dick. Mi hermano tenía que mantenerlo bajo constante vigilancia e informar de cualquier cosa sospechosa. Pero como todo el mundo en el Valle, fue atrapado con el faldellín bajado.

—Tomaré dos cartas —dijo Burton—. Eso es muy intrigante, Peter. Parece una idea alocada, pero puede ser cierta. De todos modos, si tu hermano era un agente, entonces ¿qué era Monat el taucetano o arcturiano o lo que fuera? Por supuesto, tenía que ser un agente, aunque uno realmente extraño; sin embargo...

—¡Quizá sea un Ético! —dijo Alice.

Burton, al que no le gustaba que le interrumpieran, la fulguró con la mirada.

—Eso es precisamente lo que iba a decir. Pero si Monat es un agente, no creo que sea un Ético, o de otro modo hubiera estado en el Consejo... no, por Alá, ¡no puede serlo! ¡Si lo hubiera visto allí, hubiera sabido que era uno de ellos! Y él no hubiera sido capaz de seguir conmigo. Aunque ignoro por qué me seguía tan de cerca.

—Sea como sea, la presencia de Monat significa que hay más de una especie... género... familia zoológica... extraterrestres... implicados en esto.

—Tomaré una carta —dijo Frigate—. Eso es lo que iba a decir yo...

—Perdonad —dijo London—. Pero ¿cómo podía saber el hermano de Peter acerca de Burton?

—Supongo que los niños son educados, probablemente mejor de lo que lo eran en la Tierra. Y quizá, sólo quizá, mi hermano sabía que yo era su hermano. ¿Cómo podemos saber cuán increíblemente vasto y minucioso puede ser el conocimiento de los Éticos? Observad la foto de Burton que éste encontró en el faldellín de aquel agente, Agneau. Fue tomada cuando Dick tenía veintiocho años y era un subalterno en el Ejército del Este de la India. ¿No prueba esto que los Éticos estuvieron en la Tierra en 1848? ¿Quién sabe durante cuánto tiempo han estado paseándose por las calles de la Tierra tomando datos? No me preguntéis con qué propósito.

—¿Por qué tomaría James tu nombre? —dijo Nur.

—Bueno, yo era un fanático rabioso de Burton. Incluso escribí una novela sobre él. Quizá

encajaba con el sentido del humor de James. Yo tengo el mío propio. Toda mi familia es conocida por él... un extraño sentido del humor. Y así le divirtió ser su propio hermano, pretender ser el Peter al que nunca había llegado a conocer. Quizá así podría vivir indirectamente la vida que le había sido denegada en la Tierra. Quizá pensó que si él se encontraba con alguien que hubiera conocido a la familia Frigate, pudiera pasar fácilmente por mí. Quizá todas esas razones sean ciertas. Sea como sea... estoy seguro de que le dio ese puñetazo a la nariz a Sharkko, el editor deshonesto, para vengarme, lo cual demuestra que sabía mucho de mi vida en la Tierra.

—¿Pero qué hay de esa historia que contó al agente Spruce? —dijo Alice—. Él dijo que procedía del siglo LXXII d.C., y dijo algo acerca de un cronoscopio, algo que permitía mirar hacia atrás en el tiempo.

—Puede que Spruce estuviera mintiendo —dijo Burton.

—Sea como sea —dijo Frigate—, no creo que pueda existir un cronoscopio o algo parecido al viaje por el tiempo, en ninguna de sus maneras. Bueno, quizá no debiera decir esto. Todos nosotros estamos viajando por el tiempo. Hacia adelante, la única forma en que puede hacerse.

—Lo que nadie ha dicho —dijo Nur— es que alguien tuvo que resucitar a los niños. Puede o no haber sido gente del siglo LXXII d.C. Lo más probable es que fuera la gente de Monat quien lo hiciera. Observad también que fue Monat quien hizo la mayor parte de las preguntas a Spruce. En un cierto sentido, pudo estar dirigiendo a Spruce.

—¿Por qué? —dijo Alice.

Esa era una pregunta a la que nadie podía responder a menos que la historia del Ético fuera cierta. Por ahora, sus reclutas pensaban que podía ser un mentiroso tan grande como sus colegas.

Nur cerró aquella ronda con la especulación de que los agentes que habían subido al barco al principio de su viaje habían contado su historia post-1983 y se habían visto atrapados por ella. Los agentes que lo habían abordado más tarde sabían que la historia podía ser sospechosa, así que la habían evitado. Por ejemplo, el enorme galo llamado Megalosos —su nombre significaba «Grande»— afirmaba que había vivido en tiempos de César. Su afirmación, sin embargo, no presuponía que fuera cierto. Parecía haber congeniado mucho con Podebrad, aunque el cómo podía conseguir alguien, aquello era algo que estaba más allá de Nur. Podía ser un agente también.

SECCIÓN 4

**En el «No Se Alquila»:
nuevos reclutas y pesadillas de Clemens**

Los ojos de de Marbot probaban que la maquinaria de la resurrección no siempre funcionaba perfectamente.

Jean Baptiste Antoine Marcelin, barón de Marbot, había nacido en 1782 con ojos marrones. Hasta mucho después del Día de la Resurrección no descubrió que habían cambiado de color. Fue cuando una mujer lo llamó Ojos Azules.

—*Sacre bleu!* ¿Es eso cierto?

Se apresuró en busca de un espejo de mica que recientemente había comprado en un barco mercante —la mica era rara—, y vio su rostro por primera vez en diez años. Era un rostro alegre, rubicundo, con su chata nariz y su sonrisa siempre dispuesta y sus centelleantes ojos. Un rostro agraciado.

Pero los ojos eran *azul* pálido.

—*Merde!*

Luego pasó al esperanto.

—¿Si alguna vez tengo al alcance de mi espada a esas abominables abominaciones que me hicieron esto...!

Regresó echando humo a la mujer que vivía con él, y repitió su amenaza.

—Pero si no tienes ninguna espada —dijo ella.

—¿Acaso siempre tienes que tomarme al pie de la letra? No importa. Tendré una algún día; tiene que haber hierro en algún lugar de este pedregoso planeta.

Aquella noche soñó en un pájaro gigante de rojizas plumas y pico de buitre que comía rocas y cagaba bolas de acero.

Pero no había pájaros en aquel mundo, y si hubieran habido no hubieran sido *oiseaux de fer*.

Ahora tenía armas de metal, un sable, un machete, una espada, un estilete, un cuchillo largo, un hacha, una lanza, pistolas, y un rifle. Era el brigadier general de los marines, y tenía la ambición de llegar a general. Pero odiaba la política, y no tenía interés ni habilidad en el deshonorables juego de la intriga. Además, sólo a través de la muerte de Ely S. Parker podía llegar a ser el general de la marinería del *No Se Alquila*, y eso lo hubiera entristecido. Le gustaba el jovial indio séneca. Casi todos los postpaleolíticos a bordo medían casi metro ochenta, algunos de ellos más incluso. Los paleolíticos tenían a hombres muy bajos entre ellos, pero esos, con sus masivos huesos y músculos, no necesitaban ser más altos. De Marbot era el pigmeo entre ellos, sólo metro sesenta, pero Sam Clemens lo adoraba y admiraba su alegría y su valor. A Sam también le gustaba oír las historias de las campañas de de Marbot y tener a su alrededor a personas que antiguamente habían sido generales, almirantes y hombres de estado.

—La humildad es buena para ellos —decía Sam, refiriéndose a la tripulación—: doma su carácter. El francés es un comandante de primera clase, y me divierte verle dar órdenes a esos grandes monos que le rodean.

De Marbot era por supuesto capaz y lleno de experiencia. Tras unirse al ejército republicano de

Francia cuando tenía diecisiete años, ascendió rápidamente al cargo de ayuda de campo del mariscal Augereau, al mando del VII Cuerpo en la guerra contra Prusia y Rusia desde 1806 a 1807. Luchó bajo las órdenes de Lannes y Masséna en la Guerra Peninsular, y participó en la campaña de Rusia en la guerra de 1812 y la terrible retirada desde Moscú, y, entre otras, en la campaña alemana de 1813. Fue herido once veces, gravemente en Hañau y Leipzig. Cuando Napoleón regresó de su exilio en Elba, promocionó a de Marbot a general de brigada, y de Marbot fue herido en la sangrienta batalla de Waterloo. De Marbot fue exiliado por el rey Borbón, pero regresó a su país natal en 1817. Tras servir bajo la monarquía juliana en el asedio de Amberes, fue recompensado algunos años más tarde siendo nombrado teniente general. De 1835 a 1840 participó en las expediciones argelinas, y a la edad de sesenta años fue herido por última vez. Se retiró tras la caída del rey Luis Felipe en 1848. Escribió sus memorias, que encantaron tanto a Arthur Conan Doyle que lo utilizó como base para su personaje de ficción el brigadier Gerard. La principal diferencia entre el personaje literario y el real era que de Marbot era inteligente y receptivo, mientras que Gerard, aunque valeroso, no era muy brillante.

Cuando tenía setenta y dos años, el bravo soldado de Napoleón murió en la cama en París.

Una buena medida del afecto que sentía Clemens hacia él era que le había contado todo acerca del Misterioso Extraño, el Ético renegado.

Aquel día el barco fluvial estaba anclado mientras Clemens entrevistaba a los voluntarios para cubrir varios puestos a bordo. Los horribles acontecimientos ocurridos tras el fallo de las piedras de la orilla derecha se hallaba a dos meses de distancia en el pasado, y el Río estaba ahora libre de hedores y restos de los cuerpos en descomposición.

De Marbot, enfundado en un casco de duraluminio rematado por una cresta de tiras de piel de pez endurecidas con cola y una coraza de duraluminio, con el aspecto de la idea popular de un guerrero troyano, caminaba arriba y abajo junto a la larga hilera de candidatos. Su trabajo era preentrevistarlos. De este modo, a veces podía eliminar a los no aptos y ahorrarle a su capitán tiempo y trabajo.

Hacia la mitad de la hilera vio a cuatro hombres que parecían conocerse muy bien entre sí. Se detuvo junto al primero, un hombre muy moreno, alto y musculoso, con unas enormes manos. El color de su piel y su pelo muy ondulado sólo podían significar que era un mulato, y lo era.

Ante la educada pregunta de de Marbot, dijo que su nombre era Thomas Million Turpin. Había nacido en Georgia allá por 1873 —no estaba muy seguro del año—, pero sus padres se habían trasladado a St. Louis, Missouri, cuando él era joven. Su padre regentaba el Dólar de Plata, una taberna en el barrio chino de la ciudad. En su juventud Tom y su hermano Charles habían comprado una participación en la Mina Cabezagrande cerca de Searchlight, Nebraska, y habían trabajado en ella, pero, tras dos años sin encontrar oro, habían vagabundado por el Oeste durante un tiempo antes de regresar a St. Louis.

Turpin se había instalado en el Distrito y había trabajado como apagabroncas y tocando el piano, entre otras cosas. Allá por 1899 era el hombre más importante de la zona, controlando la música, el licor y el juego. Su Café Rosebud, el centro de su pequeño imperio, era famoso en toda la nación. En la planta baja era un bar-restaurante, y en los pisos un «hotel», una casa de citas.

Turpin, sin embargo, era más que un personaje influyente en su tiempo. Era, según sus propias afirmaciones, un gran pianista, aunque admitía que no era tan bueno como Louis Chauvin. Un adelantado de la música sincopada, era reputado como el padre del ragtime en St. Louis, y su «Harlem Rag», publicado en 1897, era la primera pieza de ragtime publicada por un negro. Había escrito la famosa «St. Louis Rag» para la apertura de la feria mundial de la ciudad, pero ésta había sido luego postpuesta. Murió en 1922, y desde que había despertado en el Mundo del Río había estado vagando por aquí y por allá.

—He oído que tenéis un piano en vuestro barco —dijo, sonriendo—. Te aseguro que me gustaría poner mis manos sobre sus teclas.

—Hay diez pianos —dijo de Marbot—. Toma esto. Le tendió a Turpin una varilla de madera de quince centímetros de largo grabada con las iniciales M. T.

—Cuando llegues a la mesa, entrégale esto al capitán.

Sam se sentiría feliz. Le encantaba el ragtime, y en una ocasión había dicho que no podía encontrar suficientes intérpretes de música popular para su barco. Además, Turpin tenía un aspecto fuerte y capaz. Tenía que serlo para haber conseguido éxito en el barrio chino siendo casi negro.

El hombre detrás de él era un chino de aspecto alocado llamado Tai-Peng. Medía metro setenta y cinco de altura y poseía unos grandes y brillantes ojos verdes y un rostro demoníaco. Su pelo negro caía hasta su cintura, y llevaba tres flores de árbol de hierro prendidas en su coronilla. Proclamaban a grandes voces chillonas haber sido un gran espadachín, amante y poeta en su tiempo, que era el de la dinastía T'ang en el siglo VIII d.C.

—Fui uno de los Seis Holgazanes de la Corriente de Bambú y también uno de los Ocho Inmortales de la Copa de Vino. Puedo componer poesía sobre la marcha de mi turco nativo, en chino, en coreano, en inglés, en francés y en esperanto. Cuando llega el momento de hacer actuar la espada, soy tan rápido como un colibrí y tan mortífero como una víbora.

De Marbot se echó a reír y dijo que él no elegía a los reclutas. Pero le entregó al chino una varilla y se trasladó al hombre que estaba detrás de Tai-Peng.

Era un hombre bajo, aunque pese a ello más alto que de Marbot, de piel oscura, ojos negros, gordo, y con una prominente barriga a lo Buda. Sus párpados eran ligeramente epicánticos, y su nariz aquilina. Su hendida barbilla era masiva. Era, dijo, Ah Qaaq, y procedía de la costa oriental de un país que de Marbot llamaría México. Su gente había llamado la zona en la que vivía el País de la Lluvia. No sabía exactamente cuándo había vivido según el calendario cristiano, pero de sus charlas con gente instruida calculaba que debía haber sido allá por el año 1000 antes de Cristo. Su lengua nativa era el maya; era un ciudadano del pueblo que culturas posteriores habían llamado los olmecas.

—Ah, sí —dijo de Marbot—. He oído hablar de los olmecas. Tenemos algunos hombres realmente instruidos en la mesa del capitán.

De Marbot sabía que los «olmecas» habían fundado la primera civilización en Mesoamérica, y que todas las demás civilizaciones de los tiempos precolombinos habían derivado de ella, los posteriores mayas, los toltecas, los aztecas, todos los demás. El hombre, si era un antiguo maya, no tenía la cabeza artificialmente aplastada y los ojos desviados tan comunes en ese pueblo. Pero de Marbot reflexionó que esos detalles, por supuesto, podían haber sido rectificadas por los Éticos.

—Eres una de esas rarezas, un hombre gordo —dijo de Marbot—. En el *No Se Alquila* llevamos una vida extremadamente activa, no hay lugar para los indolentes ni los glotones, y exigimos también que el candidato posea algo especial que lo cualifique.

Ah Qaaq dijo con voz chillona, aunque no tan chillona como la del chino:

—El gato gordo puede parecer blando, pero es muy fuerte y muy rápido. Déjame demostrártelo.

Tomó el mango de su hacha de cabeza de pedernal, un palo de roble de casi medio metro de largo y cinco centímetros de grueso, y lo partió como si fuera un terrón de azúcar. Luego alzó la cabeza del hacha y la tendió al francés para que la sopesara.

—Unos cuatro kilos, calculo —dijo de Marbot.

—¡Espera!

Ah Qaaq tomó la cabeza del hacha y la lanzó como si fuera una pelota de béisbol. Con los ojos muy abiertos, Marbot la contempló trazar un alto arco antes de caer lejos sobre la hierba.

—*Mon Dieu!* ¡Nadie excepto el poderoso Miller sería capaz de lanzarla tan lejos! Te felicito, *sinjoro*. Toma esto.

—También soy un excelente arquero, y muy bueno con el hacha —dijo Ah Qaaq tranquilamente—. No lamentarás tomarme a bordo.

El hombre detrás del olmeca era exactamente de su misma altura y tenía un cuadrado físico hercúleo. Incluso se parecía a Ah Qaaq en su nariz aguileña y su redonda y hendida mandíbula. Pero no era gordo, y aunque era casi tan moreno como él, no era amerindio. Su nombre, dijo, era Gilgamesh.

—He luchado con Ah Qaaq —dijo Gilgamesh—. Ninguno de los dos ha podido derrotar al otro. Soy también excelente con el hacha y el arco.

—¡Estupendo! Bien, mi capitán se sentirá complacido con tus historias sobre Sumeria, de las cuales estoy seguro estás lleno. Y yo también me sentiré complacido de tener a un rey y a un dios a bordo. He conocido a algunos reyes, aunque no me han gustado la mayor parte de ellos. En cuanto a los dioses, bien, eso es otra historia. ¡El capitán nunca se ha tropezado con un dios antes! ¡Aquí está, toma esto!

Siguió adelante, y cuando estuvo fuera de la vista y del oído del sumerio —si lo era—, se echó a reír hasta que terminó revolcándose por la hierba. Tras un rato se puso en pie, se secó las lágrimas, y reanudó su preexamen de los candidatos.

Los cuatro fueron aceptados, junto con otros seis. Cuando subieron por la pasarela a la cubierta de calderas, vieron a Monat el extraterrestre de pie junto a la barandilla, sus agudos ojos clavados en ellos. Se mostraron sorprendidos, pero de Marbot les dijo que siguieran adelante. Ya les explicaría más tarde todo acerca de la extraña criatura.

Los reclutas no se encontraron con Monat aquella tarde tal como estaba previsto. Dos mujeres se pelearon por un hombre y empezaron a dispararse la una a la otra. Antes de que la discusión quedara zanjada, una mujer estaba seriamente herida y la otra había saltado fuera del barco, su cilindro en una mano y una caja con sus posesiones en la otra. El hombre decidió irse también, puesto que prefería a la mujer que había empezado el tiroteo. El barco se detuvo, y se le permitió desembarcar. Sam se sintió tan alterado por todo aquello que pospuso las presentaciones en el gran salón hasta el día

siguiente.

En algún momento de aquella noche, Monat Grrautut desapareció.

Nadie oyó ningún grito. Nadie vio nada sospechoso. El único indicio fue una mancha de sangre junto a la barandilla de la cubierta de paseo a popa, y podía haber sido un olvido de los equipos de limpieza después de las batallas junto a las piedras de la orilla izquierda.

Clemens sospechaba que alguno de los cuatro nuevos reclutas podía ser el responsable. Esos, sin embargo, afirmaron resueltamente que pasaron toda la noche durmiendo en sus cabinas, y nadie pudo aportar ninguna prueba que refutara sus afirmaciones.

Mientras Sam estudiaba el caso y deseaba haber tenido a Sherlock Holmes a bordo, el *No Se Alquila* siguió adelante. Tres días después de la desaparición de Monat, Cyrano de Bergerac hizo señales al barco para que lo recogiera. Sam maldijo cuando lo vio. Hubiera deseado pasar junto a Cyrano durante la noche, pero ahí estaba, y al menos una cincuentena de miembros de la tripulación lo habían visto también.

El francés subió a bordo sonriendo y besó rápidamente a sus amigos en las mejillas y a sus amigas prolongadamente en la boca. Cuando penetró en la sala de control, gritó:

—¡Capitán! ¡Qué historia tengo para contar!

Clemens, ceñudo, se dio a todos los diablos.

Un hombre y una mujer estaban tendidos en la cama. Sus cuerpos se tocaban; sus sueños estaban a años luz de distancia.

Sam Clemens estaba soñando de nuevo en el día que había matado a Erik Hachasangrienta. Mejor dicho, cuando él había puesto en movimiento a otros hombres, uno de los cuales había clavado una lanza en el vientre del escandinavo.

Sam deseaba el meteorito enterrado por su ferroníquel. Sin él, no podía construir el gran barco a paletas con el que tan a menudo soñara. Ahora, en este sueño, hablaba con Lothar von Richthofen de lo que había que hacer. Joe Miller no estaba presente, pues había sido traidoramente capturado por el hombre que en su tiempo había sido rey de Inglaterra. Una flota invasora estaba avanzando desde Río abajo para apoderarse de la tumba de la estrella caída. El rey Juan estaba Río arriba, disponiendo una flota para descender el curso de la corriente y apoderarse del lugar donde estaba enterrado el tesoro de ferroníquel. El ejército de Sam estaba entre los dos y era más débil que cualquiera de ellos. Iban a quedar atrapados como carne entre ruedas de molino. No había ninguna posibilidad de victoria excepto aliándose con Juan. Además, si quería que Joe Miller siguiera con vida, Sam tendría que hacer un trato con su captor, el rey Juan.

Pero Erik Hachasangrienta, el socio de Sam, se había negado a considerar la alianza. Además, Erik odiaba a Joe Miller, que era el único ser humano al que temía... si uno podía llamar a Joe un ser humano. Hachasangrienta decía que sus hombres y los de Sam podían resistir el ataque y aplastar a los dos invasores y lograr una gloriosa victoria. Era una estúpida jactancia, aunque era posible que el escandinavo creyera realmente lo que decía.

Erik Hachasangrienta era el hijo de Harald Haarfager (Haraldo de la Hermosa Cabellera), el noruego que había unido por primera vez toda Noruega y cuyas conquistas habían originado las migraciones en masa a Inglaterra e Islandia. Cuando Harald murió, alrededor del año 918 después de Cristo, Erik se convirtió en rey. Pero Erik no era popular. Incluso en unos tiempos de monarcas crueles y duros, él estaba a la cabeza de todos. Su medio hermano, Haakon, que tenía por aquel entonces quince años, había sido educado en la corte del rey Athelstan de Inglaterra desde que tenía un año. Apoyado por las tropas inglesas, alzó un ejército noruego contra su hermano. Erik huyó a Northumbria en Inglaterra, donde recibió su dignidad real de parte de Athelstan, aunque no duró mucho tiempo. Según las crónicas escandinavas, murió el 954 d.C. al sur de Inglaterra mientras efectuaba una gran incursión allí. La antigua tradición inglesa dice que fue expulsado de Northumbria y resultó muerto durante una batalla en Stainmore.

Erik le había dicho a Clemens que el primer relato era el auténtico.

Clemens se había unido al escandinavo porque Erik era el propietario de una rarísima hacha de acero y estaba buscando la fuente de la cual había sido fabricada el hacha. Clemens esperaba que quedara suficiente mineral como para construir un gran barco de vapor a paletas con el cual pudiera navegar hasta las fuentes del Río. Erik no creía mucho en los sueños de Sam, pero lo aceptó como miembro de su tripulación a causa de Joe Miller. A Erik no le gustaba Joe, pero sabía que el

titántropo era un elemento muy valioso en una batalla. Y luego Joe se había convertido en un rehén del rey Juan. Desesperado, temeroso de que Joe pudiera resultar muerto a manos del rey Juan y de perder el meteorito, Sam había discutido la situación con Lothar, el hermano menor del «Barón Rojo». Le había hecho su proposición. Debía matar a Hachasangrienta y sus guardaespaldas vikingos. Después de eso, podían parlamentar con Juan, que vería las ventajas de unir sus fuerzas a las de Clemens. Juntos, podían enfrentarse a las fuerzas de von Radowitz que estaban subiendo por el Río.

Sam fortaleció su racionalización del asunto con el pensamiento de que probablemente Hachasangrienta tenía la intención de matarle a él después de que sus enemigos hubieran sido derrotados. Era inevitable una confrontación.

Lothar von Richthofen se mostró de acuerdo. No era traición si atacabas a un traidor. Además, era la única cosa lógica que podían hacer. Si Hachasangrienta fuera un auténtico amigo, entonces el caso sería distinto. Pero el escandinavo era tan de fiar como una serpiente de cascabel con dolor de muelas.

Y así la horrible acción se había llevado a cabo.

Porque, aunque estuviera justificada desde todos los ángulos, la acción era *horrible*. Sam nunca había conseguido superar su sentimiento de culpabilidad. Después de todo, siempre hubiera podido alejarse del meteorito, olvidando su sueño.

Con Lothar y algunos hombres escogidos, se había aproximado a la cabaña en la cual estaban retozando Hachasangrienta y una mujer. La lucha duró un minuto, puesto que los guardias del escandinavo fueron tomados por sorpresa por un número superior de hombres. El rey vikingo, desnudo, agitando su enorme hacha, salió de la cabaña. Lothar lo clavó a la pared de la cabaña con una lanza.

Sam había estado a punto de vomitar, pero pensó que al menos todo había terminado. Luego una mano se había aferrado a su tobillo, y estuvo a punto de desmayarse por el terror. Había bajado la vista, y allí estaba el agonizante Hachasangrienta, sujetándole con una férrea presa.

—*¡Bikkja!* —había dicho el escandinavo, débil pero claramente.

Aquello quería decir *perra*, una palabra que utilizaba a menudo para indicar su desprecio hacia Clemens, al que consideraba afeminado.

—Mierda de Ratatosk —prosiguió. En otras palabras, los excrementos de la ardilla gigante, Ratatosk, que corría por las ramas del árbol del mundo, Yggdrasill, las cenizas que mantenían juntas la tierra, la residencia de los dioses, y el infierno.

Y luego Hachasangrienta había hecho una profecía, diciendo que Clemens *construiría* su gran barco. Lo pilotaría Río Arriba. Pero su construcción y su viaje serían dolor y lamentos para Clemens, sin casi nada de la alegría que había anticipado. Y cuando Clemens se acercara finalmente a las fuentes del Río, encontraría a Hachasangrienta esperándole allí.

Sam recordaba claramente las palabras del hombre moribundo. Ahora volvían a él brotando de la imprecisa figura que sujetaba su pie desde un profundo y pequeño agujero en el suelo. Unos ojos en la imprecisa masa negra en la tierra estaban ardientemente clavados en los de Clemens.

—¡Te encontraré! Estaré aguardándote, y te mataré. ¡Y nunca alcanzarás el final del Río ni

cruzarás las puertas del Valhalla!

Incluso cuando la mano había relajado su presa, Sam se había sentido demasiado helado por el terror como para apartarse. La muerte jadeaba en la garganta de la siniestra sombra, y Sam seguía helado exteriormente, aunque vibraba interiormente.

—¡Esperaré!

Aquellas fueron las últimas palabras de Erik Hachasangrienta, resonando en todos sus sueños a lo largo de los años.

Sam se había burlado de la profecía... más tarde. Nadie podía ver el futuro. Eran puras supersticiones. Hachasangrienta podía hallarse Río arriba, pero, si estaba allí, era debido únicamente a la casualidad. Había unas posibilidades de un cincuenta por ciento de que estuviera Río abajo. Además, aunque el escandinavo estuviera aguardándole en busca de su venganza, no era probable que tuviera alguna oportunidad de llevarla a cabo. El barco hacía únicamente tres paradas al día, excepto algunas ocasionales pausas en la orilla de una semana o así. Muy probablemente Hachasangrienta estaría de pie en la orilla mientras el barco fluvial cruzaba ante él sin detenerse. Aunque corriera o remara o navegara a vela en su persecución, Erik nunca podría alcanzar la rápida embarcación.

Crear esto, sin embargo, no mantenía a Hachasangrienta fuera de las pesadillas de Sam. Quizá fuera debido a que, muy profundamente en su interior, Sam sabía que era culpable de asesinato. En consecuencia, debía ser castigado.

En uno de esos repentinos cambios de escena que el Supervisor de los Sueños efectúa tan rápidamente, Sam se halló de pronto en una cabaña. Era de noche, y la lluvia y los truenos y los relámpagos eran como un látigo de nueve colas contra el fondo de oscuridad. Los destellos en el cielo iluminaban débilmente el interior de la cabaña. Una figura hecha de sombras estaba acucillada cerca de él. La figura estaba embozada en una capa; un enorme domo apoyado sobre sus hombros cubría su cabeza.

—¿Cuál es el motivo de esta inesperada visita? —dijo Sam, repitiendo la pregunta que había formulado durante la segunda visita del Misterioso Extraño.

—La Esfinge y yo estamos jugando al poker cerrado —dijo el Extraño—. ¿Te gustaría entrar?

Sam se despertó. Los dígitos luminosos del cronómetro en la pared al otro lado de la cabina señalaban las 03:33. *Lo que diga tres veces es cierto*. Gwenafra, a su lado, gruñó. Murmuró algo acerca de «Richard». ¿Estaba soñando en Richard Burton? Aunque sólo tenía siete años cuando lo había conocido, y había estado con él únicamente un año, siempre estaba hablando de él. Su amor infantil hacia él había sobrevivido.

No había ahora ningún sonido excepto la respiración de Gwenafra y el lejano chuff-chuff de las grandes ruedas de paletas. Su girar enviaba ligeras vibraciones a través de la nave. Cuando apoyaba su mano en la mampara de duraluminio a la cabecera de la cama, podía sentir el débil oleaje. Las cuatro ruedas giraban impulsadas por los colosales motores eléctricos empujando la nave hacia su destino.

Ahí afuera, en ambas orillas, la gente estaba durmiendo. La noche se extendía sobre aquel hemisferio, y unos estimados ocho mil setecientos cincuenta millones de personas estaban acostadas,

soñando. ¿Cuáles eran sus visiones llenas de sombras? Algunas debían ser de la Tierra; algunas, de este mundo.

¿Estaba el ex hombre de las cavernas dando incansables vueltas en su sueño, gimiendo, soñando en el tigre dientes de sable rondando al otro lado del fuego de la entrada? Joe Miller soñaba a menudo con mamuts, aquellos peludos leviatanes de curvados colmillos de su época, comida suficiente para llenar su enorme barriga y piel para construir tiendas y marfil para hacer puntales para las tiendas y dientes para hacer enormes collares. También soñaba en su tótem, su antepasado, el gigantesco oso de las cavernas; por la noche la enorme e hirsuta figura avanzaba hacia él y le aconsejaba sobre los problemas que lo atormentaban. Y a veces soñaba que era apaleado con varas en las plantas de los pies por sus enemigos. Los trescientos kilos de peso de Joe más su postura bípeda hacían que tuviera los pies planos. No podía andar durante todo el día como los pigmeos *Homo sapiens*; tenía que sentarse y dejar descansar sus doloridos pies.

Joe sufría también poluciones nocturnas cuando soñaba con mujeres de su especie. Joe estaba durmiendo con su actual compañera, una belleza de metro noventa y ocho, una kassubiana de habla eslava del siglo tercero después de Cristo. Le encantaba lo masivo de Joe y lo peludo que era y su grotesca nariz y su pene gargantuesco y sobre todo lo demás su alma esencialmente gentil. Y puede que obtuviera un perverso placer haciendo el amor con un ser completamente inhumano. Joe también la amaba a ella, pero eso no le impedía soñar amorosamente en su esposa terrestre y en un cierto número de otras hembras de su tribu. O, como los humanos en cualquier lugar, en una compañera construida por el Maestro de los Sueños, un ideal que vive tan sólo en el subconsciente.

«Todo hombre es una luna y posee un lado oscuro que nunca muestra a nadie».

Así había escrito Sam Clemens. Completamente cierto. Pero el Maestro de los Sueños, ese maestro de ceremonias de extraños circos, sacaba a sus bestias enjauladas y artistas del trapecio y alambristas y fenómenos cada noche.

En el último sueño de la noche, Samuel Langhorne Clemens se había hallado encerrado en una habitación con una enorme máquina en cuyo lomo cabalgaba su alter ego, Mark Twain. La máquina era una monstruosa y extraña criatura, achaparrada, de lomo redondeado, una cucaracha con un millar de patas y un millar de dientes. Los dientes en la oblonga boca eran botellas de medicina ambulante, «aceite de serpiente». Las patas eran varillas metálicas con pies redondos en cuya parte inferior había letras del alfabeto. Avanzaba hacia él, haciendo chasquear los dientes mientras las patas chirriaban y crujían por falta de aceite. Mark Twain, sentado en una especie de castillete chapado en oro e incrustado con diamantes en su lomo, accionaba palancas para dirigirla. Mark Twain era un viejo con un denso pelo blanco y un denso bigote blanco. Llevaba un traje completamente blanco. Sonrió y luego miró fijamente a Sam y tiró de las palancas y orientó la máquina hacia él, intentando cortar todos los intentos de Sam de escapar.

Sam tenía tan sólo dieciocho años, su famoso bigote aún no había crecido. En una mano aferraba el asa de una maleta.

Sam huyó dando vueltas y vueltas por la habitación, mientras la máquina chasqueaba y chirriaba y giraba en su persecución y corría hacia él y luego retrocedía. Mark Twain no dejaba de gritarle cosas a Sam, tales como: «¡He aquí una página de tu propio libro, Sam!» y «¡Tu editor te envía sus

saludos, Sam, y pide más dinero!»

Sam, chillando como la máquina, era un ratón atrapado por un gato mecánico. No importaba cuan aprisa corriera, cómo girara, hiciera fintas, y saltara, iba a ser atrapado inevitablemente.

De pronto, el caparazón metálico del monstruo se estremeció. Se detuvo, y gruñó. De su boca surgió un cliqueteo; sus patas se combaron, y se agazapó. De un orificio en su parte posterior brotó un chorro de papeles verdes. Eran billetes de mil dólares, y se apilaron contra la pared y luego empezaron a oscilar hacia la máquina. La pila creció y creció y finalmente cayó sobre el castillete, donde Mark Twain estaba gritándole a la máquina que todo aquello era demente, demente, demente.

Fascinado, Sam se arrastró hacia adelante, manteniendo un cauteloso ojo fijo en la máquina. Tomó uno de los billetes.

«Finalmente», pensó, «lo he conseguido».

El papel en su mano se convirtió en excrementos humanos.

Entonces vio que todos los billetes se habían convertido de pronto en excrementos.

Pero una puerta se había abierto en la hasta entonces lisa pared de la habitación.

H. H. Rogers asomó por ella su cabeza. Era el hombre neo que había ayudado a Sam durante sus problemas, incluso cuando Sam había criticado feroz y mordazmente los grandes trusts petrolíferos. Sam corrió hacia él, gritando:

—¡Ayuda! ¡Ayuda!

Rogers entró en la habitación. Llevaba únicamente unos calzoncillos largos de lana rojos, con la parte trasera desabotonada. En su pecho, en letras doradas, había la frase: EN LA STANDARD OIL CREEMOS; TODO LO DEMÁS, DIOS.

—¡Me ha salvado usted, Henry! —jadeó Sam.

Rogers se volvió de espaldas por un minuto, exhibiendo la frase que llevaba en sus posaderas: DEPOSITE UN DOLAR Y TIRE DE LA PALANCA.

Frunciendo el ceño, Rogers dijo:

—Espera un minuto. —Rebuscó detrás de él, y extrajo un documento—. Firma aquí, y te dejaré salir.

—¡No tengo ninguna pluma! —dijo Sam. Tras él, la máquina estaba empezando a avanzar de nuevo. No podía verla, pero sabía que estaba arrastrándose hacia él. Más allá de Rogers, a través de la puerta, Sam podía ver un hermoso jardín. Un león y un cordero estaban sentados el uno al lado del otro, y Livy estaba de pie justo detrás de ellos. Le sonrió a Sam. Iba desnuda, y sostenía un enorme parasol sobre su cabeza. Había rostros atisbando entre las flores y los arbustos detrás.

Uno de ellos era el de Susy, su hija favorita, ¿pero qué estaba haciendo? Algo que él sabía que no iba a gustarle. ¿Era el pie desnudo de un hombre que surgía del arbusto que tenía detrás lo que Susy estaba ocultándole?

—No tengo ninguna pluma —dijo Sam de nuevo.

—Tomaré tu sombra como garantía —dijo Rogers.

—Ya la he vendido —dijo Sam. Gruñó cuando la puerta se cerró de golpe detrás de Rogers.

Y aquel había sido el final de aquella pesadilla. ¿Dónde estaban ahora su esposa Livy, y Clara, Jean y Susy, sus hijas? ¿Qué sueños estaban soñando ellas? ¿Figuraba él en ellos? Y si era así,

¿cómo? ¿Dónde estaba Orion, su hermano"? Inepto y torpe y bueno para nada y optimista Orion. Sam lo había amado. ¿Y dónde estaba su hermano Henry, el pobre Henry, que había resultado tan horriblemente quemado cuando el barco de paletas *Pensilvania* estalló, enviándolo por seis horribles dolorosos días al hospital provisional de Memphis? Sam había estado con él, había sufrido con él, y luego lo había visto ser sacado de la habitación cuando se había hecho evidente que se estaba muriendo.

La resurrección había restaurado la quemada carne de Orion, pero nunca podría curar sus heridas internas. Como no había podido curar tampoco las heridas internas de Sam. ¿Y dónde estaba el pobre viejo trampero saturado de whisky que había muerto cuando la cárcel de Hannibal se incendió? Sam tenía diez años por aquel entonces, y había sido despertado por las campanas que avisaban del incendio. Había corrido hacia la cárcel y había visto al hombre, aferrado a los barrotes, chillando, silueteado en negro contra las brillantes llamas rojas. El sheriff de la ciudad no pudo ser hallado, y sólo él tenía las llaves de la puerta de la celda. Un grupo había intentado derribar las puertas de roble y había fracasado.

Algunas horas antes el sheriff había encerrado al vagabundo. Sam le había proporcionado al hombre algunas cerillas para encender su pipa. Era una de esas cerillas lo que debía haber prendido el fuego en la paja del camastro de la celda. Sam sabía que él era el responsable de la terrible muerte del trampero. Si no hubiera sentido lástima por él y no hubiera ido a casa a buscarle unas cuantas cerillas, el hombre no hubiera muerto. Un acto de caridad, un momento de simpatía, había ocasionado el que resultara quemado vivo.

¿Y dónde estaba Nina, su nieta? Había nacido después de que él hubiera muerto, pero había sabido de ella por un hombre que había leído la noticia de su muerte en el *Los Angeles Times* del 18 de enero de 1966.

FUNERALES EN MEMORIA DE NINA CLEMENS ULTIMO DESCENDIENTE DE MARK TWAIN

El tipo tenía una buena memoria, pero su interés en Mark Twain le había ayudado a que el titular quedara grabado en su mente.

—Tenía cincuenta y cinco años y fue encontrada muerta a última hora del domingo en una habitación de un motel en el veintipico de la North Highland Avenue. Su habitación estaba repleta de frascos de píldoras y botellas de licor. No había ninguna nota, y fue ordenada la autopsia para descubrir la causa exacta de su muerte. Nunca vi el informe.

»Murió al otro lado de la calle de su lujoso ático de tres habitaciones en las Highland Towers. Sus amigos dijeron que a menudo se iba allí el fin de semana cuando se sentía cansada de estar sola. El periódico dijo que había estado sola durante la mayor parte de su vida. Utilizaba el nombre de Clemens tras haberse divorciado de un artista de nombre Rutgers. Se había casado por un período corto de tiempo con él en, esto, 1935, creo. El periódico dijo que era la hija de Clara Grabrilowitsch, la única hija de usted. Supongo que quería dar a entender que era su única hija

sobreviviente. Clara se casó con un tal Jacques Samoussoud después de que su primer esposo muriera. En 1935, creo. Era una devota de la Ciencia Cristiana, ya sabe usted.

—¡No, no lo sé! —había dicho Sam.

Su informante, sabiendo que Sam detestaba la Ciencia Cristiana, que en una ocasión había escrito un libro difamatorio sobre Mary Baker Eddy, había sonreído.

—¿Supone que ella le estaba volviendo la espalda a usted?

—Ahórreme sus análisis psicológicos —había dicho Sam—. Clara me adoraba. Todos mis hijos me adoraban.

—Fuera como fuese, Clara murió en 1962, no mucho después de que autorizara la publicación de su libro *Cartas a la Tierra*, impublicado hasta entonces.

—¿Eso fue editado? —había dicho Sam—. ¿Cuál fue la reacción?

—Se vendió bien. Pero tampoco era tan fuerte como eso, usted ya lo sabe. Nadie se sintió ultrajado o pensó que era blasfemo. Oh, sí, su *1601*, sin censurar, fue impreso también. Cuando yo era joven, podía conseguirse únicamente a través de ediciones clandestinas. Pero a finales de los mil novecientos sesenta, fue lanzado al gran público. Sam había agitado la cabeza.

—¿Quiere decir que los chicos podían comprarlo?

—No, pero un montón de ellos lo leyeron.

—¿Cómo debían haber cambiado las cosas!

—Sí, todo, bueno, casi todo, había cambiado. Déjeme recordar. El artículo decía que su nieta era una artista aficionada, cantante y actriz. Era también una fotógrafa aficionada, una persona a la que le gustaba hacer fotografías... tomaba docenas de fotos cada semana de sus amigos, dueños de bares y camareros. Incluso de desconocidos en la calle.

»Estaba escribiendo una autobiografía, *Una vida sola*, cuyo título le dirá mucho acerca de ella. No era muy buena. Sus amigos dijeron que el libro era «en general confuso», pero que partes de él mostraban un atisbo del genio de usted.

—Yo siempre dije que Livy y yo éramos demasiado sensibles y nerviosos como para tener hijos.

—Bueno, ella no sufría de falta de dinero. Heredó algunos fondos fiduciarios de su madre, unos ochocientos mil dólares, creo. Dinero de la venta de los libros de usted. Cuando murió, tenía una fortuna de un millón y medio de dólares. Sin embargo, era infeliz y se sentía sola.

»Oh, sí. Su cuerpo fue llevado a Elmira, Nueva York... *para ser enterrado en un panteón familiar cerca del de su famoso abuelo cuyo nombre llevaba*.

—No puede echárseme a mí la culpa de su carácter —había dicho Sam—. Clara y Ossip pueden atestiguarlo.

El informante se había alzado de hombros y había dicho:

—Usted y su esposa formaron el carácter de sus hijos, incluida Clara.

—Sí, pero mi carácter fue formado por mis padres. Y el suyo por los de ellos —había dicho Sam—. ¿Tenemos que retroceder hasta Adán y Eva para fijar las responsabilidades? No, porque Dios formó sus temperamentos cuando los creó. En consecuencia, sólo existe un ser al que pueda achacársele la responsabilidad definitiva.

—Yo soy un partidario del libre albedrío —había dicho el hombre.

—Escuche —había dicho Sam—. *Cuando el primer átomo vivo se descubrió a sí mismo fletando en el gran mar laurentino, la primera acción de ese primer átomo condujo a la segunda acción de ese primer átomo, y así sucesivamente a través de las eras posteriores de toda la vida que, si los distintos pasos pudieran ser rastreados, podría demostrarse que la primera acción de ese primer átomo ha conducido inevitablemente a la acción de que yo esté ahora de pie aquí en este instante con mi faldellín, hablando con usted.* Eso es de mi *¿Qué es el hombre?*, ligeramente refraseado. ¿Qué piensa usted de ello?

—Mierda de vaca.

—Usted dice eso porque está predeterminado a decir eso. No podría decir otra cosa distinta.

—Es usted un caso lamentable, señor Clemens, si no le importa que se lo diga.

—Me importa. Pero usted no puede impedir el decirlo. Escuche, ¿cuál era su profesión?

El hombre se había mostrado sorprendido.

—¿Qué tiene que ver con esto? Era corredor de fincas. También estuve en la junta de educación durante varios años.

—Deje que me cite de nuevo a mí mismo —había dicho Sam—. *En primer lugar, Dios hizo a los idiotas. Eso fue para practicar. Luego hizo las juntas de educación.*

Sam se echó a reír ahora, ante el recuerdo de la expresión del hombre.

Se sentó en la cama. Gwen seguía durmiendo. Se volvió a la luz nocturna y vio que ella estaba sonriendo ligeramente. Se la veía inocente, infantil, aunque sus gruesos labios y las llenas curvas de sus pechos, casi enteramente descubiertos, le excitaban. Adelantó una mano para despertarla pero cambió de opinión. En vez de ello, se puso su faldellín y un trozo de tela como capa y su gorra alta con visera de piel de pez. Tomó un cigarro y abandonó la habitación, cerrando suavemente la puerta. El corredor estaba cálido y bien iluminado. Al otro extremo, la puerta estaba cerrada; dos guardias armados estaban de pie junto a ella. Otros dos estaban en el otro extremo, junto a las puertas del ascensor. Encendió el cigarro y caminó hacia el ascensor. Charló durante un minuto con los guardias y luego entró en la cabina.

Pulsó el botón T. Las puertas se cerraron, pero no antes de que viera a un guardia empezar a telefonar a la timonera de que La Bosso (El Jefe) estaba subiendo. La cabina ascendió desde D, o la cubierta de hangares, donde estaban las cabinas de los oficiales, a través de las dos pequeñas estancias circulares debajo de la timonera, y luego hasta la habitación superior. Allí hubo una breve pausa mientras el tercer hombre de guardia comprobaba la cabina a través de un circuito cerrado de televisión. Luego las puertas se abrieron, y Sam entró en la habitación de control de la timonera.

—Todo va bien, muchachos —dijo—. Sólo soy yo, gozando de mi insomnio.

Había otras tres personas allí. El piloto de noche, fumando un gran puro, contemplando indolentemente los indicadores. Era Akande Erin, un masivo dahomeyano que había pasado treinta años manejando un barco fluvial en la jungla. El más extravagante mentiroso que Sam hubiera conocido nunca, y había conocido a los mejores del mundo. El tercer oficial Calvin Cregar, un escocés que se había pasado cuarenta años en un vapor costero australiano. El alférez de los marines Diego Santiago, un venezolano del siglo XVII.

—Sólo he venido a echar un vistazo —dijo Sam—. Sigán con lo suyo.

El cielo estaba sin nubes, resplandeciendo como si aquel gran pirómano, Dios, le hubiera prendido fuego. El Valle era amplio allí, y la luz caía suavemente, revelando de forma imprecisa los edificios y los barcos en ambas orillas. Más allá de ellos había una oscuridad aún más oscura. Unos pocos fuegos de centinela ponían ojos a la noche. Excepto eso, el mundo parecía dormido. Las colinas se alzaban oscuras, con los gigantescos árboles de hierro, de trescientos metros de altura, dominando a todos los demás. Más allá, las montañas gravitaban negras. El débil brillo de las estrellas chispeaba en el oleaje.

Sam cruzó la puerta para detenerse en la pasarela de babor que rodeaba el exterior de la timonera. El viento era fresco pero aún no frío. Deslizaba sus dedos por su alborotado cabello. De pie en la cubierta, se sintió como una parte viva, un órgano, del barco. Este avanzaba imperturbablemente, las ruedas de paletas girando, sus estandartes ondeando, bravo como un tigre, enorme y brillante como un cachalote, hermoso como una mujer, avanzando siempre contra la corriente, su destino el Axis Mundi, el Ombligo del Mundo, la Torre Oscura. Sentía que las raíces crecían en sus pies, zarcillos que se extendían a través del casco, que se extendían desde el casco, hundiéndose hacia las negras aguas, rozaban los monstruos de las profundidades, se hundían en el limo a cinco kilómetros más abajo, crecían lateralmente a través de la tierra, se extendían, con la velocidad del pensamiento, trenzando zarcillos que brotaban de la tierra, se clavaban en la carne de cada ser vivo humano de aquel mundo, se enroscaban hacia arriba atravesando los techos de las cabañas, se lanzaban hacia los cielos, cubrían el espacio de venillas que se enroscaban en torno a cada uno de los planetas en los que había vida animal y sentiente, la rodeaban y la penetraban, y luego seguían enviando tentáculos exploradores hacia la oscuridad donde no existía materia, donde sólo Dios existía.

En aquel momento, Sam Clemens era, si no uno con el universo, al menos parte integrante de él. Y por un momento creyó en Dios.

Y en ese momento Samuel Clemens y Mark Twain habitaron en la misma carne, se mezclaron, se convirtieron en uno solo.

Luego la sorprendente visión estalló, se contrajo, se consumió, regresó a él.

Se echó a reír. Durante varios segundos había conocido un éxtasis que superaba incluso la relación sexual, hasta alcanzar un momento de suprema creencia en su propio destino y en el destino de la humanidad, por decepcionante que fuera a menudo.

Luego estaba de nuevo dentro de él, y el universo estaba afuera.

Regresó a la sala de control. Erin, el piloto negro, alzando la vista hacia él, dijo:

—Ha sido visitado usted por los espíritus.

—¿Tengo un aspecto tan peculiar? —dijo Sam—. Sí, debo tenerlo.

—¿Qué es lo que le dijeron?

—Que no tengo nada y lo tengo todo. Una vez oí al idiota del pueblo decir lo mismo.

SECCIÓN 5

Soliloquio de Burton

A última hora de la noche, mientras la excepcionalmente densa y alta bruma envolvía incluso la timonera, Burton iba rondando de un lado para otro.

Incapaz de dormir, caminaba de un lado para otro sin ningún lugar preciso donde ir... excepto la imperiosa necesidad de alejarse de sí mismo.

—¡Maldito sea yo! ¡Siempre intentando eludirme a mí mismo! Si tuviera la inteligencia de una vaca, me quedaría y me enfrentaría con él. Pero él puede eludirme, ganarme, el Jacob a mi ángel. Sin embargo... yo también soy Jacob. Tengo un diente roto, no una cadera rota, soy un Jacob autómatas, un ángel mecánico, un demonio robot. La escalera a los cielos sigue colgando junto a su ventana, pero no puedo encontrarla de nuevo.

»El destino es puro azar. No, no es cierto. Yo creo el mío propio. Aunque no yo, de todos modos. Esa cosa que me conduce, el demonio que me gobierna. Aguarda sonriendo en el rincón más oscuro, y cuando yo he adelantado mi mano para coger el premio, él salta afuera y me lo arrebatata.

»Mi ingobernable temperamento. La cosa que me engaña y se ríe y parlotea y corre alejándose para esconderse y volver a surgir otro día.

»Ah, Richard Francis Burton, Dick el Rufián, Dick el Negro, como acostumbraban a llamarme en la India. ¡Ellos! Las mediocridades, los robots corriendo por el sendero del ferrocarril de la reina Victoria... ellos no sentían ningún interés por los nativos excepto para acostarse con sus mujeres y tragar buena comida y engullir buena bebida y amasar una fortuna si podían. Ni siquiera sabían hablar el idioma nativo después de treinta años en la mayor gema en la corona de la reina. ¡Una gema, ja! ¡Un hediondo foco de infección! ¡El cólera y sus hermanas! ¡La peste negra y sus hermanos! ¡Hindúes y musulmanes riéndose a espaldas del bueno del Sahib! Los ingleses ni siquiera saben fornicar bien. Las mujeres se reían de ellos y regresaban junto a sus morenos amantes para hallar satisfacción después de que el Sahib había vuelto a su casa.

»Advertí al gobierno dos años antes de que ocurriera, el motín de los cipayos, ¡y se rieron de mí! ¡De mí, el único hombre en la India que conocía al hindú, al musulmán!

Hizo una pausa en el descansillo superior de la gran escalera. Las luces brotaban al exterior, y los sonidos de la fiesta atravesaban la bruma sin agitarla. Ninguna cortina era movida por ninguna respiración.

—¡Arrgh! ¡Malditos sean todos! Se ríen y coquetean, y el destino aguarda a por ellos. El mundo está haciéndose pedazos. El conductor del negro camello aguarda a por ellos tras el siguiente meandro del Río. ¡Estúpidos! Y yo, estúpido también.

»Y en este Narrboot, esa gran nave de locos, duermen algunos hombres y mujeres que en sus horas de vela complotan contra mí, complotan contra todos los nativos de la Tierra. No. No todos nosotros somos nativos de este universo. Ciudadanos del cosmos. Escupo por encima de la barandilla. A la bruma. El Río discurre ahí abajo. Recibe esta parte de mí que nunca regresará excepto en otra forma de agua. H₂O. Heces del infierno Dobladas Oprimiéndonos. Qué extraño pensamiento. ¿Pero no son extraños todos los pensamientos? ¿No derivan siguiendo la corriente

como botellas conteniendo mensajes enviados por ese Gran Náufrago al mar? Y si consiguen alojarse en la mente, en mi mente, entonces creo que yo los he originado. ¿O existe un magnetismo entre algunas almas y algunos pensamientos, y sólo aquellos con el campo peculiar de los pensadores son arrastrados hasta los pensadores? ¿Y luego el individuo que los recibe los remodela para hacerlos encajar en su propio carácter y piensa orgullosamente —si es que piensa en algún sentido superior al de una vaca— que ha sido él quien los ha originado? Restos y desechos a la deriva, mis pensamientos, y yo los arrecifes.

»¡Podebrad! ¿En qué estás soñando? ¿En la Torre? ¿En tu hogar? ¿Eres uno de los secretos, o simplemente un ingeniero checo? ¿O ambas cosas?

»Llevo catorce años en este barco fluvial, y el barco lleva girando sus ruedas de paletas Río arriba desde hace treinta y tres. Ahora soy el capitán de los marines de ese exaltado bastardo y asno real, el rey Juan. El que siga con vida prueba que puedo dominar mi temperamento.

»Otro año más y llegaremos a Virolando. Allá el *Rex* se detendrá por un tiempo, y hablaremos con La Viro, La Fondinto, el Papa de la congregación de la Iglesia de la Segunda Oportunidad: ¡Segunda oportunidad, el culo de mi santa tía! Aquellos que nos hicieron esto no tienen ahora ninguna oportunidad. ¡Están atrapados en su propia trampa! Alzados por su propio *petará*, que en francés significa «pequeño pedo». Como dice Mix, no tenemos ni la oportunidad que pueda tener un pedo en medio de una tormenta.

»Ahí afuera en las orillas. Los miles de millones que están durmiendo en estos momentos. ¿Dónde está Edward, mi querido hermano? Un hombre brillante, y esa pandilla de thugs le hundieron el cráneo, y no volvió a pronunciar una sola palabra en cuarenta años. No hubieras debido salir a cazar el tigre ese día, Edward. El tigre era el hindú que vio esa oportunidad de golpear y robar a un odiado inglés. Aunque también se lo hacía a su propio pueblo, si se le presentaba la oportunidad.

»¿Pero acaso eso importa ahora, Edward? Tu terrible herida debe estar curada, y debes poder hablar como antaño. Quizá no ahora, de todos modos. ¡Lázaro! Puede que tu cuerpo esté pudriéndose. Que no haya Jesús para ti. Ningún «Levántate y anda».

»¡Y mi madre! ¿Dónde estará ella? La cándida mujer que convenció a mi abuelo de que dejara al crápula del hermano de ella, su otro hijo, una buena parte de su fortuna. El abuelo cambió de opinión y decidió ir a ver a su abogado para arreglar las cosas de modo que yo recibiera ese dinero. Y cayó muerto antes de conseguir hablar con su abogado, y mi tío recibió la fortuna y se la gastó en los casinos de juego franceses. Y así yo no pude conseguir un destino decente en el ejército regular, y no pude financiar mis exploraciones como hubieran debido ser financiadas, y nunca llegué a ser lo que hubiera debido ser.

»¡Speke! ¡El innombrable Speke! ¡Me engañaste descubriendo las fuentes del Nilo, tú, rastrero incompetente, boñiga de camello enfermo! Regresaste furtivamente a Inglaterra tras prometerme que no anunciarías nuestros descubrimientos hasta que yo regresara, y mentiste acerca de mí. Pero pagaste por ello: te pegaste un tiro. Finalmente tu conciencia te ganó. Cómo lloré. Yo te apreciaba, Speke, aunque te odiara. ¡Cómo lloré!

»Pero si la casualidad nos pone de nuevo frente a frente... ¿qué ocurrirá? ¿Echarás a correr? Seguramente no poseerás el pervertido valor de tenderme tu mano para que la estreche. ¡Judas!

¿Tendría que besarte del mismo modo que Jesús besó al traidor? ¡Judas! No, ¡te daría una patada en el trasero que te elevaría casi hasta la cima de las montañas!

»La mordedura de las enfermedades africanas se había apoderado de mí. Pero me recuperé, ¡y fui yo quien descubrió las fuentes del Nilo! ¡No Speke, no la hiena, no el chacal Speke! Mis disculpas, hermana Hiena y hermano Chacal. Sólo sois animales, y tenéis vuestra utilidad en el esquema de las cosas. Speke no merecía siquiera besaros vuestro hediondo orificio anal.

»¡Pero cómo lloré!

»Las fuentes del Nilo. Las fuentes del Río. Habiendo fracasado en descubrir unas, ¿fracasaré también en descubrir las otras?

»Mi madre nunca demostró hacia ninguno de nosotros, yo Edward, María, el menor afecto. Hubiera podido ser muy bien nuestra institutriz. No. Nuestras institutrices nos demostraron más amor, nos dedicaron más tiempo, que ella.

»Un hombre es lo que su madre hace de él.

»¡No! Hay algo en el alma que se eleva por encima de la falta de amor, que me conduce más y más hacia... ¿qué?

»Hacia ti, padre, si puedo llamarte así. No. No padre. Engendrador. Maldito asmático hipocondríaco egoísta malhumorado. Eterno autoexiliado y viajero. ¿Cuál era tu hogar? Una docena de países extranjeros. Ibas de aquí para allá buscando la riqueza que creías no tener. Y nosotros éramos arrastrados tras de ti. Ignorantes mujeres nuestras institutrices y borrachos curas irlandeses nuestros tutores. ¡Vete con tu asma a otro sitio, maldito seas! Pero ya no. Has sido curado por los desconocidos que hicieron este mundo. ¿Lo has sido? ¿No habrás encontrado alguna excusa para engañarte a ti mismo y deslizarte de nuevo en la hipocondría? Es tu alma, no tus pulmones, la que sufre de asma.

»Junto al lago Tanganika, Ujiji, la enfermedad me arrojó en manos de los demonios. En mi delirio me vi a mí mismo burlándome, parloteando, riéndome de mí. Despreciándome. Ese otro Burton que se burla de todo el mundo pero principalmente de sí mismo.

»Sin embargo la enfermedad no pudo detenerme, y seguí... seguí... aunque no entonces. Speke fue el que siguió, y él... él... ¡jaa... jaaa...! Me río, y eso sobresalta a los guardianes y despierta a los durmientes. ¡Ríe, Burton, ríe, Payaso! Ese yanki del culo, Frigate, me dice que fui yo quien sigue siendo reconocido como el gran explorador, y que tu traición fue sabida por todos. ¡Yo, yo, no tú, tú el Innombrable! Yo he sido reivindicado, no tú.

»Mis infortunios empezaron por el hecho de no ser francés. De haberlo sido, no hubiera tenido que luchar contra los prejuicios ingleses, contra la rigidez inglesa, contra la estupidez inglesa. Yo... Pero no nací francés, aunque soy descendiente de un bastardo de Luis XIII. El Rey Sol. La sangre lo dirá.

»¡Qué estupidez! La Sangre de Burton, no la del Rey Sol, lo dirá.

»Viajé, incapaz de asentar mis pies en ningún sitio, por todo el mundo. Pero *Omne solum —forti patria. Cada región es la patria de los fuertes.* Yo fui el primer europeo en entrar en la sagrada y prohibida ciudad de Harar y salir con vida de aquel infernal agujero etíope. Yo fui quien realizó un peregrinaje a la Meca como Mirza Abdulla Bushiri y escribió el más famoso, detallado, y verídico

libro acerca de ello, y que hubiera sido despedazado en caso de ser descubierto. Yo fui quien descubrió el lago Tanganika, Yo fui quien escribió el primer manual del uso de la bayoneta para el ejército británico. Yo fui...

»¿Por qué me cuento a mí mismo todas esas vanaglorias? No es lo que un hombre ha hecho lo que cuenta, sino lo que le queda por hacer.

»¡Ayesha! ¡Ayesha! ¡Mi belleza persa, mi auténtico primer amor! Hubiera renunciado al mundo, a mi ciudadanía británica, me hubiera convertido en un persa y hubiera vivido contigo hasta la muerte. ¡Fuiste tan vilmente asesinada, Ayesha! Te vengué, maté al envenenador con mis propias manos, asfixié la vida que había en él y enterré su cuerpo en el desierto. ¿Dónde estás tú, Ayesha?

»En algún lugar. Y si nos encontramos de nuevo... ¿qué ocurrirá? Aquel amor voraz es ahora un león muerto.

»Isabel. Mi esposa. La mujer... ¿la amé realmente alguna vez? Le tuve afecto. No el gran amor que sentía por Ayesha y que ahora siento aún por Alice. «Paga, haz las maletas y sígueme», le decía cada vez que emprendía un nuevo viaje, y ella lo hacía, tan obedientemente y tan sin quejarse como una esclava. Yo era un héroe, su dios, decía, y ella se había establecido una lista de reglas de la perfecta esposa. Pero cuando me volví viejo y amargado, un descuidado fracaso, ella se convirtió en mi enfermera, mi cuidadora, mi guardiana, mi vigilante de la prisión.

»¿Qué ocurriría si la viera de nuevo, esa mujer que decía que nunca podría amar a ningún otro hombre ni en la Tierra ni en el Cielo? Pero este mundo no es el Cielo. ¿Qué haría yo? ¿Decirle: «Hola, Isabel, ha pasado mucho tiempo?»

»No, echaría a correr como el peor de los cobardes. Me escondería. Y sin embargo...

»Aquí está la entrada de la sala de máquinas. ¿Está Podedrad de guardia esta noche? ¿Y si lo está? No puedo enfrentarme a él hasta que alcancemos las fuentes.

»Por ahí viene una silueta, imprecisa en la bruma. ¿Es un agente de los Éticos? ¿O X, el renegado, emboscándose entre las nieblas? Siempre está aquí ahora, siempre lo están todos, tan elusivos como el concepto mismo del tiempo y la eternidad, sin materialidad ni sustancia.

»—¿Quién hay ahí? —debería gritar. Pero él... o ella... ha desaparecido.

»Mientras me hallaba en esa transición entre el sueño y el despertar, entre la muerte y la resurrección, vi a Dios.

»—Me debes la carne —dijo él, ese viejo gentleman barbudo vestido a la usanza de 1890, y en otro sueño me dijo:

»—Paga.

»—¿Pagar qué? ¿Cuál es el precio?

»No pregunté por la carne, no pedí volver a nacer. La carne, la vida, tenían que ser gratis.

»Hubiera debido detenerle. Hubiera debido preguntarle si un hombre posee el libre albedrío o todas sus acciones, y sus no acciones también, están determinadas. Si en el Entretejido del mundo está escrito ya que eso-y-aquello llegará a ese determinado lugar a las 10:32 de la mañana y partirá a las 10:40 por la vía 12. Si yo soy un tren en Sus líneas férreas, entonces no soy responsable de nada de lo que haga. El bien y el mal no son asunto mío. De hecho, no existen ni el bien ni el mal. Sin libre albedrío, no tienen razón de ser.

»Pero no pude detenerle. Y aunque lo hubiera conseguido, ¿hubiera comprendido Su explicación acerca de la muerte y la inmortalidad, del determinismo y del indeterminismo, de la determinación y la indeterminación?

»La mente humana no puede aprehender esos conceptos.

Pero si no puede es por culpa de Dios... si es que existe un Dios.

»Cuando estaba supervisando el área del Sind en la India, me convertí en un sufi, un Maestro Sufi. Pero observándolos en el Sind y en Egipto y viéndoles terminar proclamándose a sí mismos Dios, llegué a la conclusión de que el misticismo extremo era algo que estaba muy relacionado con la locura.

»Nur ed-Din el-Musafir, que es un sufi, dice que yo no comprendo. Uno, hay sufies falsos y engañados, degenerados de esa gran disciplina. Dos, cuando un sufi dice que él es Dios, no lo dice literalmente. Está diciendo que es uno con Dios, aunque no Dios.

»¡Gran Dios! Penetraré en Su corazón, en el corazón del Misterio y de los misterios. Soy una espada viviente, pero estoy atacando con mi filo, no con mi punta. La punta es la más mortífera, no el filo. Desde ahora atacaré con la punta.

»Sin embargo, si no descubro mi camino a través del laberinto mágico, deberé buscar un hilo que seguir que me conduzca a la gran bestia que vive en su corazón. ¿Dónde está ese hilo? No Ariadna. Yo mismo deberé ser el hilo, y Ariadna, y Teseo. Porque yo soy... ¿por qué no pensé en eso antes?... yo soy el laberinto.

»No exactamente. Siempre hay un *no exactamente*. Pero en los asuntos humanos, y en los divinos, un blanco cercano es a veces tan bueno como un blanco directo. Cuanto más grande sea el obús, menos importa que no impacte en el centro mismo de la diana.

»Pero una espada no es buena a menos que esté bien equilibrada. Según me han dicho, y tengo al enciclopédico Frigate como autoridad en ello, muchos han afirmado que la Naturaleza se desenfrenó en mí, que yo no tenía uno sino treinta espléndidos talentos. Pero que yo no poseía ningún sentido del equilibrio ni de la dirección. Que era una orquesta sin director, una espléndida nave con un solo fallo: carecer de brújula. Como he dicho yo de mí mismo, soy un rayo de luz sin ningún foco.

»Si no puedo ser el primero en hacer algo, no lo hago.

»Es lo normal, lo perverso y lo salvaje que hay en los hombres, no la divinidad en su naturaleza, lo que me fascina.

»Que, aunque siempre fui profundamente instruido, jamás comprendí que la sabiduría tiene poco que ver con el conocimiento y la literatura, y nada que ver con el aprender.

»¡Estaban equivocados! ¡Si alguna vez tuvieron razón, ya no la tenían!

Burton erraba arriba y abajo, buscando no sabía el qué. Cruzó un corredor en penumbras e hizo una pausa junto a una puerta. Dentro tenía que estar Loghu, a menos que estuviera bailando en el gran salón, y Frigate. Estaban juntos de nuevo, tras pasar por dos o tres amantes cada uno en catorce años. Ella no había conseguido tolerarlo durante mucho tiempo, pero luego él había conseguido ganarla de nuevo —aunque era posible que fuera el otro Frigate al que ella aún seguía amando—, y ahora compartían la misma cabina. De nuevo.

Siguió adelante, viendo a una imprecisa figura débilmente silueteada a la luz junto a la salida.

¿X? ¿Otro que sufría insomnio? ¿El mismo?

Se detuvo fuera en el texas y observó a los guardias haciendo su ronda. ¿Alguna novedad? No, ninguna novedad.

Siguió caminando. ¿De dónde vienes?, se preguntó a sí mismo. De vagabundear de aquí para allá, no sobre este mundo gigantesco sino sobre este cosmos en miniatura del barco fluvial.

Alice estaba de nuevo en su cabina, después de haberlo abandonado hacía algo menos de catorce años y haber vuelto hacía doce. Esta vez, permanecerían juntos para siempre. Quizá. Pero se alegraba de su vuelta.

Surgió a la cubierta de aterrizaje y alzó la vista hacia la débil luz que emanaba de la sala de control. Su enorme reloj dejó oír catorce campanadas. Las dos de la madrugada.

Ya era hora para Burton de regresar a la cama e intentar conquistar de nuevo la ciudadela del sueño.

Alzó la vista hacia las estrellas y, mientras lo hacía, un frío soplo de viento procedente del norte barrió la bruma de la cubierta superior... momentáneamente. En algún lugar, allá al norte, estaba la Torre envuelta en las frías y grises nieblas. En su interior estaban, o habían estado, los Éticos, las entidades que creían que tenían el derecho de hacer alzarse a los muertos sin su permiso.

¿Tenían ellos las llaves de los misterios? No de todos los misterios, por supuesto. El misterio de ser uno mismo, de la creación, del espacio y del infinito, del tiempo y de la eternidad, puede que jamás fueran resueltos.

¿O lo serían?

¿Había en algún lugar, allá en la Torre o profundamente enterrada bajo la superficie del planeta, una máquina que convertía a lo metafísico en físico? ¿Podía el hombre manejar todo lo físico o si no podía era capaz al menos de conocer la autentica naturaleza de lo que hay más allá de la materia? Podía ser cualquiera de las dos cosas. Él no conocía la *auténtica* naturaleza de la electricidad, pero la había esclavizado para sus propósitos.

Agitó un puño hacia el norte, y se fue a la cama.

SECCIÓN 6

**En el «No Se Alquila»:
el hilo de la razón**

Al principio, Samuel Clemens intentó evitar a Cyrano de Bergerac tanto como le fue posible. El receptivo francés detectó rápidamente eso, pero pareció no sentirse ofendido por ello. Si se sintió, supo ocultar con éxito su reacción. Siempre estaba sonriendo y riendo, siempre educado, jamás frío. Actuaba como si le cayera bien Clemens, y no hubiera ninguna razón para lo contrario.

Tras un cierto tiempo —varios años—, Sam empezó a cobrarle afecto al hombre que había sido el amante de la esposa terrestre de Sam. Tenían mucho en común: un intenso interés en la gente y en los utensilios mecánicos, un gusto por la literatura, una constante devoción al estudio de la historia, un odio hacia la hipocresía y el fariseísmo, una aversión hacia los aspectos malevolentes de las religiones, y un profundo agnosticismo. Aunque Cyrano no procedía, como Sam, de Missouri, compartía con él una actitud de «muéstrame».

Además, Cyrano era un adorno en cualquier fiesta, pero nunca intentaba dominar la conversación. De modo que un día Sam habló con su otro yo, Mark Twain, acerca de sus sentimientos hacia de Bergerac, en la intimidad de su suite. El resultado fue que Sam se dio cuenta entonces —aunque muy dentro de sí mismo lo había sabido siempre— que había sido muy injusto con Cyrano. No era culpa del hombre el que Livy se hubiera enamorado de él y se hubiera negado a abandonarle por su ex marido cuando volvieron a encontrarse. No, realmente, era culpa de Livy. Ella sólo había podido hacer lo que su temperamento innato y sus circunstancias predeterminadas le habían obligado a hacer. Y Sam había actuado del modo que su carácter innato, «marca de agua», y circunstancias, le habían obligado. Ahora, como resultado de otro aspecto de su carácter surgido de las profundidades, más el inevitable empuje de los acontecimientos, había cambiado su actitud hacia Cyrano. Después de todo, era un buen tipo, y había aprendido a lavarse regularmente, y a mantener sus uñas limpias, y a dejar de orinar en los rincones al final de los pasillos.

Aunque Sam creía realmente que era un autómatas cuyos actos estaban programados, no se conocía a sí mismo. A veces, pensaba que esta creencia en el determinismo era tan sólo una excusa para escapar a su culpabilidad con respecto a algunos asuntos. Si esto era cierto, entonces estaba ejerciendo el libre albedrío al edificar la explicación de que él no era responsable de nada, bueno ni malo, de lo que hacía. Por otra parte, un aspecto del determinismo era que proporcionaba a los seres humanos la ilusión de que disponía de libre albedrío.

En cualquier caso, Sam dio la bienvenida a Cyrano a su compañía y le perdonó por algo de lo que realmente no necesitaba ser perdonado.

De modo que ahora, hoy, Cyrano era uno de los miembros del grupo invitado por Sam para hablar acerca de algunos desconcertantes aspectos de lo que Sam llamaba «El Caso de X». Los demás eran Gwenafrá (la compañera de cabina de Sam), Joe Miller, de Marbot, y John Johnston. Este último era un hombre enorme, más de metro noventa de estatura y cien kilos de peso, sin un solo gramo de grasa en él. Su cabeza y pecho estaban cubiertos de un pelo rojizo; tenía unos brazos extraordinariamente largos y unas manos que parecían tan grandes como las pezuñas de un oso gris. Sus ojos azul grisáceos eran a menudo fríos o soñadores, pero podían ser lo suficientemente cálidos cuando estaba

con amigos de confianza. Nacido aproximadamente en 1828 en Nueva Jersey, descendiente de escoceses, había ido al Oeste para cazar en las montañas en 1843. Allí se había convertido en una leyenda incluso entre los legendarios hombres de las montañas, aunque pasaron varios años antes de que empezara a hacerse famoso. Cuando un grupo errante de descastados guerreros crows mataron a su esposa india y a su hijo aún no nacido, Johnston juró venganza contra todos los crows. Mató a tantos de ellos que los crows enviaron a veinte jóvenes guerreros a seguirle el rastro y matarlo, y no se les autorizó a volver a su tribu hasta que hubieran realizado su trabajo. Uno tras otro lo localizaron, pero fueron ellos quienes resultaron muertos por Johnston. Este extrajo sus hígados y se los comió crudos, la sangre resbalando por su rojiza barba. Fue esta hazaña lo que le valió el sobrenombre de «Comedor de Hígados» y «Asesino de Crows». Pero los crows eran una gran tribu, digna, honorable, y con valerosos guerreros. De modo que un día Johnston decidió terminar con su venganza y, habiéndoles informado de su decisión, se convirtió en un buen amigo suyo. Fue también un jefe de los shoshoni.

Murió en 1900 en el Hospital de Veteranos de Los Angeles, y fue enterrado en el atestado cementerio de allí. Pero en los años 1970, un grupo que sabía que él nunca podría descansar en paz allí, no el hombre que se sentía injuriado si su vecino más próximo estaba a menos de ochenta kilómetros de distancia, hizo que sus huesos fueran trasladados a la ladera de una montaña en Colorado y enterrado de nuevo allí.

«Comehígados» Johnston había mencionado varias veces en el barco que él nunca se había visto obligado a matar a un hombre blanco (en la Tierra), ni siquiera a un francés. Su observación había inquietado un poco a de Marbot y a Cyrano en un principio, pero más adelante habían empezado a apreciar y a admirar al enorme montañés.

Tras tomar unas cuantas copas y fumar algunos cigarrillos y puros y charlar de temas intrascendentes, Sam planteó el tema del que más deseaba hablar.

—He estado pensando en el hombre que se hacía llamar Ulises —dijo—. ¿Recordáis lo que dije de él? Vino en nuestra ayuda cuando estábamos luchando contra Von Radowitz, y fue su arco el que mató al general y a sus oficiales. Afirmó ser el Ulises histórico, el auténtico hombre al que tantas leyendas e historias increíbles se le adjudicaron luego y cuyas hazañas proporcionaron a Hornero el material para su *Odisea*.

—Nunca llegué a conocerlo —dijo Johnston—. Pero acepto tu palabra al respecto.

—Sí. Bien, él dijo que también había sido contactado por un Ético y enviado Río abajo para ayudarnos. Tras la batalla estuvo por ahí durante un tiempo, pero cuando fue Río arriba acompañando a una expedición comercial desapareció. Se esfumó de la vista como si hubiera caído por una trampilla.

»Lo que lo hace particularmente importante es que su relato de su contacto con el Ético era más bien extraño. El Ético que habló conmigo, X, el Misterioso Extraño, era un hombre. Al menos, su voz era sin lugar a dudas masculina, aunque supongo que podía haber sido alterada. Fuera como fuese, Ulises me dijo que su Ético era ¡una mujer!

Sam exhaló un bocanada de humo verde y miró a los arabescos de cobre del techo como si fueran jeroglíficos que contuvieran la respuesta a sus preguntas.

—¿Qué puede significar eso?

—O que estaba diciendo la verdad, o que mentía —dijo Gwenafra.

—¡Correcto! ¡Esa encantadora mujer acaba de ganarse un buen cigarro como premio! O bien hay dos Éticos renegados, o el que decía ser Ulises era un mentiroso. Si era mentiroso, entonces podía ser mi propio Ético, X. Personalmente, creo que era el mío, y el vuestro también, Cyrano y John, y creo que estaba mintiendo. De otro modo, ¿por qué X no nos dijo que eran dos, y que uno de ellos era una mujer? Eso hubiera sido muy importante. Sé que no tenía mucho tiempo para hablar con nosotros porque los otros Éticos estaban siguiéndole el rastro, echándole el aliento al cuello. Pero a buen seguro ese sería un dato que no dejaría de facilitarnos.

—¿Por qué debería mentir? —preguntó de Marbot.

—Porque... —aquí Sam apuntó su cigarro hacia los arabescos— él sabía que podíamos ser atrapados por los otros Éticos. Y que podían arrancarnos su falsa información. Eso los confundiría y los alarmaría aún más. ¿Qué? ¿Dos traidores entre ellos? ¡Cielos! Y si nos aplicaban algún tipo de detector de mentiras, verían que no estábamos mintiendo. Después de todo, creíamos lo que Ulises nos había dicho. Lo que X nos había dicho, debería decir. ¡Esa era precisamente la forma de confundir aún más las cosas! ¡Sin lugar a dudas! ¿Qué es lo que pensáis de eso?

Hubo un corto silencio, luego Cyrano dijo:

—Pero si eso es cierto, ¡hemos visto al Ético! ¡Y sabemos cuál es su aspecto!

—Eso no es necesariamente cierto —dijo Gwenafra—. Seguro que debe tener muchas formas de disfrazarse.

—Indudablemente —dijo Cyrano—. ¿Pero puede cambiar su altura y su físico? El pelo y el color de los ojos quizá, y algunas otras cosas. Pero no...

—Creo que podemos afirmar que es bajo y que tiene un cuerpo muy musculoso —dijo Clemens—. Pero hay varios miles de millones de otros hombres con las mismas características. Lo que tenemos que hacer es eliminar la posibilidad de que haya una mujer Ética que sea también una renegada. Al menos, esa es mi opinión.

—Es posible —dijo Johnston— que fuera un agente que descubriera que habíamos sido contactados por X, y que estuviera intentando confundirnos.

—No lo creo —dijo Sam—. Si fuera un agente que supiera tanto como eso, hubiéramos tenido a los Éticos sobre nosotros en menos tiempo del que tardaría un político en vender a su madre para ganarse unos cuantos votos. No. Ese Ulises era el señor X.

—Pero —dijo Gwenafra— eso... eso nos lleva mucho más hondo de lo que parece. ¿Qué hay acerca de la descripción de Gulbirra de Barry Thorn? Se parecía a Ulises en algunos aspectos. ¿Podía tratarse también de X? ¿Y qué hay de ese que se decía alemán, Stern, que intentó matar a Firebrass? ¿Quién era? Si era un agente, no podía ser un colega de Firebrass. Después de todo, creemos que Firebrass era un agente, y fue hecho saltar por los aires por X a fin de que no pudiera penetrar en la Torre antes que él. Firebrass nos mintió cuando nos dijo que era uno de los reclutas de X. Él...

—No —dijo Cyrano—. Quiero decir, sí. Parece que era un agente de los otros Éticos. Pero si sabía tanto acerca de nosotros, ¿por qué no informó a los Éticos y los echó inmediatamente sobre

nuestras gargantas?

—Porque —dijo Sam—, por alguna razón, no podía comunicarse con los Éticos. Creo que todo fue debido a que empezaron a producirse algunos problemas en la Torre. Cómo o por qué, no lo sé. Pero tengo la impresión de que allá por la época en que Ulises desapareció, mejor dicho, X se desvaneció, todo el proyecto de los Éticos empezó a deteriorarse. No nos dimos cuenta en aquel momento, pero fue poco después cuando cesaron las resurrecciones. No fue hasta que el *No Se Alquila* llevaba un buen trecho de su recorrido cuando empezaron a llegarnos informes de que las resurrecciones se habían detenido. Cuando estábamos en Parolando observamos algo, pero pensamos que se trataba simplemente de un fenómeno local.

—Hum —dijo Cyrano—. Me pregunto si ese tipo Hermann Goering, el misionero muerto por los hombres de Hacking, fue resucitado. Era un tipo extraño, ése.

—Era un buscaproblemas, ése —dijo Sam—. De todos modos, quizá Firebrass les dijo a los Éticos que había conseguido localizar a alguno de los reclutas de X. Pero los Éticos le contestaron que no podían hacer nada al respecto por un tiempo. Firebrass tenía que descubrir todo lo que le fuera posible de nosotros antes de regresar. También tenía que decirles si veía a alguien que se pareciera a X, de modo que pudieran saltar sobre él en el momento adecuado. ¿Quién sabe? Pero... Me pregunto si Firebrass plantó algún detector en nosotros a fin de saber si X venía a visitarnos de nuevo. Aunque nunca lo hizo.

—Creo —dijo Cyrano— que X quedó varado después de que se alejara de nosotros como Ulises.

—Entonces, ¿por qué no volvió a unirse a nosotros como Ulises?

Cyrano se alzó de hombros.

—Porque no pudo abordar el *No Se Alquila* —restalló de pronto Sam—. Pasamos junto a él durante la noche. Pero había oído que Firebrass estaba construyendo un dirigible para ir directamente hasta la Torre. Eso resultaba incluso mejor para él que el *No Se Alquila*. Pero como Ulises, un antiguo heleno, no estaba cualificado para obtener un puesto en la aeronave. De modo que se convirtió en Barry Thorn, un aeronauta canadiense con mucha experiencia.

—Pero yo —dijo Cyrano— provenía del siglo XVII, y sin embargo fui piloto del *Parseval*. Y John de Greystock era de un tiempo mucho más anterior, y sin embargo se convirtió en el capitán del dirigible pequeño.

—Pese a lo cual —dijo Sam— X tendría muchas más posibilidades de ser aceptado en el *Parseval* si tenía experiencia. Sólo que... Me pregunto dónde obtuvo esa experiencia. ¿Por qué un Ético debería saber algo de dirigibles?

—Si vives mucho tiempo o eres inmortal, quizá llegue un momento en que lo aprendas todo acerca de todo, simplemente para pasar el tiempo —dijo Gwenafra.

SECCIÓN 7

El pasado de Goering

Hermann Goering se despertó sudando y gruñendo.

—*Ja, mein Führer! Ja, mein Führer! Ja, mein Führer! Ja, ja, ja!*

El rostro que gritaba desapareció. El negro humo de los cañones que penetraba a través de las destrozadas ventanas y rotas paredes se desvaneció. El grave resonar de la artillería rusa que ponía contrapunto a la voz de soprano del Führer enmudeció, luego volvió a resonar más lejos, rugiendo sordamente. El otro zumbido que había sido un contrapunto al loco chirrido de la voz del hombre menguó y murió. Ese ruido, fue vagamente consciente, había sido el de los motores de los bombarderos americanos y británicos.

La oscuridad de la pesadilla se transformó en la noche del Mundo del Río.

Era reconfortante y pacífica, pensó. Hermann permanecía tendido de espaldas en la cama de bambú. Tocó el cálido brazo de Kren. Ella se agitó y murmuró algo. Quizá estaba hablando con alguien en sus sueños. No estaba alterada ni confusa ni horrorizada. Sus sueños eran siempre agradables. Era un Niño del Río, muerta en la Tierra a la edad de aproximadamente seis años. No recordaba nada de su planeta nativo. Sus recuerdos más lejanos, y eran más bien vagos, eran los del despertar en aquel valle, con sus padres desaparecidos, con todos aquellos a los que conocía desaparecidos.

Hermann se calentó un poco con aquel contacto y con los agradables recuerdos de sus años juntos. Luego se puso en pie, se vistió con las ropas matutinas que cubrían todo su cuerpo, y salió fuera. Estaba en una plataforma de bambú. Delante y detrás, al mismo nivel que su cabaña, había otras. Encima había otro nivel de chozas, y otro más encima de éste. Debajo había tres niveles. Había una línea continua de puentes extendiéndose hasta tan lejos como podía verse hacia el sur y finalizando lejos en el norte. Los soportes eran habitualmente altas y delgadas espiras de roca o árboles de hierro; cada tramo de puente tenía normalmente no menos de cincuenta metros, y algunos llegaban hasta los cien. Donde se necesitaba algún apoyo extra, se habían erigido columnas de piedras unidas con mortero.

El Valle tenía allí cincuenta kilómetros de anchura. El Río se ensanchaba hasta formar un lago de quince kilómetros de ancho y sesenta kilómetros de largo. Las montañas no tenían más de dos mil metros, afortunadamente para los habitantes, puesto que el Valle estaba muy arriba en el hemisferio norte y necesitaban toda la luz diurna posible. En el extremo occidental del lago, las montañas se curvaban hacia el propio Río. Allí las aguas espumeaban a través de un alto y estrecho paso. En las horas más cálidas de la tarde, el viento del este cruzaba el estrecho a una velocidad estimada de veinticinco kilómetros por hora. Luego perdía algo de su fuerza, pero era elevado por la peculiar topografía, creando corrientes ascendentes de las cuales tomaban ventaja los habitantes.

Por todas partes en la zona se elevan torres de roca, altas columnas exhibiendo numerosas figuras esculpidas. Entre muchas de esas había plataformas a varios niveles. Todas ellas eran de madera: bambú, pino, roble, tejo. A intervalos, según el peso que las plataformas pudieran soportar, había cabañas. Planeadores y globos cuidadosamente plegados estaban almacenados en la cima de muchas

de las espiras más amplias. Los tambores estaban resonando; los cuernos de hueso de pez ululando. La gente empezaba a aparecer en las puertas de las cabañas desperezándose, bostezando. El día empezaba oficialmente. El sol acababa de asomar su parte superior. La temperatura ascendería hasta una máxima de quince grados, diecisiete grados menos que en los trópicos. Al cabo de quince horas, el sol se hundiría tras las montañas, y en nueve horas más volvería a salir por el otro lado. El mucho tiempo que permanecía en el cielo casi compensaba la debilidad de sus oblicuos rayos.

Con dos cilindros colgando de la cuerda atada a su espalda, Hermann descendió los quince metros que lo separaban del suelo. Kren no tenía ninguna tarea que realizar hoy, y podía seguir durmiendo. Bajaría más tarde, tomaría su cilindro del depósito de almacenamiento cercano a la piedra, y tomaría su retrasado desayuno.

Mientras caminaba saludó a los conocidos, y en la población de 248.000 almas podía nombrar a diez mil por sus nombres de pila. La escasez de papel en el Valle había obligado a confiar en la memoria, y por lo tanto había fomentado su desarrollo, aunque en la Tierra su propia memoria había sido fenomenal. Los saludos se efectuaban en el sincopado y degradado dialecto esperanto de Virolando.

—*Bon ten, eskop* (Buenos días, obispo).

—*Tre bon ten a vi, Fenikso. Pass ess vía.* (Muy buenos días a ti, Fénix. Que la paz sea contigo).

Era formal y solemne en aquel momento, pero unos pocos segundos más tarde se detenía junto a un grupo para contarles un chiste.

Hermann Goering se sentía feliz en aquellos momentos. Pero no siempre había sido así. El relato de su vida era largo, salpicado con alegría y paz aquí y allá, pero en general triste y tormentoso y no siempre edificante.

Su biografía terrestre era así:

Nacido en Rosenheim, Baviera, Alemania, el 12 de enero de 1893. Su padre era un oficial colonial, de hecho el primer gobernador de Alemania en el sudoeste de África. A la edad de tres meses, Goering fue separado de sus padres, que se trasladaron a Haití por tres años, donde su padre era el cónsul general alemán. Esta larga separación de su madre a tan tierna edad iba a tener un efecto nocivo en Hermann. El dolor y la soledad de este período nunca lo abandonó por completo. Es más, cuando supo a muy tierna edad que su madre tenía una aventura con su padrino, sintió un gran desprecio, mezclado con rabia, hacia ella. Consiguió, sin embargo, refrenar toda manifestación explícita de sus sentimientos. Trató a su padre con un silencioso desprecio, aunque raras veces se mostró abiertamente insultante con él. Pero cuando su padre fue enterrado, Hermann lloró.

A la edad de diez años se puso muy enfermo a causa de un desarreglo glandular. En 1915, un mes después de la muerte de su padre, fue nombrado teniente en el 112° Regimiento de Infantería Príncipe Guillermo. Por aquel entonces, era un oficial muy popular, con sus ojos azules, su pelo rubio, su esbelto cuerpo y su rostro pasablemente agraciado. Le gustaba bailar y beber, y en general era muy divertido. Su padrino, un judío convertido al cristianismo, le daba dinero para ayudarlo financieramente.

Poco después de empezar la Primera Guerra Mundial, una dolorosa artritis en sus rodillas hizo que fuera hospitalizado. Ansioso por entrar en acción, abandonó el hospital y se convirtió en el

observador del avión de uno de sus amigos, Loerzer. Durante tres semanas estuvo extraoficialmente ausente sin haber abandonado el ejército. Aunque fue juzgado inútil para servir en la infantería debido a su incapacidad física, Goering se unió a la Luftwaffe. Su lenguaje vigoroso y muy poco ortodoxo divirtió al Príncipe Heredero, que mandaba el 25º Destacamento Aéreo del Quinto Ejército. En otoño de 1915 pasó por la Escuela de Aviación de Friburgo, calificándose fácilmente como piloto. En noviembre de 1916 fue derribado, gravemente herido, y estuvo fuera de acción durante seis meses. Pese a ello, voló de nuevo. Su ascensión fue rápida puesto que no sólo era un excelente oficial y aviador sino un sorprendente organizador.

En 1917 Hermann recibió la *Orare pour le Mérite* (el equivalente alemán de la Cruz de la Victoria) en reconocimiento por sus cualidades y sus dotes de mando y por haber derribado a quince aeroplanos enemigos. Recibió también la Medalla de Oro de la Aviación. El 7 de julio de 1918 fue nombrado comandante de la *Geschwader I*, tras la muerte de su comandante Richthofen tras ochenta victorias. El gran interés de Goering por los detalles y problemas técnicos del equipo lo hacían ideal para ese puesto de comandante. Su profundo conocimiento de todos los aspectos de la guerra aérea le dieron una gran ventaja en los siguientes años.

En el momento en que Alemania se rindió, tenía treinta aeroplanos enemigos en su haber. Pero esto no le sirvió de mucho durante el período inmediatamente después del final de la guerra. Los ases eran un producto invendible en el mercado. En 1920, tras algún tiempo realizando giras de acrobacia aérea en Dinamarca y Suecia, se convirtió en jefe de vuelos de la Svenska Lufttrafik en Estocolmo, Suecia. Allí conoció a Karin von Kantznow, cuñada del explorador sueco conde Von Rosen. Se casó con ella, pese a que ella era una divorciada y madre de un niño de ocho años. Fue un buen marido hasta que ella murió. Pese a su carrera posterior en una organización que se distinguía por su enorme inmoralidad, le fue fiel durante todo su matrimonio, y lo mismo ocurrió con su segunda mujer. Sexualmente, era un puritano. También lo era políticamente. Una vez había jurado su lealtad, no la rompía por nada del mundo.

Es una sorpresa que llegara hasta donde llegó. Aunque soñaba mucho con alcanzar altas posiciones y riquezas, era un indeciso. Sin ninguna luz que lo guiara, dejaba que el azar, la gente y los acontecimientos lo arrastraran.

Su suerte, o su desgracia, fue conocer a Adolf Hitler.

Durante el abortado Putsh en 1923 en Munich, Goering resultó herido. Escapó por los pelos de la policía refugiándose en la casa de Frau Use Ballin, esposa de un comerciante judío. Goering no olvidó jamás esa deuda. La ayudó durante la persecución de los judíos después de que Hitler se convirtiera en el jefe del estado alemán, y arregló las cosas para que ella y su familia volaran hasta Inglaterra.

Rompiendo su palabra de honor de que no escaparía después de su arresto, Goering voló a Austria. Allí la seriamente infectada herida forzó su hospitalización, obligándole a tomar morfina para combatir el dolor. Enfermo y sin dinero, su virilidad afectada por varias operaciones, se convirtió en un deprimido mental. Al mismo tiempo, la salud de su esposa, que nunca había sido buena, empeoró.

Adicto ahora a las drogas, se trasladó a Suecia, donde pasó seis meses en un sanatorio. Dado de

alta como curado, regresó junto a su mujer. Todo parecía sin esperanzas; sin embargo, habiendo alcanzado el fondo, su ánimo se remontó, y empezó a luchar. Esto era típico en él. De algún modo, extrayéndola de algún lugar, reunió todas sus energías para luchar cuando todo parecía perdido.

De regreso a Alemania, se unió a Hitler, al que consideraba el único hombre que podía conseguir que Alemania fuera grande de nuevo. Karin murió en Suecia en octubre de 1931. Él estaba con Hitler en Berlín por aquel entonces, en una reunión con Hindenburg, que había decidido que Hitler podía convertirse en su sucesor como cabeza del estado. Goering se sintió siempre culpable debido a haber elegido estar con Hitler en vez de quedarse con Karin cuando se estaba muriendo. Su muerte lo empujó de nuevo a la morfina durante un cierto tiempo. Luego conoció a Emmy Sonnemann, una actriz, y se casó con ella.

Aunque tenía un gran talento como organizador, Goering se sentía inclinado al sentimentalismo. También tenía un temperamento ardiente que hacía que su lenguaje lo dominara. Durante el juicio de los hombres acusados de haber incendiado el edificio del Reichstag, Goering hizo alocadas acusaciones.

Dimitrov, el comunista búlgaro, expuso fríamente la ilegalidad de los métodos y lo ilógico de las acusaciones vertidas contra él. El fracaso de Goering en controlarse en el juicio estropeó su efecto propagandístico y derrumbó la falsa fachada de la máquina de propaganda nazi.

Pese a ello, Goering recibió el encargo de formar las nuevas fuerzas aéreas del Reich. Ya no era el esbelto as de la aviación, pues había engordado mucho. Pero su doble personalidad le había hecho ganar dos nuevos títulos, *Der Dicke* (El Gordito) y *Der Eiserne* (El Hombre de Hierro). Su reumatismo le hacía sentir dolores en las piernas y le obligaba a tomar drogas (principalmente paracodeína).

No era muy instruido ni un gran escritor, pero dictó un libro, *Alemania renacida*, que fue publicado en Londres. Sentía pasión por las obras de George Bernard Shaw, y podía citar pasajes enteros de ellas. También estaba familiarizado con los clásicos alemanes, Goethe, Schiller, los Schlegel, etc. Su amor a la pintura era bien conocido. Le entusiasmaban las historias de detectives, y los juguetes y artilugios mecánicos. Por aquel entonces soñaba en una dinastía Goering, una que durara un millar de años y dejara su huella y su nombre impresos para siempre en la historia. Era altamente probable que Hitler no tuviera hijos, y había nombrado a Goering su sucesor. Este sueño se vino abajo cuando su único hijo, una niña, Edda, nació. Emmy no podía tener más hijos, y le resultaba inimaginable el divorciarse y casarse con otra mujer que pudiera tener hijos. Aunque debió sentirse intensamente decepcionado, no lo reveló. Amaba a Edda, y ella lo quiso intensamente hasta el final de su vida.

Otro aspecto de su desconcertante personalidad quedó demostrado cuando visitó Italia en misión diplomática. El Rey y el Príncipe Heredero lo llevaron a una cacería de venados. Los tres permanecían de pie en una plataforma elevada mientras centenares de venados pasaban en manada junto a ellos. Los personajes reales hicieron una auténtica carnicería, sólo el Rey mató ciento trece. Goering se sintió tan disgustado que se negó a efectuar ni un disparo.

Como tampoco deseaba invadir Checoslovaquia y Austria, y se opuso explícitamente a la invasión de Polonia. El pensamiento de la guerra lo deprimía; su espíritu bajó enormemente al inicio

de las Primera y Segunda Guerras Mundiales ante el solo pensamiento de ellas. Sin embargo, siguió adelante con su adorado líder en este aspecto, del mismo modo que no protestó públicamente contra la persecución de los judíos. Pero a petición de su esposa, salvó a docenas de judíos del encarcelamiento.

En 1939, Hitler promocionó a Hermann al puesto de Mariscal de Campo, y lo nombró Ministro de Economía del Reich. Como Ministro del Aire de la Luftwaffe era al mismo tiempo su comandante en jefe. Intentó conseguir la construcción de un estratobombardero que pudiera alcanzar los treinta mil metros de altitud y volar hasta América, pero su empeño no tuvo éxito.

Pese a sus altas posiciones, tenía tendencia a volver la espalda a las realidades. En 1939 le dijo al público alemán: «Si algún bombardero enemigo alcanza el Ruhr, mi nombre no es Hermann Goering. Podéis llamarme Meier». («Meier» era un nombre burlesco del folklore alemán, que describía a un personaje mítico que se pasaba toda la vida babeando como un bobalicón).

Al cabo de algún tiempo, Goering fue llamado Meier por las altas esferas del Partido Nazi y por el público. Pero el afectuoso tono implícito de *Der Dick* no estaba en Meier. Los bombarderos británicos y americanos estaban haciendo carnicerías en Alemania. La Luftwaffe había fracasado en ablandar a Inglaterra para la invasión, y hora estaba fracasando en rechazar las hordas de pájaros metálicos que dejaban caer mortíferos huevos sobre el Reich. Hitler le echó a Goering la culpa de ambas cosas, aunque fue precisamente decisión de Hitler el bombardear las ciudades inglesas en vez de barrer primero las bases de la Royal Air Force que eran responsables de los apuros de Alemania. Del mismo modo que la decisión también de Hitler de atacar a la neutral Rusia antes de que Inglaterra resultara vencida fue en último término la causa de la caída de Alemania.

De hecho, Hitler había deseado invadir también Suecia, cuando Noruega fue tomada. Pero Goering, amando Suecia, amenazó con dimitir si Suecia era atacada. También le presentó a Hitler las ventajas de una Suecia neutral.

Su salud había empeorado antes de la guerra. Durante los grandes conflictos, su enfermedad y su pérdida de prestigio le empujaron de nuevo a las drogas. Se sentía ansioso, nervioso, y propenso a la melancolía, hecho una ruina, fuera de control, y sin forma de parar su descenso. Y su bienamado país estaba corriendo hacia el Götterdämmerung, algo que le horrorizaba pero que, extrañamente, satisfacía a Hitler.

Con los aliados avanzando sobre Alemania desde todos los frentes, Goering pensó que era el momento de hacerse cargo del gobierno. Der Führer, en vez de ello, lo desposeyó de todos sus títulos y posiciones y lo expulsó del Partido Nazi. Su peor enemigo, Martin Bormann, ordenó su arresto.

Hacia finales de la guerra, mientras intentaba huir de los rusos, fue tomado bajo custodia por un teniente del ejército, irónicamente un judío. Durante su juicio en Nüremberg, se defendió, pero con una cierta falta de convicción. Pese a lo que Hitler había hecho, lo defendió también, leal hasta el fin.

El veredicto era inevitable. Fue sentenciado a ser colgado. El día antes de su ejecución, el 15 de octubre de 1946, tragó una de las cápsulas de cianuro que había escondido en su celda y murió. Fue incinerado, y las cenizas, según la historia, fueron arrojadas a una fosa común en Dachau. Otra historia, con mayor autoridad, dice que las cenizas fueron esparcidas en una lodosa carretera comarcal en las afueras de Munich.

Ese hubiera debido ser el final. Goering se sintió feliz de morir, feliz de librarse de las enfermedades de su cuerpo y alma, de la abrumadora conciencia de su gran fracaso, y del estigma de ser un criminal de guerra nazi. Lo único que lamentó de su muerte fue que su Emma y la pequeña Edda iban a quedar sin protección.

Pero ese no fue el fin. Le gustara o no, fue resucitado sobre este planeta. Su cuerpo era joven de nuevo, joven y esbelto. Cómo o por qué, no lo sabía. Se había librado de su reumatismo, de sus hinchadas glándulas linfáticas, y de su dependencia a la paracodeína.

Decidió dedicarse a buscar a Emma y Edda. También a Karin. El cómo sería capaz de tener a su lado a sus dos esposas a la vez era algo que no se preocupó en considerar. La búsqueda podía ser lo suficientemente larga como para tener tiempo bastante para pensar en ello.

Nunca las encontró.

El viejo Hermann Goering, el muy ambicioso y falto de escrúpulos oportunista, vivía aún en él. Hizo muchas cosas de las cuales se sintió profundamente avergonzado y lleno de remordimientos cuando, tras muchas aventuras y mucho vagar^[1], se convirtió a la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Eso se produjo repentina y dramáticamente, de una forma muy parecida a la conversación de Saúl de Tarso en el camino a Damasco, y se produjo en el pequeño estado soberano de Tamoacán. Este estaba compuesto principalmente por mexicanos del siglo X que hablaban náhuatl y navajos del siglo XX. Hermann vivió en la residencia comunal de los recién llegados hasta que estuvo profundamente imbuido en los dogmas y disciplinas de la Iglesia.

Entonces se trasladó a una cabaña recientemente abandonada. Tras un cierto tiempo, una mujer llamada Chopilotl estaba viviendo con él. Ella también pertenecía a la Iglesia, pero insistía en que conservaran en su cabaña un ídolo de esteatita. Era una horrible figura de unos treinta centímetros de alto, representando a Xochiquetzal, la divina patrona del amor sexual y los nacimientos. La adoración de Chopilotl a la diosa enfatizaba su pasión por la pasión. Exigía que Hermann y ella hicieran el amor frente al ídolo a la luz de las antorchas que lo flanqueaban. A Hermann eso no le importaba, pero le cansaba la frecuencia de sus insistencias.

También le parecía que ella no debería adorar a una divinidad pagana. Se dirigió a su obispo, un navajo que había sido un mormón en la Tierra.

—Sí, sé que ella tiene esa estatua—le dijo el obispo Ch’agii—. La Iglesia no aprueba la idolatría o el politeísmo, Hermann. Tú lo sabes. Pero permite que sus miembros conserven a sus ídolos, siempre que su poseedor comprenda realmente que se trata tan sólo de un símbolo. Lo admito, eso es peligroso, puesto que el adorador toma demasiado fácilmente el símbolo por la realidad. Y eso no sólo las personas primitivas, tú lo sabes bien. Incluso la gente que se proclama civilizada se ve cogida en esa trampa psicológica.

»Chopilotl es más bien de ideas fijas, pero es una buena persona. Si nos mostráramos demasiado testarudos acerca de su idiosincrasia y le exigiéramos que echara el ídolo de su casa, es probable que cayera como reacción en un genuino politeísmo. Lo que estamos haciendo con ella puede calificarse de desacostumbración teológica. ¿Has visto cuántos ídolos hay por aquí? La mayoría de ellos tuvieron en su tiempo una multitud de adoradores. Pero hemos separado gradualmente a los fanáticos de ellos, consiguiendo esto a través de una paciente y suave instrucción. Ahora los dioses de piedra se han convertido únicamente en *objects d’art* para la mayor parte de sus anteriores

adoradores.

»A su debido tiempo, Chopilotl empezará a considerar de este modo a su diosa. Te ayudaré a conseguir que olvide su actual y lamentable actitud.

—Quieres decir, ¿hacerle un lavado de cerebro teológico? —dijo Hermann.

El obispo pareció sorprendido, luego se echó a reír.

—Obtuve mi licenciatura en Filosofía en la universidad de Chicago —dijo—. Debo sonar muy denso, ¿no? Toma una copa, hijo mío, y háblame un poco de ti.

Al final del año, Hermann fue bautizado con muchos otros neófitos desnudos, temblorosos y castañeteantes. Luego, secó a una mujer y ella lo secó a él. Después todos se vistieron con ropas que cubrían todos sus cuerpos, y el obispo colgó alrededor del cuello de cada uno un cordón del que estaba suspendido el hueso espiralado de una vértebra de pez cornudo. No eran sacerdotes titulados; cada uno de ellos era llamado simplemente “*Instruiste*”. Institutor.

Hermann se sentía como si fuera un fraude. ¿Quién era él para instruir a los demás, y actuar, a todos los efectos, como un sacerdote? Ni siquiera estaba seguro de que sus creencias hacia Dios o hacia la Iglesia fueran sinceras. No, eso no era cierto. Él era sincero... la mayor parte del tiempo.

—Tus dudas son acerca de ti mismo —dijo el obispo—. Crees que no puedes vivir de acuerdo con tus ideales. Crees que no posees ningún valor. Tienes que librarte de eso, Hermann. Todo el mundo tiene un valor potencial, que conduce hasta su salvación. Tú lo tienes; yo lo tengo; todas las criaturas de Dios lo tienen —y se echó a reír.

»Observa las dos tendencias que hay en ti, hijo. A veces eres arrogante, pensando que eres mejor que los demás. Mucho más a menudo eres humilde. Demasiado humilde. Me atrevería a decir que lamentablemente humilde. Esa es otra forma de arrogancia. La auténtica humildad es saber cuál es tu auténtico lugar en la escala cósmica.

»Yo todavía estoy aprendiendo. Y rezo para seguir viviendo el tiempo suficiente como para librarme de todas mis ilusiones acerca de mí mismo. Mientras tanto, tú y yo podemos pasar todo nuestro tiempo explorándonos a nosotros mismos. También debemos trabajar entre la gente. La vida monástica, el retirarse del mundo, el recluirse, no sirve. ¿Adonde preferirías ir? ¿Río arriba, o Río abajo?

—La verdad es que odiaría abandonar este lugar —dijo Hermann—. He sido feliz aquí. Por primera vez en mucho tiempo, me siento como formando parte de una familia.

—Tu familia vive de un extremo del Río al otro —dijo Ch’agii—. Contiene a varios parientes poco agradables, es cierto. ¿Pero qué familia no los tiene? Tu trabajo es ayudarles a pensar correctamente. Y ese es el segundo estadio. El primero es conseguir que la gente admita que no está pensando correctamente.

—Ese es el problema —dijo Hermann—. No creo haber conseguido pasar del primer estadio ni siquiera yo.

—Si yo creyera eso, no te hubiera permitido graduarte. ¿Hacia dónde quieres ir? ¿Hacia arriba, o hacia abajo?

—Hacia abajo —dijo Hermann. Ch’agii alzó las cejas.

—Bien. Pero el neófito elige generalmente ir Río arriba. Todos han oído decir que La Viro está

en algún lugar en esa dirección. Y anhelan visitarle, llegar hasta él y hablar con él.

—Por eso es por lo que escojo la otra dirección —dijo Hermann—. No me siento digno de hacer eso. El obispo suspiró.

—A veces lamento el que se nos prohíba toda violencia —dijo—. Ahora mismo, siento deseos de darte una patada en el trasero.

»Muy bien, ve Río abajo, mi descolorido Moisés. Pero te encargo que transmitas un mensaje al obispo de cualquier área donde te detengas. Dile a él o a ella que el obispo Ch'agii le envía su amor. Y dile también esto: *Algunos pájaros creen que son gusanos*.

—¿Y eso qué significa?

—Espero que lo descubras algún día —dijo Ch'agii. Agitó su mano derecha, con tres dedos extendidos, bendiciéndole. Luego abrazó a Hermann y le besó en los labios—. Vete, hijo mío, y ojalá su *ka* se convierta en *akh*.

—Ojalá nuestros *akhs* vuelen lado a lado —respondió formalmente Hermann. Abandonó la cabaña con lágrimas deslizándose por sus mejillas. Siempre había sido un sentimental. Pero se dijo a sí mismo que estaba llorando porque realmente quería a ese ampuloso hombrecillo de piel oscura. La distinción entre sentimentalismo y amor había sido imbuida en él en el seminario. De modo que lo que sentía era amor. ¿Lo era realmente?

Como había dicho el obispo en una conferencia, sus estudiantes no comprenderían realmente la diferencia entre los dos sentimientos hasta que tuvieran mucha práctica en su trato con ellos. E incluso entonces, si no eran inteligentes, no serían capaces de separar el uno del otro.

La balsa en la cual iba a viajar había sido construida por él mismo y los otros siete que iban a acompañarle. Uno de ellos era Chopilotl. Hermann se detuvo en la cabaña para recogerla a ella y a sus escasas, pertenecías. La mujer estaba fuera con otras dos vecinas, alojando el ídolo en una caja de madera.

—No estarás pensando llevarte esa cosa contigo —le dijo.

—Por supuesto que sí —respondió ella—. Si no me la llevara, sería como dejar mi *ka* tras de mí. Y no es simplemente una *cosa*. Es Xochiquetzal.

—Es solamente un símbolo, tengo que recordártelo por centésima vez —respondió él, frunciendo el ceño.

—Entonces necesito mi símbolo. Sería de mala suerte abandonarlo. Ella se pondría muy furiosa.

Él se sentía muy frustrado y ansioso. Aquel era el primer día de su misión, y tenía que enfrentarse a una situación que no estaba seguro de poder manejar adecuadamente.

—*Considera tu último objetivo, hijo mío, y sé juicioso* —había dicho el obispo en una de sus conferencias, citando el Eclesiastés.

Tenía que actuar de modo que el resultado final de aquella situación en particular fuera el deseado.

—Las cosas son así, Chopilotl —dijo—. Lo más correcto, o como mínimo lo menos malo, es dejar este ídolo aquí. La gente de este lugar comprenderá. Pero la gente de otros lugares puede que no comprenda. Somos misioneros, dedicados a convertir a los demás a lo que creemos que es la auténtica religión. Tenemos a nuestras espaldas la autoridad, las enseñanzas de La Viro, que recibió

su relación de uno de los hacedores de este mundo.

»¿Pero cómo podemos convencer a nadie si uno de nosotros es un idólatra? ¿Un adorador de una estatua de piedra? Y ni siquiera una estatua hermosa, me atrevería a decir, aunque esto ahora es irrelevante.

»La gente se burlará de nosotros. Dirán que somos unos ignorantes paganos, unos supersticiosos. Y estaremos pecando horriblemente, puesto que le daremos a la gente una visión completamente equivocada de la Iglesia.

—Les diremos que se trata simplemente de un símbolo —dijo hoscamente Chopilotl. La voz de Hermann se elevó.

—¡Te digo que no nos comprenderán! Además, eso sería una mentira. Resulta obvio que esta cosa es mucho más que un símbolo para ti.

—¿Te desprenderías tú de tu hueso en espiral?

—Eso es diferente. Es un signo de mis creencias, un distintivo de la comunidad a la que pertenezco. Yo no le rindo adoración.

Ella hizo brillar sus blancos dientes en su sardónico rostro oscuro.

—Arrójalo, y yo abandonaré a mi amada diosa.

—¡Tonterías! —dijo él—. ¡Sabes que no puedo hacerlo! Te estás comportando irrazonablemente, maldita sea.

—Tu rostro se está poniendo rojo —dijo ella—. ¿Dónde ha quedado toda tu comprensión?

Hermann inspiró profundamente y dijo:

—Muy bien. Tráete contigo esa *cosa*, Se alejó.

—¿No vas a ayudarme a cargarla? —dijo ella. Él se detuvo y se volvió.

—¿Y ser copartícipe de una blasfemia?

—Si aceptas el que la lleve con nosotros, entonces ya eres copartícipe.

Chopilotl no era estúpida... excepto en un aspecto, y este era emocional. Sonriendo ligeramente, Hermann reanudó su camino. Una vez hubo alcanzado la balsa, les contó a los demás todo el asunto.

—¿Y por qué lo permites, hermano? —dijo Fleiskaz. Era un enorme pelirrojo cuyo idioma nativo era el germánico primitivo. Esta era una de las lenguas de la Europa central en el siglo II antes de Cristo. De ella se habían derivado el noruego, el sueco, el danés, el islandés, el alemán, el holandés y el inglés del siglo XX. Su sobrenombre había sido Wulfáz, lo cual significaba Lobo, puesto que era un guerrero que inspiraba temor.

Pero en el Mundo del Río, cuando se había convertido a la Iglesia, se había rebautizado a sí mismo Fleiskaz. Este nombre, en su lengua natal, significaba «trozo de carne arrancada». Nadie sabía por qué lo había adoptado, pero era probable que fuera porque se consideraba a sí mismo como un trozo de buena carne viviendo en un mal cuerpo. Ese trozo, arrancado del antiguo cuerpo, tenía la potencialidad de crecer hasta convertirse en un nuevo cuerpo completo, hablando espiritualmente, un cuerpo esencialmente bueno.

—Simplemente dejadme a mí —le dijo Hermann a Fleiskaz—. Todo este asunto quedará arreglado antes de que hayamos puesto cincuenta metros entre nosotros y la orilla.

Se sentaron, fumando y charlando, observando como Chopilotl acarrea la caja con su pesada

carga. Cuando hubo cruzado la enorme llanura, su rostro estaba enrojecido por el esfuerzo, y sudaba y jadeaba. Maldijo a Hermann, diciéndole al final que iba a dormir solo durante mucho tiempo.

—Esta mujer no va a dar buen ejemplo, hermano —dijo Fleiskaz.

—Sé paciente, hermano —respondió Hermann suavemente.

La balsa estaba varada en la orilla, asegurada con un ancla para impedir que derivara, una pequeña piedra atada al extremo de una cuerda de piel de pez. Chopilotl pidió a los que estaban en la balsa que la ayudaran a cargar la caja en ella. Todos sonrieron, pero ninguno se movió. Maldiciendo para si misma, ella subió a la balsa. Hermann sorprendió a todo el mundo ayudándola a meter la caja y arrastrarla hasta el centro de la balsa.

Luego retiraron el ancla y empujaron la balsa fuera de la orilla, diciendo adiós con la mano a la multitud reunida allí para desearles buen viaje. Alzaron el único mástil en la parte delantera. Izaron la vela cuadrada, y maniobraron las vergas para conducir la balsa hasta el centro del Río. Allá la corriente y el viento le dieron impulso, y fijaron la vela para aprovechar al máximo la brisa. El hermano Fleiskaz estaba al timón.

Chopilotl se retiró a la tienda levantada cerca del mástil para rumiar su malhumor.

Hermann arrastró suavemente el ídolo hasta el extremo de estribor de la balsa. Los demás lo miraron interrogativamente. Sonriendo, se llevó sus dedos a los labios. Chopilotl no se daba cuenta de lo que estaba pasando, pero cuando el ídolo estuvo en el borde, su peso hizo inclinarse ligeramente a la balsa. Notando la oscilación, alzó la vista para mirar desde la tienda. Y lanzó un grito.

Por aquel entonces Hermann había puesto la estatua de pie.

—¡Hago esto por tu bien y por el bien de la Iglesia! —le gritó.

Empujó la monstruosa cabeza mientras Chopilotl, chillando, corría hacia él. El ídolo basculó hacia el agua en el borde mismo de la balsa y se hundió bajo su superficie.

Más tarde, sus compañeros le dijeron a Hermann que ella le había golpeado en la sien con el lado de su cilindro.

Recuperó lo suficientemente el sentido como para verla, flotando gracias a su cilindro, nadar hacia la orilla. Bessa, la mujer de Fleiskaz, estaba nadando tras el cilindro de Hermann, que Chopilotl había arrojado por la borda.

—La violencia engendra violencia —dijo Bessa cuando le tendió de vuelta su cilindro.

—Gracias por recuperarlo —dijo Hermann. Se sentó de nuevo para aliviar su dolorida cabeza y su dolida conciencia. Resultaba obvio lo que implicaba la observación de la mujer. Arrojando el ídolo fuera de la balsa, él había cometido violencia. No tenía derecho a privar a Chopilotl de él. Y aunque hubiera tenido derecho, no hubiera debido ejercerlo.

Ella tenía que haber comprendido su error y luego el ejemplo tenía que haber fermentado en su interior hasta hervir en su espíritu. Todo lo que había conseguido era encolerizarla de tal modo que se había vuelto violenta. Y ella probablemente encontraría a alguien que le tallara otro ídolo para seguir adorándolo.

Evidentemente, no había empezado bien su apostolado.

Eso le condujo a otros pensamientos acerca de ella. ¿Por qué se había unido a ella? Era hermosa;

exudaba sexualidad. Pero era una india, y siempre había sentido una cierta repugnancia a copular con una mujer de color. ¿La había hecho su mujer porque deseaba probarse a sí mismo que no sentía prejuicios hacia las otras razas? ¿Era esa baja motivación la que lo había impulsado?

Si ella hubiera sido una negra, una africana de pelo ensortijado y gruesos labios, ¿hubiera tomado en consideración el acoplamiento? Para ser sinceros, no. Y ahora que lo recordaba, lo que había buscado al principio era una mujer judía. Pero solamente había dos en la zona a las que conociera, y ambas estaban ya emparejadas. Además, habían vivido en tiempos de Acab y Augusto y eran de piel tan oscura que parecían árabes yemenitas, regordetas, de enormes narices, supersticiosas, y propensas a la violencia. Además, no eran de la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Aunque, si uno lo pensaba fríamente, Chopilotl era también supersticiosa y propensa a la violencia.

De todos modos, el hecho de pertenecer a la Iglesia indicaba que poseía una potencialidad de mejora espiritual.

Encaminó su mente hacia atrás, hacia algo que deseaba evitar.

Había buscado una mujer judía y había tomado una mujer india a fin de salvar su conciencia. A fin de demostrarse a sí mismo que había progresado espiritualmente.

¿Había progresado? Bien, no la había amado, pero se había sentido encariñado hacia ella. Una vez superado el desagrado inicial del contacto físico, no había experimentado nada excepto pasión durante todas las veces que habían hecho el amor.

Sin embargo, durante sus poco frecuentes pero violentas discusiones, había sentido deseos de lanzarle insultos raciales.

Un auténtico progreso, un auténtico amor, hubiera llegado cuando no hubiera tenido que dominarse para refrenar tales invectivas. No hubiera sufrido inhibiciones acerca de tales asuntos, simplemente porque no hubiera pensado en ellos.

Tienes un largo camino que recorrer, Hermann, se dijo a sí mismo.

Y si así estaban las cosas, ¿por qué el obispo lo había aceptado como misionero? Seguro que Ch'agii tenía que haberse dado cuenta de que se sentía muy lejos de estar preparado.

Luego, muchos años tarde, ese mismo Goering estaba cerca del estado de Parolando, sin nadie de la tripulación original de la balsa con él. Habían resultado muertos o se habían quedado en distintas áreas para realizar allí sus labores misioneras. Cuando Goering estaba a varios miles de kilómetros de Parolando, empezó a oír rumores de la gran estrella que había caído, el meteorito, y había impactado contra el suelo Río abajo. Se decía que ese impacto había matado a centenares de miles de personas directa o indirectamente, y destrozado el Valle a lo largo de más de cien kilómetros en ambas direcciones. Tan pronto como la zona se mostró de nuevo segura, sin embargo, muchos grupos de gente penetraron en ella, ansiosos de apoderarse del ferróniquel del meteorito. Tras salvajes luchas, dos bandas resultaron triunfantes. Se aliaron entre sí, y ocuparon el lugar.

Entre otros rumores corría el de que el meteorito había sido empezado a explorar y se estaba construyendo un gigantesco barco, y que dos hombres famosos estaban dirigiendo las operaciones. Uno de ellos era un escritor americano, Sam Clemens. El otro era el Rey Juan de Inglaterra, el hermano de Ricardo Corazón de León.

Hermann no sabía el porqué, pero aquellas historias hicieron brincar su corazón. Tuvo la impresión de que su meta era el lugar donde había caído la estrella, que siempre lo había sido, aunque no lo hubiera sabido hasta ahora.

Al final de un largo viaje, llegó a Parolando. Los rumores eran ciertos. Sam Clemens y el Rey Juan, apodado «Sin Tierra», eran cogobernantes del país que se asentaba sobre el tesoro del meteorito. Por aquel entonces, enormes cantidades del metal habían sido ya extraídas, y el área se parecía a un Ruhr en miniatura. Habían sido instaladas varias factorías siderometalúrgicas, plantas laminadoras, y fábricas de ácido nítrico, y la bauxita y la criolita eran procesadas para obtener aluminio. El mineral para la obtención de este aluminio, sin embargo, debía ser adquirido a otro estado. Y había problemas al respecto.

Soul City era un estado a unos cuarenta kilómetros Río abajo de Parolando. Se asentaba sobre enormes depósitos de criolita, bauxita y cinabrio, y pequeños depósitos de platino. Clemens y Juan necesitaban todos esos minerales, pero los dos gobernantes de Soul City, Elwood Hacking y Millón Firebrass, apretaban las clavijas en sus tratos comerciales. Además, resultaba evidente que les gustaría echar mano al níquel y al acero del meteorito.

Hermann prestó poca atención a la política local. Su principia misión era convertir a la gente a las doctrinas de la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Su misión secundaria, decidió al cabo de un tiempo, era detener la construcción del gran barco a paletas metálico. Clemens y Juan se habían obsesionado con el navío. Para construirlo, estaban dispuestos a convertir Parolando en una desolación industrial, a despojar la zona de toda vegetación excepto los invulnerables árboles de hierro. Estaban polucionando el aire con los humos y los olores de las factorías.

Peor aún, estaban polucionando sus *kas*, y eso era asunto de Hermann Goering. La Iglesia sostenía que la humanidad había sido resucitada a fin de que tuviera otra oportunidad de salvar su *ka*. También se le había proporcionado la juventud y una completa libertad sobre las enfermedades y las

necesidades materiales a fin de que pudiera concentrarse en la salvación.

Aproximadamente una semana después de su llegada a Parolando, Hermann y algunos otros misioneros tuvieron una gran conferencia. Se celebró por la tarde, inmediatamente después del anochecer. Fueron dispuestas grandes fogatas en torno a una plataforma iluminada por antorchas. Hermann y el obispo local estaban en la plataforma con una docena de los miembros más distinguidos de su organización. Se había congregado una multitud de unas tres mil personas, compuesta por una pequeña minoría de conversos y una mayoría que había acudido a distraerse un rato. Esta última traía consigo sus botellas de alcohol y una tendencia a la provocación.

Después de que la banda terminara un himno, que se decía había sido compuesto por el propio La Viro, el obispo dirigió una corta plegaria. Luego presentó a Hermann. Algunos abucheos aquí y allá siguieron a la mención de su nombre. Evidentemente algunos de los componentes de la multitud habían vivido durante su época, aunque era posible que simplemente no les gustaran los de la Iglesia de la Segunda Oportunidad.

Hermann alzó las manos hasta que se restableció el silencio, y luego habló en esperanto.

—¡Hermanos y hermanas! Oídmeme con el mismo amor con el que os hablo. El Hermann Goering que está ante vosotros no es el hombre que llevaba este mismo nombre y que vivió en la Tierra. Este aborrece a aquel hombre, a aquel ser diabólico.

»El hecho de que yo esté ahora aquí ante vosotros, un nuevo hombre, renacido, atestigua que el mal puede ser vencido. Una persona puede cambiar a mejor. Yo he pagado por lo que hice. He pagado con la única moneda que tiene algún valor. He pagado con culpabilidad y vergüenza y odio hacia mí mismo. He pagado con la voluntad de matar en mí a mi antiguo yo, y seguir adelante como un nuevo hombre.

»Pero no estoy aquí para impresionaros con lo canalla que fui. Estoy aquí para hablaros de la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Cómo surgió, cuál es su credo, cuáles sus principios.

»Sé que aquellos de entre vosotros que fueron educados en países judeocristianos y musulmanes, y los orientales cuyos países fueron visitados u ocupados por cristianos o musulmanes, están esperando una llamada a la fe.

»¡No! ¡Por el Señor que hay entre nosotros, no voy a hacer eso! La Iglesia no va a pedirnos que creáis únicamente en la fe. La Iglesia os trae, no fe... ¡sino *conocimiento*! No fe, he dicho. ¡*Conocimiento*!

»La Iglesia no os pide que creáis en las cosas tal como deberían ser o quizá lleguen a ser algún día. La Iglesia os pide que consideréis los hechos y luego actuéis del modo como requieren los hechos. Os pido que creáis tan sólo en lo que puede ser creído.

»Considerad esto. Más allá de cualquier disputa, todos nosotros hemos nacido en la Tierra y morimos allí. ¿Hay alguien entre vosotros que quiera contradecir eso?

»¿No? Entonces considerad esto. El hombre nace para el dolor y el mal del mismo modo que las chispas de un fuego ascienden. ¿Puede alguno de vosotros, recordando su vida en la Tierra y aquí, negar eso?

»Fuera cual fuese la religión en la Tierra, prometía algo que simplemente no era cierto. La prueba de ello es que no estamos ni en el Infierno ni en el Cielo. No hemos sido reencarnados, excepto en el limitado sentido de que nos han sido proporcionados nuevos cuerpos y una nueva vida después de nuestra muerte.

»La primera resurrección fue un shock tremendo, casi aniquilador. Nadie, ni religioso, ni agnóstico, ni ateo, estaba en la situación que creía iba a encontrar después del final de la existencia terrestre.

»Sin embargo, aquí estamos, nos guste o no. No hay escapatoria posible de este mundo, como la había en el Tierra. Si uno resulta muerto o se suicida, amanece al día siguiente vivo. ¿Puede alguien negar esto?

—¡No, pero estoy seguro de que al infierno no debe gustarle nada esto! —gritó un hombre. Hubo una risa general, y Hermann miró al hombre que había hecho la observación. Era el propio Sam Clemens, de pie en medio de la multitud, sobre una silla en una plataforma erigida para esa ocasión.

—Por favor, hermano Clemens, ten la cortesía de no interrumpirme —dijo Hermann—. Muy bien. Hasta ahora, nos hemos ceñido a los hechos. ¿Puede alguien negar que este mundo no es un mundo natural? No quiero decir con eso que el propio planeta, el sol, las estrellas, sean artificiales. Este planeta fue creado por Dios. Pero el Río y el Valle no son naturales. Como esta resurrección no es tampoco un acontecimiento sobrenatural.

—¿Cómo sabes esto? —gritó una mujer—. Ahora te estás alejando de los hechos. Estás deslizándote hacia las conjeturas.

—¡Ni a conjeturas siquiera, se está deslizando a la nada! —gritó un hombre.

Hermann aguardó a que se apaciguaran las risas.

—Hermana, puedo probarte que la resurrección no es obra *directa* de Dios. Fue realizada por gente como nosotros. Puede que no sean terrestres. Indudablemente son superiores a nosotros en sabiduría y ciencia. Pero se parecen mucho a nosotros. ¡Y algunos de nosotros hemos hablado frente a frente con ellos!

Un rugido ahogó su voz. No porque la multitud no hubiera oído aquello antes, aunque no en esos términos. Los incrédulos simplemente deseaban un poco de diversión para aliviar sus tensiones.

Hermann bebió un sorbo de agua y, cuando volvió a depositar el vaso, se había restablecido un comparativo silencio.

—Este mundo y estas resurrecciones, si no son obra de manos humanas, sí han sido hechos por manos que son humanas en apariencia. Hay aquí dos hombres que pueden atestiguarlo. Por todo lo que sé, puede haber muchos otros. Uno de esos es un inglés llamado Richard Francis Burton. No era un desconocido en la Tierra en su época, de hecho fue bastante famoso. Vivió de 1821 a 1890, y fue un explorador, antropólogo, innovador, autor, y lingüista extraordinario. Quizá algunos de vosotros hayáis oído hablar de él. Si es así, por favor, levantad la mano.

»Oh, cuento al menos cuarenta manos, entre ellas la de vuestro cónsul, Samuel Clemens.

A Clemens no parecía gustarle lo que estaba oyendo. Tenía el ceño fruncido, y masticaba frenéticamente la punta de su puro.

Goering procedió a contar de nuevo sus experiencias con Burton, acentuando lo que Burton le

había dicho. La multitud se sintió cautivada; apenas se oía ningún sonido. Aquello era algo nuevo, algo que ningún misionero de la Segunda Oportunidad había dicho nunca.

—Burton llamó a su misterioso ser el Ético. Ahora bien, según Burton, ese Ético que habló con él no estaba de acuerdo con sus compañeros. Aparentemente, existe una división incluso entre los seres que podríamos considerar como dioses. Disputas o desavenencias en el Olimpo, si puedo emplear ese paralelismo. Aunque no creo que los que se llaman a sí mismos Éticos sean dioses, ángeles, ni demonios. Son seres humanos como nosotros pero que han alcanzado un nivel ético más alto que el nuestro. Cuál es su punto de desacuerdo, no lo sé, francamente. Quizá sea algo relativo a los medios utilizados para conseguir sus finalidades.

»¡Pero! ¡La *finalidad* es la misma! No hay duda al respecto ¿Y cuál es esa finalidad? En primer lugar, dejadme hablaros del otro testigo.

»De nuevo, para ser franco...

—¡Pensé que eras Hermann! —gritó un hombre.

—Llámame Meier —dijo Goering, pero no se detuvo a explicar el chiste.

»Aproximadamente un año después del Día de la Resurrección, el testigo estaba sentado en una cabaña en la ladera de una alta colina en un lugar lejos de aquí, en el norte. Tenía un nombre natal, Jacques Gillot, pero nosotros en la Iglesia nos referimos normalmente a él como La Viro, El Hombre. También lo llamamos La Fondinto, El Fundador. Había sido un hombre muy religioso durante toda su larga vida en la Tierra. Pero ahora su fe había sido aplastada, había quedado completamente desacreditada. Se sentía asombrado y muy turbado.

»Este hombre siempre había intentado llevar una vida muy virtuosa de acuerdo con las enseñanzas de su iglesia, que hablaba por boca de Dios. No creía que fuera un hombre *bueno*. Después de todo, el propio Jesucristo había dicho que *ningún* hombre era bueno, incluido El mismo.

»Pero, relativamente hablando, Jacques Gillot era bueno. No era perfecto; había mentido, pero únicamente para no herir los sentimientos de los demás, nunca para escapar a las consecuencias de sus propios actos. Nunca había dicho nada a espaldas de una persona que no pudiera decir en su cara. Nunca había sido infiel a su mujer. Se había dedicado intensamente a su mujer y a sus hijos sin pedirles nada a cambio. Jamás había negado a una persona un sitio en su mesa debido a su posición social, preferencias políticas, raza o religión. Había sido injusto un cierto número de veces, pero había sido por precipitación e ignorancia, y siempre había pedido disculpas y había reparado esas faltas. Había sido robado y traicionado, pero nunca había exigido venganza en nombre de Dios. Sin embargo, jamás había dejado que nadie le pisoteara sin luchar.

»Y había muerto con sus pecados perdonados y los últimos sacramentos administrados.

»Así que, ¿qué estaba haciendo aquí, codeándose con políticos, traidores, golpeañeros, hombres de negocios deshonestos, abogados poco éticos, doctores ambiciosos, adúlteros, violadores, ladrones, asesinos, torturadores, terroristas, hipócritas, falsarios, parásitos, es decir, toda la gente deshonesto, viciosa, incrédula?

»Mientras permanecía sentado en aquella cabaña debajo de las montañas, con la lluvia repiqueteando en el techo y el viento soplando y los relámpagos estallando, meditaba sobre esta aparente injusticia. Y relucientemente llegó a esta conclusión. A los ojos de Alguien, con A

mayúscula, él no era mucho mejor que todos aquellos otros.

»No le hacía sentirse mejor el reflexionar que todos los demás se hallaban también en su misma situación. Cuando un hombre se está hundiendo en un bote, sabiendo que todos los demás se están hundiendo con él, esto no le sirve de mucho consuelo.

»¿Pero qué podía hacer al respecto? Ni siquiera sabía lo que se suponía que debía hacer.

»En ese momento, mientras miraba al pequeño fuego que ardía en la cabaña, oyó unos golpes en la puerta. Se puso en pie y tomó su lanza. Entonces, como ahora, los hombres malvados merodeaban de noche, buscando presas fáciles. No tenía nada de valor, pero hay hombres a quienes les gusta matar por el simple retorcido placer de hacerlo. «Preguntó en su lengua nativa:

»—¿Quién es?

»—Nadie que conozcas —dijo una voz de hombre. Hablaba en francés de Quebec, pero con un acento extranjero—. Nadie que desee hacerte ningún daño tampoco. No necesitas esa lanza.

»Aquello sorprendió a La Viro. La puerta y las ventanas estaban cerradas. Nadie podía ver el interior de la cabaña.

»Abrió la puerta. El resplandor de un relámpago iluminó las espaldas del desconocido, revelando a un hombre de mediana estatura, embozado en una capa y una capucha. La Viro retrocedió; el desconocido entró; La Viro cerró la puerta. El hombre echó hacia atrás su capucha. Ahora el fuego mostraba a un hombre blanco con pelo rojo, ojos azules, y rasgos agraciados. Bajo la capa llevaba un traje ajustado de una sola pieza hecho de un material plateado. De un cordón plateado en torno a su cuello colgaba una espiral dorada.

»Las ropas eran suficientes para decirle a La Viro que no era un habitante del Río. El hombre se parecía a un ángel, y podía serlo. Después de todo, la Biblia decía que los ángeles se parecían a los hombres. Al menos, eso era lo que habían dicho los sacerdotes. Los ángeles que habían visitado a las hijas de los hombres en los días de los patriarcas, los ángeles que habían rescatado a Lot, y el ángel que había luchado con Jacob, habían pasado por hombres.

»Pero la Biblia y los sacerdotes que se la habían leído habían demostrado estar equivocados en muchas cosas.

»Mirando al desconocido La Viro se quedó maravillado. Al mismo tiempo, se sintió encantado. ¿Por qué un ángel, entre toda la gente, le honraría a él con su visita?

»Entonces recordó que Satán era también un ángel, que todos los demonios eran ángeles caídos.

»¿Qué era realmente?

»¿O no era ninguna de las dos cosas? Después de todo, La Viro, pese a su falta de educación formal y su humilde extracción, era inteligente. Tuvo la impresión de que existía una tercera alternativa. Aquello lo tranquilizó un poco, aunque no se sintió más cómodo por ello.

»Tras pedir permiso, el desconocido se sentó. La Viro vaciló, luego él también se sentó en una silla. Se quedaron mirándose el uno al otro por un momento. El desconocido unió sus manos en un gesto como si fuera a rezar y frunció el ceño como si estuviera pensando la mejor forma de empezar. Aquello era extraño, puesto que sabía lo que deseaba y debía haber tenido tiempo de prepararse para su visita.

»La Viro le ofreció una bebida alcohólica. El desconocido dijo que prefería té. La Viro se

apresuró a echar el polvo en el agua y agitarlo. El desconocido permaneció en silencio hasta que le dio las gracias a La Viro por el té. Tras dar un sorbo, dijo:

»Jacques Gillot, quién soy y de dónde vengo y por qué estoy aquí es algo que tomaría toda la noche y todo el día explicarte en detalle. Lo poco que puedo decirte será la verdad... en una forma que puedas comprender a tu nivel. Soy uno de los componentes de un grupo que ha preparado este planeta para vosotros, a los que hemos resucitado. Hay otros planetas reformados para otros terrestres, pero esto no te interesa por el momento. Algunos de ellos están siendo usados ahora. Algunos otros están esperando ser usados.

»Hizo una pausa para dar otro sorbo al té.

»—Este mundo es para aquellos que necesitan una segunda oportunidad. ¿Qué es la segunda oportunidad? ¿Qué era la primera oportunidad? En estos momentos debes haber aceptado ya el hecho de que tu religión, de hecho ninguna de las religiones terrestres, sabía realmente lo que sería la vida después de la muerte. Todas ellas hicieron suposiciones y luego las establecieron como artículos de fe. Aunque, en un cierto sentido, algunas de ellas estuvieron cerca de la verdad, si aceptas sus revelaciones como simbólicas.

»Y entonces el visitante dijo que los de su especie se llamaban a sí mismos los Éticos, aunque tenían otros nombres para identificarse a sí mismos. Se hallaban en un plano mucho más elevado de desarrollo ético que la mayoría de los seres de la Tierra. Pero que observara que había dicho *la mayoría*. Esto indicaba que había algunos de nosotros que habíamos alcanzado el mismo nivel que los Éticos.

»El visitante dijo que su gente no eran los primeros Éticos, en absoluto. Los primeros fueron una antigua especie, no humana, originaria de un planeta más viejo que la Tierra.

»Esos eran individuos que se habían quedado deliberadamente atrás, se habían mantenido como seres de carne, en vez de Seguir Adelante. Y cuando vieron que había una especie, también no humana, que era capaz de continuar por ellos El Trabajo, mostraron a esa especie cómo hacerlo. Y ellos Siguieron Adelante.

»El visitante llamó a esa especie los Antiguos. En comparación con aquellos que habían sido sus mentores, los Éticos eran muy jóvenes.

»Eso es lo que el visitante dijo que habían aprendido los Éticos de los Antiguos. El Creador, Dios, el Espíritu Único, llamadlo como queráis, lo forma todo. Él es el universo; el universo es él. Pero su cuerpo está formado por dos esencias. Una es la materia; la otra, a falta de una palabra mejor, es la nomateria.

»Todos nosotros sabemos lo que es la materia. Filósofos y científicos han intentado definirla exactamente, pero han fracasado. Sin embargo, todo el mundo *sabe* lo que es la materia. La experimentamos de forma directa.

»¿Pero qué hay acerca de la nomateria? ¿Qué es realmente?

—¡Un vacío! —gritó alguien—. ¡Lo que hay dentro de tu cabeza!

Clemens se puso en pie y aulló:

—¡Ahí, callaos! Dejad que el hombre explique lo que tenga que explicar. —Y luego, con una sonrisa—: ¡Aunque sea algo que no tenga sentido!

—Gracias, señor Clemens —dijo Goering—. Un vacío perfecto es la ausencia absoluta de materia. Un hombre instruido me dijo en una ocasión que no existe nada parecido al vacío perfecto. No existe salvo como concepto. Incluso un vacío es materia.

»La nomateria es lo que las antiguas religiones de la Tierra calificaban como el alma. Pero las definiciones del alma eran siempre vagas, muy abstractas. Los pueblos de los tiempos antiguos y clásicos, y sus antepasados no ilustrados, pensaban que era algo sombrío, una entidad fantasmal que reflejaba pálidamente la materia a la cual había estado atada antes de la muerte.

»Más tarde, pueblos más sofisticados pensaron en ella como en una entidad invisible, también unida al cuerpo. Pero que podía ser reencarnada después de la muerte, proporcionando un cuerpo nuevo e inmortal. Algunos religiosos orientales pensaron en ella como en algo que sería absorbido dentro de la cabeza de Dios tras sus numerosas pruebas en la Tierra, una vez alcanzado un buen karma.

»Todas esas explicaciones contienen en ellas algo de verdad; son partes de la verdad total.

»Pero nosotros no nos preocupamos de esos sondeos filosóficos. Lo que necesitamos son hechos. La verdad es que cada criatura viviente, desde la más simple a la más compleja, posee su gemelo de nomateria. Incluso una ameba posee su gemelo de nomateria.

»Pero no deseo entrar en caminos confusos o en demasiados detalles. No en este momento.

»El visitante dijo:

»—La nomateria es indestructible. Eso significa que tu cuerpo en la Tierra posee su indestructible gemelo de nomateria.

»En este punto, La Viro, que no había dicho nada hasta entonces, interrumpió:

»—¿Cuántos gemelos tiene una criatura viviente? Quiero decir, un hombre cambia de apariencia. Se hace más viejo, pierde un ojo o una pierna. Está enfermo del hígado. ¿Es la imagen de nomateria como una serie de fotografías hechas a un hombre? Y si es así, ¿cuán a menudo se hacen estas fotografías? ¿Cada segundo, una vez al mes? ¿Qué les ocurre a las viejas fotografías, las viejas imágenes?

»El visitante sonrió y dijo:

»—La imagen, como tú la llamas, es indestructible. Pero registra los cambios del cuerpo físico al que está unida.

»—¿Y qué ocurre luego? —dijo La Viro—. ¿No se producen también imágenes del cadáver pudriéndose?

»—Como ya os he dicho —indicó Goering—, La Viro no era un hombre ilustrado y nunca había estado en una gran ciudad. Pero no era estúpido.

»—No —dijo el visitante—. Olvida por el momento todo lo relativo a la materia y a la nomateria excepto que ambas componen la humanidad. Lo demás es irrelevante para nuestros propósitos. En primer lugar, sin embargo, déjame darle a esa entidad que tú llamas alma otro nombre. *Alma* posee demasiados significados incorrectos para los seres humanos, demasiadas reverberaciones verbales, demasiadas definiciones contradictorias. Pronuncia la palabra *aliña*, y automáticamente los incrédulos se volverán sordos a lo que siga a continuación. Aquellos que creen en las almas siempre te oirán a través de las construcciones mentales que se formaron en la Tierra. Llamemos a este gemelo de nomateria... esto... *ka*. Es una antigua palabra egipcia para una de las varias almas en su religión. Excepto para los egipcios, no tiene ninguna connotación ni denotación especiales. Y ellos pueden adaptarse fácilmente.

»—De lo cual —dijo Goering— podemos deducir que el visitante conocía algo de la historia de la Tierra. Además, podía hablar también el francés canadiense, lo cual significaba que había estudiado mucho para prepararse para aquella entrevista. Del mismo modo que el Ético que habló con Burton había aprendido el inglés.

»—Ahora —dijo el visitante—, tenemos ya el *ka*. Por todo lo que sabemos, se forma en el momento mismo de la concepción, en la unión de la esperma y el óvulo. El *ka* cambia en correspondencia con los cambios que se producen en el cuerpo. La diferencia que se produce en el cuerpo y en el *ka* en el momento de la muerte del cuerpo es ésta. Durante la vida, el cuerpo proyecta un aura. Esta es invisible al ojo desnudo, excepto en el caso de una visión favorecida, y flota encima de la cabeza de la persona viviente. Puede ser detectada mediante un instrumento. Mirando a través de ese instrumento, el aire toma la apariencia de un globo de muchos colores y matices, girando, hinchándose, contrayéndose, cambiando de colores, extendiendo brazos, volviendo a retraerlos. Algo maravilloso y sorprendente que tiene que ser visto para ser apreciado. Nosotros lo llamamos el *wathan*.

»Una persona pierde el *wathan* o *ka* en el momento de la muerte, que es cuando el cuerpo alcanza el estadio más allá de toda revivificación. ¿Dónde va entonces el *ka*? Contemplándolo a través de nuestro instrumento, que podemos llamar el *kascopio*, normalmente deriva alejándose de inmediato, arrastrado por un viento etérico que no conocemos. A veces permanece unido a un cierto lugar, no podemos imaginar el porqué. Pero finalmente corta todas sus ataduras y desaparece.

»El universo está lleno de ellos, aunque nunca podrán adquirir un número tal que lleguen a ocupar todo el espacio. Puede intentarse, pasar uno a través del otro, un número ilimitado de ellos puede ocupar un mismo espacio.

»Supongamos que el *ka* es inconsciente, aunque contiene la inteligencia y la memoria de la persona muerta. Así que el *ka* vaga por la eternidad y el infinito, una nave de la potencialidad mental de la persona viviente. Un alma congelada, si lo prefieres.

»Cuando el cuerpo de una persona muerta es duplicado, el *ka* acude a unirse a ese cuerpo. No importa lo lejos que pueda estar del cuerpo en términos espaciales, vuelve instantáneamente, y ahí está en el primer segundo de vida de ese cuerpo duplicado. Hay una afinidad entre los dos que no conoce fronteras. Pero cuando se produce la reunión, el *ka* no posee ningún recuerdo del intervalo entre el momento de la muerte del primer cuerpo y el primer momento de conciencia del segundo

cuerpo duplicado.

»Sin embargo, algunos han dicho que es posible que el *ka* sea plenamente consciente durante sus períodos incorpóreos. Las pruebas para esta teoría fueron proporcionados por un cierto fenómeno de vida después de la muerte que fue muy bien documentado, según tengo entendido, en los años 1970. Como creo recordar, hubo un cierto número de testimonios, bastante significativos, de hombres y mujeres que fueron declarados legalmente muertos y luego fueron revivificados. Testificaron que mientras estaban muertos habían experimentado vuelos fuera del cuerpo, habían observado a sus familiares apesadumbrados, y luego habían sido devueltos a la vida. Posea o no el *ka* memoria de esos momentos, nosotros nos preocupamos únicamente por sus reencarnaciones, sus estados de nuevo corpóreos.

»La Viro se sentía a la vez sorprendido y extasiado. Pero interrumpió de nuevo, pues parece que una de las funciones humanas, una de sus compulsiones innatas, es interrumpir.

Goering hizo una pausa, luego añadió:

—Como yo sé muy bien. Hubo algunas risas.

—La Viro dijo:

»—Perdóname, pero, ¿cómo conseguís ese cuerpo duplicado? «Miró a su propio cuerpo, pensando que en un tiempo había sido polvo, y ahora estaba nuevo y completo otra vez.

»—Poseemos instrumentos que pueden detectar y registrar el *ka* —dijo el visitante—. Ellos pueden determinar la naturaleza y la localización de cada molécula de nomateria. A partir de ahí, todo es asunto de una conversión energía-materia.

—¿Podéis duplicar cualquier *ka* en cualquier momento? —dijo La Viro—. Quiero decir, ¿qué ocurre si un hombre murió a los ochenta años? ¿Podéis duplicar su *ka* a la edad de veinte?

»—No. El *ka* de los ochenta años es el único que existe. Luego, mientras la mente está inconsciente, el cuerpo hecho de todos los datos es regenerado en las condiciones de sus veinte años. Todos los defectos son corregidos. Este cuerpo es grabado y luego destruido. Para la primera resurrección en la superficie de este planeta se empleó otra conversión energía-materia. Durante este proceso, los cuerpos están inconscientes.

»—¿Qué ocurre si hacéis dos duplicados? —preguntó La Viro—. ¿Al mismo tiempo? ¿Del cuerpo al que está unido el feo?

»—Presumiblemente, sólo el primero será revivido —dijo el visitante—. No importa lo sincronizadas que estén las nuevas resurrecciones, siempre habrá al menos un microsegundo de diferencia. Nuestras máquinas no pueden hilar tan fino que produzcan una revivificación absolutamente simultánea. Además, ese experimento nunca sería hecho. Sería maligno. No sería ético.

»—Sí —dijo La Viro—. ¿Pero y si alguna vez se hiciera?

»—El cuerpo sin el *ka* se desarrollaría por sus propios medios, supongo. Y aunque el segundo cuerpo sería el duplicado del primero al principio, pronto se convertiría en otra persona. Su entorno distinto, sus experiencias distintas, lo diferenciarían del primero. Con el tiempo, aunque siempre sería igual al primero físicamente, se convertiría en otra persona.

»Pero estamos entrando en menudencias. Lo importante es esto. La mayoría de los *kas*

incorpóreos vagan eternamente carentes de conciencia. Al menos, eso es lo que esperamos. Sería un infierno hallarse aprisionado en un cuerpo intangible, sin control sobre él, sin comunicación con los demás, y sin embargo consciente de todo. El resultado inevitable sería las torturas del condenado. Es algo demasiado horrible de contemplar.

»De todos modos, nadie de los que han sido resucitados recuerda el intervalo entre la muerte y la segunda vida.

»Y así —dijo Goering—, La Viro supo que de los miles de millones de hombres y mujeres que habían muerto en la Tierra, sólo una pequeñísima fracción no formaba parte de esa errante horda de *kas*. Unos pocos se habían *ido*. Habían desaparecido. El visitante no sabía dónde ni por qué. Los Antiguos habían dicho únicamente a los Éticos que esos pocos habían *Seguido Adelante*. Se habían unido con el Creador, o al menos le hacían compañía.

»El visitante dijo que podía ver que La Viro tenía varias preguntas. Contestaría a unas pocas, pero debían quedar confinadas al núcleo de su asunto. ¿Cómo sabían los Éticos que unos pocos *kas* habían Seguido Adelante? ¿Cómo era posible que cada uno de los miles de millones de *kas* fueran numerados, sus rastros seguidos?

»—Seguro que tienes alguna idea de los enormes poderes de nuestra tecnología —dijo el visitante—. Incluso las fuerzas que moldearon este mundo y os trajeron a la vida se hallan más allá de vuestra imaginación. Pero lo que tú experimentas aquí es tan sólo una parte pequeña de nuestras posibilidades. Te diré que hemos contado todos los *ka* que llegaron a existir en la Tierra. Nos llevó más de mil años hacerlo, pero fue hecho.

»Comprenderás que es la ciencia lo que ha hecho todo eso que se pensaba era posible únicamente por medios sobrenaturales. La mente de la humanidad ha hecho lo que el Creador sabía que los seres sentientes lo harían. Por supuesto, es posible que esa cualidad sentiente sea el *ka* de Dios.

»Déjame dar un ligero rodeo, aunque no se trata en realidad de una irrelevancia. Tú pareces estar mirándome, si no como un dios, al menos sí como al primo de uno. Puedo oírte respirar pesadamente, puedo oler el temor en tu sudor, ver la maravilla en tu rostro. No tengas miedo. Es cierto que éticamente estoy mucho más adelantado que tú. Pero no me siento orgulloso a causa de ello. Tú puedes llegar a alcanzarme. Incluso, quizá, superarme e ir más allá que yo.

»Tengo poderes en las puntas de mis dedos que hacen que la ciencia de tu tiempo se parezca a la ciencia de los monos. Pero no por ello soy más inteligente que los más inteligentes de los habitantes del Río. Puedo cometer errores.

»Y ten también eso en mente. Cuando, o si, salgas a predicar, recuerda siempre esto. Quien trepa puede siempre caer. En otras palabras, está en guardia contra la regresión. ¿No conoces la palabra? Entonces, está en guardia contra el deslizarte hacia atrás. Hasta que el *ka* no haya conseguido abrirse camino definitivamente hacia adelante no estará a salvo de la regresión. Quien vive en la carne vive en peligro.

»Este consejo se aplica tanto a mí como a ti.

»En este punto, La Viro se inclinó hacia su visitante. Sintió una urgencia de tocar al hombre, de asegurarse que era realmente de carne y huesos.

»El visitante retrocedió y gritó:

»—¡No hagas eso!

»La Viro retiró su mano, pero sus sentimientos heridos quedaron en evidencia. Su visitante dijo:

»—Lo siento, lo siento más de lo que puedas imaginarte, pero por favor no me toques. No hablaré más sobre esto. Pero cuando hayas llegado al punto en el que yo pueda abrazarte, entonces comprenderás.

»Y así, hermanos y hermanas —dijo Goering—, el visitante procedió a decirle a La Viro que debía fundar su nueva religión. El nombre de nuestra organización fue idea de La Viro, no del visitante que impulsó a La Viro a fundarla. El simplemente le dijo lo que tenía que hacer. Pero debía conocer bien a aquel hombre, puesto que La Viro dijo inmediatamente que haría cualquier cosa que su visitante le pidiera.

»Los principios de la Iglesia de la Segunda Oportunidad y las técnicas para encarnarlos no son tema de esta noche. Tomaría demasiado tiempo proponerlos y defenderlos. Lo dejaremos para la reunión de mañana por la noche.

»Finalmente, La Viro le preguntó al Ético por qué lo había escogido a él, entre toda la gente, para ser el fundador de la Iglesia.

»—Yo soy un mestizo ignorante —dijo La Viro—. Fui criado en lo más profundo de los bosques canadienses. Mi padre fue un trampero blanco, y mi madre fue una india. Ambos eran mirados despectivamente por los británicos que gobernaban el país. Mi madre era una exiliada de su propia tribu debido a que se había casado con un hombre blanco. Mi padre era despreciado por los suyos por haberse casado con una india, al tiempo que era considerado como un sucio francés por los ingleses para los cuales trabajaba.

»Cuando yo tenía catorce años, y era muy grande para mi edad, me convertí en un leñador. A los veinte años un accidente me dejó cojo, y pasé el resto de mi vida cocinando para los leñadores. Mi esposa fue también una medio india, y se ganaba la vida lavando ropa. Tuvimos siete hijos, cuatro de los cuales murieron jóvenes, y los otros se sintieron avergonzados de sus padres. Pese a que nosotros nos sacrificamos por ellos y les dimos todo nuestro amor y lo mejor de lo que fuimos capaces. Mis dos hijos se fueron a Montreal a trabajar y fueron muertos en Francia luchando para los ingleses, que los despreciaban. Mi hija se pasó a la prostitución y murió de una enfermedad venérea... o así me dijeron. Mi esposa murió de un ataque al corazón.

»No te digo esto para ganarme tu simpatía. Simplemente deseo que sepas quién y qué soy. ¿Cómo puedes pedirme que salga a predicar cuando no pude convencer a mis propios hijos de que mis creencias eran correctas? ¿Y cuando mi propia esposa murió maldiciendo a Dios? ¿Cómo puedo salir y hablar a los hombres que fueron gente instruida y entre los cuales hay hombres de estado y clérigos?

»El visitante sonrió y dijo:

»—Tu *wathan* me dice que sí puedes.

»El visitante se puso en pie. Se sacó el cordón plateado que llevaba en torno a su cuello pasándoselo por la cabeza, y lo colocó en torno al cuello de La Viro. La espiral dorada se apoyaba ahora sobre el pecho de La Viro.

»—Esto es tuyo, Jacques Gillot. No lo deshonres. Adiós. Puede que nos veamos de nuevo en este mundo, o puede que no.

»La Viro dijo:

»—¡No! ¡Espera! ¡Tengo tantas preguntas!

»—Ya sabes lo suficiente —dijo el visitante—. Dios te bendiga.

»Y se fue. La lluvia y los truenos y los relámpagos seguían aún resonando fuera. Gillot salió un momento más tarde. No pudo ver el menor signo del visitante, y después de registrar el tormentoso cielo regresó a su cabaña. Allí se quedó sentado hasta el amanecer y el resonar de las piedras de cilindros. Entonces salió a las llanuras para contar su historia. Como había esperado, todos aquellos a quienes les contó lo ocurrido pensaron que estaba loco. Pero al cabo de un tiempo esos fueron precisamente los que empezaron a creer en él.

SECCIÓN 8

Los fabulosos barcos fluviales llegan a Virolando

Hacía treinta y tres años, había llegado a Virolando. Su intención era quedarse tan sólo el tiempo suficiente como para hablar unas cuantas veces con La Viro, si le era permitido hacerlo. Luego iría allá donde la Iglesia le mandara. Pero La Viro le había pedido que se quedara allí, aunque no le había dicho por qué ni cuánto tiempo debería quedarse. Tras pasar un año allí, Goering había adoptado el nombre esperanto de Fenikso (Fénix).

Esos habían sido los mejores años de todas sus vidas. No había ninguna razón para pensar que no pudiera dejar transcurrir muchos más.

Aquel día iba a ser parecido a todos los demás, pero esa semejanza era algo digno de disfrutar, sobre todo cuando estaba adornada con pequeñas variedades.

Tras el desayuno, subió hasta un enorme edificio construido en la parte superior de una espira de roca en la orilla izquierda. Allí dio clase a los alumnos de su seminario hasta media hora antes del mediodía. Bajó luego rápidamente al suelo y se unió a Kren junto a una piedra de cilindros. Más tarde, subieron a otra espira y se sujetaron a los arneses de sendos deslizadores y se lanzaron desde el borde de la espira, a doscientos metros sobre el suelo.

El aire sobre Virolando estaba lleno con miles de deslizadores que derivaban arriba y abajo, giraban, se inclinaban, se alzaban, picaban, hacían cabriolas, danzaban. Hermann se sentía como un pájaro, no, como un espíritu libre. Era una ilusión de libertad, toda la libertad era una ilusión, pero aquella era la mejor.

Su deslizador era de un color rojo brillante, pintado así en memoria del escuadrón del que había sido jefe tras la muerte de Manfred von Richthofen. Escarlata era también el símbolo de la sangre derramada por los mártires de la Iglesia. Había muchos deslizadores como el suyo en los cielos, mezclando su color con el blanco, el negro, el amarillo, el naranja, el verde, el azul, y el púrpura. Aquellas tierras habían sido bendecidas con hematita y otros minerales a partir de los cuales podían conseguirse pigmentos. Había sido bendecida en muchos aspectos.

Hermann se deslizó por encima y por debajo de los puentes que unían las casas, cruzando los abismos entre las espiras. Pasó cerca de los pilones de madera y piedra, en ocasiones demasiado cerca. Era pecaminoso arriesgar así la vida, pero no podía resistirlo. El antiguo estremecimiento del desafío de la Tierra había vuelto a él, redoblando su éxtasis. No había ningún motor rugiendo en sus oídos, ningún humo de aceite en su olfato, ninguna sensación de estar encerrado.

A veces pasaba junto a un globo y saludaba con la mano a la gente de la cesta que colgaba de él. Durante sus días libres, él y Kren tomaban también un globo, ascendían a una altura de trescientos metros, y dejaban que el viento los arrastrara Valle abajo. Cuando tenían libres varios días seguidos, flotaban durante todo el día, hablando, comiendo, haciendo el amor en la atestada cestilla mientras viajaban sin rumbo fijo, al compás del viento, a la velocidad que el globo quisiera llevarles.

Al anochecer, soltaban el hidrógeno y tomaban tierra en la orilla, metían la deshinchada envoltura en la cesta, y tomaban un barco de vuelta río arriba al día siguiente.

Al cabo de media hora, Hermann se deslizó Río abajo, viró, y regresó siguiendo la línea de la

orilla. Junto con centenares de otros, desmontó el deslizador, y luego caminó con el peso del aparato sobre sus hombros de vuelta a la espira desde la cual había saltado.

Un mensajero llevando sobre su cabeza una corona de flores rojas y amarillas lo detuvo.

—Hermano Fenikso. La Viro desea verte.

—Gracias —dijo Hermann, pero sintió que un pequeño estremecimiento atravesaba su cuerpo.

¿Había decidido el arzobispo que había llegado el momento de enviarle en misión?

El Hombre le aguardaba en sus aposentos privados en el templo de piedra roja y negra. Hermann fue conducido a través de varias estancias de alto techo hasta una pequeña habitación, y la puerta de roble se cerró tras él. La cámara estaba amueblada sencillamente: un enorme escritorio de sobre plano; varios grandes sillones de cuero de pez; algunos pequeños de bambú; dos divanes; una mesa con jarras de agua y de alcohol aromatizado, tazas, cajas de cigarros y cigarrillos, encendedores, y cerillas; un orinal; dos cilindros; perchas en las paredes de las que colgaban ropas; una mesita auxiliar junto a un espejo de mica en la pared; otra mesilla conteniendo los lápices de labios, tijeras pequeñas, y peines que proporcionaban ocasionalmente los cilindros. Había varias alfombras de fibra de bambú y una piel de pez en forma de estrella en el suelo. Ardían cuatro antorchas, sus extremos encajados en sujeciones en la pared. La puerta privada de la pared exterior estaba abierta en aquellos momentos, dejando entrar el aire y la luz del sol. Unas aberturas en el techo proporcionaban ventilación adicional.

La Viro se levantó cuando entró Hermann. Era un hombre robusto, de casi dos metros de altura, y muy moreno. Su nariz era como el pico de una gigantesca águila.

—Bienvenido, Fenikso —dijo con una profunda voz—. Siéntate. ¿Quieres algo de beber, un cigarro?

—No, gracias, Jacques —dijo Hermann. Se sentó en la silla que el otro le indicaba.

El arzobispo volvió a sentarse también.

—Supongo que habrás oído lo de ese gigantesco barco de metal que viene Río arriba. Los tambores no hablan de otra cosa en ochocientos kilómetros más allá de la frontera del sur. Eso significa que alcanzará nuestra frontera en unos dos días.

»Tú me dijiste todo lo que sabías acerca de ese hombre Clemens y su socio, Juan Sin Tierra. No sabes lo que ocurrió después de que tú fueras muerto, por supuesto. Pero aparentemente esos dos consiguieron repeler a sus enemigos y construir su barco. Pronto van a cruzar por nuestro territorio. Por lo que he oído no son belicosos, así que no tenemos por qué temer problemas. Después de todo, dependen de la cooperación de aquellos que son propietarios de las piedras de cilindros a lo largo del Río. Tienen el poder de tomar lo que deseen, pero utilizan ese poder tan sólo cuando se ven obligados a ello. De todos modos, he oído algunos informes inquietantes acerca del comportamiento de algunos de los tripulantes cuando el barco se detuvo para, ¿cómo lo llaman ellos?, una estancia en la orilla. Se produjeron algunos incidentes desagradables, la mayor parte debidos a embriaguez y mujeres.

—Perdóname, Jacques. Eso no suena como el tipo de gente que Clemens tendría a bordo. Era un obseso, e hizo algunas cosas que no hubiera debido hacer para conseguir construir ese barco. Pero no es, o al menos no era, alguien que permitiera un tal comportamiento.

—En todos estos años, ¿quién sabe lo que puede haber cambiado? Por una parte, el nombre de este barco no es el que me dijiste. En vez del *No Se Alquila* es el *Rex Grandissimus*.

—Eso suena extraño. Suena más bien como el nombre que hubiera elegido el Rey Juan.

—Por lo que me has contado de ese Juan, puede que matara a Clemens y se apoderara del barco. Sea cual sea la verdad, quiero que vayas al encuentro de ese barco en la frontera.

—¿Yo?

—Tú conoces al hombre que lo construyó. Quiero que abordes el barco en la frontera. Averiguarás cuál es la situación y qué tipo de gente vive en él. Y estimarás también su potencial militar.

Hermann se mostró sorprendido.

—Fenikso, me contaste la historia que ese gigante de larga nariz, ¿Joe Miller?, le contó a Clemens, y que Clemens contó a los demás. Si es cierta, hay una gran Torre en el centro de ese mar en el polo norte. Esos hombres tienen intención de penetrar en ella si les es posible. Creo que su intento es perverso.

—¿Perverso?

—Porque esa Torre es obviamente obra de los Éticos. Esa gente del barco pretende penetrar en esa Torre, para descubrir sus secretos, quizá para tomar cautivos o incluso matar a los Éticos.

—Eso es algo que no sabes con certeza —dijo Hermann.

—No, pero es razonable suponerlo.

—Nunca he oído a Clemens decir que deseara el poder. Simplemente deseaba llegar a las fuentes del Río.

—Lo que diga públicamente y lo que pueda ser privadamente son cosas distintas.

—Realmente, Jacques —dijo Hermann—, ¿por qué debemos preocuparnos de lo que hagan aunque realmente pretendan penetrar en la Torre? Seguro que crees que sus diminutas ametralladoras y demás armas puedan conseguir algo contra los Éticos. Los seres humanos son apenas gusanos para ellos. Además ¿qué podemos hacer contra ellos? No podemos utilizar la fuerza para detenerles.

El arzobispo se inclinó hacia adelante, sus enormes y morenas manos sujetando el borde del escritorio. Miró a Hermann como si estuviera deshojándolo, capa tras capa, para mirar lo que formaba su núcleo.

—¿Se ha producido algún fallo en este mundo, algún terrible fallo! En primer lugar, las pequeñas resurrecciones se han interrumpido. Esto parece haberse producido poco después de tu última resurrección. ¿Recuerdas la consternación que causaron esas noticias?

Hermann asintió y dijo:

—Yo mismo sufrí una terrible ansiedad. La duda y la desesperación me causaban pánico.

—A mí también. Pero, como arzobispo, tenía que tranquilizar a mis fieles. De todos modos, no tenía hechos que pudiera utilizar como base para la esperanza. Era posible que ya se nos hubiera dado todo el tiempo que necesitábamos. Aquellos que tenían que conseguir el Seguir Adelante ya lo habían conseguido. El resto iba a morir, y sus *kas* seguirían vagando por el universo, eternamente, más allá de toda redención.

»Pero yo no creía en ello. Por una parte, sabía que yo no estaba aún preparado para Seguir

Adelante. Tengo un camino que recorrer, quizá un largo camino, antes de conseguirlo.

»¿Y me hubiera elegido el Ético para fundar la Iglesia si yo no fuera un firme candidato para Seguir Adelante?

»O bien, y puedes imaginar mi agonía ante ese pensamiento, ¿había fracasado? ¿Había sido elegido para mostrar a los otros el camino de la salvación, y yo debía quedarme atrás? ¿Como Moisés, que condujo a los hebreos a la tierra prometida pero le fue prohibido que él penetrara en ella?

—¡Oh, no! —murmuró Hermann—. ¡Eso no es posible!

—Podría serlo —dijo La Viro—. Sólo soy un hombre, no un dios. Hubo un tiempo en el que incluso pensé en renunciar. Quizá se me permitió que ignorara mi propio progreso ético porque estaba demasiado ocupado dirigiendo los asuntos de la Iglesia. Me había vuelto arrogante; mi poder me había corrompido de una forma sutil. Tenía que dejar que los obispos eligieran un nuevo jefe. Cambiaría mi nombre e iría Río abajo como misionero.

»No, no protestes. Consideré seriamente eso. Pero luego me dije a mí mismo que haciendo eso traicionaría la confianza que los Éticos habían depositado en mí. Y quizá hubiera alguna otra explicación para ese terrible acontecimiento.

»Mientras tanto, tenía que dar alguna explicación pública. Sabes cuál fue; tú fuiste uno de los primeros en oírla.

Hermann asintió. Se le había confiado el llevar el mensaje hasta tres mil kilómetros más abajo de Virolando. Eso había significado permanecer ausente de su amado país durante más de un año. Pero se había sentido feliz de hacer eso por La Viro y la Iglesia. El mensaje era: No tengáis miedo. Tened fe. Los últimos días aún no han llegado. La prueba no ha terminado. Estamos en un período de pausa que no va a durar siempre. Algún día, los muertos volverán a alzarse. Eso ha sido prometido. Quienes hicieron este mundo y nos dieron la oportunidad de ser inmortales no pueden fallarnos. Este período es una prueba. No tengáis miedo. Creed.

Muchos habían preguntado a Hermann cuál era exactamente la «prueba». El sólo había podido responderles que no lo sabía. Quizá La Viro había sabido todo eso de los propios Éticos. Quizá revelar la finalidad de la prueba significara falsear su resultado.

Algunos no lo habían aceptado. Habían abandonado la Iglesia, denunciándola amargamente. La mayoría, sin embargo, habían seguido siendo fieles a ella. Sorprendentemente, se habían conseguido muchos nuevos conversos. Esos habían llegado a través del miedo, miedo de que quizá existiera realmente una segunda oportunidad de alcanzar la inmortalidad y ahora su tiempo para conseguirlo se estuviera terminando. No era una actitud racional, puesto que La Viro había dicho que las resurrecciones volverían de nuevo. Pero no querían correr riesgos de perder su oportunidad.

Aunque el miedo no formó creyentes a largo plazo, hizo dar un paso hacia la dirección correcta. Quizá la auténtica fe viniera luego.

—La única afirmación en mi mensaje que no era estrictamente cierta —dijo La Viro— era que este período de pausa era una prueba. No tenía autoridad directa, es decir, no había recibido ningún mensaje directo del visitante, de que este fuera el caso. Pero, en un cierto sentido, mi afirmación no era una mentira piadosa. La interrupción de las resurrecciones es una prueba. Una prueba de valor y

creencias. Evidentemente, nos pone a prueba a todos nosotros.

»En aquel momento, pensó que todo aquello tenía una finalidad beneficiosa por parte de los Éticos. Y puede que así fuera. Pero el visitante me había dicho que él y sus compañeros eran simplemente seres humanos pese a los superpoderes que estaban a su disposición. Podían cometer fallos y errores. Lo cual significa que no son invulnerables. Pueden ocurrirles accidentes, Y puede que haya enemigos que deseen causarles daño.

Hermann se envaró en su asiento.

—¿Qué enemigos?

—No puedo conocer su identidad... si realmente existen. Considera esto. Ese subhumano, no, no voy a llamarle así, puesto que es humano, pese a su extraña apariencia. Ese gigante, Joe Miller, y los egipcios, llegaron hasta el mar polar pese a los grandes riesgos. Y otros les habían precedido. Por todo lo que sabemos, puede que haya habido otros que hayan seguido a los egipcios. *¿Cómo sabemos si algunos de ellos no han conseguido penetrar en la Torre? ¿Y ocasionado allí algo terrible, quizá sin pretenderlo siquiera?*

—Me resulta difícil de creer que los Éticos no posean defensas invulnerables —dijo Goering.

—¡Ja! —dijo La Viro, alzando un dedo—. Olvidas el ominoso significado del túnel y la cuerda que encontró el grupo de Miller. Alguien horadó el agujero en las montañas y dejó la cuerda allí. La cuestión es, ¿quién y por qué?

—Quizá fue uno de los Éticos de segundo orden, un agente renegado —dijo Hermann—. Después de todo, el visitante te dijo que era posible la regresión incluso para ellos. Si eso es posible a los de su clase, piensa en lo mucho más posible que es para un agente.

La Viro estaba horrorizado.

—Yo... yo... ¡debería haber pensado en eso! ¡Pero es tan... tan impensable... tan arriesgado!

—¿Arriesgado?

—Sí. Los agentes tienen que estar más avanzados que nosotros, y sin embargo tienen que... esperar.

La Viro cerró los ojos, manteniendo su mano derecha con el índice y el pulgar formando una O. Hermann no dijo nada. La Viro estaba recitando mentalmente la fórmula de la aceptación, una técnica utilizada por la Iglesia, inventada por el propio La Viro. Al cabo de dos minutos, La Viro abrió los ojos y sonrió.

—Si eso fuera cierto, deberíamos enfrentarnos a todas las implicaciones y estar dispuestos —dijo—. *Que la Realidad sea Tuya... y nuestra*

»Pero volvamos a la razón principal por la que te he mandado llamar. Deseo que subas a ese barco y observes todo lo que puedas. Descubre cuál es la disposición de su capitán, ese Rey Juan, y su tripulación. Determina si constituyen una amenaza para los Éticos. Por ello quiero decir si tienen artilugios y armas que puedan concebiblemente permitirles penetrar en la Torre.

La Viro frunció el ceño y dijo:

—Ya es hora de que echemos una mano en este asunto.

—Supongo que no querrás decir usar la violencia.

—No, no contra la gente. Pero la no violencia y la resistencia pasiva se aplican únicamente a las

personas. ¡Hermann, si es necesario, hundiremos ese barco! Pero lo haremos solamente como último y lamentable recurso. Y lo haremos tan sólo si podemos asegurarnos de que nadie resultará dañado.

—No... no comprendo —dijo Hermann—. Tengo la impresión de que, si hacemos esto, demostraremos falta de fe en los Éticos. Ellos tienen que ser capaces de manejar cualquier situación de peligro que los simples hombres puedan maquinarse contra ellos.

—Acabas de caer en la trampa contra la que constantemente te avisa la Iglesia, la trampa contra la cual tú mismo has advertido a otros muchas veces. Los Éticos no son dioses. Solo hay un Dios.

Hermann se puso en pie.

—Muy bien. Partiré inmediatamente.

—Estás pálido, Fenikso. No estés tan asustado. Puede que no sea necesario destruir ese barco. En cualquier caso, lo haremos tan sólo si estamos seguros en un cien por ciento de que nadie va a resultar herido o muerto.

—No es eso lo que me asusta —dijo Hermann—. Lo que me asusta es que una parte de mí está ansiosa por lanzarse a la intriga, emocionada ante la idea de hundir ese barco. Es el viejo Hermann Goering, aún vivo dentro de mí, aunque creía que lo había arrojado ya de mi interior para siempre.

El *Rex Grandissimus* era realmente un hermoso y sorprendente navío. Surcaba rápidamente el centro del Río, alzándose majestuosamente blanco, sus grandes chimeneas negras irguiéndose altas, sus dos gigantescas ruedas de paletas girando. Desde el astil situado sobre la timonera, el estandarte flameaba, mostrando ondulantemente tres leones dorados sobre campo escarlata.

Hermann Goering, aguardando en la cubierta de una goleta de tres palos, alzó las cejas. El estandarte no era evidentemente el fénix escarlata sobre azul que Clemens había planeado.

El cielo estaba salpicando de deslizadores que se agitaban de un lado para otro sobre el gran barco fluvial. El propio Río estaba atestado con naves de todos tipos, oficiales y particulares.

Ahora el gran barco estaba reduciendo su velocidad, habiendo interpretado correctamente su capitán el significado de los cohetes lanzados desde la goleta de Goering. Además, las otras naves estaban formando un obstáculo que no podía rebasar a menos que aplastara a varias de ellas.

Finalmente se detuvo, con sus paletas girando tan sólo lo suficiente como para contrarrestar la corriente.

Mientras la goleta se acercaba a él, su capitán gritó algo al *Rex* a través de un cuerno de dragón del Río. Un hombre en la cubierta inferior se apresuró hacia un teléfono sujeto a una mampara y habló con la timonera. Al cabo de un momento, un hombre surgió de la timonera, llevando un instrumento con una especie de cuerno. Su voz surgió retumbante de él, sobresaltando a Hermann. El aparato debía amplificar eléctricamente los sonidos, pensó.

—¡Suba a bordo! —dijo el hombre en esperanto.

Aunque el capitán estaba como mínimo a más de quince metros por encima del agua y a treinta y cinco de distancia horizontalmente, Hermann lo reconoció. El pelo leonado, los anchos hombros, y el rostro ovalado eran los de Juan Sin Tierra, ex rey de Inglaterra, Señor de Irlanda, etc. etc. A los pocos minutos Hermann abordaba el *Rex* y era acompañado por dos oficiales fuertemente armados hasta un pequeño ascensor y en él a la cubierta superior de la timonera. Por el camino preguntó:

—¿Qué le ocurrió a Sam Clemens?

Los hombres parecieron sorprendidos. Uno de ellos dijo:

—¿Qué es lo que sabe usted de él?

—Las habladurías viajan más rápido que su barco —dijo Hermann. Esto era cierto, y si bien no había dicho exactamente la verdad, tampoco había mentido.

Penetraron en la sala de control. Juan estaba de pie junto al asiento del piloto, mirando hacia afuera. Se volvió al sonido de las puertas del ascensor cerrándose. Medía metro sesenta de altura, y era un hombre de aspecto viril y agradable apariencia, con grandes ojos azules. Llevaba un uniforme negro que probablemente no se ponía nunca excepto para impresionar a los locales. La negra chaqueta, los pantalones, y las botas, eran de piel de dragón del Río. La chaqueta estaba adornada con botones dorados, y una cabeza dorada de león rugía silenciosamente sobre la visera de su gorra. Hermann se preguntó dónde habría obtenido el oro, un artículo extremadamente raro. Probablemente se lo habría quitado a algún pobre infeliz.

Llevaba el pecho desnudo. Un vello leonado, algo más oscuro que el de su cabeza, se rizaba denso sobre la V de la parte superior de la chaqueta.

Uno de los oficiales que le habían escoltado restalló un saludo:

—¡El emisario de Virolando, Sire!

Así, pensó Hermann, era *sire*, no *señor*.

Resultaba evidente que Juan no reconocía a su visitante. Sorprendió a Hermann avanzando hacia él, sonriendo y tendiéndole la mano. Hermann se la estrechó. ¿Por qué no? No estaba aquí para vengarse. Tenía un deber que cumplir.

—Bienvenido a bordo —dijo Juan—. Soy el capitán, Juan Sin Tierra. Aunque, como puede ver, no tengo tierra, poseo algo mucho más valioso, este barco.

Se echó a reír y añadió:

—Hubo un tiempo en el que fui rey de Inglaterra e Irlanda, si eso significa algo para usted.

—Soy el hermano Fenikso, obispo auxiliar de la Iglesia de la Segunda Oportunidad y secretario de La Viro. En su nombre le doy la bienvenida a Virolando. Y, sí. Su Majestad, he leído acerca de usted. Nací en el siglo xx en Baviera.

Las densas y leonadas cejas de Juan se alzaron.

—He oído hablar mucho de La Viro, por supuesto, y se me dijo que vivía no muy lejos Río arriba.

Juan presentó a los demás, ninguno de los cuales era conocido de Hermann excepto el primer contramaestre, Augustus Strubewell. Era un americano, muy alto, rubio, y agraciado. Estrujó la mano de Hermann y dijo:

—Bienvenido, obispo. —Tampoco pareció reconocerle. Goering se alzó mentalmente de hombros. Después de todo, no había estado mucho tiempo en Parolando, y eso había sido hacía más de treinta y tres años.

—¿Quiere beber algo? —preguntó Juan.

—No, gracias —dijo Hermann—. Espero que me permita permanecer a bordo, capitán. Estoy aquí para escoltarle hasta nuestra capital. Le damos la bienvenida con paz y amor, y esperamos que usted haya venido a nuestro país con el mismo espíritu. La Viro desea conocerle y le envía sus bendiciones. Quizá desee usted quedarse un tiempo entre nosotros y estirar un poco las piernas en la orilla. De hecho, puede quedarse usted tanto tiempo como desee.

—Como puede ver, no soy miembro de su congregación —dijo Juan, aceptando una copa de bourbon de un ordenanza—. Pero tengo en alta estima a la Iglesia. Ha tenido una gran influencia civilizadora a todo lo largo del Río. Lo cual es más de lo que puedo decir de la iglesia a la que un día pertencí. Ha hecho nuestro viaje mucho más fácil, puesto que ha reducido la militancia. Aunque no mucha gente se atrevería a atacarnos, de todos modos.

—Me alegra oír eso —dijo Hermann. Decidió que sería mejor no mencionar lo que había hecho Juan en Parolando. Quizá el hombre había cambiado. Le daría el beneficio de la duda.

El capitán hizo los arreglos necesarios para asignarle un alojamiento a Goering. Su cabina estaría en el texas, una larga estructura que era una extensión del espacio justo debajo de la timonera y que se hallaba en el extremo delantero de estribor de la cubierta de aterrizaje. Allí era donde se alojaban

los principales oficiales.

Juan le preguntó acerca de su vida terrestre. Goering replicó que no valía la pena hablar del pasado. Lo que importaba era el presente.

—Bien —dijo Juan—, quizá, pero el presente es la suma del pasado. Si no quiere hablar usted de sí mismo, entonces hábleme de Virolando.

Era una pregunta legítima, aunque Goering se preguntó si lo que Juan deseaba saber era el potencial militar del estado. No iba a decirle que era inexistente. Dejaría que lo descubriera por sí mismo. Lo que sí que dejó claro, sin embargo, era que no se permitiría que nadie del *Rex* bajara a tierra llevando armas.

—Si este fuera cualquier otro lugar, haría caso omiso de esta regla —dijo Juan, sonriendo—. Pero estoy seguro de que estaremos a salvo en el corazón de la Iglesia.

—Este país es, por todo lo que sé, algo único —dijo Hermann—. Su topografía y sus ciudadanos son notables. Lo primero podrá verlo por usted mismo —e hizo un gesto con la mano hacia las espiras de roca.

—Es un país columnario, evidentemente —dijo Juan—. ¿Pero qué es lo que hace a sus ciudadanos tan diferentes?

—La gran mayoría de ellos son Niños del Río. Cuando se produjo la primera resurrección, esta área estaba llena de niños que habían muerto entre las edades de cinco y siete años. Su número era a razón de veinte por cada adulto. No he oído de ningún otro lugar donde se produjera esa proporción. Los niños parecían proceder de muchos lugares y épocas, eran de muchas naciones y razas. Sin embargo, tenían una cosa en común. Estaban asustados. Pero afortunadamente los adultos procedían en su mayor parte de países pacíficos y progresistas, escandinavos, islandeses y suizos del siglo xx. El área no estuvo sujeta a las violentas luchas por el poder que ocurrieron en tantos otros lugares. El estrecho al oeste corta el paso a los titántropos que viven más allá. La gente inmediata a nosotros Río abajo son del mismo tipo que ésta. Así, los adultos pudieron dedicar todo su tiempo a cuidar de los niños.

»Luego La Viro anunció que había hablado con uno de los misteriosos seres que habían construido este mundo. Fue recibido como lo son todos los profetas al inicio de sus carreras. Con rechazo por parte de todos excepto unos pocos. Pero La Viro tenía algo sustancial, algo más allá de las palabras y de su convicción. Tenía una prueba sólida y visible. Era algo que nadie más poseía, que forzosamente tenía que ser un producto de los Éticos.

»Era el Don, como es llamado generalmente. Podrá verlo en el Templo. Una espiral de oro. Y así, instaló su hogar aquí.

»Los niños fueron educados con disciplina y amor, y fueron ellos quienes edificaron esta cultura que ve ahora a su alrededor.

—Si los ciudadanos —dijo Juan— son tan hermosos espiritualmente como lo es su país a la vista, deben ser ángeles.

—Son humanos —dijo Goering—, y por ello esto no es Utopía, no es el Paraíso. Creo, sin embargo, que no hallará usted ningún otro lugar que contenga a unas personas tan auténticamente amistosas, abiertas, generosas y amantes de sus semejantes. Este es un lugar realmente agradable

donde vivir, si uno posee un espíritu afín.

—Quizá sea un buen lugar para una prolongada estancia en tierra —dijo Juan—. Además, los motores necesitan un rebobinado, y eso toma tiempo.

—Lo prolongado de su permanencia depende únicamente de ustedes —dijo Goering.

Juan le miró agudamente.

Goering sonrió. ¿Estaba considerando Juan la forma en que podía aprovecharse de los virolandeses? ¿O simplemente estaba pensando que podía descansar una temporada aquí, sin temor a que su barco le fuera robado?

En aquel momento, un hombre entró en la sala de control. Medía metro ochenta de altura, su piel era profundamente bronceada, sus hombros amplios, su pecho en forma de barril. Su recio pelo era muy negro. Sus negras cejas enmarcaban unos grandes y fieros ojos negros. Su rostro era más fuerte que todos los que había visto Goering en sus vidas. El hombre irradiaba un aura que en la infancia de Goering hubiera sido llamada «magnetismo animal».

Juan, al verle, dijo:

—Ah, Gwalchwynn, el capitán de mis marines. Tiene que conocerlo. Es un gran tipo, un soberbio espadachín y un estupendo tirador, y un jugador de poker invencible. Es un galés descendiente de reyes por ambas partes de su familia, si lo que dice de sí mismo es cierto.

Goering sintió como si la sangre huyera por completo de su corazón. Murmuró:

—¡Burton!

Nadie parecía haberle oído.

Por la alarmada expresión de Burton, rápidamente ocultada, Goering se dio cuenta de que también lo había reconocido. Cuando Goering le fue presentado como el hermano Fenikso, el emisario de La Viro y obispo auxiliar, Burton hizo una inclinación de cabeza. Murmuró, arrastrando las palabras:

—Su Reverencia —y sonrió burlonamente.

—La Iglesia no tiene tales títulos, capitán —dijo Goering. Burton lo sabía, por supuesto. Simplemente estaba mostrándose sarcástico.

No importaba. Lo que importaba era que Burton parecía no sentir ningún deseo de revelar que Fenikso era en realidad Goering. No lo hacía para ayudar a Goering porque lo apreciara, sin embargo. Si divulgaba el nombre natal de Goering, entonces Goering revelaría el de Burton. Y era probable que Burton tuviera muchas más razones de permanecer en el anonimato que las que él, Goering, tenía. De hecho, Goering no tenía ninguna razón importante para utilizar un seudónimo. Simplemente deseaba evitar el tener que explicar por qué era ahora un miembro de la Iglesia. Era una larga historia y tomaba mucho tiempo desarrollarla, y la mayoría de los oyentes simplemente se negaba a creer que su conversión había sido sincera.

El Rey Juan se mostró encantador con su visitante. No reconocía en absoluto al hombre cuya cabeza había golpeado salvajemente una vez con la culata de una pistola. Goering deseaba que las cosas siguieran así. Si la intención de Juan era robar y violar a los locales, se pondría en guardia si sabía que una de sus víctimas del pasado estaba ahora presente. Si pensaba que Fenikso era tan sólo un simple e inocente obispo, no sería tan cuidadoso en ocultar sus intenciones.

Por supuesto, podía ocurrir que la naturaleza de Juan hubiera cambiado a mejor. ¿Estaría Burton a su servicio si no fuera así?

Sí, lo estaría, si su deseo de alcanzar las fuentes del Río era tan intenso.

Pero quizá Juan ya no fuera una hiena humana. Sin que con eso Goering pretendiera desmerecer a las hienas. Espera y observa.

Juan invitó al obispo a dar una vuelta por el barco. Goering aceptó de buen grado. Lo había visitado en Parolando antes de que estuviera completamente terminado, de modo que, aunque habían pasado varios años, recordaba en líneas generales sus características. Pero ahora podía verlo completamente amueblado y armado. Podría ofrecerle un informe completo a La Viro. Su jefe podría entonces determinar las posibilidades de hundir el barco si resultaba necesario. Goering no tomaba realmente en serio las afirmaciones de La Viro al respecto. Estaba seguro de que aquello no podría realizarse sin algún derramamiento de sangre. Sin embargo, no opinaría nada al respecto hasta que fuera preguntado.

Burton desapareció poco después de que se iniciara la visita. Reapareció tras ellos diez minutos más tarde, y se les unió silenciosamente. Esto fue justo antes de que entraran en el gran salón. Al entrar, Goering vio al americano, Peter Jairus Frigate, y a la inglesa, Alice Hargreaves, jugando al

billar. Se sintió sorprendido, y tartamudeó por un momento al responder a una de las preguntas de Juan. El recuerdo de lo que les había hecho a ellos, especialmente a la mujer, lo abrumó de culpabilidad.

Ahora su identidad sería descubierta. Juan le recordaría. Strubewell también. Y Juan se sentiría profundamente desconfiado hacia su persona.

Goering deseó ahora haberle dado a Juan su antiguo nombre tan pronto como se encontraron. ¿Pero quién hubiera podido pensar que, entre más de treinta y cinco mil o treinta y seis mil millones de personas, uno fuera a encontrar a alguien que le conocía demasiado bien a bordo de este barco? ¿Y quién hubiera podido imaginar que serían no uno, sino tres los que estarían a bordo?

Gott! ¿Habría más? ¿Dónde estaba el neanderthal, Kazz, que adoraba a Burton? ¿Y el arcturiano que proclamaba también ser de Tau Ceti? ¿Y la tokhariana, Loghu? ¿Y el judío, Ruach?

Como la mayor parte de la gente reunida en el salón, alzaron la vista cuando el grupo entró. Incluso el negro que estaba tocando al piano la pieza de ragtime «Kitten on the Keys» se interrumpió, sus dedos suspendidos en el aire.

Strubewell alzó la voz para pedir silencio y atención, y lo obtuvo. Presentó al hermano Fenikso, el emisario de La Viro, y dijo que Fenikso viajaría con ellos hasta Aglejo. Tenía que ser tratado con toda cortesía pero al mismo tiempo no debía importunársele. Su Majestad estaba conduciéndolo en una visita al *Rex*.

El pianista siguió con su pieza y las conversaciones se reanudaron. Frigate y Hargreaves se lo quedaron mirando durante un largo minuto, luego volvieron a su juego. No parecían haberle reconocido. Bien, pensó Goering, habían pasado casi sesenta años desde que se habían visto los unos a los otros por última vez. Era probable que no fueran tan buenos fisonomistas como él. Sin embargo, sus experiencias con él habían sido tan devastadoras que cabía suponer que nunca olvidarían su rostro. Además, Frigate, en la Tierra, había visto muchas fotografías suyas de cuando era joven, lo cual debería ayudar a su memoria.

No, no podían haber olvidado. Lo que había ocurrido era que Burton había ido a su encuentro durante su ausencia de la gira, y les había dicho que actuaran como si nunca antes lo hubieran visto.

¿Por qué?

Para evitarle sentimientos de culpabilidad, diciéndole con su silencio: «Te perdonamos ahora que has cambiado. ¿Hacemos como si nos viéramos por primera vez?»

Eso no parecía probable a menos que el carácter de Burton hubiera cambiado también. La auténtica razón era probablemente que Goering, si su personalidad era revelada, descubriría también a Burton. Y por lo que veía, Frigate y Hargreaves estaban ahí también bajo nombres falsos.

No tuvo mucho tiempo para pensar en este asunto. El Rey Juan, jugando el papel de amable anfitrión, insistía en mostrarle casi absolutamente todo del *Rex*. Le presentó también a mucha gente, una gran parte de la cual había sido famosa, o infamosa, o bien conocida, en su tiempo. Juan, durante los muchos años de viaje Río arriba, había tenido la oportunidad de llevarse consigo a tales notables. Lo cual significaba que debía haber tenido que echar a patadas a aquellos no tan famosos para hacer sitio a los famosos.

Goering no se sintió tan impresionado como Juan había esperado que se sintiera. Como alguien

que había sido el segundo al mando en el imperio alemán, y como tal había conocido a muchos de los más grandes del mundo, Goering no se maravillaba ni se dejaba embaucar fácilmente. Más aún, sus experiencias con los grandes y los casi grandes en ambos mundos le habían afirmado en la convicción de que la imagen pública y la persona que se ocultaba tras esa fachada eran a menudo patética o repugnantemente opuestas.

La persona que más le había impresionado en el Mundo del Río era un hombre que, en la Tierra, debía haber sido un completo desconocido, un fracaso, para casi todo el mundo. Se trataba de Jacques Gillot, La Viro, La Fondinto.

Durante su existencia terrestre, sin embargo, la persona que más le había maravillado, que de hecho le había abrumado e incluso esclavizado por la fuerza de su personalidad, había sido Adolf Hitler. Sólo en una ocasión se había enfrentado a su Führer durante todo aquel tiempo, con la convicción de que su Führer estaba equivocado, y en esa ocasión había sido echado a cajas destempladas. Ahora, con la retrospectiva de muchos años en el Mundo del Río y con el conocimiento que había adquirido como miembro de la Iglesia de la Segunda Oportunidad, no sentía en absoluto ningún respeto hacia aquel loco. Como tampoco sentía ningún respeto hacia el Goering de su tiempo. De hecho, lo odiaba.

Pero no estaba tampoco tan lleno de odio hacia sí mismo como para considerarse más allá de toda salvación. Pensar eso hubiera sido situarse en una clase especial, sentirse criminalmente orgulloso, estar lleno de presunción, poseer una forma peculiar de fariseísmo.

Sin embargo, existía también el peligro de adquirir todos esos orgullos a base de no pretender tenerlos. Sentirse orgulloso a causa de ser humilde.

Este era un pecado cristiano, aunque también existía en algunas otras religiones. La Viro, que fue un firme devoto católico durante toda su vida terrestre, nunca había oído siquiera hablar de tal pecado por aquel entonces. Su sacerdote nunca lo había mencionado durante sus largos sermones inductores de sueño. Gillot había trabado conocimiento con este viejo pero poco publicitario pecado una vez llegó a este planeta.

Aunque Goering reconoció antes del final de la guerra que Hitler estaba loco, siguió siendo fiel a él pese a todo. La lealtad era una de las virtudes de Goering, aunque en él era algo tan resistente a la razón que se convertía en una falta. Al contrario de la mayoría de los otros en el juicio de Nüremberg, Goering se había negado a renunciar y a denunciar a su jefe.

Ahora, deseaba haber tenido el valor de haberse mantenido firme frente a su jefe incluso aunque esto hubiera significado su caída mucho antes de cuando se produjo y quizá incluso su muerte. Si tan sólo las cosas pudieran ocurrir de nuevo...

Pero La Viro le había dicho:

—Estás haciendo lo mismo de nuevo, cada día. Sólo que las circunstancias difieren, eso es todo.

La tercera persona que causó una más grande impresión en él fue Richard Francis Burton. Goering no dudaba de que Burton, si hubiera estado en el lugar de Goering, no habría vacilado en decirle a Hitler: «¡No!», o: «¡Estás equivocado!» ¿Cómo, pues, había conseguido Burton no ser arrojado del *Rex* durante todos esos años? El Rey Juan era un tirano, arrogante, intolerante con todos aquellos que discutían con él.

¿Había cambiado Juan? ¿Había cambiado también Burton? ¿Y habían sido los cambios lo suficientemente intensos como para que cada uno de los hombres pudiera seguir sin problemas junto al otro?

—Aquí —dijo Juan—, jugando al poker cerrado, hay siete pilotos de mis fuerzas aéreas. Se los presentaré.

Goering se quedó alucinado cuando Werner Voss se levantó para estrechar su mano. Lo había conocido en una ocasión, pero evidentemente Voss no lo había reconocido.

Goering era un excelente piloto, pero no dudaba en admitir que nunca podría igualarse a Voss. Voss se había anotado su primera victoria, dos aeroplanos aliados, en noviembre de 1916.

El 23 de setiembre de 1917, poco después de cumplir los veinte años, Voss fue derribado tras una batalla en solitario contra siete de los mejores pilotos de combate británicos. En menos de un año, durante el cual se había convertido en el azote del enemigo, se había anotado cuarenta y ocho victorias, las suficientes como para convertirlo en el número cuatro de los ases del Servicio Imperial del Aire Alemán. Y en este corto tiempo había sido trasladado varias veces del frente para realizar servicios administrativos o de otra índole. No era una coincidencia que esto ocurriera cuando su registro de victorias se acercaba demasiado al de Manfred von Richthofen. El barón tenía grandes influencias, y Voss no era el único al que von Richthofen había conseguido apartar de la acción directa por un tiempo. Karl Schaefer y Karl Allmenroeder, grandes pilotos, habían sido manipulados del mismo modo.

Voss era teniente primero de las fuerzas aéreas, el segundo al mando, explicó Juan. El capitán era Kenji Okabe, uno de los grandes ases japoneses. El sonriente hombrecillo cetrino hizo una inclinación de cabeza hacia Goering, que le devolvió el saludo. Goering nunca había oído hablar de él debido a que Alemania recibía muchas noticias de sus aliados durante la Segunda Guerra Mundial. Su récord debía ser impresionante, sin embargo, para que Juan le diera un cargo superior al del gran Voss. O quizá Okabe se hubiera unido a las fuerzas aéreas antes que Voss y eso le diera mayor antigüedad.

Los demás aviadores, los dos pilotos de reserva de los aparatos de combate, los pilotos del torpedero-bombardero y del helicóptero, eran desconocidos para Goering.

A Goering le hubiera gustado charlar con Voss acerca de los viejos días de la Primera Guerra Mundial. Suspirando, siguió a Juan escaleras arriba hacia la cubierta C o superior. Al final de la visita, regresaron al gran salón para tomar unos refrescos. Goering tomó solamente un vaso. Juan, observó, engulló dos en muy corto tiempo. Su rostro enrojeció, pero su lengua no empezó a trabarse. Le hizo a Goering varias preguntas acerca de La Viro. Goering respondió con la verdad. ¿Qué había que ocultar?

¿Podía el obispo darle a Juan alguna indicación acerca de si La Viro permitiría o no que el barco efectuara algunas reparaciones prolongadas en su territorio?

—No puedo hablar por La Viro —dijo Goering—, pero creo que dirá que sí. Después de todo, son ustedes conversos potenciales a la Iglesia.

El Rey Juan sonrió y dijo:

—Por los dientes de Dios, no me importa en absoluto cuántos miembros de mi tripulación

conviertan ustedes después de que hayamos hundido el barco de Clemens. Quizá no sepa usted que Clemens intentó asesinar a mí y a mis mejores hombres a fin de apoderarse del barco para él y para sus cochinos seguidores. ¡Ojalá Dios castigue a esa mofeta con un rayo! Pero yo y mis bravos muchachos desbaratamos sus planes, ¡y casi estuvimos a punto de matarle! Y nos marchamos con el barco Río arriba mientras él se quedaba en la orilla, chillando y maldiciendo y agitando su puño contra nosotros. Me reí de él, pensando que esa era la última vez que lo veía. Pero estaba equivocado.

—¿Tiene alguna idea de lo cerca que está Clemens de usted? —preguntó Goering.

—He calculado que estará tan sólo a unos pocos días de distancia de nosotros —dijo Juan—, una vez hayamos rebobinado nuestros motores. Perdimos también mucho tiempo reparando los daños causados por los incursores.

—Entonces, eso significa...

A Goering no le gustó la idea de traducir sus pensamientos en palabras.

Juan sonrió salvajemente.

—Sí, ¡eso significa que vamos a *luchar*!

Goering comprendió que Juan pretendía utilizar su ancho y largo lago para la confrontación. Aquello le daría espacio más que suficiente para maniobrar. Creyó que no era juicioso mencionar aquello en aquel momento.

Juan empezó a maldecir a Clemens, acusándole de mentiroso, traidor, sediento de sangre, monstruo rapaz. Era un temerario criminal, y Juan era su víctima inocente.

Pero no engañaba a Goering. Habiendo conocido tanto a Clemens como a Juan, estaba seguro de que era Juan el mentiroso, el traidor y el rapaz. Se preguntó cómo aquellos que estaban en el secreto habían conseguido ocultar la verdad a aquellos que se habían unido posteriormente a la tripulación.

—Su Majestad —dijo Goering—, ha sido un viaje muy largo, difícil y peligroso. Su índice de bajas tiene que haber sido alto. ¿Cuántos hombres quedan de su tripulación original?

Juan achicó los ojos.

—Esa es una extraña pregunta. ¿Por qué la formula? Goering se alzó de hombros.

—No tiene la menor importancia —dijo—. Simplemente, sentía curiosidad. Hay tantos pueblos salvajes en el Río, y estoy seguro de que muchos de ellos habrán intentado apoderarse del barco. Después de todo, es...

—¿Es un tesoro mucho más valioso que su peso en diamantes? —dijo Juan, sonriendo—. Sí. Lo es. Por el trasero de Dios podría contarle historias de las enormes batallas que hemos tenido que sostener para impedir que el *Rex* cayera en manos enemigas. La verdad es que, de los cincuenta que abandonamos Parolando, sólo dos siguen aún en el barco. Yo mismo, y Augustus Strubewell.

Lo cual podía significar, pensó Goering, que Juan se las había arreglado para que nadie con la lengua fácil pudiera contarle la verdad a los nuevos reclutas. Un empujón en la oscuridad en medió de uña tormenta, un chapoteo que nadie podía oír. Una pelea provocada por Juan o Strubewell, y luego el despido de la tripulación por incompetencia o insubordinación. Había muchas formas de matar y muchas excusas para librarse de un hombre o una mujer echándolo del barco. Y los accidentes y las luchas y las deserciones se encargarían de los demás.

Ahora Goering comprendió otra razón por la cual Burton guardaba silencio acerca de su identidad. Si Juan reconocía a Goering, sabría que Goering sabía que estaba mintiendo. Y simplemente podía provocar un «accidente» que se hiciera cargo de Goering antes de que el barco llegara a Aglejo. Así, ningún informe inconveniente acerca de Juan podría llegar a La Viro. Quizá, pensó Goering, se estaba volviendo demasiado suspicaz. Aunque realmente no lo creía así.

Habían abandonado el gran salón, dirigiéndose hacia el extremo de proa del texas. Era de forma semicircular y protegido con cristales irrompibles. El pozo del ascensor que atravesaba la habitación y conducía hasta la timonera formaba parte de la pared posterior. Había allí sillas y mesas, varios sofás, y un pequeño bar. Como en la mayor parte del barco, sonaba una suave música procedente de una estación central. Pero podía ser cortada. Tras un momento de conversación acerca del rebobinado de los motores, que como mínimo tomaría dos meses, Goering desvió la conversación hacia la próxima batalla. Quería saber: «¿Qué se consigue luchando? ¿Para qué sirve? ¿Por qué toda esa gente en su barco y en el de Clemens correrán el peligro de muerte y mutilaciones y terrible dolor simplemente por algo que ocurrió hace varias décadas? Creo que tanto usted como Clemens están locos. ¿Por qué no terminan con todo esto? Al fin y al cabo, Clemens tiene su propio barco ahora. ¿Qué podrá hacer con dos barcos? Lo cual puede que no ocurra, de todos modos, porque uno de los barcos puede quedar arruinado, y sospecho que ese será indudablemente el suyo, Su Majestad. Conociendo el tamaño y la potencialidad del barco de Clemens, hay pocas dudas al respecto.»

Pero lo que dijo fue:

—Quizá no sea necesario luchar con Clemens. Después de todos esos años, ¿es posible que aún esté sediento de venganza? ¿Desea vengarse de él porque él intentó matarle? ¿No puede perdonarle? El paso del tiempo enfría a menudo las grandes pasiones y permite que la razón prevalezca. Quizá...

Juan alzó sus anchos hombros y levantó sus manos, con las palmas hacia arriba.

—Créame, hermano Fenikso, debería dar gracias a Dios si Clemens se hubiera vuelto cuerdo y se hubiera convertido en un hombre de paz. No soy amante de la guerra. Todo lo que deseo es ser amigo de todo el mundo. No alzaría mi mano contra nadie si nadie alzara su mano contra mí.

—Me alegra enormemente oír eso —dijo Goering—. Y sé que La Viro se sentirá feliz actuando de intermediario de modo que cualquier disputa existente entre ustedes dos pueda ser resuelta amistosamente. La Viro, todos nosotros aquí, nos sentimos ansiosos por evitar cualquier derramamiento de sangre y por conseguir que la buena voluntad, el amor si es posible, se establezcan entre usted y Clemens.

Juan frunció el ceño.

—Dudo que esa sanguinaria criatura poseída del demonio acepte siquiera una entrevista... a menos que sea para matarme.

—Lo único que podemos hacer es intentar por todos los medios concertar esa entrevista.

—Lo que más me preocupa, lo que me hace pensar que Clemens siempre me odiará, es que su esposa, mejor dicho su ex esposa, resultó muerta accidentalmente durante la batalla por el barco. Aunque estaban separados, él aún seguía amándola. Y lo más probable es que me siga considerando todavía responsable de su muerte.

—Pero eso ocurrió antes de que cesaran las resurrecciones —dijo Goering—. Ella debió ser trasladada a algún otro lugar.

—Eso no tiene importancia. El probablemente no volverá a verla nunca, de modo que para él es

como si estuviera muerta. De todos modos, ya estaba muerta para él antes de que muriera realmente. Como tal vez sepa, estaba enamorado de ese francés de enorme nariz, de Bergerac.

Juan lanzó una fuerte risotada.

—El francés era uno de los que realizaron la incursión. Le golpeé en la nuca antes de escapar del helicóptero. Fue también de Bergerac quien atravesó con su espada el muslo del capitán Gwalchwynn. Es el único hombre que jamás haya vencido a Gwalchwynn con la espada. Gwalchwynn afirma que se distrajo o de otro modo de Bergerac jamás hubiera podido atravesar su guardia. A Gwalchwynn no le gustaría que Clemens y yo hiciéramos las paces. El también está sediento de venganza.

Hermann se preguntó si Gwalchwynn —Burton— sentía realmente así, pero cuando miró a su alrededor el inglés se había ido.

En aquel momento, dos marineros entraron trayendo pequeños barrilitos de alcohol con agua. Goering reconoció a uno de los hombres. ¿Acaso aquel barco estaba lleno de viejos conocidos?

Era de aspecto agradable, mediana altura, y con un físico delgado pero fibroso. Su corto pelo era casi de color arena, y sus ojos color avellana. Su nombre era James McParlan, y había entrado en Parolando al día siguiente de la llegada de Hermann. Hermann había hablado con él acerca de la Iglesia de la Segunda Oportunidad, y lo había encontrado educado pero resistente.

Lo que reforzaba la memoria de Hermann sobre él era que McParlan había sido el detective de la Pinkerton que se había infiltrado y finalmente había destruido a los Molly Maguires a principios de los años 1870. Los Molly Maguires eran una organización secreta terrorista de mineros irlandeses en los condados de Pensilvania de Schuylkill, Carbón, Columbia, y Luzerne. Goering, un alemán del siglo XX, probablemente no hubiera oído hablar jamás de él de no haber sido un ardiente estudioso de las historias de Sherlock Holmes. Había leído que los nombres de ficción Scowlers, Vermissa, y McMurdo, de la novela A. Conan Doyle *El valle del miedo*, estaban basados respectivamente en los auténticos Molly Maguires, los condados carboníferos de Pensilvania, y McParlan. Eso lo había llevado a leer el libro de Alan Pinkerton sobre las hazañas de McParlan, *Los Molly Maguires*.

En octubre de 1873, McParlan, bajo el nombre de James McKenna, consiguió introducirse en la sociedad secreta. El joven detective estuvo varias veces en grave peligro, pero se salió de él gracias a su valor, agresividad, y rápidos reflejos. Tras tres años con ese peligroso disfraz, expuso a la luz pública la labor secreta de los Maguires y las identidades de sus miembros. Los jefes de los terroristas fueron ahorcados; el poder de los Molly Maguires anulado. Y los propietarios de las minas continuaron durante varias décadas tratando a los mineros como si fueran siervos.

McParlan, pasando junto a Hermann al marcharse, le dirigió una mirada. Su rostro era inexpresivo. Sin embargo, Hermann creía que McParlan lo había reconocido. Sus ojos se habían apartado demasiado rápidamente de él. Además, el hombre era un entrenado detective, y en una ocasión le había dicho a Goering que nunca olvidaba un rostro.

¿Era la disciplina de un marinero en el desempeño de su labor lo que había impedido que McParlan le saludara como un viejo conocido? ¿O había alguna otra razón?

Burton entró y se unió al grupo. Tras algunos minutos se dirigió a los servicios situados junto al ascensor. Hermann se disculpó y lo siguió. Burton estaba en el extremo más alejado de los urinarios,

y no había nadie cerca. Hermann se situó a su lado y, mientras orinaba, habló en alemán en voz baja.

—Gracias por no decirle a tu comandante mi auténtico nombre.

—No lo he hecho por amor a ti —dijo Burton.

Burton se bajó el faldellín, se volvió, y se dirigió hacia los lavabos. Hermann lo siguió rápidamente. Cubierto por el ruido del agua de los grifos, dijo:

—No soy el Goering que tú conociste.

—Quizá no. Pero no me gustan ninguno de los dos.

Hermann ardía en ansias de explicarle la diferencia entre ambos, pero no se atrevía a tomarse tanto tiempo como eso. Regresó rápidamente a la sala de observación.

Juan estaba aguardándole para decirle que iban a salir a la cubierta exterior. Allí tendrían una vista más amplia del lago, al que el barco estaba entrando en aquel momento.

Allá delante, hasta tan lejos como podían ver, espiras de roca de varias alturas y multitud de formas surgían de la superficie del agua. En su mayor parte eran de color rosado, pero las había también negras, marrones, púrpura, verdes, escarlatas, naranjas, y azuladas. Aproximadamente una de cada veinte estaba estriada horizontalmente con bandas rojas, verdes, blancas y azules, siendo las bandas de distintas anchuras.

Hermann les dijo entonces que en el extremo occidental del lago las montañas se curvaban hacia dentro y formaban un angosto estrecho de unos setenta metros de anchura que discurría entre lisas paredes verticales de dos mil quinientos metros de altitud. La fuerza de la corriente era tan intensa allí que ninguna nave movida a mano o por la fuerza del viento podía vencerla. El tráfico en barco era allí en una sola dirección, Río abajo, y era realmente escaso.

Sin embargo, algunos viajeros habían tallado hacía mucho tiempo un estrecho sendero en la pared meridional. Estaba a unos ciento cincuenta metros por encima del estrecho y recorría unos dos kilómetros hasta el final del paso. De modo que había un cierto tráfico a pie.

—Justo al otro lado del estrecho hay un valle más bien angosto, aunque el Río tiene allí kilómetro y medio de anchura. Hay piedras de cilindros, pero nadie vive allí. Supongo que es debido a la corriente, que es tan fuerte que impide la pesca y la navegación hacia ningún lugar excepto hacia el estrecho. Además, el valle recibe muy poca luz solar. Sin embargo, hay una especie de bahía aproximadamente a unos ochocientos metros más arriba donde las embarcaciones pueden ser ancladas.

»A unos cuantos kilómetros más arriba de la bahía, el valle se ensancha considerablemente. Allí empieza la región de los peludos gigantes de enormes narices, los titántropos u ogros. Por lo que he oído, tantos de ellos han resultado muertos que la mitad de la población es ahora de tamaño humano.

Goering hizo una pausa, sabiendo que lo que iba a decir a continuación despertaría, o debería despertar, un enorme interés en sus oyentes.

—Se calcula que hay *tan sólo* treinta mil kilómetros desde el estrecho a las fuentes del Río.

Estaba intentando decirle a Juan que tal vez fuera mejor que siguiera adelante. Si las fuentes estaban tan cerca, ¿por qué debía detenerse aquí para luchar? Especialmente cuando lo más probable era que resultara derrotado. ¿Por qué no seguir hasta las fuentes, y desde allí preparar una expedición hacia la Torre de las Nieblas?

Juan dijo:

—Por supuesto.

Si había mordido el anzuelo, no dio la menor señal de ello. Parecía interesado tan sólo en el estrecho y en la zona que había inmediatamente detrás.

Tras algunas preguntas respecto a ella, Hermann se dio cuenta de lo que estaba pensando Juan. La bahía sería un excelente lugar para un rebobinado de motores. El estrecho sería casi ideal para aguardar al *No Se Alquila*. Si el *Rex* podía atraparlo mientras estuviera cruzando el estrecho, podría lanzar algunos torpedos hacia el paso. Esos tendrían que ser guiados a control remoto, de todos modos, puesto que el estrecho se curvaba en tres ocasiones.

Además, si Juan amarraba el barco en la bahía, mantendría a su tripulación alejada de la influencia pacifista de los de la Segunda Oportunidad.

Las especulaciones de Goering respecto a los pensamientos de Juan eran acertadas. Tras una visita de un día a La Viro, Juan levó anclas al *Rex* y cruzó el estrecho. Ancló de nuevo en la bahía, y fue construido un dique flotante desde la orilla hasta el barco. De tanto en tanto, el Rey Juan y algunos de sus oficiales, o únicamente estos últimos, acudían en una lancha a Aglejo. Aunque se les invitaba siempre a que se quedaran a pasar la noche o más tiempo si lo deseaban, nunca lo hicieron.

Juan aseguró a La Viro que no iba a penetrar en el lago para librar ninguna batalla.

La Viro le suplicó que negociara una paz honorable, con La Viro como intermediario.

Juan se negó durante las primeras dos entrevistas con La Viro. Luego, en la tercera, sorprendió a La Viro y a Goering aceptando.

—Pero creo que será una pérdida de tiempo y esfuerzos —dijo Juan—. Clemens es un monomaniaco. Estoy seguro de que piensa únicamente en dos cosas: recuperar su barco, y matarme.

La Viro se alegró de que al fin Juan estuviera dispuesto a hacer un esfuerzo. Hermann no se sentía tan feliz. Lo que Juan dijera y lo que Juan hiciera luego no eran a menudo la misma cosa.

Pese a las peticiones de La Viro, Juan se negó a permitir que los misioneros hablaran con su tripulación acerca de la Iglesia. Envío guardias armados al final del paso en la pared del estrecho para asegurarse de que los misioneros no entraran en su territorio. Su excusa, por supuesto, era que no deseaba ser atacado por los marines de Clemens. La Viro le dijo a Juan que no tenía derecho a impedir que gente no hostil cruzara el paso. Juan replicó que no había firmado ningún acuerdo con nadie relativo al uso del paso. Mantuvo su vigilancia, y nadie pudo impedir que ejerciera sus derechos.

Pasaron tres meses. Hermann aguardaba su oportunidad de llevar aparte a Burton y a Frigate cuando esos vinieran a Aglejo. Sus visitas eran muy poco frecuentes, y cuando lo hacían nunca iban solos.

Una mañana, Hermann fue llamado al Templo. La Viro le dio la noticia, que acababa de llegar vía tambores. El *No Se Alquila* estaría en Aglejo dentro de dos semanas. Goering tenía que ir al mismo lugar donde había abordado al *Rex*.

Aunque Clemens no se había mostrado amistoso cuando Hermann lo había conocido en Parolando, tampoco se había mostrado hostil. Cuando Goering subió a la timonera, se sorprendió al notar que se alegraba de ver a Clemens y al gigante titántropo, Joe Miller. Más aún, el americano lo

reconoció al cabo de cuatro segundos de su presentación. Miller proclamó que lo había reconocido al segundo por su olor.

—Aunque —dijo Miller— no huelez ezactamente como acoztumbrabaz a oler. Huelez mejor que entonces.

—Quizá sea el olor de santidad —dijo Hermann, y se echó a reír.

Clemens sonrió también, y dijo:

—¿La virtud y el vicio tienen su propia química? Bien, ¿por qué no? ¿Cómo huelo yo tras esos cuarenta años de viaje, Joe?

—Algo azi como una vieja pantera en celo —dijo Joe.

No fue en absoluto como cuando unos viejos amigos se encuentran después de una larga ausencia. Pero Goering sintió que, por alguna razón, se sentían tan complacidos de verle como él de verlos a ellos. Quizá era una pervertida forma de nostalgia. O tal vez la culpabilidad jugaba también algún papel en ello. Puede que se sintieran responsables de lo que le había ocurrido a él en Parolando. No deberían, por supuesto, ya que Clemens había hecho todo lo que había podido por hacer que abandonara el estado antes de que le ocurriera algo violento.

Le dijeron en pocas palabras lo que había pasado desde que le vieran por última vez. Y él describió sus experiencias desde entonces.

Fueron al gran salón a tomar unas copas y a presentarle a los notables de a bordo. Cyrano de Bergerac fue llamado a la cubierta de velos, donde había estado practicando esgrima.

El francés le recordaba, aunque no muy bien. Clemens describió de nuevo lo que Hermann había estado haciendo, y entonces de Bergerac recordó la conferencia que había dado Goering.

El tiempo había efectuado evidentemente algunos cambios en Clemens y de Bergerac, pensó Hermann. El americano parecía haber abandonado su gran animadversión hacia el francés, haberle perdonado el que hubiera tomado a Olivia Clemens como compañera. Los dos estaban ahora en buenas relaciones, charlando, gastándose bromas, riendo.

Pero llegó el momento en que todo esto tenía que terminar.

—Supongo que habéis oído que el barco del Rey Juan llegó a Aglejo hace tres meses. Y que está aguardándoos justo al otro lado del estrecho que hay en el extremo occidental del lago.

Clemens lanzó una maldición y dijo:

—Sabíamos que nos estábamos acercando rápidamente a él. ¡Pero no, no sabíamos que hubiera dejado de correr!

Hermann describió lo que había ocurrido desde que él abordara al *Rex*.

—La Viro espera aún que tú y Juan consigáis perdonaros mutuamente. Dice que después de tanto tiempo, no importa de quién fue la culpa al principio. Dice...

El rostro de Clemens enrojeció y se ensombreció.

—¡Es muy fácil para él hablar de perdón! —dijo con voz muy fuerte—. ¡Bien, que hable de perdón desde ahora hasta el día del juicio final, yo no voy a detenerle! Un sermón nunca hace daño a nadie, y a menudo es beneficioso... si necesitas echar una cabezada.

»Pero no he llegado hasta tan lejos tras todas las dificultades y angustias y traiciones y pesares sólo para darle a Juan unas palmadas en la cabeza y decirle lo buen chico que es por debajo de toda

su podredumbre y luego darle un beso y hacernos de nuevo amigos, y decirle: “Mira, Juan, reconozco que a lo largo de estos años has luchado mucho para mantener mi barco en buenas condiciones y para impedir que todos esos traidores bribones intentaran quitarse ese Fabuloso Barco Fluvial que tanto te había costado quitarme a mí. Reconozco que te he odiado, despreciado y detestado, pero qué infiernos, eso fue hace mucho tiempo. Ya no puedo seguir odiándote; siempre he sido un tipo de buen corazón”.

»¡Un infierno voy a hacer! —rugió Clemens—. ¡Voy a hundir ese barco, el barco que en un tiempo amé tanto! ¡Él lo ha deshonrado, lo ha convertido en un estercolero, ha hecho que hieda! Voy a hundirlo, hacerlo desaparecer de mi vista. Y de una forma u otra, voy a librar a este mundo de Juan Sin Tierra. ¡Cuando haya acabado con él, su nombre será Juan Sin Vida!

—Todos esperábamos —dijo Hermann— que después de todos esos años, dos generaciones, como se acostumbraba a contarse, vuestro odio se hubiera enfriado, quizá hubiera muerto por completo. Que...

—Oh, seguro, así ha sido —dijo Clemens en tono sarcástico—. Ha habido minutos, días, semanas, incluso meses, incluso un año entero, de tanto en tanto, en que no he pensado en Juan. Pero cuando me he sentido cansado de este eterno viaje por el Río, cuando he deseado ir a la orilla y quedarme en tierra y librarme del incesante ruido de las ruedas de paletas en mis oídos y la interminable rutina, las paradas tres veces al día para recargar los cilindros y el batacitor, los incesantes problemas que solucionar y los interminables detalles administrativos, y cada vez que mi corazón se ha detenido cuando he visto un rostro que se parecía al de mi amada Livy o Susy o Jean o Clara sólo para descubrir que no era ninguna de ellas... Bien, cuando me he sentido cansado de todo eso y he estado a punto de abandonar y decir: «Cyrano, toma tú el mando, voy a ir a la orilla y a descansar un poco y pasarlo bien y olvidar esta monstruosa belleza, y tú sigue adelante Río arriba y no vuelvas nunca a buscarme», entonces he recordado a Juan y lo que me había hecho y lo que yo tenía que hacerle a él. Y entonces he reunido mis fuerzas y he gritado: «¡Adelante, sin pararnos, a toda máquina! ¡Sigamos hasta que alcancemos al Maldito Juan y lo enviemos al fondo del Río!» Y eso, el pensamiento de mi deber y de mi más ansioso deseo, el oír a Juan chillar antes de que le rompa el cuello, eso es lo que me ha impulsado a seguir adelante, como tú dices, durante más de dos generaciones.

—Me duele oír eso —fue lo único que pudo decir Hermann.

Era inútil añadir nada más sobre aquel asunto.

Burton, sufriendo de nuevo su maldito insomnio, abandonó su cabina sin hacer ruido. Alice dormía tranquilamente. Salió al corredor débilmente iluminado, al texas, y a la cubierta de aterrizaje del *Rex*. La niebla cubría casi la barandilla de la cubierta B. La cubierta A era completamente invisible. Directamente encima de él, el cielo resplandecía brillantemente, pero hacia el oeste las nubes avanzaban con rapidez hacia el barco. A ambos lados del Valle las montañas cubrían buena parte del cielo. Aunque el *Rex* estaba anclado en una pequeña bahía a tres kilómetros más arriba del estrecho, el Valle allí se habían ensanchado tan sólo un poco. Era un lugar frío, lóbrego, propenso a la melancolía. Juan iba a tener problemas en mantener la moral allí.

Burton bostezó, se estiró, y pensó en encender un cigarrillo o quizá un puro. ¡Maldita fuera su incapacidad de dormir! En sesenta años en aquel mundo, hubiera tenido que aprender cómo superar aquella aflicción que le había atormentado durante cincuenta años en la Tierra. (Tenía diecinueve años cuando la terrible aflicción le había golpeado).

Le habían ofrecido multitud de técnicas para combatirla. Los hindúes poseían una docena; los musulmanes, otra docena. Varias de las tribus salvajes de Tanganika tenían sus remedios infalibles. Y en este mundo, había intentado un buen número de otros. Nur el-Musafir, el sufí, le había enseñado una técnica que parecía más eficaz que cualquier otra que había aprendido con anterioridad. Pero al cabo de tres años, lentamente, avanzando noche tras noche, el Viejo Diablo Insomnio se había aposentado de nuevo en su cabeza de playa. Durante algún tiempo, pudo considerarse afortunado consiguiendo un par de buenas noches de sueño cada siete días.

Nur había dicho:

—Podrías vencer el insomnio si supieras qué es lo que lo causa. Podrías atacarle en su origen.

—Ya —había respondido Burton—. Si supiera cuál es su origen, podría echarle la mano encima. Sería capaz de conquistar algo más que el insomnio. Podría conquistar el mundo.

—Primero tienes que conquistarte a ti mismo —había dicho el moro—. Pero cuando lo hayas hecho, descubrirás que no vale la pena conquistar el mundo.

Los dos guardias junto a la entrada trasera del texas estaban caminando en la semioscuridad de la cubierta de aterrizaje, girando los talones, caminando hasta el centro de la cubierta, presentándose solemnemente el rifle el uno al otro, girando los talones, luego retrocediendo hasta el borde de la cubierta de aterrizaje, girando los talones, y así sucesivamente.

Durante su turno de cuatro horas, Tom Mix y Grapshink estaban de servicio. Burton no vacilaba en hablar con ellos, puesto que había otros dos guardias en la parte frontal del texas, dos en la timonera, y muchos otros en distintas partes del barco. Desde la incursión de los hombres de Clemens, Juan había dispuesto centinelas nocturnos por todo el barco.

Burton charló un rato con Grapshink, un nativo amerindio, en su propio idioma, que Burton se había tomado el trabajo de aprender. Tom Mix se unió a ellos y les contó un chiste verde. Se echaron a reír, pero después de que Burton les dijera que había oído otra versión distinta del mismo chiste en la ciudad etíope de Harar, Grapshink confesó que él había oído también otra versión cuando estaba

en la Tierra. Esto debía haber sido aproximadamente el año 30.000 antes de Cristo.

Burton les dijo a los dos que iba a echar un vistazo a los otros guardias. Caminó escaleras abajo hacia la cubierta B o principal y se dirigió hacia popa. Cuando pasaba junto a una luz difusa por la bruma, vio algo que se movía más allá del rabillo de su ojo izquierdo. Antes de que pudiera volverse hacia allá, recibió un golpe en la cabeza.

Un poco más tarde, despertó tendido de espaldas, mirando hacia arriba en medio de la bruma. Las sirenas estaban sonando, algunas de ellas muy cerca. La nuca le dolía enormemente. Se tocó el chichón, dio un respingo, retiró sus dedos pegajosos. Cuando se puso en pie, tambaleándose, mareado, vio que las luces de todo el barco estaban encendidas. La gente pasaba por su lado gritando. Alguien se detuvo junto a él. Alice.

—¿Qué ocurre? —gritó.

—No lo sé —dijo Burton—, excepto que alguien me golpeó. Avanzó hacia proa, pero tuvo que detenerse para sostenerse apoyando una mano en la pared.

—Ven —dijo ella—. Te ayudaré a llegar a la enfermería.

—¡Al diablo la enfermería! Ayúdame a llegar a la timonera. Tengo que informar al rey.

—Estás loco —dijo ella—. Puede que tengas una fractura craneana. Ni siquiera tendrías que caminar. Deberías tenderte en una camilla.

—Tonterías —gruñó él, y echó a andar. Ella hizo que pasara el brazo en torno a su hombro para que así pudiera apoyarse en ella. Siguieron caminando hacia la proa. Oyó que eran levadas las anclas, el sonido de las cadenas resonando por los orificios. Pasaron junto a los servidores de las ametralladoras y los tubos de cohetes.

—¿Qué ha ocurrido? —le gritó Alice a un hombre.

—¡No lo sé! Alguien dijo que la lancha grande había sido robada. Los ladrones enfilaron Río arriba.

Burton pensó que si esto era cierto, él había sido golpeado por alguien apostado para asegurarse de que los ladrones no fueran descubiertos.

Los «ladrones», estaba seguro, habían sido miembros de la tripulación. No creía que nadie pudiera deslizarse a bordo sin ser notado. Los sonares, radares, y detectores a infrarrojos estaban operando todas las noches desde la incursión. Sus operadores jamás se atreverían a quedarse dormidos. El último que había hecho esto, hacía diez años, había sido arrojado al Río desde el barco diez minutos más tarde de haber sido sorprendido.

Al llegar a la timonera, Burton tuvo que aguardar unos minutos antes de que el atareado rey pudiera hablar con él. Burton informó de lo que le había ocurrido. Juan no se mostró en absoluto compasivo; estaba fuera de sí por la rabia, maldiciendo, dando órdenes, pateando a todos lados.

Finalmente, dijo:

—Ve a la enfermería, Gwalchgywn. Si el doctor dice que no estás apto para el servicio, Demugts se hará cargo. No hay mucho que los marines puedan hacer en este momento, de todos modos.

—Sí, Sire —dijo Burton, y se dirigió al hospital de la cubierta C.

El doctor Doyle le hizo una radiografía del cráneo, limpió la herida de su *cabeza*, la vendó, y

ordenó que permaneciera acostado durante un tiempo.

—No hay ni concusión ni fractura. Todo lo que necesitas es un poco de descanso.

Burton siguió las indicaciones. Poco más tarde, sin embargo, le llegó la voz de Strubewell desde los altavoces. Faltaban doce personas, siete hombres, cinco mujeres.

Entonces fue interrumpido por Juan, aparentemente demasiado furioso como para dejar que su primer oficial diera los nombres de los desaparecidos. Con voz temblorosa, denunció a los doce como «perros traidores, cerdos amotinados, hediondas mofetas despreciables, cobardes chacales, hienas asquerosas».

—Vaya colección zoológica —dijo Burton a Alice.

Escuchó los nombres de los ausentes. Todos ellos eran agentes sospechosos, todos habían afirmado haber vivido más allá de 1983.

Juan creía que habían desertado porque tenían miedo a luchar.

Si no hubiera estado tan furioso como para pensar claramente, Juan hubiera recordado que los doce habían demostrado su valor en muchas batallas.

Burton sabía por qué habían huido. Deseaban alcanzar la Torre tan pronto como fuera posible, y no deseaban participar en una lucha que consideraban como totalmente innecesaria. De modo que habían robado la lancha y ahora estaban apresurándose Río arriba a toda la velocidad que les era posible. Indudablemente, esperaban que Juan no fuera tras ellos, que estuviera demasiado ocupado con Clemens.

De hecho, Juan había sentido la preocupación de que el *No Se Alquila* pudiera cruzar el estrecho mientras el *Rex* estaba persiguiendo a la lancha. Sin embargo, los guardias que estaban apostados en el sendero encima del estrecho disponían de un transmisor-receptor, e informarían instantáneamente en el momento en que el *Alquila* pusiera proa al canal. De todos modos, si el *Rex* estaba demasiado lejos Río arriba, no podría regresar a tiempo para bloquear al *Alquila*.

Pese a ello, Juan estaba dispuesto a correr el riesgo. No iba a permitir que los desertores se le escaparan con la lancha. La necesitaba para la próxima batalla. Y deseaba desesperadamente atrapar y castigar a los doce.

En los antiguos días en la Tierra, los hubiera torturado. Probablemente ahora estuviera deseando someterlos al potro y a la rueda y asarlos a fuego lento en una parrilla, pero sabía que su tripulación, la mayoría de ella al menos, no iba a tolerar tales barbarismos. Permitirían que los doce fueran fusilados, aunque no les gustara, porque había que mantener la disciplina. Además, el robo de la lancha incrementaba la felonía.

De pronto, Burton gruñó. Alice dijo:

—¿Qué ocurre, querido?

—Nada —dijo—. Sólo una punzada de dolor.

Puesto que había oírás enfermeras por los alrededores, no podía decirle que acaba de ocurrírsele que Strubewell se había quedado a bordo. ¿Por qué? ¿Por qué no se había marchado con los demás agentes?

¡Y Podebrad! Podebrad, el ingeniero checo, el principal sospechoso. Su nombre no estaba en la lista.

Una pregunta más que añadir a las docenas de preguntas que debería formular a un agente algún día. Quizá no tuviera que esperar hasta *algún día*. ¿Por qué no ir a Juan ahora y contarle la verdad? Juan podía meter inmediatamente a Strubewell y Podebrad entre rejas e interrogarles con una rapidez libre de legalidades y papeleos.

No. No podía hacer aquello ahora. Juan no tenía tiempo de ocuparse de tales cosas en este momento. Tendría que aguardar hasta después de la batalla. Además, los dos hombres podían simplemente suicidarse.

¿Lo harían?

Ahora que no existían las resurrecciones, ¿se mataría a sí mismo un agente?

Era probable, pensó Burton. El hecho de que los habitantes del Valle no fueran resucitados no constituía ninguna prueba de que los agentes tampoco lo fueran. Podían alzarse de nuevo en algún otro lugar, en las enormes cámaras subterráneas o en la Torre.

Burton no creía aquello. Si los agentes resucitaran en algún otro lugar, no hubieran dudado en abordar el exprés de los suicidios. No estarían viajando ahora vía barco de paletas para alcanzar la Torre.

Si él y Strubewell y Podebrad sobrevivían a la batalla, iba a pillarles por sorpresa, privarles de los sentidos antes de que pudieran transmitir el código mental que liberaría el veneno de las pequeñas esferas en la parte delantera de sus cerebros, y luego hipnotizarlos mientras seguían aún inconscientes.

Eso era algo satisfactorio de visualizar. Pero mientras tanto, ¿por qué se habían marchado aquellos doce mientras los otros dos se quedaban?

¿Se habían quedado Strubewell y Podebrad en el barco a fin de poder sabotearlo si parecía que Juan estaba dispuesto a emprender la persecución de los doce?

Esa parecía ser la única explicación. En cuyo caso, Burton tenía que acudir a Juan para advertirle.

¿Pero le creería Juan? ¿O pensaría que el golpe en la cabeza de Burton había alterado sus percepciones?

Era probable, pero tendría que convencerse cuando Burton reclamara a Alice, Kazz, Loghu, Frigate, Nur, Mix, London y Umslopogaas como testigos.

Por aquel entonces, sin embargo, Strubewell y Podebrad podían imaginar lo que estaba ocurriendo y huir. Peor aún, podían hacer saltar el barco o cualquier otra cosa que estuvieran planeando hacer.

Burton le hizo una seña con el dedo a Alice. Cuando ella se le acercó, le dijo en voz baja que transmitiera un mensaje a Nur el-Musafir. Nur tenía que situar a uno o más de su grupo con Podebrad en la sala de calderas y con Strubewell en la timonera. Si cualquiera de los dos hacía algo sospechoso, algo que pudiera amenazar al barco, debía ser golpeado inmediatamente en la cabeza. Si eso no era posible, había que dispararle o apuñalarle.

Alice abrió mucho los ojos.

—¿Por qué?

—¡Te lo explicaré más tarde! —dijo Burton ferozmente—. ¡Ve mientras aún estamos a tiempo!

Nur imaginaría lo que significaban esas órdenes. Y vería que fueran cumplidas de alguna manera. No iba a ser fácil meter a alguien en la sala de calderas y en la timonera. En aquel momento, cada uno o una tenía su propia misión asignada. Abandonar su puesto por cualquier razón que fuera sin autorización era un serio crimen. Nur tendría que pensar rápido y sagazmente para enviar a alguien a vigilar a los dos.

Y entonces Burton dijo:

—¡Ya lo tengo!

Tomó el teléfono de la enfermería y llamó a la timonera. El operador del teléfono de allí iba a llamar a Strubewell, pero Burton insistió en que debía hablar directamente con el rey. Juan se mostró muy irritado, pero cuando Burton le pidió que bajara para hablar con él desde la sala de observación lo hizo. Allí accionó un interruptor que hacía que su conversación no pudiera ser escuchada por la línea de la timonera a menos que la línea hubiera sido intervenida.

—Sire —dijo Burton—, he estado pensando. ¿Cómo sabemos que los desertores no han instalado una bomba en el barco? ¿Con la intención de, si nosotros intentamos perseguirles, enviar un mensaje en código a través del transmisor, y accionar los explosivos?

Tras un corto silencio, Juan dijo, con una voz ligeramente aguda:

—¿Crees que es una posibilidad?

—Si yo puedo pensar en ello, ¿por qué no pueden haberlo hecho los desertores?

—Ordenaré inmediatamente un registro. Si te sientes en condiciones, únete a él.

Juan colgó. Un minuto más tarde la voz de Strubewell atronaba en los altavoces. Dio órdenes de que hasta el último centímetro del barco fuera registrado en busca de bombas. Los oficiales tenían que organizar grupos inmediatamente. Strubewell listó a los responsables para cada zona, y les dijo que empezaran ya.

Burton sonrió. No había sido necesario revelarle nada a Juan, y Podebrad y Strubewell se encontraban dirigiendo una búsqueda de las bombas que ellos mismos podían haber ocultado.

Burton se dirigió hacia la puerta. Puesto que no se le había hecho responsable de ninguna zona, se consideraba un agente libre. Iría a la cubierta de calderas o a la A e inspeccionaría la sala de motores o los almacenes de municiones.

Justo en el momento en que empezaba a bajar las escaleras hacia la cubierta B, oyó disparos de pistola y gritos. Parecían proceder de abajo, así que se apresuró, respingando de dolor cada vez que sus pies daban un paso. Cuando alcanzó la cubierta A vio a un grupo de personas reunidas junto a la barandilla. Se dirigió hacia allá, abriéndose camino entre la gente, y miró al objeto de su atención.

Era un engrasador llamado James McKenna. Estaba tendido de costado, con una pistola cerca de su mano abierta. Tenía un tomahawk firmemente clavado a un lado del cráneo.

Un enorme iroqués, Dojiji, dio un paso adelante, se inclinó.

—Me disparó y falló —dijo.

El Rey Juan hubiera debido dar sus órdenes de boca a boca, y no por el sistema de altavoces. Así McKenna hubiera sido atrapado en el acto de pegar los cuatro kilos de explosivo plástico al casco del barco en un rincón oscuro de la sala de motores. Realmente, de todos modos, no constituía ninguna diferencia. McKenna había salido de aquel rincón en el momento en que oía la orden de búsqueda. Lo había hecho fríamente, adoptando una actitud despreocupada. Pero un electricista que estaba allí lo había visto y le había preguntado qué hacía en aquel lugar, y McKenna se había limitado a dispararle. Luego había echado a correr, y había vuelto a disparar, y había matado a un hombre y a una mujer en su camino hacia la barandilla de la cubierta. Un grupo de búsqueda echó a correr tras él y le disparó, pero falló. Él respondió al fuego hiriendo a uno de ellos, pero había fallado a Dojiji. Ahora McKenna yacía muerto, imposibilitado de decirles por qué había intentado hacer volar el barco.

El Rey Juan fue abajo y miró la bomba. El mecanismo de relojería unido mediante unos cables al detonador y a la informe masa de plástico señalaba 10:20 minutos para la explosión.

—Es bastante como para hacerle al casco un agujero más grande que el propio lado de estribor —dijo despreocupadamente un experto en bombas—. ¿Debemos retirarla, Sire?

—Sí. Inmediatamente —dijo el Rey Juan serenamente—. Una cosa, sin embargo. ¿No tendrá también unido un receptor de radio?

—No, Su Majestad. Juan frunció el ceño.

—Muy extraño —dijo—. Simplemente no lo comprendo. ¿Por qué deberían dejar los desertores a uno de los suyos detrás para colocar el dispositivo de tiempo, cuando les hubiera sido mucho más fácil hacer estallar la bomba mediante frecuencias inalámbricas? McKenna hubiera podido irse con ellos. No hubiera tenido que poner en peligro a ninguno de ellos. Esto no tiene sentido.

Burton estaba con el grupo de oficiales que acompañaban a Juan. No dijo nada. ¿Para qué molestarse en explicárselo, si es que lo que tenía que decirle era realmente una explicación?

McKenna había aparecido inmediatamente después de la incursión desde el *Parseval*, y se había ofrecido voluntario a reemplazar a uno de los hombres que habían resultado muertos en él. Le

parecía evidente a Burton, o al menos constituía una fuerte probabilidad, el que McKenna había sido enviado con un aeroplano o vía paracaídas o deslizador desde la aeronave *Parseval*, ¿cómo llamaban a esa gente los del siglo xx? La... «quinta columna», eso era. Clemens había plantado a ese hombre para el día en que el *No Se Alquila* alcanzara al *Rex*. Se le había ordenado que, cuando llegara ese día, hiciera volar el barco.

Lo que Burton no comprendía era por qué Clemens le había dicho a McKenna que aguardara hasta entonces. ¿Por qué McKenna no había volado el barco a la primera oportunidad? ¿Por qué aguardar cuarenta años? Especialmente teniendo en cuenta que era muy probable que McKenna, después de vivir tantos años con los ratitas, llegara a sentir simpatía por ellos. Había estado aislado de sus compañeros del *No Se Alquila* e, inevitable y sutilmente, sus lealtades debían haberse transferido de aquellos que habían llegado a convertirse en un distante recuerdo a aquellos que vivían íntimamente con él desde hacía tanto tiempo.

¿O acaso Clemens no había tomado en consideración esto?

No era probable. Como sabía cualquiera que hubiera leído sus obras, Clemens era un maestro psicólogo.

Era posible que Clemens le hubiera dado a McKenna órdenes de no destruir el *Rex* a menos que fuera absolutamente necesario.

El Rey Juan hizo un gesto hacia el cadáver y dijo:

—Arrojad a esa basura al Río.

Su orden fue ejecutada. A Burton le hubiera gustado encontrar alguna excusa para hacer que el cuerpo fuera trasladado al depósito del barco. Allá hubiera podido abrir el cráneo e inspeccionar el cerebro en busca de una pequeña esfera negra. Demasiado tarde. McKenna sería abierto únicamente por los peces.

Fuera lo que fuese lo que hubiera ocurrido, para McKenna ya todo había terminado. Y aunque había sido hallada la bomba, la búsqueda prosiguió por si había más. Finalmente, fue dada por terminada. No había ningún explosivo subrepticamente plantado en el barco o fuera de él. Los buceadores habían recorrido cada centímetro de la parte exterior del casco.

Burton pensó que los desertores, si hubieran sido listos, hubieran sido previsores y hubieran tomado medidas para hundir el barco tras abandonarlo. De este modo ni el barco ni los aeroplanos hubieran podido perseguirles. Pero eran agentes, odiaban la violencia, aunque fueran capaces de enfrentarse con ella si la situación lo requería.

Había habido una sola forma de asegurarse de si McKenna era un agente de los Éticos o un agente de Clemens.

Una cosa era segura. Podebrad y Strubewell no eran saboteadores.

¿Pero por qué se habían quedado a bordo?

Pensó en el problema, desconcertado al principio, luego dijo:

—¡Ajá!

Eran voluntarios. Habían elegido quedarse en el barco porque había alguien, uno o varios, en el *No Se Alquila*, con quien deseaban entrar en contacto. El o ella o ellos podían ser enemigos o amigos, pero los dos tenían sus razones para desear encontrarse con la persona o personas. Así,

tomaron la muy arriesgada decisión de quedarse en el *Rex* para la batalla. Si el *Rex* vencía, lo cual era posible, aunque las probabilidades parecían estar actualmente en contra, entonces los dos, si sobrevivían, podrían encontrarse con quienquiera que fuese que estuviera a bordo del barco de Clemens.

Pero ¿cómo podían saber los dos que el o los que buscaban estaban en el *No Se Alquila*?

Era posible que tuvieran algún método secreto de comunicación. Cuál exactamente, Burton no podía imaginarlo.

Se puso a pensar en los agentes que habían desertado. ¿Sabían lo de los botes en la cueva en la orilla del mar polar y la puerta en la base de la Torre?

Esperaba que no hubieran oído el relato de Paheri. Por lo que sabía, solo él y Alice, Frigate, Loghu, Nur, London, Mix, Kazz, y Umslopogaas, conocían el descubrimiento del antiguo egipcio. Es decir, ellos eran los únicos en el barco que lo conocían. Podía haber otros, quizá mucha otra gente, que hubiera oído el relato de Paheri de primera mano y luego de segunda, tercera y cuarta mano.

Sin embargo, por lo que sabía, X estaba entre los desertores. Lo cual significaba que los agentes podían saber también lo de la entrada oculta.

No necesariamente. X podía hacerse pasar por un agente amigable. Había huido con ellos pero planeaba utilizarlos para penetrar en la Torre. Y luego se encargaría de que ellos, al igual que Akenatón y los otros egipcios de su grupo, cayeran inconscientes o muertos.

O quizá... era posible que Podebrad y Strubewell supieran de algún modo que X estaba en el *No Se Alquila*, O bien... o uno o los dos podían ser X.

Burton se alzó de hombros. Lo que tenía que hacer era simplemente dejar que los acontecimientos siguieran su curso hasta que viera una posibilidad de influenciarlos. Entonces saltaría como una lechuza sobre un ratón.

Ese no era un buen símil. Los agentes y los Éticos eran potencialmente más parecidos a tigres.

Eso no representaba ninguna diferencia para él. Iba a atacar cuando tuviera que hacerlo.

De nuevo consideró la posibilidad de contárselo todo al Rey Juan. Así se aseguraría de que los agentes capturados no fueran ejecutados sobre la marcha. Por supuesto, el agente debería ser privado de sus sentidos antes de que pudiera suicidarse. Pero con doce que capturar, catorce si eran incluidos Strubewell y Podebrad, seguramente uno al menos podría ser dejado inconsciente... Bien, aguardaría un poco más. Quizá no tuviera necesidad de divulgárselo todo a Juan.

El barco se había detenido y anclado de nuevo mientras los buceadores con escafandra autónoma inspeccionaban el casco. Luego había reanudado su viaje Río arriba a toda velocidad Pero se arrimó de nuevo a la orilla para encajar la caperuza de metal en una piedra de cilindros. Llegó el amanecer; las piedras tronaron y relampaguearon. La caperuza fue retirada de nuevo al barco, y este reanudó su persecución de los desertores. Poco después del desayuno, los motores de los tres aeroplanos fueron calentados. Luego Voss y Okabe despegaron en sus cazas biplanos, y el torpedero-bombardero salió rugiendo de su hangar de la sección de popa.

Los pilotos debían ser capaces de descubrir la lancha en el término de una o dos horas. Lo que ocurriera a continuación era dejado a su albedrío, dentro de los límites de las órdenes de Juan. No deseaba que la lancha resultara hundida o seriamente dañada, puesto que la necesitaba en la esperada

batalla. Los aeroplanos podían disparar contra la lancha e impedir que continuara Río arriba, si era posible. Debían retenerla hasta que el *Rex* pudiera alcanzarla.

Una hora y veintidós minutos después del despegue, Okabe informó. La lancha estaba a la vista, y él había intentado hablar por radio con los desertores. No había obtenido respuesta. Los tres aeroplanos iban a picar sobre la lancha en fila india y disparar sus ametralladoras contra ella. No demasiado tiempo, sin embargo, porque las balas de plomo eran demasiado valiosas y demasiado necesarias para la lucha contra el *No se Alquila*. Si unas cuantas ráfagas no conseguían que los desertores se rindieran o dieran la vuelta Río abajo o abandonaran la lancha, entonces arrojarían unas cuantas bombas cerca de la embarcación.

Okabe informó también que la lancha estaba a varios kilómetros más allá del punto donde el Valle se ensancha bruscamente. Aquella era la zona a la que había llegado la lancha dos meses atrás durante el rebobinado de los motores. Su tripulación había hablado con muchos de los titántropos, en esperanto, por supuesto, en un esfuerzo por reclutar una cuarentena de ellos como marines. El Rey Juan había tenido la visión de abordar el *No Se Alquila* y enviar a los cuarenta ogros con el grupo de abordaje. Dos veintenas de luchadores como Joe Miller barrerían las cubiertas del barco de Clemens dejándolas limpias en muy poco tiempo. Ni siquiera el poderoso Miller sería capaz de oponerse a la embestida de tal número de sus semejantes.

Para disgusto y decepción de Juan, sus hombres habían descubierto que todos los filántropos entrevistados eran miembros de la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Se negaron a luchar, y de hecho intentaron convertir a la tripulación.

Era probable que hubiera titántropos que no hubieran sucumbido a la prédica de los misioneros. Pero no había tiempo para buscarlos.

Ahora los aeroplanos descendieron hacia la lancha mientras la gente de la orilla, parte de los cuales eran *Homo sapiens* de tamaño normal, parte verdaderos brodingnags, se alineaba junto a la orilla para contemplar aquellas máquinas.

De pronto, Okabe dijo:

—¡La lancha se está dirigiendo hacia la orilla derecha!

Picó, pero no hizo fuego. No podía alcanzar la lancha sin alcanzar a varios locales, y tenía órdenes estrictas de no irritarlos de ninguna forma si podía impedirlo. Juan no deseaba tener que cruzar un área hostil después de que el *Rex* hubiera hundido al *No Se Alquila*.

—¡Los desertores están saltando fuera de la lancha y vadeando hacia la orilla! —dijo Okabe—. ¡La lancha ha quedado a la deriva en la corriente!

Juan maldijo y luego ordenó que el torpedero-bombardero amerizara en el Río. Su artillero debía abordar la lancha y conducirla de vuelta al *Rex*. Y debía hacerlo rápidamente, antes de que algún local decidiera nadar hasta ella y apropiarse de la lancha para sí mismo.

—Los desertores están mezclándose con la multitud —dijo Okabe—. Imagino que se encaminarán hacia las colinas cuando nos marchemos.

—¡Por los dientes de Dios! —dijo Juan—. ¡Nunca seremos capaces de encontrarlos!

Burton, que estaba en la timonera en aquel momento, no hizo ningún comentario. Sabía que los agentes robarían más tarde un barco de vela y proseguirían Río arriba. El *Rex* podría alcanzarlos si

el *Rex* no resultaba hundido o demasiado dañado como para continuar.

Unos pocos minutos después de que la lancha fuera metida de nuevo en el *Rex* y los dos cazas hubieran aterrizado, una luz en la radio de la timonera brilló de color naranja. Los ojos del operador se abrieron mucho, y se quedó tan asombrado que por un momento no pudo hablar. Durante treinta años él y sus compañeros operadores habían aguardado a que aquello ocurriera, aunque en ningún momento habían esperado que se produjera en la realidad.

Finalmente, el operador consiguió encontrar las palabras.

—¡Sire, Sire! ¡La frecuencia de Clemens!

La frecuencia que utilizaba el *No Se Alquila* era, por supuesto, conocida. Podía haber sido cambiada por Clemens, aunque incluso entonces la radio del *Rex* podía haber rastreado el espectro hasta localizarla. Pero aparentemente Clemens nunca había visto ninguna razón para cambiar a otra longitud de onda. Las pocas veces que el *Rex* había recibido alguna transmisión del *No Se Alquila*, el mensaje había llegado ininteligible a causa de las interferencias.

No ahora. El mensaje no era para el *Parseval* o para los aeroplanos o lanchas del *No Se Alquila*. No había ninguna interferencia a las palabras que sonaban en esperanto, e iba dirigido al *Rex*.

El que hablaba no era el propio Sam Clemens. Era John Byron, el oficial jefe ejecutivo de Clemens. Y deseaba hablar no con el Rey Juan, sino con su oficial en jefe.

Juan, que se había retirado a sus aposentos para dormir o retozar un poco con su actual compañera de cabina, o ambas cosas, fue avisado. Strubewell no se atrevió a hablar con Byron hasta que su comandante lo autorizara. Juan estaba al principio decidido a hablar directamente con Clemens. Pero Clemens, a través de Byron, se negó a hacerlo aunque no dijo el porqué.

Juan respondió, a través de su oficial, que entonces no habría ninguna comunicación. Pero tras un minuto, mientras la radio silbaba y chasqueaba, Byron dijo que tenía un mensaje que transmitir, una «proposición». Su comandante no se atrevía a hablar con Juan cara a cara. Clemens temía perder la serenidad y maldecir al Rey Juan como nadie en el universo había maldecido nunca a nadie antes. Y eso incluía las maldiciones que Jehová había lanzado a Satán antes de arrojarlo definitivamente de los Cielos.

Clemens tenía una proposición justa que hacerle a Juan. Sin embargo, era necesario, como Juan comprendería sin lugar a dudas, que esta proposición fuera transmitida vía intermediarios. Tras aguardar media hora para hacer que Clemens sudara y fumara y se inquietara, Juan respondió vía Strubewell.

Burton estaba de nuevo en la timonera y lo oyó todo desde el principio. Quedó alucinado cuando la «proposición» de Clemens fue planteada.

Juan la escuchó atentamente, luego respondió que tenía que hablar de ello con Werner Voss y Kenji Okabe, sus principales pilotos de caza. No podía ordenarles que aceptaran esas condiciones. E, incidentalmente, ¿quiénes eran los dos pilotos de Clemens?

Byron dijo que eran William Barker, un canadiense, y Georges Guynemer, un francés. Ambos eran ases famosos de la Primera Guerra Mundial.

Hubo más identificaciones de los pilotos. Sus historias fueron detalladas. Juan llamó a Voss y a Okabe a la timonera, y les contó lo que había ocurrido.

Quedaron aturdidos. Pero cuando se recobraron, hablaron entre sí.

Y luego Okabe dijo:

—Sire, hemos estado volando veinte años para ti. Ha sido un trabajo aburrido, aunque ocasionalmente haya sido peligroso. Hemos estado aguardando este momento; sabíamos que podía ocurrir. No vamos a enfrentarnos a amigos de nuestra misma nacionalidad o antiguos aliados, aunque sé que mi país fue un aliado de Inglaterra y Francia durante la Primera Guerra Mundial.

»Lo haremos. Procuraremos hacerlo.

Burton pensó: ¿qué somos? ¿Caballeros del Rey Arturo? ¿O idiotas? ¿O ambas cosas?

Sin embargo, una parte de él lo aprobó, y se sintió muy excitado por ello.

El *No Se Alquila* había permanecido anclado cerca de la orilla derecha, unos pocos kilómetros más arriba de la entrada del lago. Goering fue llevado a Aglejo por la lancha *Prohibido Fijar Carteles*. Clemens envió sus disculpas a La Viro por no acudir inmediatamente a su encuentro. Desgraciadamente, dijo, un compromiso anterior le retenía a bordo. Pero mañana a última hora o posiblemente pasado mañana, acudiría al templo.

Goering había suplicado a Clemens que efectuara algún intento de paz con el Rey Juan. Clemens, como Hermann había esperado, se negó.

—El acto final de este drama ha sido pospuesto demasiado tiempo. El maldito entreacto lleva ya cuarenta años. Ahora nada va a detener que se alce el telón.

—Esto no es un teatro —dijo Hermann—. La sangre que se derrame será sangre real. El dolor que se sienta será dolor real. Las muertes no serán fingidas. ¿Y para qué?

—Para dejar arregladas las cosas —dijo Clemens—. No deseo seguir hablando de eso.

Chupó rabiosamente su enorme cigarro verde. Goering lo bendijo silenciosamente con sus tres dedos en el gesto de la Iglesia y abandonó la timonera.

Durante todo el día el barco había ido siendo preparado. Las gruesas placas de duraluminio con las pequeñas escotillas fueron aseguradas sobre las ventanas. Gruesas puertas de duraluminio fueron aseguradas en las entradas externas de los corredores y pasillos. Fueron comprobadas las municiones. Las ametralladoras de vapor fueron accionadas un breve intervalo. La elevación y los movimientos verticales y horizontales de los cañones de 88 milímetros fueron comprobados. Los cohetes fueron colocados en los tubos de lanzamiento, y la maquinaria que traería más desde las entrañas de la cubierta A fue comprobada también. El único cañón que utilizaba aire comprimido fue comprobado. Los aeroplanos fueron sacados para hacer un vuelo de prueba, una vez completamente armados. Las lanchas fueron armadas también. Los detectores de radar, sonar y rayos infrarrojos fueron atentamente comprobados. Los puentes extensibles fueron probados una y otra vez, extendiéndolos y recogiendo los.

Cada grupo de hombres efectuó en sus puestos una docena de ejercicios de simulación.

Después de que el batacitor y los cilindros fueran cargados por la tarde, el *No Se Alquila* efectuó un recorrido circular de ocho kilómetros por el lago, y se efectuaron más ejercicios. El radar barrió el lago e informó que el *Rex* no estaba dentro de su radio.

Antes de que la tripulación se fuera a la cama, Clemens habló con casi toda la tripulación en el gran salón. Su discurso, corto y casi enteramente serio, llegó por el sistema de altavoces a todos aquellos que estaban de guardia.

—Hemos efectuado un fantásticamente largo viaje Río arriba, en busca de las fuentes de lo que quizá sea el río más largo de todo el universo. Hemos tenido nuestros altibajos, nuestras tragedias, nuestros dolores, nuestros aburrimientos, nuestras comedias, nuestras cobardías y nuestros heroísmos. Nos hemos enfrentado muchas veces a la muerte. Hemos visto morir a aquellos a quienes amábamos, aunque hemos sido recompensados por ello en cierto modo viendo también morir a

aquellos a quienes odiábamos.

»Ha sido un largo, largo viaje. Hemos recorrido ciento quince millones de kilómetros. Eso es aproximadamente la mitad de los estimados doscientos treinta y dos millones de kilómetros que tiene el Río. Ha sido un largo viaje, realmente. Pero debemos seguir adelante. No vamos a detenernos ahora, con los pocos kilómetros que nos faltan.

»Todo el mundo que se ha enrolado en este barco sabía antes de firmar lo que iba a costarle el viaje en la más grande y más lujosa embarcación de todo el mundo. El o ella eran conscientes del precio del billete. Este viaje se paga al final, no al principio.

»Conozco muy bien a cada uno de vosotros, tan bien como un ser humano puede conocer a otro. Todos fuisteis seleccionados cuidadosamente, y todos vosotros habéis justificado mi elección. Habéis pasado todas mis pruebas y lo habéis hecho magníficamente. Así que tengo completa confianza en que pasaréis esta prueba final, la más dura, mañana.

»Estoy haciendo que todo esto suene como un examen de aritmética en la escuela superior o como el discurso que pronuncia un entrenador de fútbol antes de que su equipo salga al campo. Lo siento. Esta prueba, este juego, es mortal, y algunos de vosotros que estáis vivos hoy no lo estaréis cuando termine el día de mañana. Pero vosotros conocíais el precio cuando os enrolasteis, y ninguno puede pensar en renunciar ahora.

»Pero una vez termine el día de mañana...

Hizo una pausa para mirar a su alrededor. Joe Miller, sentado en una enorme silla en el estrado, parecía triste, y por sus escabrosas mejillas se deslizaban lágrimas.

El pequeño de Marbot se puso entonces en pie y alzó su vaso de licor y gritó:

—¡Tres hurras por nuestro comandante, y un brindis en su honor!

Todo el mundo lanzó fuertemente sus huirás. Después de beber, el alto espadachín de enorme nariz, de Bergerac, se puso en pie y dijo:

—¡Y un brindis por la victoria! ¡Sin mencionar muerte y condenación para Juan Sin Tierra!

Sam permaneció levantado hasta muy tarde aquella noche. Durante un tiempo caminó arriba y abajo por la timonera. Aunque el barco estaba anclado, la guardia estaba al completo en la estancia. El *No Se Alquila* podía levar anclas y ponerse en marcha lago adentro a toda la velocidad de sus ruedas de paletas en tres minutos. Si Juan intentaba un ataque nocturno pese a sus promesas de no hacerlo, la embarcación de Sam estaría preparada para hacerle frente.

La guardia en la timonera habló poco. Sam los dejó con un buenas noches y caminó durante unos pocos minutos hasta la parte superior de la cubierta de velos. En la orilla llameaban varios fuegos. Los virolandeses sabían lo que iba a producirse mañana, y estaban demasiado excitados, demasiado aprensivos, para irse a dormir como de costumbre. Un poco antes, el propio La Viro había aparecido procedente de la orilla en un bote de pesca y había solicitado permiso para subir a bordo. Clemens le había dicho, a través de un megáfono, que se sentiría honrado recibéndole. Pero que no iba a discutir ningún asunto hasta pasado mañana. Lo lamentaba. Pero así estaban las cosas.

El enorme hombre de piel oscura y rasgos melancólicos se había marchado, aunque no sin antes bendecir a Sam. Sam se sintió avergonzado.

Ahora Sam recorría de punta a punta todas las cubiertas en los dos sentidos para comprobar que

todos los centinelas estuvieran alertas. Se sintió contento con los resultados, y decidió que era una tontería perder más tiempo recorriendo el barco. Además, Gwenafra estaría esperando que fuera a la cama. Probablemente estuviera deseando hacer el amor también, porque era posible que alguno de los dos, o quizá incluso ambos, no estuvieran vivos pasado mañana. No se sentía con demasiados ánimos para ello en estos momentos, pero ella tenía algunas formas irresistibles de levantar su espíritu, entre otras cosas.

Estaba en lo cierto. Ella insistió en ello, pero cuando su falta de entusiasmo se hizo evidente, y ella no consiguió avivarlo, abandonó. No le hizo ningún reproche. Simplemente le pidió que la abrazara fuerte y le hablara. Eso era algo a lo que Sam siempre estaba dispuesto, de modo que pasaron al menos dos horas conversando.

Poco antes de que se deslizaran en el sueño, Gwenafra dijo:

—Me pregunto si Burton estará en el *Rex* ¿No sería divertido si estuviera allá? Quiero decir peculiar, no algo para echarse a reír. Porque sería también algo horrible.

—Nunca has podido superar tu afecto de niñita hacia él, ¿verdad? —dijo Sam—. Debió haber representado mucho para ti.

—No lo sé —dijo ella—. Ni siquiera estoy segura de que, si lo viera ahora, me gustara. Pero, ¿y si fuera uno de los hombres del Rey Juan, y nosotros lo matáramos? Me sentiría horrible. ¿Y si hubiera alguien en el *Rex* al que *tú* amases?

—No es muy probable —dijo él—. Y no voy a preocuparme por ello.

Pero se preocupó. Mucho después de que Gwenafra empezara a respirar pausadamente con la respiración del sueño profundo, él seguía despierto. ¿Y si Livy estuviera en el *Rex*? No, no podía estar allí. Después de todo, era uno de los hombres de Juan el que la había matado en Parolando. Nunca subiría a bordo de aquel barco. No, a menos que deseara matar a Juan como venganza. Y ella no haría eso. Era demasiado gentil para ello, aunque luchara ferozmente en defensa de aquellos a quienes amaba. ¿Pero venganza? No.

¿Clara? ¿Jean? ¿Susy? ¿Podía alguna de ellas estar en el *Rex*? Las posibilidades eran muy escasas. Sin embargo... lo matemáticamente imposible ocurre a veces. Y un misil disparado desde su barco podía matarlas. Y entonces las perdería para siempre, puesto que no había más resurrecciones.

Casi, casi, se alzó de la cama y fue a la timonera e hizo que el operador de la radio enviara un mensaje al *Rex*. Un mensaje diciendo que quería firmar la paz, abandonar la batalla y el odio y el deseo de venganza. Casi.

Juan nunca lo aceptaría, de todos modos. ¿Cómo lo sabía él, Sam, si no lo probaba? No. Juan era incorregible. Tan testarudo como su enemigo, Sam Clemens.

—Estoy enfermo —dijo Sam.

Al cabo de un rato, se durmió.

Erik Hachasangrienta lo persiguió con su hacha de doble filo. Sam corrió como había corrido en tantas y tantas pesadillas acerca de aquel terrible escandinavo. Tras él, Erik gritaba:

—*¡Bikkja!* ¡Excremento de Ratatosk! ¡Te dije que aguardaría a por ti cerca de las fuentes del Río!
¡Muere, asesino traidor! ¡Muere!

Sam despertó gimiendo, sudando, el corazón latiéndole fuertemente.

Qué ironía, qué justicia poética, qué retribución si Erik estuviera en el *Rex*.

Gwenafrá murmuró algo. Sam palmeó su desnuda espalda y dijo suavemente:

—Duerme, pequeña inocente. Nunca has tenido que matar a nadie, y espero que nunca tengas que hacerlo.

Pero, en un cierto sentido, ¿no iba a ser obligada a cometer asesinato mañana?

—Esto es demasiado —murmuró—. Tengo que dormir. Tengo que estar en buena forma física y mental mañana. De otro modo... un error por mi parte... el cansancio... ¿quién sabe?

Pero el *No Se Alquila* era mucho más grande que el *Rex*, infinitamente mejor blindado y armado, como para no vencer.

Tenía que dormir.

Se sentó bruscamente en la cama, con los ojos muy abiertos. Estaban sonando sirenas. Y por el intercom de la pared, el tercer oficial Cregar estaba gritando:

—¡Capitán! ¡Capitán! ¡Despierte! ¡Despierte!

Clemens saltó de la cama y corrió hacia el intercom.

—Sí, ¿qué ocurre? —dijo.

¿Estaba Juan lanzando un ataque? ¡El podrido hijo de puta!

—¡Los operadores de infrarrojos informan que siete personas han abandonado el barco, capitán! ¡Desertores, parece!

Así que... ese pequeño discurso acerca de que todo el mundo había superado la prueba, acerca de que todos habían demostrado su valor, estaba equivocado. Algunos hombres y mujeres habían perdido su valentía. O, pensó, habían recuperado su buen sentido. Y se habían marchado. Exactamente igual a lo que había hecho él cuando se había iniciado la Guerra Entre los Estados. Tras dos semanas en los voluntarios irregulares confederados en Missouri, después de que aquel inocente transeúnte fuera abatido a tiros por uno de sus camaradas, había desertado y se había ido al Oeste.

Realmente no culpaba a ninguno de los siete. Aunque no podía permitir que nadie supiera que pensaba así, por supuesto. Tenía que adoptar un rostro de circunstancias, chillar y maldecir un poco, insultar a aquellas ratas cobardes, y así. En bien de la disciplina y la moral, tenía que hacerlo.

Aún no había entrado en el ascensor que debía conducirlo arriba a la timonera cuando le llegó la revelación.

Los siete no eran cobardes. Eran agentes.

No tenían ninguna razón para permanecer a bordo y resultar quizá muertos. Tenían una tarea más elevada que Clemens y el *No Se Alquila*.

Se dirigió a la timonera. Las luces estaban encendidas por toda la embarcación. Varios reflectores mostraban a algunos hombres y mujeres acarreado cilindros a la orilla. Estaban corriendo, como si sus más profundos terrores hubieran tomado cuerpo y los estuvieran persiguiendo, y estuvieran a punto de atraparles.

—¿Debemos disparar contra ellos? —dijo Cregar.

—No —dijo Sam—. Podríamos herir a algunos de los locales. Dejémosles marchar. Siempre podremos atraparlos después de la batalla.

Indudablemente los siete iban a buscar refugio al templo. La Viro no iba a devolverlos a

Clemens.

Sam ordenó a Cregar que pasara lista de toda la tripulación. Cuando los siete desaparecidos fueron identificados, Sam miró la lista de nombres en el mensaje de la pantalla. Cuatro hombres y tres mujeres. Todos afirmaban haber vivido después de 1983. Sus sospechas acerca de su afirmación eran válidas. Pero era demasiado tarde para hacer algo al respecto.

No. En este momento no podía emprender ninguna acción. Pero después de la batalla iba a descubrir alguna forma de conseguir apoderarse de los siete e interrogarles. Tenían que saber lo suficiente como para aclarar al menos la mitad de los misterios que lo mantenían perplejo. Quizá incluso supieran lo suficiente como para aclararlos todos.

Habló con Cregar.

—Corta las sirenas. Di a la tripulación que ha sido una falsa alarma, que vuelvan todos a dormir. Buenas noches.

No fue una buena noche, sin embargo. Se despertó muchas veces, y tuvo algunas pesadillas aterradoras.

SECCIÓN 9

La primera y última batalla aérea en el Mundo del Río

Pleno mediodía en el valle de Virolando. Durante cuarenta años, el cielo bajo el sol en el cenit había sido un calidoscopio de multicolores deslizadores y globos. Hoy, el azul era tan puro como el del ojo de un niño. El Río, que siempre estaba lleno de botes con velas blancas, rojas, negras, verdes, violetas, púrpuras, naranjas, era hoy de un sólido verdeazulado.

Los tambores resonaban a lo largo de ambas orillas. No *salgáis al aire y al agua y permaneced alejados de las orillas*.

Pese a ello, las multitudes inundaban la orilla izquierda. La mayoría, sin embargo, permanecía en las espiras o en los puentes entre las espiras. Estaban ansiosos por ver la batalla, con su curiosidad venciendo a su miedo. Ninguna de las exhortaciones de La Viro para que permanecieran en las colinas podía alejarlos de aquel espectáculo. Ignoraban a los guardias que intentaban hacerlos retroceder a una distancia segura. No habiendo experimentado nada parecido a las armas del siglo XX, o, mejor dicho, ninguna arma más avanzada que las existentes en el año uno después de Cristo, no tenían la menor idea de lo que podía ocurrir. Muy pocos de ellos habían conocido la violencia, ni siquiera en su más pequeña escala. Y así los inocentes se congregaban en las llanuras o trepaban a las espiras.

La Viro, de rodillas en su templo, rezaba. Hermann Goering, habiendo fracasado en su intento de consolarle, había trepado por una escalerilla hasta la parte superior de la torre de roca. Aunque odiaba aquella maldad, tenía la intención de asistir a ella. Y, tenía que admitírselo a sí mismo, estaba tan excitado como un niño aguardando el primer número de un circo. Era deplorable; tenía aún mucho camino por recorrer antes de que el viejo Goering resultara completamente destruido. Pero no podía permanecer alejado de la batalla y su derramamiento de sangre. Sin duda luego lo lamentaría amargamente. Pero nada como aquello había ocurrido nunca antes en el Mundo del Río. Ni volvería a ocurrir de nuevo.

No estaba dispuesto a perderselo. De hecho, por un momento, anheló estar pilotando uno de los aeroplanos.

Sí, le quedaba aún un largo camino por recorrer. Mientras tanto, podía gozar de aquello tanto como le fuera posible. Estaba dispuesto a pagar por ello más tarde con sufrimientos de su alma.

Los dos gigantes barcos, el *No Se Alquila* y el *Rex Grandissimus*, surcaban las aguas, uno en dirección al otro. En este momento estaban separados por unos diez kilómetros. El acuerdo era que, cuando se hallaran a ocho kilómetros de distancia el uno del otro, se detendrían. A menos, naturalmente, que la batalla aérea hubiera terminado antes de entonces. Después de eso, cualquier cosa podía pasar, no había barreras, que venciera el barco mejor.

Sam Clemens iba arriba y abajo por la timonera. Durante una hora, había estado comprobando todos los puestos y revisado los planes de la batalla. Los hombres asignados al RL estaban ahora en la cubierta A, aguardando. Cuando llegara la señal, tomarían el RL y lo montarían detrás de la gruesa protección de acero que antes había protegido la ametralladora de vapor de proa. Esta había sido retirada, y la plataforma que había contenido la ametralladora estaba preparada ahora para el RL.

Los artilleros de la ametralladora se habían sorprendido enormemente cuando recibieron órdenes de desmontarla y retirarla. Habían hecho preguntas que no fueron respondidas. Los rumores recorrieron por todo el barco de proa a popa, de cubierta a cubierta. ¿Por qué había ordenado el capitán esa extraña maniobra? ¿Qué era lo que pretendía?

Mientras tanto, Clemens había hablado tres veces con William Fermor, el teniente de marines que estaba a cargo del equipo del RL. Sam le había hecho comprender la tremenda importancia de su misión.

—Sigo preocupado aún por los agentes de Juan —le dijo—. Sé que todo el mundo ha sido investigado tres veces. Pero eso no significa mucho. Cualquier saboteador enviado por Juan estará tan lleno de doblez como lleno de mierda el corral de una granja de Missouri. Deseo que todo el mundo que se acerque al lugar donde está el RL sea registrado.

—¿Qué es lo que pueden hacer? —dijo Fermor, refiriéndose a los hombres del RL—. Ninguno de ellos está armado. Incluso he mirado bajo los faldellines para asegurarme de que no ocultaban nada allí. A ellos no les gusta eso, se lo aseguro. Tienen la impresión de que debería confiarse en ellos.

—Deberían comprender la necesidad de todo esto —dijo Clemens.

El cronómetro de la sala de control indicaba las 11:30. Clemens miró por la portilla trasera. La cubierta de vuelos estaba preparada. Los aeroplanos habían sido subidos en los montacargas, y uno de ellos estaba siendo montado ahora en la catapulta a vapor en el extremo más alejado de la cubierta. Eran dos, los únicos monoplazas que habían sobrevivido al largo viaje, y habían sido dañados y reparados varias veces. Los dos monoplazas originales, de una sola ala, habían resultado destruidos, el uno en una batalla, el otro en un accidente. Los dos reemplazos, contruidos de partes de repuesto de las salas de almacenamiento, eran biplanos con motores accionados a alcohol capaces de alcanzar los 240 kilómetros por hora a nivel del suelo. Originalmente habían sido propulsados por gasolina sintética, pero las reservas de ésta se habían agotado hacía mucho tiempo. Llevaban dos ametralladoras gemelas del calibre .50 en el morro, justo delante de la cabina abierta. Eran capaces de disparar balas de plomo montadas en cartuchos de cobre a razón de quinientos disparos por minuto. La munición había sido almacenada durante todo el viaje para algún acontecimiento especial como el de hoy. Hacía varios días, los cartuchos habían sido vueltos a llenar con nuevas cargas, y cada uno de ellos había sido revisado en longitud, anchura y peso para evitar que pudieran encasquillar las armas.

Sam comprobó de nuevo el cronómetro y luego bajó con el ascensor hasta la cubierta de vuelos. Un pequeño jeep lo condujo hasta los aviones, donde aguardaban el equipo de vuelo, los pilotos de reserva, y los dos pilotos jefe.

Los dos aparatos estaban pintados de blanco, y en la cola y en la parte inferior de las alas de abajo había pintado un fénix escarlata.

Uno de ellos tenía pintada en sus costados una cigüeña roja en pleno vuelo. Inmediatamente debajo de la cabina había unas letras negras. *Vieux Charles*. Viejo Carlos. El nombre que Georges Guynemer ponía a todos los aviones que había pilotado durante la Primera Guerra Mundial.

En cada lado de la cabina del otro avión había la cabeza de un perro negro ladrando.

Ambos aviadores iban vestidos con monos de piel de pez de color pálido. Sus botas, que les

llegaban hasta las rodillas, estaban ribeteadas de rojo, lo mismo que sus pantalones ajustados. Sus chaquetas llevaban un fénix escarlata en el pecho izquierdo. Los cascos de aviador, de piel, estaban rematados con una pequeña púa, la punta del cuerno de un pez cornudo. Sus gafas estaban ribeteadas de escarlata. Sus guantes eran blancos, pero sus manoplas eran rojas. Estaban de pie junto al Viejo Carlos, hablando intensamente entre sí, cuando Clemens saltó del jeep. Al acercársele, le saludaron marcialmente. Clemens permaneció en silencio durante un instante, observándolos. Aunque las hazañas de los dos hombres se habían producido después de que él muriera las conocía a la perfección.

Georges Guynemer era un hombre delgado de mediana altura con unos ardientes ojos azules y un rostro de una belleza casi femenina. Siempre, o al menos fuera de su cabina, era tan tenso como la cuerda de un violín o un tensor de alambre. Era el hombre al que los franceses habían llamado «el As de los Ases». Había otros, Nungesser, Dorme, y Fonck, que habían derribado a más boches del cielo. Pero habían tenido más acción, mientras que la carrera de Georges había terminado relativamente pronto.

El francés era uno de los aviadores innatos que automáticamente se convirtieron en parte de la máquina, un centauro de los aires. Era también un excelente mecánico y técnico, tan cuidadoso en comprobar su aeroplano y sus armas o en imaginar mejoras como los famosos Mannock y Rickenbacker. Durante la Gran Guerra, había parecido existir únicamente para volar y para combatir en el aire. Por todo lo que se sabía de él, nunca había tenido nada que ver con mujeres como amantes. Su única confidente era su hermana, Yvonne. Era una maestro de las acrobacias, pero raramente utilizaba su talento en el aire. Se lanzaba a la batalla utilizando «el golpe directo», como lo llamaban los maestros de esgrima franceses. Era tan osado y poco precavido como su contrapartida inglesa, el gran Albert Ball. Como él, le gustaba volar solo y, cuando se encontraba con un grupo de enemigos, no importaba cuan grande fuera, atacaba.

Eran raras las veces en que regresaba con su Nieuport o Spad no acribillado de agujeros de balas.

Esta no era la forma en que vivir una larga vida en tiempo de guerra, en el que la vida media de un piloto era de tres semanas. Sin embargo, consiguió cincuenta y tres victorias antes de ser derribado.

Uno de sus camaradas escribió que cuando Guynemer subía a su cabina para despegar, «la expresión de su rostro era asombrosa. La mirada de sus ojos era como un rayo».

Sin embargo, era el hombre que había sido rechazado por los servicios de tierra franceses como inútil para el servicio. Era frágil y se resfriaba fácilmente, tosía mucho, y era incapaz de relajarse en la tumultuosa convivencia con sus camaradas después de la lucha diaria. Se parecía a un tísico, y probablemente lo fuera.

Pero los franceses le adoraban, y aquel negro día del 11 de abril de 1917, cuando murió, toda la nación se puso de luto. Una generación más tarde, los escolares franceses aprendían la leyenda de que había volado tan alto que los ángeles no le habían dejado regresar a la Tierra.

La verdad, tal como se supo en aquellos días, era que se encontraba solo como de costumbre, y de alguna forma un aviador mucho menor que él, un tal teniente Wissemann, le había derribado. El

aeroplano se había estrellado en el lodo que luego sería removido por las granadas de un gran duelo de artillería. Antes de que se produjeran los miles de explosiones, Guynemer y su aparato estallaron en pedazos, mezclados con el barro, y completamente desintegrados. Carne y huesos y metal se convirtieron, no en polvo, sino en lodo.

En el Mundo del Río, el propio Georges había aclarado el misterio. Mientras entraba y salía por entre las nubes, esperando sorprender a algún boche, o a una docena de boches —para él no constituían ninguna diferencia—, había sufrido un acceso de tos. Los espasmos se hicieron peores y, de pronto, empezó a brotarle sangre de la boca, resbalando hasta su *combinaison* forrada de piel. Sus temores de que se tratara de tuberculosis estaban ahora justificados. Pero no podía hacer nada al respecto.

Pese a que su vitalidad se escapaba de sus manos y la vista se le nublaba, vio al caza alemán aproximársele. Aunque se estaba muriendo, o creía que se estaba muriendo, se volvió contra el enemigo. Sus ametralladoras restallaron, pero su mortal puntería le había abandonado. El alemán giró hacia arriba en un ángulo agudo, y Guynemer hizo virar ceñidamente al Viejo Carlos para seguirle. Por un momento, lo perdió. Entonces las balas atravesaron su parabrisas desde atrás. Y luego... la inconciencia.

Se despertó desnudo en la orilla del Río. Ahora no sufría de la plaga blanca, y su carne se había llenado un poco. Pero su intensidad seguía todavía en su interior, aunque no tanto como en 1917. Compartía su cabina con una mujer que ahora permanecía sentada en ella, llorando. William George Barker, un canadiense, era un aviador innato que había conseguido la sorprendente hazaña de realizar un vuelo en solitario tras solamente una hora de instrucción. El 27 de octubre de 1918, como mayor del escuadrón 201 de la RAF, estaba volando solo en el nuevo Sopwith Snipe. A siete mil metros por encima del bosque Marmal, derribó a un aparato biplaza de observación. Uno de sus tripulantes se salvó lanzándose en paracaídas. Barker se sintió interesado y quizá un poco irritado cuando vio aquello. Los paracaídas estaban prohibidos en los aviones aliados.

De pronto apareció un Fokker, y una bala se clavó en su muslo derecho. Su Snipe entró en barrena, pero lo sacó de ella, sólo para encontrarse rodeado por quince Fokkers. Acribilló de balas a dos de ellos, y escapó. Otro, alcanzado a una distancia de diez metros, estalló en llamas. Pero Barker estaba herido de nuevo, esta vez en su pierna izquierda.

Perdió el conocimiento, recuperándolo justo a tiempo para sacar a su aeroplano de otra barrena. De doce a quince Fokkers lo rodeaban. A menos de cinco metros, disparó a la cola de uno de ellos, sólo para que su codo saltara hecho pedazos a causa de una bala de una ametralladora Spandau.

Un vez más se desvaneció, recuperó los sentidos, y se encontró en medio de al menos doce alemanes. El Snipe estaba echando humo. Creyendo que se había incendiado y que por lo tanto estaba perdido, decidió llevarse por delante a uno de los boches. Cuando los dos aparatos estaban a punto de chocar, cambió de opinión. Disparando, incendió a su oponente.

Escapando de los demás aparatos, alcanzó las líneas británicas, estrellándose cerca de un globo de observación pero vivo.

Este fue el último vuelo de Barker, considerado por todas las autoridades en la materia como el más grande de los combatientes aéreos individuales de la Primera Guerra Mundial.

Barker permaneció en coma durante dos semanas, y cuando se recuperó la guerra ya había terminado. Le fue concedida la Cruz de la Victoria por su hazaña, pero durante mucho tiempo tuvo que usar bastones para caminar y llevar un brazo en cabestrillo. Pese a sus terribles dolores, volvió a volar, y ayudó a organizar la Real Fuerza Aérea Canadiense. En sociedad con el gran William Bishop, estableció la primera línea aérea canadiense de larga distancia.

Murió en 1930, mientras efectuaba un vuelo de prueba de un nuevo aeroplano que se estrelló sin que pudieran determinarse las causas. Su récord oficial era de cincuenta aparatos enemigos, aunque otros récords indican que fueron cincuenta y tres.

Guynemer afirmaba también cincuenta y tres victorias. Clemens estrechó las manos de ambos hombres.

—Estoy en contra de los duelos, ambos lo sabéis —dijo—. Ridiculicé su propia noción en mis libros, y he hablado con vosotros muchas veces acerca de cuánto he odiado siempre la vieja perversa costumbre sureña de arreglar disputas a través de la muerte. Aunque supongo que alguien que sea tan estúpido como para creer que este tipo de arbitrariedad puede arreglar las cosas merece ser muerto.

»No hubiera puesto ninguna objeción a este duelo aéreo si supiera que ibais a resultar muertos hoy y resucitarais al día siguiente, como en los viejos días. Pero ahora las cosas son definitivas. Tengo reservas, como Toro Sentado le dijo a Custer, pero vosotros dos parecéis tan ansiosos, como caballos de guerra oyendo la llamada del cornetín, que no veo razón alguna para rechazar el ofrecimiento de Juan.

»De todos modos, sigo preguntándome qué hay detrás de todo esto. Juan el Malo puede estar planeando alguna traición. Di mi consentimiento porque hablé con uno de sus oficiales, hombres que conozco o de los que he oído hablar, y son hombres muy honestos y honorables. Aunque no llego a imaginar qué hacen hombres como William Goffe y Peter Tordenskjold en ese barco, sirviendo a las órdenes de alguien tan deshonesto. Puede que él también haya cambiado, aunque me niego a creer que haya cambiado interiormente.

»En cualquier caso, me han asegurado que todo se va a realizar en la más estricta legalidad. Sus dos hombres abandonarán el barco al mismo tiempo que vosotros. Sus aviones llevarán únicamente ametralladoras, no cohetes.

—Todo esto no importa, Sam —dijo Barker—. Creemos que tú... que nosotros... tenemos la razón de nuestra parte. Después de todo, Juan robó tu barco e intentó matarte. Y sabemos que es un hombre deshonesto. Además...

—Además, ninguno de vosotros dos puede resistir la tentación de entrar en acción de nuevo —dijo Sam—. Sufrís nostalgia. Habéis olvidado lo brutales y sangrientos que eran esos tiempos, ¿verdad?

—Si no fueran deshonestos, no estarían en el *Rex* —dijo Guynemer impacientemente—. Además, seríamos unos cobardes si no aceptáramos su desafío.

—Tenemos que calentar los motores —dijo Barker.

—Bien —dijo Sam—, yo no debería estar hablando así. Adiós, muchachos. Y buena suerte. Que gane el mejor, ¡y estoy seguro de que vosotros sois los mejores!

Estrechó de nuevo sus manos y se apartó a un lado. Aquello era a la vez valeroso y estúpido,

pensó, pero había dado su consentimiento. El resumen de último minuto de la situación era debido a su nerviosismo. No hubiera debido decir nada. Pero, a decir verdad, lo preveía. Era como las justas entre caballeros de la antigüedad. Odiaba a esos caballeros, puesto que, históricamente, eran opresores y masacradores de los campesinos y de las clases inferiores e incluso de los de su propia clase. En realidad, una pandilla de sucios sanguinarios. Sin embargo, estaba la realidad, y estaba el mito. El mito siempre había puesto anteojeras a los hombres, y quizá eso era algo bueno que decir de los mitos. Lo ideal era la luz; lo real, las sombras. Aquí había dos hombres excepcionalmente capaces y valerosos, yendo a luchar hasta la muerte en un duelo pre-arreglado. ¿Por qué razón? Ninguno de ellos tenía que probar nada; ya lo habían hecho hacía mucho tiempo, cuando el probar algo tenía realmente un significado.

¿De qué se trataba? ¿Machismo? Definitivamente no. Fuera cual fuese su motivo, estaban complaciendo secretamente a Clemens. Por una parte, si conseguía derribar los aparatos de Juan, entonces podría ir a bombardear el *Rex*. Claro que, si perdían, entonces los pilotos de Juan podrían acudir a arrasar el *No Se Alquila*. Prefería no pensar en ello.

Pero la principal fuente de placer era contemplar el combate. Era infantil o, al menos, no maduro. Pero como la mayoría de los hombres y muchas mujeres, gozaba del deporte como espectador. Y este era un acontecimiento deportivo, aunque fuera fatal para los participantes. Los romanos sabían realmente lo que estaban haciendo cuando instauraron los combates de gladiadores.

Sam se sobresaltó cuando sonó una llamada de trompeta.

Fue seguida inmediatamente por el conmovedor «Arriba, hacia el cielo azul», compuesto por Gioacchino Rossini para las fuerzas aéreas del barco. La música, sin embargo, estaba interpretada electrónicamente.

Barker, como comandante, fue el primero en trepar a la cabina. El motor empezó a girar lentamente con un zumbido, luego ganó velocidad. Guynemer subió a su aeroplano. La gente alineada al borde de la cubierta de vuelos y atestando las dos estancias inferiores de la timonera lanzaron vítores. Por aquel entonces, el rugir del motor del caza de Barker cubría todos los vivas y hurras.

Sam Clemens alzó la vista a la sala de control. El oficial ejecutivo, John Byron, permanecía de pie junto a la portilla de popa de la sala de control, listo para hacerle su seña al capitán. Tan pronto como el cronómetro señalara las 12:00, bajaría un trapo escarlata desde la portilla.

Una mujer se destacó de la multitud que se agolpaba al borde de la cubierta y arrojó ramos de flores de árbol de hierro a la cabinas. Guynemer, mirando a través de sus gafas, sonrió y agitó su ramo. Barker alzó el suyo como si fuera a arrojarlo al exterior, luego cambió de opinión.

Sam miró su reloj. La tela color sangre descendió. Se volvió e hizo un gesto para que fuera activada la catapulta. Hubo un silbido del vapor y el aparato de Barker, liberado, fue lanzado hacia adelante. Veinte metros antes de alcanzar el borde de la cubierta, se alzó.

El aeroplano del francés despegó ochenta segundos más tarde.

La multitud se diseminó por la cubierta de vuelos mientras Clemens se apresuraba hacia la timonera. Desde la sala de control podía trepar por una escalerilla a una escotilla abierta en la parte superior de la estructura. Había una silla y una mesa ancladas allí, aguardándole. Mientras observaba la pelea, podría beber bourbon y fumarse un buen cigarro.

Sin embargo, no dejaba de estar preocupado por el Rey Juan. Era tan inevitable como un eructo tras un buen trago de cerveza que Juan estaba planeando alguna traición.

El *Rex Grandissimus* estaba en mitad del lago, su proa apuntada al viento, sus ruedas de paletas girando lentamente para hacerlo avanzar a quince kilómetros por hora. Esto, añadido a un viento de ocho kilómetros por hora, daba a los aeroplanos un viento de más de veinte kilómetros por hora para ayudarles al despegue.

El Rey Juan, vestido con un faldellín azul, una capa escarlata, y unas botas de agua negras, estaba en la cubierta de vuelos. Estaba hablando con los dos pilotos mientras el personal de cubierta preparaba los aparatos. Los pilotos iban vestidos con uniformes negros de piel parecidos a los de los aviadores enemigos. Cerca de ellos estaban los cazas que estaban siendo preparados. Los dos eran también biplanos, aunque sus morros eran más romos que los de sus oponentes. Las alas y el fuselaje de uno de los aparatos estaban cubiertos por un dibujo a cuadros parecido al de un tablero de ajedrez, azul y plata, sobre el cual estaban pintados los tres leones dorados del Rey Juan. Su morro carmesí exhibía un cráneo blanco y unas tibias entrecruzadas. La segunda máquina era blanca, con los tres leones en las alas y la cola. En ambos lados y en la parte de abajo de la cabina había una esfera roja, el sol naciente del Japón, el signo de Okabe.

Entre los varios cientos de candidatos entrevistados en los últimos siete años, Juan había elegido a dos para volar en este tan esperado día. Kenji Okabe era un hombre bajo, esbelto y fornido, que irradiaba determinación. Sin embargo, la mayor parte del tiempo era sociable, interesado en los demás. Pero en este momento parecía ceñudo.

Voss, junto con Barker, tenía el honor de haber luchado en las dos peleas más grandes que un hombre solo había sostenido contra fuerzas superiores en la historia aérea de la Primera Guerra Mundial.

El 23 de setiembre de 1917, Voss, con cuarenta y ocho aparatos aliados en su haber, estaba volando en solitario en uno de los nuevos triplanos Fokker cuando se tropezó con siete cazas S.E.S. del escuadrón número 56 de la RVC. Sus pilotos estaban entre los mejores pilotos de caza británicos. Cinco eran ases, siendo McCudden, Rhys-Davids y Cecil Lewis los más conocidos. Su jefe, McCudden, lanzó inmediatamente a sus hombres a un ataque en círculo. Aparentemente Voss estaba predestinado a ser derribado inmediatamente, siendo el blanco de catorce ametralladoras a la vez. Pero Voss maniobró su aparato como si fuera un halcón. En dos ocasiones, justo cuando McCudden tenía a Voss en su punto de mira, Voss se lanzó a un rápido medio giro plano, una maniobra que ninguno de los británicos había visto nunca antes, Realizando ultrajantes pero perfectamente controlados trucos, y acribillando también de paso a algunos de sus aviones, Voss eludió a los siete. Pero no consiguió romper el círculo. Entonces Rhys-Davids, un soberbio tirador, lo mantuvo en su punto de mira el tiempo suficiente como para descargar un tambor de balas del calibre .50 de sus Lewis contra él. El aeroplano de Voss cayó, no sin que los británicos lo lamentaran. De ser posible, hubieran preferido haberlo derribado vivo. Era el mejor piloto de caza que jamás hubieran visto.

Voss era en parte descendiente de judíos. Aunque había encontrado algunos prejuicios en las fuerzas aéreas alemanas, sus espléndidas habilidades en la lucha y su determinación le habían hecho

ganar el reconocimiento que se merecía. Incluso sirvió durante un tiempo a las órdenes de Richthofen, el llamado Barón Rojo, que lo convirtió en un luchador de élite y le asignó el puesto de protector de la formación.

Kenji Okabe, el capitán de las fuerzas aéreas del Rey Juan, había sido, durante la Segunda Guerra Mundial, un suboficial, Piloto de Primera Clase de la Aviación Naval. Fue uno de los mayores pilotos de caza de su país, y proporcionó a la Marina el mayor récord de todos los tiempos cuando sobre Rabaul, el Archipiélago de las Bismarck, derribó a siete aviones americanos en un solo día. Pero mientras atacaba a un bombardero sobre Bougainville, en las Islas Salomón, fue sorprendido por un aeroplano americano picando desde gran altura. Arrancó una de las alas del Zero que pilotaba y lo incendió. Ardiendo, Okabe cayó.

Juan charló con sus dos excelentes pilotos durante unos cuantos minutos. Luego estrechó la mano de Voss y devolvió la reverencia de Okabe, y los dos subieron a sus cabinas. A mil quinientos metros de altitud, en un punto a medio camino entre los dos barcos, una espira con la parte superior en forma de cebolla era el punto de cita acordado.

Los cuatro biplanos ascendieron trazando espirales. Una vez alcanzada la altura señalada, según indicaban sus altímetros, se enderezaron. Ninguno de ellos pensó en hacer ninguna trampa, puesto que eran hombres de honor. Tampoco Juan había sugerido a sus pilotos que ascendieran un poco más para conseguir ventaja. Los conocía demasiado bien.

Entonces se encaminaron los unos en pos de los otros. El sol estaba a la derecha de Voss y Okabe; a la izquierda de Barker y Guynemer. Los cuatro hubieran preferido tener el sol a sus espaldas y en los ojos de sus oponentes. Este era el método clásico de ataque. Ocultarse en el sol o en alguna nube, y luego, una vez localizada a la víctima debajo, picar tomándola por sorpresa.

Los aeroplanos alcanzaron los mil quinientos metros estipulados. Las dos parejas, con tres kilómetros de distancia entre ellas, se dirigieron directamente una contra Otra a una velocidad combinada de quinientos kilómetros por hora. Quizá cinco mil personas estaban observando la última batalla aérea de los terrestres.

Werner Voss se lanzó directamente contra Bill Barker; Georges Guynemer y Kenji Okabe uno en pos del otro.

Era una maniobra casi fríamente suicida. Mantener el motor al mínimo en un rumbo de colisión. No abrir fuego hasta llegar a los quinientos metros. Entonces pulsar el botón en la palanca de mandos. Soltar al cabo de unas diez ráfagas. Confiar en que los disparos alcancen una de las hélices, la tuerzan un poco, quizá agujereen uno de los conductos de carburante o algún hilo eléctrico. Quizá incluso alcancen la capota, atraviesen el parabrisas y hieran al piloto.

Luego, en el último segundo posible, hacer dar media vuelta al aparato y girar a la derecha. Si se producía algún error de cálculo, o si el otro piloto no giraba sino que proseguía su rumbo, ¡crash!

Los relucientes ojos negros de Guynemer miraron a través de sus gafas de vuelo, directamente al otro lado del parabrisas. El aparato blanco era de líneas afiladas y daba la impresión como de estar aplastado. La girante hélice mostraba una visión clara del otro hombre; sus dientes resplandecían blancos al sol. Luego, el aparato se hizo enorme, hinchándose a una velocidad que hubiera aterrado a la mayor parte de los hombres. El francés oprimió el botón. Al mismo tiempo, el cañón del arma de

su oponente brilló rojo.

Los dos aeroplanos giraron simultáneamente sobre sí mismos, y sus ruedas casi colisionaron. Ambos hicieron ascender sus aparatos al tiempo que rizaban tan cerradamente que la sangre escapó de sus cabezas.

Durante un segundo, mientras daba la vuelta, Guynemer tuvo el tablero de ajedrez del otro aparato en su punto de mira. Pero no malgastó ninguna bala. Los dos iban demasiado rápidos.

Barker y Okabe se cruzaron, casi chocando el uno con el otro, tan cerca que pudieron verse claramente sus rostros.

Ahora se trataba de efectuar un regateo alocado, cada uno de ellos ascendiendo con toda la potencia de sus motores, y en un ángulo al borde de la pérdida de velocidad. Sus motores zumbaron por el esfuerzo.

Luego Okabe se deslizó hacia un lado, cayendo, y cuando su punto de mira se cruzó con Guynemer le lanzó una ráfaga de cuatro balas.

El francés se agachó involuntariamente cuando apareció un orificio en su parabrisas. Ladeándose, siguió a Okabe en su caída, confiando en sorprenderlo por la cola. El aeroplano que exhibía el sol rojo había corrido un riesgo en busca de su oportunidad, y casi había conseguido el éxito. Pero ahora estaba más bajo que Guynemer, y debía pagar.

El japonés inició un apretado rizo que casi situó al aparato vertical sobre su cola. Cayó hacia atrás, y Okabe, en posición invertida, disparó cuando Guynemer entró de nuevo en su punto de mira. El francés estaba girando entonces. Las balas rastrearon su fuselaje, no alcanzándole por poco. Su depósito de gasolina sí fue alcanzado, pero era autosellante, cosa que no tenía su viejo Spad. Okabe se enderezó y ascendió de nuevo. Guynemer hizo girar su aparato alrededor del otro, aceleró hacia arriba, colgó de morro durante unos segundos, y disparó cuatro balas. Un disparo atravesó la cabina, quemando la mano que el japonés tenía en la palanca de mandos. Gruñendo de dolor, Okabe apartó la mano. Su aeroplano cayó hacia la derecha, por un momento fuera de control.

Guynemer empezó a caer en barrena, aunque se salió rápidamente de ella.

El francés y el alemán estuvieron, sin haberlo planeado, uno al lado del otro por unos cuantos segundos, ambos ascendiendo. Entonces Guynemer se ladeó hacia Voss, y este, para evitar una colisión, se ladeó también. Pero en vez de ladearse *alejándose*, como Guynemer había esperado, Voss se giró hacia él, pero descendiendo en vez de ascender.

La punta del ala de Voss no golpeó contra el elevador de cola de Guynemer por un centímetro.

El alemán se dejó caer y luego se elevó en un rizo, una maniobra no recomendable cuando el enemigo está en tu cola. Al llegar arriba, giró y luego picó.

Guynemer pensó, cuando Tablero de Ajedrez se revolvió hacia él, que todo estaba perdido. Recobrándose rápidamente, sin tiempo para pensar en escapatorias, empezó a subir, mirando por encima de su hombro. Por un momento no pudo ver a Tablero de Ajedrez. Luego éste y el aparato de Barker aparecieron junto a él. Su amigo estaba detrás de Tablero de Ajedrez, habiéndose situado de algún modo a su cola. Tablero de Ajedrez inició un rizo-tonel, perdió velocidad en la maniobra, y luego se lanzó a una plana semibarrena. Voss era rápido como un gato a los controles. Repentinamente, se halló con el morro en dirección opuesta. El aeroplano de Barker disparó junto a

él, las puntas de sus alas casi tocándose.

Guynemer no tuvo tiempo de mirar más excepto hacia el aparato con el sol rojo. Ahora el tipo estaba detrás de él pero más abajo, ascendiendo tan rápidamente como él pero incapaz de disminuir la distancia que los separaba. Su adversario estaba a unos doscientos metros, estimó Guynemer. Lo bastante cerca como para alcanzarle con su fuego, pero demasiado lejos para apuntar con precisión en el aire.

De todos modos, Sol Rojo le lanzó una andanada. Los agujeros puntearon el ala derecha de Guynemer mientras éste se elevaba para girar. Sol Rojo giró también, encabritando su aparato para ponerse en línea con el hombre en la cabina. Guynemer tiró del estrangulador hasta que estuvo plano contra el panel. Si su motor tenía más potencia que el de Sol Rojo, podría alejarse lentamente incluso en aquella brusca ascensión. Pero los deseos no servían de nada. Estaban muy igualados en este aspecto.

Volvió a tirar hacia atrás de la palanca en un gesto salvajemente sereno. Disminuyó el ángulo de su ascensión, aunque sabía que con aquello permitiría a Sol Rojo estrechar la distancia que los separaba. Pero Guynemer no podía trazar una curva hacia arriba y sobre su dorso sin más impulso. Intentar eso sin nivelar su inclinación con respecto al horizonte podía conducir su aparato a una pérdida brusca de velocidad. Durante unos treinta segundos, tuvo que correr el riesgo de que el fuego de su enemigo pudiera alcanzar alguna parte vital de su blanco.

Okabe redujo distancias, preguntándose por qué el *Vieux Charles* había reducido su velocidad. Por aquel entonces había supuesto ya que su piloto era Guynemer. Como todos los aviadores, conocía muy bien la historia de Guynemer. Por unos momentos después de haber visto el nombre, se había sentido extraño. ¿Qué estaba haciendo él ahí arriba intentando matar al famoso francés, intentando derribar al *Viejo Carlos*?

Okabe miró a través del punto de mira. Cuando llegara a los quince metros de distancia, dispararía. Ahora, ahora estaba en línea. Oprimió el botón en la parte superior de la palanca de mandos; su aparato se estremeció cuando la ametralladora escupió. No estaba lo suficientemente cerca como para ver si había alcanzado su blanco, pero lo dudaba. Y ahora el aparato blanco con el blasón de la cigüeña roja estaba alzando el morro. Ahora estaba parándose sobre su cola, y ahora... ¡ahora estaba deslizándose hacia atrás y estaba disparándole a él!

Pero Okabe había pateado el timón y empujado la palanca. A esta altitud, el aeroplano no respondía tan rápidamente como en un vuelo normal. Pero consiguió realizar la semibarrena, y estaba cayendo alejándose de su oponente. Miró hacia atrás y vio al Viejo Carlos saliendo de su maniobra en la dirección opuesta.

Hizo una cerrada curva y se dirigió hacia él, esperando alcanzarlo antes de que pudiera situarse sobre él.

Voss, descubriendo el aeroplano marcado con la cabeza de perro tras él, tuvo poco tiempo para determinar qué maniobra debía efectuar para sacárselo de su cola. Dudaba que cualquier acrobacia convencional lo consiguiera. Este hombre podía simplemente imitarle o podía esperar a que la rematara y disparar sobre él cuando saliera de ella.

Salvajemente, tiró del estrangulador hasta la mitad.

Barker se sorprendió de acercarse tanto tan repentinamente. Pero no se paró a pensar. Tablero de Ajedrez estaba en su punto de mira; la distancia era de quince metros y reduciéndose. Entonces el casco del piloto estuvo dentro del anillo de su punto de mira. Oprimió el botón del disparador.

Tablero de Ajedrez, como si leyera en su mente, aumentó de pronto su potencia y al mismo tiempo entró en semibarrena. Las balas de Barker silbaron donde había estado su cabeza, astillando el fondo del fuselaje, destrozando el patín de cola.

Inmediatamente, el canadiense entró en semibarrena. Si tenía que disparar mientras estaba de lado, lo haría.

Tablero de Ajedrez se enderezó pero prosiguió una semibarrena hacia la derecha. Cabeza de Perro lo siguió. Tablero de Ajedrez recuperó la horizontalidad, y Cabeza de Perro apretó de nuevo el botón disparador.

Pero Tablero de Ajedrez se deslizó en un girante picado. Debía estar desesperado, pensó Barker. Yo puedo girar y picar tan rápido como él. Pensó también que Tablero de Ajedrez tenía que ser Voss. Tenía que serlo.

Pero Tablero de Ajedrez apuntó rápidamente su morro hacia arriba, efectuó un rizo-tonel, y cayó de nuevo. Barker se negó a emular la maniobra. Empujó la barra, su pulgar preparado para pulsar, pegándose a Tablero de Ajedrez tanto como un patito se pega a su madre.

Guynemer, saliendo del picado, estaba en la línea de fuego de Tablero de Ajedrez. Y Voss, estimando en un destello los vectores de su aeroplano y del Viejo Carlos, el viento y el alcance, lanzó una ráfaga. Fueron tan sólo seis balas disparadas, y Guynemer escapó de ellas. Pero una alcanzó al francés en la cadera, penetrando en ángulo descendente.

Baker no supo que Voss estaba disparando hasta que vio a Georges alzar rápidamente un brazo y echar bruscamente la cabeza hacia atrás. Entonces apretó su pulgar contra el botón, pero Voss ascendió en un brusco ángulo y girando sobre sí mismo, agitando de modo suicida sus alas de tal modo que Barker tuvo que apartarse rápidamente para evitar una colisión.

Pero no se alejó de él, sino que giró en torno suyo tan rápidamente como un leopardo vigilando la mordedura de un perro salvaje. Voss se le había escapado momentáneamente, aunque el precio había sido alto. Obligado a picar de nuevo para recuperar velocidad antes de que Barker pudiera alcanzarle, estaba de nuevo por debajo de él.

Barker se deslizó hacia él, mirando a su alrededor al mismo tiempo en busca de Sol Rojo.

Lo vio. Se dirigía hacia él desde arriba, acudiendo en ayuda de su compañero, ahora que Guynemer estaba momentáneamente, quizá permanentemente, *hors de combat*.

Era vital abandonar a Voss por el momento. Barker alzó su aparato, apuntando su morro en el mismo plano y en la misma dirección que el de Okabe. Rumbo de colisión.

Pero tener que ascender lo situaba a él en desventaja. El enemigo no tenía que permanecer en el mismo nivel, ni tampoco él. Se ladeó ligeramente, girando hacia la izquierda. Barker se ladeó a la izquierda también. Okabe se desvió hacia la derecha y luego redujo el picado. Evidentemente, estaba intentando trazar un círculo para alcanzarlo por la cola. El canadiense miró hacia abajo por ambos lados. Guynemer estaba subiendo de nuevo. No estaba tan seriamente herido como para considerarse fuera de combate. Y el alemán estaba dirigiéndose hacia el francés, que estaba casi a su mismo nivel.

Estaba por debajo suyo, en una perfecta posición para que Barker lo atacara. Desgraciadamente, Barker se hallaba en la misma situación que Voss con respecto a Okabe.

Barker ladeó su aeroplano mientras seguía subiendo. Dentro de unos treinta segundos, Okabe llegaría zumbando por debajo y alrededor y por detrás de él.

Al infierno con Okabe. Iba a atacar a Voss de todos modos.

El aeroplano de Barker picó en una larga curva.

Las alas se estremecieron con la velocidad del descenso. Miró su velocímetro. Cuatrocientos diez kilómetros por hora. Quince kilómetros por hora más, y las alas no podrían resistir el esfuerzo.

Miró hacia atrás. Okabe estaba siguiéndoles pero ahora no tan cerca. Probablemente sus alas tenían aproximadamente la misma tolerancia que las de su propio aparato. Barker se enderezó ligeramente, disminuyendo el ángulo del descenso. Eso iba a permitir a Okabe disminuir la distancia entre él y Barker. Pero Barker deseaba caer sobre Voss a una velocidad que le diera tiempo de lanzarle una larga ráfaga.

Ahora Voss, viendo a Barker picar, y siendo él el único blanco, giró su aparato hacia la picante némesis. Por unos pocos segundos, se hallaron en la misma línea, y las bocas de las armas de Voss escupieron llamas. Estaba corriendo un gran riesgo, con pocas probabilidades de éxito, puesto que el alcance era de cuatrocientos metros. Pero había poca cosa más que pudiera hacer.

Si bien el aeroplano resultó milagrosamente alcanzado, el propio Barker salió ileso. Ahora se ladeaba alejándose, alterando ligeramente su curva. Accionó el estrangulador, mirando hacia atrás al mismo tiempo. Okabe estaba acercándose por momentos, pero estaba aún demasiado lejos para utilizar su arma.

El aparato de Barker, con el viento aullando por encima del borde del parabrisas, giró en torno y detrás de Voss. El alemán no miró hacia atrás, pero podía ver a Barker en su retrovisor.

Evidentemente lo vio, puesto que giró y se dejó caer, alejándose. Barker realizó la misma maniobra, y entonces vio que Guynemer iba a quedar en la línea de fuego de Voss cuando Voss se nivelara. Por un segundo o dos, el aeroplano de Guynemer estaría enfrente de las ametralladoras de Voss. En dos ocasiones el francés se había hallado en la línea de fuego de Voss, ambas veces por accidente.

Barker no sabía todavía si su compañero había sido alcanzado o no. El y Voss pasaron a toda velocidad junto a Guynemer; la nuca de Voss estaba en el punto de mira de Barker, la distancia sólo cincuenta metros, acortándose.

Una ojeada al espejo. Okabe estaba detrás de él, a otros cincuenta metros. Y estaba acercándose rápidamente. Tan rápidamente que tendría tan sólo unos cuantos segundos para disparar a menos que disminuyera su velocidad. Lo cual tendría que hacer, por supuesto, a menos que estuviera muy seguro de su puntería.

Barker oprimió el disparador. Los orificios recorrieron a todo lo largo el fuselaje desde la cola, pasaron por encima del piloto, cuya cabeza estalló en un grumo de sangre, y danzaron por el motor.

Los espectadores en la orilla presenciaron entonces una extraña escena. Había tres aeroplanos en línea, y entonces, de pronto, fueron cuatro. Guynemer había ascendido detrás de Okabe. No estaba encima, en la mejor posición, y no disponía de la velocidad que había conseguido Okabe en su

picado. Pero mientras el cráneo de Voss se desintegraba, mientras la espina dorsal de Barker era partida en dos y la parte superior de su cabeza desaparecía, Guynemer lanzó tres ráfagas. Una alcanzó a Okabe en la parte inferior de su espalda desde abajo, en ángulo ascendente, rebotando en la espina dorsal, abriéndose camino hacia la parte frontal del cuerpo, y reventando el plexo solar.

Tras lo cual la visión de Guynemer falló, y se dejó caer hacia adelante, moviendo la palanca hacia adelante pero sin ser consciente de ello, mientras la sangre brotaba de su brazo y su costado. Dos de las balas de Voss habían encontrado su blanco.

El aeroplano pintado como un tablero de ajedrez empezó a girar sobre sí mismo, fallando por poco la parte superior de una espira rocosa de la orilla, estrellándose nivel tras nivel en los puentes de bambú, y aplastándose finalmente contra una cabaña. Las llamas brotaron de su fuselaje, el alcohol incendiado se derramó por las cabañas vecinas, y el viento llevó las llamas hasta otros edificios.

El primero de los varios fuegos que iban a convertirse en un holocausto se había iniciado.

El aeroplano marcado con la cabeza de un perro se estrelló contra una espira y cayó ardiendo a lo largo de ella, rompiendo a su paso varios niveles de puentes y cabañas, esparciendo fragmentos de ardiente metal y derramando llameante combustible a varios metros a la redonda.

El aparato señalado con el sol rojo cayó girando como una barrena sobre la playa, alcanzando a decenas de gritantes espectadores que corrían en busca de seguridad, rebotando sobre otras decenas más, y terminando su viaje contra el gran cobertizo de baile. El fuego bailó también, lamiendo el frente del edificio en girantes volutas y tragándose rápidamente toda la estructura en un insaciable resplandor escarlata y naranja.

El Viejo Carlos descendió en un somero picado, girando sobre sí mismo justo antes del impacto. Se estrelló contra el borde de la orilla del Río, abrió una zanja en la tierra cubierta de hierba mientras estallaba en llamas, aplastó a cinco personas que huían para poner a salvo sus vidas, y se detuvo en la base del tronco de un árbol de hierro.

Goering, pálido y tembloroso, pensó que nadie había probado nada excepto que el valor y la gran habilidad no eran garantías de supervivencia, que la Dama Fortuna juega con invisible mano, y que la guerra es fatal tanto para los soldados como para los civiles, tanto para los beligerantes como para los neutrales.

SECCIÓN 10

**Armagedón:
el «No Se Alquila» contra el «Rex»**

El Rey Juan no esperó a más.

Justo antes de que los cuatro aviadores formaran su hilera de la muerte, habló a través del micrófono del panel de control de la timonera.

—¡Taishi!

—Sí, capitán.

—¡Ataca! Y que Dios sea con nosotros.

Quince minutos antes, la enorme compuerta de popa había sido abierta. Un gran aeroplano biplaza con las alas dobladas había sido deslizado por una rampa hasta el agua. Sostenido por sus flotadores, había aguardado mientras sus alas eran extendidas y aseguradas. Luego Sakanouse Taishi, sentado en el asiento del piloto por delante de las alas, había puesto en marcha los dos motores. Mientras Taishi observaba la batalla aérea desde su cabina abierta, calentó los motores. Por detrás de las alas, en el puesto del artillero, estaba Gabriel O’Herlihy.

Ambos eran veteranos, el japonés de la Segunda Guerra Mundial, el irlandés-australiano de la de Corea. Taishi había pilotado bombarderos para la Marina Imperial y había hallado su fin en la batalla del golfo de Leyte. O’Herlihy había sido artillero para la infantería. Pese a su falta de experiencia aérea, había sido elegido para su puesto debido a su soberbia puntería. Se decía que tocaba la ametralladora igual que Harpo Marx tocaba el arpa.

De pronto, aunque no inesperadamente, el capitán le había dicho a Taishi que entrara en acción tal como se había planeado. Taishi habló a través del laringófono, y O’Herlihy ocupó su puesto. El japonés aceleró los motores y se encaminaron Río arriba contra el viento. Fue un largo despegue, puesto que llevaban diez cohetes, cada uno de ellos con una cabeza de combate de cuarenta kilos, bajo las alas, y un torpedo bajo el fuselaje. Este iba guiado eléctricamente y llevaba trescientos kilos de cordita en su cabeza.

Finalmente, el enorme aparato abandonó la superficie. Taishi aguardó hasta que estuvieron a quince metros de altura y pulsó el botón que soltaba los flotadores. Los dos grandes flotadores y sus sustentadores cayeron libres, y el aparato ganó velocidad.

O’Herlihy, mirando hacia atrás y hacia arriba, vio los cuatro aviones de combate caer y estrellarse, pero no dijo nada a Taishi. El piloto estaba demasiado ocupado haciendo girar el aparato hacia la orilla izquierda, manteniéndolo a poca altura. Lo hizo pasar entre dos espiras de roca justo por encima de los puentes de madera superiores. El plan era pasar rozando por encima de la copa de los árboles y, si era posible, volar entre las colinas. Una vez estuvieran cerca de las montañas, girarían a favor del viento. Manteniéndose aún cerca de las copas de los árboles, volarían paralelamente a las montañas. Luego girarían hacia la derecha y dispararían entre las colinas y justo por encima de los complejos de bambú. Así alcanzarían al *No Se Alquila*, que se hallaría presentándoles el costado.

Taishi sabía que el radar de Clemens los había detectado en el momento en que se habían alzado por encima del Río. Pero esperaba eludirlo hasta que apareciera repentinamente de detrás de las

colinas.

El suboficial llevaba un minuto intentando llamar la atención de Sam Clemens. El capitán, sin embargo, parecía no oírle. Estaba ahora de pie junto a la silla, con un cigarro encendido en la boca, los ojos llenos de lágrimas. Estaba murmurando, una vez tras otra:

—¡Georges! ¡Bill!

Joe Miller permanecía de pie a su lado. El titántropo iba revestido con una armadura de batalla, un casco de acero con una pesada protección de alambre cubriéndole el rostro, una extensión en forma de salchicha protegiendo su nariz, un peto de malla, guantes de piel de pez, protecciones de plástico en los riñones, y guardas de aluminio en muslos y espinillas. En su mano derecha de mamut sujetaba el mango de un hacha con cabeza de doble filo de acero que pesaba unos cuarenta kilos. Los ojos de Joe estaban también húmedos.

—Eran buenoz muchachoz —retumbó.

—¡Capitán! —exclamó el suboficial—. ¡El radar indica que un gran aeroplano ha despegado del *Rex*!

—¿Qué? —dijo Sam.

—Un aparato de dos motores, tipo hidroavión, ha despegado. El radar informa que se dirige hacia el norte. Sam le dedicó toda su atención.

—¿Hacia el norte? ¿Qué infiernos...? ¡Oh! ¡Pretende dar la vuelta e intentar sorprendernos de costado!

Chilló a los demás que fueran abajo. Al cabo de un minuto había bajado por la escalerilla hasta el puente. Llamó al oficial ejecutivo, John Byron.

—¿Ordenaste al *Añade* que despegara?

—Sí, señor —dijo Byron—. En el momento en que el radar captó a su torpedero despegando. ¡Ellos rompieron el acuerdo!

—Muy bien —dijo Sam. Miró por la ventana de babor. El *Añade*, un aparato torpedero de dos motores gemelos, estaba más allá del barco, orientándose contra el viento. Mientras lo miraba, se elevó, chorreando agua por los blancos flotadores. Un minuto más tarde los dos flotadores cayeron, golpearon el Río, emergieron de punta y hacia adelante, cayeron, fueron atrapados por la corriente, y se alejaron.

—¡Zafarrancho de combate! —gritó Clemens.

Byron pulsó un botón. Las sirenas empezaron a aullar, pero la gente en las cubiertas ya se estaba dirigiendo a sus puestos.

—¡Avante a toda velocidad!

Detweiller, sentado en el asiento del piloto, empujó sus dos palancas de control hasta el tope. Los gigantescos motores eléctricos empezaron a girar; las enormes ruedas de paletas unidas a ellos golpearon el agua. El barco pareció saltar casi hacia adelante.

—Un buen truco ese del viejo Juan —dijo Clemens—. Radía al *Añade* que se dirija hacia el costado del *Rex*.

Byron se apresuró a obedecer. Sam se volvió hacia de Marbot. El hombrecillo llevaba un casco cilíndrico de duraluminio, una cota y un faldellín de malla, y botas altas de piel. Un cinturón de piel sostenía una pistolera con una Mark IV y una vaina con un machete.

—Dile a tus hombres que suban el RL —dijo—. ¡Inmediatamente!

El francés pulsó un botón que lo pondría con el intercom de la sala de almacenamiento.

—¿Sigue todavía en el radar el aeroplano enemigo? —preguntó al operador.

—No en este momento —respondió Schindler—. Está detrás de las colinas, demasiado cerca de las montañas.

—Será lo suficientemente temerario como para venir en vuelo rasante sobre la copa de los árboles —dijo Clemens—. No vamos a tener mucho tiempo.

De Marbot lanzó un gruñido. Clemens miró su pálido rostro y dijo:

—¿Qué ocurre?

—No lo sé —dijo de Marbot—. ¡He oído algo que sonaba como una explosión! ¡La línea está muerta! ¡Nadie responde!

Sam se dio cuenta de que su rostro se estaba volviendo gris.

—¡Oh, Dios mío! ¡Una explosión! ¡Ve abajo, averigua lo que ha ocurrido!

Byron estaba junto a otro intercom en la mampara. Dijo:

—El puesto 25 informa de una explosión en el puesto 26. El francés se metió en el ascensor y desapareció.

—¡Señor, ahí está el aparato enemigo! —dijo el operador del radar—. En la orilla de babor, justo por encima de las estructuras, avanzando por entre esas dos espiras de roca.

Sam corrió hacia la ventana y miró afuera. El sol destellaba en el morro estriado en plata y azul de un aeroplano.

—¡Viniendo como un proyectil surgido del infierno!

Se aferró al alféizar, se obligó a sí mismo a calmarse, y se volvió. Pero Byron había dado ya el aviso a los de abajo. No era necesario, puesto que el atacante era claramente visible.

—Esperad a disparar hasta que el atacante esté a quinientos metros de distancia —dijo Byron—. Entonces lanzad los cohetes. Cañones y armas ligeras, esperad hasta que esté a doscientos cincuenta metros.

—No debía haber esperado —murmuró Sam—. Tendría que haber montado ya el láser y haber disparado tan pronto como esos chicos despegaron. Hubiera podido cortar a rodajas ese aeroplano antes de que tuviera tiempo de lanzar su torpedo.

Un lamento más en una vida llena de lamentos.

¿Y qué demonios estaba ocurriendo ahí abajo?

—¡Ahí viene eso! —exclamó Joe Miller. El torpedero había picado pasados los puentes que se alineaban en el borde de las colinas. Ahora estaba casi rozando la hierba de las llanuras. Fuera quien fuese el piloto, estaba manejando su enorme y pesada máquina como si fuera un avión de combate monoplaça.

A partir de entonces las cosas se sucedieron muy rápidamente. El aparato estaba avanzando al menos a doscientos cincuenta kilómetros por hora. Una vez alcanzara el Río, tendría que recorrer

menos de dos kilómetros hasta su blanco. Pero podría soltar su torpedo a una distancia de doscientos metros. Más cerca incluso, si el piloto se atrevía. Cuanto más cerca la soltara, menos posibilidades tendría el *No Se Alquila* de eludir el misil.

Hubiera sido mejor si el barco hubiera tenido tiempo. Pero hacer eso hubiera reducido al mínimo el fuego de defensa.

Sam aguardó. En el momento en que la plateada arma de destrucción fuera soltada de su portador, daría la orden a Detweiller de girar el barco sobre sí mismo. El aeroplano sena una amenaza menor entonces. En cualquier caso, si sobrevivía a la andanada de fuego, había que recorrer que tendría una suerte endiablada.

—Quinientos metros —dijo Byron, leyendo el radarscopio por encima del hombro de su operador. Habló por el intercom conectado a las baterías—. ¡Fuego los cohetes!

Veinte cilindros plateados de punta cónica, escupiendo llamas por sus colas, salieron disparados como gatos en una convención felina tras un ratón solitario.

El piloto también tenía los reflejos de un gato. Doce cohetes, más pequeños que los lanzados contra él, salieron disparados de debajo de sus alas. Las dos andanadas se encontraron en tres parpadeos y estallaron en llamas rodeadas de humo. Inmediatamente después, el aeroplano surgió perforando la nube recién creada. Ahora estaba tan cerca del Río que parecía que las olas lamieran el fondo de su fuselaje.

—¡Disparen la segunda batería de cohetes! —chilló Byron—. ¡Disparen los cañones y las armas pequeñas!

Otra andanada de misiles brotaron en un arco. Las ametralladoras a vapor lanzaron un chorro de balas de plástico calibre .80. El cañón de 88 milímetros del lado de babor ladró, escupiendo llamas y nubes grises. Los marines, estacionados entre las grandes plataformas, dispararon sus rifles.

El largo torpedo en forma de tiburón cayó del aeroplano a una altitud de treinta metros, golpeó el agua, rebotó, se hundió. Ahora todo lo que podía verse de él era su estela, parecida a un hervor blanco.

—¡Todo a babor! —gritó Sam.

Detweiller tiró violentamente hacia atrás de la barra de babor. Las monstruosas ruedas del lado izquierdo frenaron su marcha, se detuvieron, empezaron a escupir agua en dirección opuesta. Lentamente, el barco giró sobre sí mismo. Taishi, notando el aparato bruscamente aliviado del peso del torpedo, tiró hacia atrás de la palanca de mandos. El aeroplano alzó el morro cuando los motores gemelos, a plena potencia, lo elevaron para pasar por encima del barco. Taishi se inclinó hacia un lado de la cabina, el viento azotándole en pleno rostro. No podía ver el torpedo, pese a que el agua estaba clara, porque ya lo había rebasado.

Delante, el sol se reflejó brevemente en los cohetes, que dejaban tras de sí un rastro de humo. ¡Otra andanada! Rastreadores del calor, también.

Si las cosas hubieran ido de otro modo, Taishi hubiera pasado rozando el borde de la cubierta de vuelos del barco, la hubiera rebasado, hubiera girado en un amplio círculo, y hubiera regresado para bombardear. O'Herlihy estaba ahora de pie, agitando una mano contra el borde de su cabina, aguardando a que el aparato se nivelara de nuevo para hacer girar sus ametralladoras. Pero

O'Herlihy nunca tendría oportunidad de utilizar sus armas gemelas calibre 50.

El aeroplano, Taishi, y O'Herlihy, desaparecieron en medio de una gran nube, arrojando fragmentos inmediatamente a todo su alrededor, trozos de metal, carne, huesos y sangre. Uno de los motores cayó trazando un arco, estrellándose sobre la cubierta de velos cerca de un cañón. Dio vueltas sobre sí mismo y cayó por el borde a la cubierta superior, aplastando a dos hombres.

Un marinero llamó a gritos al equipo contra incendios. Sam Clemens, mirando por la ventana de babor, vio la explosión, vio un objeto oscuro con el rabillo del ojo, sintió las vibraciones del impacto.

—¿Qué infiernos ha sido eso?

Pero mantuvo sus ojos fijos en la estela del torpedo, siniestro como un tiburón acercándosele y mucho más rápido. Si tan sólo el barco pudiera girar sobre sí mismo más rápidamente, girar sobre sí mismo en diez centavos y devolver cinco centavos de cambio.

Era una extraña geometría, y mortífera. El torpedo estaba describiendo una línea recta, la distancia más corta entre dos puntos... en este caso, al menos. El barco estaba describiendo un círculo a fin de evitar convertirse en el extremo final de dicha línea.

Sam se aferró al alféizar, mordió tan salvajemente su cigarro que lo partió totalmente, aunque no cayó sino que quedó colgando de su labio, y su extremo encendido le quemó la mandíbula, lo cual le hizo lanzar un grito de dolor. Pero eso fue unos segundos más tarde. Mientras el torpedo rascaba contra el casco, no sintió nada excepto una extrema ansiedad.

Luego se alejó en dirección a la orilla, y entonces Sam se llevó la mano al cuello, se quemó la mano, y arrojó el cigarro lejos.

—Endereza el rumbo —le dijo a Detweiller—. Reanudemos el curso anterior, a toda velocidad.

Byron, mirando por la ventana de estribor, dijo:

—El torpedo se ha medio sumergido contra la orilla, capitán. Su motor sigue impulsándolo, pero se ha clavado en el lodo, inclinándose hacia arriba.

—Dejemos que ellos se preocupen de eso —dijo Sam, refiriéndose a la gente en la orilla—. ¡Oh! ¡Oh!

Se interrumpió. Durante varios minutos, había olvidado la explosión cerca de la habitación del RL.

—¡Byron! ¿Ha informado ya de Marbot?

—No, señor.

El intercom de la mampara zumbó. Byron respondió, con Clemens a su lado.

—Aquí de Marbot. ¿Está ocupado el capitán?

—¡Estoy escuchando, Marc! —dijo Sam—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡El láser ha sido volado! ¡Está completamente destruido! Toda la guardia, incluso Fermor, ha resultado muerta, lo mismo que cuatro marineros que estaban por allí. Los guardias resultaron muertos por la explosión; ¡a los marineros les dispararon! ¡Capitán, hay un saboteador o saboteadores a bordo!

Sam gruñó. Por un momento, pensó que iba a desvanecerse. Se sujetó con una mano en la mampara.

—¿Está usted bien, señor? —dijo Byron.

Byron parecía tan pálido como el propio Sam. Pero no mostraba ningún signo de histeria. Sam se enderezó, inspiró profundamente y dijo:

—Estoy bien. ¡Hijos de la maldita puta! ¡Hubiera debido tener a veinte hombres custodiando eso! ¡Hubiera debido subirlo mucho antes! ¡Ahora nuestra baza maestra está perdida! ¡Y Juan no hubiera tenido ninguna posibilidad contra ella! ¡Nunca desprecies el factor humano, Byron!

—No, señor —dijo Byron—. Sugiero...

—¿Que enviemos equipos de búsqueda en pos del bastardo? ¿O bastardos? En estos momentos deben estar ya de vuelta a sus puestos. Quizá. Quizá estén planeando como destruir los generadores. Envía algunos hombres abajo a la sala de motores y que monten guardia.

»Y comprueba todos los puestos. Comprueba si alguien ha abandonado su puesto por alguna razón, sea cual sea. Puede que haya algún inocente entre ellos, pero no podemos correr ningún riesgo. ¡Tráeme inmediatamente al puente a cualquiera que haya abandonado su puesto! No me importa si es un oficial y parece tener una buena excusa. ¡No podemos luchar contra Juan y vigilar no ser apuñalados por la espalda al mismo tiempo!

—¡A sus órdenes, señor! —dijo Byron, y empezó a llamar por orden de número a todos los puestos.

—El barco enemigo está a ocho kilómetros de distancia, capitán —dijo el operador en jefe del radar—. Viajando a noventa kilómetros por hora.

El *Rex* tenía una velocidad máxima de setenta y cinco kilómetros hora en aguas tranquilas y sin viento. Ayudado por la corriente y el viento, estaba avanzando a una velocidad igual a la del *No Se Alquila*.

—¿Alguna indicación del *Añade*? —dijo Sam.

—Nada, señor.

Sam miró el cronómetro. El gran aeroplano debía estar todavía volando junto a las montañas, rozando la copa de los árboles, tan bajo por encima del bosque como le era posible. Pero no atacaría al *Rex* por iniciativa propia. Sus órdenes eran aguardar hasta que el *Rex* se enfrentara con la nave madre. Entonces, mientras la tripulación de Juan estaba ocupada disparando contra el enemigo, el *Añade* surgiría rugiendo de entre los árboles, picaría hacia el Río, y enfilaría hacia el costado del *Rex*. Si Juan hubiera sido un poco inteligente, hubiera retenido a su propio torpedero hasta que la batalla se hubiera iniciado.

Pero Juan había esperado que la gente del *No Se Alquila* estuviera tan ocupada observando la batalla aérea que fuera tomada por sorpresa.

—Barco enemigo a seis kilómetros de distancia, capitán. Directamente al frente.

Sam encendió otro cigarro y le pidió al médico que le pusiera algún unguento en la quemadura de su barbilla. Smollett lo hizo, y luego Clemens se quedó junto a la portilla de estribor, observando las nubes de humo alzándose de los fuegos de la orilla izquierda a medio kilómetro de distancia. Las llamas estaban consumiendo el bambú, el pino, y las estructuras de tejo. Algunos fragmentos se alzaban de las hogueras, arrastrados por el viento, y aterrizaban sobre los puentes y las casas. La gente estaba huyendo hacia todos lados, llevándose consigo las pertenencias que habían conseguido

sacar de las casas ardiendo o descendiendo rápidamente por las escalerillas antes de que el fuego les alcanzara. Otros habían formado hileras, sumergiendo sus cilindros y cubos de tierra cocida en el Río, y pasando los contenedores a lo largo hasta el otro extremo, donde el agua era arrojada a la base de las llamas. Era un intento inútil; no había nada que hacer excepto dejar que el fuego prosiguiera. Aparentemente la mitad de los visitantes habían decidido hacer eso. Llenaban las llanuras, donde había pocos edificios, y seguía contemplando el enfrentamiento de los barcos.

—Antes de que nos vayamos, habremos arrasado Virolando —dijo Sam, a nadie en particular—. No vamos a ser muy populares aquí.

—El enemigo está a cinco kilómetros de distancia, señor.

Sam se dirigió al intercom, donde Byron seguía hablando aún con los puestos. La enorme masa de Joe apareció tras él, y Sam pudo oler los aromas de bourbon que emanaban de su enorme nariz. Al titántropo siempre le gustaba echar varios tragos antes de una batalla. No era que necesitase el coraje de la botella, explicó. Era tan sólo en beneficio de su estómago. Apaciguaba las «mariposas».

—Ademáz, Zam, necezito montonez de energía. Tú dicez que el alcohol da energía. Mi cuerpo lo quema como un motor quema alcohol. Y yo tengo un gran cuerpo.

—Sí, pero, ¿todo un litro? Byron miró a Sam.

—Hasta ahora nadie ha abandonado su puesto.

—¿Y zi alguien ha tenido que ir a echar una meada? Yo ziempre tengo que ir a echar una buena meada antez de una batalla. No importa lo valiente que zea, y lo zoy, ziempre tengo que ir. No zon loz nervioz, Ez zólo la tenzión.

—Y por supuesto todo ese alcohol que engulles no tiene nada que ver con ello —dijo Sam—. Si yo me hubiera metido un litro en el estómago, sería incapaz de salir de los urinarios. De hecho, me sentiría afortunado si consiguiera encontrarlos.

—El whizky limpia miz riñonez. Riñonez limpioz, cabeza limpia. Mi cabeza, quiero decir, no la cabeza del barco.

—Ambas cabezas tienen mucho en común —dijo Sam—. Los urinarios tienen su cañerías llenas de agua, y tú tienes agua en el cerebro.

—Eztáz diciendo tonteríaz zimplente porque eztaz nerviozo —dijo Joe. Dio una palmada a Sam en el hombro con unos dedos como plátanos.

—No te tomes esas familiaridades con el capitán —dijo Sam. Pero se sentía mejor. Joe le apreciaba, y siempre estaría a su lado. ¿Podría ocurrirle algo mientras ese monstruo estuviera protegiéndole? Sí. El barco podría resultar destruido, con Joe o sin Joe.

El *Rex Grandissimus* era visible ahora, una blanca masa indistinta avanzando hacia ellos. A medida que pasaban los minutos, su imagen iba aclarándose. Por un momento, Sam Clemens sintió un dolor en su pecho. El *Rex* había sido su primer barco, su primer amor. Había luchado por conseguir el metal para construirlo, había matado, incluso había asesinado a uno de sus colegas por él —¿dónde estaba ahora Erik Hachasangrienta?—, y todas esas luchas y muertes y asesinatos le habían sido negados cuando el Rey Juan se lo había robado. Ahora era su mayor adversario. Era una lástima tener que destruir esa embarcación, una de las dos únicas de su clase en todo el planeta.

Odiaba a Juan más aún porque estaba obligándole a hundir aquella belleza. Quizá, pensó consiguiera simplemente abordar y tomar el *Rex* sin necesidad de hundirlo. Entonces ambos barcos podrían seguir su rumbo Río arriba hasta las fuentes.

Sam siempre había oscilado desde el más profundo pesimismo hasta el más alocado optimismo.

—Cuatro kilómetros ahora —dijo el operador del radar.

—¿Alguna señal del *Añade*?

—No... ¡sí, señor! ¡Acabo de obtener una! ¡Está a cinco kilómetros a estribor, justo encima de las colinas!

—Señor, la embarcación enemiga está girando a estribor —dijo el hombre del radar.

Sam miró a la portilla de babor. Sí, el *Rex* estaba girando sobre sí mismo. Mientras el *No Se Alquila* avanzaba hacia ti, el *Rex* le presentaba su popa.

—¿Qué infiernos está haciendo?

—¡No puede estar dando la vuelta! —dijo Sam—. Sea lo que sea este taimado bastardo, no es un cobarde. Además, sus hombres no se lo permitirían. No, está planeando algo mucho más retorcido.

—Quizá —dijo Detweiller— el *Rex* sufra alguna dificultad mecánica.

—Si es así, lo tenemos en nuestras manos —dijo Sam—. Radar, compruebe su velocidad.

—El barco enemigo está moviéndose a cincuenta y cinco kilómetros por hora en dirección oeste, señor.

—Contra la corriente y el viento, esto es máxima velocidad —dijo Sam—. No hay nada malo en ello. Nada que yo pueda ver, al menos. ¿Por qué demonios está corriendo? No tiene ningún lugar donde esconderse.

Sam hizo una pausa, girando los ojos como si estuviera buscando alguna idea. Dijo:

—¡Sonar! ¡Averigüe si capta algún objeto extraño! ¡Algo que pueda ser una mina!

—Nada señor. Todo claro bajo el agua, excepto algunas bandadas de peces.

—Sería muy propio de Juan construir algunas minas y esparcirlas a nuestro paso —dijo Sam—. Yo haría lo mismo si la situación fuera a la inversa.

—Zí, pero él zabe que llevamos zonar.

—Lo intentaría de todos modos. Sparks, dígame a Anderson que se mantenga a la expectativa hasta que se inicie la batalla o reciba nuevas órdenes.

El radiooperador transmitió el mensaje al piloto del *Añade*, Ian Anderson. Era un escocés que

había pilotado un torpedero-bombardero británico durante la Segunda Guerra Mundial. Su artillero, Theodore Zaimis, era un griego que había sido artillero de cola en un Handley Page Halifax de la RAF en sus incursiones nocturnas sobre Francia y Alemania en la misma guerra.

Anderson dio su conformidad. El radar siguió al *Añade* mientras éste mantenía más o menos nivelado su rumbo este.

Mientras el sol trazaba lentamente su arco hacia el ocaso, el *No Se Alquila* disminuyó la distancia que lo separaba del *Rex*.

—Quizá Juan no sepa lo rápido que puede ir este barco —murmuró Sam mientras caminaba arriba y abajo. Miró hacia la multitud reunida en ambas orillas y en las espiras y puentes—. ¿Por qué siguen ahí mirando boquiabiertos? ¿No saben que los cohetes y obuses pueden ir a parar entre ellos? ¡Eso es lo menos que podía haber hecho Juan, advertirles!

El gran templo de piedra roja y negra apareció a la vista, aumentó de tamaño, luego empequeñeció. Ahora el perseguidor estaba tan sólo a un kilómetro por detrás del perseguido. Sam le dio a Detweiller órdenes de disminuir la velocidad.

—No sé lo que está pretendiendo. Pero no voy a meterme corriendo a toda velocidad en ninguna trampa.

—Parece como si estuviera dirigiéndose hacia el estrecho —dijo Detweiller.

—Debería haber pensado esto —dijo Sam.

Las montañas se curvaban allí hacia el interior, formando arcos a ambos lados que casi se tocaban a menos de un par de kilómetros ante ellos. Eran paredes negras, blancas y estriadas en rojo, formando abruptos precipicios entre los que bullía el Río. El *Rex*, aunque debía moverse a toda la potencia de sus motores, avanzaba tan sólo a treinta kilómetros por hora. Su velocidad sería aún menor si entraba en el imponente y oscuro paso.

—¿Creéis realmente que Juan va a llevarnos hasta el otro lado? —dijo Sam. Entonces se golpeó la palma de su mano izquierda con el puño de su otra mano—. ¡Rayos y truenos, eso es! ¡Va a esperarnos al otro lado, para atraparnos cuando salgamos!

—Tú no zeriaz tan eztúpido, ¿verdad? —dijo Joe Miller. Sam lo ignoró. Se dirigió hacia el radiooperador.

—¡Ponme con Anderson!

El piloto del *Añade* habló con un marcado acento escocés de las Tierras Bajas.

—De acuerdo, capitán, iremos a ver qué está haciendo esa basura. Pero tomará algún tiempo subir por encima del paso.

—No vayas por encima de las montañas; ve *a través* del paso —dijo Sam—. ¡Si ves alguna posibilidad, ataca! —Luego, a Byron—: ¿Sabes ya algo?

Una ligera irritación cruzó por el rostro de Byron.

—Te lo diré tan pronto como lo sepa. Sam se echó a reír y dijo:

—Lo siento, John. Pero la idea de alguien poniendo explosivos ahí abajo... bueno, es algo que me preocupa. Sigue adelante.

—Ahí está —dijo Byron cuando el suboficial del puesto 26 habló. Sam se dio la vuelta y corrió al lado de Byron.

—El subteniente Santiago se fue hará media hora, señor —dijo Schindler—. Me puso a mí al cargo, dijo que sufría diarrea nerviosa y que deseaba librarse de ella antes de que le pusiera en una situación comprometida. Dijo que volvería inmediatamente cuando se sintiera algo mejor. Tardó diez minutos en volver, pero no pensé mucho en ello, señor, porque dijo que simplemente no podía pararla.

»Parecía como si acabara de tomar una ducha, señor, estaba chorreante. Dijo que se había ensuciado y que había tenido que tomar una ducha rápida. Luego, inmediatamente después de oír la llamada general para que todos los puestos informáramos por número, se disculpó de nuevo. Pero aún no ha vuelto.

—¡Puesto 27, informe! —dijo Byron. Volvió su cabeza hacia Sam—. Puede que no sea el único.

Todos los treinta y cinco puestos informaron que nadie más había abandonado su lugar ni siquiera durante un minuto.

—Bien, o se ha ocultado en algún lugar, o ha saltado por la borda —dijo Sam.

—Dudo que haya podido abandonar el barco sin que nadie lo vea —dijo Byron.

Sam llamó a de Marbot.

—Ordena a todos tus marines, a *tedas*, que busquen a Santiago. Si se resiste, que disparen contra él. Pero me gustaría interrogarle, si es posible.

Se volvió hacia Byron.

—Santiago ha estado con nosotros desde el principio. Pudo haberlo situado Juan, aunque no sé cómo Juan pudo saber lo del láser. Ni siquiera pensamos en él hasta después de que robara el barco.

¿Y cómo, en nombre de Dios, pudo enterarse Santiago de su existencia? Era un secreto más bien guardado que la vida sexual de la Reina Victoria.

—Tuvo mucho tiempo para merodear por ahí —dijo Byron—. Y es listo. Yo nunca confié en él.

—A mí me caía bien —dijo Sam—. Siempre fue sociable, y muy bueno en su trabajo, y jugaba estupendamente al poker.

Santiago era un marinero venezolano del siglo XVII que había capitaneado una nave de guerra durante diez años. Naufragado junto a una inidentificada isla caribeña, fue alanceado por los indios cuando llegó arrastrándose a la playa. Sin embargo, esto sólo apresuró un poco su muerte. La sífilis ya casi había terminado con él, de todos modos.

—Por supuesto —añadió Sam—, se sentía horriblemente celoso con respecto a sus mujeres, y tenía ese estúpido machismo latino. Pero después de que una de sus mujeres, una experta en jukado, le diera una buena paliza, reconsideró su modo de proceder y trató a las damas como si valieran su peso en oro.

Había otras cosas más urgentes que considerar, de todos modos, que el ego de Santiago. Por ejemplo, ¿cómo sabría Juan que su gente había tenido éxito? Juan no sabía nada del láser. Seguramente debía haber encargado al venezolano que hiciera volar alguna parte vital del barco. Esa orden no había sido llevada a cabo, puesto que los generadores y los centros electromecánicos de control estaban demasiado bien protegidos. Así que, a menos que se produjera alguna explosión espectacular, ¿cómo sabría Juan que su agente había realizado su trabajo? ¿Existía algún sistema de señales? Al parecer, Santiago no había enviado ninguna.

A menos que... tuviera algún transmisor de radio oculto en el barco. Y estuviera sintonizado a una frecuencia utilizada por...

Sam sintió una débil vibración en el casco, una que no podía atribuirse al golpetear de las paletas contra el agua.

Se dirigió a la portilla de babor y miró afuera. Del lado de estribor surgían volutas de humo, al parecer procedentes de la cubierta superior.

Sam corrió al intercom y aulló:

—¡Puestos 15 y 16! ¿Qué ha ocurrido? Una tranquila voz femenina respondió:

—Aquí la suboficiala Anita Garibaldi, puesto 17. ¡Ha habido una explosión aquí abajo, señor!

¡Una de las mamparas ha saltado! ¡El cableado de su interior ha resultado roto!

Detweiller maldijo. Sam se giró en redondo.

—¿Qué ocurre?

—He perdido el control —dijo Detweiller, pero Sam ya lo sabía. Las ruedas de paletas habían disminuido su velocidad, y mientras miraba aún por la portilla de popa, vio que se habían detenido. Lentamente, la proa del barco estaba girando hacia babor, y estaba siendo arrastrado hacia atrás por la corriente.

Detweiller alargó una mano y pulsó un botón. Una luz se encendió a su lado. Agarró de nuevo las palancas. Las ruedas empezaron a girar, ganaron velocidad. El barco regresó a su rumbo original.

—El sistema de emergencia funciona —dijo Detweiller. Sam sonrió ligeramente, aunque no se sentía en absoluto alegre.

—Santiago no debía saber nada de eso —dijo—. ¡Pero fue Juan quien me dio la idea de instalarlo! ¡Vencido por su propio ingenio!

Aulló por el intercom, pulsando el botón que ponía en comunicación a todos los puestos:

—¡De acuerdo, chapuceros ciegos microcéfalos incompetentes! ¡Podéis expandir vuestros cerebros un centenar de veces, y seguirán cabiendo en el culo de un mosquito! ¡Encontrad a Santiago!

—El estrecho está delante de nosotros, capitán —dijo Detweiller.

Una sombra pasó por encima de ellos, y dos motores gemelos rugieron. El *Añade* cruzó zumbando frente a ellos a una altitud de unos setenta metros. Estaba ascendiendo entre las oscuras paredes, su foco horadando hacia adelante, empequeñeciéndose en la distancia y la oscuridad, luego desapareciendo en la larga curva.

—¿Podemos mantenernos en contacto por radio con el *Añade*? —preguntó Sam al radiooperador.

—Es posible, señor. Las ondas largas pueden rebotar en esa curva hasta nosotros.

Sam se dio la vuelta, pero se giró inmediatamente ante una exclamación del operador.

—¡Jesús! —exclamó el piloto del avión—. ¡Acabamos de ser alcanzados! ¡El motor de estribor está en llamas! ¡Un cohete...!

El operador alzó la vista, con un rostro pálido y denso.

—Eso es todo, capitán. Sam maldijo.

—¡Juan debía estar aguardándole! ¡Sabía que yo lo enviaría para averiguar qué era lo que estaba haciendo!

¿Por qué no había dejado que Anderson hiciera lo que deseaba, volar por encima de las

montañas? Entonces hubiera estado fuera del alcance de los cohetes, o al menos hubiera tenido tiempo de efectuar alguna maniobra evasiva. Pero no. Juan conocía a su ex-socio, sabía lo impaciente que se sentía. Así que había aguardado, y ahora había puesto al torpedero fuera de combate.

Pero el *Rex* no se habría metido en el estrecho únicamente para tenderle una emboscada al aeroplano. Seguro que...

La voz de Marbot crepitó:

—¡Capitán! ¡Acabamos de atrapar a Santiago! ¡Estaba escondido tras una mampara! ¡Huyó a través de un pasillo y casi estuvo a punto de alcanzar la barandilla de cubierta! ¡Johnston ha tenido que volarle la cabeza de un disparo!

—Dame los detalles más tarde —dijo Sam—. Que prosigan la búsqueda de otros posibles agentes. Que miren...

—¡Cohetes! —gritó Detweiller.

Sam Clemens se giró en redondo. Algo rápido y plateado procedente de arriba golpeó la base de la timonera. La explosión fue ensordecedora; la cubierta se estremeció. Otro rugido llegó de arriba. La timonera vibró. El humo cubrió las ventanas por todos lados durante algunos segundos. Luego el viento se apoderó de él y lo esparció.

—¿Qué infiernos? —dijo Sam una y otra vez.

—Vienen de ahí arriba —dijo Detweiller. Soltó una palanca de control justo el tiempo suficiente para señalar hacia arriba y a su derecha.

—¡Salgamos de ahí! —aulló Sam—. ¡Corriente abajo!

El piloto ya había aplicado toda la potencia. Era un hombre frío, ese Detweiller.

De nuevo otro llamear plateado. Docenas de ellos. Más explosiones. Una batería de cohetes a estribor desapareció en un llameante tronar que produjo una gran cantidad de humo. Un impacto directo de *quienquiera* que estuviera lanzando aquellos misiles *desde donde fuera*

—¡Rumbo en zigzag! —gritó Sam.

Hubo otros tres impacto directos. Otros misiles se hundieron en el agua a ambos lados y a proa.

—Nuestro radar no funciona —dijo Byron. Ordenó a los hombres de los cohetes que respondieran al fuego, utilizando cálculos visuales.

—¿Pero dónde están? —dijo Sam.

—¡Arriba en el farallón! —dijeron Byron y Detweiller al mismo tiempo.

—¡Allí eztán! —dijo Joe, señalando por la portilla de estribor. Mientras Byron solicitaba informes de los daños y pérdidas, Sam miró siguiendo el masivo dedo del titántropo. A unos doscientos metros de altura, donde hubiera debido haber una lisa pared de roca, había ahora una abertura. Oblonga, de unos diez metros de largo por tres de alto. Pequeños rostros miraban desde detrás de los lanzacohetes, y el sol se reflejaba en el plata de los misiles y los tubos.

—¡Jesucristo Santísimo!

Los hombres de Juan debían haber encontrado una cueva allá arriba en la pared de la montaña, y habían transportado sus lanzacohetes hasta allí. Una protección de alguna clase, probablemente cartón piedra simulando una mancha de líquenes, había sido colocada delante de la abertura. Mientras los servidores de los cohetes aguardaban allí dentro, Juan había recorrido el estrecho.

—¡Soy un incauto! —dijo Sam, y gruñó.

Trascurrió un minuto mientras el barco se deslizaba Río abajo. Entonces, haciéndole sobresaltarse aunque sabía que estaban llegando, una docena de grandes misiles surgieron de la abertura, y el interior de la caverna se iluminó por un segundo con las llamas.

—¡Todo a babor! —aulló Sam.

Sólo uno de los cohetes les alcanzó. Una ametralladora de vapor desapareció en una nube, mientras fragmentos de cuerpos y metal volaban por los aires. Cuando se aclaró el humo, mostró un enorme agujero allá donde la plataforma, el arma y los tres hombres y dos mujeres a su cargo habían estado.

Por un momento, Sam se quedó alucinado, incapaz de moverse o de pensar en nada excepto: la guerra no es mi elemento. La guerra no es el elemento de ningún hombre racional. Debería haber hecho frente a la realidad y haberle dado a Byron el mando. Pero no, mi orgullo, mi orgullo. Juan era artero, tremendamente artero, y además había tenido al gran danés, Tordenskjold, como consejero.

Vagamente, fue consciente de que el barco se estaba dirigiendo hacia la orilla. La voz de Byron, como si llegara desde una gran distancia, estaba diciendo:

—¿Tengo que mantener el rumbo, capitán?

—Zam, Zam —retumbó Joe a su lado—. ¡Jezucrizto, vamo a embarrancar en la orilla!

Sam se obligó a moverse, a hablar.

—No vamos a mantener el rumbo. Dirige el barco Río abajo y mantenlo en el centro de la corriente.

Había cuerpos en la cubierta principal. Sangre joven, Czerny y de Groot. Y la parte superior de la hermosa Anne Mathy, la antigua estrella de Hollywood. Parecía como una muñeca china a la que algún niño malvado hubiera mutilado despiadadamente.

Había visto cadáveres y sangre antes, y no era ningún joven jugando al soldado confederado. No había ningún Salvaje Oeste a dónde dirigirse, abandonando la Guerra Civil a aquellos a quienes le gustara. No podía desertar ahora.

El miedo se convirtió en rabia. La copa de bourbon que Joe —¡el buen viejo Joe!— le tendió proporcionó combustible a su cólera. ¡Maldito fueran Juan y todo sus sucios trucos! Iba a enviar al hombre al infierno, aunque él tuviera que acompañarle si era necesario.

Se dirigió a Byron.

—¿Crees que podemos hacer saltar a esos bastardos de la caverna?

El oficial ejecutivo dirigió una larga mirada al lugar.

—Creo que sí. Por supuesto, si su reserva de misiles está agotada, no tiene ningún sentido malgastar los nuestros en ellos.

—No veo ninguno en los tubos —dijo Sam—. Pero pueden estar manteniéndolos fuera de la vista, esperando a que volvamos atrás para atacar. Volvamos atrás y asegurémonos. No deseo que esas hienas se rían de nosotros.

Byron alzó las cejas. Evidentemente pensaba que era estúpido arriesgarse a ser alcanzados de nuevo.

—Sí, señor —dijo, y regresó junto al intercom. Sam le dijo a Detweiller lo que deseaba. Y mientras el *No Se Alquila* giraba de nuevo, los servidores de los cohetes se prepararon para su misión.

Byron dio su informe con una voz llana y fría. Veinte muertos. Treinta y dos heridos graves. Once de los heridos podían ser curados y devueltos a sus puestos. Una ametralladora, una batería de cohetes, y un cañón, habían resultado destruidos. Los cohetes y las municiones del cañón habían estallado también, causando más daños que los propios misiles. Había dos grandes agujeros en la cubierta de vuelos, y las cabinas de la hilera inferior de la timonera habían resultado destruidas. Quedaba todavía lo suficiente de la estructura de base como para asegurar la estabilidad. Pero esta no podía garantizarse si otro cohete alcanzaba la estructura. Su potencia de fuego había quedado

reducida, pero el rendimiento del barco no había sido afectado.

Lo peor de todo era que las antenas del radar habían resultado destruidas.

Una mirada afuera le dijo a Sam que estaban siendo colocados nuevos cohetes en los tubos por parte de los hombres en la caverna.

—¡Byron, que empiecen a disparar cuando yo dé la orden! —exclamó.

El oficial ejecutivo transmitió la orden de apuntar a la abertura. El barco estaba ahora a ochocientos metros de la base del farallón. Sam le dijo a Detweiller que hiciera girar el barco, presentando su lado de estribor. Entonces debería dejar que la corriente lo arrastrara alejándolo hasta que la batería de cañones de estribor hubiera disparado. Estos eran el cañón de 88 milímetros, mucho más preciso que los cohetes, y el cañón de aire comprimido.

A la orden retransmitida de Sam, el 88 milímetros lanzó su salva de fuego, humo y trueno, y el otro cañón silbó. Una bala golpeó justo encima de la abertura, la otra justo debajo. No fue necesaria una segunda andanada. Los cohetes de la caverna debían haber quedado fuera de combate por la explosión inferior. Desaparecieron en una nube de humo de la que brotaron trozos que podían haber sido cuerpos.

Cuando el humo se aclaró, sólo quedaban fragmentos de retorcido metal.

—Creo que podemos dar por seguro que han quedado eliminados —dijo Sam. Se sentía contento. El enemigo no eran seres humanos. Eran cosas que podían matarlo a uno y que debían ser matadas antes de que pudieran conseguir su propósito.

—Lleva el barco de vuelta al centro de la corriente, aproximadamente a unos cuatrocientos metros del paso —dijo Sam—. Byron, ordena que sea subido el helicóptero.

—El Rey Juan lo está utilizando también —dijo Byron. Señaló a la abertura. Sam lo vio, colgando a unos setecientos metros de altura, un minúsculo aparato enmarcado en la oscura puerta del estrecho.

—No deseo que Juan vea lo que estamos haciendo —dijo—. Dile a Petroski que se encargue de él.

Sam hizo venir a de Marbot. Las instrucciones duraron unos dos minutos. De Marbot saludó y partió a poner en marcha el plan.

Petroski, el piloto del helicóptero, calentó el motor, y despegó con dos hombres armados con ametralladoras. El fuselaje iba equipado con diez pequeños misiles rastreadores del calor, alguno de los cuales, se esperaba, podía derribar el aparato enemigo mientras los otros podían alcanzar el *Rex*.

Sam lo observó mientras ascendía lentamente, lastrado con su carga mortal. Le tomó un cierto tiempo ascender hasta la altura superior a la del aparato en la boca del paso. Sam le preguntó al francés cómo iban las cosas. De Marbot, a popa, respondió que las lanchas estaban casi llenas con los cohetes. Podrían partir en unos minutos.

—Te daré la orden cuando la costa esté limpia —dijo Sam.

El aparato de Petroski dejó finalmente de ascender. El otro helicóptero estaba todavía en su posición original. Cuando su piloto vio el otro gran helicóptero completamente blanco avanzar por encima de él, hizo dar media vuelta a su aparato y huyó.

El operador del radar, ahora apostado como vigía, dijo:

—El aparato enemigo está moviéndose a una velocidad estimada de ciento cuarenta kilómetros por hora.

—Entonces es más rápido que el nuestro —dijo Sam—. No está llevando tanto peso. Byron, dile a de Marbot que puede partir.

La enorme compuerta fue abierta por unos momentos. La mayor de las lanchas, la *Prohibido Fijar Carteles*, se deslizó fuera del compartimiento lleno de agua, dejando tras ella una blanca estela. Giró y se encaminó hacia la orilla. Cerca detrás de ella partió la *Después de Ti, Gascón*. Ambas iban cargadas con cohetes, lanzacohetes desmantelados, y marines.

La voz de Petroski surgió por el aparato de radio.

—El enemigo ha desaparecido tras la curva. Voy a subir otros ochenta metros antes de dirigirme hacia allá.

Mientras Sam aguardaba el siguiente informe, observó las lanchas. Sus proas estaban embarrancadas ahora en la baja orilla, y los hombres estaban saltando fuera de ellas al agua. Rápidamente vadearon hasta la orilla y empezaron a descargar las armas y el equipo. Cada hombre iba a llevar un misil de dieciséis kilos o parte de un lanzacohetes desarmado.

—Juan debió enviar primero a algunos hombres con equipo y cuerdas —dijo Sam—. Luego debió izar esos cohetes desde la cubierta del *Rex*. Debió hacerlo de noche, por supuesto, de modo que los virolandeses no le vieran. Tuvo que ser un trabajo infernal. Es una lástima que no tengamos tiempo de instalar cohetes pesados. Pero esos cohetes ligeros pueden hacer mucho daño si aciertan en los lugares adecuados del *Rex*.

Se frotó las manos y arrojó una nube de humo de su cigarro.

—No hay nada como devolverle el golpe al viejo Juan. Utilizar su propia trampa para atraparlo.

—Si disponemos de tiempo —dijo Byron—. ¿Qué ocurrirá si el *Rex* aparece a toda máquina por el estrecho antes de que nuestras armas estén en posición?

—Puede ocurrir, pero no es probable —dijo Sam, frunciendo el ceño—. Una vez Juan vuelva a entrar en el paso, solamente puede ir hacia adelante en línea recta. No hay espacio suficiente para dar media vuelta, ni siquiera aunque gire sobre sólo una rueda. Por todo lo que sabe podemos estarle aguardando justo a la salida, fuera del alcance del radar, y fuera de la detección del sonar también. Podemos hacerle volar el culo cuando intente dar la vuelta.

—Quizá conziga hacerlo —dijo Joe.

—¿Con dos cañones y cincuenta cohetes apuntando a su timonera, y cuatro torpedos a su casco? Sam se echó a reír burlonamente.

—De todos modos, me gustaría verte a ti intentando conducir este barco marcha atrás en esa corriente con tan sólo diez metros de margen a cada lado. Detweiller no podría hacerlo. ¡Ni siquiera yo podría hacerlo!

Aguardaron. Sam observó la larga hilera de marines, cada uno de ellos cargado con un cilindro plateado o una pieza de equipo. Finalmente, de Marbot informó por el walkie-talkie.

—He encontrado el paso.

—Te veo agitando el brazo —dijo Sam—. Debería tomarte una hora el alcanzar la caverna. No está demasiado alta, pero el sendero debe ser largo.

—Lo haremos tan rápido como sea posible —dijo el francés—. Pero no podemos ir demasiado aprisa si el camino es estrecho.

—Confío en tu buen juicio.

—Petroski al habla de nuevo —dijo el operador. Sam pudo oír al piloto antes de llegar junto a la radio.

—Hemos bajado hasta la superficie —dijo Petroski—. He decidido avanzar a la altura de la cabina de control. Nos tendrán en su radar tan pronto como giremos el último recodo. Pero cuento con haberles sacudido por aquel entonces, averiando su puntería. Seis cohetes a la timonera, seis al helicóptero, esté en el aire o en la cubierta de vuelos.

Petroski sonaba feliz. Era un polaco loco que había volado para la RAF contra Hitler. Después de la guerra, se había negado a vivir en una Polonia comunista, de modo que había emigrado al Canadá, donde se había ganado la vida primero como piloto de alquiler y más tarde como piloto de helicóptero de la policía.

—¡Maldita sea! —exclamó Petroski—. ¡El barco está justo fuera de la entrada! Su proa está apuntada directamente hacia mí. ¡Sólo tengo cuatrocientos metros de margen! ¡Deseadme suerte!

El rugido del motor y las paletas era fuerte, pero su excitada voz lo dominaba.

—¡Fuego los seis! —Dos segundos. Luego—: ¡Llegados al objetivo! ¡Han fallado la cabina de control pero han enviado las chimeneas al infierno! ¡No puedo ver a través del humo! ¡Asciendo un poco! ¡Las baterías están disparando por todas partes! ¡No puedo ver a través del humo! ¡Oh, oh! ¡Ahí está el helicóptero, en la cubierta de vuelos! Voy a...

El radiooperador alzó la vista hacia Sam.

—Lo siento, capitán. No hay contacto. Sam aplastó el extremo de su cigarro hasta hacerlo trizas y lo arrojó al suelo.

—Un cohete debe haberle alcanzado.

—Probablemente.

Los ojos del operador estaban húmedos. Petroski había sido amigo suyo durante más de diez años.

—No sabemos si alcanzó el helicóptero de Juan o no —dijo Sam. Se secó los ojos con los nudillos—. Mierda, siento deseos de lanzarme directamente contra él, de hacerle pagar...

Byron alzó de nuevo las cejas ante aquella actitud tan poco profesional.

—Sí, ya sé —dijo Sam—. Caeríamos en su trampa. Olvídalo. Y sé lo que estás pensando también. Hubiera sido mejor haber conservado nuestro medio de observación, para decirlo en un frío lenguaje militar. Ahora Juan puede mantener un ojo sobre nosotros con su helicóptero, si Petroski no lo ha destruido.

—Corrimos el riesgo, y quizá valió la pena —dijo Byron—. Quizá ambos helicópteros y la sala de control hayan sido alcanzados. Petroski no tuvo tiempo de efectuar una observación precisa.

Sam caminó arriba y abajo un poco más, dando unas chupadas tan fuertes a su nuevo puro que el aire acondicionado no podía dar cuenta de la humareda. Finalmente se detuvo, lanzó su cigarro hacia adelante como si estuviera atravesando con él una idea. Lo cual, en un cierto sentido, estaba haciendo.

—Juan no va a venir hacia nosotros a menos que sepa dónde estamos. Así que efectuará una exploración, ya sea con su helicóptero o con una lancha. En cualquier caso, no dispararemos contra él o ella. Byron, dile a de Marbot que no abra fuego si cualquiera de los dos abandona el estrecho. Y que se oculte.

»Detweiller, lleva el barco hasta una piedra de cilindros cerca del templo. Anclaremos allí y efectuaremos algunas reparaciones.

—¿Y qué conseguiremos con ezto, Zam?

—¿Que qué conseguiremos? Así los espías de Juan nos verán aquí. Entonces, si decide atacar, sabrá que no estamos emboscados. De hecho, puede pensar que los cohetes del farallón nos han causado bastante daño, que estamos seriamente tocados. Y sabrá que puede cruzar el estrecho antes de que nosotros podamos ir hacia allá. Entonces efectuaremos la última jugada, con nosotros teniendo una escalera al rey en nuestras manos. Espero.

—Pero Zam —dijo Joe—, ¿y zi Petrozki hizo zellar la zala de control? ¿Y el Malo Juan resultó muerto? Quizá no eztén en pozición de luchar.

—No veo a nadie con una bandera blanca y ofreciendo una rendición. Simplemente nos retiraremos y esperaremos que Juan acuda a luchar. Mientras tanto, efectuaremos una ligera exploración por nuestra parte. Byron, envía fuera a la *Gascón*. Di a Plunkett que cruce el estrecho a velocidad máxima, eche una mirada rápida, y vuelva como una centella aquí.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —dijo Byron—. La *Gascón* lleva torpedos.

—¡No, por cien mil rayos! ¡No voy a sacrificar ningún otro hombre valioso en misiones suicidas! Ya es lo bastante peligroso hacerlo así, como dijo el viejo soltero a la solterona que le proponía matrimonio. Podrían verse atacados por el helicóptero, aunque creo que sería un combate bastante igualado para la *Gascón*. De hecho, si el helicóptero persiguiera a la lancha a su regreso, de Marbot debería disparar contra él. Tendremos nuestra información, y Juan se preguntará qué infiernos le habrá ocurrido a su helicóptero. No será capaz de resistir la tentación de enviar una lancha a investigar. Y dejaremos que la lancha regrese.

»En cualquier caso, Juan no intentará cruzar el estrecho hasta la caída de la noche, supongo.

Byron transmitió los mensajes. Poco después, la reluciente y blanca *Gascón* se apartó de la orilla y se encaminó hacia el estrecho. Su comandante era el hijo menor de un barón irlandés y había sido un ayuda de campo naval del rey Jorge V y luego un almirante. Era un veterano de las batallas de Heligoland, Dogger Bank, y Jutland, y se había hecho merecedor de la Gran Cruz, la Orden de Orange-Nassau de Holanda, y la Orden rusa de St. Stanislas de segunda clase, con espadas. Era también un pariente lejano del gran escritor de fantasía Lord Dunsany y, a través de Dunsany, del famoso explorador inglés Sir Richard Burton.

—Señor —dijo John Byron—, creo que no hemos tenido en cuenta algo. Los marines tienen aún un largo camino para montar sus cohetes. Si el helicóptero enemigo o la lancha persiguen a la *Gascón*, no estarán en ningún peligro por parte del fuego de de Marbot. Y pueden incluso ver a sus hombres en el sendero de la montaña. Así sabrán que estamos preparando una emboscada.

—Si, tienes razón —dijo Sam relucientemente—. De acuerdo. Dile a Su Señoría que regrese hasta que de Marbot esté situado. No tiene ninguna utilidad malgastar energía trazando círculos.

—Sí, señor —dijo Byron. Habló por la radio a Plunkett, luego se volvió rápidamente hacia Sam—. Sólo que... el almirante no posee el tratamiento de Su Señoría. Es el hijo menor de un noble, lo cual lógicamente hace de él plebeyo. Y puesto que su padre era un barón, el más bajo de los títulos en el rango de la nobleza, ni siquiera es merecedor de un título honorario.

—Estaba bromeando —dijo Sam—. ¡Dios me libre de los rigoristas ingleses!

El pequeño inglés pareció como si pensara que las bromas no tenían cabida en la sala de control. Probablemente tenía razón, pensó Sam. Pero tenía que bromear un poco. Era la única forma de rebajar la presión. Si no lo hacía así, terminaría haciendo que la caldera de su cabeza estallara. *Mirad como salían por los aires los preciosos pedazos. Antes eran Sam Clemens.*

Byron era un hombre duro, imperturbable ante cualquier situación, tan tranquilo como un hombre que acabara de vender todas sus acciones antes de que el mercado se hundiera.

El barco estaba todavía en mitad del lago, aunque avanzando en un ángulo hacia la orilla. Enormes nubes negras eran visibles hacia el norte. El humo de los incendios ascendía hacia el cielo allá donde se habían estrellado los aviones. Habría aún más fuegos mañana... a menos que la lluvia los apagara. Seguro que los del lugar no sentirían ningún afecto ni hacia el Rey Juan ni hacia él. Era una buena cosa que fueran pacifistas. De otro modo, podrían objetar violentamente cuando una de sus piedras de cilindros fuera ocupada aquella tarde por gente a la que sólo podían considerar como asesinos e incendiarios. El gigantesco batacitor del *No Se Alquila* tenía que ser recargado, aunque le faltara aún mucho para estar vacío, y la tripulación tenía que rellenar sus cilindros. No creía que el *Rex* se dejara ver durante ese tiempo. Tenía las mismas necesidades.

A menos que... a menos que Juan pensara que podía sorprenderle mientras se reaprovisionaba. Era posible que intentara eso. Sus motores no habían utilizado toda la energía almacenada; el *Rex* no había viajado durante todo el día. Debían quedarle bastantes horas de reservas eléctricas.

No, Juan no intentaría aquello. No sabiendo que su enemigo estaba sin radar, pensaría que el *Rex* sería detectado en el momento mismo en que mostrara su proa. Y tenía que cruzar cinco kilómetros de lago para llegar al *No Se Alquila*. Antes de que lo consiguiera, el enorme casquete hemisférico que cubría la piedra de cilindros podía ser retirado a bordo y guardado y el barco ponerse en camino para alcanzar al *Rex*.

Si le quedara tan sólo un aeroplano para decirle cuando el barco de Juan estaba siendo recargado. Si el *Rex* estaba conectado a una piedra de cilindros cerca de la entrada del estrecho, el *No Se Alquila* podía estar sobre él antes de que pudiera entrar en acción. No, Juan habría pensado en eso. Iría lo suficientemente lejos río arriba como para tener tiempo de prepararse. Y él sabía que Sam Clemens tomaría la misma precaución. Pero si él pensaba en eso, ¿por qué no cargar directamente a través del estrecho y atrapar a Juan con sus reales pantalones bajados?

Si tan sólo conociera la topografía, la anchura del Río al otro lado de la montaña. Pero Plunkett le proporcionaría los datos que necesitaba. Byron dijo:

—¿Le parece que enterremos a los muertos ahora, señor?

—¿Eh? —dijo Sam—. Oh, sí, quizá sea lo mejor, aprovechemos el momento. Luego no vamos a tener tiempo. ¿Quedan a bordo suficientes marines como para formar un pelotón para la ceremonia?

—Exactamente cuarenta y dos, señor —dijo Byron, con una cierta satisfacción al haberse anticipado a su capitán.

—Estupendo. Es suficiente para enterrar a todo el mundo, incluidos ellos mismos. De hecho, será mejor que utilicemos tan sólo tres rifles. Necesitamos conservar toda la pólvora que podamos.

Los servicios fueron cortos. Los cuerpos fueron arrojados por la borda a popa, desde la cubierta de velos, envueltos en tela y lastrados con piedras. La mitad de la tripulación fue reunida; el resto permaneció en sus puestos.

—... porque ahora sabemos que la resurrección es posible, puesto que todos nosotros hemos experimentado su realidad. De este modo entregamos vuestros cuerpos a las profundidades del Río con la esperanza de que en alguna ocasión caminéis de nuevo por la superficie de este mundo o de algún otro. Para todos aquellos que creían en Dios, que Él les bendiga. ¡Adiós!

Fue efectuado el saludo de los rifles. Uno a uno los cuerpos fueron alzados y arrojados al aire. Lastrados con piedras, se hundirían para ser devorados por los peces pequeños y grandes que merodeaban apretadamente en las oscuras profundidades, a cientos de metros más abajo.

El *No Se Alquila* se dirigió hacia la orilla, y fueron arrojadas sus anclas. Sam se dirigió a la orilla para enfrentarse con el intensamente furioso La Viro. El robusto hombre de oscuro rostro de halcón lanzaba diatribas contra la estupidez y crueldad de ambas partes. Sam escuchó con rostro imperturbable. Aquel no era momento para comentarios. Pero cuando La Viro le exigió que abandonara la zona, Sam dijo:

—No hay ninguna forma de evitar este conflicto. Uno de nosotros debe ser hundido. Ahora, ¿tengo tu permiso para utilizar una piedra de cilindros?

—¡No! —gritó La Viro—. ¡No! ¡No lo tienes!

—Lo lamento de veras —dijo Sam—. Pero utilizaré una de todos modos. Si interfieres, dispararemos contra ti y tu gente.

La Viro no dijo nada durante un minutó. Finalmente, su respiración se hizo más pausada, y el enrojecimiento abandonó su rostro.

—Muy bien. No utilizaremos la fuerza. Sabías que no lo haríamos. Todo lo que podía hacer era apelar a tu humanidad. Y eso ha fracasado. Que las consecuencias caigan sobre tu cabeza.

—Tú no comprendes —dijo Sam—. Tenemos que alcanzar el mar polar. Nuestra misión es vital para este mundo. No puedo explicar el porqué, pero créeme, así son las cosas.

Alzó la vista hacia el sol. Dentro de una hora, alcanzaría el borde de las montañas occidentales.

En aquel momento, Hermann Goering se unió al pequeño grupo que había detrás de La Viro. Le dijo algo a su jefe en voz baja. La Viro dijo en voz alta:

—Muy bien. Evacúalos.

Goering se volvió y gritó con voz trompeteante:

—¡Ya habéis oído a La Viro! Iremos hacia el este y nos alejaremos de este diabólico conflicto. ¡Esparcid la noticia! ¡Todo el mundo hacia el este! ¡Martin, envía el globo de señales!

Goering se volvió a Clemens.

—¡Puedes ver ahora, o deberías verlo, que yo tenía razón! Puse objeciones a la construcción de tu barco porque tu propósito era perverso. No fuimos alzados de entre los muertos y depositados aquí para glorificarnos a nosotros mismos o sumergirnos en una insensata sensualidad, en el odio y en el derramamiento de sangre. Nosotros...

Sam se dio la vuelta. Seguido por Miller, caminó por el dique flotante y por la pasarela hasta la cubierta superior. Joe dijo:

—Ez un hijo de puta, Zam. No hace más que regañarte.

—Ni siquiera lo ha intentado —dijo Sam—. He sido regañado mucho más que eso. Tendrías que haber oído a mi madre. O a mi esposa. Podían lanzarme una retahíla de palabras y dejarme aplanado en diez segundos. Olvídalo. ¿Qué sabe él? Estoy haciendo esto por él y por todo el resto de esos hipócritas de la Segunda Oportunidad. Por todo el mundo, se lo merezcan o no.

—¿Eh? Ziempre creí que eztabaz haciendo ezto por ti mizmo.

—Algunas veces eres un sabelotodo insufrible —dijo Sam—. No le hables así a tu capitán.

—Hablo a todo el mundo como ze merece —dijo Joe. Estaba sonriendo—. Ademáz, no eztoy hablándote de marinero a capitán. Eztoy hablándote como tu amigo, Joe Miller.

John Byron se dirigió a ellos apenas entraron en la sala de control.

—Señor, de Marbot informa que los lanzacohetes están instalados.

—Estupendo. Dile que regresen a la lancha. Y dile a Plunkett que ya puede ir adelante.

La *Gascón* respondió inmediatamente, enfilando hacia el estrecho. Las diminutas figuras de los marines eran apenas visibles contra la piedra negroazulada y las verdinegras algas mientras bajaban por el borde cortado en la cara de la montaña. Tendrían que utilizar sus linternas antes de alcanzar el fondo. La *Prohibido Fijar Carteles* estaba avanzando a lo largo de la orilla en dirección a la piedra del lado oeste. El sonido del equipo de reparaciones colocando soportes en la destrozada base de la timonera llegó hasta él. Los soldados brillaban azulados mientras los hombres cortaban los restos de la ametralladora de vapor en la proa. Otros se atareaban con los cohetes y una batería de lanzacohetes para instalarla en lugar de la ametralladora. Un equipo trabajaba furiosamente para reemplazar las antenas de radar.

Pasó media hora. El jefe médico informó que cinco de los heridos habían muerto. Sam ordenó que sus cuerpos fueran cargados en un bote pequeño y arrojados en el centro del Río. Esto fue realizado sin ninguna fanfarria, puesto que no deseaba hacer bajar más la moral de la gente. No, no iba a pronunciar los servicios él mismo; que lo hiciera uno de los médicos.

Sam miró el cronómetro.

—Plunkett debería estar en estos momentos en la salida del estrecho.

—Entonces deberíamos verlo de vuelta dentro de unos diez minutos —dijo el ejecutivo.

Sam miró a los marines a medio camino del sendero.

—¿Le diste órdenes a de Marbot de que él y sus hombres se echaran al suelo en el reborde si el helicóptero de Juan o su lancha aparecían?

—Por supuesto —dijo Byron rígidamente.

Sam miró hacia la orilla. Había allí miles de hombres y mujeres, avanzando lentamente en una sólida masa hacia el este. No surgía mucho ruido de ellos. La mayoría iban cargados con fardos de ropas, pucheros, jarras, estatuillas, cañas de pescar, sillas, instrumentos para trabajar la madera, deslizadores desarmados, y por supuesto sus cilindros. Miraban hacia el gran barco cuando pasaban por su lado, y muchos de ellos tendían sus manos alzadas, los tres dedos de en medio extendidos en bendición. Eso hizo que Sam se sintiera culpable y furioso.

—Eze zí que ez un hermoso globo —dijo Joe.

El enorme globo en forma de pera, pintado de color amarillo brillante, surgió de un edificio sin techo. Ascendió rápidamente en ángulo, arrastrado por el viento del este. A una altitud estimada de mil doscientos metros, el globo era un pequeño objeto. Pero no tan pequeño como para que Sam no viera el repentino resplandor rojo.

—¡Lo han hecho estallar! —exclamó—. ¡Esa debe ser la auténtica señal!

Ardiendo, visible a ambos lados del lago y a lo largo de muchos kilómetros arriba y abajo del Río, el globo cayó. En unos pocos minutos, se hundía en el agua.

—Bien, al menos ya no tenemos que preocuparnos por las víctimas civiles —dijo Byron.

—No lo sé —respondió Detweiller—. Parece como si La Viro y algunos otros se hayan quedado atrás.

Aquello era cierto. Pero el grupo estaba caminando de vuelta hacia el templo.

Sam lanzó un bufido y dijo:

—¡Probablemente están yendo a rezar por nosotros!

—¡La Gascón está a la vista! —gritó uno de los observadores.

Allí estaba, el sol reflejándose blanco sobre ella, alzando la proa mientras avanzaba a toda velocidad. Y allí, a unos ciento cincuenta metros casi directamente sobre ella, se hallaba el helicóptero enemigo. Estaba girando, ladeándose, de modo que los hombres con las ametralladoras pudieran disparar hacia abajo.

—¡Byron, dile a de Marbot que dispare contra el helicóptero! —exclamó Sam con voz fuerte, pero en aquel momento el rugir de las descargas de las piedras de cilindros ahogó su voz. Cuando el tronar desapareció, repitió la orden.

—¡Lancha enemiga avistada! —gritó el vigía.

—¿Qué...? —dijo Sam. Ahora él también vio la afilada proa roja y la curvada popa blindada y las tórrelas de la original *Prohibido Fijar Carteles*, robada por el Rey Juan. Estaba surgiendo de la enorme hendidura del estrecho.

Un solo cohete brotó de la abertura en la cara del farallón. Partió en línea recta, atraído por el calor de los tubos de escape del helicóptero. Brilló como una larga línea trazada en la negra pared por un llameante lápiz. Y luego él y el helicóptero se convirtieron en una bola de color escarlata.

—Ahí va la última máquina volante de este mundo —dijo Sam.

El siempre frío Byron murmuró:

—Mejor aguardar, señor, hasta que el helicóptero golpee contra el Río. De otro modo, los cohetes irán hacia él. Es el objeto que desprende más calor de ahí delante.

El resplandeciente cuerpo principal y sus satélites de piezas metálicas cayeron a una velocidad tan lenta que no parecía natural. Luego golpearon el agua y desaparecieron.

Byron habló por la radio reservada a la comunicación con el walkie-talkie de de Marbot.

—Lanzad también una andanada de cohetes contra la lancha enemiga.

—¡Jesús, señor! —exclamó el vigía—. ¡El *Rex* viene también!

Byron miró una vez, y apretó el botón de alarma general. Las sirenas empezaron a aullar. La gente que se había ido aglomerando en la cubierta de vuelos desapareció rápidamente.

Sam se obligó a hablar calmadamente, aunque su corazón estaba latiendo a toda velocidad.

—Suelten el conector de la piedra de cilindros. Retiren la grúa.

Byron había dicho ya a los hombres encargados de la operación que soltaran las amarras. Detweiller se sentó aguardando órdenes, las manos en las palancas.

Byron miró por la portilla.

—¡Amarras soltadas, señor!

—Salgamos de aquí, piloto —dijo Sam.

Detweiller tiró de las palancas, atrayéndolas hacia sí. Las gigantescas ruedas empezaron a girar, y la embarcación se apartó del muelle flotante.

Había humo a todo alrededor de la lancha del *Rex*. Fue barrido rápidamente, revelando un ennegrecido bote. No se movía, de modo que tal vez hubiera resultado gravemente dañado. Pero estaba blindado con ocho centímetros de duraluminio. Podía recibir inmutable un fuerte castigo. Quizá simplemente la tripulación estuviera atontada por las explosiones.

Ahora el *Rex Grandissimus* estaba medio fuera del oscuro estrecho. Brillaba blanco, luego palideció cuando el sol empezó a ocultarse tras las montañas. El ocaso cayó sobre el lago. El cielo se oscureció. La masa de densas estrellas y nubes de gas en el cielo empezó a brillar a medida que la luz del sol descendía. Cuando se hiciera enteramente de noche, la luz sobre sus cabezas sería tan brillante como la luna llena en una Tierra sin nubes.

Las dos lanchas eran dos borrones de palidez. El *Rex* era más blanco, como una ballena albina vista antes de surgir de la superficie del agua.

Así que el viejo Juan *había* decidido atacar mientras el *No Se Alquila* estaba amarrado recargando. No estaba volviendo hacia atrás. Iba a recibir su castigo le gustara o no. ¿Cómo había sabido Juan que el barco estaba amarrado? Era fácil de explicar. En algún lugar allá arriba en la montaña, en un reborde sobre la boca del estrecho, había un observador solitario con un transmisor. Eso explicaría también la rapidez de las defensas del *Rex* ante el ataque de Petroski.

Sam dio tranquilamente órdenes al piloto. Detweiller detuvo el barco, luego lo hizo girar hacia el *Rex* y aplicó máxima velocidad adelante. Byron dijo:

—¿Qué debe hacer la *Prohibido Fijar Carteles*? Sam no replicó inmediatamente, mientras observaba el arco trazado por los cohetes surgiendo de la cueva. Pero la sorpresa ya no existía ahora. Juan sabía que le llegarían misiles de su ahora usurpada caverna. Antes de que los cohetes hubieran recorrido la mitad de su camino, brotaron llamas del *Rex*, dejando tras de sí rastros de fuego. Las dos andanadas se encontraron aproximadamente a unos quince metros por encima del barco, y el retumbar resonó a lo largo del Río. El humo cubrió el barco y fue disipado rápidamente.

Si el *Rex* había resultado tocado, era algo que no podía determinarse a aquella distancia.

Los cohetes de Juan no hubieran alcanzado a tantos de sus contrincantes a menos que ellos también tuvieran rastreadores del calor en sus cabezas. Lo cual significaba que el enemigo disponía de esos artilugios. Aparentemente, Juan había hecho fabricar unos cuantos. ¿Pero de cuántos de ellos disponía? Fuera cual fuese su número, algunos habían sido sacrificados para repeler el ataque.

Una segunda andanada brotó de la cueva. Esta vez fueron detenidos a mitad del camino, y una nube con un corazón de llamas se esparció a su alrededor y fue rápidamente disipada también. Casi antes de que esto ocurriera, un tercer grupo surgió del *Rex*. Su arco terminó estrellándose contra el farallón. Algunos, sin embargo, alcanzaron la cueva. Las llamas brotaron como gases de la boca de un dragón. Hicieron pedazos a una treintena de buenos hombres y mujeres.

Ahora los dos leviatanes se encaminaban el uno en pos del otro. Sam podía ver una luz en su oponente, la de la sala de control. Como su barco, estaba totalmente a oscuras excepto la iluminación imprescindible.

El vigía informó que la lancha enemiga había reanudado su avance.

—Ninguna de sus lanchas tenía originalmente tubos lanza-torpedos —dijo Sam a Byron—. Pero Juan puede haberlas dotado de ellos. Apostaría a que lo ha hecho. ¿Dónde está su otra lancha, por cierto?

Un momento más tarde, el vigía informó que acababa de detectarla. Acababa de emerger desde el compartimiento de las lanchas de popa.

La *Prohibido Fijar Carteles* estaba dirigiéndose directamente hacia el *Rex*. Llevaba dos torpedos listos para disparar y cuatro de reserva.

La *Gascón* estaba dirigiéndose a toda velocidad hacia la nave madre, con órdenes de penetrar en su compartimiento y tomar torpedos. Sam dudaba que pudiera cargarlos a bordo a tiempo.

—Ahí viene la lancha enemiga más pequeña, señor —dijo el vigía—. Directamente hacia la *Carteles*.

Sam le dijo a Byron que ordenara a la *Gascón* que ayudara a su lancha hermana.

Cuatro cohetes brotaron del *Rex*. Una explosión anunció el final de una trayectoria. Un momento más tarde, el almirante Anderson habló por la radio:

—Ese pajarraco nos sacudió un poco, señor. Pero estamos de nuevo sobre nuestro rumbo. Ningún daño en la embarcación... por lo que sé.

La *Gascón*, disparando cohetes contra la lancha enemiga, se lanzó hacia ella. Pequeños estallidos de llamas indicaban que sus ametralladoras estaban en acción. La otra lancha enemiga prosiguió obstinadamente hacia la *Carteles*, arrojando simultáneamente cabezas de combate y balas. La distancia entre las dos lanchas mayores, estimada a ojo desnudo, era de ciento cincuenta metros. Ninguna de las dos estaba lanzando cohetes. Evidentemente estaban aguardando a estar más cerca.

La *Gascón* estaba trazando un círculo por detrás del enemigo ahora. La voz de Plunkett dijo:

—Voy a atacar.

—¡No seas estúpido! —gritó Sam, pasando en su miedo por delante de Byron, que hubiera debido transmitir el mensaje.

—¿Es una orden, señor? —dijo Plunkett con voz tranquila—. La tripulación ha abandonado la

lancha... por órdenes mías, señor. Creo que puedo averiar las hélices del enemigo.

—¡Aquí el capitán! —dijo Sam—. ¡Te ordeno que no hagas eso! ¡No deseo que te suicides!

No hubo respuesta. El más pequeño de los dos objetos blancos viró hacia el costado del más grande. Parecía estar moviéndose muy lentamente. En realidad estaba rebasando la velocidad de la otra embarcación, más lenta, en casi veinticinco kilómetros por hora. No era mucha velocidad, pero el peso de la lancha blindada le restaba una gran cantidad de potencia.

—La *Gascón* y la lancha enemiga se están acercando, señor —dijo el vigía.

—Puedo verlo, y también oírlo —dijo Sam, mirando a través de sus gafas nocturnas.

Todo movimiento se había detenido por completo en la *Gascón*, excepto su derivar en la corriente. La otra lancha estaba disminuyendo su velocidad. Ahora acababa de detenerse.

—¡Por Jesús! —dijo Sam—. ¡Lo hizo! ¡Pobre tipo!

—Quizá no haya resultado herido —dijo Joe—. Quizá sólo haya quedado atrapado dentro.

La *Prohibido Fijar Carteles* estaba acercándose. Llegó hasta quizá unos treinta metros de su blanco. Luego retrocedió rápidamente. Unos pocos segundos más tarde, la embarcación enemiga lanzó un surtidor de agua y llamas y se hizo pedazos.

—¡La ha torpedeado! —gritó Sam, exultante—. ¡El buen viejo Anderson! ¡La ha torpedeado! Byron dijo fríamente:

—Ha sido un buen espectáculo.

—¡Aquí Anderson! ¿Cuáles son mis órdenes?

—Averigüe si Plunkett está bien —dijo Sam—. Y si la *Gascón* está aún en servicio. Y recoja a los hombres que saltaron.

—Señor, el *Rex* está a una distancia estimada de mil quinientos metros —dijo el vigía.

—De acuerdo, almirante —dijo Sam a Byron—. Encárguese de los cañones.

—Sí, señor —dijo Byron, y se volvió hacia el intercom. Sam le oyó dar órdenes al teniente del puesto de cañones de proa, pero sus ojos estaban en las lanchas. Si la *Gascón* era operativa, podía ser utilizada para hostigar al *Rex* con sus pequeños cohetes. No había tiempo suficiente para dotarla de torpedos.

Byron, de pie junto al intercom, estaba repitiendo la distancia mientras el vigía de los cañones informaba de ella.

—Mil cuatrocientos cincuenta. Mil cuatrocientos. Mil trescientos cincuenta.

—Eso va a causarle una buena impresión a Juan —dijo Sam a Joe Miller— no sabe que tenemos cañones.

—¡Fuego!

Sam contó los segundos. Luego maldijo. El primer proyectil había fallado.

El segundo alcanzó su objetivo, aparentemente junto a la línea de flotación, cerca de la proa. Pero el *Rex* siguió imperturbable hacia su enemigo.

—Haz virar el barco de modo que tengamos ante nosotros su costado de babor —dijo a Detweiller.

Los dos cañones hablaron de nuevo. Del *Rex* brotaron columnas de humo. Un enorme fuego se inició en la cubierta de velos. Pero el barco siguió adelante. Y ahora estaba ya lo suficientemente

cerca como para lanzar sus grandes cohetes.

—Enemigo a ochocientos metros —dijo el vigía de los cañones.

—¿Están preparados los grandes pájaros? —dijo Sam a Byron.

—Si señor, todos.

—Diga a los oficiales que disparen tan pronto como lo haga el *Rex*.

Byron transmitió la orden. Apenas había acabado de hablar que Sam vio una multitud de llamas en el *Rex*. Las dos andanadas se encontraron a unos ciento cincuenta metros, en pleno aire. Las explosiones ensordecieron a Sam.

—¡Jezucrizto! —dijo Joe Miller.

De pronto, algunos proyectiles impactaron contra el *Rex*. La rueda de paletas de estribor estalló en llamas, y el humo cubrió la timonera. Inmediatamente después, salpicaduras de llamas regaron el costado de estribor. El proyectil había estallado junto a una batería de cohetes, y su detonación había hecho que los demás estallaran en serie.

—¡Por los fuegos del infierno! —dijo Sam.

El humo en torno a la timonera se aclaró, aunque no demasiado rápidamente. El viento había cesado, y el *Rex* había perdido considerable velocidad.

—¡Está girando su lado de babor hacia nosotros! —dijo Sam.

Brotó otra andanada de cohetes, esta vez del costado opuesto. De nuevo los contramisiles del *No Se Alquila* los interceptaron, y el resultado fue un estallido en mitad del aire que sacudió el barco. Pero no se produjo ningún daño.

Por aquel entonces Sam podía ver que el *Rex* estaba en serios problemas. Sus cubiertas por el lado de estribor estaban ardiendo aquí y allá, y estaba girando y alejándose de ellos.

Por un momento pensó que el *Rex* estaba huyendo. Pero no. Siguió girando. Estaba describiendo un pequeño círculo.

—La rueda de estribor está funcionando mal o destruida —dijo—. No pueden maniobrar.

Esa convicción lo relajó un tanto. Ahora todo lo que tenían que hacer era lanzar una andanada de cohetes efectiva y martillar al *Rex* hasta hundirlo con sus cañones de 88 milímetros y el de aire comprimido.

Dio las órdenes oportunas. Detweiller hizo girar el barco para dejar la distancia necesaria entre él y su víctima.

—Bien, no nos ha costado tanto —dijo exultante a Byron.

—No hasta ahora, señor.

—¡Está prácticamente hundido! ¿Tú jamás sientes ninguna emoción humana, hombre?

—No cuando estoy de servicio —dijo Byron. Joe Miller dijo de nuevo:

—¡Jezucrizto!

—¿Qué ocurre? —preguntó Sam, sujetando el enorme brazo de Joe.

El titántropo, con ojos desorbitados, emitiendo ruidos con su abierta boca, señaló hacia arriba y hacia afuera a popa. Sam pasó ante él para mirar, pero no tuvo tiempo de llegar allí.

La explosión arrancó el cristal a prueba de bombas de su marco de la ventana trasera y lo arrojó, en una sola pieza, contra él.

El ratón había vuelto la trampa contra el gato.

Mientras el *No Se Alquila* estaba todavía a dos días de viaje de distancia, la tripulación del *Rex* había sacado del almacén la envoltura de una pequeña aeronave hecha con revestimiento interior de los intestinos del dragón del Río hacía unos dos años. El equipo generador de hidrógeno fue montado en la orilla, y la cubierta fue hinchada en el interior de un hangar de bambú y pino construido hacía dos semanas.

El *Azazel*, como la bautizó Juan, era una aeronave semirrígida. La cubierta dependía de la presión del gas que la llenara, pero a ella estaba unida una quilla metálica. La cabina de control y las dos góndolas motoras, rescatadas de los restos del dirigible de Podebrad, fueron unidas a la quilla. Las conexiones eléctricas y mecánicas entre la góndola de control y las góndolas motoras y los elevadores y timón fueron efectuadas. Los depósitos de combustible fueron llenados con alcohol metílico. La bomba y el torpedo fueron unidos al mecanismo lanzador a medio camino en la parte inferior de la nave. El bombardero y el piloto subieron a bordo de la aeronave y efectuaron un vuelo de prueba. Todo funcionó correctamente. Y cuando el *Rex* partió para su enfrentamiento con el *No Se Alquila*, el dirigible se alzó hasta la altura deseada y empezó a trazar círculos. Hasta que se hiciera oscuro no cruzaría la parte más alta del estrecho.

Mientras el *Rex* trazaba círculos, imitando a un pato lisiado, el dirigible estaba Río abajo detrás de la embarcación enemiga. Había cruzado el estrecho por encima y luego había girado a la derecha, siguiendo la línea de las montañas, pero no demasiado cerca de ellas. Su color negro impedía que fuera descubierto visualmente por el enemigo. Había la posibilidad de que el radar del enemigo lo detectara. Juan esperaba que estuviera centrado en el *Rex*. Clemens pensaría que el *Rex* ya no tenía más aparatos aéreos, de modo que, ¿para qué hacer que el radar barriera el cielo a gran altura?

Cuando el radar del *No Se Alquila* fue destruido, Juan se sintió jubiloso. Aunque su barco y su tripulación habían sufrido un terrible castigo, bailó de alegría. Ahora el *Azazel* podía deslizarse por encima del enemigo, evitándolo todo menos la observación visual. Y a aquella pálida luz, con los ojos del enemigo fijos en el *Rex*, la aeronave tenía muchas posibilidades de alcanzar la distancia de disparo.

El plan había funcionado. El dirigible se había mantenido cerca de las montañas en su camino hacia el norte, y luego había descendido hasta una altitud que a veces estaba por debajo de las más altas colinas. Se había dirigido hacia el este durante un cierto trecho, luego había avanzado por encima de las copas de los árboles en dirección al Río. Y entonces había acelerado a toda velocidad, con el fondo de su góndola de control a solo medio metro por encima de la superficie.

Todo estaba yendo bien, y ahora el *Azazel* estaba detrás del *No Se Alquila*. Su masa estaba cubierta por el barco enemigo, indetectable para el radar de su nave madre.

Burton, de pie cerca de Juan, le oyó murmurar:

—¡Por los riñones del Señor! ¡Ahora veremos si el dirigible es lo bastante rápido como para atrapar el barco de Sam! ¡Será mejor que mis ingenieros tengan razón! ¡Resultaría irónico que,

después de todo este trabajo y planes, resultara demasiado lento!

Los disparos del enemigo alcanzaron al *Rex* a lo largo de las cubiertas de estribor. Burton se sintió sorprendido cuando el rugir lo ensordeció, sacudió la cubierta bajo sus pies, y reventó la portilla de estribor. Los otros parecían tan impresionados como él. Inmediatamente después, Juan estaba aullándole a Strubewell que fuera a comprobar los daños e informara de las pérdidas. Al menos, eso era lo que su boca debía estar pronunciando. Strubewell comprendió. Habló por el intercom, pero resultaba difícil oírle. Al cabo de poco tiempo, recibió algunos informes que pudo transmitirle el capitán. Por aquel entonces Burton podía oír de nuevo, aunque no tan bien como le hubiera gustado.

Aquel había sido el peor castigo sufrido por la embarcación. Había enormes agujeros en varios lugares en todas las cubiertas. Las explosiones no sólo habían atravesado las cubiertas y el casco, sino que corredores llenos de gente habían saltado por los aires. Un cierto número de mecanismos lanzacohetes, cargados con misiles, habían desaparecido, añadiendo sus explosiones a las otras. Varias tórrelas de las ametralladoras a vapor habían sido arrancadas de sus soportes.

El alojamiento de la rueda de paletas de estribor había sido casi arrancado por dos proyectiles. Pero la rueda de paletas aún seguía funcionando a un cien por cien de eficiencia.

—Clemens tiene que haber visto estos proyectiles alcanzar la rueda —dijo Juan—. Puede que se sienta engañado a creer que nos ha dañado seriamente. Por la copa de Cristo, ¡haremos que lo crea!

Dio la orden de poner el barco en un amplio círculo. La rueda interior o de estribor empezó a girar lentamente, mientras que la rueda exterior o de babor rodaba a dos tercios de su potencia.

—¡Va a venir como un perro jadeante para acabar con el ciervo herido! —dijo Juan. Se frotó las manos y solió una risita.

—¡Sí, está lanzándose contra nosotros como una gran bestia salida del *Apocalipsis*!—gritó un poco más tarde—. Pero no sabe que hay un monstruo aún más temible aferrado a su cola, ¡dispuesto a vomitar muerte y los fuegos del infierno sobre él! ¡Es la venganza de Dios!

Burton se sintió disgustado. ¿Estaba realmente Juan igualándose a su Creador? ¿Se había empezado a pudrir su cerebro con el impacto de los proyectiles y los cohetes? ¿O siempre había creído secretamente que él y Dios eran socios?

—Tienen que estimar la distancia a ojo, y con esta luz no pueden hacerlo bien —dijo Juan—. ¡Su sonar tampoco puede darles ninguna indicación!

El enemigo debía estar recibiendo más impulsos de retorno que el que les llegaba procedente del *Rex*. Los operadores del sonar debían sentirse confusos. Recibían impulsos desde cuatro blancos distintos en sus pantallas. Tres de ellos procedían de pequeños botes a control remoto que daban vueltas por el lago, emitiendo impulsos sónicos en la misma frecuencia que los del transmisor del enemigo. Las pequeñas embarcaciones contenían también generadores de ruido que simulaban el batir de gigantescas ruedas de paletas contra el agua.

Burton podía ver las estructuras superiores del *No Se Alquila* silueteadas contra las resplandecientes estrellas y las brillantes nubes de gas en el horizonte oriental.

Y entonces vio un oscuro semicírculo, la parte superior del *Azazel*, contra la iluminación celeste, justo encima del *No Se Alquila*.

—¡Lanza tu torpedo! —dijo Juan en voz alta—. ¡Disparad ahora, estúpidos!

Peder Tordenskjold, el jefe oficial artillero, dijo:

—Las distancias son engañosas, señor. Pero la aeronave debería haber lanzado ya su torpedo.

Todos miraron al cronómetro del panel. El torpedo, si alcanzaba su blanco, debería hacerlo dentro de un margen de treinta segundos. Es decir, lo haría si el dirigible estaba tan cerca del barco como parecía estarlo. El *Azazel* debería haber arrojado el misil mientras estaba tan sólo a unos pocos centímetros sobre el Río. Aligerado del pesado proyectil, tendría que haber ascendido rápidamente. Su velocidad tendría que haberse incrementado también con la pérdida de peso. Así que, si ahora estaba encima, o casi encima, del enemigo, el torpedo tenía que estar a punto de impactar.

El *No Se Alquila* tendría que estar efectuando una acción evasiva en este preciso momento. Aunque la aeronave no hubiera sido avistada visualmente, el torpedo tenía que haber sido detectado por los sonares del enemigo. Su localización y velocidad tenía que haberse sabido instantáneamente, su forma y tamaño identificados. El enemigo tenía que saber que un torpedo estaba dirigiéndose a toda velocidad contra su popa, o, como Juan lo dijo sin la menor elegancia, «directamente al agujero del culo de Sam Clemens».

Juan se detuvo. Su rostro era todo un estudio de tuna.

—Por los dientes de Dios, ¿cómo puede haber fallado a tan corta distancia?

—No puede haber fallado —dijo Strubewell—. Quizá ha funcionado mal. Quizá se ha desviado.

Fuera lo que fuese lo que había ocurrido, el enemigo había escapado al torpedo. Tras él el semicírculo del *Azazel*, que había desaparecido por un momento, surgió de nuevo. El piloto y el bombardero debían haber saltado ya o estaban a punto de saltar. Sus paracaídas, equipados con un artilugio de aire comprimido, se desplegarían por completo en el momento en que saltaran de la góndola. Sin eso, no se abrirían antes de que los dos golpearan contra el Río.

Burton estimó que los dos hombres tenían que haber abandonado ya el semirrígido. Ahora debía hallarse con el piloto automático, y el mecanismo de relojería en el sistema de soltado de la bomba estaría ya tictaqueando. Otro mecanismo estaría abriendo las válvulas del hidrógeno para hacer descender al aparato. Cuando la bomba cayera, la aeronave se vería aligerada de nuevo y ascendería. Pero no demasiado. Unos pocos segundos más tarde, si la explosión no incendiaba el gas, un cuarto mecanismo haría detonar una bomba más pequeña en ella.

Burton miró por la ventanilla de proa. Las cubiertas del *Rex* estaban ardiendo en una docena de lugares debido a los proyectiles y cohetes. Los equipos contra incendios, enfundados en trajes aislantes, estaban rociando las llamas con agua y espuma. En unos dos o tres minutos, los fuegos quedarían extinguidos.

Burton oyó al capitán decir:

—¡Ja!

Se volvió. Todo el mundo excepto el piloto estaban mirando por la portilla de babor. La forma de salchicha del dirigible estaba directamente encima del *No Se Alquila*. Su morro pronto tocaría la parte de atrás de la timonera.

—¡Increíble! —dijo Burton.

—¿Qué? —dijo el capitán.

—Que nadie en el barco lo haya visto todavía.

—Dios está conmigo —dijo Juan—. Ahora, aunque sea visto, será demasiado tarde. No puede ser derribado sin poner en peligro el barco.

—Algo le ha ocurrido al mecanismo liberador del torpedo —dijo Tordenskjold—. Está funcionando mal. Pero cuando sea soltada la bomba, dejará caer también el torpedo.

—Preparados para virar en redondo —dijo Juan al piloto—. Cuando dé la orden, dirígelo directamente contra el enemigo.

—Las dos lanchas están dirigiéndose hacia nosotros, señor —dijo el radiooperador jefe.

—¡Seguramente pueden ver al *Azazel* ahora! —dijo Juan—. ¡No, no pueden!

—Quizá la radio del *No Se Alquila* esté estropeada también —dijo Burton.

—¡Entonces Él está sin la menor duda de nuestro lado! —exclamó Juan.

Burton hizo una mueca.

—¡Señor! —dijo uno de los vigías—. Las lanchas enemigas se están acercando por el costado de babor.

El radar informó que ambas lanchas estaban a una distancia de cuatrocientos metros. Estaban separadas entre sí algo menos de cuarenta metros.

—Están planeando atacarnos por nuestro lado de estribor cuando estemos en la otra parte del círculo —dijo Strubewell—. Piensan que su nave madre estará disparando entonces contra nosotros.

—Puedo ver eso —dijo Juan, algo irritadamente—. En estos momentos deben estar intentando hacerle señales al *No Se Alquila*. La radio debe estar fuera de servicio también, pero seguramente pueden lanzar cohetes.

—Ahí va uno —dijo Strubewell, señalando hacia el brillante resplandor blanco azulado en el cielo.

—¡Ahora verán al *Azazel*! —gritó Juan.

Estaba a unos diez metros por encima de la cubierta de velos del enemigo, o al menos parecía estarlo. Era difícil estimarlo a esa distancia. Aún no estaba encima de la timonera. Eso era evidente, pues de haberlo estado hubiera colisionado contra su estructura.

Algo pequeño y oscuro cayó por la zona de brillante cielo que separaba la aeronave y el *No Se Alquila*.

—¡Ahí va la bomba! —gritó Juan.

Burton no podía estar seguro, pero le parecía que la bomba había caído en la parte de popa de la cubierta de velos, quizá en su borde. El bombardero debía haber conectado el mecanismo automático, y luego él y el piloto habían saltado. Pero el control del tiempo no había sido correcto. El mecanismo liberador de la bomba debería haber sido activado cuando el dirigible se hallara en mitad de la cubierta. O, mejor aún, tan cerca de la timonera como fuese posible.

La explosión envolvió en llamas la cubierta de velos, y silueteó la timonera y las pequeñas figuras en ella.

La aeronave saltó hacia arriba, combándose en su parte central, su quilla retorcida por la explosión. Y su envoltura estalló en llamas, el hidrógeno en una enorme bola de fuego.

—¡El torpedo! —gritó Juan—. ¡El torpedo! ¿Por qué no cae?

Quizá lo había hecho, y no podía verse desde el *Rex*.

Pero a aquellas alturas tendría que haber estallado ya.

Ahora Burton podía ver al dirigible caer, envuelto en llamas. Su parte delantera cayó sobre la popa del *No Se Alquila* y luego se deslizó hacia el Río a través del enorme agujero hecho por la bomba de dieciséis kilos. El *No Se Alquila* siguió avanzando, dejando tras él la llameante envoltura que se iba desplegando. La popa del barco estaba en llamas también, con la madera de la cubierta de vuelos ardiendo furiosamente.

—¡Dios reduzca a esos dos a pedazos en los más profundos pozos del Infierno! —aulló Juan—. ¡Deberían haber esperado unos cuantos segundos más!

Burton pensó que el piloto y el bombardero habían sido muy valientes pese a todo. Debían haber estado aguardando hasta lo que les pareció era el último segundo posible antes de saltar. Bajo tanta presión, no podía culpárseles por haber cometido un ligero error de cálculo. No era culpa suya que el torpedo no hubiera estallado. Habían efectuado varios ensayos con un falso torpedo, y el mecanismo liberador había funcionado bien entonces. Los artilugios mecánicos funcionaban mal frecuentemente, y era su mala suerte, y la mala suerte de sus camaradas, lo que había hecho que fallaran ahora.

De todos modos, el torpedo aún podía estallar. A menos que se hubiera deslizado por la proa con los restos del dirigible. Juan no se sintió tan desgraciado cuando vio que la explosión había arrancado todas las dos cubiertas inferiores de la estructura de la timonera excepto dos viguetas metálicas que soportaban verticalmente el conjunto y el pozo del ascensor. Y esas se estaban venciendo lentamente hacia adelante bajo el peso de la sala de control.

De alguna forma, algunos de los ocupantes en la sala de control había sobrevivido. Podía vérselos silueteados contra el holocausto de la parte trasera de la cubierta de vuelos.

—¡Por los testículos de Dios! —dijo Juan—. ¡Clemens ha sobrevivido para que yo pueda hacerle prisionero! Hizo una pausa, y luego dijo:

—¡No van a ser capaces de controlar el barco! ¡Los tenemos en nuestras manos!

Se dirigió al piloto.

—¡Llévanos hasta la parte de babor del enemigo, a distancia de tiro!

El piloto miró con los ojos muy abiertos a su capitán, pero dijo:

—A sus órdenes, señor.

Entonces Juan se dirigió a Strubewell y Tordenskjold, diciéndoles que prepararan a la tripulación primero para las andanadas y luego para el abordaje.

Burton esperó que le ordenara que se reuniera con sus marines. Permanecían aguardando en las profundidades de la cubierta superior, tras puertas cerradas, a la espera de órdenes. Durante toda la batalla, no habían sido informados de nada. Todo lo que sabían era que el barco había oscilado y se había estremecido de tanto en tanto, y que habían sonado como truenos fuera de la estancia donde se hallaban. Indudablemente todos estaban agitados, nerviosos, sudando, preguntándose cuándo verían algo de acción.

El *Rex* avanzó por el Río en un ceñido ángulo hacia la embarcación alcanzada. La distancia entre

los dos barcos se acertó rápidamente.

—Baterías B2, C2 y D2, apunten a la cubierta superior de la timonera —dijo Juan.

Strubewell transmitió las órdenes. Luego dijo:

—La batería C2 no responde, señor. O no funcionan sus comunicaciones, o está fuera de servicio.

—Diga a la C3 que apunte a la sala de control de la timonera.

—Olvida, señor, que la C3 está definitivamente fuera de servicio. La última andanada la alcanzó de lleno, señor.

—Entonces que lo haga la B2 —dijo Juan. Se volvió hacia Burton. Su rostro era púrpura a la luz nocturna.

—Reúnase ahora con sus hombres, capitán —dijo—. Esté preparado para dirigir un grupo de abordaje desde el centro del lado de babor.

Burton saludó y bajó apresuradamente la escalera en espiral. Salió a la cubierta superior y avanzó a buen paso por un corredor. Sus hombres y mujeres estaban en el interior de una amplia estancia junto a la armería. El teniente Gaius Flaminius estaba fuera de la compuerta con dos guardias. Su rostro se iluminó cuando vio a Burton.

—¿Vamos a entrar en acción?

—Sí —dijo Burton—. Muy rápidamente, Reúnelos aquí en el corredor.

Mientras Flaminius gritaba órdenes, Burton se detuvo en la esquina de los dos corredores. Debería conducir sus fuerzas corredor abajo para salir al exterior. Allí tendría que esperar hasta que recibiera la orden de abordar el *No Se Alquila*. O, si el sistema de comunicaciones no funcionaba, tendría que juzgar por sí mismo cuándo ordenar el ataque.

Era mientras los marines estaban siendo alineados en el corredor cuando la andanada lanzada por el *No Se Alquila* les golpeó. Las explosiones fueron ensordecedoras; hicieron que a Burton le zumbaran los oídos. Una mampara al extremo del corredor se combó hacia adentro. Por algún lugar penetró humo, haciendo toser a todo el mundo. Hubo otro rugir que hizo retemblar las cubiertas y ensordeció sus oídos aún más. Arriba en el puente, Juan se aferraba a la barandilla y se estremecía mientras el barco vibraba. A una distancia de tan sólo diez metros, las baterías de cohetes de babor de cuatro cubiertas del *Rex* y las baterías de cohetes de estribor y el cañón y las ametralladoras de vapor del *No Se Alquila* —aquellas que aún estaban en servicio—, se lanzaron fuego mutuamente. Grandes fragmentos del casco de ambas embarcaciones volaron por los aires. Baterías enteras de cohetes y sus servidores se desintegraron en llamas y humo. Los dos cañones que aún quedaban en el barco de Clemens se retorcieron en sus anclajes cuando las reservas de proyectiles apiladas tras ellos fueron alcanzadas por cohetes. Dos tórrelas de ametralladoras a vapor, una en cada nave, se desmoronaron, desgarradas como un abrelatas desgarrar la tapa de una lata de conservas, y luego saltaron en fragmentos cuando los cohetes o los proyectiles penetraron a través de ellas por las desgarraduras del metal.

Los grandes barcos eran dos bestias heridas, abiertos, mostrando sus entrañas, sangrando profusamente.

Además, algunas baterías de cada embarcación habían lanzado andanadas a las salas de control, los cerebros de las bestias. Un cierto número de misiles habían fallado sus blancos, o bien

hundiéndose inofensivamente en el agua o bien golpeando en cualquier otro lugar. Unos cuantos alcanzaron la orilla, iniciando nuevos incendios. Ninguno llegó a golpear las timoneras directamente. Cómo habían podido fallar a aquella distancia era algo inexplicable, pero esto era algo que ocurría a menudo en combate. Disparos que deberían haber alcanzado sus objetivos no lo hacían, mientras que algunos otros efectuados al azar daban en pleno blanco.

El afilado morro del *No Se Alquila* giró, ya fuera voluntariamente o por accidente, Juan no lo sabía. Su proa se clavó en la gigantesca protección de la rueda de paletas de babor del *Rex*, desgarrándola, alzando sus varias toneladas hacia arriba y hacia afuera y precipitándolas al Río. La proa siguió avanzando, aplastando las paletas, retorciendo la estructura de la rueda, y luego partiendo el masivo eje. En medio de las explosiones que destrozaban los tímpanos, el chirriar de metal rasgándose, los gritos de hombres y mujeres, el rugir del hidrógeno ardiendo, ambos barcos se detuvieron. El impacto de la colisión arrojó por los suelos a todos los que no estaban firmemente sujetos en las cubiertas. La proa se contrajo hacia adentro y hacia arriba, y el agua penetró por varias fisuras en el casco.

Al mismo tiempo, la timonera del *No Se Alquila* se venció hacia adelante. A aquellos que estaban en su interior, Miller, Clemens y Byron, los únicos que quedaban con vida en la estructura, les pareció como si cayera lentamente. Pero no era así, puesto que estaba atraída por la fuerza de la gravedad lo mismo que cualquier otro objeto. Se derrumbó sobre la cubierta de proa de la cubierta de hangares, y Clemens y Miller fueron arrojados fuera de ella. Sam aterrizó encima del gigante, cuya propia caída fue ablandada de algún modo por el acolchado y aislado uniforme y casco.

Quedaron tendidos allí durante varios minutos, desconcertados, magullados, ensordecidos, sangrantes, demasiado atontados como para darse cuenta de que podían considerarse afortunados por seguir aún con vida.

Sam Clemens y Joe Miller treparon por la escalerilla de la cubierta de hangares. El fuego hacía estragos a su alrededor. Llegaron a la cubierta superior. Joe llevaba su colosal hacha en una mano.

—¿Te encuentraz bien, Zam?

Sam no respondió. Agarró uno de los dedos del titántropo y tiró de él hacia el otro lado de una esquina. Una bala golpeó contra la mampara, sus fragmentos de plástico silbando a su alrededor. Ninguno mordió carne, sin embargo.

—¡El *Rex* está exactamente a nuestro costado! —dijo Clemens.

—Zi, lo he vizto —dijo Joe—. Creo que intentan abordarnoz.

—¡No puedo controlar mi barco! —gritó Sam. Parecía como si estuviera a punto de echarse a llorar.

Joe parecía tan calmado y tan sordo a la destrucción como una montaña. Le dio a Sam una palmada en el hombro.

—No te preocupez. El barco zeguirá de todoz modoz zu rumbo previzto. Y chocaremoz contra Juan y le golpearemoz allá donde máz le duele.

En aquel momento ambos fueron arrojados contra la cubierta. Sam se quedó tendido allá por unos momentos, gruñendo, sin saber que el *No Se Alquila* había destruido una de las ruedas de paletas del *Rex*. Durante los disparos que se iniciaron tan pronto como los dos barcos se hubieron detenido, siguió tendido en el suelo, con su rostro apretado contra la fría y dura cubierta. Una mano se inclinó sobre él y sujetó su hombro y tiró de él, haciéndole ponerse en pie. Lanzó un grito de dolor.

—Lo ziento Zam —rugió Joe—. Olvidé la fuerza que tengo.

Sam se sujetó el hombro.

—Maldito estúpido. ¡Nunca podré volver a utilizar ese brazo de nuevo!

—Exageraz como ziempre —dijo Joe—. Eztáz vivo y bien cuando lo lógico ez que eztuvieraz muerto. Y yo también. Azi que preocupémonoz de lo que intereza. Tenemoz cozaz que hacer.

Clemens alzó la vista hacia la cubierta de velos. Ahora las llamas no sólo cubrían sino que habían penetrado en la cubierta de hangares. No había demasiado que pudiera arder allí, de todos modos. Los barriles de metanol que normalmente estaban almacenados allí habían sido trasladados a la cubierta más inferior antes de que se iniciara la batalla. Aunque el hidrógeno ardiendo producía un intenso calor, se quemaba muy rápidamente.

Mientras pensaba esto, vio la cubierta de velos desplomarse sobre sí misma. Desde aquel ángulo, sólo podía ver sus bordes elevándose hacia el cielo. Pero el ruido que acompañó a las partes hundiéndose le dijo que como mínimo la mitad de la estructura se había derrumbado. Y las llamas brotaron inmediatamente, como el aliento de un dragón respirando hacia él.

Joe saltó hacia adelante, gritando:

—¡Jezucrizto!

Agarró a Sam y siguió adelante hasta alcanzar el borde de la cubierta superior. Allí soltó a Sam.

—¡Zam, creo que me he quemado!

—Date la vuelta —dijo Clemens. Inspeccionó su espalda y dijo—: ¡Payaso! La armadura te ha salvado. Puede que sientas un poco de calor por la parte del cuello, pero no has resultado herido.

Joe volvió hacia atrás para recuperar el hacha que había dejado caer. Sam miró la enorme masa del *Rex*. Su lado de babor estaba apoyado contra la parte de estribor de la proa de su barco. Cables de abordaje estaban siendo disparados o arrojados desde ambos lados en todas las tres cubiertas inferiores, y los puentes de abordaje estaban siendo extendidos. Los pasillos de las cubiertas y las portillas y contrapuertas, hasta tan lejos como podía ver, estaban llenos de hombres y mujeres. Todos ellos estaban disparando a quemarropa contra todo lo que se pusiera a su alcance y preparándose para atacar tan pronto como los cables fueran asegurados. Los puentes de abordaje estarían dispuestos dentro de muy poco.

No tenía ninguna pistola. Afortunadamente, había montones de ellas en las cubiertas, dejadas caer por manos nerviosas. Tomó una, comprobó su cargadores, le quitó su bandolera a un cadáver, se la puso, y sacó unas cuantas balas del cinturón para introducirlas en la pistola. La imponente figura de Joe se asomó por una esquina, sobresaltándole. No le reprochaba a Joe el actuar tan silenciosamente, puesto que se suponía que Joe no debía hacer ningún ruido. Pensó que su corazón iba a pararse.

—¿Qué hacemos ahora, Zam?

—Unirnos a nuestros hombres y hacerles saber que estamos aún vivos y dispuestos para la lucha —dijo Clemens—. Eso recargará su moral.

Llegaron justo a tiempo para ver a los últimos de un enorme grupo penetrar en tromba en la cubierta superior procedentes del *Rex*. Bajo ellos, sin embargo, los hombres de Juan estaban obligando a retroceder a los que pretendían abordar su barco desde el *No Se Alquila*. De hecho, los hombres de Juan estaban abordando el barco de Sam por algunos de sus propios puentes.

Sam se inclinó hacia adelante y vació su pistola sobre la retaguardia de los invasores de abajo. Dos hombres cayeron, uno de ellos desapareciendo por la estrecha abertura entre las dos embarcaciones. Pero uno de los componentes del grupo de abordaje, aún en el *Rex*, miró hacia arriba y luego disparó su propia pistola. Sam se agachó mientras la primera bala pasaba chillando junto a su oído. Los otros proyectiles se estrellaron contra la barandilla o el casco justo debajo de la barandilla.

Joe iba a mirar por encima de la barandilla en aquel momento, pero Sam le chilló que no lo hiciera si no quería que la volaran la cabeza.

Tras aguardar hasta que estuvo seguro de que los puentes de abordaje de abajo estaban vacíos, miró hacia abajo por encima de la barandilla. La cubierta inferior estaba llena de gente luchando y gritando, y se oían ruidos de metal entrechocando. Sam le dijo a Joe lo que quería hacer. Joe asintió, agitando su gran probóscide arriba y abajo como un madero flotando en un encrespado mar.

Echaron a correr cruzando el puente de abordaje, con Joe aullando a sus hombres que él y el capitán estaban llegando. A ambos lados de su grupo había unos cuantos hombres del *Rex*, retrocediendo rápidamente ante la superioridad de la fuerza oponente. Su frente se rompió apenas vieron la enorme cabeza y hombros del titántropo apareciendo por encima de los hombros de Clemens. Echaron a correr tan rápido como les fue posible, algunos metiéndose por las escotillas, otros saltando por encima de la barandilla o a través de las enormes aberturas causadas por la

batalla hacia el Río.

—Parece que no hemos necesitado mucho tiempo para echarlos, ¿eh, Zam?

—No —dijo Sam—. Espero que siempre resulte tan fácil. Muy bien, Joe, dales las órdenes.

El titántropo aulló a sus hombres con toda la potencia de su voz. No tuvieron ninguna dificultad en oírle. De hecho, al menos la mitad de la gente en ambos barcos que estuviera por aquel lado debió oír el retumbar. En realidad, en la cubierta de abajo, tanto en uno como en otro lado, los que estaban luchando detuvieron su pelea por unos segundos.

Los hombres delante de Joe se apartaron hacia un lado. Joe avanzó hacia la más próxima escalerilla, con Sam inmediatamente detrás de él, y los demás siguiéndoles. Descendieron por la escalerilla a la cubierta superior y a lo largo de esta hasta que llegaron a los puentes de abordaje. Allí los hombres se diseminaron, formando hileras de a dos en cada uno de los ocho puentes.

Sam comprobó que todo el mundo estuviera preparado. Atacar a los hombres de Juan desde detrás, desde su propio barco, le hacía sentir un hormigueo. Sería desmoralizador cuando el titántropo hiciera girar su brobdingnagiana hacha por encima de sus cabezas desde atrás.

—¡De acuerdo, Joe! —gritó Sam—. ¡Adelante!

Joe, aullando un grito de guerra en su idioma nativo, corrió a lo largo de la banda de metal. Sam siguió tras él. No había espacio en el puente para otra persona al lado de Joe. Además, resultaba más discreto permanecer tras él.

Las cosas ocurrieron tan rápidamente que tan sólo en retrospectiva fue *capaz* Sam de reconstruir lo ocurrido.

Un gran ruido lo ensordeció, y un estremecimiento recorrió todo el puente, arrojándolo al suelo. Casi inmediatamente después, el otro extremo del puente se alzó, combándose como si sus asideros hubieran perdido su presa contra la barandilla, luego soltándose realmente con un crujir de metal rasgándose.

Sam, aferrándose asombrado a los bordes del puente, ambos brazos extendidos al máximo, los dedos engarfiados en el borde, alzó la vista.

Joe había dejado caer su enorme hacha. Esta se deslizó por el arqueado y ladeado puente y cayó por el abismo que se abría entre ambos barcos.

Joe no cayó, pero ahora estaba aullando colérico. ¿O era miedo? No importaba. Estaba aullando porque sus brazos habían sido atrapados contra su cuerpo por un lazo.

El otro lado de la cuerda que formaba estaba siendo atado a la barandilla de la cubierta de arriba. El hombre que había laceado a Joe desde la cubierta de hangares llevaba un sombrero del Oeste, lo suficientemente blanco como para resplandecer a la pálida luz. Sus dientes brillaron brevemente bajo la ancha ala.

Joe cayó del puente. Pero, en vez de bajar como plomo por el abismo abierto entre ambas embarcaciones, colgó a media altura y luego golpeó contra el casco del *No Se Alquila*. Entonces Joe dejó de aullar. Su cabeza colgó hacia un lado, y quedó allí suspendido como una mosca gigantesca atrapada en la tela de una araña aún más gigantesca.

—¡Joe! ¡Joe! —gritó Sam.

Parecía imposible que a Joe Miller pudiera ocurrirle algo serio. Era tan enorme, tan musculoso,

tan... invencible. Un hombre del tamaño de un león de las cavernas o de un oso kodiak no podía ser... mortal... vulnerable.

No tenía mucho tiempo para tales pensamientos.

El punte continuaba oscilando hacia arriba mientras el *Rex* empezaba a volcar. Sam engarfió sus manos en los lados del puente, apartando su mirada de Joe. Vio a hombres y mujeres en los otros puentes soltar sus presas y, gritando, caer en el angosto abismo de oscuridad entre las dos embarcaciones.

Qué irónico que el fabuloso barco fluvial *Rex*, que él había construido, fuera responsable de matar a su creador. Qué burla que el primer barco lo atrapara a medio camino entre él y el segundo barco, suspendido allí como Mahoma entre el cielo y la tierra.

Entonces perdió presa, se deslizó hacia atrás por el puente, cayó en el ángulo formado por la ahora vertical cubierta y la horizontal mampara, intentó trepar, y resbaló boca abajo por el casco. De algún modo consiguió ponerse en pie y correr hacia abajo, hacia el Río. Luego estaba deslizándose de nuevo e intentando mantener el equilibrio en la curva que lo sumergió inexorablemente en el Río.

Abajo, cada vez más abajo, debatiéndose por liberarse de su armadura. Había perdido su casco en algún momento durante toda aquella lucha. Ahora se sentía aterrado ante la idea de no conseguir liberar a tiempo su cuerpo de la armadura para impedir ser absorbido por el naufragante *Rex*. Aquella colosal masa que se estaba hundiendo por momentos crearía un gran remolino que, cuando desapareciera bajo las aguas, arrastraría consigo todos los restos flotantes, todos los cuerpos animados o inanimados, hasta las profundidades tras ella. Y si él estaba fuertemente lastrado por su armadura y armas, iría abajo también. Aunque consiguiera librarse de todo ese peso, podía hundirse igualmente.

Finalmente, su cinturón y la bandolera y su cota de malla y el faldellín unidos a ella estuvieron fuera. Entonces se alzó, el pecho a punto de estallar, el antiguo horror a ahogarse amenazando con desgarrar su martilleante corazón, sus oídos resonando con un tañer de campanas procedente de las profundidades. Tenía que respirar pero no se atrevía. Allí abajo estaba el lodo, tan negro y maligno y tan profundo como la boca del Mississippi, y en torno a él estaba el agua, apretando como una Virgen de Hierro hecha de masilla, y arriba —¿cuán lejos?— estaba el aire.

Era demasiado oscuro como para ver nada. Por todo lo que sabía, estaba hundiéndose cada vez más, hundiéndose de cabeza en aquella oscuridad en la dirección equivocada. No, sus oídos le dolerían si estuviera hundiéndose en vez de ascendiendo.

No podría resistirlo mucho tiempo más. No más de unos cuantos segundos. Luego... la muerte que aquel Mississippi de su juventud le había hecho temer más que cualquier otra muerte. Excepto una. Si tenía que morir, prefería hacerlo en el agua antes que en las llamas.

Por espacio de medio segundo, o el tiempo que necesitaran sus pensamientos para desenrollarse, visualizó a Erik Hachasangrienta.

Al menos esa némesis no le alcanzaría. El vikingo, como profeta y némesis, una máquina vengadora humana, era un fracaso. Todas aquellas pesadillas y todos aquellos años habían sido una tortura desperdiciada. Lo que el hombre había podido ver en el lejano futuro era una superstición.

Toda aquella gente en Hannibal que había profetizado que él moriría ahorcado se había

equivocado por partida doble.

Resultaba extraño como tales pensamientos irónicos podían cruzar la mente de un hombre cuyo único pensamiento debería estar centrado en el bendito aire. ¿O estaba realmente ahogándose, casi muerto, de tal modo que había olvidado el horror de tener que abrir sus pulmones para dejar entrar el agua, y estaba pensando pensamientos agonizantes, su cuerpo flácido y hundiéndose, sus ojos velados, su boca abierta como cualquier habitante de las profundidades, con una débil chispa de electricidad en algunas células de su cerebro como única vida que aún permanecía en él?

Luego su cabeza estaba en el aire, y estaba bebiendo ávidamente el oxígeno, y alegre, alegre, alegre porque no estaba muerto.

Su agitante mano tocó una cuerda, retrocedió, la palpó, la agarró. Estaba colgando de una cuerda cuyo otro lado estaba atado a un montante de la cubierta principal de su barco. Estaba cerca de la popa. Unos cuantos segundos más, y el barco hubiera estado fuera de su alcance.

Era una suerte que hubiera encontrado tan pronto la cuerda. El Río tiraba de él, obligándole a aferrarse a la cuerda con tanta fuerza como se había aferrado antes al puente. El *Rex* había desaparecido, pero cerca de él había un enorme y profundo agujero, donde las aguas giraban y espumeaban. Algo tiró aún más fuerte de él cuando las paredes del vórtice se colapsaron.

¿Qué era lo que había hundido al *Rex*? ¿Un torpedo de la *Prohibido Fijar Carteles*?

Alzó la vista. No podía ver el cuerpo de Joe colgando de la cuerda. Podía ser que aún estuviera ahí, pero las cubiertas estaban demasiado lejos de él como para ver a Joe desde la superficie del Río. ¿Estaba aún colgando? ¿O el hombre que lo había laceado había cortado la cuerda? De ser así, Joe podía haber caído sobre la cubierta de abajo, una larga caída mejor pese a todo que hundirse en el agua. Pero podía estar muerto o agonizante. Ese largo arco que había trazado, terminando contra la mampara metálica, podía haberle roto las costillas, hundido el cráneo.

Pero ahora no importaba Joe. Tenía que salvarse a sí mismo.

Durante un cierto tiempo, mientras los gritos y los estallidos proseguían arriba, y ocasionalmente un hombre o una mujer saltaba por encima de la barandilla y caían con un chapoteo cerca de él, siguió colgando de la cuerda. Cuando el sonido de la inmediata batalla murió sorprendentemente de golpe, empezó a trepar. No era fácil, puesto que buena parte de su fuerza le había abandonado. Finalmente apoyó sus pies contra el casco e, inclinándose hacia afuera sobre el agua, se empujó hacia arriba con manos y pies, resoplando y jadeando, los músculos doliéndole, hasta que estuvo cerca de la barandilla. Soltó lentamente los pies del casco hasta que su rostro se apoyó contra el metal del barco, y empezó a izarse utilizando tan sólo sus brazos. Ahora deseó no haber olvidado tanto sus ejercicios diarios. Durante unos minutos, mientras descansaba, incapaz de proseguir su camino hacia arriba hasta recuperar el aliento, pensó que sus crispadas manos iban a soltar su presa. Que iba a caer de nuevo al Río, y todo habría terminado.

Finalmente, alzó una mano para aferrar la parte superior de la barandilla. Pasó su otra mano alrededor de ella. Inició el largo y doloroso tirar hacia arriba. Lo consiguió, consiguió pasar una pierna por encima del borde de la cubierta. Jadeando, se retorció hasta tener medio cuerpo sobre la cubierta. Entonces fue capaz de rodar sobre sí mismo en ella, quedándose tendido boca arriba mientras intentaba aspirar todo el aire del mundo dentro de sus pulmones.

Al cabo de un rato, su estrecho pecho dejó de subir y bajar tan anhelosamente, como un deteriorado fuelle de herrero. Giró la cabeza a un lado y a otro para mirar a lo largo de la cubierta. Seguía sin poder ver a Joe.

Quizá estaba demasiado lejos y el ángulo de visión era demasiado oblicuo. Necesitaba ir más allá, lo cual no podía hacer, o subir hasta la misma cubierta.

Por el momento, tenía que conseguir algún arma. Y tenía que conseguir también al menos un faldellín. Durante su debatir, sus ropas sujetas magnéticamente se habían desprendido. Desnudo vine a este mundo, y desnudo... tonterías. No estaba yéndose de él. Todavía no.

Se puso vacilantemente en pie. Cuerpos y partes de cuerpos estaban tendidos por todas partes en ambas direcciones sobre la cubierta. Partes de cuerpos o piernas surgían de las compuertas. Había armas por todas partes. También ropas.

Temblando de fatiga o de miedo o de ambas cosas, desnudó un cadáver. Unió las ropas formando un largo faldellín y una corta capa. Se colocó un cinturón en torno a su cintura, una bandolera al hombro; una pistola cargada en su funda; un machete en su mano. Estaba armado, pero eso no significaba que estuviera preparado para el combate. Había tenido suficiente lucha hoy como para que le durara todo el resto de su vida, incluso aunque viviera un millar de años.

Lo que deseaba era encontrar de nuevo a Joe. Ambos podrían reunirse con un grupo más grande de hombres. Y entonces estaría seguro de nuevo, o tan seguro como fuera posible dadas las circunstancias.

Por un momento pensó en refugiarse en una cabina. Podía aguardar allí y luego salir cuando la gente del *Rex* hubiera sido rechazada.

Era un pensamiento agradable, un pensamiento que cualquiera con una mente lógica y un poco de sentido común tendría.

Allá abajo en la cubierta, algo golpeó con un sonido metálico. Un hombre maldijo en voz baja; alguien respondió en voz baja también, pero más secamente, una reprimenda. Sam se detuvo, el hombro apretado contra la fría mampara. Cerca de proa, unas oscuras siluetas de hombres estaban bajando los peldaños desde la cubierta superior. Parecían ser una veintena.

Se deslizó hacia atrás, el hombro apretado contra el metal. Su mano izquierda tanteó tras él. Cuando tocó el borde de la abierta compuerta, se giró rápidamente y penetró en ella. Estaba en otro oscuro corredor que conducía directamente hacia la compuerta del otro lado. Esta estaba abierta, mostrando una pálida luz oblonga procedente únicamente de las estrellas y el vacilante relumbrar de la incendiada cubierta de vuelos.

Sam decidió dirigirse hacia aquel lado, y avanzó rápidamente hacia allá. Luego se detuvo.

Era su misión asegurarse de quiénes eran aquellos hombres y qué era lo que estaban haciendo. Quedaría como un estúpido si eran de su propia gente. Y si no lo eran, debería determinar lo que pretendían.

Por supuesto, estarían mirando en todas las entradas abiertas antes de pasar junto a ella. Abrió la puerta de una cabina y entró en ella, dejando la puerta parcialmente abierta. Desde aquel ángulo, podía verles pero ellos no podían verle a él en la oscuridad. Había abierto otra puerta de la cabina que daba al otro corredor a fin de poder refugiarse en ella si era necesario. No deseaba ser atrapado.

Sin embargo, no había nada que pudiera hacer en aquel momento acerca de su situación. El primero del grupo había saltado cruzando la abertura, deteniéndose contra el lado de la compuerta, donde era apenas visible, y había apuntado con una pistola. El segundo hombre saltó también y se apresuró al otro lado de la compuerta, su arma preparada.

Sam no disparó. Era posible que se contentaran tan sólo con escrutar el corredor. Se contentaron. Tras algunos segundos, uno de ellos dijo:

—¡Todo bien!

Los dos volvieron al exterior, y las siluetas empezaron a cruzar frente a la oblonga abertura. El cuarto de ellos pasó, y Sam lanzó un jadeo. El perfil contra la luz indirecta de las estrellas era el de un hombre bajo de anchos hombros. La silueta caminaba con la andadura de Juan. Hacía treinta y tres años desde que había visto por última vez al monarca, pero había olvidado muy pocas cosas de él.

La rabia superó al miedo, una rabia que era un compendio de todas las rabias que había sentido en la Tierra y aquí. Ni siquiera pensó en las consecuencias. ¡Al fin! ¡Ahí estaba! ¡La venganza!

Salió de la cabina y avanzó suavemente por la cubierta.

Aunque se sentía tan exuberante que casi estaba mareado, aún no había perdido toda discreción. No iba a advertirles de modo que pudieran dispararle antes de alcanzar a Juan.

Lo único malo de aquello era que tenía que dispararle a Juan por la espalda. El bastardo nunca sabría quién lo había matado. Pero uno no puede tenerlo todo. Deseaba apasionadamente llamar a Juan por su nombre, identificarse, y luego apretar el gatillo. Pero los hombres de Juan le dispararían al segundo siguiente que se dieran cuenta de su presencia.

Justo en el momento en que alcanzaba la escotilla, el infierno estalló fuera. Hubo un retumbar de disparos que lo ensordeció y le hizo clavarse contra la mampara como si fuera una mariposa de dos patas. Su aleteante corazón eran las alas. Más disparos. Gritos y lamentos. Un hombre retrocedió tambaleándose por el pasillo. Sam saltó hacia la abierta puerta de la cabina, se giró, la cerró, luego la abrió de nuevo. Miró a través de la estrecha abertura a tiempo para ver a otros penetrar en el pasillo. Uno de ellos tenía la robusta configuración de Juan, no había la menor duda de ello, silueteado brevemente contra la luz.

Sam abrió completamente la puerta (¡gracias a Dios estaba bien aceiteada!), se adelantó, y golpeó a Juan en el lado de la cabeza con el cañón de su pistola. Juan lanzó un gruñido y cayó. Sam se agachó, depositó la pistola sobre el pecho del caído hombre, lo aferró por su largo pelo, y tiró de él hacia el interior de la cabina. Una vez los pies hubieron cruzado la entrada, cerró la puerta y oprimió el botón que aseguraba la cerradura. Fuera, las explosiones de los disparos eran fuertes, pero ninguno impactó contra la puerta. Aparentemente, el secuestro de su líder había ocurrido tan rápidamente y en medio de una tal confusión y oscuridad que aún no se habían dado cuenta de su ausencia. Quizá, cuando lo hicieran, supusieran que había sido derribado en el corredor.

Sam se estremeció de alegría. Estaba en un gran peligro, pero por el momento eso no significaba nada. Gracias a la Providencia, que no existía, los acontecimientos habían funcionado perfectamente. Hubiera sufrido lo que hubiera sufrido, había valido la pena... bien, casi había valido la pena. ¡Tener a su mayor enemigo, la única persona a la que nunca hubiera odiado realmente, en su poder! ¡Y en tales extrañas circunstancias! Ni siquiera Juan, cuando despertara, se mostraría más sorprendido que él. La realidad *era* más extraña que la ficción, y podía seguir citando muchos otros clichés.

Pulsó el interruptor de la luz con una mano, la pistola sujeta en la otra. Los globos del techo emitieron una parpadeante luz. Juan gruñó, y sus párpados aletearon. Sam le golpeó de nuevo en la cabeza, algo más fuerte que antes. No deseaba matarlo ni dañar demasiado su cerebro. Juan tenía que estar en posesión de todos sus sentidos en un ciento por ciento. De otro modo, no podría apreciar completamente lo que le había ocurrido.

Sam abrió los cajones de un mueble adosado a la mampara. Extrajo algunas de las finas ropas semitransparentes que algunas mujeres utilizaban como sujetadores. Con ellas ató juntas las manos de

Juan detrás de su espalda y luego ató sus pies entre sí. Resoplando y gruñendo, arrastró al inconsciente hombre hasta una silla fijada a la cubierta. Consiguiendo mantener el pesado cuerpo sobre la silla, ató sus manos a los travesaños del respaldo. Luego se dirigió al lavabo, bebió dos tazas de agua del grifo, y llenó una tercera taza. Cuando ya estaba casi llena, el grifo rateó, y el chorro se convirtió en un hilillo. La bomba de agua había fallado bruscamente.

Sam regresó a la cabina principal y arrojó el agua al rostro de Juan. Juan jadeó, y sus párpados se abrieron. Por un minuto no pareció reconocer dónde estaba. Luego, identificando a Samuel Clemens, sus ojos se abrieron enormemente, e inspiró con profundidad con un ruido seco, como si hubiera sido golpeado en pleno estómago. Donde su piel no estaba cubierta de humo, adquirió una tonalidad grisazulada.

—Sí, soy yo, Juan.

Sam sonrió ampliamente.

—No puedes creerlo, ¿verdad? Pero te habituarás a la idea en un momento. Aunque no te va a gustar acostumbrarte a ella.

—¡Agua! —croó Juan.

Sam miró a aquellos enrojecidos ojos. Pese a su odio, sintió pena por Juan. No simpatía, sólo piedad. Después de todo, no iba a dejar sufrir a un perro rabioso, ¿no?

Agitó la cabeza.

—El agua se ha cortado.

—Estoy muriéndome de sed —dijo Juan roncamente. Sam dejó escapar una risita.

—¿En eso es en todo en lo que puedes pensar después de lo que me has hecho? ¿Después de todos esos años?

—Si satisfaces mi sed, yo satisfaré la tuya —dijo Juan.

Su piel había recuperado su color normal, y sus ojos miraban fijamente a los de Sam. Conociendo a Juan, Sam podía ver qué estrategia había formulado ya el artero hombre. Hablaría razonablemente con su captor, hablaría tranquila y lógicamente, apelaría a su humanidad, y al final evitaría la ejecución.

Lo malo de todo aquello, se dio cuenta Sam, era que Juan podía llegar a tener éxito en su empeño.

La rabia estaba alejándose de él. Los treinta y tres años de fantasías de venganza habían sido barridos como ventosidades en un huracán.

Lo que quedaba era un hombre que era básicamente cristiano, aunque fuera un ateo aullante, por utilizar una frase aplicada a él por uno de sus enemigos terrestres.

Hubiera debido dispararle a Juan en la cabeza en el momento mismo en que encendió la luz. Hubiera debido saber lo que ocurriría si no lo hacía. Pero no podía matar a un hombre que estaba inconsciente. Ni siquiera al Rey Juan, cuya sangre había estado anhelando durante todos aquellos años y al que había estado torturando tan ingeniosamente y tan dolorosamente en sus fantasías diurnas. Nunca en sus pesadillas nocturnas. En ellas era Juan quien estaba a punto de hacerle algo horrible a un paralizado o indefensamente atrapado Sam Clemens. O, la mayor parte de las veces, era Erik Hachasangrienta quien estaba a punto de tomar venganza sobre él.

Sam hizo una mueca y regresó al cuarto de baño. Como sospechaba, las tuberías de la ducha

contenían aún agua suficiente para unas cuantas tazas. Bebió una y llenó una segunda. Regresando a la cabina, puso la taza entre los labios de su cautivo y la inclinó para que el hombre pudiera beber. Juan hizo chasquear sus labios y suspiró.

—¿Otra, por favor?

—¡Otra! ¿Por favor? —dijo Sam en voz alta—. ¡Estás loco! ¡Te di una simplemente para que fueras capaz de soportar lo que voy a hacerte!

Juan sonrió brevemente. Estaba tan desilusionado como su captor.

Sabiéndolo, Sam se sintió tan enfurecido que casi fue capaz de hacer lo que había amenazado. La rabia menguó rápidamente, dejándole con la pistola alzada para golpear.

La sonrisa de Juan se desvaneció, pero sólo porque no deseaba empujar a Sam demasiado lejos.

—¿Por qué estás tan seguro de ti mismo, de mí? —dijo Sam—. ¿Crees que no hubiera sido capaz de hacerte volar por los aires, hundirte hasta el infierno, contemplar como te ahogabas, y empujarte al agua si hubieras intentado trepar a bordo?

—Por supuesto —dijo Juan—. Pero eso en el ardor de la batalla. No vas a torturarme, por mucho que desees hacerlo. Ni vas a dispararme a sangre fría.

—Pero tú hiciste todo eso conmigo, ¿o acaso no lo hiciste, despiadado bastardo?

Juan sonrió.

Sam empezó a responder, luego cerró la boca. El rugir en el pasillo se había interrumpido de pronto. Juan empezó a decir algo también, pero a una señal de Sam se detuvo. Aparentemente, sabía que, si intentaba gritar, iba a lamentarlo. Su enemigo no era tan blando como eso.

Pasaron unos minutos. Sam se mantenía inmóvil junto a la puerta, el oído pegado a ella, un ojo clavado en Juan. Ahora podía oír las débiles voces de los hombres. Aquellas cabinas eran a prueba de ruidos, de modo que no había forma de determinar lo lejanas que eran las voces. Volvió junto a Juan y colocó un trozo de tela sobre su boca, atándolo apretadamente en su nuca.

—Sólo por si acaso —dijo—. Pero si consigues llegar a gritar para pedir ayuda, me veré obligado a dispararte. Recuérdalo.

Y espero que grites, pensó.

Apagó la luz, corrió el cerrojo de la puerta, y tiró de ella lentamente, sujetando la pistola en su otra mano. Sus ojos necesitaron algunos segundos para ajustarse a la oscuridad. Había más cuerpos de los que había habido antes. Miró cautelosamente fuera, al fondo del corredor. Más cuerpos todavía. Parecía como si la lucha se hubiera trasladado hacia el otro lado y al exterior. El disparo de pistolas había cesado en algún momento durante el forcejeo. Fue reemplazado por la lucha a arma blanca. Parecía como si ambos bandos hubieran agotado la munición.

No veía cómo los del grupo de abordaje, numéricamente menores, podían resistir durante tanto tiempo a su gente. Aguardó unos instantes mientras se aseguraba de que resultaba seguro salir con su prisionero.

Pero, ¿era eso racional? ¿No era su deber salir allí afuera y acaudillar a su gente? Sí, lo era. Pero, ¿y el prisionero?

Aquello era sencillo. Podía dejar a Juan encerrado en la cabina con la llave que ahora colgaba en la puerta. Luego buscaría a su tripulación. No iba a ser difícil encontrarla. Una buena parte de ella

debía estar allí donde se originaba el ruido.

Regresó a la cabina, cerró la puerta, y encendió de nuevo la luz. Juan lo miró de una forma curiosa.

—Todo está a punto de terminar —dijo Sam—. Tu tripulación ha sido casi barrida. Ahora voy a irme, pero volveré pronto. Y en un próximo futuro vas a tener que enfrentarte a tu juicio.

Hizo una pausa. La expresión de Juan cambió. Unos sonidos gorgoteantes surgieron de detrás de su mordaza. Evidentemente, deseaba hablar. ¿Pero qué podía decir? ¿Por qué malgastar tiempo?

—No deseo que se diga que no soy justo o que estoy demasiado implicado en esto como para ser imparcial —dijo Sam—. Así que tendrás un juicio. Serás juzgado por tus iguales. ¿Cuántos reyes están desperdigados por ahí en un corto radio? Conseguiré un jurado de doce hombres buenos y justos. Lo cual es sólo una forma de decirlo, puesto que las damas estarán representadas también.

»De todos modos, tendrás una audiencia justa, y podrás escoger a tu propio abogado defensor. Yo aceptaré el veredicto. Ni siquiera voy a actuar como juez. Diga lo que diga el jurado, será ley para mí.

De detrás de la mordaza brotaron entremezcladas palabras.

—Tendrás la posibilidad de hablar a su debido tiempo —dijo Sam—. Mientras tanto, puedes permanecer aquí sentado meditando sobre tus pecados.

Cerró la puerta con llave, vaciló, luego volvió a abrirla, tanteó dentro, y apagó la luz. Juan iba a sufrir más si estaba a oscuras.

Hubiera debido sentirse exultante. No era así. De alguna forma, en algún modo que no podía definir, su viejo enemigo había triunfado.

La mayor parte de las cosas daban como resultado decepciones, pero aquél, aquél hubiera debido ser uno de los momentos más alegres de su vida. Su victoria era tan poco apetitosa como un humeante excremento de perro servido en bandeja de plata.

¿Dónde ocultar la llave? Oh, por supuesto, en la primera cabina que no tuviera la puerta cerrada. Eso fue tres cabinas más allá. Arrojó la llave al suelo y cerró la puerta. Ahora a buscar a Joe. Para ello iba a necesitar a un buen número de hombres tras él.

Fue hacia el extremo del corredor, que avanzaba longitudinalmente por toda la nave. Las luces estaban apagadas, pero se atrevió a encenderlas brevemente. Recorrió el corredor durante unos treinta metros, luego se detuvo en el cruce con otro pasillo. Allí había una escalera que ascendía hasta la cubierta superior. Tras apagar las luces, empezó a subirla, ayudado por una palidez rectangular en la parte de arriba. Una vez en la cubierta superior, avanzó por el corredor hacia el lado de estribor. Le llegaban ruidos, pero parecían lejanos. Atisbo por una esquina hacia la pasarela. Joe debería estar en algún lugar cerca de allí.

—¿Qué haces colgando de ahí, Joe? ¿No tienes ninguna otra cosa que hacer?

—Eztoy ezperando un buz, Zam.

—¿Un buz? ¿Y quién demonios va a querer besar reverencialmente su fea boca, Joe?

—No, no un buz de besar, tío obtuzo. Un buz de loz que circulan, con volante, cuatro ruedaz y un motor. ¿Pero cómo infiernos voy a reconocerlo, Zam? Nunca he vizto un buz en mi vida. Zácame de aquí antez de que me vuelva loco y te haga pedazos, tío tonto.

Así se desarrollaría la imaginaria conversación, modelada según tantas otras anteriores conversaciones. Pero no había ningún gran bulto colgando impotente de una cuerda. Había una cuerda, partida en un lado y atada al otro, tirada sobre cubierta.

Sam sonrió con alegría. ¡Joe estaba vivo, no había sufrido daño! Joe estaba en pleno trabajo, indudablemente haciendo pedazos a la oposición.

Se volvió, pero se detuvo a medio camino. Procedente del Río le llegó un grito. Era un grito profundo, un grito que hubiera podido ser atribuido a un león o a un tigre si lo hubiera oído en la Tierra. Pero Sam sabía bien de qué se trataba. Corrió hacia una escalera y bajó apresuradamente, de dos en dos escalones, la mano resbalando por la barandilla. En la cubierta principal hizo una pausa. No podía ignorar al enemigo. Pero los sonidos de las dos luchas que oía llegaban de lejos, uno a proa y el otro a popa. No había disparos, sólo el resonar de hojas contra hojas.

Corrió hacia la barandilla y se asomó.

—¡Joe! ¿Dónde estás, Joe?

—¡Zam! ¡Aquí eztoy, Zam!

—¡No puedo verte, Joe! —gritó Clemens, escrutando la oscuridad. Había objetos flotando allá afuera, trozos de madera y cuerpos, restos inidentificables. Aunque el barco había ido derivando con la corriente, y los fuegos en la orilla sur eran brillantes, el lado de estribor estaba orientado ahora hacia la oscura orilla norte. La luz de las estrellas no era suficiente allí.

—¡Yo tampoco puedo verte, Zam!

Miró a ambos lados y atrás para asegurarse de que no había nadie deslizándose subrepticamente hacia él. Volviéndose de nuevo para mirar hacia afuera, gritó:

—¿Puedes volver hacia el barco?

—¡No! —aulló Joe—. ¡Pero eztoy flotando! ¡Me he agarrado a un trozo de madera! ¡Tengo el brazo izquierdo roto, Zam!

—¡Te traeré de vuelta, Joe! ¡Sujétate bien! ¡Te salvaré!

No tenía ni idea de cómo podía ayudar a Joe, pero estaba dispuesto a encontrar algún modo, de alguna forma. El pensamiento de que Joe pudiera ahogarse lo llenó de pánico.

—¡Joe! ¿Llevas todavía la armadura?

—¡No, azno del culo! ¡Eztaría en el fondo, dando de comer a loz pecez, si llevara todo eze hierro encima! ¡Me libré de ella apenaz caí, aunque mi brazo roto eztuvo a punto de matarme! ¡Jezúz! ¡Qué dolor! ¿Nunca te han dado una patada en laz pelotaz, Zam? ¡Ezcucha, ezo no ez nada comparado con intentar dezvezirte con un brazo roto!

—¡De acuerdo, Joe! —dijo Sam, y miró de nuevo nerviosamente a su alrededor. Alguien estaba corriendo hacia él desde proa, perseguido por dos hombres. Todos estaban demasiado lejos como para identificarlos. Tras ellos todo estaba inmóvil.

El grupo en popa seguía aún luchando, aunque parecía que la intensidad había disminuido.

—¡Fui derribado por alguien! —aulló Joe—. Y entonces perdí la cabeza. Agarré un hacha contra incendioz y barrí a todoz a mi alrededor y tiré a loz que quedaban a la cubierta principal. Y entonces maldita zea si alguien no me golpeó tirándome por encima de la barandilla, ¡azi de zencillo! ¡Debió zer un tío máz bien fuerte, el tonto del culo!

Joe siguió hablando, pero Sam no le escuchó. Estaba agazapado junto a la barandilla, incapaz de decidir qué hacer. Aunque los corredores estaban mucho más cerca ahora, y avanzaban rápidamente, eran todavía inidentificables en la oscuridad. Se sentía indeciso. En la confusión y el apresuramiento, sus propios hombres podían atacarle.

Alzó la pistola en su mano izquierda, manteniendo el machete en la derecha. Podía apuntar con cualquiera de las dos manos, aunque no demasiado bien. A aquella distancia, sin embargo, no podía fallar. ¿Pero debía disparar?

No tuvo que llegar a tomar la decisión. Mientras aguardaba forzando los ojos, el dedo tenso sobre el gatillo, fue alzado y arrojado por alguna fuerza desconocida por encima de la barandilla.

Por un minuto o así, estuvo tan desconcertado que ni siquiera supo lo que había ocurrido. Supo que estaba en el agua, atragantándose, escupiendo, ahogándose. ¿Pero cómo había ido a parar allí? ¿Y por qué?

Golpeó contra algo. Sus manos hallaron carne fría. Un cadáver. Lo apartó de un empujón y se quitó la pesada bandolera.

Ante él, pero ahora a unos veinte metros de distancia, se hallaba el enorme barco. ¿Cómo se había alejado tanto de él? ¿Había estado nadando? ¿O flotando? No importaba. Aquí estaba él, y allí el barco. Debía nadar de vuelta. Era la segunda vez que caía al Río. A la tercera va la vencida.

Mientras braceaba hacia la embarcación, vio que la barandilla de la cubierta de calderas estaba más cerca del agua de lo que debería estar. ¡El barco se estaba hundiendo!

Ahora supo qué lo había arrojado fuera de la cubierta como una mosca arrojada de lomos de un caballo. Excepto que él no tenía alas. Se había producido una explosión por debajo de la línea de flotación del barco. En la cubierta de calderas, allá donde estaban almacenadas las municiones. Y los causantes tenían que ser, por supuesto, los hombres de Juan.

Había pasado ya por demasiadas cosas. Ni siquiera la inminente pérdida de su hermoso *No Se Alquila*, que hubiera debido hacerle estallar en lágrimas de profundo dolor, le afectó tanto como debiera. Estaba demasiado cansado y demasiado desesperado. Casi, se dijo a sí mismo, demasiado cansado para estar desesperado.

Nadó hacia el barco. Su mano derecha golpeó violentamente contra algo. Lanzó un grito de dolor, luego volvió a adelantar el brazo. Un trozo de resbaladiza y mojada madera se curvó bajo su mano. Jadeando de alegría, se aferró a ella y se izó. No sabía lo que era, un trozo de canoa o de piragua, pero era suficiente para mantenerle a flote.

¿Dónde estaba Joe?

Lo llamó a gritos. No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo y obtuvo el mismo silencio.

¿Acaso la explosión había alcanzado a Joe? La detonación debía haber lanzado una potente ola de presión a través del agua. Cualquiera que estuviera cerca probablemente habría resultado muerto. Pero Joe no estaba lo bastante cerca. ¿O sí lo estaba? Tuvo que ser un estallido infernal.

O quizá Joe simplemente había perdido el sentido a causa del dolor de su hueso roto y se había deslizado hacia las profundidades del Río.

Llamó dos veces más. Alguien gritó muy lejos, una voz de mujer. Alguna otra pobre alma flotando en el Río.

El barco estaba hundiéndose a ojos vistas. Pero tenía que haber bastantes compartimientos, grandes y pequeños, con las puertas y las esclusas cerradas. Debía quedar el suficiente aire cerrado como para mantener a flote el barco fluvial. Finalmente, sería arrastrado a la orilla; incluso podría ser remolcado por barcos de vela o botes de remos o ambas cosas a la vez.

Para un pesimista tan profundamente enraizado como él, se estaba mostrando increíblemente optimista.

Él no podía hacer nada al respecto. La proa del barco —estaba derivando hacia atrás— pasó junto a él. Y entonces vio la lancha, la *Prohibido Fijar Carteles*. Estaba moviéndose muy lentamente, en apariencia buscando nadadores. Su foco rastreaba el agua, se detenía, retrocedía, y se centraba en algo. Estaba demasiado lejos como para ver de qué se trataba. La lancha estaba también demasiado lejos como para oír sus gritos.

Repentinamente, recordó al Rey Juan. El hombre estaba atado e indefenso en una cabina cerrada con llave. Estaba perdido a menos que alguien lo sacara de allí. Él no podía gritar, y era dudoso que alguien estuviera lo suficientemente cerca como para oírle, aunque pudiera ser oído. E incluso entonces, no había ninguna llave disponible. Podía hacerse saltar la cerradura, por supuesto, pero... ¿por qué especular? Juan estaba condenado. Estaría sentado allí, sin saber siquiera que el barco se estaba hundiendo. El agua empezaría a inundar la cubierta principal, y él seguiría sin saberlo. Aquellas cabinas eran herméticas. Hasta que el aire no empezara a viciarse no sospecharía lo que había ocurrido. Entonces se debatiría desesperadamente, forcejearía, se retorcería, angustiado, gritando con todas sus fuerzas a través de su mordaza, pidiendo ayuda. El aire se iría viciando más y más, y poco a poco lo iría asfixiando hasta matarlo.

Sus últimos momentos iban a ser horribles. Era una escena que en otras circunstancias Sam hubiera proyectado con gran placer en la pantalla de su mente.

Ahora sólo podía desear alcanzar su barco y rescatar a Juan. No para dejarlo libre. Haría que tuviera el prometido juicio. Pero no deseaba que Juan sufriera o muriera de una forma tan horrible. No deseaba que nadie tuviera que pasar por algo así.

Sí, era blando; Juan hubiera gozado pensando en él si fuera él quien se hallara en tal situación. No importaba. Él no era Juan, y se alegraba de ello.

Olvidó sus pensamientos acerca de Juan cuando la lancha se puso de nuevo en marcha. Se dirigió hacia el otro lado del barco fluvial y desapareció. ¿Estaba Anderson recogiendo los supervivientes de la nave herida? Si era así, había ayudado a terminar con los últimos resistentes del *Rex*, los estúpidos que no sabían cuándo debían abandonar. Quizá tuvieran ahora el suficiente sentido común como para rendirse.

—¡Zam!

El grito le llegó desde atrás. Se volvió, manteniendo un brazo rodeando la curvada madera.

—¡Joe! ¿Dónde estás?

—¡Aquí, Zam! ¡Me dezmayé! ¡Me eztoy zozteniendo, Zam, pero no creo que pueda reziztirlo mucho tiempo!

—¡Aguanta, Joe! —gritó Clemens—. ¡Vendré en tu ayuda! ¡Sigue gritando! ¡Estaré contigo enseguida! ¡Sigue gritando para que pueda saber dónde estás!

No era fácil hacer dar la vuelta al enorme madero y dirigirlo directamente hacia la orilla. Tenía que sujetarse con una mano y nadar con la otra. Utilizó también los pies. De tanto en tanto tenía que detenerse para recuperar el aliento.

Entonces gritaba:

—¡Joe! ¿Dónde estás? ¡Joe! ¡Grita para que pueda oírte!

Silencio. ¿Se había desvanecido de nuevo Joe? Si era así, ¿se había atado a lo que fuera que lo estaba manteniendo a flote? Tenía que haberlo hecho. De otro modo, se hubiera hundido cuando se desvaneció la primera vez. Pero quizá estaba tendido sobre algo. Quizá...

Puesto que tenía que descansar por unos instantes, de todos modos, miró a sus espaldas. El barco había derivado alejándose más corriente abajo. El Río estaba trepando por las paredes de la cubierta principal. Dentro de poco tiempo, la cabina de Juan estaría debajo del agua.

Empezó a empujar el madero hacia la orilla. Los fuegos en la orilla iluminaban en cierto modo la superficie. Aunque podía ver montones de restos, no podía distinguir la menor señal de Joe Miller.

Ahora podía ver que la gente de la orilla estaba echando al agua botes y canoas. Sus antorchas ardían brillantemente a centenares. Acudiendo al rescate, aunque el porqué deseaban ayudar a la gente que había incendiado más de una cuarta parte de sus edificios era algo incomprensible.

No. Estaban haciendo por los destructores lo que él hubiera hecho por Juan si hubiera podido. Y, realmente, los virolandeses no tenían tantos motivos para odiar a la gente del barco fluvial como él los tenía para odiar a Juan.

Entonces se dio cuenta de que había derivado hasta mucho más cerca de la orilla de lo que había creído. Estaba a menos de un kilómetro de tierra firme. Las oscuras siluetas de las naves de rescate estaban acercándose rápidamente, teniendo en cuenta que todas ellas estaban siendo movidas a remo. No lo bastante rápidamente, sin embargo. Estaba cogiendo frío. El agua estaba más caliente que el aire, pero no lo bastante caliente. A unos siete grados en aquella zona, si recordaba correctamente.

El Río había perdido mucho de su calor pasando por el Polo Norte, y aún no había vuelto a recuperar el suficiente. Estaba sometido a una intensa fatiga, ayudada e inducida por el shock del combate y la frialdad del agua. Sería irónico que pereciera antes de que los que acudían al rescate llegaran junto a él.

Como la vida. Como la muerte.

Hubiera sido estupendo dejar de bracear y patalear. Tomárselo con calma, dejarse llevar, y permitir que los demás hicieran el trabajo. Pero tenía que encontrar a Joe. Además, si dejaba de moverse, perdería su calor corporal mucho más rápidamente. Sería tan cómodo... agitó la *cabeza*, inspiró profundamente, e intentó devolver la vida a sus entumecidos miembros.

En aquel momento —¿cuánto tiempo había transcurrido?— había un bote a su lado. En él ardían varias antorchas. Fuertes brazos estaban izándole, y era depositado tembloroso en cubierta. Gruesas y cálidas ropas eran echadas sobre él. Alguien le hacía tragar café caliente. Se sentó y se estremeció, y las ropas cayeron, y el aire lo azotó.

—¡Joe! —dijo—. ¡Joe! ¡Encuentren a Joe!

—¿Qué está diciendo? —preguntó alguien en esperanto.

—Está hablando en inglés —dijo una mujer—. Dice que encontremos a Joe.

Había un rostro de mujer cerca de él. Dijo:

—¿Quién es Joe?

—Mi mejor amigo —dijo Sam débilmente—. Y ni siquiera es humano. Quizá eso cuente para algo. —Rió cansadamente—. ¡Ja, ja, ja! Quizá todo resida en eso.

—¿Dónde está ese Joe? —dijo la mujer. Era hermosa. Las antorchas mostraban un rostro en forma de corazón, grandes ojos, una frente amplia, una nariz respingona, gruesos labios, una barbilla y una mandíbula fuertes. Largo pelo rubio ondulado.

¿Qué estaba haciendo admirando a una mujer en estos momentos? Debería estar pensando en... Gwenafra.

Vagamente, se sintió avergonzado de que desde que había empezado la acción ni siquiera se hubiera preocupado por Gwenafra. ¿Dónde estaría ahora? ¿Y por qué no había pensado en ella? Realmente la quería.

—¿Este Joe? —dijo la mujer de nuevo.

—Es un titántropo, un hombre-mono. Un peludo gigante con una gigantesca trompa. Está ahí afuera, por algún lugar, cerca. ¡Sálvenlo!

La mujer se puso en pie y dijo algo en esperanto. Un hombre más allá de ella adelantó una antorcha y miró a la oscuridad. Había otras muchas antorchas ahí afuera, pero no parecían ayudar mucho. El cielo se estaba cubriendo rápidamente de nubes, la luz de las estrellas empezaba a apagarse.

Sam miró a su alrededor, a su área inmediata. Estaba sentado en la cubierta elevada de una chalupa. Bajo él, a cada lado, había como una docena de remeros.

—Hay algo flotando ahí afuera —dijo el hombre con la antorcha—. Parece grande. Quizá sea ese titántropo.

El hombre estaba vuelto de espaldas a Sam. Llevaba un traje de esquimal hecho con ropas blancas cubriéndole la cabeza, cuerpo y pies. No era alto, pero sus hombros eran muy amplios. Y su voz sonaba vagamente familiar. En algún lugar, hacía mucho tiempo, Sam había oído aquella voz.

El hombre llamó a otros botes que estaban cerca y les dijo lo que tenían que buscar. Entonces sonó un grito. Sam miró a su fuente. Algunos hombres en otra chalupa estaban intentando izar algo pesado fuera del agua.

—¡Joe! —graznó.

El hombre con el atuendo blanco se volvió entonces. Estaba sujetando la llameante antorcha de pino, de modo que su rostro quedó completamente iluminado.

Sam vio claramente sus rasgos, el ancho y agraciado rostro, las gruesas cejas color paja, la masiva mandíbula cuadrada, los blanquísimos dientes. Su sonrisa era perversa.

—¡Hachasangrienta!

—*Ja* —dijo el hombre—. *Eirikr BloSfix*. —Y luego, en esperanto—: Te he estado esperando mucho tiempo, Sam Clemens.

Lanzando un grito, Sam se alzó y saltó del bote.

Las frías y oscuras aguas se cerraron sobre él. Se hundió, abajo, abajo, luego se estabilizó y empezó a nadar. ¿Cuánto podría alejarse antes de que tuviera que subir a la superficie en busca de

aire? ¿Podría apartarse lo suficiente de aquella némesis para alcanzar otro bote? ¿Iban a permitir los virolandeses que Erik lo matara? Aquello iría contra sus principios. Pero Erik podía esperar hasta que tuviera una oportunidad, y luego asestar su golpe.

¡Joe! ¡Joe lo protegería! Joe podía hacer más que aquello. Podía matar al escandinavo.

Jadeando, escupiendo agua, la cabeza de Sam emergió al aire. Delante de él había un bote lleno de gente. Las antorchas mostraban claramente sus rostros. Todos estaban mirándole. Tras él le llegó el chapoteo de un nadador. Sam volvió la cabeza. Erik estaba a tan sólo unos metros de él.

Sam gritó de nuevo, y se sumergió una vez más. Si podía surgir al otro lado de aquel bote, si podía subir a bordo antes de que...

Una mano se cerró en torno a su tobillo. Sam se volvió y forcejeó, pero el escandinavo era más grande y mucho más fuerte. Sam estaba indefenso. Se ahogaría fuera de la vista de los demás, y Erik afirmarí que simplemente había intentado salvar a aquel pobre tipo loco.

Un brazo surgió detrás suyo y rodeo su cuello. Sam se debatió como un pez atrapado en una red, pero sabía que estaba perdido. Después de todo aquel tiempo, después de haber escapado tantas veces de la muerte, morir así...

Se despertó en la cubierta de la chalupa, tosiendo y atragantándose. El agua brotaba de su boca y nariz. Dos fuertes y cálidos brazos lo sujetaban.

Alzó la vista. Erik Hachasangrienta seguía sujetándole.

—¡No me mates! —dijo Sam.

Erik estaba desnudo y mojado. El agua brillaba sobre su cuerpo a la luz de las antorchas. También caía sobre un objeto blanco que colgaba de una cuerda alrededor del cuello de Erik.

Era el hueso espiralado de un pez cornudo, el símbolo que llevaban los miembros de la Iglesia de la Segunda Oportunidad.

Dos hombres habían llegado a la misma conclusión. Ya habían tenido suficiente de aquel insensato derramamiento de sangre. Ahora hicieron algo que hubieran hecho antes si cada uno de ellos no hubiera estado tan seguro de que el otro estaba en el otro barco. Pero, durante la larga lucha, ninguno de los dos había visto al otro. El otro nunca había estado en el barco o lo había abandonado juiciosamente antes de la batalla o había sido hecho pedazos por una explosión o se había hundido en el agua.

Cada uno creía que si moría, el gran proyecto estaba condenado al fracaso, aunque cada uno visualizaba el fracaso de una forma diferente.

Ahora vieron una oportunidad de escapar. En el ardor y la confusión del combate, nadie se daría cuenta de su desertión. O, si alguien se daba cuenta, no podría hacer nada al respecto. Saltarían al Río y nadarían hasta la orilla y proseguirían su largo, largo camino. Ninguno tenía consigo su cilindro, uno se había quedado atrapado en el hundido *Rex* y el otro en un cerrado compartimiento de almacenaje en el *No Se Alquila*. Deberían robar cilindros comodín de los virolandeses y seguir Río arriba en un barco de vela.

Un hombre se había desembarazado de su armadura y arrojado su arma a cubierta y se había aferrado a la barandilla para saltar por encima de ella cuando el otro habló tras él. El primer hombre se giró, agachándose para recoger su machete. Aunque hacía cuarenta años que no había oído la voz del otro, la reconoció instantáneamente.

Cuando se hubo vuelto, sin embargo, no reconoció el rostro y el cuerpo que identificó con la voz. El hombre que había surgido de la compuerta detrás de él habló en un idioma que, ahora, sólo dos en aquel barco podían comprender. Su tono era duro.

—Sí, soy yo, aunque he cambiado mucho. El hombre junto a la barandilla dijo:

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué?

—Nunca comprenderías el porqué —dijo el hombre junto a la puerta—. Eres malvado. También lo eran los otros; incluso...

—*Eran* —dijo el hombre junto a la barandilla.

—Sí. *Eran*.

—Entonces están todos muertos. Lo sospechaba.

Miró al casco y al machete en cubierta. Era una lástima que no hubiera sido interrumpido antes de arrojarlos. Su enemigo tenía ahora ventaja. El hombre junto a la barandilla sabía también que si intentaba saltar por encima de ella o dejarse caer hacia atrás por encima de ella, el otro era lo suficientemente rápido y listo como para atravesarlo con su arma lanzándosela.

—Así —dijo— que planeas matarme a mí también. Has alcanzado el fondo; estás perdido para siempre.

—He tenido que matar al Operador —dijo el otro hombre desapasionadamente.

—Yo ni siquiera podría pensar en cometer una tal maldad —dijo el hombre junto a la barandilla.

—¡No soy malvado! —gritó el otro—. Eres tú quien... Luchó consigo mismo, luego consiguió

hablar de nuevo.

—Es inútil discutir.

El hombre junto a la barandilla dijo:

—¿Es demasiado tarde ya incluso ahora para que cambies de opinión? Podrías ser perdonado, podrías ser enviado al Planeta Jardín para someterte a terapia. Podrías unirte a mí y a los agentes y trabajar con nosotros para alcanzar la Torre...

—No —dijo el otro hombre—. No seas estúpido.

Alzó su machete y avanzó hacia el otro, que se puso en guardia. La lucha fue corta y salvaje y terminó cuando el hombre desarmado, sangrando por una docena de heridas, cayó con la punta del arma de su oponente clavada en su garganta.

El asesino arrastró el cuerpo hasta la barandilla, lo alzó en sus brazos, besó la boca del cadáver, y lo arrojó al agua. Las lágrimas rodaban por sus mejillas; su pecho era agitado por los sollozos.

SECCIÓN 11

El duelo final: Burton contra Bergerac

Los acontecimientos que se sucedieron inmediatamente después de la explosión en la cubierta de calderas provocada por el grupo de Burton fueron rápidos, confusos y desconcertantes. Por algún tiempo, Burton persiguió y fue perseguido, atacó y se retiró. La mayor parte del tiempo se retiró, puesto que normalmente el enemigo los superaba en número. En el momento en que el grupo de Burton se vio obligado a penetrar en el gran depósito de armas, era mayor de lo que había sido cuando había empezado todo. Aunque había perdido a ocho elementos, había recogido a otros, de modo que ahora contaba con treinta hombres y diez mujeres. Por todo lo que sabía, esos eran los únicos supervivientes del *Rex*.

A ninguno de los dos bandos le quedaba ninguna munición para sus armas de fuego. A partir de ahora deberían luchar tan sólo con el frío acero. El enemigo retrocedió para descansar y para recuperar el aliento. Ellos también tenían que conferenciar. La entrada de la armería tenía una anchura de dos hombres y medio, y penetrar en tromba por ella iba a ser difícil.

Burton observó las hileras de armas y decidió desechar su machete por una espada. Era una espada con una hoja triangular sin bordes afilados de noventa centímetros de largo. Su guarda estaba bien modelada; de la empuñadura ligeramente curvada surgían dos protuberancias de madera para sujetarla mejor. Burton probó el temple de la hoja apoyando su punta contra una viga de madera y curvándola. La hoja formó un arco de casi treinta centímetros de curvatura y volvió rápidamente a la línea recta cuando soltó la presión.

La armería hedía a sudor y a sangre y no poco a orina y excrementos. Era también sorprendentemente cálida. Se quitó la armadura excepto el casco, y animó a los otros a que le imitaran, aunque no pensaba ordenarles que lo hicieran.

—Cuando salgamos a cubierta, no vamos a tener tiempo de desembarazarnos de todo nuestro hierro —dijo—. Vamos a tener que arrojarnos al Río en el momento mismo en que salgamos a cielo abierto. Será mucho más fácil desembarazarnos de la armadura ahora que cuando estemos en el Río.

Una de las mujeres era la encantadora Aphra Behn, que ya no parecía tan encantadora. El humo de la pólvora tiznaba su rostro; el sudor y la sangre habían trazado regueros y manchas en la ennegrecida piel; sus ojos eran rojos por la irritación y el cansancio; uno de sus ojos le parpadeaba incontroladamente. Dijo:

—El barco debe estar hundiéndose. Si no actuamos rápido, nos ahogaremos.

Aunque parecía histérica, su voz era calmada, considerando las circunstancias.

—Sí, lo sé —dijo Burton con voz arrastrada. Meditó durante un minuto. Estaban en la cubierta B, y probablemente en aquellos momentos la cubierta A estaba ya llena de agua. No iba a pasar mucho tiempo antes de que aquella cubierta empezara también a inundarse.

Se dirigió hacia la compuerta y asomó la cabeza cautelosamente. Las luces estaban aún encendidas en el corredor. No había ninguna razón para que se apagaran mientras siguieran recibiendo energía del batacitor. Este podía operar incluso bajo el agua.

No se veía a nadie vivo en el corredor. El enemigo debía estar oculto en las estancias cercanas,

aguardando a que los ratitas intentaran salir.

—¡Soy el capitán Gwalchgywn de los marines del *Rex*! —dijo en voz alta—. ¡Me gustaría hablar con vuestro comandante!

Nadie respondió. Gritó de nuevo su petición, luego dio un paso adelante, saliendo al corredor. Si había alguien al otro lado de alguna de las puertas cercanas a la armería, no pudo verle.

¿Se habían retirado a los dos extremos del corredor y estaban aguardando tras las esquinas, esperando sorprenderles?

Fue entonces cuando vio el agua fluir hacia él. Era sólo una delgada capa, pero pronto empezaría a hincharse. Llamó a los guardias junto a la compuerta.

—¡Decidles a los demás que salgan! ¡Los clemensitas se han ido!

No tuvo que explicarle a su gente lo que habla ocurrido.

Ellos también vieron el agua.

—Sálvese quien pueda —dijo—. Alcanzad la orilla del mejor modo que podáis. Yo me reuniré con vosotros más tarde.

Los condujo hasta la barandilla y les dijo adiós y les deseó buena suerte antes de que se lanzaran al agua.

—Dick —dijo Aphra—, ¿por qué te quedas?

—Estoy buscando a Alice.

—Si el barco se hunde de repente, quedarás atrapado.

—Lo sé.

No aguardó a que ella saltara sino que empezó inmediatamente su búsqueda. Corrió por los pasillos llamando su nombre, deteniéndose aquí y allá para escuchar por si oía su voz. Una vez recorrida aquella cubierta, subió la enorme escalera hasta el gran salón. Este ocupaba una cuarta parte de la zona de popa de la cubierta superior, lo mismo que el gran salón del *Rex*. Pero era mucho más grande. Resplandecía con luces en el techo y candelabros, pese a que muchas de ellas habían resultado destrozadas por las explosiones. Pese a los daños de las explosiones y unos cuantos cadáveres mutilados, era realmente impresionante.

Penetró en él y miró a su alrededor. Alice no estaba allí, a menos que estuviera detrás de la inmensamente larga barra o debajo o detrás de los grandes pianos o mesas de billar aplastados. Parecía no existir ninguna razón para que él se quedara allí, pero se sintió retenido durante algunos segundos por el esplendor de aquella estancia. Como su contrapartida en el *Rex*, había conocido muchos años de risas, ingenio, humor, flirteos, intrigas, juegos a menudo ociosos pero a veces desesperados, citas de amor y odio, música compuesta e interpretada por algunos de los maestros de la Tierra, dramas y comedias. Ahora... Era una vergonzosa pérdida, algo que habría que lamentar mucho.

Empezó a cruzar el salón pero se detuvo. Un hombre había penetrado por la gran puerta del otro lado. Se detuvo cuando vio a Burton. Luego, sonriendo, caminó desenvueltamente hacia él. Era cuatro o cinco centímetros más alto que Burton, delgado como un galgo, y tenía unos brazos extraordinariamente largos. Su piel estaba ennegrecida por el humo, su nariz era muy larga, y su mandíbula recesiva. Pese a eso, su sonrisa le hacía aparecer casi agraciado.

Su lustroso y ensortijado pelo negro caía sobre sus hombros. Llevaba únicamente un faldellín negro y unas botas rojas de piel de dragón del Río altas hasta la pantorrilla, y su mano derecha empuñaba una espada.

Burton tuvo un fugaz deja vu, una sensación de que este encuentro se había producido hacía ya mucho tiempo y bajo unas circunstancias semejantes a aquellas. Había encontrado al hombre antes, y había deseado volver a encontrarse con él. La herida en su muslo, curada hacía mucho tiempo, pareció arderle ante el recuerdo.

El hombre se detuvo cuando estaba a ocho metros de Burton. Habló en voz alta en esperanto. Había un rastro de francés y una pizca de inglés americano en su entonación.

—¡Ah, sinjoro, sois vos! ¡El muy talentudo, quizá genial espadachín con quien crucé mi hoja durante la incursión efectuada sobre vuestro barco hace tantos años! Entonces me presenté a vos tal como correspondía hacerlo a un caballero. Vos os negasteis obstinadamente a identificaros. O quizá no lo hicisteis porque pensasteis que no iba a reconocer vuestro nombre. Ahora...

Burton avanzó un paso, su espada casi colgando en su mano. Habló en francés parisino de los alrededores de 1650.

—Oh, monsieur. No estaba seguro cuando hicisteis vuestra presentación de que fuerais realmente quien dijisteis que erais. Pensé que quizá fuerais un impostor. Admito ahora que sois de hecho o bien el gran monomachista Savinien de Cyrano II de Bergerac o alguien que podría ser Castor a su Pólux y es su igual en la espada.

Burton dudó. Ahora podía darle su verdadero nombre. Ya no era necesario utilizar un seudónimo.

—Sabed, monsieur, que soy el capitán Richard Francis Burton de los marines del *Rex Grandissimus*. En la Tierra fui investido caballero por Su Majestad la Reina Victoria del Imperio Británico. Ello no fue debido a haber conseguido amasar una fortuna en el comercio sino como reconocimiento por mis exploraciones en las más remotas partes de la Tierra y por mis muchos servicios tanto a mi país como a la humanidad. No fui un desconocido entre los espadachines de mi época, que era el siglo XIX.

—Helas, ¿acaso no fuisteis conocido también por ser un tanto pedante?

—No, ni por poseer una enorme nariz —dijo Burton.

Los dientes del hombre resplandecieron blancos.

—Ah, sí, siempre la referencia a la probóscide. Bien, sabed, monsieur, que aunque no fui honrado por mi soberano, Luis XIII, fui armado caballero por una reina aún más grande que la vuestra, la propia Madre Naturaleza. Escribí algunas fantasías filosóficas que según tengo entendido seguían siendo leídas siglos después de mi muerte. Y, como obviamente sabréis, no fui desconocido entre los grandes espadachines de mi época, que dio nacimiento a los más grandes espadachines de todos los tiempos.

El delgado hombre sonrió de nuevo, y Burton dijo:

—¿Quizá deseéis rendir vuestra hoja? No siento deseos de mataros, monsieur.

—Precisamente iba a pedirlos que depusierais vuestra arma, monsieur, y os hicierais mi prisionero. Pero veo que vos, como yo, os sentís insatisfecho acerca de cuál de los dos es mejor con la espada. He pensado en vos muchas veces, capitán Burton, desde que clavé mi estoque en vuestro

muslo. De todos los cientos, quizá miles de adversarios con los que me he batido, vos fuisteis el mejor. Estoy dispuesto a admitir que no sé cómo hubiera terminado nuestro pequeño lance de armas si no os hubieran distraído. Es más, diría que hubierais podido contenerme durante un buen rato más de no haber sido por eso.

—Veremos —dijo Burton.

—Oh, sí, veremos, si el barco no se hunde demasiado pronto. Bien, monsieur, retrasé mi partida para tomar una copa más y brindar por las almas de esos valientes hombres y mujeres que murieron luchando hoy por su hasta ahora espléndido navío, la última de las grandes bellezas de la ciencia y la tecnología del hombre. Quel dommage! Pero algún día compondré una oda al respecto. En francés, por supuesto, ya que el esperanto no es un gran idioma poético y, aunque lo fuera, nunca podría igualarse a mi lengua nativa.

»Tomemos una copa a fin de que podamos brindar juntos por aquellos a quienes amamos pero que nos han dejado. Ya no habrá más resurrecciones, amigo mío. Estarán muertos para siempre a partir de ahora.

—Quizá —dijo Burton—. En cualquier caso, me uniré a vos en el brindis.

Las muchas puertas de los enormes y largos armarios de licores detrás de la barra habían sido cerradas con llave antes de que se iniciara la batalla. Pero la llave estaba en un cajón debajo de uno de ellos, y de Bergerac pasó al otro lado de la barra y la tomó. Abrió uno de los armarios y quitó la barra que sujetaba una hilera de botellas y extrajo una del agujero en que estaba encajada.

—Esta botella fue hecha en Parolando —dijo de Bergerac—, y ha permanecido incólume a pesar de las muchas batallas y los muchos malos tratos de gran número de borrachos. Está llena con un borgoña particularmente bueno que nos ha sido ofrecido de tanto en tanto por diversos cilindros y que no ha sido bebido sino metido en esta botella para ser usado en alguna ocasión festiva. Esta ocasión, creo, es festiva, aunque nuestro espíritu no sea particularmente bueno.

Abrió otro armario y quitó la barra dentada que sujetaba una hilera de vasos de cristal de sosa y tomó dos y los depositó sobre la barra del bar.

Su espada estaba también sobre la barra. Burton depositó la suya al lado de la otra junto a su mano derecha. El francés llenó hasta el borde los dos vasos con el borgoña, y alzó el suyo. Burton hizo lo mismo.

—¡Por las personas queridas que se nos han marchado! —dijo.

—¡Por ellas! —dijo Burton. Ambos bebieron una pequeña cantidad.

—No soy muy bebedor —dijo de Bergerac—. El licor lo reduce a uno al nivel de las bestias, y me gusta recordar en todo momento que soy un ser humano. Pero... esta es a todas luces una ocasión especial. Un nuevo brindis, amigo mío, y luego nos dedicaremos a solucionar nuestro asunto.

—Por la solución del misterio de este mundo —dijo Burton. Bebieron de nuevo. Cyrano depositó su vaso.

—Ahora, capitán Burton de los difuntos marines del difunto *Rex*. Odio la guerra y detesto el derramamiento de sangre, pero cumplo con mi deber cuando hay que hacerlo. Los dos somos tipos excelentes, y sería una vergüenza el que uno tuviera que morir para probar que es mejor que el otro. Adquirir conocimiento de cómo están realmente los asuntos a través de la muerte es algo que nadie

con buen sentido recomienda. Así, sugiero que el que derrame la primera sangre venza. Y si, gracias sean dadas al Creador, el cual no existe, la primera herida no resulta fatal, el vencedor se llevará al otro prisionero. Y entonces nos dedicaremos con prisas pero de una forma honorable a abandonar este navío antes de que se hunda.

—Por mi honor, esa es la forma en que debe hacerse —dijo Burton.

—¡Estupendo! *En garde!*

Hicieron el saludo, y luego asumieron la posición clásica de en guardia, el pie izquierdo en ángulo recto con el pie derecho y detrás de él, las rodillas ligeramente dobladas, el cuerpo ladeado para presentar un blanco tan pequeño como fuera posible, el brazo izquierdo alzado con la parte superior paralela al suelo, el codo doblado de modo que el antebrazo quedara vertical y la muñeca relajada, el brazo derecho bajado y la hoja que sujetaba formando una extensión en línea recta del brazo. La redonda coquille, o guarda, en esta posición, protegía el antebrazo.

De Bergerac, pronunciando en voz alta el equivalente francés del «¡Ja!», acometió. Era casi deslumbradoramente rápido, como sabía Burton por la reputación del francés y por su duelo anterior con él. Sin embargo, Burton era también muy rápido. Y, habiendo pasado muchos años en la Tierra y aquí practicando, su reacción a cualquier ataque en particular era automática.

De Bergerac, sin faltar, se había lanzado contra el brazo de Burton. Burton paró y luego respondió, es decir, contraatacó. De Bergerac paró el ataque y luego lanzó una estocada por encima de la hoja de Burton, pero Burton detuvo la acometida, utilizando la guarda de su espada para desviar la punta de su oponente y al mismo tiempo (casi) clavando su propia punta en el antebrazo de Bergerac.

Pero de Bergerac contrapará y luego lanzó una rápida estocada rodeando la guarda del arma de Burton y de nuevo contra su antebrazo. Esta maniobra era llamada el «clavo» o el «picotazo».

Burton desvió la punta de nuevo, aunque el borde de la hoja resbaló a lo largo de su brazo. Sintió la quemadura, pero no brotó sangre.

Efectuar un duelo con el florete o la espada era algo como intentar enhebrar una aguja que se estuviera moviendo. La punta de la hoja del atacante era el extremo del hilo; la del defensor, el ojo de la aguja. El ojo debía ser muy pequeño, y en esta situación lo era. Pero en un segundo o menos el extremo del hilo se convertía en ojo cuando el defensor atacaba. Dos grandes espadachines se presentaban el uno al otro unas aberturas muy pequeñas que instantáneamente se cerraban y luego volvían a abrirse mientras la punta se movía alrededor de un pequeño círculo.

En un duelo de competición con florete, el blanco era tan sólo y exclusivamente la parte del cuerpo del oponente que comprendía la cabeza, brazos y piernas, pero incluyendo la ingle. En un combate a muerte, sin embargo, la cabeza y todo el cuerpo eran un blanco. Si, de alguna forma, quedaba expuesto el dedo gordo del pie, debía ser atravesado, si podía hacerse sin exponer al atacante a la punta de su antagonista. Era un axioma que el esgrimista con una defensa perfecta no podía perder. ¿Pero qué ocurría entonces si ambos duelistas poseían una defensa perfecta? ¿Se presentaría el caso de una lucha eterna sin vencedor ni vencido? No. Los seres humanos nunca eran perfectos. Uno de los defensores perfectos se cansaría antes que el otro, o quizá algo en el medio donde se produjera el combate inclinaría un poco o quizá mucho la ventaja hacia uno de los

espadachines. Esto podía ser algo en el suelo que ocasionara un resbalón, o en esta situación, algún objeto, un trozo de mobiliario roto, una botella, un cadáver, con el cual cualquiera de los dos podía tropezar. O, como cuando de Bergerac había luchado contra Burton durante la incursión, un grito de una tercera persona podía distraer a un duelista por una fracción de segundo, lo suficiente como para que el oponente, con rapidez de gato y ojos de águila, clavara su espada en el otro.

Burton estaba pensando en todo esto con un ángulo de su mente mientras el resto se concentraba en la danza de las hojas. Su oponente era más alto que él y tenía un mayor alcance. Esto no era necesariamente una desventaja para Burton. Si lo llevaba a un cuerpo a cuerpo, en el que el mayor alcance del francés no tenía importancia, entonces la ventaja sería para Burton.

De Bergerac sabía esto, del mismo modo que lo sabía todo acerca de la esgrima, y así mantenía la distancia adecuada para su beneficio.

El metal chocó contra el metal mientras las respiraciones de ambos se volvían sibilantes. De Bergerac, manteniendo su posición con el brazo tendido, concentraba sus ataques sobre la muñeca y el antebrazo de Burton para mantenerse él fuera del alcance del arma de su adversario.

El inglés utilizaba una posición de brazo doblado para lanzar estocadas oblicuas con la intención de enlazar la hoja de su oponente, «envolverla». Daba sus golpes contra la espada del otro para hacerla ir de un lado para otro. Los envolvimientos eran continuos enlaces en los que la punta de su hoja efectuaba círculos completos.

Mientras tanto, estudiaba al francés en busca de sus debilidades, del mismo modo que el francés lo estaba estudiando a él. No encontró ninguna. Esperaba que de Bergerac, que estaba también analizándole, fracasara a su vez en descubrir fallos.

Como en su primer encuentro, habían establecido un ritmo definido de ataque y parada, respuesta y contraparada. Incluso las fintas formaban parte del esquema, puesto que ninguno de los dos se dejaba engañar dejando así alguna abertura.

Ambos estaban aguardando una abertura que no se cerrara con demasiada rapidez. El sudor resbalaba por el rostro de de Bergerac, trazando surcos allá donde el líquido limpiaba el tizne de la pólvora. El salado líquido penetraba en los ojos de Burton, haciendo que le escocieran. Entonces se retiraba rápidamente y se secaba la frente y los ojos con el dorso de su mano libre. La mayor parte del tiempo, el francés tomaba ventaja de esta interrupción para secarse su propia frente con un pequeño trozo de tela que llevaba metido entre su cintura y la parte superior de su faldellín de toalla. Esos intervalos iban haciéndose más y más frecuentes, no sólo para secarse su sudor sino también para recuperar el aliento.

Durante una de esas pausas, Burton recogió el corpiño de una mujer muerta para secarse con él. Luego, observando a de Bergerac para asegurarse de que no iba a lanzarle una fleche, un ataque repentino, anudó el trozo de tela en torno a su cabeza. De Bergerac se inclinó también y arrancó el corpiño de otro cadáver para hacerse él también una banda para la cabeza.

La boca de Burton estaba muy seca. Tenía la sensación de que su lengua era tan gruesa y tan dura como un pepino.

Graznó:

—Una tregua momentánea, Monsieur de Bergerac. Bebamos algo antes de que nos muramos de

sed.

—Aceptado.

Burton se trasladó tras la barra, pero los grifos de los fregaderos estaban secos. Se dirigió hacia el armario que el francés había abierto y sacó una botella de pasión púrpura. Quitó el cierre de plástico con sus dientes y lo escupió. Ofreció a de Bergerac el primer trago, que éste rechazó. Bebió profundamente y luego tendió la botella a de Bergerac por encima de la barra. El líquido quemaba en su garganta y calentaba su pecho y sus entrañas. Ayudó en algo a dominar su sed, pero no se sentiría satisfecho hasta que hallara agua.

De Bergerac alzó la botella contra la luz.

—¡Ah! Habéis tragado tres onzas, amigo mío. Yo tengo que hacer lo mismo para asegurarme un grado igual de embriaguez. Si no lo hiciera os mataría porque estaríais más borracho que yo. Y luego vos os quejaríais de injusticia, y la cuestión de quién de nosotros dos es mejor espadachín seguiría sin resolver.

Burton se echó a reír entre dientes ante ese curioso modo de pensar.

De Bergerac alzó la botella a sus labios, luego dijo:

—Sonáis como un gato, amigo mío.

Bebió, y cuando depositó la botella sobre la barra tosió y se atragantó, y sus ojos lagrimearon.

—Mon dieux! ¡Evidentemente, esto no es vino francés! ¡Es algo propio para los bárbaros del norte... o para los ingleses!

—¿Nunca lo habíais probado? —dijo Burton—. ¿Durante todo ese largo viaje?

—Ya os dije que bebo muy poco. Helas! Nunca en toda mi vida me he batido en duelo a menos que esté absolutamente sobrio. Y ahora siento mi sangre cantar, me están volviendo las fuerzas, aunque sé que son falsas, el licor se esparce por todos mis sentidos. No importa. Si estoy algo borracho y así mis reflejos son lentos y mi juicio está embotado, vos estaréis en la misma condición.

—Eso depende de la reacción idiosincrática de cada uno al alcohol —dijo Burton—. Puede ser que yo, que me gusta este fuerte licor, esté más acostumbrado a sus efectos. Así, estaré en ventaja sobre vos.

—Veremos —dijo de Bergerac, sonriendo—. Ahora, monsieur, ¿os importará salir de detrás de esa barra para que podamos reanudar nuestro pequeño debate?

—En absoluto —dijo Burton. Caminó hasta el extremo de la barra y la rodeó. ¿Por qué no intentar la fleche, el ataque repentino? Pero si fallaba o era parado, entonces se encontraría desequilibrado, expuesto a la punta de de Bergerac. Aunque de todos modos había la posibilidad de centrarse y bloquear la hoja del francés.

No. ¿Tomaría en consideración un tal movimiento si no tuviera tres onzas de alcohol al quince por ciento de pasión púrpura en su corriente sanguínea? No. Olvídalo.

¿Pero y si tomaba la botella y la lanzaba al mismo tiempo que efectuaba la fleche? Su oponente tendría que agacharse, y eso lo desequilibraría también.

Se detuvo cuando llegó junto a la botella de licor. La miró por un segundo mientras de Bergerac aguardaba. Luego, su mano izquierda se abrió, y suspiró.

El francés sonrió, y se inclinó ligeramente.

—Mis felicitaciones, monsieur. Estaba esperando que no sucumbierais a la tentación e intentarais algo deshonesto. Este es un asunto que tiene que quedar zanjado únicamente con las hojas.

»Os saludo por comprender esto. Y os saludo como el mejor duelista con quien me haya enfrentado nunca, y me he enfrentado a muchos de los mejores. Es tan triste, tan realmente triste, y tan absolutamente lamentable que este, el más magnífico de todos los duelos, inigualado en ningún tiempo o lugar, deba ser visto tan sólo por nosotros. ¡Qué lástima! No, no es una lástima. Es una tragedia, ¡la mayor pérdida para el mundo!

Burton observó que la forma de hablar del otro era ligeramente confusa. Aquello era de esperar. ¿Pero estaba el taimado francés exagerando los efectos del alcohol para hacer que Burton se confiara?

—Estoy de acuerdo con vos en principio —dijo Burton—, y gracias por vuestros cumplidos. Debo decir también que sois el más grande espadachín con el que nunca haya cruzado mi hoja. De todos modos, monsieur, hablasteis hace un poco acerca de mi verbosidad. Creo que, aunque posiblemente seáis mi igual con el acero, sois superior a mí en locuacidad.

El francés sonrió.

—Soy tan fácil con mi lengua como con mi espada. He proporcionado tanto placer al lector de mis libros y al oyente de mi voz como al espectador de mis luchas. Olvidé que vos sois un reticente anglosajón, monsieur. Así que dejaré que mi espada hable por mí a partir de ahora.

—Apuesto a que lo haréis —dijo Burton—. ¡En garde!

Sus espadas se entrecruzaron de nuevo en ataques, paradas, respuestas, contrarrespuestas. Pero cada uno tenía una defensa perfecta manteniendo la distancia correcta, el control del tiempo, el cálculo, la decisión y la coordinación.

Burton podía sentir los venenos de la fatiga y el alcohol y sabía que debían estar disminuyendo su rapidez y afectando su buen juicio. Pero seguramente estaban trabajando con efectos iguales o mayores en su contrincante.

Y entonces, mientras Burton paraba una estocada contra su brazo izquierdo y respondía con su punta dirigida al vientre de Bergerac, vio algo entrando por la puerta junto a la gran escalera. Se echó hacia atrás y gritó:

—¡Alto!

De Bergerac vio que Burton estaba mirando a sus espaldas. Saltó hacia atrás para estar lo suficientemente lejos de Burton si este estaba intentando engañarle. Y vio el agua fluyendo en una delgada capa por debajo de la puerta. Respirando pesadamente, dijo:

—¡Bien! El barco se ha hundido hasta nuestra cubierta, Monsieur Burton. No tenemos mucho tiempo. Debemos terminar esto muy rápidamente.

Burton se sentía muy cansado. Su respiración era afanosa. Sus costillas le dolían como si le estuvieran clavando cuchillos.

Avanzó hacia el francés, con la intención de lanzarse a fondo. Pero fue de Bergerac quien lo hizo. Estalló, pareciendo haber sacado de alguna parte de su delgado cuerpo un brote de energía. Quizá finalmente había descubierto una debilidad en la defensa de Burton. O lo creyó. O creyó que era el más rápido ahora que la debilidad había frenado a su oponente más que a él.

Fuera cual fuese la razón, calculó mal. O quizá hubiera podido llegar a tener éxito. Pero Burton supo de pronto, por el lenguaje corporal de de Bergerac, algunas sutiles acciones musculares, un ligero entrecerrarse de sus ojos, lo que el francés pretendía hacer. Lo supo porque había estado dispuesto a hacer lo mismo, y había tenido que suprimir su lenguaje corporal, las señales, que podían decirle a su adversario su próximo movimiento.

De Bergerac se lanzó contra él a fondo, una estocada oblicua a lo largo de la hoja de su oponente con una ligera presión. A veces era utilizada para sorprender, y podría haber tenido éxito si Burton no hubiera estado preparado, en un cierto sentido no hubiera estado mirándose a sí mismo en un espejo preparándose para la misma maniobra.

Para tener éxito, el ataque requería sorpresa, velocidad, y dominio sobre el arma del oponente. De Bergerac tenía la rapidez, pero le faltaba la sorpresa, y de este modo perdió el dominio.

Un espectador ducho en la materia hubiera dicho que de Bergerac tenía la ventaja del control. Estaba más erguido que Burton. Su mano estaba más alta, permitiendo que el fuerte, la parte robusta de la hoja desde la guarda hasta el medio, entrara en contacto y dominara así al flaco de la espada de Burton, la parte débil, de la mitad hasta la punta.

Pero Burton cubrió su fuerte y giró la hoja y rechazó la de de Bergerac hacia abajo, y luego cruzó por encima y hacia arriba para atravesar su hombro izquierdo. El rostro y el cuerpo de de Bergerac se volvieron grises allá donde el humo de pólvora no los había cubierto, pero no soltó su espada. Burton hubiera podido matarlo entonces.

Tambaleándose, en estado de shock, de Bergerac consiguió sin embargo esbozar una sonrisa.

—La primera sangre es vuestra, monsieur. Habéis vencido. Os reconozco como el vencedor. No me siento avergonzado...

Burton dijo:

—Permitidme que os ayude —y entonces alguien disparó una pistola desde la puerta.

De Bergerac cayó de bruces hacia adelante. Una herida en su espalda, en la parte inferior de su espina dorsal, indicaba claramente donde había entrado la bala.

Burton miró a la puerta.

Alice estaba de pie en ella, una humeante pistola en su mano.

—¡Dios mío! —exclamó él—. ¡No debieras haber hecho eso, Alice!

Ella avanzó corriendo, el agua chapoteando en sus pantorrillas.

Burton se inclinó y volvió al francés boca arriba, y luego se arrodilló y apoyó la cabeza del hombre en su regazo.

Alice se detuvo junto a él.

—¿Qué es lo que ocurre? Es un enemigo, ¿no?

—Sí, pero acababa de rendirse. ¿No reconoces quién es? ¡Es Cyrano de Bergerac!

—¡Oh, Dios mío!

De Bergerac abrió los ojos. Alzó la vista hacia Alice.

—Debierais haber esperado a conocer la auténtica situación, *madame*. Pero... casi nadie lo hace.

El agua estaba subiendo rápidamente, y la cubierta iba inclinándose formando un ángulo. A aquel ritmo, el agua estaría pronto por encima de la cabeza de de Bergerac.

Cerró los ojos, luego los abrió de nuevo.

—¿Burton?

—¿Sí? —dijo Burton.

—Ahora recuerdo. Qué... qué estúpidos... hemos sido. Vos debéis ser el Burton del que hablaba Clemens... vos... ¿os contactó el Ético?

—Sí —dijo Burton.

—Entonces... ¿por qué hemos luchado? Yo... no recordé... demasiado tarde... nosotros... teníamos que ir a la Torre... a la Torre... juntos. Ahora... yo...

Burton se inclinó para seguir oyendo la voz que se debilitaba.

—¿Qué es lo que decís?

—... odiada guerra... estupidez...

Burton pensó que de Bergerac había muerto después de eso. Pero un momento más tarde, el francés murmuró:

—¡Constance!

Suspiró, y estaba muerto.

Burton sollozó.

SECCIÓN 12

Los últimos 30.000 kilómetros

Burton y Hargreaves, junto con los demás supervivientes, tuvieron que enfrentarse a las iras de La Viro. El alto y oscuro hombre con una gran nariz bramó y despotricó durante una hora mientras caminaba arriba y abajo delante de los reunidos «criminales». Estos permanecían frente al templo ennegrecido por el humo, una enorme estructura de piedra con una arquitectura incongruente: un pórtico griego y columnas jónicas con un techo en forma de cebolla rematado por una gigantesca piedra labrada en espiral. Esos rasgos eran símbolos en la Iglesia de la Segunda Oportunidad, pero pese a ello Burton y muchos otros pensaban que el templo era feo y de apariencia ridícula. Sorprendentemente, sin embargo, el mal gusto de La Viro, su diseñador, les ayudaba a soportar su parrafada. Tenía razón en mucho de lo que decía, pero parte de ello parecía una estupidez. Sin embargo, dependían de él en lo relativo a cilindros, alojamiento y ropas, así que no se defendieron, sino que hallaron cierto alivio en su cólera, riéndose silenciosamente del horrible templo y del hombre que lo había edificado.

Finalmente, La Viro señaló con vividos detalles y mucha imaginería cuan estúpidos, desalmados, brutales, asesinos y egoístas eran todos ellos. Alzó sus manos y dijo que su sola vista lo enfermaba. Iba a retirarse al sanctum del templo para rogar por los kas de los virolandeses a los que habían matado. Y también, aunque no se lo merecían, por los criminales, vivos y muertos. Traspasó a los supervivientes al Frato Fenikso, el Hermano Fénix, antiguamente conocido como Hermann Goering.

Goering dijo:

—Parecen como niños merecidamente castigados, y espero que así es como se sientan. Pero no tengo, en estos momentos al menos, muchas esperanzas hacia ustedes. Ello es debido a mi irritación contra ustedes. Intentaré superarla, y entonces haré todo lo que pueda por ayudarles a mejorar.

Les condujo hacia la parte de atrás del templo, donde les entregó a cada uno un cilindro comodín y suficientes ropas como para mantenerlos abrigados en las temperaturas más frías.

—Cualquier otra cosa que necesiten o deseen deberán conseguirla por ustedes mismos —dijo Goering. Les despidió, pero llamó a Burton aparte.

—¿Ha oído usted que Samuel Clemens murió de un ataque al corazón?

Burton asintió.

—Aparentemente, pensó que Frato Eriko seguía intentando todavía saldar una vieja deuda. Después de todo había soportado toda la batalla, y esto fue demasiado, la paja que rompe el lomo del camello, o en este caso su corazón.

—Esta mañana oí la historia de boca de Joe Miller —dijo Burton.

—Sí. Bien, a menos que alguien haga algo por el titántropo, él también va a morir de un ataque al corazón. Realmente quería a Clemens.

Goering le preguntó a Burton si tenía intención de ir hasta las fuentes. Burton replicó que no había venido hasta tan lejos simplemente para abandonar. Iba a seguir su camino hacia la Torre tan pronto como fuera posible.

—Tendrá que construirse usted un barco. Seguro que los hombres de Clemens no le permitirán ir

con ellos en la Prohibido Fijar Carteles.

—No lo sé —dijo Burton.

—Y supongo que si ellos se niegan, usted robará la lancha. Burton no respondió.

—¿Acaso nunca va a poner fin a su violencia?

—No he dicho que vaya a utilizar la fuerza —dijo Burton—. Pretendo hablar con Anderson acerca del viaje tan pronto como sea posible.

—Anderson resultó muerto. ¡Se lo advierto, Burton, no derrame más sangre aquí!

—Haré todo lo que pueda por evitarlo. No me gusta más que a usted, de veras. Sólo que soy realista.

La lancha más pequeña, la Después de Ti, Gascón, había desaparecido con toda su tripulación. Nadie sabía lo que le había ocurrido, aunque algunos testigos virolandeses creían que la habían visto explotar.

—Si van realmente aprisa, pueden alcanzar las fuentes en unos treinta días en la lancha —dijo Goering—. Pero los agentes de los Éticos estarán allí antes que usted.

Burton se mostró impresionado.

—¿Usted sabe de ellos?

—Sí. Hablé con Frigate y Miller la noche pasada, intentando ayudarles en su dolor. Sabía ya más de lo que usted piensa, y sospechaba aún más. Correctamente, como comprobé. Tampoco vi ninguna razón para guardar silencio acerca del Ético renegado. Se lo dije a La Viro, y él está pensando intensamente acerca del asunto. Ha sido un gran shock para él, aunque no ha afectado en absoluto su fe.

—¿Y qué hay con usted?

—No veo ninguna razón para cambiar mi fe. Nunca pensé que la gente responsable de este mundo fueran ángeles ni demonios. Hay, sin embargo, muchas cosas desconcertantes acerca de las dos historias que he oído. Lo que más me intriga, y me trastorna también, es el misterio de lo que ocurrió al no humano en el barco de Clemens, Monat creo que es su nombre.

—¿Qué? —dijo Burton—. ¡Nunca he oído hablar de ello! Goering describió lo que Miller le había dicho, y añadió:

—¿Y dice usted que su compañero, el hombre llamado Frigate, desapareció también?

—Ese Peter Jairus Frigate era un agente —dijo Burton—. No era un doble exacto del Frigate con el que habló usted, pero se le parecía mucho. Puede tratarse del hermano de Frigate.

—Quizá cuando llegue usted a la Torre, descubra la verdad —dijo Goering.

—La descubriré antes que eso si atrapo a esos agentes en la lancha —dijo Burton sobriamente.

Tras algo más de discusión, Burton dejó a Goering. No le había dicho al alemán lo que significaban las noticias acerca de Monat y el pseudo-Frigate. El Ético X, el Misterioso Extraño, el renegado, había estado en el *No Se Alquila*. Y se había librado de Monat aproximadamente unas ocho horas después de que ellos abordaran la nave. ¿Por qué? Porque Monat podía reconocerle. Debía ir disfrazado, pero Monat lo reconocería antes o después. Probablemente antes. Así que tenía que actuar rápido, y lo había hecho. Cómo, Burton no lo sabía. X había estado en el barco de Clemens. ¿Había sobrevivido a la batalla? Si era así, entonces estaba entre los pocos supervivientes del *No Se*

Alquila que en aquellos momentos se hallaban en aquella zona inmediata.

Quizá. Podía haberla abandonado inmediatamente y haber proseguido Río arriba o podía haberse trasladado a la otra orilla.

Burton fue tras Goering y le preguntó si había oído algo acerca de supervivientes en el otro lado del lago o de cualquiera que hubiera atravesado el paso de los riscos por encima del estrecho.

—No —dijo Goering—. Si alguien lo hubiera hecho, lo sabríamos.

Burton intentó no mostrar su excitación. Goering, sin embargo, dijo sonriendo:

—Cree usted que X está aquí, ¿no? Al alcance de la mano, pero disfrazado.

—Es usted extremadamente listo —dijo Burton—. Sí, lo creo, a menos que haya resultado muerto. Strubewell y Podebrad eran agentes, no me importa decirlo ahora, y resultaron muertos. De modo que es posible que X haya resultado muerto también.

—¿Vio alguien morir a Strubewell y a Podebrad? —preguntó Goering—. Sé que Joe Miller piensa que Strubewell resultó muerto porque no le vio salir de la timonera después de que ésta se derrumbara. Pero Strubewell pudo haber salido después. Todo lo que sabemos de Podebrad es que no volvió a ser visto después de que las dos naves colisionaran.

—Desearía que estuvieran disponibles —dijo Burton—. Les arrancaría de algún modo la verdad. Creo, de todos modos, que están muertos. El que ustedes no los hayan visto más parece probarlo. En cuanto a X, bien...

Le dijo adiós a Goering y caminó hacia el parcialmente incendiado muelle al que estaba amarrada la *Carteles*. Parecía como una monstruosa tortuga negra. Su alto casco redondeado era la concha, y la larga y afilada proa era parte de la cabeza asomándose de ella. El cañón de la ametralladora a vapor que se proyectaba del extremo de la proa era la lengua de la tortuga; la otra que emergía de popa era la cola.

Uno de los miembros de su tripulación le había dicho a Burton que iba equipada con un gran batacitor y que podía albergar confortablemente a quince personas y a veinte con algunas estrecheces. Podía avanzar a dieciséis kilómetros por hora contra la corriente y contra el viento. Tenía un arsenal de quince rifles y quince pistolas que utilizaban cartuchos de pólvora y diez rifles de aire comprimido y varias otras armas. Joe Miller, con su enorme brazo escayolado, varios miembros de la tripulación, y algunos supervivientes del *No Se Alquila*, se hallaban de pie en cubierta. Habiéndole descrito cómo era el nuevo capitán de la *Carteles*, Burton no tuvo dificultad en identificarlo. Cimón era un hombre bajo y fornido de piel oscura con unos intensos ojos color avellana, un antiguo griego cuya vida Burton había estudiado en la escuela y más tarde. Había sido un gran general, un comandante naval, y un hombre de estado, uno de los principales constructores del imperio ateniense tras las guerras persas. Había nacido el año 505 antes de Cristo, si Burton recordaba correctamente.

Cimón era un conservador que había favorecido la alianza con Esparta y de ese modo se había opuesto a la política de Pericles. Su padre era el famoso Milcíades, el triunfador de la batalla de Maratón, en la cual los griegos habían hecho retroceder a las hordas de Jerjes. Cimón sirvió durante la batalla naval de Salamina en la que los atenienses hundieron a doscientos navíos enemigos con una pérdida de tan sólo cuarenta, y destruyeron para siempre el poderío naval persa.

En el año 450 Cimón condujo una expedición contra Chipre, luego localizó y trajo a Atenas los huesos de Teseo, el legendario fundador del Ática y el que mató al Minotauro en el laberinto de Cnosos. Cimón fue uno de los jueces que le dio a Sófocles el primer premio de tragedias en las competiciones que tuvieron lugar en Dionisia en el año 468.

En el año 450 Cimón condujo una expedición contra Chipre, donde murió durante el asedio de Cilio. Sus huesos fueron traídos de vuelta a Atenas y quemados allí.

Ahora parecía ciertamente vivo, y muy activo también. Cimón y un cierto número de clemensitas estaban discutiendo en voz muy alta. Burton, actuando como si fuera simplemente otro virolandés, se detuvo junto a ellos, escuchando.

Aparentemente, la discusión era acerca de quiénes de entre el grupo de Clemens iban a seguir Río arriba, y también acerca de antigüedad. Además de los once miembros de la tripulación de la Carteles, diez personas del *No Se Alquila* habían sobrevivido. Cimón era superado en rango por tres de ellos, pero estaba insistiendo en que él era el comandante de la lancha y que cualquiera que subiera a ella procedente de fuera debería ser su subordinado. Además, no iba a permitir a más de once personas en el viaje, y creía que la tripulación de la Carteles tenía que ser la que había ya. Pero estaba dispuesto a aceptar a algunos miembros de la nave madre si alguno de los miembros de su tripulación no quería seguir adelante.

Tras un cierto tiempo, Cimón y los otros fueron al interior de la lancha. Sin embargo, sus voces siguieron surgiendo fuertemente a través de las portillas abiertas.

El titántropo no había subido a bordo. Permanecía de pie a un lado, hablando en voz baja consigo mismo. Sus ojos estaban enrojecidos, y parecía como si hubiera sufrido mucho.

Burton se presentó.

Joe Miller, hablando en inglés con una profunda voz de tambor, dijo:

—Zi, he oído hablar de uzted, zeñor Burton. Zam me habló de uzted. ¿Cuándo llegó uzted aquí?

—Estaba en el *Rex* —dijo reluctante Burton.

—¿Y qué infiernoz eztaba haciendo uzted allá? Uzted era uno de loz hombrez del Ético, ¿no?

—Sí —dijo Burton—. Pero hasta ayer no supe que algunos de sus reclutas estaban en el *No Se Alquila*. Aunque, a decir verdad, sospechaba que algunos de ellos debían estar allí.

—¿Quién ze lo dijo?

—Cyrano de Bergerac.

—¿Cyrano? ¿Eztá vivo? ¡Creí que eztaba muerto! ¿Dónde eztá?

—No, resultó muerto. Pero me reconoció, y me dijo que Clemens y él habían sido visitados por el Ético.

Burton pensó que sería mejor no decirle a Miller que había sido su mujer quien había matado a de Bergerac.

El titántropo parecía como si estuviera luchando consigo mismo. De pronto dejó de temblar, y sonrió ligeramente. Tendió su gigantesca mano.

—Aquí. Chóquela. No tengo nada contra uzted. Todo ezo ha zido eztúpido. Como acoztumbraba a decir Zam, zon loz azarez de la guerra.

La mano de Burton fue envuelta, estrujada, no demasiado fuertemente, y luego soltada. Burton

dijo:

—No creo que debamos hablar aquí. Hay demasiada gente alrededor. Venga conmigo, y le presentaré otros dos que saben también todo lo del Ético.

Echaron a andar hacia el pie de la colina detrás del templo. Allí, Alice y algunos otros estaban construyendo cabañas. Burton llamó a un lado a ella, Frigate, Nur y Aphra Behn. Tras presentar a Miller, Burton le pidió que contara todo lo relevante que supiera acerca de X y aquellos que habían sido reclutados por él. Fue un largo relato, interrumpido por muchas preguntas, y no terminó hasta bastante después de la hora de la cena. Puesto que las chozas no estaban completadas, los cinco durmieron en el pórtico del templo bajo montones de ropas. Después del desayuno, regresaron a su construcción. A última hora de la tarde habían terminado dos cabañas. Miller regresó por un momento a la lancha para comprobar como iban las cosas. Cuando regresó, Burton contó su historia. Esa tuvo que ser interrumpida para asistir al funeral por las víctimas cuyos cuerpos no se habían hundido en el agua. Esos, que habían sido preservados en alcohol hasta la ceremonia, fueron colocados en féretros de madera. Miller lloró sobre Clemens y su compañera de cabina, una robusta cimeria de pelo rojo. Después Burton, representando al *Rex*, y Cimón, representando al *No Se Alquila*, pronunciaron unas palabras sobre sus camaradas muertos. La Viro lanzó un corto pero apasionado discurso acerca de la inutilidad de sus muertes. Luego los cuerpos fueron depositados sobre una enorme pira y reducidos a cenizas.

Hasta que llegó la lluvia, aproximadamente a las seis de la madrugada, no terminaron los relatos de Burton y su gente.

—Yo no dezero zeguir más arriba —les dijo Miller—. Bueno, en realidad, dezero ir tan zólo un poco más arriba. Cuando encuentre a algunoz de mi propia gente, quiero quedarme allí e inztalarme en elloz. Quizáz. No eztoy demaziado zeguro de que me zienta feliz con elloz ahora. He vizto demaziado, he viajado demaziado, me he vuelto demaziado civilizado para zer feliz con elloz quizáz.

»De todoz modo, ya he ido hazta la Torre. No me parece que valga la pena. Pero ahora que le he encontrado a uzted, quizá ziga adelante. Zi no lo hiciera, pienzo que tal vez la muerte de Zam, los sufrimientoz y la muerte de toda eza gente, fueran en vano.

»Ademáz, dezero dez cubrir quién ez el Ético. Zi ha ez tado engañándonoz, y yo y Zam no ez tábamos muy zeguroz de que no lo hubiera hecho, lo haré pedazoz, piel a piel.

—¿Piel a piel? —dijo Burton—. ¿Qué significa eso?

—Ez una ezpecie de dicho entre loz míoz. ¿Tengo que ezplicarlo?

—¿Cuántos de entre su tripulación saben algo acerca de X? —preguntó Burton.

—Eztá el pequeño francéz, Marcelin, conocido también como Barón de Marbot. Zam le habló del Ético. Zam pensaba que podía confiarze en él. Luego ez tó eze gordo chino Tai-Peng, zólo que zu nombre ez Li Po. Eztá también eze compinche Tom Turpin. El Ético nunca reclutó a Tom, pero Tai-Peng le habló de él a Tom una noche cuando ez taba borracho, eze nirvana celeztial que termina matándote de una cirroziz de hígado, azi que pensamos que zería mejor tomarlo con nozotroz. Ez un buen nombre, de todoz modo. Y luego ez tó Ely Parker, que tampoco fue reclutado por el Ético, pero Zam lo conocía de la Tierra, y le contó todo porque era un buen amigo de Ulizez Z. Grant y también un general del ztaff de Grant durante la guerra civil. Era ingeniero en el No Ze Alquila, Ez un indio

americano, un iroquéz de la tribu zeneca. Y luego eztá el antiguo zumerio que ze llama a zí mizmo Gilgamez.

—¿Gilgamesh? —dijo Burton.

—Ezo ez lo que he dicho. Zam decía que podía zer o no podía zer el rey de la ciudad zumeria de Uruk que vivió en algún momento de la primera mitad del ziglo tercero antez de Crizto. No era muy probable que noz encontráramoz con alguien que hubiera conocido al auténtico Gilgamez, aunque uno nunca zabe.

»Y luego eztá eze antiguo maya, Ah Qaaq. Ez terriblemente fuerte, ezo ez, para una perzona como él.

—Ah Qaaq —dijo Burton—. Eso significa fuego en maya.

—Zí. Pero él no ez ninguna bola de fuego. Ez máz bien una bola de mantequilla. Gordo como un cerdo. Pero ez muy fuerte, como he dicho. Y puede dar máz puñetazoz y más fuertez que cualquiera que yo jamáz haya vizto, ezcepto yo mizmo, por zupuezto. Máz incluzo que algunoz de ezoz tipoz de la Vieja Edad de Piedra que había en el barco. Llevaba un bigote tatuado en zu labio zuperior que lo hacía parecer como uno de ezoz nativoz de Borneo.

—Entonces, ¿Cimón y los demás supervivientes no saben nada de X y de los agentes? —dijo Burton.

—Zi lo zaben, nunca lo han dicho.

—Es posible sin embargo que algunos de ellos puedan ser agentes —dijo Nur el-Musafir.

—Me gustaría hablar con toda la gente que ha mencionado —dijo Burton. Hizo una pausa, luego añadió—: Si todos los que sabemos acerca del Ético tenemos que ir en la Carteles, entonces habrá algunos de los otros que tendrán que quedarse atrás. Tendrán que conseguir su puesto en la lancha. ¿Hay muchas posibilidades de ello?

—Zeguro —dijo el titántropo. Miró por encima de su enorme nariz a Burton, y sonrió. Sus dientes eran enormes bloques de un blanco deslucido—. Zeguro. Hay una pozibilidad. Cazi tanto como un cubito de hielo en una hoguera.

—Entonces —dijo Burton—, tendremos que apoderarnos de la lancha. Robarla.

—Yo también creo ezo —dijo Miller—. ¿Por qué dezde un principio hemoz tenido que comportarnos de una forma tan poco ética para ayudar al Ético?

Eran once en el grupo. De esos, cinco habían sido reclutados directamente por el Ético renegado. Esos eran Richard Francis Burton, Nur ed-Din el-Musafir, Tai-Peng, Gilgamesh, y Ah Qaaq. Al menos, ellos afirmaban haber sido visitados por el Ético. Burton, de todos modos, podía estar seguro tan sólo de sí mismo. Uno o más podían ser agentes o incluso Éticos. A Joe Miller le había hablado de X Samuel Clemens. Alice sabía de él a través de Burton. Aphra Behn no había sido informada hasta ayer, pero deseaba enormemente acompañarlos en su expedición. De Marbot había oído a Clemens hablar del Extraño, y se lo había contado a Behn. Puesto que el francés y la inglesa habían sido anteriormente amantes y volvían a serlo ahora, los demás acordaron que ella podía venir con ellos. Ely Parker, el séneca, sabía también de X por Clemens, y había deseado ir con ellos. Pero había cambiado de opinión.

—Al infierno con los Éticos y la Torre y todo eso —le dijo a Burton—. Voy a quedarme aquí e intentar rescatar el *No Se Alquila*. Está hundido a tan sólo doce metros de profundidad. Una vez sea reflotado y reparado, me iré con él Río abajo. No estoy interesado en morir simplemente para probar algo que no puede ser probado. Los Éticos no desean que metamos nuestras narices en sus asuntos. Creo que todos los fallos se han producido porque nosotros interferimos. Piscator pudo estropear cosas en la Torre. Y Podebrad le dijo a Sam que la gente que había dejado atrás en Nova Bohemujo pudo ser responsable del fallo de la orilla derecha. Dijo que antes de despegar el dirigible algunos de sus oficiales desearon cavar profundamente en torno a una piedra de cilindros y ver si podían dar con algo que les proporcionara una fuente continua de energía. Él les advirtió que no lo hicieran, y antes de marcharse les hizo prometer que no trastearían con ello. Dijo que lo que podía haber ocurrido era que hubieran roto su promesa y de alguna forma hubieran roto el circuito.

»Si ocurrió eso, toda la zona a su alrededor debió resultar destruida. Allí tiene que haber un agujero lo suficientemente grande como para formar un nuevo lago en la orilla derecha del Río. La explosión tuvo que barrer toda Nova Bohemujo por aquel lado. Ahí es donde estaban los depósitos de mineral, y si lo que dijo Podebrad es cierto, entonces eso es el fin de las minas y de los nuevobohemios.

»De cualquier forma, simplemente no me gusta mezclarme con los Éticos. No soy un cobarde. Cualquiera que me conozca puede decirle eso. Pero simplemente no creo que sea correcto meterse en cosas acerca de las cuales no sabemos nada.

Además, pensó Burton, te gustaría ser el capitán del barco fluvial y vivir a lo grande.

—No va a encontrar mucha ayuda de la gente del lugar —dijo Burton. Hizo un gesto hacia las orillas y el curso del Río, que estaba atestado con gente en botes o preparándose para marcharse—. Esta zona estará casi despoblada dentro de un mes. La Viro está enviando a casi todo el mundo Río abajo para restaurar la fe de los de la Segunda Oportunidad, para corregir desviaciones de su teología, y para conseguir nuevos conversos. Los fallos en este mundo han hecho tambalear la fe de muchos.

—Sí —dijo Parker, su amplio rostro marrón retorcido con una sardónica sonrisa—. Sí. El propio

La Viro está alterado. Tengo entendido que se pasa el tiempo de rodillas, rezando. No parece tan seguro de sí mismo ahora.

Burton no intentó argumentar con el séneca para que fuera con él. Le deseó a Parker suerte antes de apartarse de él, aunque sabía que no iba a tener ninguna. El *No Se Alquila* iba a quedarse allá donde estaba hasta que la corriente lo arrojara fuera del borde y lo hundiera hasta el fondo, a mil metros de profundidad.

Cuando la Prohibido Fijar Carteles se hundiera o quedara inutilizada, su final sería el final de la era de tecnología avanzada en el Mundo del Río. Las pocas herramientas y armas de metal que existían terminarían estropeándose. Y entonces los habitantes del Valle serían afortunados si podían conseguir instrumentos de piedra. Todo el planeta caería en la Edad de la Madera.

Las noticias acerca de la historia de Podebrad eran ciertamente interesante. Fuera o no Nova Bohemujo la causante de la interrupción de la línea. Podebrad había sido o bien un agente o bien un Ético. Sólo uno de ellos hubiera podido saber dónde estaban los depósitos de metal en aquel estado. Sólo uno de ellos hubiera podido saber que intentar extraer la energía directamente de la línea podía dar como resultado una catástrofe.

Pero Podebrad, o cual fuera su auténtico nombre, estaba muerto.

Burton se preguntó si era posible que fuera X.

Oyó una voz familiar llamándole, y se detuvo y se volvió. Hermann Goering, más flaco que antes, y ya había sido muy flaco, se le acercó. Su ancho rostro era grave, y sus ojos estaban cercados por los oscuros anillos de la fatiga.

—¡Sinjoro Burton! Mi dezirus akompani vin.

—¿Que desea ir conmigo? ¿Por qué?

—Por la misma razón que lo mueve a usted. Deseo desesperadamente conocer qué es lo que ha ido mal. Siempre he deseado saberlo, pero me dije a mí mismo que era mucho más importante alzar el nivel ético del kas. Ahora... no sé. ¡Sí, sí lo sé! Si sabemos tener fe, debemos tener también conocimiento. Quiero decir... la fe es lo único a lo que puedes aferrarte si no puedes saber la verdad. Pero ahora... ahora... ¡puede que sea posible saben!

—¿Qué piensa La Viro de esto?

—Nos hemos peleado, algo que creí que nunca podría llegar a ocurrir. El insiste en que yo debo ir Río abajo con él. Pretende viajar hasta la boca del Río, aunque eso le tome trescientos años, predicando a lo largo de todo el camino. Desea restaurar la fe de la gente...

—¿Cómo sabe él que necesita ser restaurada? —dijo Burton.

—Sabe lo que ha estado ocurriendo corriente abajo hasta tan lejos como ciento cincuenta mil kilómetros. Lo que está ocurriendo aquí debe estar ocurriendo en todas partes. Además, ¿no se ha dado cuenta usted de que hay mucha duda, mucha deserción de la Iglesia, mientras ha estado viajando usted en su barco?

—Observé algo de esto, pero no pensé mucho en ello —dijo Burton—. Era algo de esperar, ya sabe.

—Sí. Incluso algunos de los virolandeses se han sentido turbados, y eso que tenían la presencia del propio La Viro para fortalecerles. Sin embargo, creo que el mejor camino es ir hasta la torre y

determinar exactamente que es lo que ha ocurrido. Eso confirmará que la Iglesia tiene razón, y cuando eso ocurra, toda la gente no tendrá dudas y todos acudirán a la Iglesia.

—Por otra parte —dijo Burton, arrastrando las palabras—, lo que encuentre usted allí puede hacer saltar a su religión en pedazos.

Goering se estremeció y cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, dijo:

—Sí, lo sé. Pero mi fe es tan fuerte que estoy dispuesto a correr el riesgo.

—Mi segundo nombre es Francis —dijo Burton, sonriendo—. Así que seré franco con usted. No me gusta. Nunca me ha gustado. Ha cambiado usted de carácter, cierto. Pero no puedo olvidar lo que nos hizo a mí y a mis amigos. Es un caso de perdonar pero no olvidar. Aunque fundamentalmente las dos cosas son lo mismo.

Goering agitó las manos, implorando.

—Este es el peso que debo acarrear. Lo merezco, y no seré capaz de dejarlo caer hasta que todas las personas que han conocido mis malas acciones me hayan perdonado sinceramente. Pero ahora no estamos hablando de esto. De lo que estamos hablando es de que yo puedo ser de gran ayuda. Soy rápido y fuerte y muy decidido y no me falta inteligencia. Además...

—Además, es un miembro de la Iglesia de la Segunda Oportunidad, un pacifista —dijo Burton—. ¿De qué utilidad puede sernos si tenemos que luchar?

—¡No voy a comprometer mis principios! —dijo Goering fieramente—. ¡No derramaré la sangre de otro ser humano! Pero dudo mucho que tenga que luchar. La zona corriente arriba está muy poco poblada, y a cada día que pasa lo está menos. ¿No ha visto usted los muchos botes que vienen cruzando el estrecho? La noticia de que los virolandeses están abandonando el lugar ha corrido ya. La gente de Río arriba está desertando de sus frías tierras para instalarse aquí.

—Puede que haya lucha —dijo Burton—. Si atrapamos a esos agentes, intentaremos hacerles hablar. Y cuando penetremos en la Torre... ¿quién sabe lo que vamos a encontrar allí? Puede que tengamos que luchar por nuestras vidas.

—¿Me llevarán?

—No. ¡Y eso es definitivo! Y no pienso discutir más sobre ello. ¡Nunca!

Se alejó a grandes zancadas, mientras Goering rugía:

—¡Si no me llevan con ustedes, iré solo!

Burton miró entonces hacia atrás. El rostro del hombre estaba enrojecido, y estaba agitando su puño. Burton sonrió. Incluso los éticamente avanzados obispos de la Iglesia podían irritarse.

Cuando Burton miró de nuevo hacia atrás, vio a Goering caminando rápidamente hacia el templo, su rostro encajado. Evidentemente iba a decirle a La Viro que no iba a obedecer sus órdenes de ir Río abajo.

Aquella noche, los once, capitaneados por Burton, dominaron a los guardias de la Prohibido Fijar Carteles. Llegaron por el lado del Río, nadando silenciosamente hasta la barandilla, y abordando el lado de babor. Dos de los guardias estaban sentados junto a la barandilla de estribor, hablando. Esos fueron atrapados por detrás, y sus bocas y narices fueron cubiertas hasta que se desvanecieron por falta de aire. Al mismo tiempo, Joe Miller entró en la lancha por el lado de la orilla. Tras unas cuantas palabras con el centinela que quedaba, lo agarró y lo arrastró debatiéndose

hasta la proa y lo arrojó al agua.

—¡Jezúz! —le dijo al guardia que chillaba y se debatía—. ¡Odio hacer ezto, Zmith, pero tengo una miziún máz alta que cumplir! ¡Dile a Cimón que lo ziento!

Después de que los guardias hubieran sido inutilizados, el grupo de Burton llevó a bordo sus cilindros y otras posesiones y algunas cuerdas largas y herramientas que habían sido rescatadas por medio de buceadores del *No Se Alquila*. Aphra Behn conectó la electricidad. Tan pronto como la última de las provisiones fue metida en cubierta y las amarras soltadas, puso la lancha en marcha. Al cabo de poco estaban yendo a máxima velocidad, mientras tras ellos llameaban las antorchas y los hombres y mujeres empezaban a gritar.

No fue hasta que la lancha hubo cruzado el estrecho que Burton tuvo la sensación de que había empezado realmente la casi última etapa del largo, largo viaje.

Burton pensó brevemente en X. Según la historia de Cyrano de la visita de X, X le había dicho que retransmitiera a los reclutas que estos debían aguardar un año en Virolando hasta la llegada de X. Burton no deseaba hacer esto, y tampoco sus colegas. Iban a ir ahora.

Viajando junto a la línea de la costa, donde la corriente era menos intensa, a cincuenta kilómetros por hora, y deteniéndose tan sólo dos horas cada día, la Prohibido Fijar Carteles hacía una media de mil kilómetros cada veinticuatro horas. Cuando tuvieran que abandonar la lancha, les quedaría todavía una cierta distancia que recorrer, la parte más difícil del viaje. Antes de eso, tendrían que detenerse y pescar una buena cantidad de pescado para ahumar y hacer pan de bellotas y recolectar puntas de bambú. Eso no sería todo lo que tendrían para comer, de todos modos. Llevaban consigo veinte «cilindros comodín», algunos de los cuales eran propiedad suya y algunos de los cuales habían sido robados. Planeaban llenarlos antes de llegar a la última piedra de cilindros a fin de tener provisiones extra. La comida que se deterioraba rápidamente sería almacenada en la nevera de la lancha o arrastrada tras ella en un tonel metido en las frías aguas.

A medida que avanzaban hacia el norte, el Valle iba haciéndose más ancho. Aparentemente los Éticos lo habían hecho así de modo que recibiera mayor cantidad de la débil luz del sol. La temperatura era tolerable durante el día, que era más largo que el de las regiones situadas por debajo, alcanzando incluso los dieciséis grados. Pero haría más frío cada vez, a medida que fueran avanzando hacia el norte. Las brumas tardaban también más en disiparse.

Goering había tenido razón respecto a la escasez de la gente. La densidad era aproximadamente de unas cuarenta personas por kilómetro cuadrado. Este número iba reduciéndose diariamente, a medida que más botes se lanzaban a la aventura Río abajo.

Joe Miller, de pie en la proa, miraba soñadoramente a los titántropos junto a los que pasaban. Cuando la lancha amarró para recargar, saltó a la orilla para hablar con todos los que pudiera encontrar. Las conversaciones se producían en esperanto, ya que ninguno de ellos conocía su lengua nativa.

—No importa —había dicho Joe—. De todoz modoz yo no me acuerdo de nada de ella. ¡Jezucristo! ¿Jamáz voy a encontrar a miz padrez y a miz amigoz, a la gente de mi propia tribu?

Afortunadamente, los titántropos eran amistosos. Por aquel entonces habían sido enormemente superados en número por los «pigmeos», y la mayor parte de ellos se habían convertido a la fe de la

Segunda Oportunidad. Burton y Joe intentaron reclutar a algunos, pero fracasaron. Los gigantes no querían saber nada con los seres de la Torre.

—Todos ellos temen el lejano norte —dijo Burton—. Tú deberías compartir su miedo. ¿Por qué te fuiste con los egipcios?

Joe hinchó su pecho de gorila.

—Zoy tan valiente como cualquiera. Y más lizto también.

Pero, a decir verdad, miz piernaz eztuvieron a punto de jugarme una mala pazada cuando vi la Torre. Pero a cualquier hombre le hubiera pazado lo mizmo. Ezpera zolamente a verla tú.

Al décimo día, se detuvieron para un descanso de varios días en tierra firme. Los locales eran unos pocos titántropos con una mayoría de escandinavos, antiguos, medievales y modernos. Entre ellos había, sin embargo, gente de muy diferentes épocas y lugares. Los hombres que no tenían compañera de cabina empezaron inmediatamente a buscar compañía para la noche. Burton recorrió los alrededores preguntando si alguien había visto a los hombres y a las mujeres que se habían visto obligados a abandonar la lancha del *Rex*. Muchos los habían visto, y todos ellos dijeron que habían continuado Río arriba en botes, todos ellos robados.

—¿Han pasado algunos otros que dijeran que habían viajado en el *No Se Alquila*? —dijo Burton—. Es el gigantesco barco de metal parecido al *Rex*, propulsado por ruedas de paletas y movido por motores eléctricos.

—No. No he visto ni oído nada parecido a esto.

Burton no esperaba que los desertores fueran por ahí proclamando su identidad.

Ni que lo hicieran tampoco los agentes que pudieran haber abandonado el barco de Clemens antes de que se desencadenara la batalla.

Sin embargo, obteniendo descripciones de aquellos que se habían dirigido hacia el norte durante las últimas semanas, reconoció a aquellos que habían huido del *Rex*. De Marbot, que también estaba haciendo preguntas, reconoció por las descripciones a todos aquellos que habían desertado del *No Se Alquila*.

—Pronto los atraparemos —dijo Burton.

—Si tenemos suerte —dijo el francés—. Podemos pasar junto a ellos durante la noche. O puede que hayan oído algo de que nos estamos acercando y se escondan hasta que pasemos.

—En cualquier caso, llegaremos los primeros allí.

Pasaron veinte días. Por aquel entonces los agentes de ambos barcos tenían que estar detrás de ellos. Aunque Burton paraba la lancha cada treinta kilómetros para preguntar a los del lugar, nadie parecía haberlos visto.

Mientras tanto, estudiaba a su propia tripulación. Sólo dos encajaban con el físico bajo y masivo y los rasgos faciales de los Éticos Thanabur y Loga. El hombre que se hacía llamar Gilgamesh, y el hombre que se hacía llamar Ah Qaaq. Pero ambos eran de piel muy oscura y ojos marrón oscuro. Gilgamesh tenía el pelo rizado, casi ensortijado. Ah Qaaq tenía un ligero pliegue epicántico que lo hacía parecer como si poseyera algunos recientes antepasados mongólicos. Cada uno de ellos hablaba fluentemente su supuesto idioma nativo. A diferencia del agente Spruce, que había afirmado ser un inglés del siglo XX y cuyo acento ligeramente extranjero lo había traicionado a los ojos de

Burton, esos dos carecían de cualquier traza de él. Burton no conocía bien ni el sumerio ni el antiguo maya, pero los sabía lo suficiente como para reconocer a un no sumerio o un no maya por su pronunciación y su entonación.

Eso sólo significaba que uno de los dos, posiblemente ambos, habían dominado completamente las lenguas. O significaba que ambos eran inocentes y lo que afirmaban ser.

Veintidós días después de que cruzaran el estrecho, en una zona donde no habría más de cincuenta personas alrededor de una piedra de cilindros, Burton fue abordado por una mujer alta y enjuta con unos ojos grandes y una enorme boca. Sus blancos dientes resplandecieron en su negro rostro africano.

Habló en esperanto, fuertemente teñido por un acento de las regiones más remotas de Georgia. Su nombre era Blessed Croomes, y deseaba ir en la lancha tan lejos como pudieran llevarla. Luego seguiría a pie hasta las fuentes.

—Allí es donde fue mi madre Agatha Croomes. Estoy buscándola. Creo que debió encontrar al Señor y ahora está viviendo a Su derecha, aguardándome. ¡Aleluya!

Fue difícil detener el fluir de sus palabras, pero finalmente Burton dijo, muy fuerte y firmemente, que era ella quien tenía que contestar a las preguntas de él.

—De acuerdo —dijo ella—. Escucho a todas las personas sabias. ¿Tú eres sabio?

—Lo suficientemente sabio —dijo él—, y con mucha experiencia, lo cual es lo mismo si tú no eres una estúpida. Empecemos por el principio. ¿Dónde naciste, y qué eras tú en la Tierra?

Blessed le dijo que ella había nacido como esclava en Georgia en 1734, en la casa de su dueño. Vino antes de lo previsto, pilló por sorpresa a su madre en la cocina mientras estaba ayudando a preparar la cena. Fue educada como una esclava doméstica y bautizada en la fe de su padre y de su madre. Después de que su padre muriera, su madre se había convertido en predicadora. Era una mujer muy devota y muy fuerte que asustaba a su congregación, aunque era muy querida por ella. Su madre murió en 1783 y ella en 1821. Pero ambas habían resucitado cerca de la misma piedra de cilindros.

—Naturalmente, ella ya no era muy vieja. Resultaba extraño ver a mi vieja mamá como una mujer joven. Eso no significó ninguna diferencia para ella, sin embargo. Era tan devota y tan recta y tan llena con el espíritu que cuando había vivido en la Tierra. Porque, le diré, cuando predicaba en la iglesia, había gente blanca que acudía desde kilómetros de distancia para escucharla. La mayoría de ellos eran basura blanca, pero ella los convertía, y entonces se encontraba con problemas...

—Estás yéndote de nuevo por las ramas —dijo Burton—. Ya es suficiente para conocer tu entorno. ¿Por qué deseas venir conmigo?

—Porque tú tienes esa lancha que puede viajar más rápido que un pájaro.

—¿Pero por qué deseas ir hasta el final del Río?

—Te lo hubiera dicho si tú no me hubieras interrumpido, hombre. Entiende, el que mi madre se encontrara de pronto aquí no hizo vacilar en absoluto su fe. Ella decía que estábamos aquí, todos nosotros, debido a que en la Tierra habíamos sido pecadores. Algunos peores que los otros. Esto era realmente el Cielo, o su antesala como mínimo. Lo que el dulce Jesús deseaba era que los auténticos creyentes fueran Río arriba, siguiendo el dulce Jordán, para encontrarle al final. Él estaba allí arriba, aguardando para abrazar a todos aquellos que realmente creyeran, a todos aquellos que se tomaran la molestia de buscarle. Así que ella emprendió el viaje.

»Ella quería que yo la acompañara, pero yo estaba asustada. No estaba segura de que ella supiera de qué estaba hablando. Pero no se lo dije. Hubiera sido como golpearla en pleno rostro, y nadie tiene el valor suficiente como para hacer esto. Fuera como fuese, no era sólo eso lo que me impedía ir con ella. Tenía conmigo a un hombre adorable, y él no quería ir con ella. Decía que le gustaban las cosas tal como estaban ahora. De modo que dejé que mi sexo pensara por mí, y me quedé con él.

»Pero las cosas empezaron a ir mal entre yo y mi hombre. Él empezó a perseguir a otras mujeres, y yo empecé a pensar que quizá aquello era un castigo por no haber obedecido a mi mamá. Quizá ella estuviera en lo cierto, quizá Jesús estuviera esperando a los auténticos creyentes. Además, echaba realmente en falta a mi mamá, pese a que algunas veces discutíamos y discutíamos sin parar. De

modo que viví algún tiempo con otro hombre, pero no era en ningún aspecto mejor que el primero. Luego, una noche, mientras estaba rezando, tuve una visión. Era el propio Jesús, sentado en Su trono de diamantes y perlas, con los ángeles cantando a Su alrededor, todo ello en medio de un resplandor de gloriosa luz. Me dijo que dejara de pecar y que siguiera las huellas de mi madre, y yo emprendí mi camino hacia el cielo.

»Y aquí estoy. Han pasado muchos años, hermano, y he sufrido como cualquiera de los propios mártires de Dios. He sentido enfermedad en la carne y debilidad en los huesos, ¡pero aquí estoy! La noche pasada recé de nuevo, y vi a mi madre, sólo por un segundo, y ella me dijo que fuera con usted. Ella dijo que usted no era un buen hombre, pero que tampoco era malo. Estaba usted en medio. Pero yo sería quien lo llevaría hasta la luz, lo salvaría, y juntos iríamos hasta el Reino Celestial, y el dulce Jesús nos rodearía con Sus brazos y nos daría la bienvenida a su glorioso trono. ¡Aleluya!

—¡Aleluya, hermana! —dijo Burton. Siempre estaba dispuesto a arrojarse de bruces hacia cualquier religión mientras se sonreía por dentro.

—Todavía queda un largo viaje, hermano. Me duele la espalda de remar mi canoa contra la corriente, y he oído que hay brumas y frío en la mayor parte del camino a partir de ahora y ni un alma que ver. Va a ser muy solitario ahí. Es por eso por lo que me gustaría ir contigo y con tus amigos.

Burton pensó, ¿por qué no?

—Sólo hay sitio para uno más —dijo—. Sin embargo, no aceptamos pacifistas, puesto que tal vez tengamos que luchar. No deseamos ningún peso muerto.

—No te preocupes por mí, hermano. Puedo luchar como un ángel vengador del Señor para ti, si tú estás del lado del bien.

Depositó sus escasas posesiones en la lancha unos pocos minutos más tarde. Tom Turpin, el pianista negro, se mostró contento al primer momento al verla. Luego supo que ella había formulado voto de castidad.

—Está loca, capitán —le dijo a Burton—. ¿Por qué la aceptas a bordo? Tiene un cuerpo tan estupendo que va a volverme loco si no me deja meterle mano.

—Quizá te convenza para que tú formules el voto también —dijo Burton, y se echó a reír.

Turpin no lo encontró divertido.

Cuando la lancha reemprendió su viaje después de cuatro días, no dos días como se había planeado, Blessed cantó un himno, luego gritó:

—Tú me necesitabas, hermano Burton, para completar tu número. ¡Tan sólo erais once, y ahora sois doce! Doce es un buen número, un número sagrado. ¡Los apóstoles de Jesús eran doce!

—Sí —dijo Burton suavemente—. Y uno de ellos era Judas. Miró a Ah Qaaq, el antiguo guerrero maya, un Hércules tamaño de bolsillo echado a perder. Muy pocas veces se ofrecía a iniciar una conversación, aunque hablaba fluentemente si se veía forzado a ello. Pero no retrocedía si alguien le tocaba. Según Joe Miller, X, cuando visitó a Clemens, no quiso ser tocado, de hecho actuó como si Clemens fuera alguna especie de leproso. Clemens había pensado que X, aunque solicitara la ayuda de los habitantes del Valle, se sentía moralmente superior, y por lo tanto tenía la impresión de que el contacto de uno de ellos lo mancharía.

Ni Ah Qaaq ni Gilgamesh actuaban como si debieran mantener a los demás a una distancia

adecuada. De hecho, el sumerio insistía en estar muy cerca cuando hablaba, casi nariz contra nariz. Y tocaba frecuentemente al que hablaba con él, como si la conversación requiriera también un contacto corporal.

Esa insistencia en la proximidad podía ser una sobrecompensación, pensó. El Ético podía haber descubierto que sus reclutas habían notado su desagrado hacia la proximidad y estaba obligándose a sí mismo a acercarse a la gente.

Hacia mucho tiempo, el agente, Spruce, había dicho que él y sus colegas aborrecían la violencia, que librarse a ella los hacía sentirse degradados. Pero si eso era cierto, era evidente que habían aprendido a ser violentos sin dar muestras de ninguna repulsión. Los agentes en ambos barcos habían luchado tanto y tan bien como los demás. Y X, como Ulises y Barry Thorn, habían cometido las suficientes muertes como para satisfacer a Jack el Destripador.

Posiblemente, el deseo de X de evitar que le tocaran no tenía nada que ver con ningún sentimiento personal. Podía ser que el contacto con otro ser humano dejara alguna clase de huella psíquica. Quizá psíquica no fuera la palabra correcta. Los *wathans*, las auras que todos los seres semientes irradiaban, según X, podían dejar alguna especie de huella dactilar. Y ésta podía permanecer durante un cierto tiempo. Si era así, entonces X no podría regresar a la Torre hasta que la «huella» se hubiera desvanecido. Sus colegas podrían verla y preguntarle cómo la había adquirido.

¿Era esa especulación demasiado extravagante? Todo lo que X tenía que decirles a sus interrogadores era que volvía de una misión y que había sido tocado por uno de los habitantes del Valle.

¡Ah! ¿Pero y si se suponía que X no tenía que haber estado en el Valle? ¿Y si tenía una coartada para su ausencia que no incluía una visita al Valle? Entonces no podría explicar satisfactoriamente por qué su *wathan* llevaba la huella de un extraño.

Esta especulación, sin embargo, requería que la huella de un agente o un Ético fuera distinta que la de un resucitado, y reconocible instantáneamente como tal.

Burton agitó la cabeza. A veces, casi se sentía mareado intentando pensar en esos misterios.

Decidiendo abandonar ese errar por su laberinto mental, se fue a hablar con Gilgamesh. Aunque el hombre renegaba de todas las aventuras atribuidas al mítico rey de Uruk, le gustaba alardear de las hazañas que no habían quedado registradas en las leyendas. Sus negros ojos chispeaban, y sonreía cuando contaba sus alocadas historias. Era como los hombres de las fronteras americanas; como Mark Twain, exageraba hasta unos límites increíbles. Sabía que su oyente sabía que estaba mintiendo, pero no le importaba. Todo aquello era divertido.

Los días pasaron, y el aire iba haciéndose más frío. Las brumas colgaban más densas, negándose a disiparse hasta después de las once de la mañana. Se detuvieron más frecuentemente para ahumar los peces que pescaban y para hacer más pan de bellotas. Pese al débil brillo del sol, la hierba y los árboles eran tan verdes como sus colegas de más al sur.

Hasta que llegó el día en que arribaron al final de la línea. No había más piedras de cilindros.

Procedente del norte, arrastrado por el frío viento, les llegaba un débil retumbar.

Permanecieron de pie en la cubierta delantera, escuchando el ominoso sonido. El ocaso ahora siempre presente, y las brumas, parecían hacer presión sobre ellos. Por encima de las imponentes

paredes negras de las montañas el cielo era brillante, aunque no tan brillante como en los climas sureños. Joe rompió su silencio.

—Eze ruido ez el de la primera catarata que noz encontraremos. Ez grande como el infierno, pero no ez más que un pedo en un vendaval comparada con la que surge de la cueva. Pero tenemos un largo y duro camino antez de que llegemos a ella.

Iban envueltos y encapuchados con gruesas ropas y parecían como fantasmas en la bruma. Un frío rocío se acumulaba sobre sus rostros y manos.

Burton dio órdenes, y la Prohibido Fijar Carteles fue atada a la base de la piedra de cilindros. Empezaron a descargar, terminando en una hora. Después de colocar todos sus cilindros en la piedra, aguardaron la descarga. Pasó una hora, la piedra entró en erupción; los ecos se repitieron largo tiempo antes de apagarse.

—Comed todo lo que os apetezca —dijo Burton—. Esta será nuestra última comida caliente.

—Quizá también nuestra última comida —dijo Aphra Behn, y se echó a reír.

—Ezte lugar ze parece al purgatorio —dijo Joe Miller—. No ez tan malo. Ezperad a que lleguéis al infierno.

—Yo he estado allí y he vuelto muchas veces —dijo Burton.

Hicieron un gran fuego con madera seca que llevaban en la lancha, y se sentaron con sus espaldas apoyadas en la base de la piedra mientras éste les calentaba. Joe Miller contó algunos de sus chistes titántropos, la mayoría acerca del viajante de comercio y la esposa del cazador de osos y sus dos hijas. Nur relató algunas de sus historias sufies, pensadas para enseñar a la gente a pensar de otra manera, pero alegres y divertidas. Burton contó algunas historias de las Mil y Una Noches. Alice explicó algunos de los relatos paradójicos que el señor Dodgson había creado para ella cuando ella tenía ocho años. Luego Blessed Croomes les hizo cantar himnos, pero se puso furiosa cuando Burton empezó a intercalar versos ligeramente subidos de tono.

De todos modos, la velada fue divertida, y todos se fueron a la cama sintiendo sus corazones alegres. El alcohol también ayudó a elevar sus espíritus.

Cuando se despertaron, comieron su desayuno junto a otro fuego. Luego cargaron sus enormes fardos y empezaron a andar. Antes de que la lancha y la piedra desaparecieran entre la bruma, Burton se volvió para echar una última mirada.

Aquel era su último lazo con el mundo que había conocido, aunque no siempre amado, desde hacía tanto tiempo. ¿Volvería a ver la lancha, una piedra de cilindros, alguna vez? ¿O pronto dejaría de ver cualquier cosa?

Oyó la resonante voz de Joe, y desvió la mirada.

—¡Zagrado humo! ¡Mirad lo que tengo que cargar yo! Ez trez vecez más que el rezto de vozotroz. Mi nombre no ez Zanzón, ya lo zabéis.

Turpin se echó a reír y dijo:

—Eres un negro blanco con una gran nariz.

—No zoy un negro —dijo Joe—. Zoy un caballo de tiro, una beztia de carga.

—¿Y cuál ez la diferencia? —remedó Turpin, y se rió cuando Joe agitó un gigantesco puño hacia él. El enorme peso que llevaba a sus espaldas lo desequilibró, y cayó de bruces.

Las risas resonaron en múltiples ecos en las paredes del cañón.

—Apostaría que esta es la primera vez que las montañas se ríen —dijo Burton.

Al cabo de un momento, sin embargo, se quedaron todos en silencio, y emprendieron el camino hacia adelante con el aspecto de almas perdidas en uno de los círculos del Infierno.

Pronto llegaron a la primera catarata, la pequeña, dijo Joe. Era tan amplia que no podían ver el otro lado, pero debía tener diez veces la anchura de las cataratas Victoria. Al menos, eso parecía. Caía de entre las brumas de arriba con un rugir que hacía imposible toda conversación por mucho que se gritaran al oído.

El titántropo guió el camino. Treparon hacia arriba más allá de la caída de agua, que ahora era como una lluvia de rocío cayendo sobre ellos. Su avance era lento pero no abiertamente peligroso. Cuando hubieron ascendido quizá unos setenta metros, encontraron un amplio reborde. Allá descargaron sus bártulos mientras Joe seguía trepando. Al cabo de una hora, el extremo de una larga cuerda cayó de la bruma como una serpiente muerta. Ataron los bultos, de dos en dos, a la cuerda, y Joe los izó hasta que desaparecieron oscilando y golpeando por entre la bruma. Cuando toda la carga estuvo en lo alto de la meseta, ascendieron cautelosamente por el farallón. Arriba volvieron a cargar sus bártulos y reanudaron su camino, haciendo frecuentes paradas para descansar.

Tai-Peng relató historias de sus aventuras en su país natal y les hizo reír a todos. Llegaron a otra catarata y dejaron de reír. Escalaron el farallón a su lado, y entonces decidieron que aquello podía considerarse ya un día. Joe echó algo de alcohol de grano sobre un montón de madera —un terrible derroche de buen alcohol, dijo—, y tuvieron fuego. Cuatro días más tarde habían agotado toda la madera. Pero la última de las cataratas «pequeñas» estaba a sus espaldas.

Tras caminar por espacio de una hora sobre una suave pendiente ascendente de lisa piedra, llegaron a los pies de otro farallón.

—Ezte ez —dijo Joe excitadamente—. Ezte ez el lugar donde encontramos una cuerda hecha de ropaz. Había zido dejada por loz Éticoz.

Burton lanzó hacia arriba el haz de su linterna. Los primeros tres metros eran escarpados. A partir de allí y para arriba, hasta tan lejos como podía ver, que no era demasiado, era de una verticalidad tan lisa como el hielo.

—¿Dónde está la cuerda?

—¡Maldita zea, eztaba ahí!

Se dividieron en dos grupos, cada uno en dirección opuesta a lo largo de la base del farallón. Sus linternas eléctricas iluminaban con sus haces frente a ellos, y silueteaban sus dedos de luz a lo largo de la piedra. Ambos regresaron sin haber encontrado la cuerda.

—¡Hijoz de puta! ¿Qué ha ocurrido?

—Diría que los otros Éticos la encontraron y la quitaron —dijo Burton.

Tras una deliberación, decidieron pasar la noche en la base del farallón. Comieron verdura que les había proporcionado los cilindros y pescado seco y pan. Estaban ya hartos de su dieta, pero no se quejaron. Como remate, el licor les calentó un poco. Pero en unos pocos días se terminaría también.

—Traje unaz cuantaz botellaz de cerveza —dijo Joe—. Podemos celebrar una última fiezta con ellaz.

Burton hizo una mueca. No le gustaba la cerveza.

Por la mañana los dos grupos recorrieron de nuevo la base del farallón. Burton iba con el que se dirigió hacia el este o lo que él suponía que era el este. Era difícil determinar la orientación en aquel brumoso ocaso. Llegaron hasta el fondo de la enorme catarata. No había ninguna forma de cruzarla al otro lado.

Mientras regresaban, Burton habló con Joe.

—¿Estaba la cuerda en el lado derecho o el izquierdo del Río?

Joe, iluminado por el haz de una linterna, dijo:

—De ezte lado.

—Me parece que X puede haber dejado otra cuerda en el lado derecho. Después de todo, no sabía si sus seguidores iban a llegar por el lado derecho o el izquierdo.

—Bueno, me parece que vinimos por el lazo izquierdo. Pero ezo fue hace tantoz añoz. ¡Infierno, no puedo ezta zeguro!

El pequeño y narigudo moro, Nur el-Musafir, dijo:

—A menos que podamos alcanzar el otro lado, y eso no parece posible, la cuestión es irrelevante. Fui hacia el oeste, y creo que puedo subir hasta la meseta.

Después del desayuno, todo el grupo caminó ocho kilómetros o así hasta el borde de la montaña y las paredes del farallón. Ambas formaban un ángulo de aproximadamente 36 grados, como si fueran las paredes de una habitación muy mal construida, y estaban muy cerca la una de la otra. Nur ató una cuerda muy delgada en torno a su cintura.

—Joe dice que debe haber unos trescientos metros hasta la meseta de arriba. Estima la distancia según sus recuerdos de su altura, y por aquel entonces Joe no estaba muy acostumbrado a los sistemas métricos. Puede que sea menos de lo que él recuerda. Esperémoslo.

—Zi te zientez demaziado canzado, vuelve abajo —dijo Joe—. No quiero que caigaz.

—Entonces échate para atrás para que no te golpee —dijo Nur, sonriendo—. Me dolería la conciencia si cayera sobre ti y muriéramos los dos. Aunque pienso que tú no resultarías más herido que si un águila defecara sobre ti.

—Me dolería mucho —dijo Joe—. Laz aguilaz y zu mierda eran un tabú para mi gente.

—Entonces piensa en mí como en un gorrión.

Nur se dirigió hacia el ángulo y cruzó los brazos por delante de él, apoyando su espalda contra una pared y sus pies contra la otra. Empezó a subir lentamente por el ángulo, apoyando sus pies contra una pared, el pie izquierdo extendido unos pocos centímetros más que el derecho. Cuando su presa estuvo segura, deslizó su espalda hacia arriba tanto como pudo, apoyando a los lados sus manos contra la pared. Luego deslizó un pie hacia arriba hasta que su rodilla estuvo casi a la altura de su mentón. Manteniendo ese pie apretado contra la pared, deslizó lentamente el otro hacia arriba. Luego volvió a deslizar su espalda hacia arriba, y repitió las mismas maniobras.

No pasó mucho tiempo antes de que desapareciera entre la bruma. Los que se quedaron abajo podían calcular su avance por la rapidez con la cual ascendía la delgada cuerda. Era muy lento. Alice dijo:

—Va a necesitar una gran resistencia para llegar hasta arriba. Y si no encuentra un lugar donde

atar su cuerda para hacer subir otra, será mejor que vuelva abajo.

—Esperemos que el farallón no sea tan alto como eso —dijo Aphra Behn.

—O que la abertura entre las dos paredes no se ensanche —dijo Ah Qaaq.

Cuando el reloj de pulsera de Burton indicó que Nur llevaba veintiocho minutos de ascensión, le oyeron gritar.

—¡Buena suerte! ¡Hay una cornisa aquí! ¡Lo suficientemente ancha como para que dos hombres puedan mantenerse en ella de pie, si no contamos a Joe! ¡Y también hay una proyección a la cual puedo atar la cuerda!

Burton miró al titántropo.

—Evidentemente, el farallón no es tan liso como un cristal.

—Zí. Bien, debí zubar por el lado derecho del Río, Dick. Aquella parte era completamente liza en todo el camino de zubida. Al menoz, la parte por donde yo zubí era tan pulida como el culo de un gato.

Los Éticos no se habían molestado en hacer inescalable el farallón en toda su altura. Habían dejado la parte inferior lisa pero habían dejado la parte superior, invisible en la bruma, en su estado original.

¿Había sido X el responsable de tal decisión?

¿Había arreglado también las cosas para que quedara aquella abertura allí, y quizá la abertura cruzando el Río, en un ángulo tal que una persona de poca estatura y peso pudiera utilizar su espalda y piernas para subir?

Era muy probable.

Si lo había hecho así, entonces había planeado todo aquello antes de construirlo. Porque aquello no era una formación natural. Los Éticos habían diseñado y construido aquellas montañas con enormes máquinas, fueran las que fuesen.

Nur volvió a llamar para que ataran una cuerda más resistente al extremo de la más ligera. Lo hicieron, y al cabo de un rato gritó que la segunda cuerda estaba asegurada.

Burton trepó ayudándose con ella, apoyando sus pies contra la pared, su cuerpo extendido casi en un ángulo recto con respecto a él. Estaba jadeando y sus brazos le dolían cuando alcanzó la cornisa. Nur, sorprendentemente fuerte para un hombre tan pequeño y enjuto, le ayudó a subirse al reborde.

Luego subieron los fardos.

Nur miró hacia arriba a través de la bruma.

—La pared es escarpada —dijo—. Parece posible subir por ella si utilizo los pitones.

Sacó un martillo y algunos pitones de uno de los fardos. Estos últimos eran cuñas de acero que podían clavarse a la superficie de la pared rocosa. Algunos de ellos tenían agujeros por los que podía pasarse una cuerda.

Nur desapareció en la bruma. Burton oyó su martillo de tanto en tanto. Al cabo de un rato, el moro le gritó a Burton que subiera. Nur estaba en otra cornisa.

—La superficie es tan irregular que podríamos trepar simplemente utilizando nuestras manos. ¡Pero no lo haremos!

Por aquel entonces Alice había subido por la cuerda hasta la proyección en la cual se hallaba

Burton. Burton le dio un beso y siguió tras de Nur.

Diez horas más tarde, todo el grupo estaba sentado en la parte superior del farallón. Una vez se hubieron recuperado, buscaron un lugar donde refugiarse del viento. No encontraron ninguno hasta que hubieron recorrido al menos cinco kilómetros. Allí llegaron, como Joe había dicho que llegarían, a la base de otro farallón. A su izquierda el Río, ahora a varios kilómetros de distancia, rugía al precipitarse por el borde de la catarata.

Joe recorrió el haz de su linterna a lo largo de la roca.

—¡Maldita zea! Zi fuimoz por el lado derecho del Río, entoncez eztamoz atrapadoz. ¡El túnel eztá en aquel lado, y no podemos cruzar el Río!

—Si los Éticos encontraron la cuerda de X y la quitaron, también habrán encontrado el túnel —dijo Burton.

Estaban demasiado cansados como para buscar la fisura que tenía que ser la embocadura del túnel. Caminaron siguiendo la pared hasta que encontraron una especie de voladizo. Joe utilizó algunos de los pocos maderos que les quedaban para hacer un pequeño fuego, y cenaron. El fuego se apagó rápidamente. Amontonaron telas gruesas en el suelo de roca y unas cuantas más encima de ellos, y durmieron mientras el Río rugía.

Por la mañana, mientras comían pescado seco, tasajo y pan, Nur dijo:

—Como ha señalado Dick, X no podía saber por qué lado subirían sus reclusas. Así que debió dejar dos cuerdas. Del mismo modo, tuvo que construir dos túneles. Deberíamos encontrar uno en este lado.

Burton abrió la boca para decir que ese túnel, si existía, habría sido también cegado. Nur alzó su mano para hacerle callar.

—Sí, lo sé. Pero si la obturación no es muy grande, podemos localizarlo, y tenemos los instrumentos para, horadarla.

Un grupo de búsqueda no se había alejado más de siete metros del campamento cuando halló la obturación. Estaba a unos pocos metros en el interior de una fisura lo suficientemente amplia como para que incluso Joe pudiera entrar por ella.

Había sido aplicada una gran cantidad de calor para fundir la redonda boca en el cuarzo que la rodeaba.

—¡Perroz calientez! —dijo Joe—. ¡Zalchichaz de Franckfurt! ¡Quizá tengamoz una pozibilidad dezpués de todo!

—Quizá —dijo de Marbot—. Pero, ¿y si es todo el túnel el que está cegado?

—Entonces probaremos lo de antes. Si X era lo suficientemente listo, tuvo que imaginar que los túneles podían ser descubiertos. Así que debió disponer alguna fisura escalable como hizo en el otro lugar.

Burton examinó la pared del farallón, con el haz de su linterna abriendo un brillante agujero en la bruma. Hasta tres metros de la base, la roca era rugosa y fisurada. Pero bruscamente se volvía tan lisa como un espejo desde allí hasta tan lejos como podían ver.

Joe golpeó con su martillo la obturación. Burton, con el oído pegado a la roca, exclamó:

—¡Está hueca!

—Eztupendo —dijo Joe. Sacó varios escoplos de aleación de tungsteno-acero de su mochila y empezó a martillar. Cuando hubo picado el suficiente cuarzo como para hacer seis agujeros, él y Burton instalaron explosivo plástico en ellos. A Burton le hubiera gustado cubrir el plástico con arcilla, pero allí no había.

Clavó los extremos de varios cables en el plástico y retrocedieron a lo largo de la cara del farallón, desenrollando los cables. Cuando el grupo se hubo alejado lo suficiente, apretó uno de los cables de su pequeña balería contra otro. Las explosiones les ensordecieron, mientras trozos de cuarzo volaban hacia todos lados.

—Bien —dijo Joe—, al menos mi carga será un poco más ligera ahora. No tendré que llevar más toda esa cantidad de plástico y la batería. Este es el final.

Regresaron a la fisura. Burton introdujo el haz de luz de su linterna por ella. Los agujeros practicados por Joe se habían hecho más grandes. Algunos de ellos eran lo suficientemente grandes como para ver el túnel al otro lado.

—Vamos a tener doce horas más de trabajo, Joe —dijo.

—¡Oh, mierda! Bien, nos resignaremos. Poco después del desayuno, el titántropo arrancó el último trozo de roca, y la obturación hubo desaparecido.

—Ahora viene la parte más difícil —dijo Joe, secándose el sudor de su rostro y su grotescamente larga nariz.

El túnel era apenas lo suficientemente ancho como para que Joe se arrastrara por él, pero sus hombros rozaban contra los lados y su cabeza contra el techo a menos que la agachara. Ascendía en un ángulo de aproximadamente 45 grados.

—Enrollad ropas alrededor de vuestros rodillos y manos —dijo Joe—. De otro modo os desmenujaréis hasta zangrar. Probablemente os zangrarán, de todos modos.

Frigate, Alice, Behn y Croomes regresaron en aquel momento con cantimploras vueltas a llenar en el Río. Joe medio vació la suya.

—Ahora —dijo— deberíamos esperar un poco hasta que todo el mundo haya hecho una buena y saludable cagada. Cuando vine con esa egipcio olvidamos esa precaución. A medio camino, yo ya no pude aguantar más, y tuve que vaciar mi barriga ahí mismo.

Rió estruendosamente.

—¡Hubiérais debido ver a esos pequeños tipos desnarigados maldecir! Parecieron volverse locos. Yo iba el primero, y tuvieron que pasar por encima sin espacio para zallar. ¡Ja, ja!

Se secó las lágrimas de los ojos.

—¡Jezús! ¡Lo mal que oían cuando al final se arrastraron fuera! Se volvieron aún más locos cuando tuvieron que lavarse en el Río. El agua estaba tan fría, que se les congeló el culo, como Zamacoatumba a decir.

Más lágrimas brotaron de sus ojos al pensar en Clemens. Se las sorbió, y se limpió su probóscide con la manga.

Joe no había exagerado la dificultad. El túnel tenía casi dos kilómetros de largo, cada centímetro que se avanzaba era un centímetro que se subía, y el aire se iba haciendo cada vez más tenue, aunque soplaban fuerte a través del pozo que formaba el túnel, y todos tenían que arrastrar sus pesados y

enormes bultos tras ellos. Además, ni siquiera sabían si el otro extremo no estaría cegado también. Si lo estaba, tendrían que regresar a la base del farallón.

Su alegría al descubrir que el túnel no estaba sellado al otro lado renovó sus fuerzas por un tiempo. Sin embargo, las palmas de sus manos, sus dedos, sus rodillas, y los dedos de sus pies estaban despellejados, sangraban y les dolían. Durante un tiempo fueron incapaces de andar firmemente.

El viento era más fuerte y más frío allí, pese a ser más tenue. Joe aspiró el aire pobre en oxígeno al interior de sus enormes pulmones.

—Ezo ez bueno. Zólo necezitamos un buen trago, y eztaremos de nuevo en plena forma.

Les hubiera gustado establecer su campamento allí, pero el lugar estaba demasiado expuesto.

—Alegraos —dijo Burton—. Joe dice que sólo hay una caminata de quince kilómetros hasta la siguiente catarata.

—La última, la más grande. Penzáiz que laz otraz eran ruidozas. Ezperad a oír ezta.

Burton se sujetó su carga a la espalda y echó a andar vacilante, con la impresión de que sus rodillas estaban oxidadas. Joe siguió detrás de él. Afortunadamente, el terreno era comparativamente plano y nivelado y libre de rocas y guijarros. Sin embargo, Burton no tenía más que el tremendo trueno de la catarata para guiarle a través de la bruma. Cuando el sonido se hacía más fuerte, se desviaba hacia la izquierda. Cuando se hacía más débil, se desviaba hacia la derecha. Con ello, probablemente estaba efectuando una marcha de más de veinte kilómetros para recorrer quince.

Todos tenían que detenerse a menudo debido a la falta de oxígeno y para asegurarse de que nadie se extraviaba. Cada cuarta persona en la hilera mantenía su linterna encendida, hasta que Burton se detuvo y maldijo.

—¿Qué ocurre?

—No estamos pensando correctamente en este aire tan pobre —dijo Burton, jadeando—. Sólo necesitamos una luz. Estamos malgastando electricidad. Podemos utilizar una cuerda y sujetarnos todos a ella.

Con la cuerda atada a su cintura y todos los demás sujetándola, siguieron adelante en el frío grisor.

Pero al cabo de un rato estaban todos demasiado débiles para dar un paso más. Pese al viento, se tendieron envolviéndose en ropas e intentaron dormir. Burton despertó de una pesadilla y volvió el haz de su linterna hacia su reloj. Llevaban allí diez horas.

Hizo que todos se pusieran en pie, y comieron más de lo que les permitía su racionamiento. Una hora más tarde, la negra cara de una pared de roca se alzó ante ellos surgiendo de la bruma. Estaban al pie de otro obstáculo.

Joe Miller no se había quejado mucho pese a que había estado gruñendo para sí mismo durante la última mitad de la caminata. Medía más de tres metros de altura y pesaba más de trescientos kilos y era tan fuerte como diez Homo sapiens puestos juntos. Pero su gigantismo tenía desventajas. Una de ellas era que sufría de los puentes de los pies. Sam le llamaba a menudo el Gran Piesplanos, y con mucha razón. A Joe le dolía el andar mucho, y cuando estaba descansando sus pies le dolían también a menudo.

—Zam ziempre decía que de no zer por nueztroz piez, noztroz hubiéramoz conquistado el mundo —dijo Joe. Estaba frotándose su pie derecho—. Afirmaba que era el fallo de loz puentez de nueztroz piez lo que había hecho que noz ezinguiéramoz. Puede que tuviera razón.

Era obvio que el titántropo necesitaba al menos dos días de descanso y cuidados. Mientras Burton y Nur, podólogos aficionados pero eficientes, trabajaban en Joe, los demás se dividieron en dos grupos. Regresaron varias horas más tarde.

Tai-Peng, el jefe de uno de los grupos, dijo:

—No he podido encontrar el lugar del que nos habló Joe. Ah Qaaq, el otro jefe, dijo:

—Nosotros lo encontramos. Al menos, parece que podemos trepar por él. Está muy cerca de la catarata, sin embargo.

—De hecho, está tan cerca —dijo Alice— que no puede verse hasta que casi estás sobre él. Será tremendamente peligroso además. Muy resbaladizo por el agua que cae constantemente sobre él.

Joe gruñó y dijo:

—¡Ahora recuerdo! Era el lado derecho por donde zubimoz. Loz egipcioz lo ezcogieron porque decían que el lado izquierdo traía mala suerte. Ezte zendero debió zer el que el Ético colocó aquí para el ca...

—Yo no lo llamaría un sendero —dijo el maya.

—Bueno, zi ez como el otro lugar, puede irze por él.

Lo era, y podía irse por él.

Siete días más tarde, estaban en la cima de la montaña. La nieve y el hielo habían hecho los peligros más grandes de lo anticipado, y el aire les debilitó. Sin embargo, consiguieron llegar a otra meseta. El Río estaba ahora muy abajo, cubierto de bruma.

Tras unos cuantos kilómetros, descendieron por una ladera mucho más fácil de recorrer. El aire era más denso al fondo y más cálido, aunque todavía frío. Avanzaban a través de un cada vez más fuerte viento, hasta que llegaron a otra montaña.

—No vale la pena ni ziquiera penzar en ezcalar ezta. Tenemoz suerte, de todoz modoz. La gran cueva de loz vientoz debería eztar a unoz pocoz kilómetroz a nueztra derecha. Bien, quizá no tanta suerte. Ya veréiz cuando llegemoz allí. Pero ezo puede ezperar un poco. Tengo que dezcanzar ezoz hijoz de puta de miz piez de nuevo.

El Río brotaba en un enorme y grueso chorro para descender con rapidez por una suave pendiente. El rugir del agua y del viento era ensordecedor, pero al menos allí no hacía tanto frío. Joe,

el veterano del paso a través de la cueva, iba delante. Ató una cuerda a su cintura, y todos los demás ataron a ella sus muñecas.

Advertidos por Joe de que se sujetaran fuerte, giraron la esquina y se metieron en el agujero brobdingnagiano. Alice resbaló y cayó fuera de la cornisa y fue izada de nuevo, chillando. Luego Nur, aún más pequeño que ella, fue arrojado por una ráfaga, pero también fue izado a salvo.

Las antorchas de los egipcios se habían apagado a causa del viento cuando Joe los había conducido a través de la aullante caverna. Ahora podía ver, aunque no demasiado lejos. También, le gritó a Burton, aquella cornisa era más ancha que la de la derecha.

—¡Muchacho, la mierda de suerte que hubiéramos tenido si los Éticos hubieran fundido esa cornisa! ¡Zozpecho que pensaron que nadie podría llegar hasta tan lejos después que retiraron la cuerda y cegaron el túnel!

Burton sólo oyó parte de lo que decía Joe, pero llenó el resto.

Tuvieron que detenerse dos veces para comer y dormir. Mientras tanto, el Río iba alejándose gradualmente al fondo, y finalmente desapareció. Burton, curioso por saber cuán profundo estaba, sacrificó una linterna de repuesto. Contó los segundos mientras su haz daba vueltas y vueltas y se convertía en un hilo de luz antes de hundirse en la oscuridad. Había caído al menos mil metros.

Finalmente, el grisor que anunciaba el final de la caverna apareció. Salieron al aire libre, brumoso pero más brillante. Sobre ellos había un cielo que resplandecía con una multitud de gigantescas estrellas y nubes de gas. Una fina niebla los envolvía, pero no bloqueaba su visión de la pared de la montaña a su derecha. Estaban casi en el borde del abismo en cuyo fondo discurría el Río.

—Eztamos en el lado malo aquí —dijo Joe—. Ahí delante, en este lado, noz bloquea una montaña. Si tan sólo pudiéramos cruzar hasta el lado derecho. Pero quizá el Ético haya dejado un camino para nosotros en este lado.

—Lo dudo —dijo Burton—. Si lo hubiera hecho, tendría que rodear completamente la pared interna de las montañas que circundan el mar para llegar hasta la cueva en el fondo. A menos...

—¿A menos qué?

—A menos que X hiciera dos cuevas y pusiera botes en ésta también.

—Una cornisa accidentada podría pasar inadvertida —dijo Nur—. ¿Pero dos?

—Si —dijo Joe—. Pero mirad esto. Los dos lados del Valle se juntan mucho en la cima. Las paredes se arquean y juntan. Sólo hay unos siete metros entre los dos bordes en la cima. Aquí. Dejádme mostrároslas.

Avanzó lentamente, y tras recorrer unos veinte metros se detuvo. El haz de luz de su linterna, añadido al de las de ellos, mostró claramente el otro lado del abismo.

—¡Santísimo Dios! —dijo Aphra—. ¡Seguro que el Ético no esperará que nosotros saltemos esto!

—No creo que los otros Éticos piensen que alguien se atreva —dijo Nur—. Pero pienso que X lo espera de nosotros, sí. Quiero decir, él sabía que al menos uno, quizá más, de los miembros de cualquier grupo que llegara hasta tan lejos sería capaz de saltar esto. Después de todo, eligió a gente más bien atlética. Luego esa persona o personas ataría una cuerda a una roca, y el resto podría cruzar

por ella.

Burton sabía que él no podía saltar hasta tan lejos. Le faltaría muy poco, pero eso no era suficiente.

Joe era más fuerte que dos Hércules juntos, pero era demasiado pesado. Ah Qaaq y Gilgamesh eran también fuertes pero demasiado achaparrados y pesados. Los buenos saltadores no tenían su constitución. Turpin era alto pero demasiado musculoso. Nur era muy ligero y con una fuerza sorprendente, pero era demasiado bajo. Las dos mujeres blancas y de Marbot eran también demasiado bajos y no eran buenos saltadores. Eso dejaba a Frigate, Croomes y Tai-Peng.

El americano sabía lo que Burton estaba pensando. Su rostro estaba pálido. Era incluso mejor en saltos largos de lo que había sido en la Tierra, y en una ocasión había saltado aquí a una distancia no oficial de siete metros y medio durante unas prácticas de salto, pero con el viento a sus espaldas. Su distancia normal estaba entre los seis metros y medio en la Tierra y los siete metros aquí. Y nunca había saltado bajo tan malas condiciones.

—Hubiéramos debido traer con nosotros a Jesse Owens —dijo débilmente.

—¡Aleluya! —exclamó Croomes, sobresaltando a los demás—. ¡Aleluya! ¡El Señor me hizo una gran saltadora! ¡Soy una de Sus elegidos! ¡El Señor sabe que puedo saltar como una cabra montes y danzar como el Rey David a mayor gloria Suya! ¡Y ahora me da la posibilidad de saltar sobre el Averno! ¡Gracias, Señor!

Burton se acercó a Frigate y dijo en voz baja:

—¿Vas a permitir que una mujer salte primero? ¿Que pase por delante de ti?

—No sería la primera vez —dijo Frigate. Se alzó de hombros—. ¿Por qué no iba a dejarla hacerlo primero? El problema aquí no es de sexo, sino de habilidad.

—¿Tienes miedo!

—Apuesta a que sí. Cualquiera excepto un psicótico lo tendría.

Se dirigió hacia Blessed Croomes, sin embargo, y le preguntó acerca de su mejor marca. Ella dijo que no había saltado mucho en la Tierra, pero que, cuando estaba viviendo en un estado llamado Wendisha, había hecho los siete metros un buen número de veces.

—¿Cómo sabes que eran siete metros? —preguntó Frigate—. En el *Rex* teníamos un sistema exacto de medidas, pero en muy pocos lugares tenían algo así.

—Lo que hacíamos —dijo Croomes— era calcular aproximadamente las medidas por los pasos. Era bastante exacto, a mi parecer. ¡De todos modos, sé que puedo hacerlo! ¡El Señor me impulsará en alas de mi fe, y saltaré por encima de este abismo como una de Sus dulces gacelas!

—Sí, y fallarás por poco, y te aplastarás los sesos contra el borde del abismo —dijo Frigate.

—¿Por qué no marcamos aquí la distancia? —dijo Nur—. Entonces vosotros tres podréis practicar el salto, y veríamos quién era el mejor.

—¿Sobre esta roca dura? ¡Necesitamos un pozo de arena!

Croomes dijo que debían lanzar una linterna al otro lado para tener una marca de referencia. Frigate lanzó una atada a una cuerda, que cayó cerca del borde, rodó hacia atrás, luego se inmovilizó de lado a varios centímetros del borde. Su haz apuntaba hacia ellos por encima del negro abismo.

Tiró de ella de vuelta con la cuerda y la lanzó de nuevo. Esta vez rodó, pero tirando de la cuerda

conquistaron situarla en posición erguida con el haz resplandeciendo en ángulo recto con respecto a ellos.

—De acuerdo, puede hacerse —dijo Frigate—. Pero voy a traerla de vuelta. Nadie puede saltar hasta que haya disfrutado de una buena noche de sueño. Al menos, yo estoy demasiado cansado ahora como para intentarlo.

—Comprobemos el espacio que tenemos para la carrera para tomar impulso —dijo Blessed—. Me gustaría hacerme una buena idea de las posibilidades que presenta.

Lo hicieron, y Frigate y Croomes calcularon los pasos hasta donde deberían empezar a correr, si lo hacían. La señal para el salto era una linterna colocada a unos pocos centímetros del borde.

—Va a ser una prueba con una sola oportunidad —dijo Frigate—. Vamos a tener que precalentarnos bien. Este aire frío... Por otra parte, el aire es más tenue y ofrece menos resistencia. Eso fue probablemente lo que ayudó a ese campeón de salto negro... ¿cuál es su nombre?; así es la fama... que dio aquel fabuloso salto de 8'90 metros en los Juegos Olímpicos de México. Pero, volviendo a nosotros, aún no nos hemos aclimatado realmente a la altura. Y nuestro entrenamiento es a todas luces nulo.

Burton no le había dicho nada a Tai-Peng puesto que deseaba darle una oportunidad de presentarse voluntario. El chino había estado observando todo el proceso. Ahora avanzó hacia Burton y dijo:

—¡Yo soy un gran saltador! ¡También estoy tristemente falto de práctica! ¡Pero no permitiré que una mujer sea más valiente que yo! ¡Yo efectuaré el primer salto!

Sus ojos verdes brillaron al haz de la linterna.

Burton le preguntó qué distancia máxima había conseguido.

—¡Más que ésta! —dijo Tai-Peng, señalando el abismo. Frigate había estado arrojando trozos de papel al aire para comprobar el viento. Luego se acercó a Burton y dijo:

—Sopla desde nuestra izquierda, de modo que nos arrastrará un poco hacia la derecha. Pero la montaña bloquea la mayor parte de él. Diría que su velocidad es de unos nueve o diez kilómetros por hora.

—Gracias —dijo Burton. Mantenía su mirada fija en el chino. Tai-Peng era muy bueno atléticamente hablando pero no tan bueno como proclamaba ser. Nadie era tan bueno como afirmaba. Sin embargo, era su vida lo que estaba arriesgando, y nadie le había pedido que lo hiciera.

Frigate habló en voz alta.

—¡Mirad! ¡Yo soy realmente el mejor saltador! ¡Así que debo ser yo quien lo haga! ¡Y lo haré!

—¿Has superado tu miedo?

—¡Infiernos, no! Es decir... No tengo entrañas para dejar que lo haga algún otro. Todos pensaríais que soy un cobarde, y si no lo pensabais lo pensaría yo.

Se volvió hacia Nur.

—Fracasé en actuar racional y lógicamente. Te fallé. Nur sonrió sobriamente a su discípulo.

—No me fallaste. Te fallaste a ti mismo. Sin embargo, hay tantos aspectos que considerar... de todos modos, deberías ser tú quien saltara.

El pequeño moro se dirigió hacia el titántropo y alzó su cabeza bajo la enorme nariz de Joe.

—Puede que no sea necesario que salte nadie. Joe, ¿crees que peso tanto como el fardo que cargas?

Joe frunció el ceño, y alzó a Nur sujetándolo con una sola mano bajo su trasero. Lo mantuvo al extremo de su brazo extendido y dijo:

—No ez que haya mucha diferencia.

Cuando Nur fue depositado de nuevo en el suelo, dijo:

—¿Crees que podrías lanzar tu mochila hasta el otro lado? Joe se rascó su hundida mandíbula.

—Bueno, quizá. Entiendo lo que quierez decir. ¿Por qué no lo probamoz? No representará ninguna diferencia el que el bulto ezté allá y nozotroz aquí. Voy a tirarlo al otro lado.

Alzó el enorme fardo sobre su cabeza, caminó hasta el borde, miró, hizo oscilar la mochila un par de veces, y la lanzó. Cayó casi medio metro más allá del otro borde.

—Lo sabía —dijo Nur—. Joe, me tirarás al otro lado.

El titántropo alzó de nuevo al moro, esta vez con una mano contra el pecho del hombrecillo y la otra sujetando sus posaderas. Luego lo hizo oscilar hacia adelante y hacia atrás, diciendo:

—¡Una, doz, trez!

Nur trazó un arco por encima del abismo, aterrizó sobre sus pies un metro más allá del otro lado, y rodó sobre sí mismo. Cuando se puso en pie, empezó a bailar alegremente.

Entonces Joe lanzó la linterna de Nur al extremo de una cuerda. Nur la atrapó al otro lado aunque trastabilló ligeramente hacia atrás.

Nur volvió a aparecer por entre la bruma unos minutos más tarde.

—He encontrado un peñasco grande para atar la cuerda en él, pero no puedo moverlo. ¡Necesitamos al menos cinco hombres fuertes!

—¡Allá va el primero! —dijo Joe, y sujetó a Burton y lo hizo oscilar adelante y atrás. Aunque Burton deseaba gritar que él era mucho más pesado que Nur, se contuvo. El abismo parecía dos veces más ancho de lo que le había parecido hacía un momento. Entonces fue lanzado hacia arriba y hacia adelante, mientras Joe gritaba:

—¡Vigila tu culo, Dick! —y su risa resonó estruendosamente. Los muchos cientos de metros de profundidad del abismo estuvieron bajo él por un aterrador segundo, y luego Burton cayó sobre sus pies y fue propulsado hacia adelante. Rodó sobre sí mismo, pero incluso así el aterrizaje resonó en todos sus huesos.

Un momento más tarde, su mochila le siguió. Entonces Joe arrojó toda la carga al otro lado, y alzó a Frigate y lo lanzó por encima de la hendidura.

Uno a uno, todos fueron siguiendo hasta que sólo quedaron atrás Ah Qaaq y Joe.

—¡Hazla pronto, gordo! —aulló Joe, y lanzó al maya. Aterrizó más cerca del borde que ninguno de los otros, pero con un margen de casi medio metro de seguridad.

—¿Y ahora qué? —gritó Joe.

—Hay un peñasco grande que debe pesar casi tanto como tú, Joe. Hazlo rodar hasta aquí, y luego ata el extremo de la cuerda a su alrededor.

—Eztá a cazi un kilómetro de ditzancia —dijo Joe—. ¿Por qué no me ayudázteis entre todoz antez de pazar al otro lado?

—No deseábamos que estuvieras demasiado cansado de mover esa roca cuando nos tirases al otro lado.

—¡Jezucrizto! Ziempre me toca hacer todo el trabajo pezado.

Desapareció con su linterna en la bruma.

Algunos de ellos habían sufrido magulladuras y arañazos, pero todos eran capaces de hacer su parte del trabajo. Siguieron a Nur hasta el peñasco y, tras un largo descanso, empezaron a hacerlo rodar sobre la plana superficie de piedra de la meseta. No era fácil puesto que la roca era de forma irregular y probablemente pesaba más que todos ellos juntos. Los descansos eran frecuentes debido a lo tenue del aire. Finalmente llegaron cerca del borde, donde se dejaron caer derrengados.

Un minuto más tarde, Joe apareció entre la bruma, haciendo rodar su peñasco.

—Ezperaba ganaro z en hacerlo rodar —gritó—. Y oz hubiera ganado, zi mi piedra hubiera ezrado tan cerca como la vueztra. —Se sentó, jadeante.

Blessed Croomes se quejó de que había sido engañada quitándole la oportunidad de saltar y demostrar su fe en el Señor.

—Nadie te detuvo —dijo Frigate—. Aunque, a decir verdad, yo también me sentí decepcionado. Lo único que me contuvo de hacerlo fue que, si fracasaba, los ánimos de los demás se verían debilitados. Quizá lo intente de todos modos, sólo para demostrar que puedo hacerlo.

Miró a Tai-Peng, y ambos estallaron en risas.

—No me engañáis ninguno de los dos —dijo Croomes en inglés—. Vosotros hombres temíais hacer algo que a una mujer no le daba ningún miedo hacer.

—Esa es la diferencia entre tú y nosotros —dijo Frigate—. Nosotros no estamos locos.

Cuando todos hubieron descansado, ataron los extremos de la larga y pesada cuerda en torno a los peñascos y los calzaron con piedras más pequeñas. Joe se sentó en el borde, agarró la colgante cuerda con ambas manos, se dejó caer, y mano tras mano cruzó el abismo. Sus amigos sujetaron la cuerda para asegurarse de que el peñasco no se movería bajo su enorme peso, pero no era necesario. Cuando llegó rápidamente al borde, algunos dejaron la cuerda y lo ayudaron a trepar.

—Muchachez, jezpero no tener que hacer nunca máz ezto! —jadeó—. Nunca oz lo había dicho antez, pero cuando llezo a un lugar realmente alto, ¡ziempre ziento dezezoz de zallar!

Llegar hasta el reborde que conducía hasta el mar a lo largo de la cara de la montaña les llevó diez horas.

—Zigue ziendo eztrecho, pero cuando llegemoz al lugar donde ze cayeron aquellos doz egipcioz, ¡ya veréiz!

A varios cientos de metros bajo ellos había una masa de nubes. Pasaron ocho horas durmiendo, y continuaron después de comer su monótono desayuno. Mientras que los egipcios habían hecho el recorrido arrastrándose, el grupo lo hizo caminando de cara a la roca, sujetándose con los dedos a los orificios y pequeñas protuberancias de la roca.

El aire empezó a ser algo más cálido. Allí el agua tenía aún algo de calor que desprender tras su largo vagabundeo por las regiones árticas y su paso a través del mar polar.

El reborde fue cruzado sin problemas. Llegaron a otra meseta y se dirigieron hacia el lugar donde, como Joe había dicho, se hallaba el mar. Joe caminó con pies doloridos hasta el borde de la montaña y apuntó su linterna hacia abajo, revelando otra cornisa.

Esta empezaba a casi dos metros más abajo del borde del acantilado, tenía algo más de medio metro de ancho, y desaparecía hacia abajo con la misma anchura hasta perderse entre las ligeras nubes. Formaba un ángulo de 45 grados con el horizonte, o con lo que sería el horizonte si pudiera divisarse desde allí.

—Vamos a tener que abandonar algo de nuestra carga y hacer nuestras mochilas más pequeñas —dijo Burton—. No hay espacio suficiente para nosotros y ellas.

—Zi, lo zé. Lo que me preocupa ez que los Éticoz hayan cortado la corniza en zu mitad. ¡Jezúz, Dick! ¿Qué ocurrirá zi han encontrado la cueva ahí abajo?

—Entonces tendremos que confiar en el kayak inflable que llevas para transportar a dos de nosotros hasta la Torre. Ya lo dije antes.

—Zi, lo zé. Pero ezo no hace que deje de hablar de ello. Me ayuda a aliviar mi tenzión.

El sol nunca se asomaba por encima del círculo de montañas. Pese a ello, había una iluminación crepuscular.

—Yo caí de la corniza antez de ir demaziado lejoz —dijo Joe—. Azi que no zé cuan larga ez la corniza. Puede que noz tome todo un día, quizá máz, llegar hazta el fondo.

—Tom Mix dijo que Paheri, el egipcio, le contó que habían tenido que pararse una vez para comer antes de llegar al fondo —dijo Burton—. Eso no significa mucho, de todos modos. El viaje fue agotador, de modo que probablemente sintieron hambre mucho antes de lo normal.

Encontraron una cueva poco profunda. Joe, con la ayuda de los demás, hizo rodar una gran piedra para bloquear parcialmente la entrada e impedir así el asole del viento. Se metieron en ella y comieron. Dos linternas mantuvieron la cueva iluminada, pero no lo suficiente como para animarles. Lo que necesitaban era un fuego, la antigua y oscilante brillantez y el crujiente calor que había animado las almas de sus antepasados de la Vieja Edad de Piedra y a todas las generaciones que los siguieron.

Tai-Peng era el único que se mostraba animado. Les contó historias de sus travesuras de juventud y de los Ocho Inmortales de las Copas de Vino, sus compañeros de la vejez, y recitó algunos chistes chinos. Aunque estos últimos no podían ser adecuadamente traducidos al esperanto, eran los suficientemente buenos como para hacer que algunos, y especialmente Joe Miller, rieran estruendosamente y se dieran palmadas en los muslos. Luego Tai-Peng compuso algunos poemas sobre la marcha y concluyó blandiendo su espada hacia la Torre en algún lugar frente a ellos.

—¡Pronto estaremos en la fortaleza del Gran Cilindro! ¡Que se pongan en guardia aquellos que se entrometieron en nuestras vidas! ¡Los conquistaremos aunque sean demonios! ¡El Viejo King Fu Tze nos advirtió que los humanos no debíamos preocuparnos por los espíritus, pero yo nunca fui de los que prestaron atención a ese viejo! ¡Nunca he escuchado a nadie! ¡Sigo a mi propio espíritu! ¡Soy Tai-Peng, y no reconozco a nadie superior a mí!

»¡Estad en guardia, vosotros, cosas que os ocultáis y huís de nosotros y os negáis a darnos la cara! —aulló—. ¡Estad en guardia! ¡Tai-Peng llega! ¡Burton llega! ¡Joe Miller llega!

Siguió así.

—Deberíamos hacer que dijera todo esto de cara a nosotros —le susurró Joe a Burton—. Seguro que podríamos usar todo este aire caliente.

Burton estaba observando a Gilgamesh y Ah Qaaq. Reaccionaban exactamente igual que los demás, riendo y aplaudiendo a Tai-Peng. Pero eso podía ser simplemente una actuación por parte de uno de ellos, o los dos. Estaba preocupado. Cuando entraran en la cueva —si conseguían llegar a ella— debería hacer algo respecto a ellos. Aunque fueran inocentes, tenía que intentar determinar si uno de ellos, o ambos, eran X. Cualquiera de los dos podía ser Loga. Cualquiera de los dos podía ser Thanabur.

¿Cómo podía conseguirlo?

¿Y qué era lo que éste, o los dos, estaban planeando, si estaban planeando algo?

Empezó a maquinarse algo. Cuando empezaran a bajar por la cornisa, arreglaría las cosas de modo que Joe Miller fuera a la cabeza. Él iría segundo. Ah Qaaq y Gilgamesh deberían ir detrás. No deseaba que fueran los primeros en alcanzar la cueva... si se hallaba aún allí y no estaba cegada.

El maya y el sumerio —si lo eran realmente— serían los últimos, y debían ser desarmados cuando entraran en la cueva. Llevaban cuchillos largos y revólveres calibre .69 con balas de plástico. Joe y de Marbot deberían encargarse de despojarles de ellas. Podía advertir a Nur y a Frigate del asunto, pero no quería meterlos en ello. Aún no estaba seguro ni del americano ni del moro. Su experiencia con el agente, el pseudo Peter Jairus Frigate, lo había vuelto muy cauteloso respecto al auténtico Frigate, si era realmente el original. Nur parecía ser lo que afirmaba que era, pero Burton no confiaba en nadie. Incluso el titántropo podía ser un agente. ¿Por qué no? Era inteligente y capaz pese a su grotesco tamaño y rasgos faciales.

Burton tenía que confiar en alguien, de todos modos. Había dos: él mismo, y, después de tantos años de intimidad, Alice. Los demás... ¡ah, los demás! Los había estado observando de cerca, pero su instinto, pese a lo inconcreto del significado del término y lo mucho que se había abusado de él, le decía que todos excepto dos eran lo que decían que eran.

Con sus mochilas muy reducidas, Joe llevando todavía la más grande, emprendieron el camino a

lo largo de la última cornisa. Avanzando con los pies de lado, los brazos extendidos paralelos a sus hombros la mayor parte del tiempo, fueron sujetándose a todo lo que encontraron que les sirviera de apoyo. No pasó mucho tiempo antes de que llegaran a la curva de la montaña, quizá dos horas, aunque les pareció mucho más. Entonces Joe se detuvo, y volvió su cabeza.

—Quietoz todoz. Tenéiz que poder oír el zonido del mar golpeando contra la baze de la montaña.

Escucharon intensamente, pero tan sólo Burton, Nur y Tai-Peng oyeron las olas contra las rocas, y eso podía ser causado por su imaginación.

Cuando rodearon la curva de la montaña, sin embargo, pudieron ver el relativamente brillante cielo y, distinguiéndose débilmente, la parte superior de la masa de las montañas que rodeaban el mar al otro lado.

No había ningún indicio de la Torre, ni siquiera un bulto impreciso. Sin embargo, estaba en el centro del mar, según la propia historia de Joe y los informes de la aeronave Parseval.

—Aquí ez donde encontramos el cilindro que alguien dejó —dijo Joe—. Aquí ez donde vi un repentino rezplandor de luz cuando la aeronave de los Éticoz bajó hacia la cúzpide de la Torre, Y aquí ez donde tropecé con el cilindro y caí y me maté.

Hizo una pausa.

—Ahora ya no eztá.

—¿El qué?

—El cilindro.

—Los Éticos debieron quitarlo.

—Ezpero que no —dijo Joe—. Zi lo hicieron, entoncez zaben que la gente puede llegar hazta aquí, y zeguir la corniza hazta el fondo y dez cubrir la cueva. Ezperemos que haya zido algún otro quien haya venido hazta aquí y lo haya quitado. Quizá lo hicieron los egipcioz dezpuéz de mi caída.

Siguieron avanzando por el estrecho y resbaladizo sendero. Las nieblas eran más densas ahora, y Burton no podía ver más allá de ocho metros al frente con ayuda de su linterna, que tenía que tomar del lugar donde la había atado a su cinturón cuando deseaba un poco más de visibilidad. De pronto, Joe se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Burton.

—¡Mierda! La corniza no eztá. Ezpera un momento. Parece... parece como zi hubiera zido fundida ahí delante. ¡Zi! ¡Lo ha zido! ¡Loz Éticoz han cortado la corniza precizamente aquí! ¿Y qué hacemos ahora?

—¿Puedes ver cuánto trecho está cortada?

—Zi. Parece como zi ze interrumpiera durante unoz doce metroz dezde aquí. Aunque igual hubiera podido zer un kilómetro.

—¿Hasta cuan arriba o abajo está fundida?

Pasó un minuto.

—Hazta tan lejoz como puedo alcanzar. Ezpera un minuto.

Encenderé mi linterna.

Pasaron unos cuantos segundos.

—Hay algunaz fizuraz a un metro aprozimadamente de la punta de miz dedoz.

Burton se quitó la mochila y se dejó caer sobre manos y rodillas. Nur, que estaba inmediatamente detrás, se arrastró lentamente sobre él. Joe y el moro efectuaron un acto circense de equilibrio mientras Nur trepaba sobre los hombros del titántropo. Al cabo de un momento, Nur dijo:

—Parece como si hubiera algunas fisuras formando una línea recta. Suficiente para nuestros pitones.

Nur continuó sobre los hombros del titántropo. Burton le tendió a Joe las cuñas de metal y un martillo, y éste se los pasó al moro. Mientras Joe sujetaba firmemente las piernas de Nur, el martillo de Nur clavó dos cuñas. Burton le tendió el cabo de una cuerda, delgada pero lo bastante resistente. Nur la pasó por los ojos de las cuñas y aseguró el cabo en el pitón más alejado.

El moro volvió a bajar a la cornisa al lado de Joe, donde Burton lo sujetó para que no cayera mientras se colocaba un arnés muy parecido al que llevan los paracaidistas. Estaba hecho de piel de pez y metal y había formado parte del equipo de las lanchas. En la cincha del pecho había varias hebillas, a cada una de las cuales iban unidas fuertes tiras de plástico. Al final de cada una de ellas iba sujeto un pequeño utensilio de metal que contenía una rueda.

Nur volvió a trepar sobre Joe. Cuando estuvo de pie sobre los anchos hombros del titántropo, pasó una de las mordazas del artilugio que llevaba la rueda en torno a la cuerda horizontal sujeta a través de los ojos de los pitones. Cerró el artilugio y aseguró las mordazas con una palanca. Ahora podía deslizarse a lo largo de la cuerda unida a la pared del acantilado. Cuando llegó al primer pitón, sujetó y cerró el dispositivo de la izquierda de su arnés a la parte de la cuerda que estaba más allá del primer pitón. Luego desenganchó el primer dispositivo y se deslizó hasta el segundo pitón.

Sujetándose con los pies contra la pared del acantilado, se tensó hacia un lado, sujeto por las bandas, y empezó a martillear el tercer pitón en una fisura. Era un trabajo duro y requería muchos descansos. Los otros necesitaban comer, pero estaban demasiado atentos a Nur como para sentir ningún apetito.

Le tomó cinco horas a Nur, trabajando pacientemente, martilleando pitón tras pitón, alcanzar la zona encima de la cornisa donde esta se reanudaba. Por aquel entonces estaba demasiado agotado como para clavar otro pitón. Se dejó caer a lo largo de la cara del acantilado hasta la proyección.

Burton fue el siguiente, subiéndose a los hombros del gigante, lo cual no dejaba de ser peligroso. Sin la altura y la fuerza de Joe, todo el grupo se habría visto inmovilizado en aquel punto sin otra alternativa excepto volver atrás. Y hubieran terminado pereciendo de hambre, puesto que no disponían de suficientes raciones para el viaje de vuelta.

Burton avanzó a lo largo de la pared del acantilado como lo había hecho Nur y finalmente llegó al otro lado. Nur sujetó a Burton mientras éste soltaba su enganche y se deslizaba hacia abajo con sus manos extendidas contra la pared para frenar su descenso con la fricción. Afortunadamente, la cornisa allí era más ancha que al otro lado de la interrupción.

Y tenían otro problema: el cruzar las pesadas mochilas. Parecía que no había otra cosa que hacer más que abandonarlo todo excepto los artículos más esenciales. Seleccionar éstos, sin embargo, era difícil, debido al poco espacio existente. Se ayudaron los unos a los otros, uno aferrándose con una mano a las asperezas de la pared mientras el otro o la otra se inclinaba hacia adelante y abría la mochila a la espalda de su vecino. Los artículos tenían que ser sacados uno por uno y ser arrojados

al mar o colocados sobre la cornisa para volver a meterlos luego.

Todo fue desechado excepto los cuchillos, las armas de fuego, las municiones, algunas ropas gruesas y grandes, algunas raciones, y las cantimploras. Parte de esos artículos fueron colocados en sus cilindros. Alice y Aphra, las que pesaban menos, fueron encargadas de pasar lo que quedaba en las mochilas de Burton y Nur.

Joe llamó a través del abismo y preguntó si debía dejar atrás el kayak hinchable. Burton dijo que no debía abandonarlo. Pero puesto que pesaba mucho, lo mejor era que lo llevara de Marbot en su mochila. El contenido de la mochila del francés debería ser repartido entre Croomes y Tai-Peng.

Burton no deseaba que el titántropo cruzara nada excepto su propio cuerpo. Hasta entonces, los pitones no habían mostrado ninguna indicación de debilidad. Pero no sabía lo que podía hacerles un peso de más de trescientos kilos.

Uno a uno, los demás fueron llegando hasta que sólo quedaron Ah Qaaq y Joe Miller. Cuando el maya efectuó la travesía, utilizó su martillo para clavar las cuñas más seguramente.

Joe se inclinó cuidadosamente y tomó su enorme cantimplora. La vació y volvió a colocarla en la cornisa. Gritó:

—¡Voy a cruzar lo más rápido posible, así que no voy a preocuparme de mi arnés! ¡Voy a usar las manos!

Se irguió de puntillas y sujetó la cuerda junto al primer pitón.

Avanzó rápidamente, sus largos brazos tendiéndose, sujetando la cuerda ante él con una mano y luego deslizándose la otra a lo largo. Utilizaba sus rodillas para asegurarse, a fin de no oscilar hacia afuera.

A medio camino, un pitón chirrió y se salió de su agujero.

Joe se mantuvo inmóvil por un momento. Luego extendió un largo brazo hacia la cuerda en el lugar más cercano al siguiente pitón.

El pitón suelto acabó de salirse de su agujero con otro chirrido. Joe descendió un trecho, aferrado a la cuerda, y colgó como un péndulo parándose.

—¡Sujétate bien, Joe! —dijo Burton.

Entonces lanzó un grito, junto con todos los demás, cuando la segunda cuña se soltó, y los demás la siguieron.

Gritando, envuelto en ropas blancas, Joe Miller cayó por segunda vez al oscuro mar.

SECCIÓN 13

En la Torre Oscura

Burton lloró con los demás. Le gustaba el enorme hombre, incluso le quería. Con su muerte el grupo había perdido mucho de su valor, mucha de su moral, mucha de su fuerza.

Tras unos instantes se volvieron con mil precauciones, y prosiguieron su lento y todavía peligroso descenso. Al cabo de seis horas, se detuvieron para comer y dormir. Esto último era difícil, puesto que tenían que tenderse de lado y asegurarse de que no iban a girarse en sueños. Colocaron sus pistolas contra sus espaldas de modo que éstas, esperaban, se les clavaran de tal modo que se despertaran inmediatamente si lo hacían. El defecar tampoco era fácil. Los hombres podían mirar hacia afuera del acantilado para orinar, aunque el viento hacía que a veces el líquido regresara contra ellos y manchara sus ropas. Las mujeres tenían que asomar sus posaderas sobre el borde y esperar que las cosas fueran bien, lo cual no ocurría a menudo.

Alice era la única vergonzosa. Exigía que los demás miraran hacia otro lado mientras ella hacía sus necesidades. Incluso entonces, su presencia la inhibía. A veces, sin embargo, la bruma era lo suficientemente densa como para proporcionarle algo de intimidad.

Formaban un lúgubre grupo, atontado aún por la muerte de Joe Miller. Tampoco podían dejar de pensar en las muchas posibilidades que había de que los Éticos hubieran encontrado la cueva y la hubieran sellado.

El sonido de las olas estrellándose contra la base del acantilado se iba haciendo más fuerte. Estaban penetrando en nieblas densas; la cara del acantilado y la cornisa eran cada vez más húmedas. Finalmente, Burton, a la cabeza, se sintió empapado por la espuma, y el mar retumbó a su alrededor.

Se detuvo y lanzó el haz de su linterna al frente. La cornisa se hundía en las negras aguas. Frente a él había un saliente y, si lo que había dicho Paheri era cierto, la boca de la cueva debía estar al otro lado.

Llamó a los que estaban detrás de Alice, diciéndoles lo que había revelado la luz. Caminó metiéndose en el agua, que le llegaba sólo hasta la rodilla. Aparentemente la poco profunda cornisa se ensanchaba allí, puesto que las olas eran débiles en aquel lugar, pese a ser poderosas a ambos lados no muy lejos. El agua era muy fría, y parecía convertir sus piernas en dos bloques de hielo.

Llegó al negro saliente y lo rodeó. Alice avanzó muy cerca detrás de él.

—¿Hay alguna cueva? —su voz temblaba.

Burton lanzó el haz de su linterna hacia el frente a su derecha. Su corazón martilleaba en su pecho, y no sólo debido a la impresión de la fría agua.

Expelió aire con fuerza.

—¡Ajá!

Allí estaba, el tan imaginado agujero en la base de la montaña. Tenía forma arqueada y era muy bajo, de modo que incluso Nur tendría que inclinarse para pasar por él. Pero era lo suficientemente ancho como para que los botes que Paheri había descrito pudieran pasar por él.

Burton gritó hacia atrás las buenas noticias. Croomes, la quinta en la línea, exclamó:

—¡Aleluya!

Sin embargo, Burton no estaba tan exultante como sonaba. La cueva podía seguir allí, pero los botes haber desaparecido.

Tiró de Alice a través de la cuerda aún unida a su cinturón y se agachó para entrar por la boca de la cueva. A unos pocos pasos en el interior, un liso suelo de piedra se inclinaba hacia *arriba en un ángulo* de 30 grados, el orificio se ensanchaba, y el techo se elevaba hasta unos seis metros. Cuando todos estuvieron reunidos dentro, ordenó que se soltaran *las cuerdas. Ya no las necesitaban.*

Arrojó su luz hacia sus rostros, pálidos y cansados pero ansiosos. *Gilgamesh estaba a su derecha, algo alejado, y Ah Qaaq a su izquierda, detrás de los otros.* Burton no había abandonado su plan de descubrirlos, y el momento tenía que estar cerca. Pero había decidido improvisar cuando la ocasión se presentara.

Se volvió y condujo al grupo por el túnel ascendente. Este se curvaba suavemente hacia la derecha a lo largo de unos cien metros, y el aire iba haciéndose más cálido a medida que avanzaban. Antes de que llegaran a su final, todos vieron la luz.

Burton no pudo resistir el echar a correr hacia la iluminación. Penetró en una enorme cámara en forma de domo y casi tropezó con un esqueleto humano. Estaba tendido boca abajo, los huesos de su brazo derecho tendidos como si intentara alcanzar algo. Alzó el cráneo y miró dentro de él y en el suelo debajo de él. No había ninguna esférula negra.

La luz procedía de enormes bolas metálicas, cada una de ellas montada sobre uno de los nueve trípodes de metal negro de tres metros y medio de altura. La luz parecía fría.

Había diez botes metálicos negros sobre soportes en forma de V, y un soporte vacío. Había contenido la embarcación que habían utilizado los egipcios para alcanzar la Torre.

Los botes eran de distintos tamaños, el más grande capaz de albergar a una treintena de personas.

A la izquierda había estanterías metálicas conteniendo envases de hojalata de color gris —los americanos los llamarían latas—, cada uno de los cuales tenía unos veinticinco centímetros de altura por unos quince de ancho.

Todo era tal como había dicho Paheri que era.

Excepto que tres esqueletos humanos vestidos con ropas azules yacían junto a uno de los grandes botes.

Los demás entraron, hablando en tono bajo. El lugar era realmente intimidante, pero Burton ignoró sus efectos para examinar los inesperados restos.

Las ropas parecían ser trajes de una sola pieza, sin bolsillos, sin costuras, sin botones y con perneras. El material tenía un aspecto lustroso y se mostraba elástico al tacto. Apartó los cráneos a un lado y sacudió los huesos fuera de sus atuendos. Un individuo era alto y tenía huesos pesados y un denso arco supraorbital y poderosas mandíbulas. Probablemente había sido un paleolítico primitivo. Los huesos de los otros dos eran de tipo moderno, y la pelvis de uno era de *una mujer.*

Dentro de cada cráneo había una esfera negra muy pequeña. Si no las hubiera estado buscando, no las habría apreciado.

No había ninguna señal de violencia, ¿qué era lo que había abatido a aquellos agentes?

¿Y qué vehículo los había traído hasta allí? Hubiera esperado uno de los aparatos volantes que había entrevistado hacía muchos años. Pero no había ninguno fuera de la boca de la cueva. ¿Podía

haberse alejado flotando?

¿Qué o quién había interrumpido a aquellos tres? ¿Por qué la gente de la Torre no había ido tras ellos después de un cierto tiempo?

No lo habían hecho porque ellos también tenían problemas. O estaban muertos, rematados por lo mismo que había acabado con esos tres.

X tenía que ser el responsable de todo esto. Burton razonó que el mismo acontecimiento que había terminado con la vida de aquellos tres había dado como resultado también el que X y los demás Éticos y agentes se quedaran varados en el Valle.

Eso significaba que ningún aparato aéreo había podido volar fuera de la Torre para recogerlos. Y que el renegado no había podido hacer volar ninguno de sus aparatos ocultos para regresar a la Torre. Se había visto obligado, como Barry Thorn, a ir en la aeronave construida por Firebrass. Y había fallado en entrar en la Torre.

Desde el punto de vista de Burton, el suceso había traído algunas ventajas para él y para X. Los agentes habían descubierto obviamente la cuerda de ropas colgando del farallón y los túneles, y habían observado que la estrecha cornisa había sido utilizada por gente del Valle. Probablemente habían hallado al final la cueva, tras intentar asegurarse de que el paso fuera imposible para cualquiera no autorizado.

Si aquellos tres no hubieran resultado muertos, la entrada de la cueva hubiera sido sellada.

Se dirigió hacia los estantes llenos de latas. Al extremo de cada estante había una placa de plástico de unos treinta por treinta centímetros. En ellas había figuras de un hombre demostrando cómo abrir las latas. Burton no necesitaba las imágenes puesto que sabía por la historia de Paheri como hacerlo. Pasó la punta del dedo trazando un círculo completo en torno al borde superior de la lata y aguardó unos segundos. La tapa, con apariencia de duro metal, se estremeció, osciló, y se convirtió en una película gelatinosa. Su dedo penetró fácilmente por ella.

—¡X olvidó dejar platos y cubiertos! —exclamó Burton—. ¡Pero no importa! ¡Podemos usar nuestros dedos!

Hambrientos, los demás dejaron de observar los objetos de la cueva y siguieron su ejemplo. Sacaron los trozos de ternera estofada —caliente— con sus dedos y, de las latas con un pan en bajorrelieve, barras de pan. Comieron vorazmente hasta que sus barrigas estuvieron ahítas. No parecía haber ninguna razón para racionarse. Las reservas eran más que abundantes. Burton, sentado en el suelo, la espalda apoyada contra una pared, observó a los demás.

Si uno de ellos era X, ¿por qué no revelaba su identidad? ¿Era porque había reclutado a la gente del Valle simplemente para tener un equipo de apoyo? ¿Gente que pudiera sacarle las castañas del fuego si se hallaba en una situación en la que estuviera indefenso sin ellos?

Si era así, ¿por qué no les había dicho más de lo que esperaba de ellos?

¿O había intentado hacerlo pero los acontecimientos se habían sucedido de forma inesperada y con demasiada rapidez? ¿Y ahora se hallaba en una posición en la que no necesitaba ya su ayuda? ¿Era posible de hecho que ahora creyera que resultaban un estorbo?

¿Y quién era el renegado?

Burton no creía la historia de X acerca del porqué los otros Éticos habían resucitado a los

terrestres.

Por supuesto, no estaba seguro de que no se hubiera aliado con alguien cuyos auténticos fines le resultaran odiosos si llegaba a saberlos.

Quizá era por eso por lo que el Misterioso Extraño se había mostrado tan misterioso, por lo que no les había dicho la verdad, por lo que seguía aún disfrazado. Si seguía aún disfrazado.

Fuera cual fuese la verdad, ya hacía mucho que había pasado el momento en que el Ético debería haberse dado a conocer. A menos... a menos que X supiera que algunos de los componentes de su grupo eran agentes u otros Éticos. Entonces podía considerar conveniente mantener su disfraz hasta que estuvieran en la Torre. ¿Por qué en la Torre? Porque allí disponía de medios para dominar o matar a sus enemigos. O a cualquier otro que intentara impedirle llevar a cabo sus planes, benéficos o malignos.

Eso podía requerir que sus reclutas estuvieran entre los que lo acompañaban. Los necesitaba tan sólo para llegar a la Torre. ¿Por qué podía haber llegado a pensar que podía necesitar en algún momento su ayuda?

Bien... cuando Spruce fue interrogado, dijo algo acerca del Operador de una gigantesca computadora. Burton no sabía quién era el Operador, pero X podía haber estado usando secretamente una computadora cuando, o antes de que, se iniciara el proyecto de resurrección. Podía haber puesto en ella todas las probabilidades en que pudiera pensar relativas a su ilegal proyecto, y haber solicitado una estimación de su desarrollo. Quizá la computadora hubiera sido capaz incluso de trazar algunos desarrollos en los que X ni siquiera hubiera pensado.

Uno de los datos ofrecidos por la computadora era una situación o situaciones en las cuales X pudiera llegar a necesitar reclutas.

Burton no podía imaginar cuales podían ser esas situaciones, excepto la actual. Lo cual era suficiente.

Y así X había buscado sus reclutas, y había borrado todas sus preguntas y las respuestas de la computadora. De alguna forma, lo había hecho sin que el Operador supiera nada de ello. Es decir, todo aquello había ocurrido si Spruce no había mentido y existían realmente cosas tales como un Operador y una computadora.

Hasta este momento, el principal problema de Burton era que X no le había dicho quién era. Lo cual significaba que muy pronto X podría estar actuando, no a favor de sus reclutas sino contra ellos.

Burton pensaba que necesitaban dormir un poco antes de aventurarse fuera en los botes. Todos estuvieron de acuerdo, de modo que extendieron sus gruesas ropas en el suelo y enrollaron otras como almohadas. Puesto que la temperatura era cálida allí dentro, ni siquiera necesitaban cubrirse con sus atuendos tipo esquimal. El aire caliente surgía de ranuras a lo largo de la base de las paredes.

—Probablemente accionado por energía atómica —dijo Frigate—. Lo mismo que las lámparas.

Burton deseaba montar guardias de dos horas con dos centinelas en cada una.

—¿Por qué? —dijo Tai-Peng—. Es evidente que somos los únicos aquí en treinta mil kilómetros a la redonda.

—No lo sabemos —dijo Burton—. No deberíamos descuidarnos ahora.

Algunos estuvieron de acuerdo con el chino, pero finalmente se decidió que no iban a correr riesgos. Burton distribuyó las guardias, y asignó a Nur como compañero de Gilgamesh, y a él mismo como compañero de Ah Qaaq.

Era poco probable que el moro fuera cogido por sorpresa; poseía una extraordinaria percepción de las actitudes y sentimientos de los demás; a menudo podía decir por el sutil lenguaje corporal lo que los otros pretendían hacer.

Era posible que Nur fuera un agente o que Gilgamesh y Ah Qaaq estuvieran confabulados. Uno podía pretender estar durmiendo hasta que su colega que estaba de guardia atacara a su compañero.

Las posibilidades eran numerosas, pero Burton tenía que correr el riesgo. No podía pasarse todo el tiempo sin dormir.

Lo que más le preocupaba, sin embargo, era que X, si estaba allí, pudiera tomar un bote pequeño durante la noche y dirigirse a la Torre por delante de los demás. Una vez allí, podía asegurarse de que la entrada en la base dejara de ser practicable.

Burton le entregó a de Marbot, el compañero de Alice en el primer turno, su reloj de pulsera. Luego se tendió sobre sus ropas, que estaban cerca de la entrada del túnel. Su pistola, cargada, estaba bajo su almohada. Tuvo dificultad en conciliar el sueño, aunque no era el único si los suspiros y murmullos que oía eran alguna indicación. No fue hasta que las primeras dos horas hubieron transcurrido casi por completo que se sumió en un sueño intranquilo. Se despertó a menudo; tuvo pesadillas, algunas de ellas recurrencias de los pasados treinta años. Dios, con el atuendo de un gentleman Victoriano, le clavaba su pesado bastón en las costillas.

—*Debes la carne. Paga.*

Sus ojos se abrieron y miró a su alrededor. Tai-Peng y Blessed Croomes estaban de guardia ahora. El chino estaba hablando en voz baja a la negra a menos de tres metros de Burton. De pronto Croomes le dio un bofetón y se apartó.

—Mejor suerte la próxima vez, Tai-Peng —dijo Burton, y volvió a dormirse.

Cuando Nur y Gilgamesh estaban de guardia, Burton se despertó de nuevo. Permaneció con los ojos entrecerrados de modo que pensaran que aún seguía durmiendo. Ambos estaban en uno de los botes grandes, sentados en la cubierta elevada, junto a los controles. El sumerio parecía estar contándole una historia divertida al moro, a juzgar por la sonrisa de Nur. A Burton no le gustaba que estuvieran tan cerca. Todo lo que el robusto Gilgamesh tenía que hacer era adelantar una mano y agarrar la garganta de Nur.

El moro, sin embargo, parecía estar muy tranquilo. Burton lo observó durante unos instantes, luego volvió a dormirse. Cuando se despertó de nuevo, con un sobresalto, Nur estaba sacudiéndolo.

—Tu turno.

Burton se levantó y bostezó. Ah Qaaq estaba de pie junto a los estantes, comiendo pan y estofado. Hizo un gesto a Burton para que se le uniera. Burton agitó la cabeza. No tenía intención de acercarse a él más de lo necesario. Agachándose, extrajo la pistola de debajo de la almohada y la colocó en su funda. Ah Qaaq, observó, estaba también armado. No había nada significativo en ello. Se suponía que los guardias debían llevar sus armas.

Burton avanzó hasta un par de metros de Ah Qaaq y le dijo que iba a salir fuera a orinar. El maya,

con la boca llena, asintió. Había perdido peso durante el duro viaje, y ahora parecía dispuesto a recuperarlo.

Si era X pretendiendo ser un compulsivo comilón, pensó Burton, era ciertamente un excelente actor.

Burton cruzó el túnel con frecuentes miradas a sus espaldas y frecuentes paradas para escuchar posibles ruidos de pasos. No encendió su linterna hasta que alcanzó la cueva. La linterna, enfocada en la boca del inclinado suelo, lanzó su haz más allá de él. La fría niebla era como una húmeda pared. Terminó rápidamente sus necesidades, y regresó dentro de la cueva.

Este podía ser un buen momento para que Ah Qaaq cayera sobre él. Pero no vio ni oyó nada excepto el ruido de las olas estrellándose contra las rocas a una cierta distancia. Cuando regresó cautelosamente, encontró a Ah Qaaq sentado con la espalda contra la pared, los ojos medio cerrados, dando cabezadas.

Burton se trasladó a la pared opuesta y se reclinó contra ella. Al cabo de un rato, el maya se puso en pie y se desperezó. Indicó que iba fuera, a la cueva. Burton asintió. Ah Qaaq, su enorme papada oscilando, anadeó entrando en el túnel. Burton decidió que estaba siendo demasiado suspicaz. Un minuto más tarde, pensó que no había sido lo suficientemente suspicaz. ¿Y si el maya era X, y tenía otra cueva cerca en la cual había un bote? Podía estar detrás de una estrecha fisura, una abertura a la cual pudiera llegar Ah Qaaq vadeando con el agua hasta las pantorrillas.

Transcurrieron diez minutos, un tiempo de ausencia no irrazonable. ¿Debía ir detrás de Ah Qaaq?

Mientras Burton estaba intentando decidirse, vio entrar al maya. Burton se relajó. Había pasado la mitad de la guardia, y los demás debían estar en una fase de su sueño menos profunda, y así era probable que se despertaran más rápido ante cualquier ruido.

Además, resultaba lógico que X aguardara hasta que estuvieran dentro de la Torre. Aquí, iba a tener que luchar contra muchos. Allá, se hallaría en un terreno familiar.

A las seis, Burton despertó a todo el mundo. Salieron al mar en dos grupos según los sexos y regresaron quejándose del frío. Por aquel entonces Burton y Ah Qaaq habían echado agua de las cantimploras a las tazas de los cilindros y se preparaban para añadir el café instantáneo que calentaba al mismo tiempo el agua. Bebieron y hablaron en voz baja durante un rato mientras desayunaban. Algunos volvieron a salir al mar. Croomes insistió en que era una vergüenza dejar a los esqueletos allí sin enterrar. Organizó una trifulca tal que Burton pensó que sería mejor complacerla. Un poco de retraso no iba a representar ninguna diferencia.

Salieron fuera con los huesos y los arrojaron al mar mientras Croomes recitaba una larga plegaria sobre ellos. El esqueleto más cercano al túnel tenía que ser el de la madre de Blessed, pero nadie mencionó esto, y seguramente ella se hubiera echado a llorar si lo hubiera sospechado. Burton y algunos de los otros sabían por la historia de Paheri que, cuando los egipcios habían llegado allí, habían encontrado algunos trozos de cabello que aún no se habían podrido por completo. Era un cabello negro y rizado.

Regresaron y cargaron uno de los botes para treinta personas con sus pertenencias y sesenta latas de comida. Cuatro hombres cogieron la enorme pero muy ligera embarcación y la trasladaron túnel abajo hasta la cueva. Dos hombres y dos mujeres llevaron uno más pequeño para ser atado con una

cuerda al otro.

Cuando le preguntaron para qué necesitaban el extra, Burton respondió:

—Sólo por si acaso.

No tenía ni idea de qué podía ser ese *acaso*. Sin embargo, no iba a hacerles ningún daño tomar precauciones extra.

Siendo el último en abandonar la cámara, Burton le echó una ojeada final. Todo estaba muy tranquilo, y parecía un lugar casi fantasmal, con las nueve brillantes lámparas y los botes vacíos. ¿Iba a seguirles alguien? No lo creía. Aquella era la tercera expedición y con mucho la que había tenido más éxito. A la tercera va la vencida. Entonces pensó en Joe Miller, que había caído dos veces al mar. ¿Iba a tener una tercera oportunidad?

No a menos que *nosotros* le demos esa oportunidad, pensó.

Todos menos Ah Qaaq y Gilgamesh subieron al bote grande. Lo empujaron al agua, saltaron a bordo, y empezaron a secarse los pies. Burton había estudiado el mapa-imagen en la embarcación hasta sabérselo de memoria. Se situó de pie en la cubierta superior tras la rueda del timón y pulsó un botón en el panel, proporcionando un suave resplandor que le permitía ver los botones. No había indicadores, pero el diagrama mostraba la localización y finalidad de cada uno de ellos.

Al mismo tiempo, la brillante silueta naranja de una forma cilíndrica, la Torre, apareció en una pantalla justo encima del panel.

—Estamos listos —dijo a los demás. Hizo una pausa, pulsó otro botón, y añadió—: ¡En marcha!

—¡Adelante en busca del Mago de Oz, el Rey Pescador! —dijo Frigate—. ¡En marcha en busca del santo grial!

—Puede que *sea* santo —dijo Burton. Estalló en una carcajada—. Pero si es así, ¿qué estamos haciendo *nosotros* aquí?

Fuera cual fuese la energía propulsora —no se apreciaba ningún temblor de motores ni vibración de chorros—, la embarcación avanzó rápidamente. Su velocidad estaba controlada por un curioso dispositivo, un bulbo de plástico sujeto al borde del timón en su lado derecho. Apretándolo o soltando la presa, Burton podía controlar la velocidad. Giró el timón hasta que la imagen de la Torre se trasladó de la derecha al centro de la pantalla. Entonces aumentó lentamente la presión sobre el bulbo. Por aquel entonces el bote estaba cortando el oleaje en un ángulo. La espuma salpicaba a los que estaban tras él, pero no disminuyó la velocidad.

De tanto en tanto miraba hacia atrás. En la oscura niebla ni siquiera podía ver la popa del bote, pero sus pasajeros estaban apiñados muy juntos en el borde de la cubierta de control. Con sus ropas como sudarios, parecían almas siendo conducidas por Carente.

También estaban tan silenciosos como los muertos.

Paheri había estimado que el bote de Akenatón había necesitado unas dos horas para alcanzar la Torre. Eso era debido a que había temido darle al bote toda su velocidad. El mar, como había informado el encargado del radar del *Parseval*, tenía cincuenta kilómetros de diámetro. El diámetro de la Torre era de dieciséis kilómetros. Así que solamente tenían que recorrer diecisiete kilómetros desde la cueva. La embarcación del faraón debía haberse arrastrado a unos ocho kilómetros por hora.

La Torre aumentó rápidamente de tamaño en la pantalla.

Repentinamente, la imagen estalló en llamas.

Estaban muy cerca de su meta.

La placa de instrucciones indicaba que ahora era el momento de pulsar otro botón. Burton lo hizo, y dos focos extremadamente brillantes en la proa lanzaron sus haces a la niebla e iluminaron una enorme y gris superficie curva.

Burton soltó toda presión del bulbo. El bote perdió rápidamente velocidad y empezó a derivar hacia un lado. Aplicando otra vez velocidad, hizo girar de nuevo el bote y lo enfiló directamente hacia la sombría masa. Pulsó otro botón, y pudo ver una enorme compuerta, gruesa como la puerta de la cámara acorazada de un banco, abrirse en la hasta entonces lisa pared.

Las luces enfocaron el interior de aquella enorme O.

Burton cortó la energía y giró el volante a fin de que el costado del bote golpeará contra el lado inferior de la abertura. Algunas manos se tendieron hacia el umbral y estabilizaron el bote.

—¡Aleluya! —gritó Blessed Croomes—. ¡Mamá, pronto estaré contigo, sentada a la derecha del dulce Jesús!

Los demás saltaron. La quietud, excepto el ligero golpetear del bote contra el metal, era tan impresionante, y su maravilla ante el hecho de que finalmente se hubiera abierto el camino ante ellos había sido tan abrumadora, que tuvieron la sensación de que aquel grito era casi sacrílego.

—¡Silencio! —exclamó Frigate. Pero se echó a reír cuando se dio cuenta de que nadie podía oírle.

—¡Mamá, estoy llegando! —gritó Blessed.

—¡Cállate, Croomes! —dijo Burton—. ¡O por Dios que voy a arrojarte al agua! ¡Este no es lugar para histerismos!

—¡No estoy histérica! ¡Estoy feliz! ¡Estoy llena con la gloria del Señor!

—Entonces guárdatela para ti —dijo Burton. Croomes le dijo que iba a ser arrojado de cabeza al Infierno, pero obedeció.

—Puede que tengas razón —dijo Burton—. Pero déjame decirte sin embargo que todos estamos yendo al mismo lugar. Si es el Cielo, estaremos contigo. Si es el Infierno...

—¡No digas eso, hombre! ¡Es irreverente!

Burton suspiró. Ella era, en su conjunto, una mujer cuerda. Pero era una fanática religiosa que conseguía ignorar los hechos de la vida y también los elementos contradictorios de su fe. En ello era mucho como su mujer, Isabel, una devota católica romana que habían conseguido creer al mismo tiempo en el espiritismo. Croomes había sido fuerte, había soportado todas las penalidades, no se había quejado, y siempre había estado ayudando durante sus forcejeos por alcanzar aquel lugar, excepto que ni un momento había dejado de intentar convertir a sus compañeros a su religión.

A través de la compuerta podía ver el corredor de metal gris que Paheri había descrito. De sus compañeros que se habían derrumbado casi en su extremo no había el menor rastro. Paheri había estado demasiado asustado como para seguir a los demás. Se había quedado en el bote. Entonces Akenatón y su gente se habían derrumbado al suelo, y la compuerta se había cerrado tan silenciosamente como se había abierto. Paheri había sido incapaz de descubrir de nuevo la cueva, y finalmente había caído por la primera de las cataratas en su bote y se había despertado en una lejana

orilla del Río. Pero ahora no había más resurrecciones.

Burton soltó el cierre de la funda de su pistola.

—Yo iré primero —dijo.

Saltó por encima del umbral. Un moviente aire lanzó una bocanada de calor a su rostro y manos. La luz carecía de sombras, y parecía emanar de las paredes, del suelo y del techo. Al fondo del corredor había una puerta cerrada. La compuerta de entrada se había abierto sobre barras curvadas de metal gris que desaparecían dentro de un cubo también de metal gris de dos metros de lado junto a la pared exterior. La base del cubo parecía formar parte del suelo. No se apreciaban remaches ni soldaduras.

Burton aguardó hasta que Alice, Aphra, Nur y de Marbot hubieron entrado. Les dijo que no avanzaran a más de tres metros de la compuerta. Luego llamó a los otros en voz alta:

—¡Hey, vosotros, traed el bote pequeño!

—¿Para qué? —dijo Tai-Peng.

—Vamos a ponerlo como cuña en la compuerta. Debería impedir que se nos cierre.

—Lo aplastará —dijo Alice.

—Lo dudo. Está hecho de la misma sustancia que los cilindros y la Torre.

—Sigue pareciendo terriblemente frágil.

—Los cilindros tienen paredes muy delgadas, y los ingenieros de Parolando intentaron reventarlos, aplastarlos con potente maquinaria, y abollarlos con martillos pilones. No consiguieron nada.

La luz del corredor se reflejaba en los rostros de los hombres en el bote, abajo. Algunos parecían sorprendidos; algunos regocijados; algunos, impasibles. Era incapaz de determinar por sus reacciones quién podía ser X.

Sólo Tai-Peng le había preguntado, pero eso no significaba nada. El tipo siempre estaba deseando saber el porqué de todo.

Con la ayuda de todos, la embarcación fue alzada y colocada a medio camino a través de la compuerta. Era lo suficiente ancha como para quedar encajada en el centro de la O, dejando el espacio justo para que los de fuera se arrastraran al interior por debajo una vez hubieron pasado las mochilas y las latas.

Burton retrocedió de espaldas mientras iban entrando uno a uno. Sostenía su pistola en la mano, y le dijo a Alice que les quitara las suyas. Los demás, viendo que sus armas les eran arrebatadas, se quedaron atónitos. Su sorpresa aumentó más aún cuando Burton les dijo que pusieran las manos encima de sus cabezas.

—¡Tú eres X! —exclamó Frigate. Burton se echó a reír como una hiena.

—¡No, por supuesto que no! ¡Lo que voy a hacer ahora es desenmascarar a X!

—Debes sospechar de todos menos de Alice —dijo Nur el-Musafir—. Debes creer que todos somos X.

—No —dijo Burton—. Algunos de vosotros podéis ser agentes, y si lo sois, decidlo. Pero he visto a los Éticos en su Consejo, y hay sólo dos en este grupo cuyos físicos se parecen a la persona que creo puede ser X.

Aguardó. Se hizo evidente que, si alguno era agente, no estaba dispuesto a admitir su identidad.

—Muy bien. Me explicaré. Parece obvio que X era Barry Thorn y quizá Ulises. Thorn y el que se decía griego eran bajos y muy musculosos. Ambos tenían rasgos similares, aunque Ulises tenía las orejas más prominentes y era mucho más moreno. Pero esas diferencias podían ser debidas al disfraz.

»Los dos Éticos que se parecían a ellos se llamaban Loga y Thanabur.

»Dos de este grupo podrían ser cualquiera de ellos. O los dos. Creo, de todos modos, que el ingeniero Podebrad, que resultó muerto en el *Rex*, era Thanabur. Admito que hubiera podido ser Loga. En cualquier caso, no vamos a dar ningún paso más hasta que yo haya interrogado, muy profundamente, a dos de este grupo.

Hizo una pausa, y luego dijo:

—Esos dos son Gilgamesh, el que se proclama rey de Uruk en la antigua Sumeria, y Ah Qaaq, el que dice ser un antiguo maya.

Alice dijo en voz baja:

—¡Pero Richard! Si lo presionas demasiado, puede simplemente suicidarse.

—¿Habéis oído lo que acaba de decir ella? —rugió Burton—. ¿No? Ha dicho que todo lo que tiene que hacer X para escapar es suicidarse ¡Pero yo sé que no va a hacerlo! ¡Si lo hace, no podrá llevar a término sus planes, sean cuales sean! ¡No habrá más resurrecciones para él!

»Bien... he entrado finalmente en acción porque hemos llegado a un lugar a partir del cual no podemos ir más allá sin él. Sólo X sabe como anular el gas o la frecuencia supersónica o lo que sea que derribó a los egipcios. ¡Y deseo respuestas a mis preguntas!

—¡Estás desesperado! —dijo Tom Turpin—. ¿Qué ocurrirá si ninguno de nosotros es X? Estás patinando en hielo muy delgado.

—Estoy convencido de que uno de vosotros es él —dijo Burton—. Ahora... eso es lo que planeo hacer. Si nadie confiesa, entonces os pondré fuera de combate a ti, Gilgamesh, y a ti, Ah Qaaq. Sois mis principales sospechosos. Y cuando os recuperéis de vuestra inconciencia, os hipnotizaré. Descubrí que Monat Grrautut, el arcturiano, el hombre que afirma ser Peter Jairas Frigate, y Lev Ruach, hipnotizaron a mi amigo Kazz. Ellos no son los únicos que pueden jugar a ese juego. Soy maestro hipnotista, y si estáis ocultando algo, yo os lo arrancaré.

En el silencio que siguió, los otros se miraron intranquilos los unos a los otros.

—¡Eres un hombre perverso, Burton! —dijo Croomes—. ¡Estamos todos a las puertas del cielo, y tú hablas de matarnos!

—No he dicho nada de matar —dijo Burton—, aunque estoy preparado para hacerlo si es necesario. Lo que deseo es aclarar este misterio. Algunos de vosotros podéis ser agentes. Os pido que deis un paso adelante y confeséis. No tenéis nada que perder y mucho que ganar. Ahora ya es demasiado tarde para intentar ocultarnos cosas.

—¡Pero... pero, mi querido Burton! —barbotó de Marbot—. ¡Tus palabras me hieren! ¡Yo no soy uno de esos condenables agentes de los Éticos! ¡Yo soy lo que digo que soy, y golpearé a quien diga que miento!

—Si uno de ellos, o ambos —dijo Nur—, no son culpables, entonces habrás insultado a un inocente. Es brutal hacer eso. Es más, habrás conseguido convertir a un amigo en un enemigo. ¿No puedes hipnotizarlos sin violencia?

—Odio hacer esto tanto como cualquiera de vosotros —dijo Burton—. Creedme cuando lo digo. Pero un Ético es probable que sea él también un excelente hipnotista, y sin duda sus poderes de resistencia serán muy fuertes. Debo inutilizar primero a esos dos a fin de que no puedan emplear esos poderes, sorprenderlos cuando estén aún semiinconscientes.

—Esto es terriblemente brutal, Richard —dijo en voz baja Alice.

—Ahora —dijo Burton— deseo que saquéis todas vuestras armas y las arrojéis al suelo. Hacedlo uno a uno, y lentamente. Tú, Nur, puedes ser el primero.

Los cuchillos y pistolas resonaron sobre el gris metal. Cuando todos estuvieron desarmados, Burton les dijo que retrocedieran mientras Alice recogía las armas. Al cabo de poco había un montón de ellas apoyadas contra la pared detrás de él.

—Mantened vuestras manos sobre vuestras cabezas.

La mayor parte de sus rostros mostraban ira, indignación, o dolido asombro. Los rostros de Ah Qaaq y Gilgamesh eran máscaras de hierro.

—Ven hacia mí, Gilgamesh —dijo Burton—. Cuando estés a un metro y medio de mí, párate. Entonces date la vuelta.

El sumerio avanzó lentamente hacia él. Ahora sus ojos lanzaban chispas. Dijo:

—Si me golpeas, Burton, tendrás para siempre un enemigo. En mi tiempo fui rey de Uruk, ¡y soy descendiente de los dioses! ¡Nadie levanta una mano sobre mí sin recibir su castigo! ¡Te mataré!

—Créeme que siento tener que hacer esto —dijo Burton—. Pero seguramente comprenderás que el destino del mundo depende de ello. Si nuestros papeles estuvieran cambiados, yo no te culparía por hacerme lo que yo voy a hacerte a ti. Me dolería, es cierto, ¡pero lo comprendería!

—¡Una vez hayas descubierto que soy inocente, mejor mátame! ¡Si no lo haces, yo te mataré a ti! ¡Te lo juro!

—Veremos.

Burton planeaba, si el sumerio no era X, instalar una orden posthipnótica de que Gilgamesh le perdonara cuando saliera del trance. Podría ordenarle que olvidara lo ocurrido, pero sin duda los demás se lo harían recordar en algún momento.

—Coloca tus manos en tu nuca —dijo Burton—. Luego date la vuelta. No te preocupes, no te golpearé fuerte. Sé exactamente cuánta fuerza necesito. No estarás inconsciente más que unos segundos.

Burton dio la vuelta a su pistola y la alzó, sujetándola por el cañón. Gilgamesh, gritando «¡No!», se dio la vuelta, apartando sus brazos de su nuca, y su mano golpeó la pistola y la arrojó lejos de Burton.

Alice hubiera debido disparar entonces. En vez de ello, intentó golpear al sumerio por la espalda con el cañón de su pistola. Burton era muy fuerte, pero cayó hacia atrás bajo el hercúleo poder de Gilgamesh y luego fue alzado. Golpeó a Gilgamesh en el rostro, haciendo que su nariz sangrara y arañando su piel. El sumerio lo alzó por encima de su cabeza y lo arrojó contra la pared. Conmocionado, Burton cayó al suelo.

Los otros estaban gritando, y Alice chillaba. Pero consiguió estrellar la culata de su arma, a la que ahora le había dado la vuelta, contra la cabeza de Gilgamesh. Este se tambaleó, y empezó a derrumbarse.

Ah Qaaq, rápido pese a toda su grasa, echó a correr hacia Alice, arrancándole la pistola de la mano, y continuó hacia el final del corredor.

Aunque medio atontado, Burton consiguió ponerse tambaleantemente en pie, gritando:

—¡Cogedle! ¡Cogedle! ¡Él es el Ético! ¡X! ¡X!

Tenía la impresión de que sus piernas eran globos de los que se estaba escapando el aire. Se dejó caer deslizándose de espaldas contra la pared.

El maya —no, no era maya— palmeó su mano contra la pared a su izquierda. Inmediatamente, la puerta al extremo del corredor se deslizó metiéndose en un alojamiento de la pared.

Burton intentó anotar la localización exacta de la zona que X había golpeado. Indudablemente el golpe había activado la maquinaria detrás de la pared. Y puesto que había abierto la puerta, también había impedido la actuación de lo que fuera que había derribado a los egipcios.

Nur, una pequeña y flaca centella, recogió al vuelo una pistola mientras corría junto a la pila. Luego se detuvo, y alzó la pesada arma con ambas manos. La pistola retumbó. El proyectil golpeó el ángulo de la puerta mientras X la cruzaba. Trozos de plástico rebotaron en todas direcciones, estrellándose contra la pared opuesta. X cayó, aunque sólo sus piernas vestidas de negro se vieron por un momento. Luego desaparecieron.

Nur corrió tras él pero se detuvo en el umbral. Se inclinó cautelosamente hacia adelante, y de inmediato volvió a echar hacia atrás la cabeza. La bala disparada por X se estrelló contra la pared justo fuera de la puerta. Nur se dejó caer sobre sus rodillas y miró de nuevo a través de la entrada. Otro estruendo. Nur pareció incólume.

Por aquel entonces los otros habían tomado sus armas y estaban corriendo hacia el umbral.

Aunque los lamentos no servían de nada, Burton lamentó no haber elegido a Ah Qaaq primero para hipnotizarle.

Llamó a Alice, que estaba inclinada sobre Gilgamesh, para que le ayudara a ponerse en pie. Sollozando, ella avanzó hacia él y tiró de sus muñecas. Su cabeza empezaba a aclararse, y sus piernas parecían más firmes. En otro minuto estaría completamente bien.

—¡Frigate! —llamó—. ¡Tai-Peng! ¡Turpin! ¡Meted a Gilgamesh ahí! ¡Todos los demás! ¡Dentro! ¡Dentro antes de que cierre la puerta!

—¡Ha desaparecido! —exclamó Nur.

Los tres hombres llegaron corriendo, y cogieron el pesado cuerpo del sumerio y lo llevaron hacia el umbral. Burton se apoyó en Alice, pasando el brazo alrededor del cuello de ella, y siguieron a los demás. Cuando llegaron junto a la entrada, se sentía ya lo suficientemente recuperado como para decirle a Alice que podía sostenerse por sí mismo.

Turpin colocó su cilindro en el umbral de modo que la puerta no pudiera cerrarse por completo. Justo cuando Alice y Burton la cruzaban, la puerta se cerró saliendo de su alvéolo, golpeó contra el cilindro, y se detuvo.

Nur indicó la sangre en el suelo junto al umbral, y las manchas rojas que se alejaban hacia el interior.

—La bala se estrelló contra la pared, pero algunos de los fragmentos lo alcanzaron.

El corredor al otro lado se alejaba por ambos lados hasta tan lejos como podían ver. Estaba iluminado por la misma luz sin sombras, y tenía doce metros de ancho por quince de alto, en una primera estimación. Se curvaba suavemente para seguir la redondez exterior. Burton se preguntó qué había entre la pared exterior del corredor y la pared exterior de la Torre. Probablemente una parte de ese espacio debía estar vacío, pero otros espacios podían contener maquinaria o algún tipo de almacenes. A intervalos irregulares, a la altura de su ojo, las paredes mostraban letras o símbolos en bajorrelieve, algunos de los cuales parecían superficialmente caracteres rúnicos y otros indostaníes.

Burton colocó una bala junto a la pared para señalar la entrada si la puerta terminaba cerrándose de algún modo.

Poco después las manchas de sangre cesaron, y los perseguidores llegaron a una especie de arcada que se abría a un agujero circular de unos treinta metros de diámetro. Burton se detuvo en su borde y miró hacia abajo. A lo largo del negro pozo brotaban regularmente las luces de varios niveles, otras arcadas o estancias. No sabía lo profundo que podía ser el pozo, pero calculó que serían kilómetros. Cuando se arrodilló, sujetándose al borde con sus manos, y miró hacia arriba, vio lo mismo. Sin embargo, el pozo no podía prolongarse más de kilómetro y medio, la altura de la Torre desde el nivel del mar.

Por aquel entonces Gilgamesh se estaba recuperando. Se sentó en el suelo, sujetándose la cabeza y gruñendo. Al cabo de un minuto, alzó la vista.

—¿Qué ha ocurrido?

Burton se lo dijo. El sumerio volvió a gruñir y dijo:

—¿Y tú no me golpeaste? ¿Fue la mujer?

—Sí. Te pido disculpas, si sirven de algo. Pero tenía que saberlo.

—Ella sólo estaba luchando para salvar a su hombre. Y puesto que tú no me golpeaste, no hay insulto. Aunque mi cabeza resuena como un tambor.

—Creo que pronto estarás bien —dijo Burton.

Eludió decir que él había golpeado a Gilgamesh en el rostro. La verdad podía ser sacrificada en esta situación. Había pasado toda su vida creándose enemigos debido a que no le importaba y a que incluso encontraba una cierta satisfacción en ello. Pero durante los pasados veinte años se había dado cuenta de que estaba comportándose irracionalmente en este aspecto. Nur, el sufí, se lo había enseñado, aunque no directamente. Burton había aprendido mientras escuchaba las conversaciones de

Nur con su discípulo Frigate.

—Creo —dijo Burton— que X tomó un ascensor de algún tipo. Sin embargo, no veo ninguno. Ni veo ningún tipo de controles para llamar a uno desde aquí.

—Quizá sea debido a que *no hay* cabina —dijo Frigate.

Burton se lo quedó mirando.

Frigate tomó una bala de plástico de la bolsa que colgaba de su cinturón. La arrojó a unos seis metros en el vacío. Se detuvo como si estuviera envuelta en jalea al nivel del suelo.

—¡Bueno, que me condenen! ¡No creí que fuera eso, pero lo es!

—¿De qué se trata?

—Hay alguna especie de campo en el pozo. Pero... ¿cómo lo hace uno para trasladarse allá donde desea? Quizá el campo te mueva de acuerdo con alguna palabra código.

—Eso es pensar con la cabeza —dijo Nur.

—Gracias, maestro. Sólo que... si una persona desea ir abajo al mismo tiempo que otra desea ir arriba... Quizá el campo pueda hacer las dos cosas simultáneamente.

Si los pozos —debía haber otros— eran la única forma de trasladarse de un nivel a otro, estaban atrapados. Todo lo que tenía que hacer el Ético era dejar que se murieran de hambre.

Burton empezó a ponerse furioso. Toda su vida se había sentido enjaulado y había roto algunas de esas jaulas, aunque las más grandes lo habían retenido. Ahora estaba a punto de resolver aquel gran misterio, y se encontraba atrapado de nuevo. Era posible que no pudiera escapar de ésa.

Adelantó una pierna en el vacío, bajando el pie lentamente hasta que notó resistencia. Cuando hubo determinado que su peso iba a ser sostenido, penetró enteramente en el pozo. El pánico estuvo a punto de abrumarle; podía ocurrir cualquier cosa. Pero ahí estaba, de pie en la nada, aparentemente, y el abismo bajo él.

Se inclinó, recogió la bala, y se la tiró a Frigate.

—¿Y ahora qué? —dijo Nur.

Burton miró hacia arriba y luego hacia abajo.

—No lo sé. No es simplemente como estar parado en el aire. Hay una ligera resistencia a mis movimientos. Sin embargo, no siento ninguna dificultad para respirar.

Puesto que lo hacía sentirse más que inquieto el permanecer allí, regresó a suelo sólido.

—No es como estar de pie sobre algo duro. Cede ligeramente bajo mi peso.

Permanecieron silenciosos por un momento. Finalmente, Burton dijo:

—Será mejor que sigamos adelante.

Llegaron a otra arcada señalada con caracteres en bajorrelieve y conteniendo un pozo elevador. Burton miró por él arriba y abajo, esperando poder ver algo que les ayudara. Estaba tan vacío como el otro.

Cuando lo hubieron abandonado, Frigate dijo:

—Me pregunto si Piscator estará todavía vivo. Si tan sólo...

—¡Si tan sólo! —dijo Burton—. No podemos vivir a base de *si tan sólo*, aunque eso sea lo que estamos haciendo la mayor parte del tiempo.

Frigate pareció dolido.

—Piscator, por lo que entiendo, era un sufi —dijo Nur—. Eso puede explicar el porqué pudo cruzar la puerta arriba en la Torre. Por lo que he oído, aventuraría que hay aquí alguna especie de fuerza, algo análogo a un campo electromagnético quizá, que impide que aquellos que no han alcanzado un cierto nivel ético puedan entrar.

—Debe haber sido distinto de la mayoría de sufies que he visto, exceptuando tú —dijo Burton—. Aquellos que conocí en Egipto eran unos bribones.

—Hay auténticos sufies y falsos sufies —dijo Nur, no prestando atención al tono de burla de la voz de Burton—. Sea como sea, sospecho que el *wathan* refleja el desarrollo ético o espiritual de los individuos, y lo que muestra debe hacer que el campo de repulsión admita o deniegue la entrada a una persona.

—Entonces, ¿cómo puede haber entrado X de esa forma? Obviamente no se halla tan desarrollado éticamente como los demás.

—No lo sabes —murmuró Nur—. Si lo que dice acerca de los otros Éticos es cierto...

Dejó de hablar por un momento. Luego dijo:

—Si el campo de entrada admite tan sólo a los muy éticos, entonces X construyó su estancia secreta para evitar ese campo. Pero tuvo que hacerla cuando la Torre estaba siendo construida, y tuvo que haberla planeado con anticipación. De modo que ya entonces sabía que no sería admitido por la otra entrada.

—No —dijo Burton—. Los otros eran capaces de ver su *wathan*. Por lo tanto tenían que saber que había degenerado, cambiado, de alguna forma. Y entonces hubieran sabido que él era el renegado.

—Quizá —dijo Frigate— la razón de que su *wathan* tuviera un aspecto normal era que llevaba algún dispositivo para distorsionar su apariencia natural. Quiero decir... la apariencia que hubiera tenido de no usar algún tipo de distorsionador. De esa forma, no sólo debía pasar como normal entre sus compañeros, sino que podía engañar al campo de la entrada.

—Es posible —dijo Nur—. ¿Pero sus colegas no sabían nada de distorsionadores?

—No si nunca habían visto u oído hablar de ninguno. Puede que fuera una invención de X.

—Y tenía este escondite para poder abandonar la Torre sin que nadie se diera cuenta de ello —dijo Burton.

—Eso implica que no hay detectores de radar en la Torre —dijo Frigate.

—Evidente —dijo Burton—. Si hubiera habido alguno, hubiera detectado a la primera y la segunda expediciones cuando bajaron por la cornisa de la montaña. El radar hubiera detectado también la cueva, aunque supongo que sus operadores no le hubieran dado ninguna importancia si la hubieran localizado. No, no hay ningún radar rastreando el mar y las montañas. ¿Por qué habría de haberlo? Los Éticos no creen que nadie pueda llegar hasta tan lejos.

—Todos nosotros tenemos *wathans*, si lo que te dijo el Consejo de los doce es cierto —murmuró Nur—. Tú viste los suyos. Lo que no comprendo es por qué ellos no pudieron seguirte el rastro mucho antes de lo que lo hicieron. Seguro que una fotografía de tu *wathan* estaba en las grabaciones de esa gigantesca computadora que mencionó Spruce. Supongo que estaban los de todo el mundo.

—Quizá X arregló las cosas de tal forma que la grabación en la computadora no fuera una imagen auténtica de mi *wathan* —dijo Burton—. Quizá fue por eso por lo que el agente Agneau llevaba una fotografía de mi persona física.

—Creo que los Éticos tienen que tener satélites rastreadores ahí arriba —dijo Frigate—. Quizá ellos podían localizar tu *wathan*. Pero no pudieron porque tu *wathan* estaba distorsionado.

—Hum —dijo Nur—. Me pregunto si distorsionar el *wathan* dará como resultado distorsionar la psique de uno.

—Quizá recuerdes el informe de de Marbot acerca del análisis de Clemens de la conexión entre el *wathan* o *ka* o alma, llámalo como quieras, con el cuerpo —dijo Burton—. La conclusión era que el *wathan* es la esencia de la persona. De otro modo, es irrelevante. No resulta ligar el *wathan* a un cuerpo duplicado porque el duplicado no es el mismo que el original. Similar hasta el enésimo grado, sí, pero no el *mismo*. Si el *wathan* o alma *es* la persona, la sede de la conciencia, entonces el cerebro físico no es autoconsciente. Sin el *wathan*, el cuerpo humano tendría inteligencia pero no autoconciencia. Ningún concepto del *yo*. El *wathan* utiliza lo físico del mismo modo que un hombre utiliza un caballo o un automóvil.

»Quizá esa comparación no sea correcta. La combinación *wathan-cuerpo* es más parecida a un centauro. Una fusión. Tanto la parte hombre como la parte caballo necesitan de la otra para un perfecto funcionamiento. Una sin la otra no sirven de nada. Puede ser que el propio *wathan* necesite un cuerpo para volverse autoconsciente. Ciertamente, los Éticos dicen que el *wathan* sin desarrollar va errante en un cierto tipo de espacio donde es abandonado a la muerte del cuerpo. Y entonces el *wathan* es no sólo ignorante de su propio yo sino de todo. Es inconsciente.

»Sin embargo, de acuerdo con nuestra teoría, el cuerpo genera el *wathan*. Cómo es algo que no sé, ni siquiera tengo una hipótesis. Pero sin el cuerpo, un *wathan* no puede empezar a existir. Hay también embriones de *wathans* en los embriones de cuerpos, y *wathans* niños en los cuerpos de niños. Como el cuerpo, el *wathan* crece hasta hacerse adulto.

»Sin embargo, hay dos estadios en la edad adulta. Llamemos a ese último estadio el del *superwathan*. Si un *wathan* no alcanza un cierto nivel ético o espiritual, está destinado a errar para siempre tras la muerte del cuerpo, ignorante de sí mismo.

»A menos, como ha ocurrido aquí, que sea construido un cuerpo duplicado y gracias a cierta afinidad el *wathan* se una al cuerpo duplicado. Este cuerpo duplicado será inteligente pero no tendrá

un concepto del *yo*. El *wathan* unido a él poseerá la autoconciencia. Pero no la tendrá hasta que se interaccione con el cuerpo.

»Sin *wathans*, los seres humanos hubieran evolucionado de los monos, hubieran adquirido un lenguaje, hubieran conseguido una tecnología y una ciencia, pero no religión, y por lo tanto no hubieran tenido un conocimiento de sí mismos superior al de las hormigas.

—¿Qué tipo de lenguaje hubiera sido ese? —dijo Frigate—. Quiero decir, intentemos imaginar un lenguaje en el cual no existan pronombres para *yo* y *mío*. Y probablemente tampoco para *tú* y *tuyo*. A decir verdad, no creo que desarrollaran un lenguaje. No como nosotros lo conocemos, al menos. Simplemente serían animales muy inteligentes. Máquinas vivientes que no dependerían del instinto como los animales.

—Podemos hablar de eso en alguna otra ocasión.

—Sí, pero ¿qué hay con los chimpancés?

—Tienen que haber poseído un rudimentario *wathan* que les ha proporcionado una conciencia a bajo nivel de su *yo*. Sin embargo, nunca ha llegado a probarse que los monos posean lenguaje o autoconciencia.

»El mismo *wathan* no puede desarrollar una autoconciencia a menos que posea un cuerpo. Si el cuerpo posee un cerebro atrofiado, entonces el *wathan* es atrofiado. En consecuencia, sólo puede alcanzar un nivel ético bajo.

—¡No! —dijo Frigate—. Estás confundiendo inteligencia con moralidad. Tú y yo hemos conocido a demasiada gente con una alta inteligencia y un bajo desarrollo ético y viceversa, como para creer que un C. I. alto es un acompañante indispensable a un alto cociente de moralidad.

—Sí, pero olvidas la voluntad.

Llegaron a otro mirador. Burton miró por el pozo.

—Nada tampoco aquí.

Siguieron caminando, mientras Burton reasumía el papel de Sócrates.

—La voluntad. Tenemos que asumir que no es enteramente libre. Está afectada por acontecimientos exteriores al cuerpo, su entorno exterior, y por acontecimientos interiores, su entorno interior. Las heridas físicas o mentales, las enfermedades, los cambios químicos, y así, pueden cambiar la voluntad de una persona. Un maníaco puede haber sido una *buena* persona antes de que una enfermedad o una herida lo hayan convertido en un torturador y un asesino. Los factores psicológicos o químicos pueden crear personalidades múltiples o un impedido psíquico o un monstruo.

»Sugiero que el *wathan* está conectado tan de cerca al cuerpo que refleja los cambios mentales del cuerpo. Y un *wathan* unido a un idiota o un imbécil es en sí mismo idiota o imbécil.

»Es por eso por lo que los Éticos han resucitado a los idiotas y a los imbéciles en algún otro lugar, si nuestras especulaciones son correctas, a fin de que esos obtengan un tratamiento especial. A través de la ciencia médica de los Éticos, los retardados se ven capacitados de conseguir cerebros plenamente desarrollados. En consecuencia, ellos también poseen *wathans* altamente desarrollados, con toda su potencialidad para elegir entre el bien y el mal.

—Y —dijo Nur— con la oportunidad de convertirse en su *perwathans* y así reunirse con Dios.

Te he estado escuchando atentamente, Burton. No estoy de acuerdo con mucho de lo que has dicho. Una implicación es que Dios no se preocupa de Sus almas. No les permitiría flotar errabundas como cosas inconscientes. Ha tomado medidas para todas ellas.

—Quizá Dios, si es que existe, no se preocupe —dijo Burton—. No hay pruebas de que lo haga.

»De todos modos, sostengo que el cuerpo humano sin un *wathan* no posee libre albedrío. Es decir, la habilidad de tomar decisiones entre o con respecto a alternativas morales. De superar las demandas del cuerpo y del entorno y la inclinación personal. De elevar su yo gracias a su propio esfuerzo. Sólo el *wathan* tiene libre albedrío y autoconciencia. Pero admito que tiene que expresarlas a través del vehículo del cuerpo. Y admito que el *wathan* interactúa íntimamente con y es afectado por el cuerpo.

»Por supuesto, el *wathan* obtiene sus rasgos personales, la mayor parte de ellos al menos, del cuerpo.

—Bien —dijo Frigate—. Entonces, ¿no nos hallamos de vuelta al punto de partida? Seguimos sin poder hacer una distinción clara entre el *wathan* y el cuerpo. Si bien el *wathan* proporciona el concepto del yo y el libre albedrío, sigue dependiendo del cuerpo en lo relativo a sus rasgos de carácter y en todo lo demás relativo a los sistemas nervioso y genético. Realmente lo que absorbe son imágenes. O fotocopias. De modo que, en ese sentido, el *wathan* es sólo una copia, no el original.

»De modo que, cuando el cuerpo muere, permanece muerto. El *wathan* flota libre, signifique eso lo que signifique. Posee duplicadas las emociones y pensamientos y todo lo que constituye una persona. Tiene también el libre albedrío y la autoconciencia si es unido posteriormente a un cuerpo duplicado. Pero no es la *misma* persona.

—Con lo que demuestras —dijo Aphra Behn— que no es el alma, no al menos en la forma en que habitualmente es concebida. O, si lo es, es superflua, no tiene nada que ver con la inmortalidad del individuo.

Tai-Peng habló por primera vez desde que Burton había planteado el tema.

—Diré que la parte *wathan* es todo lo que importa. Es la única parte inmortal, lo único que los Éticos pueden preservar. Tiene que ser lo mismo que el *ka* de los de la Segunda Oportunidad.

—¡Entonces el *wathan* es algo incompleto! —exclamó Frigate—. ¡Sólo una parte de mí, la criatura que murió en la Tierra! ¡No puedo ser resucitado realmente a menos que mi cuerpo original sea resucitado!

—Es la parte que desea Dios y que absorberá —dijo Nur.

—¿Y quién desea ser absorbido? ¡Yo deseo ser yo, completo, entero!

—Poseerás el éxtasis de formar parte del cuerpo de Dios.

—¿Y qué? ¡Ya no seré más yo!

—Pero en la Tierra tu, como adulto, no eras el mismo a los veinte que a los cincuenta años —dijo Nur—. Todo tu ser, a cada segundo de tu vida, estaba y está sumergido en el proceso del cambio. Los átomos que componían tu cuerpo cuando naciste no eran los mismos que cuando tenías ocho años. Habían sido reemplazados por otros átomos. No eran los mismos cuando tenías cincuenta años de cuando tenías cuarenta.

»Tu cuerpo cambiaba, y con él tu mente, tu almacenamiento de recuerdos, tus creencias, tus actitudes, tus reacciones. Nunca eras el *mismo*.

»Y cuando, o si, tú, la criatura, la creación, vuelvas al Creador, cambiarás de nuevo. Será el último cambio. Se sumergirás para siempre en lo Incambiable. Incambiable porque El no necesita cambiar. Es perfecto.

—¡Tonterías! —dijo Frigate, su rostro enrojecido, sus manos crispadas—. ¡Es mi esencia, esa cosa incambiable, la que desea vivir eternamente, aunque sea de modo imperfecto! ¡Pese a que me esfuerzo en alcanzar la perfección! ¡Que puede que no sea alcanzable! Pero hay que esforzarse y luchar, y eso es lo que hace soportable la vida, aunque a veces la propia vida parece en sí misma algo casi insoportable! ¡Deseo ser yo, yo para siempre! No importa cuales sean los cambios, siempre hay algo en mí, una identidad que no cambia, el alma, lo que sea, que resiste a la muerte, la aborrece, ¡la declara innatural! ¡La muerte es a la vez un insulto y un daño y, en un cierto sentido, algo impensable!

»Si el Creador tiene un plan para nosotros, ¿por qué no nos dice cuál es? ¿Somos tan estúpidos que no podemos comprenderlo?

»¡Debería decírnoslo directamente! ¡Los libros que escribieron los profetas, los reveladores y los revisionistas, proclamando tener autoridad emanada del propio Dios, haber tomado Sus dictados, son falsos! ¡No tienen sentido! ¡Además, se contradicen mutuamente! ¿Acaso Dios efectúa afirmaciones contradictorias?

—Sólo parecen contradictorias —dijo Nur—. Cuando alcances un estadio superior de pensamiento, verás que las contradicciones no son lo que parecen ser.

—¡Tesis, antítesis y síntesis! ¡Todo eso está bien para la lógica humana! Pero yo sigo manteniendo que no deberíamos ser dejados en la ignorancia. Se nos debería mostrar el Plan. ¡Entonces podríamos hacer nuestra elección, seguir adelante con el Plan o rechazarlo!

—Todavía estás en un estadio inferior de desarrollo, y pareces estar encallado en él —dijo Nur—. Recuerda los chimpancés. Alcanzaron un cierto nivel, pero no pudieron progresar más arriba. Efectuaron una mala elección, y...

—¡Yo no soy un mono! ¡Soy un hombre, un ser humano!

—Podrías ser más que eso —dijo Nur.

Llegaron a otra arcada. Esta, sin embargo, no conducía a un pozo sino a una entrada, enorme, formando bóveda. Al otro lado había una estancia cuya enormidad les hizo tambalear. Tenía al menos un kilómetro de largo y de ancho. En ella había miles de mesas, en cada una de las cuales había aparatos cuya finalidad no resultaba obvia.

Centenares de esqueletos yacían en el suelo, y la parte superior de más centenares estaban sobre los escritorios o mesas. Los huesos de las pelvis y de las caderas yacían en los asientos de las sillas, y al lado de éstas había más huesos de piernas. La muerte había golpeado instantáneamente y en masa.

No había ni un solo atuendo en ningún lugar. La gente que había estado trabajando allí iba desnuda.

Burton dijo:

—El Consejo de los Doce que me interrogó iba vestido. Quizá se pusieron sus ropas para no ofender mi sentido del pudor. Si fue así, no me conocían bien. O quizá era exigido que llevaran ropas cuando se hallaban en sesión.

Parte del equipo sobre las mesas seguía aún funcionando. El más cercano a Burton era una esfera transparente del tamaño de su cabeza. Aparentemente no tenía ninguna abertura, aunque grandes burbujas de diferentes colores surgían de su parte superior, flotaban hasta el techo, y estallaban. Junto a la esfera había un cubo transparente en el cual destellaban caracteres a medida que las burbujas ascendían.

Caminaron murmurando por entre los sorprendentemente extraños aparatos. Cuando hubieron recorrido como medio kilómetro, Frigate dijo:

—¡Mirad eso!

Señaló a un sillón con ruedas que se hallaba en mitad de un amplio pasillo entre hileras de mesas. Un montón de huesos, incluido un cráneo, estaban sobre el asiento, mientras que los huesos de las piernas y los pies yacían en su base.

El sillón era muy acolchado y recubierto con un material blando, zebado con delgadas líneas zigzagueantes alternativas de color rojo pálido y verde pálido. Burton barrió los huesos del asiento con una brusquedad que hizo elevar una protesta por parte de Croomes. Se sentó, observando en voz alta que el sillón parecía ajustarse por sí mismo a su cuerpo. En la parte superior de cada masivo brazo, cerca de su extremo, había un amplio círculo de metal. Apretó cautelosamente el negro centro del blanco disco de su derecha. No ocurrió nada.

Pero cuando apretó el centro del círculo de su izquierda, una larga y delgada varilla de metal brotó de él.

—¡Ajá!

Tiró levemente hacia atrás de la varilla.

—Se está encendiendo una luz en la parte de abajo del sillón —dijo Nur.

El sillón se elevó silenciosamente del suelo y se inmovilizó a unos pocos centímetros de altura.

—Presiona la parte delantera del disco de tu derecha —dijo Frigate—. Quizá controle la velocidad.

Burton frunció el ceño porque no le gustaba que nadie le dijera lo que tenía que hacer. Pero pulsó el metal con la punta del dedo tal como se le sugería. El sillón ascendió hasta el techo a muy poca velocidad.

Ignorando las exclamaciones y algunas otras sugerencias, Burton devolvió la varilla a su centro. El sillón se niveló horizontalmente y siguió avanzando hacia adelante. Aumentó su velocidad, luego movió la varilla de la izquierda hacia la derecha. El sillón giró con la varilla, manteniendo su ángulo —no inclinándose como un aeroplano—, y se dirigió hacia la pared más alejada. Tras hacer que el sillón subiera hasta el techo y luego bajara hasta el suelo, haciéndole dar unas cuantas vueltas, y aumentando su velocidad hasta unos estimados quince kilómetros por hora, Burton hizo aterrizar el sillón.

Estaba sonriendo; sus negros ojos brillaban ansiosamente.

—¡Puede que tengamos un vehículo para elevarnos por el pozo! —exclamó.

Frigate y algunos otros no estaban satisfechos con la demostración.

—Tiene que ser capaz de ir a mayor velocidad —dijo el americano—. ¿Qué ocurre si tienes que detenerte repentinamente? ¿Te ves arrojado fuera del sillón?

—Hay una forma de descubrirlo —dijo Burton. Hizo que el sillón se elevara unos cuantos centímetros, luego lo aceleró hacia la pared, distante unos seiscientos metros. Cuando estuvo a unos veinte metros de la pared, soltó la presión sobre el disco de la derecha. El sillón redujo inmediatamente la marcha, pero no tan rápidamente que su pasajero corriera el peligro de ser arrojado de él. Y cuando estuvo a unos dos metros de la pared, se detuvo.

Cuando regresó, Burton dijo:

—Debe tener sensores incorporados. Intenté lanzarlo contra la pared, pero no lo conseguí.

—Estupendo —dijo Frigate—. Podemos intentar utilizarlo en uno de los pozos. ¿Pero qué

ocurrirá si el Ético nos está observando ahora? ¿Qué ocurrirá si puede cortar la energía por control remoto? Caeremos y nos mataremos, o en el mejor de los casos quedaremos aprisionados entre dos niveles.

—Iremos uno a uno. Cada uno se detendrá en un nivel antes de que venga el siguiente. Así no conseguirá atrapar más que como máximo a uno de nosotros, y los demás estarán advertidos.

Aunque Burton pensaba que Frigate era demasiado cauteloso, tenía que admitirse a sí mismo que sus especulaciones estaban bien fundadas.

—Además —dijo Frigate—, los dos sillones debían estar moviéndose cuando sus ocupantes murieron. ¿Qué es lo que hizo detener a los sillones?

—Los sensores, obviamente —dijo con lentitud Burton.

—Está bien. Entonces busquemos todos un sillón y practiquemos hasta dominar su manejo. Después de eso, ¿qué? ¿Hacia arriba o hacia abajo?

—Primero iremos hasta el último piso de arriba. Tengo la sensación de que el cuartel general, el centro neurálgico de esas operaciones, tiene que estar allí.

—Entonces deberíamos ir hacia abajo —dijo Frigate, sonriendo—. Tus predicciones son siempre del tipo de Mosailima, ya sabes. Siempre ocurre lo opuesto.

El tipo tenía su forma particular de desquitarse. Sabía demasiado de la vida de Burton en la Tierra, conocía todas sus faltas y fracasos.

—No —dijo Burton—, no es cierto. Avisé al gobierno británico que se preparaba un motín de los cipayos dos años antes de que se produjera. Ignoraron mi advertencia. Entonces fui una Casandra, no un Mosailima.

—*¡Touché!* —dijo Frigate.

Gilgamesh trajo su sillón al lado del de Burton unos minutos más tarde. Parecía desconcertado y no demasiado bien.

—Me sigue doliendo mucho la cabeza. De tanto en tanto veo las cosas dobles.

—¿Puedes soportarlo? ¿O prefieres quedarte aquí y descansar?

El sumerio agitó su masiva cabeza taurina.

—No. Luego no sería capaz de encontraros. Sólo quería que supieras que no me siento bien.

Alice debía haberlo golpeado más fuerte de lo que pretendía.

Entonces Tom Turpin llamó a Burton.

—¡Hey, he descubierto cómo obtenían su comida! ¡Mira!

Había estado trasteando con una enorme caja metálica que tenía varios diales y botones. Estaba colocada sobre una mesa y estaba conectada con un cable negro a un enchufe en el suelo.

Turpin abrió la puerta delantera de cristal. Dentro había platos y tazas y cubiertos, los platos llenos de comida y las tazas llenas de líquido.

—Esto es su equivalente al cilindro —dijo Tom, su pálido rostro amarillo sonriendo—. No sé lo que hacen los demás controles excepto éste, pero he pulsado todos los botones y al cabo de unos segundos toda la comida se formaba ante mis ojos.

Retiró el contenido del aparato.

—¡Huau! ¡Huele esa ternera! ¡Y ese pan!

Burton pensó que sería mejor comer entonces. Probablemente había otros aparatos como aquel por todas partes, pero no podía estar seguro. Además, tenían hambre.

Turpin intentó otra combinación de botones y diales. Esta vez, la comida era una mezcla de cocina francesa e italiana y árabe. Todos sus componentes eran deliciosos, aunque algunos estaban demasiado crudos, y el filete de giba de camello estaba demasiado especiado para la mayoría de ellos. Probaron otras combinaciones con algunos resultados sorprendentes, no todos deliciosos. A través de la experimentación, Turpin encontró el dial que regulaba el grado de cocción, y fueron capaces de conseguir una comida en su punto, poco hecha, hecha o muy hecha. Todos excepto Gilgamesh comieron vorazmente, bebieron algo de licor, y encendieron los cigarros y cigarrillos proporcionados también por la caja. No había falta de agua; había grifos por todas partes.

Después, buscaron los servicios. Estos estaban en algunos enormes gabinetes cercanos que supusieron habían contenido maquinaria. No funcionaban con agua; eran agujeros en los que la orina y los excrementos desaparecían antes de tocar el fondo.

Gilgamesh comió algo de pan, luego lo vomitó.

—No puedo ir con vosotros —dijo. Se secó la barbilla y escupió agua de su boca a un lavabo—. Me siento demasiado mal.

Burton se preguntó si estaría tan mal como decía. Podía ser un agente y estar aguardando el momento propicio para escabullirse.

—No, vendrás con nosotros —dijo—. Puede que no seamos capaces de encontrar el camino de vuelta para recogerte. Estarás cómodo en tu sillón.

Condujo a los demás hasta el pozo. Cuando llevó su sillón más allá del borde hacia el vacío, extendió un pie para tocar bajo él. Sus dedos no encontraron la ligera elasticidad como en el otro pozo. Quizá la presencia de los sillones retirara automáticamente el campo.

Echó la varilla hacia atrás y pulsó el disco. El sillón se movió lentamente hacia arriba, luego adquirió velocidad cuando Burton pulsó el disco con más fuerza. En cada arcada vio más pasillos y algunas estancias. La última estaba llena de extraño equipo, pero no había esqueletos hasta que llegó al décimo nivel. La cámara a la que miró era pequeña comparada con las que había dejado. Contenía doce grandes mesas, en cada una de las cuales había doce bandejas y doce tazas y algunos cráneos y huesos. Otros huesos estaban esparcidos sobre los asientos y en el suelo a sus pies.

Una enorme caja de alimentos estaba sobre una mesa en un rincón.

Burton siguió hacia arriba, parándose de tanto en tanto, hasta que llegó a la parte superior del pozo. El viaje había tomado quince minutos. En un lado había otra arcada con un corredor al otro lado. A su izquierda había un pequeño corredor que se abría en seguida a otro gigantesco, al menos treinta metros de ancho. Tras hacer posarse su sillón, se inclinó sobre la arcada e hizo parpadear tres veces su linterna. Los destellos de respuesta fueron pequeños pero claros. Nur, el siguiente, no efectuó ninguna parada, y así llegó junto a Burton en unos doce minutos.

Burton nunca había sido paciente excepto cuando era absolutamente necesario, y a menudo ni siquiera entonces. Volvió a subir a la silla y avanzó por el corredor. Daría una vuelta de seis minutos y luego regresaría al pozo.

Pasó varias puertas abiertas, todas muy anchas, que le permitieron mirar al interior de estancias

pequeñas y grandes, algunas llenas de equipo, otras aparentemente destinadas a habitación. Un cierto número de ellas contenían muchos esqueletos; algunas, unos pocos; algunas, ninguno. El corredor avanzaba en línea recta durante al menos tres kilómetros frente a él. Justo antes de que llegara el momento de regresar, vio a su derecha una entrada con la puerta cerrada. Detuvo el sillón, bajó, desenfundó su pistola, y se acercó cautelosamente a la puerta. Sobre ella había trece símbolos, doce hélices dispuestas en un círculo con el disco de un sol en el centro. No había manija en la puerta. En vez de ella, un facsímil metálico de una mano humana estaba pegado a la puerta allá donde hubiera debido estar la manija. Sus dedos estaban medio cerrados, como en el acto de dar un apretón a otra mano.

Burton lo hizo girar, y abrió la puerta empujando.

La estancia al otro lado era una esfera muy amplia, muy transparente, de un color verde pálido, rodeada de e intersectada por otras burbujas verdes. En la pared de la esfera central y a un lado había un óvalo de un verde más oscuro, un cuadro moviente de alguna clase. El olor a pino y cerezo brotaba de los árboles del fondo. En el fondo de la esfera o burbuja más grande había doce sillas en un círculo. Diez de ellas contenían partes de esqueletos. Dos estaban desnudas de todo, incluso de polvo.

Burton inspiró profundamente. Aquella habitación le trajo de vuelta estremecedores recuerdos. Era allí donde había despertado después de suicidarse 777 veces para escapar de los Éticos. Era allí donde se había enfrentado al Consejo.

Ahora aquellos seres que le habían parecido tan semejantes a dioses eran simples huesos.

Cruzó un pie más allá del umbral, metiéndolo en la burbuja con sólo una ligera resistencia. Su cuerpo le siguió, sintiendo la misma pequeña presión. Luego su otro pie la atravesó, y se encontró inmóvil en una elástica nada o lo que parecía ser una nada.

Volvió a enfundar su pistola y pasó a través de dos burbujas, cuyas superficies se cerraron tras él, y entonces se halló en la «sala del Consejo». Cuando llegó cerca de las insustanciales sillas, vio que se había equivocado. Uno de los asientos aparentemente vacíos contenía una lente circular convexa muy delgada. La tomó y reconoció el «ojo» multifacetado del hombre que había parecido ser el jefe del Consejo, Thanabur.

No era una joya, no era un instrumento artificial para reemplazar al ojo, como había pensado entonces. Era una lente que podía ser deslizada sobre el ojo. Su tacto era grasiento. Quizá estaba lubricada para que no irritara el globo ocular. Con una cierta dificultad y revulsión, insertó la lente bajo su párpado.

El ojo izquierdo vio la estancia a través de una distorsionante semiopacidad. Entonces cerró su ojo derecho.

—¡Oooohhhh! —Abrió rápidamente el ojo derecho.

Había estado flotando en el espacio, en una oscuridad en la cual brillaban las distantes estrellas y grandes nubes de gas, y había la sensación, pero no el efecto directo, de una increíble frialdad. Había sido consciente de que no estaba solo, sin embargo. Sabía, sin haberlas visto, que era seguido por incontables almas, trillones de trillones, quizá muchas más. Y luego estaba cayendo hacia un sol, y éste se hacía más y más grande, y repentinamente vio que el llameante cuerpo no era una estrella sino

una enorme colección de otras almas, todas ellas llameantes, aunque ardiendo no como en el Infierno sino con un éxtasis que él nunca había experimentado y que los místicos habían intentado describir pese a ser indescriptible.

Aunque estremecido y temeroso, se sentía también fuertemente impulsado por el éxtasis. Pero no debía permitir que su miedo le abrumara, él que había alardeado de no temer nunca a nada.

Cerró su ojo derecho y estuvo de nuevo en el espacio en la misma «localización». De nuevo estaba cruzando el espacio, mucho más rápido que la luz, hacia el sol. De nuevo sentía las innumerables presencias tras él. La estrella flotaba hacia él, se hacía más grande, se hacía enorme, y vio que las llamas estaban compuestas por trillones de trillones de trillones de almas.

Entonces oyó un silencioso grito, un grito de absoluto éxtasis y bienvenida, y se sumergió de cabeza en el sol, en el enjambre, y no era nada y sin embargo lo era todo. Luego ya no era más él. Era algo que no tenía partes y no formaba parte de nada sino que era una unidad en el éxtasis, con los demás que no eran los demás.

Lanzó un gran grito y abrió el ojo. Allí estaban Alice y Nur y Frigate y sus compañeros mirándole desde el umbral. Temblando, fue hacia ellos a través de las burbujas. No estaba tan trastornado, sin embargo, que no observara que el sumerio no estaba y que Alice estaba llorando.

Ignoró sus preguntas y preguntó:

—¿Dónde está Gilgamesh?

—Ha muerto mientras subía —dijo Alice.

—Le hemos dejado sentado en su sillón en una estancia —dijo Nur—. Debió sufrir una conmoción cerebral.

—¡Yo lo maté! —dijo Alice, y sollozó.

—Lo siento —dijo Burton—. Pero no se podía hacer nada. Si era inocente, no hubiera debido resistirse. Quizá fuera realmente un agente.

Rodeó a Alice con sus brazos y dijo:

—Hiciste lo que tenías que hacer. Si no lo hubieras hecho, él hubiera podido matarme.

—Sí, lo sé. He matado antes, pero esas personas eran desconocidos que nos atacaban. Apreciaba a Gilgamesh, y ahora...

Burton pensó que lo mejor era dejarla que exteriorizara todo su dolor y su culpabilidad. La soltó y se volvió hacia los otros. Nur le preguntó qué había estado haciendo en la estancia. Le contó lo de la lente.

—Has permanecido aquí al menos durante una hora —dijo Frigate.

—Sí, lo sé, pero me pareció ser tan sólo un minuto.

—¿Qué hay acerca de los efectos secundarios? —dijo Nur. Burton vaciló, luego dijo:

—Aparte sentirme trastornado, he sentido... he sentido... ¡una tremenda proximidad hacia todos vosotros! Oh, siempre os he apreciado a algunos de vosotros, pero... ahora... ¡os quiero a todos!

—Eso tiene que haber sido un shock —murmuró Frigate. Burton lo ignoró.

El moro alzó el multifacetado dispositivo y miró a su través con su ojo derecho cerrado.

—No veo nada. Tiene que ser colocado junto al ojo. Burton dijo:

—Pensé que la lente era algo que tan sólo el jefe de los doce, Thanabur, podía llevar. Supuse que

era alguna especie de atributo ritual o emblema de liderazgo, algo tradicional. Puede que estuviera equivocado. Quizá la llevaba todo el mundo por turno durante las reuniones del Consejo. Puede que la lente proporcionara a todos una sensación como la que yo he sentido, una proximidad y un amor hacia todos los demás presentes en la estancia.

—En cuyo caso X era capaz de superar ese sentimiento —dijo Tai-Peng.

—Lo que no comprendo —murmuró Burton— es por qué la lente me puso en un trance mientras que no pareció afectar a Thanabur.

—Quizá —dijo Nur— los Consejeros estaban acostumbrados a ella. Después de llevarla varias veces, debía tener un efecto atenuado sobre ellos.

Nur se colocó la lente bajo el párpado y cerró el ojo derecho. Inmediatamente, su rostro adoptó una expresión de éxtasis, aunque su cuerpo permaneció inmóvil. Cuando hubieron transcurrido dos minutos, Burton sacudió al moro por los hombros. Nur salió de su trance y empezó a sollozar. Pero cuando se recuperó y se hubo quitado la lente, dijo:

—Induce a un estado similar al que los sabios han intentado describir.

Tendió la lente a Burton.

—Pero es un falso estado inducido por algo artificial. No es el auténtico estado. Ese sólo puede ser alcanzado por el desarrollo espiritual.

Algunos de los otros pretendieron intentarlo. Burton dijo:

—Más tarde. Puede que estemos utilizando un tiempo que necesitamos desesperadamente. Tenemos que encontrar a X antes de que él nos encuentre a nosotros.

Llegaron ante una enorme puerta cerrada encima de la cual había más de aquellos caracteres intraducibles. Burton detuvo el tren de sillones y saltó del suyo. Un botón en la pared parecía ser el único medio obvio de abrir la puerta. Lo pulsó, y las dos secciones se deslizaron alejándose la una de la otra y se metieron en sus alojamientos. Miró a un enorme pasillo que terminaba en otras dos puertas aún más enormes. Burton oprimió el botón junto a esas.

Contemplaron una enorme cámara en forma de domo que debía tener casi un kilómetro de ancho. El suelo era de tierra en el cual crecía una brillante hierba verde de hoja corta y, además, árboles. Unos arroyos la atravesaban aquí y allá, sus fuentes formaban pequeñas cataratas de doce a quince metros de altura. Había multitud de arbustos en flor, y de tanto en tanto rocas de sobre plano que habían servido como mesas, si las bandejas y tazas y cubiertos que había en ellas significaban algo.

El techo era de un color azul puro con jirones de nubes cruzándolo, y un simulacro de sol estaba en su cenit.

Penetraron y miraron a su alrededor. Había esqueletos humanos tendidos aquí y allá, el más cercano junio a una roca. Había también huesos de pájaros, venados, y algunos animales parecidos a galos y perros y mapaches.

—Debían venir aquí para sentirse de nuevo cerca de la naturaleza —dijo Frigate—. Una imitación muy razonable, hay que reconocerlo.

Habían razonado que X había transmitido un código por radio que había activado la pequeña esfera negra en los cerebros de los habitantes de la Torre y había ocasionado que el veneno se esparciera por sus cuerpos. ¿Pero por qué habían muerto los animales?

Hambre.

Abandonaron la cámara. Antes de que hubieran viajado otro par de kilómetros, llegaron a otra curiosidad, la más desconcertante y la que más admiración les causó. Una pared transparente a su izquierda que se proyectaba al exterior revelaba un pozo brobdingnagiano. Una brillante y cambiante luz resplandecía abajo. Salieron de los sillones para echar una mirada abajo al fondo. Y lanzaron gritos de asombro.

Ciento cincuenta metros debajo de ellos había un rugiente horno de formas de muy diferentes colores, todas ellas muy apiñadas, pero pareciendo atravesarse las unas a las otras o fundiéndose en algunos momentos.

Burton se protegió los ojos con una mano y miró fijamente hacia allá. Al cabo de un rato pudo distinguir ocasionalmente las formas de las cosas que giraban y giraban allá abajo y saltaban arriba y abajo y hacia todos lados.

Se volvió, notando que le dolían los ojos.

—Son *wathans*. Exactamente iguales a aquellos que vi sobre las cabezas de los doce Consejeros. La pared debe ser de algún material que nos permite verlos.

Nur le tendió un par de gafas oscuras.

—Toma. Las encontré en una caja en un estante cerca de aquí.

Burton y los demás se pusieron las gafas y miraron al enorme pozo. Ahora podían ver aquellas cosas más claramente, los cambiantes colores en las siluetas que se expandían y se contraían constantemente, los tentáculos de seis lados que brotaban, se agitaban, flagelaban, luego se contraían y desaparecían de nuevo en el cuerpo principal.

Burton, inclinándose hacia adelante, su espalda pegada a la pared, miró hacia arriba. El relumbrar le mostraba un techo de metal gris a unos treinta metros encima de él. Se dio la vuelta e intentó ver al otro lado del pozo. No pudo. Entrecerró los ojos y volvió a mirar hacia abajo. Muy muy al fondo parecía haber algo sólido y gris. ¿O era su imaginación, una ilusión creada por la metamorfoseante horda, lo que le hacía pensar ahora que la solidez estaba pulsando?

Retrocedió unos pasos, se quitó las gafas, y se frotó los doloridos ojos.

—No sé lo que significa esto, pero no podemos permanecer más tiempo aquí.

Pasaron junto a un cierto número de arcadas abriéndose a pozos que no proseguían más arriba. Pero después de haber recorrido cuatrocientos metros, llegaron a uno que se extendía hacia arriba más allá de su nivel.

—Puede que éste nos conduzca al nivel donde se halla la puerta superior.

De nuevo aguardaron hasta que cada uno hubiera llegado sano y salvo a la parte de arriba del pozo antes de que el siguiente iniciara el trayecto.

La arcada se abría a otro corredor. Había trece puertas a lo largo de este, cada uno de ellas dando entrada a una muy amplia suite de lujosamente amuebladas habitaciones. En una de ellas había una mesa de lustrosa madera rojiza en la cual había una esfera transparente. Suspendidas dentro de ella había tres figuras del tamaño de muñecos.

—Parecen como Monat y otros dos de su misma especie —dijo Burton.

—Algo así como fotografías tridimensionales —dijo Frigate.

—No sé —dijo Alice—. Parece existir un parecido de familia. Por supuesto, supongo que todos ellos deben parecer iguales a cualquiera que no esté familiarizado con la raza. Sin embargo...

Croomes llevaba largo tiempo sin decir nada. Su sombrío rostro había indicado, sin embargo, que estaba luchando terriblemente para aceptar la realidad de aquel lugar. Nada allí había sido como ella esperaba; no había habido ningún coro de ángeles dándoles la bienvenida, ningún Dios sentado en un trono radiante de gloria con su madre sentada a Su derecha para darle la bienvenida.

Ahora dijo:

—Esos dos podrían ser sus padres.

Habla muchas cosas que investigar en las habitaciones, pero Burton les apresuró a que salieran.

Habrían recorrido unos sesenta metros cuando llegaron a una arcada, la primera que habían visto en la pared de la derecha. Burton bajó del sillón y miró al pozo. Su fondo estaba al nivel del suelo; su techo no estaba a más de quince metros sobre sus cabezas.

Jirones de niebla lo cruzaban, aparentemente arrastrados desde el exterior por unas aberturas en la pared opuesta.

Retiró la cabeza.

—Este pozo puede que conduzca al domo del exterior, allá donde sólo Piscator pudo entrar.

El japonés había sido inteligente y valeroso. Probablemente había hecho lo mismo que Burton,

había probado el invisible campo en el pozo, había imaginado que podía sostenerle, y luego había descendido. ¿Pero cómo podía haber activado el campo si no conocía el código o lo que fuera que lo operaba?

De todos modos, aquel pozo era distinto de los demás. Era muy corto, y había un solo camino que seguir si uno estaba en la parte de arriba. Unos sensores podían determinar que el campo fuera activado si alguien pretendía entrar desde arriba. Los sensores podían detectar que se trataba sólo de una persona y que no se metería en el pozo a menos que deseara ir abajo. Hacer el camino a la inversa podía requerir un código de alguna clase. O quizá no, la parte inferior del campo podía actuar como la superior, sólo que a la inversa.

¿Dónde estaba Piscator?

Para probar su teoría, Burton penetró en el pozo. Al cabo de tres segundos, fue elevado lentamente. En la parte superior del pozo, dio un paso adelante y se halló en un corto corredor de metal. Se curvaba a su final e indudablemente daba al corredor del domo.

La niebla remolineaba en la esquina, pero las luces eran lo suficientemente fuertes como para atravesarla.

Penetró en el corredor, e inmediatamente sintió una muy ligera resistencia. Su fuerza se incrementó a medida que se debatía por avanzar.

Cuando estuvo jadeando e incapaz de avanzar un centímetro más, retrocedió. Su regreso al pozo no presentó ningún obstáculo. Cuando regresó al nivel inferior, informó brevemente a los demás.

—El campo trabaja en ambos sentidos —concluyó.

—Según el informe del *Parseval* —dijo el moro— había tan sólo una entrada. Sin embargo... debe haber una abertura, una puerta de algún tipo, por la que puedan penetrar los aparatos aéreos. No había ninguna en la parte superior de la Torre. Creo, de todos modos, que simplemente no eran visibles. También deben existir campos éticos en las entradas para los aparatos aéreos. De otro modo, cualquiera podría penetrar de esa forma. Incluido X. Seguramente debió salir algunas veces con un vehículo aéreo para asuntos legítimos.

—Olvidas el hipotético distorsionador de *wathans* —dijo Burton—. Eso debería permitir a X entrar también por el acceso del domo.

—Sí, lo sé. Lo que estoy diciendo es que si podemos hallar el hangar de los aparatos aéreos, y luego descubrimos cómo manejarlos, podremos abandonar este lugar en cualquier momento que queramos.

—Tienen que ser mejores y más fáciles de hacer volar que un aeroplano —dijo Frigate.

—Sin la menor duda.

—Esperad, tengo una idea —dijo Frigate, sonriendo—. Piscator era un sufí, y no tuvo problemas para entrar, Tú eres un sufí y un ético altamente desarrollado. ¿Por qué no sales e intentas volver a través del domo?

El moro le devolvió la sonrisa.

—Te gustaría comprobar si realmente estoy tan avanzado como debería, ¿eh? ¿Y qué ocurrirá si no puedo salir? ¿O, si lo consigo, no puedo volver a entrar? No, Peter. Sería una pérdida de tiempo y una exhibición de orgullo por mi parte. Tú lo sabes, y sin embargo me animas para que lo haga. Estás

azuzándome. Como discípulo, a veces te falta la adecuada actitud reverente hacia tu maestro.

Volvieron a sus sillones, y volaron lentamente siguiendo el curvado corredor. Burton estaba empezando a tener la impresión de que su inspección estaba siendo muy informativa, aunque a menudo desconcertante, pero carente de toda utilidad. No había forma de encontrar a X.

¿Pero qué otra cosa podía hacer? No había directorios en las paredes, y aunque los hubiera no podrían leerlos. Era frustrante y fútil proceder de este modo, pero tampoco podían simplemente sentarse en un lugar y esperar a que X los encontrara. Si lo hacía, iría armado con alguna arma irresistible. De eso no había la menor duda.

Por otra parte, habían sido afortunados localizando las residencias de los doce y de Monat Grrautut y la entrada del domo. Quizá el lugar donde X había realizado sus experimentos o el centro de control que utilizaba estuvieran cerca de su apartamento.

Llegaron a una puerta cerrada y la pasaron. Debían haber varios miles de ellas en aquel enorme lugar. No podían permitirse el tiempo de abrirlas todas.

Pero cuando estaban a unos diez metros más allá de ella, Burton levantó la mano señalando un alto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alice.

—Tengo un extraño presentimiento, como una intuición. Hizo descender el sillón hasta el suelo.

—Será sólo un momento comprobarlo.

Pulsó un botón en la pared junto a la puerta, y la puerta se deslizó silenciosamente en su alojamiento, abriéndose. Al otro lado había una cavernosa estancia con un variado equipo sobre una serie de mesas y, contra las paredes, muchos armarios. Había un solo esqueleto. Una violenta explosión había atrapado evidentemente a alguien mientras estaba pasando junto a uno de los armarios o haciendo algo en él. La parte superior del armario había estallado, a juzgar por el metal retorcido hacia afuera, los trozos de sustancia cristalina en el suelo, y los trozos de metal dentro del esqueleto. Este yacía a unos seis metros del destrozo, y bajo los huesos había oscuras manchas de sangre.

Un poco más allá del esqueleto la explosión había derribado una construcción metálica en forma de estrella de sobre una mesa. Ahora yacía en el suelo, emitiendo lo que parecían ondas de calor de varios colores.

Inmediatamente delante de Burton y cerca del centro de la estancia había un sillón volante. Estaba posado en el suelo y vacío, y en un lado de él y en uno de sus brazos había manchas de sangre fresca.

Justo detrás de la silla había un gran disco giratorio sobre un cilindro de aproximadamente sesenta centímetros de alto. Un hombre estaba sentado en una silla de algún material semitransparente en medio de la plataforma fija. Ante él había una consola con un panel de instrumentos inclinado y varias pantallas iluminadas. Estaba ajustando un dial, los ojos fijos en el osciloscopio más grande. Burton podía ver su perfil.

Burton se llevó un dedo a los labios y, con la oír a mano, hizo un gesto a sus compañeros para que abandonaran sus sillones. Luego desenfundó su revólver e indicó que los demás hicieran lo mismo.

El operador tenía largo pelo rojizo, una piel de un pálido blanco, y al ojo que Burton podía ver le fallaba un pliegue epicántico. Si el hombre no hubiera sido tan gordo, tal vez Burton no lo hubiera

identificado. Gordo, sin embargo, no podía ser olvidado en tan poco tiempo.

Burton atravesó lentamente la puerta en dirección al hombre. Los demás se abrieron en abanico, las pistolas preparadas. Cuando estuvieron a un par de metros de él, el hombre los vio. Se alzó a medias de su silla, hizo una mueca, y volvió a sentarse. Adelantó una mano, rebuscó en un hueco tras el panel, y la retiró sujetando un artilugio de extraño aspecto. Tenía una empuñadura como de pistola, un cañón de unos treinta centímetros de largo y ocho centímetros de diámetro, y una esfera en su extremo del tamaño de una manzana grande. Burton gritó en voz muy alta:

—¡Loga! Echó a correr hacia él.

El Ético se alzó de nuevo y gritó:

—¡Alto! ¡O dispararé!

Siguieron corriendo. Apuntó a lo largo del cañón a través de la esfera transparente, y una delgada línea escarlata brotó silenciosa de la esfera. El humo trazó volutas ascendentes en el arco grabado en el metal del suelo delante del grupo.

Se detuvieron. Cualquier cosa que podía fundir aquel metal resultaba algo impresionante.

—Puedo cortaros a todos en dos con un simple barrido de esto —dijo Loga—. No deseo hacerlo. Ya ha habido demasiada violencia, me siento enfermo por todo ello. Pero os mataré si es necesario. Ahora... daos todos la vuelta al unísono y arrojad vuestras armas tan lejos como os sea posible hacia la puerta.

—Hay nueve pistolas apuntándote —dijo Burton—. Puedes alcanzarnos a uno o dos, pero volarás en pedazos. El Ético sonrió lúgubrementemente.

—Parece como si estuviéramos en tablas, ¿verdad? Hizo una pausa.

—¡Pero no es así, creedme!

—¡No, no es así! —gritó Croomes—. ¡Satán, engendro del Infierno!

Su pistola retumbó. El rayo escarlata del arma de Loga llameó al mismo tiempo que oírás ocho pistolas restallaban.

Loga cayó hacia atrás. Burton corrió, saltó sobre el disco giratorio, saltó por encima de él a la plataforma fija, y apuntó con su revólver al postrado Ético. Los otros se amontonaron a su alrededor.

Mientras Turpin y Tai-Peng alzaban al sangrante y pálido hombre del suelo, Burton tomó el arma con la esfera en su extremo. Loga fue acomodado de cualquier manera en su silla. Alzó una mano hacia la sangrante herida en el bíceps de su brazo derecho.

—¡Ha alcanzado a Croomes! —dijo Alice, señalando. Burton miró por un momento al seccionado cuerpo y apartó la vista.

Loga miraba a su alrededor como si no pudiera creer lo que había ocurrido, luego dijo:

—Hay tres cajas en el cajón superior de la derecha en la consola. Traédmelas, y en unos minutos estaré bien.

—¿No será algún tónico? —dijo Burton.

—¡No! ¡Lo juro! ¡Ya he tenido bastante de trucos y asesinatos! ¡No pretendo haceros ningún daño! Sólo deseaba desarmaros para poder explicároslo todo sin necesidad de tener que preocuparme por vosotros. ¡Sois una raza tan violenta!

—Mira quien habla —dijo Burton.

—¡No lo hice porque me gustara!

—Nosotros tampoco —dijo Burton, pero no estaba demasiado seguro de ser completamente sincero.

Trajeron tres cajas plateadas adornadas con esmeraldas verdes. Burton abrió lentamente cada una de ellas e inspeccionó su contenido. Como el Ético había dicho, cada una de ellas contenía una

botella. Dos estaban llenas con un líquido; una, con una sustancia rosa.

—¿Cómo sé que no van a dejar escapar algún tipo de gas? —dijo Burton—. ¿O algún veneno?

—No lo harán —dijo Nur—. El no desea morir ahora.

—Eso es cierto —dijo Loga—. Algo terrible puede ocurrir muy pronto, y sólo yo sé cómo detenerlo. Puede que necesite vuestra ayuda.

—Hubieras podido obtenerla todo el tiempo —dijo Burton—, si tan sólo nos hubieras dicho la verdad desde el principio.

—Tenía mis razones para no hacerlo —dijo Loga—. Muy buenas razones. Y luego las cosas se me escaparon de las manos.

Abrió una de las botellas, y se echó en la mano un líquido claro. Tras frotarlo sobre la herida en su hombro, haciendo una mueca de dolor, bebió de la segunda botella. De la tercera extrajo una viscosa sustancia rosa que echó sobre su mano izquierda y luego apretó sobre la herida.

—La primera era para esterilizar la herida —dijo—. La segunda era para combatir el shock y darme fuerzas. La tercera sanará la herida en muy poco tiempo. Tres días.

—¿Dónde te herimos la primera vez? —dijo Burton.

—La única herida seria fue en el muslo izquierdo.

El grisor de su piel había sido reemplazado por un color normal al cabo de un minuto. Pidió algo de agua, y Frigate se la dio. Burton encendió un cigarrillo. Las preguntas se agolpaban en su garganta. ¿Cuál debía escupir primero?

Antes del interrogatorio, sin embargo, había que hacer algunas cosas. Burton mantuvo su revólver apuntado sobre Loga mientras los demás entraban sus sillones y Frigate hacía un viaje extra para traer el de Burton. Fueron colocados en el suelo al lado del disco, donde estuvieran fuera de la vista del cuerpo de Croomes. Mientras hacían esto, a Loga se le permitió trasladar su sillón manchado de sangre hasta un lugar designado. Los demás sillones fueron dispuestos formando un cerrado semicírculo frente al del Ético.

—Creo que todos nos merecemos un pequeño trago —dijo Burton.

Loga le dijo como manejar los controles de una caja-cilindro para obtener lo que deseaban. Lo que él pidió fue un vino amarillento que los demás nunca habían encontrado en sus cilindros. Burton duplicó la petición de Loga y probó el vino. No era comparable a nada que hubiera probado antes, delicado pero pungente. Por alguna razón evocó en él una lenta marea menguante de aguas verde oscuro sobre las cuales volaban unos enormes pájaros blancos con picos carmesíes.

Burton se sentó con el arma de Loga cruzada sobre sus rodillas. Su primera pregunta fue cómo funcionaba. Loga le indicó el disparador y el seguro, cuyo uso había imaginado por sí mismo Burton.

—Ahora —dijo—, creo que lo mejor es empezar por el principio. ¿Pero cuál es el principio?

—Perdón por interrumpir —dijo el moro—. Primero deberíamos establecer una cosa inmediatamente. Ah Qaaq... Loga... ¿hay una cámara privada de resurrección en la Torre?

—Sí.

El Ético vaciló.

—No era sólo para mí. Tringu la utilizaba también. Era mi mejor amigo; fuimos educados juntos en el Mundo Jardín. Era el único en quien podía confiar.

—¿Era el hombre llamado Stern que intentó matar a Firebrass antes de que el *Parseval* despegara hacia la Torre?

—Sí. Fracasó, como sabéis. Así que, cuando vi que Firebrass iba a llegar a la Torre antes que yo... y Siggen iba también, tuve que matarlos a los dos. Siggen no le había dicho a Firebrass quién era yo. Ella me creyó cuando le dije que iba a abandonar mis planes y entregarme a la bondad del Consejo. Pero solamente después de que llegáramos a la Torre y el Consejo fuera resucitado. Ella nunca hubiera aceptado si yo no le hubiera mentado, si no le hubiera dicho que había un bloqueo de comunicación con la computadora y que sólo yo podía retirarlo. Ella dijo que no le hablaría a Firebrass de mí hasta que estuviéramos en la Torre. Pero luego hizo arreglos para estar en la Torre antes que yo con Firebrass. Tenía la intención de comprobar si era verdad lo que yo había dicho. Además, yo temía que mientras ella y Firebrass estaban en el helicóptero en su camino hacia la cima de la Torre ella cambiara de idea y se lo dijera a Firebrass. De modo... de modo que hice estallar la bomba que había instalado en el helicóptero sólo por si acaso...

—¿Quién es Siggen? —dijo Alice.

—Mi esposa. La mujer que se hacía llamar Anya Obrenova, la oficiala de dirigibles rusa.

—Oh, sí —dijo Alice, mientras las lágrimas resbalaban por las mejillas de Loga.

—Es obvio que los tuyos descubrieron tu resurrector privado y lo desactivaron. De otro modo, te hubieras suicidado y te hubieras trasladado a la Torre. ¿Has reactivado tu resurrector?

—Sí. En realidad, hay dos. Pero ambos fueron localizados y desactivados.

—Entonces —dijo Burton—, si nosotros te hubiéramos matado ahora, hubieras escapado. ¿Por qué no nos dejaste hacerlo? ¿O por qué no te suicidaste?

—Porque, como he dicho, puede que os necesite. Porque estoy asqueado de esta violencia. Porque os debo algo. Hizo una pausa.

—Instalé una inhibición en la maquinaria general de las resurrecciones, hace mucho tiempo. Debía ser activada a mi señal, la misma señal que mataría a todo el mundo dentro de la Torre, las cámaras subterráneas, y la zona del mar. Pero Tringu y yo teníamos nuestras líneas privadas. Una de ellas estaba en la estancia en la base de la Torre. Sharmun, la mujer que estaba a cargo en ausencia de Monat y Thanabur, me dijo que las dos estancias habían sido descubiertas. Dijo que no daría resultado suicidarme con la esperanza de despertarme de nuevo en la Torre y proseguir mis malvados designios. ¡Yo! ¡Malvado!

—Esto se está haciendo confuso —dijo Burton—. Empieza por el auténtico principio.

—Muy bien. Pero tendré que ser lo más breve posible. Incidentalmente, ¿dónde está Gilgamesh? Burton se lo dijo.

—Lo siento —dijo el Ético. Hizo una pausa, luego prosiguió:

—Como su mítica contrafigura, no consiguió hallar el secreto de la inmortalidad. Se levantó y dijo:

—Sólo deseo comprobar las pantallas. No me acercaré a ellas.

Mantuvieron sus armas apuntadas sobre él mientras cojeaba hacia el borde de la plataforma giratoria. Era inútil mantenerlo en sus puntos de mira, pensó Burton. Podía eludirlos en cualquier momento haciéndose matar, si les estaba diciendo la verdad.

Loga cojeó de vuelta a su sillón y se acomodó en él.

—Puede que consigamos hacer algo. No lo sé realmente. Tenemos algo de tiempo, creo. Así que...

Empezó por el principio.

Cuando el universo era joven, cuando los primeros planetas habitables se formaron después de la explosión de la esfera inicial de energía-materia, la evolución condujo en un planeta a la creación de seres que diferían de todos los de los demás planetas.

—No me refiero únicamente en constitución física. Todos los pueblos sentientes poseían cuerpos bípedos o centuarianos, manos, visión estereoscópica, y así. Eran inteligentes, pero no tenían conciencia de su identidad, ningún concepto del *yo*.

—¡Estuvimos especulando sobre eso! —dijo Frigate—. Pero...

—Tenéis que interrumpir tan poco como sea posible. Estoy diciendo la verdad cuando afirmo que todos los seres sentientes a lo largo y ancho del universo carecían de autoconciencia. Por todo lo que sé, al menos. Reconozco que es muy difícil para vosotros creerlo. No podéis concebir un tal estado. Pero era y es cierto... con excepciones ahora.

»El pueblo que era diferente no difería en su falta de autoconciencia al inicio de su historia. Eran como los demás en este aspecto. Sin embargo, poseían una ciencia, aunque no la desarrollaban como lo hacen los seres autoconscientes.

»Y tampoco tenían un concepto de religión, de los dioses o de un Dios. Eso llega tan sólo con un estado avanzado de autoconciencia.

»Afortunadamente para ese pueblo, llamado por aquellos que les siguieron Los Primeros, uno de sus científicos había formado accidentalmente un *wathan* durante un experimento.

»Fue el primer indicio que tuvieron Los Primeros de la existencia de una fuerza como energía extrafísica. Utilizo el término *extrafísico* para evitar cualquier confusión con *parafísico*, con fuerzas evidentemente existentes pero normalmente incontrolables y elusivas tales como la telepatía, telequinesis, y otros fenómenos de percepción extrasensorial.

Burton estuvo a punto de decir que era él quien había acuñado el término PES en la Tierra, aunque él lo había llamado percepción extrasensual.

—El *wathan* puede ser una forma de esto, pero, si es así, es la única que es controlable. Ese científico desconocido que accidentalmente generó un *wathan* a partir de las fuerzas extrafísicas no sabía lo que era. El o ella siguió experimentando y generó más. Digo generó porque el equipo que estaba usando formaba el *wathan* de la energía extrafísica. Modelado o quizá arrancado del campo que existe en el mismo espacio como materia pero que normalmente no interactúa con ella.

»Los primeros *wathans* probablemente se unieron por sí mismos a los seres vivos que se hallaban en sus proximidades.

—¿Todos ellos criaturas vivientes? —murmuró Nur.

—Todos ellos individualidades vivientes. Insectos, árboles, estrellas de mar, todo. Tras millones de años de experimentos, seguimos sin saber por qué los *wathans* son atraídos por la energía de la vida. Uno de los centenares de teorías es que la vida misma puede ser una forma de energía extrafísica. O más bien una zona interfacial.

El efecto de las uniones no fue notado inmediatamente. El *wathan* era la fuente y la génesis de la autoconciencia. Pero no podía desarrollarla excepto a través de entidades vivas, y esas tenían que poseer sistemas nerviosos altamente desarrollados si la potencialidad hacia la autoconciencia tenía que verse realizada.

—Pero eso tampoco puede realizarse si el *wathan* se une a una entidad humana más allá del estadio inicial del cigoto. Más allá de la fusión de espermatozoide y óvulo. No me preguntéis por qué. Simplemente creedme cuando os digo que es cierto. Aparentemente, hay un *endurecimiento* en la entidad, una resistencia a la entrecara.

La máquina vomitó miles de millones de *wathans* durante los experimentos. Millones de ellos se unieron por sí mismos a los cigotos de los sentientes. Y, por primera vez en el universo, hasta tan lejos como se sabe, la autoconciencia nació. Los niños crecieron con ella, y ni la generación más vieja ni la más joven pudieron comprender que esto era algo único y nuevo. Los niños y los jóvenes autoconscientes siempre habían tenido dificultades en comprender a los adultos, pero nunca antes había habido un tal abismo de empatía, una tal falta de comprensión.

—Finalmente, la gente no autoconsciente murió. No fue hasta pasados veinticinco años o así de que fuera formado el primer *wathan* que fue descubierta la razón de la autoconciencia. Entonces se convirtió en un asunto de necesidad seguir produciendo *wathans*.

Pasaron los siglos. El vuelo espacial con cohetes llegó. Después de varios otros siglos, una nueva forma de propulsión fue descubierta. El vuelo interestelar se hizo posible a velocidades jamás oídas hasta entonces cuando fue inventado un método de eludir la materia. Pese a ello, aún se necesitaban siete días, tiempo de la Tierra, para cruzar un año luz.

—¿El viejo concepto de la ciencia ficción de ir a través de otras dimensiones fue realizado? —dijo Frigate.

—No. Pero no tenemos tiempo para la necesariamente larga explicación de ello.

Por aquel entonces Los Primeros creían que su deber ético era transmitir la inmortalidad y la autoconciencia vía *wathan* a todos los demás pueblos sentientes. Fueron enviadas muchas expediciones con esta misión. Cuando una descubría un planeta con gente cuyos cerebros eran capaces de desarrollar la autoconciencia, entonces una serie de máquinas generadoras de *wathans* eran enterradas tan profundamente en el suelo que era muy difícil que pudieran llegar a ser descubiertas por los aborígenes.

—¿Por qué ocultas? —dijo Nur. Estaba pálido; parecía como si las revelaciones de Loga le hubieran golpeado duramente.

—¿Por qué ocultas? —dijo Loga—. ¿Por qué no simplemente ofrecerles las máquinas a la primera generación auto-consciente? Deberías saber por qué no. Considera a tus semejantes humanos. Los generadores de *wathans* hubieran sido mal utilizados. Se hubieran producido luchas de poder para monopolizarlos y crear a través de ellos las bases de la explotación de los otros. No, los generadores de *wathans* no pueden ser confiados a la gente hasta que ésta ha alcanzado un cierto estadio ético.

Burton no preguntó por qué Los Primeros no habían instalado guarniciones en cada planeta para asegurarse de que los generadores eran propiedad de todos. Con su conocimiento científico y ético,

hubieran podido enseñar a los aborígenes a avanzar mucho más rápidamente. Pero Los Primeros no consideraban eso ético. Además, no disponían de suficiente gente para controlar todos los planetas que descubrían.

Los rostros de sus compañeros reflejaban un agónico debate, aunque Frigate parecía el menos afectado. Nur, que siempre había sido tan flexible, tan invulnerable al shock psicológico, era quien más estaba sufriendo. No podía aceptar la idea de que los *wathans*, llamémosles almas, eran sintéticos. Bien, no exactamente eso. Pero habían sido formados por criaturas parecidas al hombre a través de máquinas. No habían sido parcelados por Alá. Nur había creído en aquello mucho más profundamente que algunos de los otros que, aunque religiosos, no tenían su firmeza de fe.

Loga debió darse cuenta de ello. Dijo:

—No hay Creador a menos que aceptemos la creación, éste universo, como evidencia. Los Primeros lo hicieron, y nosotros también. Pero no hay evidencia ninguna de que Ello tenga ningún interés en Sus criaturas. Ello...

—¿Ello? —dijeron Alice y de Marbot.

—Sí. El Creador no tiene sexo... por lo que sabemos. El lenguaje del pueblo de Monat posee un único pronombre neutro para el Creador.

—¿Su pueblo son Los Primeros? —dijo Tai-Peng.

—No. Los Primeros han Seguido Adelante hace mucho, mucho tiempo. El pueblo de Monat es el receptor del trabajo de Los Primeros a través de una línea de otros cinco pueblos. Esos, podríamos decir, han pasado la antorcha a otros y han Seguido Adelante. El propio Monat es solamente uno de los diez mil de su clase que aún quedan vivos. Los otros han Seguido Adelante todos.

»Algunos teólogos dicen que el Creador no ha hecho nada por Sí mismo para proporcionarles a Sus criaturas sentientes *wathans*. Su divino plan deja que los sentientes busquen su propia salvación. Pero esto no es lógico, puesto que fue sólo por accidente que fueron generados los *wathans*, y miles de millones de seres murieron sin la oportunidad de alcanzar la autoconciencia o la inmortalidad antes de eso. Y billones, quizá trillones, han muerto y morirán, perecerán para siempre, antes de que nosotros los Éticos lleguemos para proporcionarles *wathans*. Así que parece como si el Creador fuera también indiferente a nuestra autoconciencia e inmortalidad.

»Corresponde a los sentientes, por lo tanto, vivan donde vivan, hacer lo que los primeros religionistas creían que era la prerrogativa del Creador.

Burton se sentía tremendamente impresionado, aunque consideraba la historia quizá más fácil de aceptar que cualquiera de los demás, exceptuado Frigate. Siempre se había sentido intensamente interesado por la religión. Había investigado muchas fes, especialmente las orientales. Se había convertido al catolicismo romano no sólo porque le fascinaba sino porque haciéndolo se había sacado de encima a su esposa Isabel. Había sido iniciado en los misterios del sufismo musulmán, había ganado el cordón rojo de brahmán, había sido un sikh, y un parsi, y había intentado convencer al astuto Brigham Young de que deseaba ser mormón. Aunque había actuado como un converso sincero y algunas veces se había visto sorprendentemente abrumado por las nuevas emociones, siempre había dejado abierta la puerta de la fe que había abandonado, un infiel congénito.

Incluso cuando era muy joven, se había negado a aceptar los dogmas de la iglesia anglicana. Había enfurecido con ello a sus padres, y ni siquiera los gritos de su rabioso padre y todas las azotainas que le propinó consiguieron hacerle cambiar de opinión. Al contrario, *habían* hecho que se mantuviera más firme en sus ideas y en sus interrogantes a sí mismo hasta que se hizo lo suficientemente mayor y su padre dejó de atreverse a pegarle ni con las palabras ni con los puños.

Pese a ello, el concepto ortodoxo del alma y de su Donante había enraizado en él. Aunque nunca había creído en él, no había encontrado ningún otro que lo sustituyera, y no había sido hasta ahora que había oído uno distinto.

Como aquel exasperante tipo Frigate le había dicho en más de una ocasión cuando Burton estaba furioso con él, era un pensador amplio pero no profundo. Sin embargo, la extrapolación lógica del concepto del alma que acababa de oír allí con Frigate y los demás le había impresionado. Y por supuesto, le había convencido.

El relato de Loga era un shock. Pero no uno, sin embargo, que agitara las profundidades de su mente. Estas ya estaban alteradas con anterioridad. De modo que, junto con Frigate, era el que más podía aceptar aquella extraordinaria historia.

Loga prosiguió:

—Fue el pueblo de Monat quien vino a la Tierra e instaló los generadores de *wathans*. Eso debió ser, aproximadamente, cien mil años antes de Cristo.

Frigate dijo, en un gruñido:

—¿Y todos aquellos que vivieron antes? ¿Están más allá de toda salvación? ¿Perdidos? ¿Para siempre?

—Bastantes pensamientos y dolor se les ha dedicado —dijo Loga—. No hay nada que se pueda hacer por ellos, así que es inútil atormentarse. Como vosotros los americanos decís, mierda para ellos. Suena despiadado, pero es la actitud que debéis adoptar si no deseáis atormentaros innecesariamente. Mejor que sean redimidos algunos que ninguno en absoluto.

Los generadores de *wathans* y los recogedores de *wathans* fueron enterrados muy profundamente, tanto que estaban rodeados por un calor que hubiera fundido el ferroníquel.

—¿Recogedores? —dijo en voz baja Aphra Behn.

—Sí. Hay uno en un gran pozo aquí en la Torre. ¿No lo habéis visto en vuestro camino hasta aquí arriba?

—Lo vimos —dijo Burton.

—Ese es el grave problema, el urgente problema del que tendré que ocuparme dentro de un instante.

A partir de aquel momento, los *wathans* se unían por sí mismos o se integraban a los cigotos humanos. Cuando un cigoto o un embrión o cualquier ser de cualquier edad moría, sus *wathans* eran atraídos a la máquina enterrada y *enjaulados*.

—¿Así que lo que predica la Iglesia de la Segunda Oportunidad no es enteramente cierto? —dijo Burton.

—No. Fui yo quien acudió a Jacques Gillot, La Viro, y le dije lo que creía que debía saber. No le revelé más que media verdad, y le mentí acerca de algunas cosas. Era justificable porque vosotros los habitantes del Valle no estabais preparados para toda la verdad.

—Eso es discutible —dijo Burton.

—Sí. ¿Qué no lo es? Pero le dije a Gillot que la salvación del *wathan* dependía de alcanzar un cierto estado ético. Eso no era una mentira.

Los antepasados de Monat vinieron de un planeta de una estrella que no era ni Tau Ceti ni Arcturus. Habían descubierto un planeta que no poseía todavía seres sentientes, y lo habían convertido en el Mundo Jardín.

—Tras aproximadamente diez mil años, empezaron a resucitar a los niños muertos en la Tierra.

—¿Incluyendo los niños nacidos muertos y los prematuros y los abortos y etcétera? —dijo Burton.

—Sí. Todos ellos fueron desarrollados hasta niños viables. Cuando abandoné el Jardín, todos aquellos que habían muerto antes de la edad de cinco años hasta aproximadamente el año 1925 después de Cristo habían sido resucitados.

El proyecto Mundo Jardín se había iniciado durante el siglo diez antes de Cristo. El proyecto Mundo del Río había empezado a finales del siglo XXII después de Cristo.

—¿Qué siglo es ahora en la cronología terrestre? —preguntó Frigate.

—Cuando abandoné el Jardín para venir aquí era, déjame ver, para ser exactos el año 2009 d.C. Me tomó ciento sesenta años terrestres llegar aquí. Se necesitaron cincuenta años para remodelar este planeta. El día de la resurrección se produjo veintisiete años después de eso. Eso sería el 2246 d.C. Ahora estamos, aunque no estoy absolutamente seguro de ello, en el año 2370 d.C.

—¡Dios mío! —dijo Alice—. ¿Cuán viejo eres?

—Realmente esto es irrelevante ahora —dijo Loga—. Pero nací en algún momento durante el siglo XII a.C. En esa ciudad que vosotros llamáis Troya. Fui un nieto del rey que Hornero llamó Príamo. Aún no tenía cinco años cuando los invasores akhaiwoi y danawoi tomaron la ciudad, la saquearon y quemaron, y asesinaron a casi todos sus habitantes. Yo hubiera podido convertirme en un esclavo, supongo, pero defendí a mi madre. Clavé una lanza en la pierna de un guerrero, irritándole tanto que me mató con su espada de bronce.

Loga se estremeció.

—Al menos, no tuve que ver a mi madre y a mis hermanas violadas y a mi padre y hermanos masacrados.

Monat y su gente criaron y educaron a varias generaciones de niños terrestres. Después de esto, mucha de la gente de Monat partió hacia otros planetas. Monat y algunos otros se quedaron para supervisar a los adultos humanos que habían crecido en el Jardín, y que ahora ocupaban sus lugares en la tarea de educar nuevas generaciones. Monat había dejado el Jardín, sin embargo, para acompañar a los seres humanos al Mundo del Río.

—A veces nos referíamos a él como el Operador porque se hallaba a la cabeza del proyecto y era el jefe ingeniero de la biocomputadora.

—¿La computadora que mencionó Spruce? —dijo Burton—. ¿La gigantesca computadora proteínica?

—Sí.

—Spruce nos mintió en otras cosas, sin embargo —dijo Burton—. Dijo que había nacido el siglo LII d.C., y que se había usado una especie de cronoscopio para grabar los cuerpos de todos aquellos que habían muerto.

—Todos teníamos la misma historia falsa por si en algún momento éramos atrapados y nos veíamos obligados a hablar. Por supuesto, podíamos suicidarnos, pero si había alguna posibilidad de escapar debíamos permanecer con vida. De todos modos, cuando interrogasteis a Spruce, Monat estaba presente, y él condujo a Spruce, le hizo las preguntas para las cuales tenía respuestas preparadas.

—Lo imaginamos —dijo Burton.

—¿Cómo grabasteis a los muertos? —dijo Nur.

—Los *wathans* contienen todo lo que contiene el cuerpo. Es decir, las características corporales, incluido el cerebro, por supuesto, y estos datos son la base para la duplicación del cuerpo.

—Pero... pero... —dijo Frigate—. ¡Entonces los duplicados, los resucitados, no serán lo *mismo* que el modelo muerto! ¡Serán simplemente duplicados!

—No. El *wathan* es la fuente y la sede de la autoconciencia. No es una copia. El *wathan* abandona el cuerpo muerto, se lleva su autoconciencia con él. Pero es inconsciente, la mayor parte del tiempo al menos. Hay algunas indicaciones de que, bajo ciertas condiciones y por un breve tiempo, el *wathan* puede ser consciente tras abandonar el cuerpo. Pero no poseemos la evidencia suficiente como para afirmar de forma definitiva que esto puede ocurrir. Este *wathan* nuevamente encarnado puede ser imaginario.

»Sea como fuere, el *wathan* nos proporciona todos los datos que necesitamos para construir un nuevo cuerpo, y luego se une por sí mismo al duplicado.

Burton se preguntó cuántas veces esa información debería ser repetida a algunos de los del grupo antes de que fuera finalmente aceptada.

—¿Por qué decidiste llevar adelante tu propio proyecto? —preguntó Nur.

Loga hizo una mueca.

—Hablaré de ello más tarde.

El planeta fue remodelado en un Valle Fluvial de muchos millones de kilómetros de largo. La

Torre y las cámaras subterráneas fueron construidas al mismo tiempo. Los *wathans* fueron alimentados a los cuerpos duplicados construidos en los lugares bajo tierra. Los defectos físicos de los cuerpos fueron rectificadas. Todas las alteraciones metabólicas fueron corregidas. Enanos y contrahechos fueron devueltos a su altura y constitución normal, pero los pigmeos conservaron su estatura original. Los *wathans* fueron unidos a los cuerpos durante este proceso, pero los cuerpos no tenían autoconciencia puesto que los cerebros de los duplicados eran mantenidos inconscientes. Sin embargo, los *wathans* iban grabando cambios. Luego, los duplicados fueron destruidos y, el día de la resurrección general, los cuerpos fueron duplicados de nuevo pero a lo largo de las orillas del Río.

—¿Mi prematuro despertar en las cámaras? —dijo Burton—. ¿Fue un accidente?

—En absoluto —dijo Loga—. Yo fui responsable de ello.

Eras uno de los que había elegido para mi plan... por si era necesario en algún momento reclamar tu ayuda. Hice que te despertaras a fin de que al menos uno del grupo tuviera algún atisbo de lo que se os estaba haciendo. Al mismo tiempo espolearía tu determinación. Tienes una enorme curiosidad; nunca te sentirías satisfecho hasta que llegaras al fondo de este misterio.

—Sí, pero cuando nos visitaste, nos mentiste —dijo Nur—. Nos dijiste que habías escogido tan sólo a doce. Por como han ido las cosas, tienes que haber escogido a muchos más que esos.

—En primer lugar, yo no fui el único que os visité. En algunas ocasiones también lo hizo Tringu. Estaba completamente a mi lado en mis objeciones a algunos rasgos de este proyecto. Era el único en quien podía confiar. Ni siquiera podía decirle a Siggen lo que estaba haciendo.

»En segundo lugar, no podía limitar el grupo a doce. La suerte estaba en contra de que incluso algunos pocos pudieran llegar hasta la Torre, si los necesitaba para lo que tenía en mente. De modo que en realidad elegí a ciento veinticuatro. Os mentí acerca del número porque, si erais atrapados por mi gente, así, no revelaríais toda la verdad.

»Es por eso también por lo que no os lo revelé todo y por lo que os mentí acerca de algunas cosas. Si erais atrapados y vuestras memorias eran leídas, no podríais proporcionarles todo el plan. Y les ofreceríais historias contradictorias.

»Es por eso por lo que, actuando como Ulises, le dije a Clemens que el renegado que me había visitado había afirmado ser una mujer.

Loga había despertado tan sólo a uno de los miembros del grupo que había escogido porque eso podía ser interpretado por los Éticos como un accidente. Más de uno hubiera levantado sospechas. Pero había cometido un error despertando incluso a uno. Monat había investigado el caso de Burton y, si bien no pudo probar que alguien hubiera trasteado con la maquinaria de resurrección, estaba atento por si se producían más «accidentes».

Loga se había intranquilizado mucho cuando Monat dijo que tenía intención de ser resucitado cerca de Burton y acompañarle durante un tiempo. Monat deseaba también estudiar de cerca a los lázaros, y para hacer eso tenía que idear alguna historia aceptable que contar para explicar su presencia. ¿Por qué no matar dos pájaros de un tiro?

Loga no había advertido a Burton de esto. Temía que Burton, si sabía la auténtica historia de Monat, se mostrara falto de naturalidad y actuara de una forma peculiar. O, peor aún, intentara actuar por sus propios medios.

—Lo hubiera hecho —dijo Burton.

—Así lo pensé.

—No me gusta interrumpir —dijo Nur—. ¿Pero sabes lo que le ocurrió al japonés, Piscator?

Loga sonrió de nuevo, y señaló hacia el armario destrozado junto a la pared y al esqueleto que había cerca de él.

—Eso es todo lo que queda de Piscator. Tragó saliva, y dijo:

—No creí que ningún habitante del Valle pudiera llegar jamás a la cima de esta Torre. Las posibilidades en contra lo hacían muy improbable, aunque no absolutamente imposible. Sabía que los parolandeses habían construido una nave aérea, pero incluso así, ¿cómo hubieran podido entrar en la Torre? Sólo una persona altamente avanzada éticamente podía entrar. Esto no era probable, pero era posible. Y tal como fueron las cosas, uno de los hombres del *Parseval* lo consiguió.

»Así que, sólo para estar seguro, o intentar estar seguro si alguien como Piscator penetraba en la Torre, puse bombas en los armarios a lo largo de la pared y también en los armarios en la plataforma giratoria. No solamente en esta habitación. Hay más en otra sala de control pasados los apartamentos, en dirección opuesta. Las bombas eran explosivos con la apariencia de paneles de instrumentos. Fuera cual fuese la dirección que tomara el intruso, vería una sala de control y entraría en ella. Su curiosidad le impulsaría a hacerlo. Vería pantallas funcionando aún y los esqueletos de aquellos que habían estado trabajando en ellas.

»Los sensores en las bombas las harían estallar únicamente si el cerebro del intruso no contenía la pequeña bolita negra, el mecanismo de suicidio.

—¿Piscator no era uno de tus reclutas, entonces? —dijo Nur.

—No.

—Si yo hubiera estado en la aeronave y hubiera entrado, también hubiera resultado muerto.

Burton se preguntó brevemente por qué Loga no había instalado bombas en la habitación secreta en la base. Luego se dio cuenta de que si Loga hubiera hecho eso y hubiera formado parte de la expedición, como así había sido, él también hubiera resultado muerto.

—¿Desactivaste las bombas cuando entraste aquí? —preguntó Burton. Estaba pensando en la sala de control con la puerta abierta que pasaron antes de llegar a los apartamentos.

—Lo hice en esta habitación.

Loga prosiguió su narración. Había construido un distorsionador de *wathans* para entrar en la Torre y también para engañar a los satélites rastreadores. Y había manipulado la computadora de modo que no notificara al consejo cuando Burton muriera y fuera fabricado un cuerpo duplicado para él.

—Por eso fuiste capaz de matarte tantas veces y pese a ello eludir al Consejo. Pero Monat envió un aviso vía un agente para que fuera inspeccionado el lugar donde tu duplicado prerresurrección fue reconstruido a fin de que tus fatales heridas pudieran ser reparadas. Fueron rastreados los circuitos hasta el inhibidor que yo había instalado. Es por eso que, la última vez que te suicidaste, fuiste atrapado.

En la frenética búsqueda para averiguar la identidad del renegado, el Consejo había aceptado someterse ellos mismos al rastreador de recuerdos. Loga había anticipado esto, y había manipulado

la computadora de modo que mostrara un falso rastro de recuerdos de él.

—Comprenderéis que no podía hacer esto para todo el rastro de mis recuerdos, en absoluto. Solamente aquellas secciones de recuerdos relativas a los tiempos de nuestras ausencias eran registrados. Incluso eso tomó mucho tiempo y trabajo, pero lo hice.

Llegó el momento en que Loga temía ya demasiado que todo se descubriera. Había arreglado las cosas para cuando llegara el momento, pero no deseaba tener que llevar adelante esos arreglos. Le dolería tremendamente tener que hacerlo.

—Monat decidió ser recogido una noche y regresar a la Torre. Al mismo tiempo, tú, Burton, deberías ser llevado también allá para una completa exploración de tu permanencia en el Valle. Creo que Monat sospechaba que el renegado, yo, había arreglado las cosas de tal modo que tus recuerdos del interrogatorio por el Consejo no te hubieran sido extirpados. Además, la violencia a su alrededor en el Valle le estaban poniendo progresivamente enfermo. Necesitaba unas vacaciones.

Loga estaba volando hacia la Torre, habiendo completado una misión legítima, cuando fueron hallados los dos resurretores ocultos. Al mismo tiempo, los ingenieros habían descubierto más evidencias de las manipulaciones de Loga con la computadora.

Monat, Thanabur y Siggen estaban en el Valle por aquel entonces. Los demás Consejeros enviaron una nave aérea a recogerlos y a comunicarles las noticias. Sin embargo, el Consejo había cometido un error de juicio. En vez de aguardar hasta que Loga llegara y entonces confrontarlo, le enviaron un mensaje. Le dijeron que esperara ser arrestado apenas llegara a la base.

—Me tomó media hora reunir el valor suficiente para hacer lo que había planeado desde hacía tanto tiempo y que sabía que iba a tener que hacer algún día. Pero había esperado estar en la Torre cuando tuviera que hacerlo.

Envió una señal que activaría el código en las pequeñas esferas negras en los cerebros de aquellos que estuvieran en la Torre y en el mar que la rodeaba. Habían cometido un error cuando utilizaron un solo código, en vez de códigos individuales.

—Pero yo también cometí un error cuando no envié el código al Valle. Pensé en ello, pero no deseaba matar a más gente de la estrictamente necesaria. Además, pensaba que esos Éticos en el Valle quedarían indefensos. No podrían regresar a la Torre, puesto que había arreglado las cosas de tal modo que la señal desactivara también los aparatos aéreos. Los que quedaban en el Valle deberían intentar regresar a la Torre por el camino difícil. Por barco hasta que alcanzaran las fuentes y a pie por encima de las montañas. Mucho antes de entonces, yo ya habría hecho lo que tenía que hacer.

—¿Pero y si los aparatos aéreos caían en el Valle? —dijo Nur.

—Era imposible. Antes de que alcanzaran la superficie arderían. Aquellos aparcados en la parte superior de las montañas a lo largo del Valle arderían también. Lo había arreglado todo para que así ocurriera.

—¿Cómo hacían sus pilotos para bajar la montaña y regresar a los vehículos aparcados? —preguntó Nur.

—Las naves podían ser dirigidas por control remoto. Dejaban caer a los pilotos en los pies de las colinas durante una tormenta o una lluvia intensa y regresaban a la cima de la montaña. El piloto enterraba el control si debía permanecer un tiempo en la zona, o lo llevaba en su cilindro. Tenía el mismo aspecto de una de esas tazas que se encuentran en todos los cilindros.

No había nada que impidiera entonces a Loga volar hasta la Torre. Pero había subestimado la astucia de Monat.

—Al menos, creo que fue él quien tomó esas contramedidas. Debió meter en la computadora todo lo que había ocurrido, y obtuvo una lista de probabilidades. La computadora no me traicionó; estaba inhibida para ello. Pero hizo todo lo que Monat le pidió que hiciera. Creo que lo hizo. Posiblemente fue Monat quien lo pensó.

Loga permaneció silencioso un rato tan largo que Burton tuvo que aguijonearle.

—¿Pensó en qué?

—En instalar un dispositivo en mi aparato aéreo particular. Cuando envié esa señal, todo el mundo en la Torre y en la zona del mar circundante cayó muerto, todos los demás aparatos en vuelo ardieron, y la maquinaria de resurrección general dejó de funcionar. No volvería a empezar de nuevo hasta que yo le indicara que lo hiciera.

»Pero mi propia nave llevaba un dispositivo instalado en ella. Lo descubrí cuando ya no pude seguir controlándola. Estaba volando automáticamente. Se dirigía hacia la cima de la hilera de montañas, no importaba lo que yo hiciera. Al mismo tiempo, una voz grabada me dijo que aguardara allí hasta que fuera recogido.

»¡Era la voz de Monat!

»Había instalado los dispositivos de bloqueo antes de que bajara al Valle para acompañarte a ti, Burton. Naturalmente, estos dispositivos debían estar instalados en todas las naves. Si hubiera sospechado únicamente de mí, me hubiera sometido a un examen completamente exhaustivo.

»Lo que Monat no había previsto, sin embargo, era que ya no quedaban naves ni pilotos para acudir a mi rescate. Eso significaba que yo iba a quedarme varado en la cima de la montaña e iba a morir de hambre a menos que pudiera localizar el dispositivo y anularlo.

»Aunque Monat había esperado que una nave procedente de la Torre acudiera rápidamente a recoger a la persona culpable, se había asegurado también de que el criminal no fuera capaz de retirar el dispositivo o inutilizarlo. Unos pocos minutos antes de que mi aparato aterrizara, una grabación me informó de que el dispositivo ardería automáticamente en el momento en que la nave entrara en contacto con el suelo, y lo mismo le ocurriría al motor.

Loga había insultado y maldecido. Visualizó brevemente lo que podía ocurrir. Moriría, y así no podría enviar mensajes falsos al Planeta Jardín. Al cabo de ciento sesenta años, los habitantes de Jardín esperarían la nave automática con el último informe. Cuando esta llegara tras un tiempo razonable, los de Jardín enviarían gente a investigar. Llegarían a la Torre trescientos veinte años después de que la nave con el mensaje hubiera debido partir.

—En un cierto sentido —dijo Loga—, eso es bueno. Yo había deseado que el proyecto siguiera adelante más allá de los ciento veinte años concedidos, aunque no me había atrevido a decirlo. Mis colegas afirmaban que ese era tiempo más que suficiente para erradicar a la gente que no hubiera alcanzado ya el estadio necesario para Seguir Adelante. Ahora el proyecto iría mucho más allá de lo planeado. Y quizá mi padre y mi madre y mis hermanas y hermanos y mis tíos y tías y mis primos no fueran condenados.

—¿Qué? —dijo Burton.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Loga. Habló con una voz estrangulada.

—Estaba totalmente prohibido el intentar localizar a los familiares de uno resucitados en el Valle. Los formuladores de esta política eran Monat y su gente. Decían que la experiencia había demostrado que los Éticos que hallaban a sus seres queridos entre los lázaros se sentían demasiado trastornados emocionalmente si se evidenciaba que éstos no iban a superar la prueba. Interferían, se sentían tentados a revelar lo que estaba ocurriendo antes de que llegara el momento adecuado. En un proyecto anterior, una mujer había situado a sus padres en un lugar especial en las cámaras

subterráneas e intentado forzar por todos los medios su avance ético.

»Se me dijo esto cuando yo era un joven adulto en el Mundo Jardín. Por aquel entonces yo creía en esa política. Pero más tarde no pude soportar el no ver a mi familia. Ni podía soportar tampoco la agonizante idea de que era posible que no pudieran Seguir Adelante. De modo que, mucho antes de abandonar el Mundo Jardín, ya había hecho mis planes. Sin embargo, no estaba seguro de que pudiera llevarlos adelante. Pero rastree a mis familiares a través de la computadora... eso tomó un largo tiempo, creedme... y los visité en el Valle. Iba disfrazado por supuesto. No había ninguna posibilidad de que me reconocieran. Había arreglado las cosas de modo que todos fueran resucitados en el mismo lugar. Además, si alguno se trasladaba o resultaba muerto, podía saber dónde estaba.

»Poseo una memoria casi fotográfica. Aunque morí en la Tierra poco antes de cumplir los cinco años, recordaba vívidamente a mis padres y a todos mis demás familiares.

»Me resultaba muy duro seguir ocultando mi identidad. Pero tenía que hacerlo. Me hice buen amigo de ellos, e incluso pretendí estar aprendiendo su idioma. Todo ello mientras me dedicaba a un proyecto autorizado, por supuesto.

»Amaba mucho a mi madre adoptiva del Mundo Jardín. Pero amaba aún más a mi verdadera madre, aunque no estaba tan desarrollada espiritualmente como mi madre adoptiva, ni con mucho.

Durante varias de mis visitas, en años posteriores, me aseguré de que mis familiares fueran introducidos en las creencias de la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Todos ellos se convirtieron, pero no era suficiente. Les quedaba un largo camino para alcanzar ese estadio a partir del cual yo podía esperar que siguieran avanzando.

»Pero creía, y sigo creyendo, que si se les concedía tiempo suficiente, lo conseguirían.

Burton dijo suavemente:

—Estabas a punto de aterrizar en la cima de la montaña.

—Sí. Pero lo que te he dicho acerca de mis familiares es muy importante. Tenéis que daros cuenta también de que no estaba simplemente angustiado por mi propia familia. Agonizaba sobre todos los demás, los miles de millones de seres que estaban condenados. Sin embargo, no podía mencionar eso a mis compañeros. Excepto a Tringu, por supuesto, y no le planteé el tema hasta que estuve absolutamente seguro de él. Si hubiera dicho algo a los demás, hubiera sido el primer sospechoso si llegaran a saber que había un renegado.

Aunque el resultado podía ser el suicidio, Loga hizo lo único que podía impedir que su nave aterrizara en el lugar designado. Cortó la energía.

—Si Monat hubiera sospechado que alguien podía hacer esto, hubiera arreglado las cosas de modo que le fuera imposible. Pero no había esperado una tal acción. ¿Por qué debería? El criminal sabía que, aunque se suicidara, sería resucitado en la Torre.

El aparato cayó inmediatamente y golpeó contra el lado de la montaña justo debajo de la cima. Estaba cayendo lentamente, y Loga llevaba un traje amortiguador. Además, puesto que la nave estaba construida con el casi indestructible metal gris, ni siquiera se deformó ante el impacto.

—Pese a ello, hubiera podido resultar muerto en la caída. Pero volví a conectar la energía cuando se había precipitado unos treinta metros, y la nave empezó a remontarse de nuevo hacia la cima. Corté la energía de nuevo, y volví a conectarla cuando bajé otros treinta metros. El aparato

ascendió de nuevo hacia su destino original. Corté la energía una vez más.

Así, entre sacudidas, Loga hizo descender el aparato hasta cerca del nivel del suelo. Antes de esto, había abierto una de las portezuelas. Cuando creyó que estaba ya lo suficientemente cerca, saltó fuera, aferrado al mango de su cilindro. Cayó por entre la lluvia y los truenos y los relámpagos, golpeó algo, y perdió el conocimiento.

Cuando despertó estaba colgando boca abajo sobre una rama de árbol de hierro. Era de día, y pudo ver su cilindro a unos treinta metros más abajo, en la base del árbol. Aunque tenía todo el cuerpo lleno de moraduras y arañazos y algunas heridas internas y una pierna rota, consiguió llegar al suelo.

—El resto ya os lo he contado o lo habréis supuesto correctamente.

—En absoluto —dijo Burton—. No tenemos ni la menor idea de lo que es esa terrible cosa que mencionaste. Que estabas intentando conseguir más tiempo.

—Ni lo que significaba realmente Seguir Adelante —dijo Nur.

—¿Seguir Adelante? Cuando el cuerpo de una persona que está muy avanzada éticamente muere, el *wathan* desaparece. Nuestros instrumentos no pueden descubrir ningún rastro de él. Si es hecho otro cuerpo duplicado, su *wathan* no regresa a él.

—¿Y qué hacéis con un cuerpo sin *wathan*?

—Sólo se efectuó un experimento, y el cuerpo sin *wathan* fue dejado vivir su tiempo correspondiente. Eso nunca ha sido hecho con seres humanos. La gente que había antes que Monat fue quien lo hizo.

»La teoría es que, aunque el Creador pueda parecer ser indiferente a Sus criaturas, da la bienvenida y se hace cargo de los *wathans* que desaparecen. ¿Qué otra explicación puede haber para ello?

—Podría ser —dijo Frigate— que haya algo en el universo extrafísico que atraiga a un *wathan* cuando éste alcanza un cierto estadio de desarrollo. No sé por qué esto tendría algo que ver con lo extrafísico. Pero puede haber alguna especie de impulso magnético que cause eso, supongo.

—Esa teoría ha sido dejada de lado. Preferimos pensar que el Creador es la causa. Aunque puede hacerse por medios puramente físicos-extrafísicos y no por un acto sobrenatural.

—En efecto —dijo Burton—, no os basáis en la ciencia sino en la fe para explicar las desapariciones.

—Sí, pero cuando uno llega a las cuestiones básicas, lo finito y lo infinito, la eternidad y el tiempo, la Primera Causa, tiene que confiar en la fe.

—Que ha conducido a tantos miles de millones por mal camino y ha causado tantos inmensos sufrimientos —dijo Frigate.

—No podéis decir eso respecto a la actual situación.

—Centrémonos en lo que está ocurriendo en este mundo —dijo Tai-Peng enérgicamente.

—Recluté a los lázaros porque había muy pocas probabilidades de que lo que ha ocurrido pudiera ocurrir. Metí todas las situaciones que podía imaginar en la computadora y le dije que estimara sus posibilidades. Desgraciadamente, la computadora no puede detectar lo que pensarán los seres sentientes, qué elecciones finales harán, a menos que posea *todos* los datos, y eso es imposible.

Bien, ni siquiera si tuviera todos los indicios podría predecirlo en un cien por ciento. Así, Monat y los otros hicieron lo que yo no podía esperar. Del mismo modo que yo hice lo que él no podía anticipar. La mente humana, sentiente, sigue siendo un profundo misterio.

—Ojalá siempre sea así —dijo Burton.

—¡Lo es, lo es! Es por eso por lo que uno no puede predecir el estadio de desarrollo de ningún *wathan*. Uno puede estar bastante adelantado, pero no poder ir más allá. Otro puede hallarse en un estadio bajo y, repentinamente, casi de la noche a la mañana, saltar a un estadio mucho más alto que cualquiera que esté mucho más avanzado. Y hay gente que también regresiona.

—¿Eres tú un ejemplo de regresión? —dijo Burton.

—¡No! De eso fue de lo que me acusó Siggen cuando estábamos viviendo en aquella cabaña en Parolando. La verdad es que estoy más avanzado que cualquier otro en el proyecto. ¿No es mucho más ético proporcionarle a todo el mundo el tiempo que pueda necesitar para desarrollarse? ¿No es así? ¡Sí, lo es! ¡No puede negarse!

—Está loco —murmuró Alice.

Burton no estaba tan seguro. Lo que había dicho Loga parecía razonable. Pero sus ideas para llevar a cabo sus planes no lo parecían tanto. Sin embargo, si continuaba enviado falsos mensajes, entonces los del Mundo Jardín no acudirían a investigar. Loga podía ganar un millar de años. Seguro que, en este tiempo, todo el mundo podría alcanzar el estadio deseado.

Su profundo pesimismo le dijo que las cosas podían no ser así.

¿Cuál era su propio progreso?

¿O deseaba realmente alcanzar un estadio en el que la parte esencial de él simplemente desapareciera?

¿Por qué no? Podría ser una aventura incluso más grande que ésta, la más grande de su vida.

—Muy bien —dijo—. Creo que comprendemos todo lo que ha ocurrido. Pero has insinuado que es posible que no consigas llevar a buen término tus planes ni siquiera no teniendo a nadie para detenerte.

»¿Qué es eso tan terrible que ha ocurrido?

—¡Es culpa mía, sólo mía! —gritó Loga. Se alzó del sillón y, pese a su cojera, empezó a caminar arriba y abajo, su rostro crispado y sudoroso—. ¡Debido a lo que hice, miles de millones de personas pueden hallarse condenadas para siempre! ¡De hecho, casi todos! ¡Quizá todos! ¡Para siempre!

Durante unos instantes hubo un profundo silencio. Loga prosiguió su doloroso cojear. Luego Burton dijo:

—Sería mejor que nos lo contaras. Loga volvió a sentarse en su sillón.

—Mi señal puso una inhibición en la línea de resurrecciones. No deseaba que ningún Ético se suicidara y llegara a la Torre antes que yo. Lo que no sabía era que otro Ético había ordenado también una inhibición en la línea de resurrecciones cuando fue descubierto que había un traidor.

La razón para ello, dijo Loga, era que Monat no deseaba que el desconocido traidor tuviera acceso a la Torre. El o ella debía conseguir llevar a cabo sus planes —fueran los que fuesen— antes de que su presencia fuera conocida.

La orden de Monat pasó por encima de todas las demás.

—Él era el Operador.

Es más, Monat, a través de su orden, había condicionado a la computadora para que no obedeciera a nadie excepto a él hasta que fueran restablecidas las operaciones normales.

—Estoy seguro de que si él hubiera sabido exactamente lo que iba a ocurrir, no hubiera dado tal orden. Pero no tenía más idea que yo del curso que iban a tomar los acontecimientos.

—El universo es infinito, y los acontecimientos en él son también infinitos —dijo Nur.

—Quizá. Pero entended, la computadora utiliza los *wathans* como... ¿cómo lo diría?... como *planos* para duplicar los cuerpos. Antiguamente los registros eran mantenidas en los cuerpos, pero resultaba más económico utilizar los propios *wathans*, como ya he explicado. No hay otros registros. De modo que, si los *wathans* se pierden, entonces no tenemos ninguna forma de duplicar más cuerpos.

Burton enrolló esto en torno a su mente.

—Bien, *tienes* los *wathans*. Los vimos en ese recinto en mitad de la Torre.

—¡Sí, pero cuando la computadora muera, los *wathans* quedarán libres! Y entonces ya no habrá manera de resucitar a los muertos. ¡Estarán perdidos para siempre!

Hubo otro silencio. Tras uno o dos minutos, Alice dijo:

—La computadora... ¿está *muriendo*? Loga casi se atragantó.

—Sí. No lo estaría si no hubiera sido dejada tantos años sin atender.

La maquinaria estaba construida para durar siglos sin ninguna necesidad de mantenimiento ni reparaciones. Sin embargo, algunas partes y unidades se estropeaban de tanto en tanto. Era por eso por lo que los técnicos la inspeccionaban completamente a intervalos regulares, y por qué existían tantas capacidades de autorreparación. Las máquinas, sin embargo, poseían una bien conocida pero aún inexplicada obstinación, una tendencia aparente a estropearse por voluntad propia o a negarse a operar. Había sido observado burlonamente que quizá ellas también poseyeran *wathans* de alguna clase, y su libre albedrío era más impredecible que cualquier otro.

Durante la larga ausencia de supervisión humana, una válvula había dejado de operar.

—No es una válvula mecánica, entended. Básicamente es un campo de fuerza que se cierra o se

abre para permitir al agua del mar penetrar en la cámara mezcladora del alimento para la computadora. La computadora subsiste a base de agua destilada mezclada con azúcar y algunos alimentos minerales. La válvula tiene una compañera para emergencias. Esta toma el control si la principal deja de funcionar. Entonces los mecánicos reparan el generador de campo de la válvula, y la de emergencia se retira.

Desgraciadamente, la válvula de emergencia no admitía el agua suficiente para un largo período. Y de este modo la computadora proteínica estaba muriendo.

—Puedo utilizar los bancos de memoria de la computadora para proporcionar un modelo para duplicarla. Desgraciadamente, esos bancos de memoria se hallan en la propia computadora. Y no puedo obtener la información para alimentarla al convertidor de materia-energía.

—¿Por qué no reparas el generador de campo? —dijo Frigate.

—Por la sencilla razón de que la computadora no me lo permite. Aparentemente, Monat ordenó hace mucho tiempo que fuera equipada con defensas. Esas defensas, sin embargo, no fueron activadas hasta que se descubrió que había un renegado.

Hubo otro largo silencio. Alice lo rompió diciendo:

—¿Por qué no utilizas uno de esos recogedores de *wathans* de los que nos hablaste? En el momento en que la computadora muera y suelte los *wathans* el recogedor podría retenerlos.

Loga sonrió lúgubrementemente.

—Una muy buena idea. He pensado en ello. En pocas palabras: el único recogedor es la propia computadora. Hay bancos de memoria a los que puedo acudir para construir otro recogedor. Pero están también en la computadora.

—Las defensas, ¿son absolutamente invulnerables? —dijo Burton.

—Es fácil conseguir el acceso al generador de campo. Lo único que tengo que hacer es extraer el módulo estropeado y reemplazarlo por otro. Pero estaré muerto antes de que consiga hacerlo. La computadora me cortará a rodajas con sus rayos. Exactamente iguales a los de mi lanzador de rayos.

—Tú utilizabas la computadora simultáneamente con los demás —dijo Nur—. ¿Cómo impedías que ellos lo descubrieran?

—En un cierto sentido, volví a la computadora esquizofrénica. Una parte de ella no sabía lo que la otra estaba haciendo.

—¿Eso es! —exclamó el moro. Luego su exultante expresión fue reemplazada por un fruncimiento de ceño—. No. Hubieras pensado en usarlo.

—Sí. No puedo porque aparentemente los ingenieros descubrieron la mente escindida. Ahora está dominada por la parte principal.

—Dijiste dominada, no integrada —dijo Nur.

—Sí. Los ingenieros no tuvieron tiempo de extraer los complejos circuitos que volvían esquizofrénica a la computadora. Pero instalaron circuitos provisionales de derivación para hacer que la parte principal fuera la dominante. Pensaban integrar las partes más tarde. Pero resultaron muertos antes de que pudieran hacerlo.

—¿Cómo sabes todo esto? —dijo Burton.

—La computadora me proporcionó esa información. No se niega a comunicar. Simplemente no

obedece ninguna orden excepto las de Monat o de quien estuviera autorizado a actuar en su nombre.

—¿No hay ninguna posibilidad de descubrir el código o lo que fuera que utilizó Monat?

—No a menos que esté registrado en algún lugar. Dudo que lo hiciera. Además, el código debería ir acompañado por las huellas vocales de Monat o de su ayudante.

—Quizá no haya ningún código —dijo Frigate—. Quizá el reconocimiento por la voz sea suficiente.

—No. Monat pensaría en eso. Es relativamente fácil aislar fonemas de grabaciones de sus palabras y sintetizarlos para construir nuevas frases. Además, es probable que Monat exigiera un reconocimiento corporal también.

—¿Podrías hacer un disfraz de Monat que pudieras usar? —dijo Turpin.

—Supongo que sí. Pero debería utilizar simuladores direccionales.

Loga parecía muy débil ahora. Burton sospechaba que no era la herida lo que había agotado sus energías. Se le veía impotente y culpable.

—Bien —dijo Burton—. Lo único que sabemos es que se requieren como mínimo un reconocimiento de cuerpo y voz. Debemos intentar engañar a la computadora aunque sea un trabajo inútil.

—¿Le has dicho a la computadora que va a morir? —dijo Alice ansiosamente.

—Oh, sí. Pero ella ya lo sabía.

—Quizá un hombre pueda cruzar las defensas de la computadora —dijo Burton, mirando duramente a Loga.

El Ético se *envaró* ligeramente.

—Sé lo que estás pensando. Puesto que soy responsable de este horror, debería intentar reparar el generador de la válvula. Aunque haya casi un cien por cien de probabilidades de que lo único que consiga sea sacrificarme. Lo haría si supiera que de ello ha de salir algo bueno.

»¿Pero qué ocurriría si tuviera éxito pero muriera? Ninguno de vosotros sabe como operar el equipo que hay aquí. No podríais hacer nada para resolver este problema.

»Además, aunque la computadora siga viviendo, ¿qué conseguiremos con ello? La situación cambiará tan sólo en el sentido que la computadora seguirá viviendo y así los *wathans* no serán soltados.

Burton dijo que Loga debía adiestrarles en el manejo de todos los instrumentos que fueran necesarios. Debía hacerlo puesto que en cualquier momento podía ocurrirle algo. ¿Había tiempo para ello antes de que la computadora muriera?

El Ético respondió que era posible. Tenía que enseñarles lo que significaban las indicaciones en los instrumentos. Tomaría demasiado tiempo el enseñarles el lenguaje utilizado para hablar con la computadora, que era el de Monat y el primario del Mundo Jardín. Pero podía cambiar los convertidores de lenguaje y así permitirles usar el esperanto.

—¡Excelente! —dijo Burton—. Creo que ahora deberíamos irnos a la cama. Nos despertaremos más frescos y con las mentes más claras. Quizá entonces podamos pensar en algo que utilizar contra la computadora.

Se dirigieron a los apartamentos de los Consejeros. Loga entró en el suyo. Aphra Behn y de

Marbot tomaron uno; Alice y Burton, otro. Tai-Peng y Turpin compartieron un cuarto apartamento, y Nur y Frigate el contiguo a éste. Burton pensó que era mejor que ninguno de su grupo estuviera solo. Seguía sin confiar enteramente en el Ético.

Antes de que se durmieran, Alice dijo:

—Richard, tiene que haber alguna forma de burlar a la computadora. Fue hecha por humanos, así que tiene que poder ser dominada por los humanos.

—¿Por qué no apelas a sus emociones? —dijo Burton—. Vosotras las mujeres sois particularmente buenas en ello.

—¡No más que los hombres, asno rebuznante! De todos modos, sé que no tiene ninguna utilidad apelar a las emociones de una cosa que carece de ellas. Aunque no estoy tan segura de que no tenga ninguna. O analogías de ellas. Pero puesto que opera puramente por la lógica, ¿por qué no utilizar la lógica en su contra? Los humanos pusieron lógica en su interior, tendríamos que ser capaces de luchar contra ella o engañarla mediante la lógica.

—Estoy seguro de que Loga ha pensado en eso. La besó en la mejilla y se dio la vuelta.

—Buenas noches, Alice.

—Buenas noches, Richard.

Cuando se despertó algunas horas más tarde, la encontró Jurando fijamente a las movientes figuras en el techo.

Por la mañana, se bañaron y se pusieron ropas limpias y luego acudieron a una habitación que era utilizada como comedor. Al pasar junto a la sala de control, vieron que el cuerpo de Croomes había sido retirado. No había manchas de sangre en el suelo, y todos los esqueletos habían desaparecido.

—Robots —dijo Loga—. Envié uno también a ocuparse del cuerpo de Gilgamesh.

—No he visto ningún robot —dijo Frigate.

—Sí los visteis, pero se parecen a armarios muy anchos, nuestras camas son también robots.

Masajea suavemente nuestros músculos y manipulan vuestras espinas dorsales mientras dormís.

—No he sentido nada ninguna de las veces que me he despertado durante la noche —dijo Burton.

—Ni yo —dijo Alice.

—Son muy sutiles y sólo operan automáticamente mientras estáis durmiendo. Pero si deseáis un masaje mientras estáis despiertos, lo único que tenéis que hacer es pedirlo. Os mostraré cómo.

Tras el delicioso desayuno, Alice contó a los demás sus pensamientos acerca de engañar a la computadora con la misma lógica que utilizaba ella.

Loga agitó la cabeza.

—Suenan muy bien, pero no funcionará.

—Al menos podemos intentarlo —dijo Alice.

—Lo intentaremos todo, sea mental o físico —dijo Loga—. Pero creedme, he pensado en todo.

—No dudo de tu inteligencia —dijo ella—. Pero nueve cabezas son mejor que una sola.

—¡El dragón de nueve cabezas! —gritó Tai-Peng. Su rostro estaba enrojecido; había estado bebiendo vino durante todo el desayuno.

—Usaré una de las computadoras electrónicas de esta habitación para elaborar el sistema —dijo Loga—. Pero no creo que sea capaz de vencer su propia lógica. Una computadora puede calcular mucho más rápidamente que un ser humano, si posee todos los datos necesarios. Pero no tiene imaginación. No es creativa. Sin embargo, sus datos pueden contener algo que se me haya pasado por alto. Y puede ser preparada para elaborar combinaciones en un tiempo muy corto, combinaciones que yo necesitaría años para escribir. Además, tiene que existir un cierto grado de extrapolación.

Tras pasar por su apartamento, se dirigió a la sala de control y se sentó en la silla en el centro de la plataforma giratoria. Al cabo de muy poco tiempo llamó a los otros.

—No he podido resistir el preguntarle a la computadora principal cuántos *wathans* hay ahora en el pozo.

—¿Cuántos? —dijo Nur.

Loga miró de nuevo a la pantalla.

—Dieciocho mil millones, veintiocho. No. Añadid tres más.

—Más de la mitad de la población del Valle —dijo Frigate.

—Sí. Añade otros dos. Loga apagó la pantalla.

—A cada hora que pasa muere más gente, más *wathans* son atrapados. Cuando la computadora muera...

Su voz se desvaneció.

El Ético tenía que poseer una gran valor, resistencia, determinación, y un ingenio rápido para hacer todo lo que había hecho. Pero su sensación de culpabilidad era demasiado abrumadora incluso para él.

—Quizá —dijo Turpin— deberías tirar la toalla. Quiero decir... ¡matar a la computadora ahora! De esta forma, no perderías a nadie más, y podrías continuar el proyecto.

—¡No! —dijo Loga, encendiéndose por primera vez desde que lo conocían—. ¡No! ¡Eso sería monstruoso! ¡Tengo que salvarlos a todos! ¡A todos!

—Sí, y quizá terminarás perdiendo a millones. O quizá a todo el mundo en este planeta.

—¡No! ¡No puedo!

—Bien —dijo Turpin—, no puedo pensar en nada que sirva de ayuda. Todo eso es demasiado profundo para mí. Se dirigió al salón contiguo para tocar en su piano.

—Está disgustado conmigo —dijo Loga—. Pero no sabe el odio que yo siento hacia mí mismo.

—¡Las recriminaciones no nos conducirán a ningún sitio! —dijo Tai-Peng, agitando una botella en su mano—. ¡Pero puede que Tom tenga razón! ¡Creo que yo también voy a ir al salón a divertirme un rato! ¡Me duele la cabeza de tanto pensar!

—No es eso lo que hace que te duela —dijo Alice suavemente.

Tai-Peng se limitó a sonreír y la besó rápidamente en la mejilla mientras pasaba por su lado.

Nur recordó al Ético que no había retirado las bombas en los armarios de la otra sala de control.

—Simplemente cerré la puerta —dijo Loga—. Veamos ahora el programa lógica-versus-lógica. Aunque sea una pérdida de tiempo.

Los que quedaban se dirigieron al laboratorio de lenguaje. El Ético les había dado instrucciones para el uso del equipo que les enseñaría a hablar y leer el idioma del Mundo Jardín o ghuurkh. Había también disponibles diccionarios y gramáticas esperanto-ghuurkhianas. Alice se colgó del brazo de Burton.

—Es horrible, ¿no? —dijo, sus grandes ojos oscuros clavados en los de él—. ¡Todas esas almas perdidas, y tenían una posibilidad de alcanzar la inmortalidad! ¡Es demasiado horrible para pensar en ello!

—Entonces no pienses en ello —dijo Burton—. De todos modos, incluso las perdidas serán inmortales. Sólo que simplemente no lo sabrán, eso es todo.

Ella se estremeció y dijo:

—Sí. Pero nosotros podríamos estar entre ellas. ¿Crees que vas a Seguir Adelante? Me gustaría creer que yo sí, ¡pero uno tiene que ser prácticamente un santo para Seguir Adelante!

—Nadie me ha acusado de ser un santo excepto mi esposa —dijo Burton, sonriendo—. Y ella me conocía bien.

Alice no se dejó engañar. Sabía que él estaba tan desesperado como ella.

Pasaron dos días. Loga hizo pasar los resultados por la pantalla de la consola mientras los otros miraban. Cuando el display hubo acabado, agitó la cabeza.

—No sirve.

Conferenciaron de nuevo, una y otra vez, y trazaron más planes, pero todos eran desechados

debido a fallos en su lógica o hechos insuperables.

Al cuarto día después de que llegaran a la Torre, Frigate entró sonriendo en la habitación.

—¡Hey, somos unos magníficos estúpidos! ¡Tenemos la respuesta delante de nuestras narices!

¿Por qué no enviamos robots para que inserten el módulo?

Loga suspiró.

—He pensado también en eso. Fue una de las primeras cosas que se me ocurrió. Pero aunque los robots están hechos de *charruzz* (el metal gris), los rayos de la computadora los harán igualmente rodajas.

Frigate pareció decepcionado y un poco ridículo.

—Sí... pero... ¡si envías los suficientes, pueden inutilizar los lanzadores de rayos!

—Ninguno de los robots posee una estructura funcional que le permita terminar con los lanzadores de rayos.

—Bien, ¿por qué no los modificas? ¿Y luego los programas?

—Eso me tomaría diez días. Si hubiera empezado a hacerlo apenas llegué aquí, apenas hubiera podido alterar uno. Hizo una pausa, luego dijo tristemente:

—Acabo de comprobar el tiempo que nos queda antes de que la computadora muera. ¡Cinco días! Aunque habían estado esperando un anuncio como aquel, se sintieron impresionados.

Tom Turpin dijo:

—Al menos eso es algo de lo que ya no tenemos que preocuparnos. Las almas van a perderse, y no hay nada que podamos hacer al respecto. Pero puedes proporcionarles a los que aún quedan vivos un montón de tiempo más.

Loga giró algunos diales y pulsó un botón. Unos números en ghuurkhiano brillaron en la pantalla. Los demás habían adelantado lo suficiente en sus estudios como para ser capaces de leerlos.

—Dieciocho mil millones, ciento dos —dijo Aphra.

—Debería matar a la computadora ahora mismo —dijo Loga—. He aguardado demasiado tiempo. Por lo que sé, el alma de mi madre fue recogida hoy.

—¡Espera! —dijo Frigate—. ¡Tengo una idea! Dijiste que habías reabierto tus cámaras de resurrección privadas cuando llegaste aquí. ¿Pueden ser adaptadas de modo que nosotros también podamos ser resucitados en ellas?

—Oh, sí, Puede hacerse. El recogedor de resurrecciones opera en una frecuencia ligeramente distinta a la de la computadora. Tengo mi *wathan* y el de Tringu sintonizados con ella. Puedo hacer lo mismo con vosotros. ¿Pero por qué?

Frigate empezó a explicarse, pero Loga, Burton y Nur comprendieron al mismo tiempo lo que quería decir.

Iban a entrar ahí abajo en tromba, dejando a alguien tras ellos para efectuar la necesaria supervisión. Entrarían en la habitación a la carga y, aunque resultaran muertos una y otra vez, finalmente podrían seguramente acabar con todos los lanzadores de la computadora.

—¿Cómo se te ha ocurrido pensar en eso, Pete? —dijo Tom Turpin.

—Soy un escritor de ciencia ficción. Hubiera debido pensar en ello cuando supe cuál era la situación.

—Yo también hubiera debido pensar en ello —dijo Loga—. Pero todos nos hallamos bajo una gran presión emocional.

—¿Puedes duplicar eso? —dijo Burton, tendiéndole el arma parecida a una pistola y con la esfera en su extremo.

—Tantas como sean necesarias.

Al cabo de dos minutos, todo el mundo estaba armado con los lanzadores de rayos. Entonces el Ético hizo que su máquina imprimiera diagramas del camino hasta la habitación de la válvula, partiendo de la sala de control y de sus resurrectores privados. Estudiaron los diagramas, identificando cada corredor y cámara con las correspondientes imágenes en la pantalla.

—Hay videocámaras en cada pared de esa zona, incluida la habitación de la válvula. Aquí hay una imagen de ella de los archivos.

Estudiaron las reproducciones proporcionadas por la máquina hasta que se supieron la habitación de memoria. Luego Loga ordenó que fuera duplicado un módulo en la cabina conversora e-m, y les dio las sencillas instrucciones para extraer el módulo viejo e insertar el nuevo.

Desgraciadamente, el Ético era incapaz de proporcionarles I diagramas mostrando dónde estaban localizadas las defensas de la computadora.

—Esa información debe hallarse en los bancos de memoria de la propia computadora.

—¿Por qué no se la pides a ella? —dijo Nur.

Loga pareció sorprendido, luego se echó a reír suavemente.

Un momento más tarde tenía la información, aunque no era la que él había pedido. La computadora se negaba a divulgar dónde estaban sus armas.

—Bueno, valía la pena intentarlo.

Subieron a sus sillones y siguieron al Ético hasta el pozo elevador. Descendieron por él mucho más rápido de lo que hasta entonces se habían atrevido a operar sus sillones. Cuando hubieron recorrido kilómetro y medio, se detuvieron y pasaron por una arcada a un corredor. Al cabo de unos minutos Burton, que tenía un excelente sentido de la orientación, se dio cuenta de que se estaban dirigiendo hacia la zona general de la habitación secreta en la base de la Torre. A aquella velocidad, llegaron rápidamente a ella.

El Ético miró a la puerta, aún sujeta por el cilindro que Burton había colocado allí. Su rostro se puso rojo.

—¿Por qué no me dijisteis que las puertas estaban aún abiertas?

—Pensé en ello, pero no me pareció importante —dijo Burton.

—¡Los agentes pueden haber entrado por aquí!

—No. No es posible que nos hayan alcanzado en tan corto tiempo. Estaban utilizando botes de vela.

—No podemos correr ningún riesgo.

Loga apartó el sillón de la puerta, luego le hizo dar la vuelta para enfrentarse a ellos.

—Quitad ese bote fuera de la entrada mientras voy y vuelvo.

—¿A dónde vas? —dijo Burton.

—A la sala de control, para poder reactivar una nave operada automáticamente y enviarla a la

cornisa. Voy a fundirla en toda su extensión, y luego cegaré la entrada de la cueva.

—Id con él —dijo Burton a Tai-Peng y de Marbot.

Loga le lanzó una furiosa mirada pero no dijo nada; dio la vuelta a su sillón, y se alejó flotando por el corredor.

Burton condujo a los demás a la habitación llena de bruma donde, con mucho esfuerzo, arrojaron el bote al mar. Luego regresaron al corredor, los más gruesos forcejeando para pasar por la estrecha abertura dejada por el cilindro.

—Hubiéramos debido pedirle a Loga que la abriera del todo —dijo Frigate.

—No creo que desee que nosotros sepamos cómo la abre —dijo Burton.

—¿Sigue sin confiar en nosotros?

—Con la vida que ha llevado, está condicionado a no confiar en nadie.

Eso, sin embargo, no era cierto. Loga, seguido por el chino y el francés, regresó al cabo de quince minutos. Saltó de su sillón y golpeó con el puño en la pared a unos pocos centímetros de la puerta. Al mismo tiempo dijo, claramente:

—¡Ah Qaaq!

La puerta se metió en su alojamiento. Burton tomó nota mental del lugar exacto donde había golpeado.

—¿Cómo sabes que no ha entrado nadie y está esperando para atraparlo? —dijo.

—Esta puerta es una gran pantalla de video. Hay también otras pantallas que parecen simplemente parte de la pared. Están situadas de tal modo que puedo ver a lo largo de todo este corredor, más allá de las curvas, desde una cierta distancia.

Siguieron a Loga al interior de la habitación. A medio camino de ella, se detuvo, se volvió, haciendo frente a la pared, y pronunció de nuevo la palabra código. Una parte de la pared, aparentemente sin la menor fisura, se echó hacia atrás y se metió en un alojamiento. La habitación al otro lado estaba bien iluminada y contenía algo de equipo sobre mesas, un armario, y dos esqueletos. Estos estaban vueltos hacia la puerta, como si estuvieran a punto de abandonar la habitación. En el suelo, junto a los huesos de los dedos, había una caja metálica. Tenía un cierto número de diales, indicadores, bolones, y una pequeña pantalla video en un lado y varillas en el otro.

—Si tan sólo hubiera enviado esa señal unos pocos segundos antes —dijo Loga—. Los hubiera atrapado antes de que extrajeran la caja de control.

—Pero tú no lo sabías —dijo Burton—. Y no podías correr el riesgo de suicidarte. Incidentalmente, ¿por qué estaban cerradas las puertas? Esos dos tuvieron que abrirlas para entrar.

—Al cabo de setenta y cinco segundos, las puertas se cierran automáticamente a menos que se dé contraorden. Lo que ocurrió fue que los investigadores localizaron esta habitación rastreando los circuitos. Tuvo que ser un trabajo lento y difícil porque no podían utilizar la computadora para efectuar el rastreo. Cuando localizaron esta habitación, tuvieron que utilizar magnetómetros también. Volvieron atrás hasta descubrir el origen de la derivación, y encontraron la caja de códigos de apertura y cierre. No debió tomarles mucho tiempo analizar el código.

—¿Pero qué hay del golpe que acompaña al código? ¿Cómo...?

—Lo imaginaron también, y no debió llevarles mucho. Señaló hacia el armario.

—El resurrector.

Entró, con Frigate a sus talones. El americano dijo:

—¿No podías utilizar tu propia fuente de energía?

Loga se inclinó y tomó la caja de control, y luego caminó hacia el lado del armario. Insertó las varillas en unos receptáculos en la parte lateral del armario.

—No, no podía. Me hubiera gustado poder utilizar mi propio convertidor atómico para que así no hubiera cables susceptibles de ser rastreados. Pero la conversión energía-materia y el proceso de atracción del *wathan* requieren una enorme cantidad de energía. La entrecara física-extrafísica sola utiliza la suficiente energía como para dejar a oscuras la mitad de las ciudades de la antigua Tierra a finales del siglo XX.

—¿Cómo impedías que este drenaje de energía quedara registrado en los indicadores? —preguntó Frigate.

—Hice los arreglos necesarios para ello. Pero volvamos a la cuestión original. Si los ingenieros hubieran retirado la caja de códigos, yo no hubiera sido capaz de salir de la habitación secreta al corredor. La puerta exterior de acceso es activada por una señal que va a otro codificador-decodificador. Tuve mucha suerte de que los ingenieros no hubieran trabajado en él antes de resultar muertos. Perdí el generador de señal cuando tuve que abandonar mi nave. Pero los botes en la cueva contienen generadores. Estos entran en acción automáticamente cuando los sensores detectan que la Torre está cerca.

—Los mecanismos de la puerta no deben utilizar mucha energía. ¿Por qué no utilizaste generadores separados para ellas?

—Hubiera debido hacerlo. Pero era más sencillo y más económico utilizar la fuente principal de energía. Sonrió ligeramente.

—Me pregunto qué hicieron los ingenieros con el código. Ah Qaaq es maya. El *Ah* es el artículo que define el nombre como masculino. *Qaaq* significa *fuego*. *Loga* en *ghuurkh* significa también *fuego*. Quizá fue eso lo que me identificó. Tal vez introdujeron el nombre maya en la computadora para búsqueda. Si lo hicieron, debieron obtener una respuesta al cabo de un segundo de insertar la pregunta.

»Creo que me pasé de listo.

Apoyó un dedo sobre un botón.

—Acercaos. Explicaré dos veces la sencilla operación para que no haya ninguna confusión. Podéis leer las indicaciones. Cuando oprima este botón, ese pequeño disco de color plata insertado se iluminará. Eso indica que la energía está conectada.

»Ese disco insertado más grande junto a la luz de ENCENDIDO es un lector métrico de frecuencia.

Pulsó un botón. El disco más pequeño brilló naranja.

—Ahora...

La luz se apagó.

—¡*Khatuuch!* ¿Qué demonios...?

Loga apoyó su mano en la caja por un segundo, luego se dirigió a la parte frontal del armario.

Abrió la puerta y miró en su interior. Incluso a la distancia a la que se encontraban, los otros pudieron sentir el calor.

—¡Corred! —dijo Loga, y saltó tan rápido como pudo hacia la salida.

Cuando Burton hubo alcanzado la salida miró al armario. La caja de control estaba fundiéndose, y un gran cubo en el interior del armario resplandecía rojo.

Loga maldijo en ghuurkh y luego dijo:

—Esos... esos... ¡Lo arreglaron de modo que cuando se conectara la energía ésta fundiera el convertidor!

Excepto Loga y Burton, que habían muerto las veces suficientes como para no temer ya la perspectiva de la muerte, los demás se sintieron aliviados. Burton podía verlo en sus rostros. Sabían que habían resucitado con sus *wathans* unidos a ellos, pero aún seguían aborreciendo la idea de morir.

—Tenemos el otro resurrector —dijo Burton.

—También estará cebado —dijo Loga. Su rostro era ceniciento.

—¿Puedes arreglarlo de modo que no se funda?

—Lo intentaré.

Pero fracasó.

Burton, mirando la fundida masa, pensó que era el momento de decirle a Loga algo que había dejado a un lado hasta entonces porque los resurretores eran el asunto más urgente.

—Loga —dijo—, cuando abandonamos tu habitación secreta para ir tras de ti, puse una bala junto a la puerta para señalar su localización. La bala no está.

Hubo un corto silencio. Frigate dijo:

—Probablemente un robot de limpieza la recogió.

—No —dijo Loga—. Si los robots estuvieran programados para hacer ese trabajo, entonces se hubieran encargado de los esqueletos.

—¡Entonces alguien más ha entrado en la Torre!

SECCIÓN 14

Juego triangular: Carroll a Alice a Computadora

Regresaron al laboratorio. Loga se sentó ante una computadora y trabajó furiosamente. Al cabo de poco tiempo, todas las cámaras en la Torre estaban operando. Dos segundos más tarde, la pantalla ante él mostró una imagen.

Burton lanzó un silbido.

—*¡Frato Fenikso!* ¡Hermann Goering!

Estaba sentado ante una mesa, comiendo lo que le había proporcionado una caja-cilindro. Por su extrema delgadez y las grandes marcas negras bajo sus hundidos ojos, necesitaba más que una comida.

—No puedo comprender cómo nos alcanzó tan rápidamente —dijo Loga.

—La computadora informa no ver a nadie más, pero puede que en este momento estén fuera del radio de acción de las cámaras. Y si son agentes, uno de ellos puede poseer el código. Monat pudo habérselo facilitado en el Valle.

—¿Por qué no se lo preguntamos a Goering? —dijo Burton.

—Por supuesto. Primero, sin embargo, le preguntaré a la computadora dónde está.

Loga leyó las instrucciones, y subieron a sus sillones y salieron de la habitación. Diez minutos más tarde, estaban fuera del laboratorio de abajo, en el corredor junto al escondite de Loga. Posaron silenciosamente sus sillones y entraron a pie. Aunque Goering no iba armado, no podían estar seguros de no encontrar a otros con él.

Burton gritó:

—*¡Achtung!*

Se echó a reír fuertemente cuando Goering dio un salto, la comida brotó a chorro de su boca, sus brazos aletearon, su silla cayó hacia atrás. Gris y tembloroso, se dio la vuelta, los ojos desorbitados. Pareció intentar decir algo, y luego su rostro enrojeció y se llevó las manos a la garganta.

—¡Dios mío! ¡Se está ahogando! —dijo Alice. Goering estaba azul y se había derrumbado de rodillas cuando Burton le golpeó fuertemente en la espalda y le hizo expulsar la comida que se le había atravesado en la garganta.

—Eso no ha sido en absoluto divertido, Richard —dijo Alice—. Deja de reírte. Hubieras podido matarlo. Burton se secó las lágrimas y dijo:

—Lo siento, Goering. Creo que simplemente deseaba hacerte pagar un poco por algunas de las cosas que me hiciste.

Goering tragó ávidamente agua del vaso que le tendía Aphra Behn.

—Sí, supongo que no puedo culparte.

—Pareces casi muerto de hambre —dijo Nur—. No deberías comer tan aprisa. Demasiada comida engullida demasiado rápidamente después de no comer durante mucho tiempo puede matarte.

—No estoy tan muerto de hambre. Y creo que he perdido mi apetito.

Miró a su alrededor.

—¿Dónde están los demás?

—Muertos.

—Quiera Dios tener piedad de sus almas.

—No la tendrá a menos que hagamos algo rápido.

—¡Goering! —dijo Loga secamente—. ¿Viniste solo? Goering le miró de una forma extraña.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Aproximadamente una hora.

—¿Había alguien más que viniera cerca detrás de ti cuando estabas en las montañas?

—No. Al menos, no vi a nadie.

—¿Cómo llegaste tan rápido hasta aquí?

Goering y otros virolandeses habían buceado hasta el casco del *No Se Alquila* antes que se deslizara de la cornisa hasta el fondo del abismo. Habían sacado algunas secciones del batacitor y lo habían montado de nuevo en un barco de madera. También habían extraído dos pequeños motores eléctricos, una hélice de repuesto de la lancha pequeña, la *Gascón*, y otros artículos. Habían trabajado rápido, y cuatro hombres habían partido en el barco reconvertido dos semanas después de la marcha de la *Prohibido Fijar Carteles*.

Al contrario que el grupo de Burton, no se habían detenido para tomarse ningún día de descanso.

—¿Dónde están tus compañeros? —dijo Loga, aunque probablemente imaginaba cuál había sido su destino.

—Dos abandonaron rápidamente y regresaron. Yo seguí con mi esposa, pero resbaló y se cayó en la cara de la montaña.

Hizo el signo circular, la bendición, tan utilizada por los de la Iglesia de la Segunda Oportunidad.

—Siéntate —dijo Burton amablemente—. Tenemos mucho que contarte.

Cuando hubo oído a Loga y Burton relatarle lo que había ocurrido, Goering se mostró horrorizado.

—¿Todos esos *wathans*? ¿Y mi esposa entre ellos?

—Sí, y ahora no sabemos qué hacer. Matar a la computadora de modo que no sean atrapados más *wathans*. O esperar que podamos pensar en alguna forma de contrarrestar su orden prioritaria.

—No —dijo Hermann—. Hay una tercera posibilidad.

—¿Cuál?

—Dejadme intentar cambiar el módulo.

—¿Estás loco?

—No. Tengo una deuda que pagar.

Burton pensó en su recurrente sueño de Dios.

—*Debes la carne. Paga.*

—Si mueres, tu *wathan* quedará condenado.

—Quizá no —dijo Hermann tranquilamente—. Puede que esté preparado para Seguir Adelante. No sé si lo estoy. Dios sabe que estoy lejos de ser un santo. Pero si puedo salvar a todas esas almas... todos esos *wathans*... entonces tendré toda la recompensa que necesito.

Nadie discutió con él.

—Muy bien —dijo Loga—. Eres la persona más valiente con la que nunca me haya encontrado. Creo que has comprendido claramente que puede que tengas muy pocas posibilidades de éxito. Pero eso es lo que vamos a hacer.

Burton se sentía muy apenado de haberle gastado aquella pequeña broma al alemán. El hombre estaba arriesgando su alma, iba a enfrentarse al equivalente de la condenación, si fracasaba. Loga tenía razón. Goering era el hombre más valiente que nunca hubiera conocido. Puede que antes no lo fuera, pero ahora sí.

Loga decidió que regresarían al nivel superior para estar cerca de sus apartamentos. Por el camino, se detuvieron en un nivel para que Goering pudiera ver a los *wathans* enjaulados.

Durante unos minutos miró fijamente a las resplandecientes cosas que se expandían y contraían y giraban y saltaban, luego se dio la vuelta.

—Es lo más hermoso, lo más maravilloso, lo más horrible que jamás haya visto.

Hizo de nuevo el signo circular, aunque Burton pensó que esta vez era más que una bendición. Captó insinuaciones de una plegaria por la salvación y por el mantenimiento de su determinación.

Cuando entraron en la sala de control, el Ético empezó inmediatamente a trabajar en la consola sobre la plataforma giratoria. Al cabo de cinco minutos, llevó a Goering a una especie de armario. Allí efectuó una serie de medidas por medio de rayos. Loga alimentó más datos a la computadora, terminando en una hora.

Aguardó unos segundos antes de pulsar otro botón.

Abandonó la plataforma y cojeó hacia un enorme convertidor de materia-energía. Los otros se apiñaron tras él. Abrió la puerta.

Las partes de una armadura estaban en el suelo. Loga las tomó y las sacó. Se las pusieron a Goering y, cuando hubieron terminado, parecía más un robot que un caballero con armadura. El añadido de un depósito a su espalda, su provisión de aire, lo hacía parecer a un astronauta.

Excepto la estrecha pero larga rendija de otro material en la parte frontal de su casco globular, el traje estaba hecho del metal gris. Aunque grueso, pesaba tan sólo cuatro kilos.

—La rendija no es tan resistente como el metal —dijo Loga—. Y los rayos cortarían enteramente a través del metal si son aplicados a un mismo punto durante más de diez segundos. Así que no pares de moverte.

Goering comprobó la flexibilidad de las juntas de los hombros, muñecas, dedos, rodillas y tobillos. Le proporcionaban toda la movilidad que necesitaba. Corrió hacia un lado y hacia otro y saltó hacia adelante y de lado y hacia atrás. Luego practicó con el lanzarrayos hasta que captó todas sus capacidades.

Se quitó otra vez la armadura, y comió de nuevo.

Después de que Hermann se hubiera ido a su apartamento para dormir un poco, Loga tomó un sillón y se fue a un nivel por debajo del mar. Regresó al cabo de una hora en un submarino biplaza de investigación que flotaba en el aire.

—No pensé en esto hasta hace un par de horas. Esto lo ayudará a pasar las primeras defensas. Pero deberá ir a pie después de eso. Las entradas no son lo suficientemente anchas como para permitir el paso del aparato.

Durante su ausencia, los otros habían estado atareados conectando lanzadores de rayos a los lados de los robots limpiadores en forma de ataúd y horadando los agujeros necesarios para pasar los cables. Loga instaló equipos de video y mecanismos disparadores. Luego programó cajas de navegación y las instaló.

Burton fue a despertar al alemán, pero lo encontró de rodillas rezando junto a la cama.

—Deberías haber dormido —dijo Burton.

—Utilicé mi tiempo para algo mejor.

Regresaron a la sala de control, donde Hermann comió algo ligero antes de aprender el camino y la forma de operar el submarino. Loga le mostró como soltar el viejo módulo e insertar el nuevo. Este último era una pieza de metal gris del tamaño y forma de un naipe. Aunque contenía circuitos muy complejos, su superficie era lisa. Una esquina estaba marcada con una muesca en forma de V, indicando que aquel extremo tenía que ser insertado en el alojamiento del ensamblaje. El número de código estaba en bajorrelieve, y el naipe tenía que ser colocado con el código en la parte de arriba.

—¿Qué puede ir mal con un módulo como este? —dijo Frigate.

—Nada —dijo Loga—. Si es insertado correctamente. Sospecho un error humano. Si la placa es colocada del revés, los circuitos funcionarán correctamente. Pero cada vez que haya una variación de voltaje, uno de los circuitos resultará ligeramente dañado. No hay muchas variaciones de tensión, pero tras un largo período de tiempo el daño será acumulativo. El error debería haber sido apreciado hace mucho tiempo... si los técnicos no hubieran estado muertos.

Colocó la placa dentro de un cubo metálico y lo unió a una de las piezas de la pierna de la armadura, justo encima de la rodilla.

—Todo lo que tienes que hacer es pulsar este botón en el cubo, y el magnetismo quedará anulado. El cubo es lo suficientemente grueso como para resistir muchos disparos de los lanzadores de rayos.

Goering se revistió con toda la armadura excepto el casco globular. Loga vertió el vino amarillo en exquisitos vasos que trajo de su apartamento. Levantó el suyo muy alto y dijo:

—Por tu éxito, Hermann Goering. Que el Creador esté contigo.

—Con todos nosotros —dijo Hermann. Bebieron, y el casco fue encajado. Goering trepó una corta escalerilla hasta la parte superior del submarino y se metió con una cierta dificultad por la escotilla. Loga fue tras él y, asomándose por la abertura, repitió las instrucciones operativas. Luego cerró la escotilla.

Loga, como jefe de operaciones, ocupó la silla en la plataforma giratoria. Los otros se sentaron ante las consolas de control y empezaron a efectuar los ajustes que el Ético les había enseñado.

El primero de los pseudo ataúdes armados se elevó y se encaminó hacia la puerta. Era el de Burton. Tras él fue el de Alice, luego los demás. Avanzaron en fila india cruzando la salida y giraron a la derecha.

Cuando todos hubieron salido, el submarino se alzó del suelo y siguió a los robots.

El descenso hasta el primer nivel por debajo de la superficie del mar le tomó quince minutos. Detuvo a su robot ante una puerta cerrada sobre la cual había unas letras en altorrelieve. Burton activó los lanzadores de rayos, y la puerta fue cortada por un lado desde arriba hasta abajo. Movié su robot hacia un lado y cortó otra sección. Luego trasladó la máquina al centro, repitió la operación,

y la sección cortada cayó hacia atrás.

Burton vio una gigantesca habitación llena de equipo. Lanzó su máquina hacia una puerta cerrada en la pared opuesta. Antes de llegar allí, secciones de la pared se deslizaron hacia atrás, y aparecieron las esferas terminales de lanzadores de rayos. Escupieron líneas escarlatas.

Burton movió los controles del panel de modo que su robot derivara hacia arriba y hacia la derecha. Lo mantuvo allí y pulsó el botón que activaba los disparadores. Líneas escarlatas partieron hacia los bordes de la pantalla, y tuvo la satisfacción de ver un globo estallar. Algunos fragmentos volaron hacia la pantalla pero no causaron ningún daño.

Unos segundos más tarde, la pantalla quedó vacía.

Una de las armas de la computadora había destruido la cámara en la parte superior del robot.

Burton maldijo, y desactivó los lanzadores de rayos. No había nada que pudiera hacer excepto observar. Pulsó el botón que conectaba su computadora con una de las cámaras de Loga. Instantáneamente, pudo ver desde una cámara situada en la pared encima de la puerta por donde habían entrado los robots. Su robot flotaba a tres metros sobre el suelo, su extremo frontal apuntado hacia los lanzadores de rayos en la otra pared. Los robots formaban un semicírculo de modo que no pudieran alcanzar con sus rayos a sus compañeros.

El último lanzador de rayos en la habitación estalló, y Burton cambió la visión de una cámara a la siguiente a medida que una habitación tras otra iban siendo conquistadas. El robot de Alice estaba fundido. La cámara del de de Marbot había sido destruida. El de Tai-Peng fue atravesado por tres rayos a la vez, y cayó al suelo cuando alguna de sus partes vitales se fundió.

Los otros fueron inmovilizándose uno tras otro hasta que sólo quedó el submarino. El aparato en forma de dirigible avanzó por encima de ellos, cruzando dos puertas, su grueso casco asaeteado por los rayos de la computadora.

El submarino llegó a una puerta lo suficientemente ancha como para permitirle el paso pero cruzada por los rayos de diez armas. Hermann lanzó su aparato a toda velocidad a través de ella y penetró en la siguiente estancia con una pequeña sección de la proa cortada y varios profundos orificios en el casco.

Frente a él, en la pared opuesta, había otra entrada. Era allí donde debía abandonar su aparato. Avanzó hacia ella a gran velocidad, la redujo a poca distancia de la puerta y, mientras líneas escarlatas fundían agujeros en el casco, saltó fuera. Inmediatamente, los lanzadores de rayos se desviaron hacia él.

Goering se dejó caer al suelo, escudado de la mitad de las armas por el aparato pero blanco de las otras. Se alzó lentamente y avanzó tambaleante a través de la entrada. Hileras de lanzarrayos giraron hacia él y lo siluetearon mientras corría hacia la otra puerta que conducía a la habitación de la válvula. Justo antes de llegar a ella, una puerta surgió de su alojamiento y bloqueó la entrada. Ignorando los rayos, empezó a cortar la puerta. Hizo un angosto orificio, y se quitó el cubo que contenía la placa y lo lanzó ante él. Luego se arrastró por el agujero, su lanzador de rayos en la mano.

Burton y los demás podían oír su pesada respiración.

Un grito de agonía.

—¡Mi pierna!

—¡Ya casi estás allí! —exclamó Loga. Vapores purpúreos brotaron por el orificio.

—Gases venenosos —dijo Loga.

La pantalla cambió su visión a la habitación de la válvula. Era grande, y en la pared de la derecha (con relación a Hermann), un tubo metálico que se curvaba hacia abajo surgía de la pared a unos tres metros por encima del suelo. Cerca de él había una pequeña caja metálica sobre una mesa, de la cual surgían unos delgados cables hasta otra caja. La parte frontal de la caja tenía una serie de alojamientos donde encajaban los extremos de una serie de módulos.

Goering reptó hasta el cubo, y en aquel momento un centenar de lanzadores de rayos lanzaron su rabiosa energía contra su traje.

Su voz llegó a los espectadores.

—No puedo más. Voy a desvanecerme.

—¡Resiste, Goering! —dijo Loga—. ¡Un minuto más, y lo habrás conseguido!

Vieron la informe figura gris sujetar el cubo, darle la vuelta, y sacar la placa del módulo de él. Vieron a Hermann cogerla y arrastrarse hacia la caja de los módulos. Oyeron su grito y le vieron caer hacia adelante. El módulo se escapó de entre sus dedos y cayó a los pies de la mesa.

Las líneas escarlatas prosiguieron su fuego y no pararon hasta que su armadura quedó acribillada de agujeros.

Hubo un largo silencio.

Burton lanzó un profundo suspiro y desconectó su equipo. Los otros hicieron lo mismo. Burton se dirigió hacia la plataforma y se detuvo detrás de Loga. Su pantalla seguía aún conectada, pero ahora mostraba una figura pulsante multicolorada, una forma globular con tentáculos que se extendían y se contraían.

Loga se inclinó hacia adelante, los codos apoyados contra el borde del panel, el rostro entre las manos.

—¿Qué es esto? —dijo Burton.

Supo que era la imagen de un *wathan*, pero no sabía por qué estaba en la pantalla.

Loga retiró sus manos y miró a la pantalla.

—Puse un rastreador de frecuencia en Goering.

—¿Es él?

—Sí.

—¿Entonces no Siguió Adelante?

—No. Está con los demás.

—¿Qué hacemos ahora?

Aquella era la cuestión principal.

Loga deseaba matar a la computadora antes de que capturara más *wathans*, y luego duplicarla en su estadio predatos. Pero también esperaba sin esperanzas que alguien pensara en algo que pudiera resolver el problema antes de que los *wathans* fueran soltados. Se sentía mentalmente paralizado, y evidentemente no era capaz de hacer nada a menos que un impulso rompiera su tensión y pulsara el botón fatal.

Los demás estaban pensando intensamente. Plantearon sus especulaciones, sus cuestiones, a sus

computadoras. Siempre había algún fallo en sus esquemas.

Burton se dirigió varias veces al nivel de abajo y se detuvo o caminó arriba y abajo durante horas mientras contemplaba el espléndido espectáculo de los girantes *wathans*. ¿Estaban sus padres entre ellos? ¿Ayesha? ¿Isabel? ¿Walter Scott, el nieto de Sir Walter Scott el escritor, y un gran amigo suyo en la India? ¿El doctor Steinhaeuser? ¿George Sala? ¿Swinburne? ¿Su hermana y hermano? ¿Speke? ¿Su abuelo Baker, que le estafó una fortuna muriéndose justo antes de poder cambiar su testamento? ¿El sanguinario y cruel rey Gélélé de Dahomey, que no sabía que fuera sanguinario y cruel puesto que simplemente estaba haciendo lo que su sociedad requería de él? Lo cual no era una excusa aceptable.

Se fue a la cama agotado y deprimido. Había deseado hablar con Alice, pero ella parecía ensimismada, rumiando sus propios pensamientos. Ahora, sin embargo, no parecía estar sumida en una ensoñación que la apartara de la dolorosa o desagradable realidad. Obviamente estaba pensando en su dilema.

Finalmente, Burton se durmió. Se despertó al cabo de seis horas, si su reloj era correcto. Alice estaba inclinada sobre él a la débil luz.

—¿Qué ocurre? —dijo soñolientamente.

—Nada. Espero. Acabo de volver de la sala de control.

—¿Qué estabas haciendo ahí? Alice se tendió a su lado.

—Simplemente no podía dormir. No dejaba de pensar en esto y en aquello, mis pensamientos eran tan numerosos como los *wathans*. Intenté fijar mi mente en la computadora, pero un millar de cosas los empujaban a un lado, me ocupaban por un breve tiempo, luego se deslizaban a un lado para ser reemplazadas por otras. Debí revivir toda mi vida, aquí y en la Tierra.

»Recuerdo haber pensado en el señor Dodgson antes de dormirme finalmente. Soñé mucho, todo tipo de sueños, algunos pocos buenos, algunos terribles. ¿No me has oído gritar una vez?

—No.

—Debías estar durmiendo profundamente. Me desperté temblando y sudando, pero no puedo recordar qué es lo que me horrorizó tanto.

Alice se había levantado a beber un poco de agua. Al regresar a la cama, tuvo de nuevo problemas en conciliar el sueño. Entre otras cosas, pensó en el reverendo Charles Lutwidge Dodgson y en los placeres de conocerle y en los dos libros que había escrito inspirado por ella. Debido a que los había leído muchas veces, no tenía ningún problema en visualizar los textos y las ilustraciones de Tenniel.

—La primera escena que me vino a la memoria fue el Té Loco.

Sentados a la mesa estaban el Sombrerero, la Liebre Loca, y el Lirón. Sin haber sido invitada, Alice se sentó con ellos y, tras una alocada conversación, la Liebre Loca le pidió un poco de vino.

Alice miró a su alrededor en la mesa, pero no había nada en ella excepto té.

—Realmente —dijo Alice a Burton—, eso no era cierto. También había leche y pan y mantequilla. La Alice del libro dijo:

—No veo nada de vino.

—No hay —dijo la Liebre Loca.

Más tarde hubo un silencio mientras Alice estaba intentando resolver la adivinanza de en qué se parecía un cuervo a un escritorio. El silencio fue roto cuando el Sombrerero se volvió hacia Alice y le preguntó qué día del mes era. Había sacado su reloj de su bolsillo y lo había estado mirando intranquilo, sacudiéndolo y llevandoselo al oído.

Alice lo pensó un poco y luego dijo:

—El cuatro.

La auténtica Alice dijo a Burton:

—El señor Dodgson escribió esa fecha porque era mayo en el libro y el cuatro de mayo era mi cumpleaños. El Sombrerero suspiró y dijo:

—¡Dos días de error! ¡Os dije que la mantequilla no serviría!

—Era la *mejor* mantequilla —respondió pacientemente la Liebre Loca.

Burton se levantó de la cama y empezó a pasear arriba y abajo.

—¿Tienes que entrar en esos detalles, Alice?

—Sí. Es importante.

La siguiente escena que visualizó, o enfatizó, puesto que se había convertido en la Alice de siete años del libro, era la del capítulo de la Lana y el Agua de *Al otro todo del espejo*. Estaba hablando con la Reina Blanca y la Reina Roja.

—¿Puedes *tú* evitar llorar al considerar las cosas? —dijo ella (Alice).

—Así es como sucede —dijo la Reina Blanca con gran decisión—. Nadie puede hacer dos cosas a la vez, ya sabes.

—¡Alice! —dijo Burton—. ¿Adonde quieres ir a parar con todas esas tonterías?

—No son tonterías. Escucha.

En su sueño, Alice saltaba de la Reina Blanca a Humpty Dumpty, el hombre huevo.

—Quizá porque Loga es tan gordo que me recuerda a Humpty Dumpty.

Ella, la Alice del libro, estaba hablando al enorme huevo antropomorfizado sentado junto a una pared. Estaban discutiendo acerca del significado de las palabras.

—Cuando *yo* utilizo una palabra —dijo Humpty Dumpty con una entonación más bien burlona—, significa exactamente lo que yo he elegido que signifique... ni más ni menos.

—La cuestión —dijo Alice— es si *puedes* hacer palabras que signifiquen varias cosas distintas.

—La cuestión —dijo Humpty Dumpty— es quién debe ser el dueño... eso es todo.

Entonces la auténtica Alice —¿pero era más real que la otra Alice?, se preguntó Burton— se trasladó a la escena donde la Reina Roja le preguntaba si podía hacer una Sustracción.

—Resta nueve de ocho —dijo la Reina Roja.

—Nueve de ocho. No puedo, ya lo sabes —respondió muy rápidamente—. Pero...

—No puede hacer una Sustracción —dijo la Reina Blanca a la Reina Roja. Luego se dirigió a Alice—. ¿Puedes hacer una División? Divide una hogaza por un cuchillo... ¿cuál es la respuesta a *eso*?

—¿Hubo más cosas?

—No. No creo que significaran mucho. Eran simplemente recuerdos de algunos de mis pasajes favoritos.

Se durmió de nuevo. Y luego se despertó de pronto, los ojos muy abiertos. Creyó haber oído a alguien llamarla desde muy lejos.

—Exactamente por encima del horizonte de mi mente. Sonaba como el señor Dodgson, pero no estaba segura. Estaba completamente despierta, el corazón latiéndole rápidamente. Saltó de la cama y se dirigió a la sala de control.

—¿Por qué?

—Se me ocurrió que había tres frases clave en la escena. *La mejor mantequilla. ¿Quién debe ser el dueño? ¿Puedes hacer una división?*

Burton suspiró.

—Muy bien, Alice. Cuéntalo como crees que debes.

Ella se había sentado en la silla de Loga y había hecho los ajustes necesarios para comunicarse directamente con la computadora.

—¿Te das cuenta de que vas a morir en dos días más o menos? —le dijo.

—Sí. Esta es una información redundante. No necesito ser informada.

—Te fue ordenado por Monat no resucitar a nadie más hasta que él te diera la contraorden. ¿Qué forma toma esa contraorden?

Burton la interrumpió.

—Loga ya le preguntó eso.

—Sí. Lo sé. Pero no creí que hiciera ningún mal preguntarlo de nuevo.

—¿Y la respuesta?

Como antes, un silencio.

Alice le había dicho entonces que había una orden más importante incluso, y que esta había sido dada por Monat antes de la segunda orden.

—¿De qué se trata? —parpadeó la pantalla—. He recibido muchas órdenes.

—La primera directiva, la más esencial, es retener los *wathans* y unirlos a los cuerpos duplicados. Esa es la principal finalidad del proyecto. Si Monat hubiera podido prever lo que resultaría de su orden, no la hubiera dado.

La computadora no dijo nada.

Alice dijo:

—Ponme en comunicación con la sección que estaba utilizando Loga. Esa parte de la cual es dueño Loga.

Evidentemente, la computadora no tenía órdenes de negar la comunicación con esa parte. Hasta Alice, nadie había pensado siquiera en esa posibilidad.

—¡Dios mío! —dijo Burton. Y luego—: ¿Qué ocurrió?

—Le dije que se estaba muriendo. Respondió que ya lo sabía. En efecto, ¿y qué? Así que utilicé la argumentación que había utilizado para la parte dominante de ella.

Al final le dio la orden de que recobrar su anterior estado, que fuera de nuevo independiente.

—¿La parte dominante no hizo nada durante este tiempo?

—Nada. ¿Por qué debería? Como Loga dijo, es una brillante idiota.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Le dije a la dominante que era su deber resucitar a Monat y confirmar o invalidar la orden de no resucitar a nadie hasta que recibiera la palabra código o lo que fuera.

—¿Y?

—La pantalla quedó vacía. Intenté una y otra vez conseguir que respondiera.

En ansia en el rostro de Burton se esfumó.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Pero por qué cortarías la comunicación? Su deber es comunicar.

—Espero —dijo Alice lentamente— que esto sea una muestra de una lucha interna. Que la parte dominada esté luchando con la dominante.

—¡Eso es una estupidez! —gritó Burton—. Si lo que he aprendido acerca de computadoras es cierto, no puede ocurrir.

—Olvidas que, en un cierto sentido, esta no es una computadora. No del tipo convencional, al menos. Está hecha de proteínas, y es tan compleja como el cerebro humano.

—Tenemos que despertar a Loga —dijo Burton—. Supongo que no resultará nada de todo esto, pero él es el único que puede manejarlo.

El Ético se despertó por completo. Escuchó a Alice sin hacer preguntas, luego dijo:

—No puede haber ninguna lucha. La orden de Monat debió alcanzar tanto a la parte dominada como a la otra.

—Eso depende de *cuándo* fue dada la orden —dijo ella—. Si los circuitos para la dominación fueron insertados más tarde, entonces la parte dominada no pudo haberla recibido.

—Pero la dominante tuvo que transmitírsela a la parte esquizofrénica.

—¡Quizá no! —dijo Alice.

—Si ocurrió así, y no creo que haya la más remota posibilidad de ello, entonces Monat debería haber sido resucitado.

—Pero *yo* di esa orden a la *dominante*. Loga dejó de fruncir el ceño.

—¡Está bien! Si esa es la única forma de salvar los *wathans*, entonces que así sea. Incluso si...

No quiso decir qué era lo que podía ocurrirle a él.

Tomaron el desayuno en el comedor excepto Loga, que comió sentado en su silla de control. Pese a sus esfuerzos, no pudo obtener una respuesta directa de la computadora. Una de sus pantallas mostraba el recinto de los *wathans*.

—Cuando aparezca vacío, sabremos que están... perdidos. Miró a otra pantalla.

—Han sido recogidos dos más. No. Tres. Mientras comían sombríamente, interrumpidos tan solo aquí y allá por comentarios indiferentes, Frigate dijo:

—Tenemos algo importante de lo que hablar. Le miraron, pero no dijeron nada.

—¿Qué va a ocurrirnos a nosotros después de que la computadora muera? Loga no nos considerará lo suficientemente avanzados éticamente como para permitirnos permanecer aquí. En su opinión, no somos capaces de llevar adelante esta operación. Creo que está en lo cierto, excepto posiblemente en lo que se refiere a Nur. Si Nur puede cruzar la entrada de la parte de arriba de la Torre, entonces se le permitirá quedarse.

—He pasado por ella —dijo el moro. Se lo quedaron mirando.

—¿Cuándo? —dijo Frigate.

—La pasada noche. Decidí que si podía hacer todo el camino hasta afuera, también podría hacer todo el camino hacia adentro. Tuve éxito, aunque no fue fácil. No lo hice con la misma sencillez que un Ético.

Burton lanzó un gruñido.

—Estupendo. Pido disculpas por lo que dije acerca de que todos los sufíes eran unos charlatanes. ¿Pero qué hay del resto de nosotros? Supongamos que no deseamos regresar al Valle. Y si lo hacemos, entonces le contaremos a la gente la verdad. Eso no quiere decir que todo el mundo vaya a creernos. Hay todavía muchos cristianos y musulmanes y gente así que siguen negándose a abandonar su religión. Además, imagino que habrá también muchos miembros de la Iglesia de la Segunda Oportunidad que se aferrarán a sus creencias.

—Ese es su problema —dijo Nur—. De todos modos, yo no deseo permanecer aquí. Regresaré al Valle de buen grado. Tengo un trabajo que hacer allí. Debo trabajar hasta que Siga Adelante.

—Eso no significa que todos vosotros vayáis a ser reunidos en el seno del Creador —dijo Burton—. Científicamente, todo lo que significa Seguir Adelante es que ya no eres detectable por sus instrumentos científicos.

—Que sea la voluntad de Alá —dijo Nur.

Burton consideró la perspectiva de permanecer allí. Iba a tener más poder que nadie en la Tierra y muy pocos en el Mundo del Río.

Para obtenerlo, sin embargo, debería librarse de Loga. Matarlo o aprisionarlo. ¿Colaborarían los otros con él? Si no lo hacían, entonces tendría que apartarlos de su camino. Podía resucitarlos en el Valle, donde se mantuvieran alejados. Pero se sentiría solo. Alice no querría continuar con él. No, no se sentiría solo. Podría resucitar en la Torre a todo tipo de agradables compañeros, hombres y mujeres.

Se estremeció. La tentación lo había cruzado como una pesadilla. No deseaba ese tipo de poder, y se sentiría siempre como una especie de traidor si lo conseguía. Además, resultaba evidente que no podía confiar en ello.

¿Y Loga? ¿No era acaso un traidor?

Sí. En un cierto sentido. Burton, sin embargo, estaba de acuerdo con él en que a los candidatos del Valle debía proporcionárseles mucho, mucho más tiempo que el que los otros Éticos habían planeado. El mismo, se daba cuenta, podía necesitar esa extensión.

Miró a los rostros a su alrededor en la mesa. ¿Había pensamientos como aquellos detrás de esas hoscas expresiones? ¿Había alguno o más debatiéndose con la tentación?

Tenía que observarles. Asegurarse de que no intentaban nada reprehensible.

Bebió un poco del vino amarillo y dijo:

—¿Está todo el mundo de acuerdo en regresar al Valle? Levantad las manos, por favor.

Todo el mundo alzó la mano excepto Tom Turpin. Se lo quedaron mirando duramente. Sonriendo, alzó la mano.

—Estaba pensando en todos los buenos momentos que podría pasar aquí. Pero no deseo

quedarme. No podría dominar todo esto. Sólo... me pregunto si Loga me dejará llevarme el piano conmigo.

Alice estalló en sollozos.

—¡Todas esas almas! Pensé que tenía una respuesta, pero... Una pantalla en la pared se iluminó, y apareció el sonriente rostro de Loga.

—¡Venid aquí! —gritó. Se echó a reír—. ¡Venid aquí! —Rió de nuevo—. ¡La dominante acaba de sucumbir, y acabo de recibir un mensaje de la otra! ¡Alice, tenías razón! ¡Oh, cómo tenías razón!

Corrieron a la sala de control y se agruparon en torno al Ético. Había un display en la pantalla, parpadeando con la más reciente comunicación.

Entonces lanzaron gritos de alegría y se abrazaron y saltaron de la plataforma y bailaron.

Al cabo de un momento, Loga reclamó a gritos su atención.

—¡Recordad, todavía se está muriendo! ¡Pero he obtenido su permiso para reemplazar el módulo! ¡Tengo que hacerlo inmediatamente!

Sería tristemente irónico, pensó Burton, si la computadora muriera antes de que Loga pudiera llegar hasta allí.

Diez minutos más tarde, mientras aguardaban su llamada en el comedor, apareció sonriente en una pantalla.

—¡Ya está hecho! ¡Ya está hecho! ¡Acabo de dar la orden de iniciar las resurrecciones de nuevo!

Lanzaron vítores y gritaron y se abrazaron de nuevo. Turpin se sentó al piano e interpretó el «St. Louis Rag».

—¡Ha sido un largo, largo Río, pero hemos llegado a su final! —exclamó Alice con voz ronca. Sus grandes ojos negros parecían relucir como una pantalla de video, todo su cuerpo irradiaba alegría. Nunca había parecido más hermosa.

—Sí —dijo Burton. La besó varias veces—. Tenemos que volver al Río, pero eso ya no importa.

¡Qué extraño e imprevisible! El mundo había sido salvado, no por grandes gobernantes y hombres de estado, no por místicos y santos y profetas y mesías, no por ninguna de las sagradas escrituras, sino por un introvertido escritor excéntrico de textos de matemáticas y libros para niños, y por la niña que lo había inspirado.

La niña se había convertido en una mujer, había dominado a Alice en sueños, le había inspirado tonterías que no eran tonterías, y eso, en una forma sinuosa y desviada, la había inspirado a hacer lo que otros habían fracasado en hacer, salvar a dieciocho mil millones de almas y al mundo.

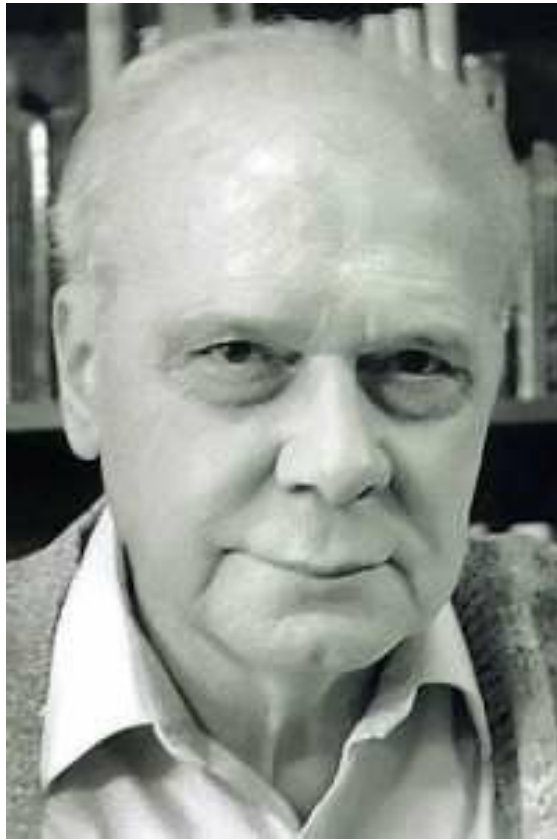
Mientras pensaba en esto, Burton miró hacia la puerta. Frigate había estado dando vueltas y vueltas y balbuceando tonterías durante todo el camino hasta la puerta. Ahora estaba volviendo de ella con el ceño fruncido.

Burton dejó a Alice para ir hacia él.

—¿Ocurre algo?

Frigate dejó de fruncir el ceño y sonrió.

—No. Creí haber oído ruido de pasos en el corredor. Pero miré, y no había nadie allí. Imaginación, supongo.



PHILIP JOSÉ FARMER. Escritor estadounidense de ciencia ficción y fantasía nacido en North Terre Haute, Indiana, el 26 de enero de 1918 y fallecido en Peoria, Illinois, el 25 de febrero de 2009. Es uno de los autores de género fantástico más importantes del siglo XX y su denominada Edad de Oro de la Ciencia Ficción. Algunas de sus novelas recogen a personajes históricos o incluso a personajes ficticios de otros autores. Así, en su obra aparecen un supuesto hijo de Dorothy (de *El mago de Oz*), Phileas Fogg (de *La vuelta al mundo en ochenta días*), Tarzán, Doc Savage, Sherlock Holmes o Hermann Göring. Este último aparece en la más aclamada serie de Farmer, la serie Mundo del Río, protagonizada por sir Richard Francis Burton (un explorador y orientalista británico del siglo XIX al que se deben las primeras traducciones completas al inglés de el *Kamasutra* y *Las mil y una noches*) y en la que también aparece Alice, personaje central de *Alicia en el País de las Maravillas*. La primera novela de esta serie, *A vuestros cuerpos dispersos* (*To your scattered bodies go*, 1971) se considera la más importante de sus obras y uno de los títulos míticos del género fantástico, y fue merecedora del premio Hugo (el más importante del mundo de género fantástico) en 1972.

Notas

[1] Para los detalles ver *A vuestros cuerpos dispersos*, en esta misma colección. <<